

16

17716

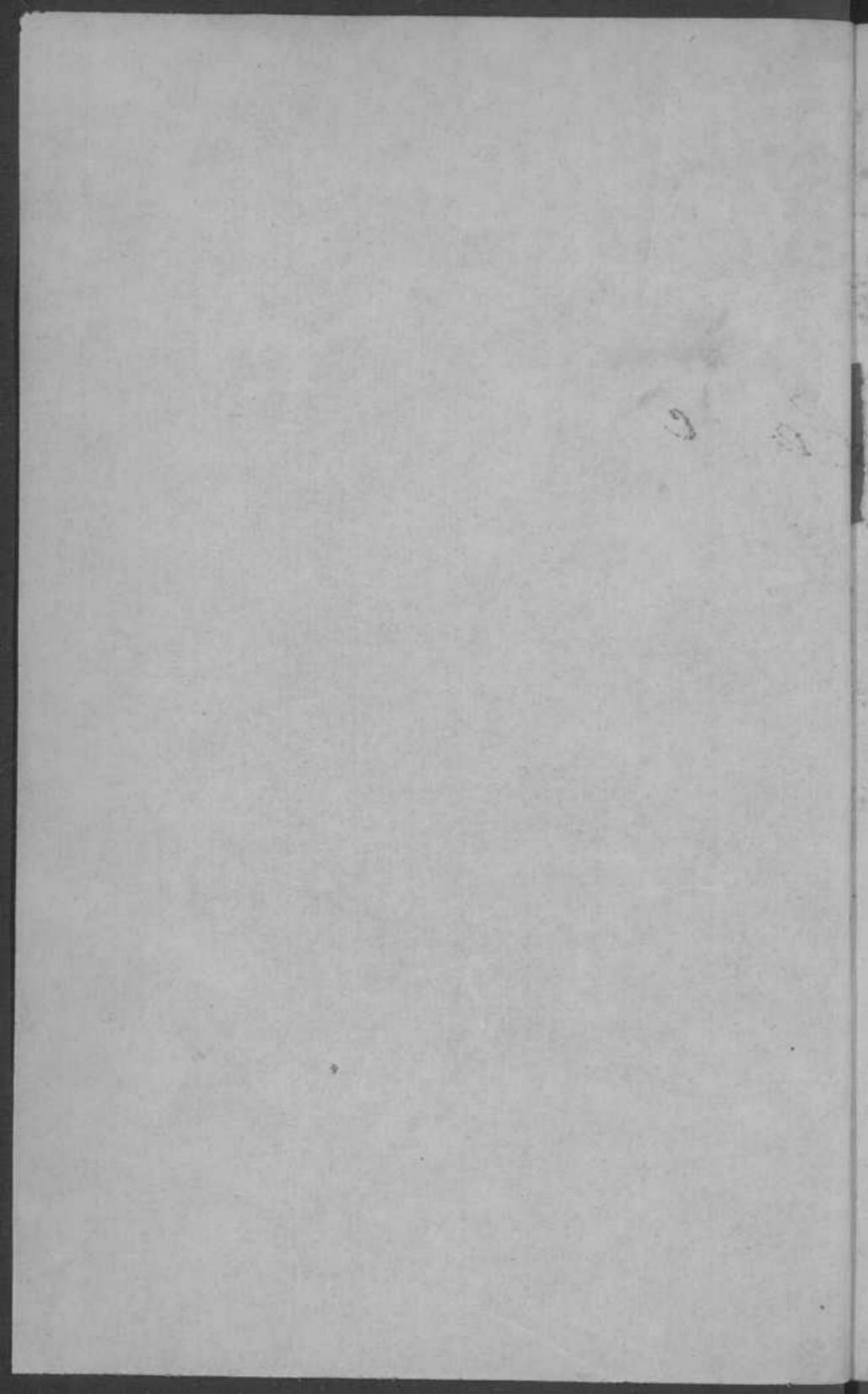
~~17716~~

23

101

LA RAZON FILOSOFICA

RAZON CATOLICA

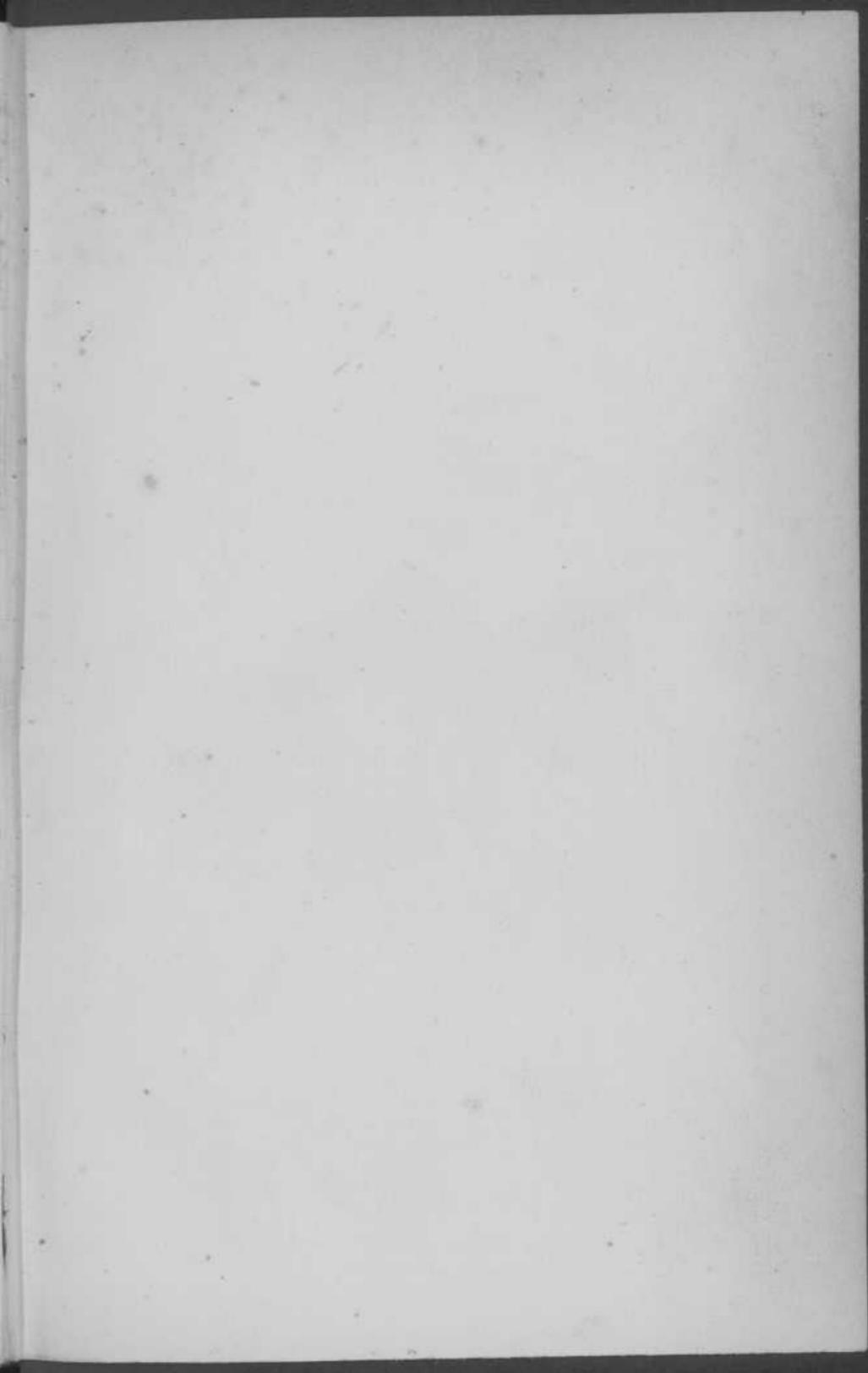


LA RAZON FILOSOFICA

Y LA

RAZON CATOLICA

PARIS. — IMPRENTA DE SIMON RAÇON Y C^{tes}, CALLE DE ERFURTH, 1.





EL M. R. P. VENTURA DE RAULICA.

LA RAZON FILOSOFICA.
Y LA
RAZON CATOLICA

CONFERENCIAS PREDICADAS EN PARIS

EN LOS AÑOS DE 1851 Y 1852, AUMENTADAS Y ACOMPAÑADAS DE NOTAS
Y OBSERVACIONES

POR EL

M. R. P. VENTURA DE RAULICA

ANTIGUO GENERAL DE LA ORDEN DE LOS TEATINOS,
CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACION DE LOS RITOS, EXAMINADOR DE LOS
OBISPOS Y DEL CLERO ROMANO.

Traducidas de la segunda edicion francesa.

TOMO PRIMERO.



PARIS,
LIBRERIA DE A. MÉZIN,
CALLE DES POITEVINS, 2.
LIBRERIA DE GAUME HERMANOS Y C^{IA},
CALLE CASSETTE, 4.

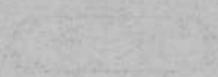
1854

THE HISTORY OF THE

ROYAL SOCIETY OF LONDON

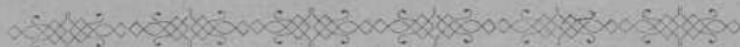
AND OF THE

ROYAL SOCIETY OF EDINBURGH



BY

J. H. BURNETT



ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

El mayor elogio que puede hacerse de las *Conferencias* del P. Ventura, es seguramente el inscribir en el frontispicio de este libro el nombre de su autor.

Habiendo preguntado un francés al soberano Pontífice Gregorio XVI cuál era el primer sabio de Roma, SS., después de un instante de reflexión, respondió: « El P. Ventura. Tenemos sin duda, replicó el Papa, teólogos, apologistas de la religion, filósofos, publicistas, oradores y literatos muy distinguidos; pero únicamente el P. Ventura reúne al mismo tiempo y por sí solo todo esto. » Amigos y enemigos convienen en reconocer que el P. Ventura y el abate Rosmini son las dos cabezas mas fuertes de Italia. Para que nada hiciese falta á su gloria, estos dos hombres ilustres, después de haber defendido á la Iglesia por mas de treinta años con el poder de su celo y de su genio, la han edificado tambien por otra parte con la sublime docilidad de su sumision.

Como orador principalmente el P. Ventura no tiene rival en su país. Su oracion fúnebre de O'Connell, aun cuando no tuviera otro título, bastaria para justificar el nombre de *Bossuet italiano* que le da la Europa. Esta obra maestra ha sido traducida en todos los idiomas.

Pero los títulos del P. Ventura son tan numerosos como brillantes. No queremos enumerarlos aquí. Preferimos, sin embargo, señalar uno

de los accidentes mas maravillosos de su carrera oratoria. Cosa nunca oida en la historia de la cátedra sagrada de Roma: cuatro veces en el espacio de seis años, á instancias reiteradas del Capitulo, predicó la cuaresma en San Pedro; y en estas cuatro ocasiones improvisó ciento cuarenta homilias, setenta y cinco de las cuales fueron entregadas despues á la imprenta. Se manifestó entonces un clamor unánime de admiracion y casi de estupor. Estas homilias, modelos acabados en su género, ofrecen el método amplio y sólido de los Padres de la Iglesia de primer órden. El orador siembra en ellas á raudales todas las riquezas de una erudicion sana y nutrida desde largo tiempo; los textos de la Escritura se incrustan como por sí mismos en el conjunto, y se asimila con igual ventaja la pura sustancia de los Santos Doctores. Tal es el doble punto de apoyo de sus poderosas concepciones. Así es como él desenvuelve, á la luz de la mas severa lógica, los misterios cristianos, y hace aplicacion de ellos á la moral. No se sabe lo que debe admirarse mas, si la forma ó el fondo. Sin ningun artificio aparente, sus ideas se encadenan siempre sobre un plan atrevido, pero regular. Los movimientos y las imágenes no faltan á su estilo, bien que ha'o este aspecto se impone muy prudentes economías. Lo que le distingue ante todo es la precision y la claridad, la energia y la aptitud de formas; es, por decirlo así, la ortodoxia de la expresion; es un prodigioso don de originalidad, que le hace mirar las cuestiones bajo aspectos enteramente nuevos, y que da casi á cada uno de sus discursos la importancia de una revelacion.

El siglo décimonono obtendrá del P. Ventura una reforma inmensa y saludable. Acaba de reintegrar en las cátedras cristianas las divinas Escrituras y los libros de los Padres, que estaban casi enteramente desterrados de ellas; acaba de sustituir á la elocuencia de la imaginacion y de las palabras, la elocuencia de las doctrinas y de las cosas. Su influencia, ya visible en Italia, comienza igualmente á dejarse conocer en Francia, y no tardará en trascender por la Europa.

Tal es el orador cuyas conferencias vamos dar á conocer á nuestros lectores de las Américas.

La Francia ha visto y oido á este orador tan célebre, tan profundo, tan erudito, tan fecundo, tan variado, tan realmente incomparable, tan admirado de los sabios y tan amado del pueblo. La Francia lo ha oido, y lo ha encontrado mas grande que su propia reputacion. En presencia de la ávida multitud que llenaba el recinto de la Asuncion ha podido creer que su alejamiento de Roma no era mas que un sueño, que ha-

blaba en la basílica de San Pedro ó en San Andrés *della Valle*, Paris se ha glorificado con el Padre Ventura, y los departamentos han ambicionado su palabra. Sus Conferencias se han convertido desde luego como en una sublime escuela de elocuencia, adonde acudian los mas ilustres franceses. Al salir de una de ellas. M. Berryer exclamaba: « Yo he oido á San Pablo hablando en el Arcópagó, y conmoviendo con su acento de extranjero todos los espíritus y todos los corazones. » Después de la magnífica pintura de Dios y de los atributos divinos, que se encontrará en la quinta Conferencia, M. de Montalembert, uno de sus oyentes mas asiduos, exclamaba tambien: « ¡ Es admirable! ¡ Yo no he oido jamás nada mas bello en nuestro idioma! » La prensa de todos los partidos políticos y religiosos se ha asociado sin reserva á estas respectables opiniones. Entre un gran número de análisis que los periódicos han publicado, citamos el artículo siguiente, que nos parece define con perfecta justicia las Conferencias y á su autor. Es debido á un célebre escritor francés, poco sujeto al entusiasmo, y mas conocido por la severidad de su espíritu que por sus condescendencias con los oradores sagrados.

« Dios ha hecho evidentemente de la Francia, dice, su hijo mimado; la desgracia solamente consiste en que la Francia no se aprovecha bastante de esta paternal debilidad. Tenemos oradores distinguidos para las cátedras cristianas: en frente de insignificancias de oradores forenses y aun parlamentarios, es para nosotros motivo de irrisión el citarlos su pequeño número. A excepción de dos ó tres hombres elegidos, los grandes abogados murieron desde hace-mucho tiempo; las tribunas públicas no son sino aposentos de comadres traviesas. Sin negar la inferioridad relativa de los modernos bajo el aspecto de la predicación, nada impide, sin embargo reconocer algunos ecos rejuvenecidos de la bella elocuencia que Bourdaloue y Bossuet personifican en su mas vasta expresión. Los abates Cœur y de Ravignan son nombres que podemos pronunciar con legitimo orgullo. ¡ Cosa sorprendente! Hay un monje dominico á quien la fama persigue mas y mas cada vez desde hace quince años en el pueblo voluble por excelencia, cuyo suceso seria ya en sí mismo un maravilloso signo de fuerza, á parte la realidad de su indefinible talento, que explica este suceso y lo justifica. El P. Lacordaire posee casi la estatura de un genio de apóstol y de una gloria nacional.

« Sin duda ninguna, como ya lo hemos dicho en otras ocasiones, estos tesoros tan preciosos y esparcidos tan abundantemente no produ-

cen tantos frutos como se tendría derecho á desear. Quedan todavía en los santos auditorios algunas plazas vacías. Se podría saber mejor el don de Dios como se explica en la Escritura. Sin embargo, enseñados, aun en vuestros clubs, el día de vuestras escenas mas conmovedoras, alguna cosa que se asemeje á la afluencia que se observa al lado de los predicadores en la época de la cuaresma. Comparad, si os place, la dignidad de los concurrentes, la naturaleza de las simpatías y la extensión de los resultados.

« ¡ Bendito sea Dios, y que la Francia reconozca el cuidado que toma en hacerla grande, haciéndola cristiana! Nada tiene que envidiar á ningun otro pueblo, tan privilegiado como se le supongo. ¿Qué he dicho? aquí se revela la excesiva predilección de Dios hácia ella. Parece que, además de sus producciones propias, los pueblos extranjeros no pueden producir sino en provecho de ella, Dios pone al mundo entero al servicio de su gloria y de su salvación; ella es como el lugar necesario de cita de todas las santidades y de todas las inteligencias consagradas. Por un efecto cualquiera de circunstancias combinadas ó fortuitas, todo el que siente agitarse en sí mismo alguna cosa fecunda se arroja ó se deja llevar á sus brazos hospitalarios. Ella es la madre natural del genio, aunque cree solamente adoptarle. Esta verdad se aplica á todas las artes, á todas las ciencias, á todos los géneros de creaciones del alma y del genio. Nosotros podríamos fácilmente demostrarlo, si hubiera necesidad, con hechos, es decir, con pruebas innumerables; pero nosotros nos proponemos por único objeto indicar un ejemplo magnífico de esto.

« La fama nos habia hecho conocer desde hace tiempo al P. Ventura. Se decian cosas inmensas de este religioso. Sus libros, traducidos en francés tan pronto como eran publicados en italiano en Roma ó en otro punto, nos ponian al mismo tiempo en el caso de apreciarle, á pesar de los inconvenientes de un idioma prestado. Entre M. de Lamennais y él habia tenido lugar lo que nos atrevemos á llamar un espléndido encuentro sobre el terreno de la filosofía y de la política. Esto duró largo tiempo, en honor de los dos campeones, hasta la caída del primero. Sucedió en Roma la revolución que todos saben. Ventura, el ex-general de los teatinos, ejercia allí entonces una influencia mas notable que nunca. Era positivamente el hombre de la Italia, como era también el hombre del santo Pontífice Pio IX. El poderoso escritor se encontraba orador no menos poderoso. Tenia bajo el imperio de su palabra muchedumbres comparables, por el número y el entusiasmo,

á las que se apretaban al rededor de Hortensio y de Ciceron en el antiguo Forum. Él las tenia, por decirlo así, en su mano. Un discurso suyo tenia la importancia de un acontecimiento. La espaciosa iglesia de San Andrés *della Valle*, cuando se esperaba en ella al P. Ventura, se llenaba de tal modo, que el concurso de los oyentes á las Conferencias de Nuestra Señora no puede dar mas que una idea muy débil. Parecia, dice un diario de Roma, un navío gigantesco invadido por todos lados á la vez, y cuyos sordos crujidos se sosegaban bien pronto para dejar oír la voz de una majestuosa tempestad. Por motivos que no nos pertenece juzgar aquí, el P. Ventura no quiso nunca acompañar en su destierro al augusto Pontífice, de quien era y es todavía tierno amigo. ¿Era esto un error de su parte? Muchos lo han dicho; pero él creyó dar al Papa, separándose de él, una prueba de intrepidez y de abnegacion. Para la formacion del nuevo gobierno se debio reclamar su concurso. Léjos de nosotros recordar sucesos que no son de nuestra competencia, y hacer una justificacion que no pertenece sino á él. Consignamos la existencia de un gobierno de hecho, apreciado hace largo tiempo, y la parte negativa que en él tomó el P. Ventura: este es el hecho. Nuestras noticias son que, quedando en Roma el P. Ventura, tiró de la rienda á la revolucion, y que usó en este sentido de su influencia casi soberana, economizando muchas lágrimas y dolores á los hombres honrados y de buen sentido. El nuevo gobierno fundado por la *Jóven Italia* duró poco tiempo; la Francia devolvió bien pronto á Pio IX su triple corona. Notemos de paso que el P. Ventura, excitado á entrar en la Constituyente, no quiso tomar asiento en esta asamblea. Se han esparcido horribles cuentos como este, diciendo que habia celebrado los santos misterios en un altar exclusivamente destinado á los soberanos Pontífices. Esta es una calumnia execrable. Examinando de buena fe su conducta, es fácil conocer que ha tratado la revolucion como sabio consejero, mas no como cómplice, y que no ha obtenido de él sino actos de represion discretamente arreglados. Sea como quiera, vencida la revolucion, el estado de los espíritus hizo pensar á los amigos del célebre teatino que era urgente alejarle de Roma, y se le hizo partir para Civita-Vecchia, de donde pasó á Francia.

« Hé aquí el motivo de su viaje á esta nacion.

« Mgr. el obispo de Montpellier fue el primero en ofrecerle hospitalidad. Eran dignos el uno del otro: los corazones se aproximan pronto cuando las inteligencias se pueden mirar de frente. Ellos se hicieron amigos íntimos, y bajo este concepto podriamos contar cosas

graciosas. La falsa reputacion política que se habia dado á este huésped ilustre hace el elogio del sabio prelado que, notoriamente enemigo de la revolucion de Roma, como de las demás, le admitió afectuoso y con prontitud en su intimidad.

« En Montpellier fue donde el P. Ventura usó por primera vez de la palabra en idioma francés.

« Hace algunos meses que vino á París, y que, luchando con Mgr. Thibault en cumplimientos y amabilidad, Mgr. Sibourg le ofreció la cátedra de la Asuncion; porque la de Nuestra Señora estaba ocupada por el P. Lacoirdaire.

« Entonces abrió el curso de sus Conferencias para todos los dominicos, á las ocho y media de la mañana, y bien pronto conquistó para sí la reputacion del P. Lacoirdaire, si es que no la superó. Las conferencias de que se trata son el objeto principal de este artículo.

« En efecto, el P. Ventura no habia visto jamás la Francia. Por grande que fuera su aptitud en la lectura de las obras francesas, los que no le han oido comprenderán difícilmente el uso prodigioso que sabe hacer de nuestro idioma. Ordinariamente no se habla bien una lengua que no se haya hablado anteriormente; pero este hombre no tiene nada de ordinario. Parece verdaderamente que las dificultades mismas, aun cuando en su calidad de extranjero, las sufre por casualidad, decuplan su potencia de expresion; fuerza, por decirlo así, á la frase como conquistador, la echa por tierra, la estrella y la hace arrojar un sublime grito de agonía. La temeridad produce muchas veces los golpes de fortuna, *audaces fortuna juvat*, sobre todo cuando se entrega en los brazos del genio. No tememos afirmar que muy pocos oradores franceses en la época presente saben sacar de nuestra lengua, unida y metódica, tantos y tan opulentos recursos. Hasta su acento de extranjero, viniendo de labios tan armoniosos, proporciona á su diccion un encanto particular.

« No se sabría á quién compararlo en cuanto á su accion. Su posicion es noble y calmosa; su voz sonora sin rigidez, y de larga extension; su prononciacion dulce, aunque enérgicamente acentuada. En San Andrés *della Valle* ocho ó diez mil personas, en los puntos mas retirados de la nave, podian oirle distintamente. Contra la costumbre, bastante sensible, de los predicadores franceses y de todos nuestros oradores en todos géneros, agita poco los brazos, evita las inflexiones del cuerpo, conserva constantemente derechos el pecho y la cabeza, no se pasea en el púlpito, y reserva sus efectos para la oportunidad.

Por lo demás, esta figura nos recuerda muy exactamente la bella figura de Bourdaloue : en presencia de los mas auténticos retratos que nos quedan del elocuente jesuita, un gran número de los oyentes de la Asuncion señalan esta semejanza como muy marcada. Solamente el ojo está mas abierto y el tinte quizá mas animado.

« De hecho existe en aquella ancha frente el peso de los pensamientos del príncipe de los sermonarios; en aquella grave posición, su austeridad; en aquel método, también su gran razón; en aquella leal abundancia de saber, su teología; pero aquí se mezcla á todo esto (no tenemos convenir en ello) mas variedad, mas espontaneidad, mas invención, y mas calor sobre todo. El sol de Italia ha pasado por aquella cabeza, y también el fuego de las tormentas sociales; las emociones del destierro se dejan conocer, y los vastos recuerdos de nuestro Bossuet, y, si puede decirse, la herencia misma de Santo Tomás de Aquino.

« Se cree con dificultad en los oradores que se alaban de improvisar. El P. Ventura le hace tanto mejor cuanto que nada dice de ello. Aquí su memoria nos llena de una especie de espanto, y su memoria al mismo tiempo es la ciencia. Literatura, lenguas, poesía, filosofía, teología, historia, matemáticas, etc., etc.; no hay uno solo de sus discursos que no acredite una incontestable universalidad de conocimientos muy reflexionados, muy coordinados, muy presentes y de muy buena ley. Es decirlo todo sin exagerar nada, que trata de cada ciencia como si hubiese sido para un hombre de su valor el objeto de una aplicación especial. La casualidad... me engaña, la Providencia le ha conducido en medio de nosotros contra sus previsiones seguramente. Se puede augurar por lo que hace en Francia, lo que hubiera hecho en otros países adonde la misma Providencia le hubiese llamado. Ahora la tarea que él se ha impuesto en la Asuncion, es la de combatir particularmente á los escritores de nuestro país que han emponzoñado la filosofía; y cualquiera que lo oye se pregunta si es posible que la existencia de un hombre baste para los estudios que ha hecho bajo este solo punto. Nada escapa á su memoria milagrosa y á su fulminante penetración : ningún libro, ningún detalle. La *Enciclopedia* y la *Suma* son las menores obras que sabe de memoria, como un buen cristiano sabe la señal de la cruz.

« Una sola cosa le falta al P. Ventura, y es un templo mucho mas espacioso que el de la Asuncion. Sin aceptar con confianza la profecía de algunas personas que, por dos ó tres palabras equívocas de un discurso de claustro, consideran la carrera del elocuente dominicano como

terminada para siempre, nos atrevemos á preever y á repetir que, en un tiempo próximo, el P. Ventura, si no le sucede directamente, ocupará por lo menos á su vez la cátedra de Nuestra Señora. Él nos pertenece por otra parte; se ha convertido en una de nuestras glorias; y pues que habla así la lengua del país, él es de Atenas. La Providencia ha extendido su carta de naturaleza, y la Francia ha firmado á la verdad con gusto este contrato. »

A estas consideraciones tan notables del abate Hipólito Barbier, añadiremos algunas líneas que miran especialmente á nuestra publicacion.

Estas *Conferencias* pueden ser consideradas como una apología completa del cristianismo. Para conseguir su objeto, el P. Ventura siguió una marcha enteramente nueva: quiso responder al movimiento marcado de curiosidad que arrastra los espíritus hácia las cosas filosóficas. Por esto ha tomado á su cargo el oponer á tantas falsas filosofías que depravan el siglo, una filosofía sólida y pura; y por eso ha hecho de sus *Conferencias* reunidas un gran tratado contra el racionalismo antiguo y moderno. Pasa en él revista á todos los sistemas, y con una inmensa autoridad de juicio y de luz, los discute pieza por pieza, para demostrar después victoriosamente la vanidad funesta de ellos. Jamás la lengua de la metafísica habia sido tan poderosamente hablada, ni mas dichosamente puesta á la comprension de un auditorio. Como se ha dicho, el P. Ventura ha debido asombrarse de sí mismo.

Muchos diarios han tratado de reproducir por entero estas admirables *Conferencias*; pero sus reproducciones son inexactas. Se ha hecho decir en ellas al orador lo que no ha dicho ó lo contrario de lo que ha dicho. En la *Gaceta de Francia* el abate F. Chatenay ha dado de estas *Conferencias* análisis no menos fieles que sabios; pero no son mas que análisis. Esta es la razon por que hemos suplicado al P. Ventura que autorizase la impresion de ellas con su concurso; él se ha prestado con el mismo motivo, diciendo que se consideraría *dichoso de dejar á la Francia este pequeño recuerdo de su tránsito*.

Los volúmenes de las *Conferencias* han sido impresos á su vista; las ha modificado sensiblemente, sobre todo en sus primeras partes; ha desenvuelto ciertos pasajes, aligerado otros distintos, y añadido al texto un número considerable de notas y aclaraciones.

En efecto, como lo ha dicho el abate Barbier, la Providencia nos ha tratado con un favor admirable. Para una época de renacimiento social y religioso, nos concedió el dulce y metódico talento de M. Frayssinous. Mas tarde, cuando los espíritus generalmente desprendidos de los

brillantes sofismas del siglo diez y ocho, pero trabajados de un vago malestar y de una impaciencia dolorosa, aspiraban á una religion cualquiera, que ellos no podian definirse, el P. Lacordaire vino con la admirable espontaneidad de sus recursos y sus imperiosos conclusiones. Después de algunos años la disposicion de los espíritus se habia tomado otra regla distinta para buscar la verdad que la de un caloroso arrebatamiento; á los peligros de la imaginacion sucedia el atractivo de las controversias metafísicas; en las entrañas de la ciencia era donde se queria descubrir aquella verdad suprema, inútilmente reclamada al entusiasmo aislado; era menester que la pura filosofia se hiciese la introductora de los hombres al lado de la pura religion: Dios nos ha concedido al P. Ventura. Sus *Conferencias* forman en alguna manera un todo histórico con las de sus dos gloriosos antecesores. Al procurarles una publicidad mayor, tenemos el convencimiento de servir por nuestra parte eficazmente, así la causa de la ciencia, como la de la religion.

La Francia ha oido á este orador extraordinario; la América no le conoce sino de una manera vaga é incompleta; no ha escuchado su admirable palabra: nosotros, por lo tanto, creemos ser agradables al ilustre clero de las Américas y al público en general, enviándoles el eco de la voz de este eminente varon, si quier sea cambiada al castellano y con las dificultades que lleva consigo explicar en una lengua lo que se pensó, lo que se escribió, lo que se pronunció en otra diferente. No desconocemos las dificultades que lleva consigo el interpretar los pensamientos y el lenguaje del P. Ventura; mas por eso mismo procuraremos esforzanos para corresponder dignamente á nuestra empresa. En la traduccion nos hemos impuesto obligaciones severas para que imite en todo lo posible al original; y bajo este concepto no es una traduccion libre la que presentaremos al público y á nuestros lectores, sino otra en que, teniendo mas cuidado de traducir los pensamientos y el sentido del P. Ventura, sacrificará en alguna ocasion para conseguirlo, la elegancia de la frase á la traslacion de ellos. En esta

obra importantísima, en que se ve combatida la filosofía antigua y moderna, y parangonada con la filosofía cristiana; en esta obra, que es tanto un tratado filosófico como religioso, la frase y la elegancia debe considerarse como de un orden secundario; y sin abandonarle, debe, sin embargo, quedar sometido en caso de necesidad á la ortodoxia del pensamiento y del sentimiento del orador; y tal es el método que nos hemos impuesto y que seguiremos en la traducción.



CONFERENCIAS

SOBRE LA

RAZON FILOSOFICA

Y LA

RAZON CATOLICA.

CONFERENCIA PRIMERA.

LA RAZON FILOSOFICA ENTRE LOS ANTIGUOS.

Et vox de nube dicens : « Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui; ipsum audite. »

Y se dejó oír una voz del cielo : « Este es mi Hijo querido, en quien yo me complacé siempre : escuchad sus palabras. »

(Evang. del segundo domingo de cuaresma.)

1. No es así como habla la tierra. Esta maravillosa voz, esta voz inefable, ha partido seguramente del cielo : *Et vox de nube dicens*. El que se complace en su Evangelio en llamarse el Hijo del hombre, es también el Hijo querido, el Hijo consustancial de Dios, y Dios mismo : *Hic est Filius meus dilectus*. Jesucristo, nuestro único salvador, es también nuestro único maestro : debemos escuchar sus palabras : *Ipsium audite*.

Pero ; ay de mí ! en la actualidad, mis queridos hermanos, se diria que entre los mismos pueblos cristianos, todo lo que goza de inteligencia, de sabiduría ó de talento, con pocas excepciones, parece avergonzarse de la enseñanza de este Hijo de Dios, y le prefiere la enseñanza de los hijos de los hombres ; prefiere la razon filosófica á la razon católica ; y desde luego, ¿ qué se presenta á nuestra vista, mis queridos hermanos ? ; Ah ! demasiado lo sabeis. Todas las ideas están confundidas, todos los principios olvidados, todas las verdades holladas, para dar lugar á todos los errores, á todas las aberraciones, á todos los delirios de la razon humana. Todo es verdadero excepto la verdad, todo es virtuoso excepto la virtud, todo es honrado excepto el honor ; las doctrinas espirituales y morales han perdido todo su valor y toda su importancia ; la duda se ha hecho filosofía, como el egoísmo justicia ; el interés se ha convertido en ley, la anarquía en gobierno, y el ateísmo en religion.

Nada es mas importante, nada es mas obligatorio en la triste condicion en que nos encontramos, que combatir este desórden del órden intelectual, que ha amontonado tantas ruinas en el órden político, y que amenaza ocasionar otras mayores todavía en el órden social :

Por esta razon, llamado á reemplazar á aquel cuya voz es tan elocuente y tan elevada (1), en las conferencias religiosas que han tenido lugar aquí todos los años, nada puedo hacer mejor que presentaros en toda su verdad los principios, los progresos, las consecuencias de la razon filosófica y de la razon católica en sus relaciones con la religion.

Hoy me limitaré á la razon filosófica de los tiempos antiguos, y en las próximas conferencias me ocuparé de la razon católica y de la razon filosófica de los tiempos modernos ; y en seguida, de la manera con que una y otra han considerado los principales puntos del cristianismo ; con el fin de que, convencidos de la vanidad, de la miseria, de los peligros de la razon filosófica, que promete toda verdad, y no alcanza

(1) El sabio y celoso abate M. Deguerry, cura de la Magdalena, que ha sido el primero en introducir y predicar desde hace algunos años el curso de estas conferencias para los hombres en la iglesia de la Asuncion, que corresponde á la misma parroquia de la Magdalena.

sino el error, nosotros elijamos por nuestra parte la razon católica, la única que tiene la dicha de evitar el error y de poseer la verdad, porque ella se funda ante todo sobre la enseñanza y doctrinas de Jesucristo; *Ipsium audite*. Este es, mis queridos hermanos, el objeto de mis conferencias y de la de este dia.

2. Venido á esta capital únicamente por negocios particulares, yo no tenia la menor intencion de subir á la cátedra sagrada, conociendo bien todas las dificultades que tiene para un extranjero habitante desde poco tiempo en vuestro país, el hablar en público vuestro bello idioma, tan lisonjero y delicado. Pero honrosas y veneradas instancias me han obligado á ello; y yo espero que vosotros, buenos habitantes de París, no seréis menos indulgentes que los habitantes del mediodia para el italiano que mas ha amado quizá á la Francia y á los franceses.

Yo espero que le perdonaréis el defecto de las formas, gracias á la importancia del objeto. Yo espero que, encontrándome bastante celoso de vuestra salvacion, bastante cristiano, bastante católico, me reconoceréis por lo mismo bastante francés.

Divino Salvador, cuyas enseñanzas tenemos hoy obligacion de seguir, derramad sobre mi y sobre este auditorio cristiano la luz y el poder de aquella gracia que da la inteligencia de vuestros misterios y de vuestras leyes, á fin de que todos nosotros nos afirmemos siempre mas y mas en vuestra santa religion, fuente única de toda verdad, de toda virtud, de toda esperanza, de todo consuelo y de toda felicidad.

Benedicid esta predicacion que yo emprendo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, en gloria de vuestra Iglesia y edificacion de vuestro pueblo. Concedednos esta gracia por la intercesion de vuestra divina Madre, que es tambien nuestra Madre, y á quien saludamos: *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

3. Si por sus propios medios, por el razonamiento y por la reflexion privada, el hombre pudiese de una manera fácil, cierta y sin mezcla de error; *De facili, sine miscella erroris, fixa certitudine*, como habla Santo Tomás (*Sum. Cont. Gent.*, lib 1, c. 4), llegar á formular sus creencias y sus deberes, la revelacion, hermanos míos, sería inútil; *Si ratio humana sufficienter experimentum præbeat, totaliter excluditur meritum fidei.* (2, 2, q. 11, a. 10.) Y en efecto, ¿de qué sirve una revelacion positiva, si el hombre se basta á sí mismo para conocer lo que debe creer y lo que debe practicar? Entonces todo el mundo tendria derecho á repetir, con el sofista de Ginebra: « Yo no tengo necesidad de una religion revelada; yo me contento con la religion natural; » y el racionalismo sería al mismo tiempo la verdadera religion y la verdadera filosofía.

Esta doctrina es, hermanos míos, la que, segun Clemente de Alejandria, habia reasumido Platon en estas palabras: « Mi sistema consiste en no creer en ninguna autoridad, y no ceder sino á las razones que, despues de haber reflexionado, me parecieren mejores; *Ego sum ejusmodi, ut nulli alii credam nisi rationi quæ mihi consideranti optima visa fuerit.* » (*Stromat.*, 1.) Esta doctrina profesaba igualmente Ciceron, diciendo: « Cada uno, debiendo referirse á su propia razon en materia de verdad, es muy difícil que se entregue á la razon de los otros; *Cum suo quisque judicio sit utendum, difficile factures me id sentire quot tu velis.* » (*De Nat. Deor.*, lib. III.) (1) Esta doctrina ó este método constituye lo que yo llamo la *razon filosófica*.

Mas si, por el contrario, el hombre no puede conseguir formular de una manera fácil, precisa, cierta, sus creencias y sus

(1) En otra parte Ciceron ha formulado mejor esta misma doctrina de la escuela de Platon, habiendo dicho: « Protágoras cree que no se debe tener por verdadero sino lo que á cada uno parece verdadero; *Protágoras putat id verum esse quod cuique videatur.* » (*Acad. I.*)

deberes sin el auxilio de una revelacion superior, es menester que nuestros grandes filósofos, es menester que estas inteligencias tan vacías como orgullosas, vengán á prosternarse á la puerta de la iglesia, con el fin de recibir allí las enseñanzas de vida del Dios hecho hombre; *Ipsium audite*. Desde entonces nada es mas razonable que un culpable delirio y una enorme extravagancia. Esta doctrina, hermanos míos, es la que el apóstol San Pablo había encerrado en estas palabras: « Cautivad vuestro entendimiento en la obediencia de Jesucristo, y creed que esta obediencia es razonable; *In captivitate redigentes omnem intellectum in obsequium Christi... Rationabile obsequium vestrum.* » (II Cor., x, 5; Rom., XII, 1.) Y esto constituye lo que yo llama la *razon religiosa* ó CATÓLICA.

- En estas pocas palabras se resume toda la cuestion que hoy se agita entre la escuela y la Iglesia, entre el racionalismo y el catolicismo, entre la religion y la filosofía (1).

(1) M. Guizot, en el famoso discurso que ha pronunciado últimamente en el templo de la calle Chauchat, ha establecido en estos términos la misma cuestion:

« Cuál es, señores, en el fondo y religiosamente hablando, cuál es la gran cuestion, la cuestion suprema que preocupa hoy los espíritus? Es la cuestion colocada entre los que reconocen y los que no reconocen un órden sobrenatural, cierto y soberano, aunque *impenetrable á la razon humana*; la cuestion establecida, — para llamar las cosas por su nombre, — entre el *supernaturalismo* y el *racionalismo*.

« De un lado los incrédulos, los panteístas, los escépticos de todas clases, los puros racionalistas; de la otra, los cristianos.

« Entre los primeros, los mejores dejan subsistir en el mundo y en el alma humana la estatua de Dios, si es permitido servirse de tal expresion; pero la estatua solamente, una imagen, un mármol. El mismo Dios no está allí. Solo los cristianos tienen al Dios viviente.

« Del Dios viviente, señores, es del que tenemos necesidad. Es menester para nuestra salud presente y futura que la fe en el órden natural, que el respeto y la sumision en el órden sobrenatural, entren en el mundo y en el alma humana; en los grandes espíritus como en los espíritus sencillos, en las regiones mas elevadas como en las mas humildes. La influencia real, verdaderamente eficaz y regeneradora, de las creencias religiosas se halla en esta condicion. Fuera de aquí son superficiales y poco menos que vanas.

« Y no os inquietéis en las dificultades de la obra, ni en el pequeño número de los que creen ya, ni del gran número de los que no creen ni se cuidan de ella. Las dificultades y el número de los adversarios eran á la verdad muy diferentes cuando el cristianismo apareció en el mundo. Hay mas potencia en un solo grano de fe que en montañas de duda y de indiferencia. »

Es un hecho digno de observarse que el P. Ventura y M. Guizot, dos hombres tan eminentes, el uno en el catolicismo, el otro en el protestantis-

Por una parte la razon filosófica sosteniendo que el hombre se basta á sí mismo para conocer perfectamente su naturaleza sus relaciones con todos los seres, y su destino final: por la otra, la razon religiosa ó católica afirmando que el hombre tiene necesidad, y gran necesidad de Dios para todo esto, y que debe someterse á la enseñanza del Hijo de Dios hecho hombre; *Ipsium audite*.

4. Para ver lo que debemos pensar de estas dos doctrinas ó de estos dos métodos, considerémoslos desde luego en su origen.

« Dios, dice la Santa Escritura (*Eccles.*, xvii), creando al hombre de la tierra, y formando del cuerpo del mismo la primera mujer, á fin de que ella fuese la compañera de su vida, pues que le era semejante por su naturaleza (1), concedió á los dos el uso perfecto de sus sentidos y de sus facultades, la regla de la inteligencia, la ley del espíritu y del corazón, el pensamiento, los sentimientos, la palabra; de suerte que ellos pudiesen desde el primer instante andar, obrar, pensar, oír, razonar, querer, hablar. Dios les reveló el mal á fin de que pudieran evitarlo; el bien para que pudieran practicarle (2).

Dios se dignó tambien mirar con un amor particular las almas de los primeros hombres para elevarlas hasta él; les manifestó la magnificencia divina de sus obras; les enseñó á rendir culto á su nombre, no solamente porque este nombre era el solo todopoderoso, sino tambien porque era el solo santo. Dios les enseñó á no glorificarse en ellos mismos, sino en él, considerándose como la obra mas noble de sus manos, y á contar á sus hijos las maravillas de la creacion del mundo (3).

mo, se hayan encontrado en el mismo pensamiento y casi en las mismas palabras, tocante á la gran cuestion que se agita ahora en el mundo intelectual, y de cuya solucion depende el porvenir de la Europa. (*Nota del editor francés.*)

(1) Véase en la novena conferencia la explicacion de esta misteriosa creacion.

(2) « Deus de terra creavit hominem, et creavit ex ipso adiutorium simile sibi. Et linguam et aures et cor dedit illis excogitandi, et disciplina intellectus replevit illos. Creavit illis scientiam spiritus, sensu implevit cor illorum; et mala et bona ostendit illis. »

(3) « Posuit oculum suum super corda illorum, ostendere illis magna opera suorum, ut nomen sanctificationis collaudent: et gloriari in mirabilibus illius, et magna enarrant operum ejus. »

« En fin Dios les enseñó la manera de conducirse, dándoles la ciencia de la vida, que debían legar como una herencia á sus descendientes. Estableció con ellos, por medio de su gracia, una alianza eterna de amor, y los fijó las condiciones de ella en la revelacion que les hizo de la santidad de sus preceptos y de la severidad de sus juicios (1). »

Así pues, segun este magnífico, este conmovedor texto de los Libros Santos, Dios ha sido para el primer hombre lo que nuestros ascendientes, nuestros padres, no solo nos han dado la vida física, que consiste en la union del alma con el cuerpo, sino que nos han dado tambien la vida intelectual, que consiste en la union de nuestro espíritu con la verdad. Sí : lo que todos los padres han hecho siempre con sus hijos en la sucesion de los tiempos, Dios mismo lo hizo en un solo instante para el primer hombre. Luego pues, cuando la Santa Escritura nos dice que el hombre salió ALMA VIVIENTE de la mano de su Criador, *Factus est in animam viventem* (*Gen.*, II), manifiesta que el espíritu ha querido decirnos que el hombre desde el primer instante de su creacion comenzó á vivir con la doble vida que le es propia, con la vida del cuerpo por el alma, con la vida del alma por la verdad.

De este grande hecho de la revelacion primitiva, de cuya verdad nos atestigua la Santa Escritura, ha dado la razon y las pruebas el grande Santo Tomás. Y ved lo que dice en su admirable tratado DE LA CIENCIA DEL PRIMER HOMBRE; *De scientia primi hominis*. (*Quest. disput.*)

« Adán ha debido tener, desde el instante mismo en que fué creado, la ciencia de las cosas naturales, no solamente en su principio, sino tambien en su término; porque Dios lo creó para que fuera el padre de todo el género humano, y los hijos deben recibir de su padre, no solo el ser material por la generacion, sino tambien la regla de vida por la instruccion (2).

(1) « Addidit illis disciplinam, et legem vitæ hæreditavit illos. Testamentum æternum constituit cum illis, et justitiam et judicia ostendit illis. »

(2) « Adam in principio suæ conditionis, non solum oportuit ut haberet naturalium cognitionem, quantum ad suum principium, sed etiam quantum ad terminum; eo quod ipse condebatur ut pater totius generis humani. A patre enim filii accipere debent non solum esse per generationem, sed et disciplinam per instructionem. »

« Adán pues ha debido encontrarse perfecto en todo su ser con relacion al cuerpo, de suerte que pudiese hacerse padre desde luego, con relacion al espíritu, de suerte que pudiese de seguida enseñar, en su calidad de maestro de todo el género humano (1).

« No se puede concebir, no se puede admitir que la inteligencia en el primer hombre inmediatamente criado por Dios, fuese una tabla rasa en que la mano del Criador nada hubiese escrito. Como él no conoció la debilidad de la infancia con relacion al cuerpo, no conoció tampoco las tinieblas de la ignorancia con relacion al espíritu. Obtuvo desde el primer instante lo que nosotros sucesivamente durante toda la primera edad de la vida. Recibió por obra divina lo que nosotros recibimos por la educación humana: un cuerpo perfecto, y un espíritu dotado de la razón y admirablemente iluminado por la verdad (2). Hubiera sido contrario á la perfección propia al primero de los humanos, que hubiese sido creado sin la plenitud de la ciencia, y que se hubiese visto obligado á aprender esta ciencia por medio de los sentidos sucesivamente y con mucho trabajo (3).

« Pero independientemente del conocimiento natural, Adán recibió también el conocimiento de la gracia (4); tanto, que él conoció en el instante, no solamente todas las cosas naturales que el entendimiento humano puede conocer con la ayuda de los primeros principios, sino también muchas cosas sobrenaturales en virtud de una revelación particular que la razón humana por sí sola no puede conseguir (5).

(1) « Oportuit in ipsa sui conditione, constitui in termino perfectionis: et quantum ad corpus, ut esset conveniens principium generationis; et quantum ad cognitionem, ut esset sufficiens cognitionis principium, in quantum erat totius generis humani instructor. »

(2) « Sicut in corpore ejus nihil non erat explicitum in actu, quod pertineret ad perfectionem corporis... sic etiam oportuit quod intellectus ejus non esset, in sui principio sicut tabula non scripta, sed haberet plenam notitiam ex divina operatione. »

(3) « Erat contra perfectionem quæ primo homini debebatur, ut condereatur sine plenitudine scientiæ, solummodo à sensibus scientiam accepturus. »

(4) « In Adam duplex fuit cognitio naturalis et gratiæ. »

(5) « Scivit etiam multa ad quæ vis primorum principiorum non se extendit, sed ad hæc aequaliter cognoscenda adjuvabatur alia cognitione, quæ est cognitio gratiæ. »

« Pero no conociendo sino por la revelacion las cosas del órden sobrenatural y divino, y no creyéndolas sino por la autoridad de la palabra de Dios, que le habia hablado, tuvo tambien y practicó desde el primer instante la fe (1). »

Y ¿quereis saber quién instruyó á Adan al principio del mundo? « Es, dice Tertuliano, la persona divina del Verbo que debia hacerse hombre, es ella quien instruyó al primer hombre : *Deus in terris cum hominibus conversari non alius potuit nisi sermo (Verbum) qui caro erat futurus.* » (*Advers. Prax.*)

Así, el que hoy constituye el Padre eterno como nuestro maestro, este mismo instruyó al primer hombre de todas las verdades del órden intelectual y moral, y aun de un órden mas elevado; porque Sto. Tomás añade que Jesucrio instruyó á Adan en el misterio de su encarnacion aun antes de que Adan hubiese pecado; *Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ* (2, 2, q. II, a. 7) (2).

Es pues, hermanos míos, escuchando á este mismo Verbo divino, antes de que él se hubiese hecho hombre; *Ipsum audite*; es apoyándose sobre esta revelacion primitiva del Verbo, conservada en el mundo por el Verbo, como la razon humana marchó desde el origen del mundo. Sostenidos por esta fe, iluminados por esta luz, es como los antiguos patriarcas fijaron el culto público, desarrollieron la verdad, la defendieron, y la predicaron al mundo; lo que les ha valido el titulo glorioso de PREDICADORES PUBLICOS DE LA JUSTICIA, en la Santa Escritura; NOË, OCTAVUM JUSTITIE PÆCONEM. (*Petr.*)

Esto es lo que el apóstol San Juan ha querido decir por estas palabras: El Verbo eterno es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; *Lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* » (Joan., I, 9.) Esta es la luz de aquella revelacion, de aquella instruccion primitiva, dada por él al primer hombre, que del primer hombre, por la tradicion y el lenguaje se ha esparcido por

(1) « Adam in primo statu fidem habuit. »

(2) Esta doctrina se encuentra desenvuelta en la novena conferencia.

todo el mundo, como por la generacion se ha esparcido en todo el mundo la vida material; esta es aquella instruccion que ha permanecido siempre en pié, y que las tinieblas de la idolatria y del paganismo han podido oscurecer, pero jamás horrar; *Lux in tenebris lucet, et tenebræ eam non comprehenderunt.* (Ibid, 5.)

Aplicando estas revelaciones divinas al conocimiento de las causas, á los usos de la vida humana, es como aquellos grandes hombres desarrollaron la inteligencia del hombre, constituyeron la sociedad pública, establecieron las leyes, crearon la ciencia é inventaron las artes. Este es el origen de la verdadera filosofía marchando á la luz de la religion, con el objeto de mantener, de defender la religion, de procurar al hombre la mayor dicha posible sobre la tierra, sin hacerle perder la vista del cielo; establecida en el mundo con la fe en el Verbo, comenzada tambien esta fe con el mundo.

¡Oh, cuán noble y augusto y magnífico y conforme á la bondad de Dios y á la grandeza y á la dignidad del hombre es el origen de la verdadera ciencia, de la verdadera filosofía, de la verdadera civilizacion! Es Dios instruyendo al hombre por su Verbo; es el hombre marchando á la luz de Dios, desarrollándose y perfeccionándose como ser físico, como ser inteligente y como ser social, bajo las miradas de Dios, para la gloria de Dios y para su propia felicidad!

Este es el origen de la *razon religiosa* en los tiempos antiguos. Ved ahora el origen de la *razon filosófica* en los mismos tiempos.

5. La filosofía antigua, entre los pueblos en que la *razon filosófica* ha reinado con mas poder y mas libertad, estaba dividida en dos grandes sectas: la secta de los *materialistas* ó de los epicúreos, y la secta de los *espiritualistas* ó de los estóicos.

Estas dos sectas, enemigas la una de la otra, haciéndose mutuamente una guerra encarnizada á causa de las doctrinas opuestas y contradictorias que profesaban, convenian, sin embargo, en una sola y misma doctrina relativamente al estado del hombre primitivo, al origen de la religion, de las leyes y de la sociedad.

Horacio, que no se avergonzaba de llamarse él mismo un

animal inmundo del ganado de Epicuro (1), exponía en estos términos la doctrina de los epicúreos sobre este objeto :

« Los primeros hombres, como todos los brutos, salieron de las entrañas de la tierra. No eran entonces mas que un ganado mudo é inmundo, privado de la razon y de la palabra. Por un puñado de bellotas ó una covacha donde guarecerse se hacian mutuamente la guerra. Esta era al principio una guerra de rasguños ó puñetazos; después se batian á palos, y por último con armas artísticamente fabricadas; mas tarde inventaron la palabra, formaron un idioma para poder explicar los sentimientos del alma, y encontraron nombres para indicar las cosas. En esta época cesaron de guerrear, y comenzaron á edificar ciudades y rodearlas de murallas. Hicieron leyes que prohibian el robo, el asesinato y el adulterio; porque aun antes de Helena, la mujer ha sido siempre, en los tiempos antiguos, causa funesta de guerra entre los hombres. Entregados hasta entonces á los goces vagos de la carne, fuera del matrimonio, como las bestias selváticas, se disputaban las mujerzuelas, arrancándolas los unos á los otros por la fuerza. El mas valiente era el que conseguia la presa, como en un ganado el toro mas fuerte concluye por apropiarse la vaquilla. Pero estos hombres ya, no dejando ningun recuerdo sino sus nombres (2). Si pues tú quieres ojear los anales y los monumentos del mundo, te verás obligado á creer que no es la naturaleza quien ha podido enseñar á los hombres á distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo que es permitido de lo que es prohibido; sino que el único origen del derecho ha sido el temor de la opresion (3). »

(1) « Si vienes á verme, veras en mi un cerdo lleno de gordura, de la piana de Epicuro; *Bene curata pelle vides, Epicuri de grege porcum.* »

(2) ¡ Qué ligereza ! ¿ Cómo sabéis pues, que este órden ó este desórden de cosas ha existido?... Así es bien antigua la pretension de hacer la historia obra de la imaginacion. Mas tarde se verá que los cristianos no se han avergonzado de renovar este picante poema del paganismo, y por esta razon obligar al mundo á considerarles como aspirantes al honor de formar parte del ganado de Epicuro.

(3) « Cum prorepserant primis animalia terris,
Mutum et turpe pecus, glandem atque cubilia propter,
Unguibus et pugnis, dehinc fratribus, atque ita porro
Pugnabant armis quæ post fabricaverat us s; »

Esta era la innoble fábula que la *razon filosófica* de los epicúreos habia inventado para explicarse el origen del hombre y de la sociedad. Mas la fábula de los graves estóicos sobre este mismo objeto era perfectamente la misma. Escuchemos á Ciceron :

« Hubo un tiempo, dice, en que los hombres vivian vagando por las campiñas, de la misma manera que los brutos. Se mantenian con los mismos alimentos que las bestias feroces; no se conducian en sus acciones sino segun los instintos del cuerpo, y no por los dictados de la razon; no se profesaba entonces ninguna religion divina; no se observaba ninguna moral, ningun deber; el matrimonio legitimo era una cosa desconocida; los padres no reconocian á sus propios hijos, ni los hijos á sus propios padres, no se comprendian tampoco las ventajas del derecho y de la equidad; todo era ignorancia, error, abuso de las fuerzas naturales, y con la ayuda y á la sombra de estos satélites horribles se satisfacian todos los apetitos, y reinaban como tiranos las mas ciegas y mas atrevidas pasiones (1). »

Ved, hermanos míos, lo que la *razon filosófica* antigua, en oposicion á las tradiciones universales del género humano, ha sabido imaginar para explicarse el origen del hombre y la civilizacion de la humanidad (2).

Donec verba, quibus voces sensusque notarent,
Nominaque invenere: dehinc absistere bello,
Oppida caperunt munire, et ponere leges.
Ne quis fur esset, neu latro, neu quis adulter.
Nam fuit ante Helenam mulier teterrima belli
Causa. Sed ignotis perierunt mortibus illi
Quos Venerem incertam sapientes, more ferarum
Viribus editior cadebat, ut in grege taurus,
Jura inventa metu injusti, fateare necesse est,
Tempora si fastosque velis evolvere mundi;
Nec natura potest justo secernere iniquum,
Dividit ut bona diversis, fugienda petendis.»

(*Satyrar.* lib. I, 5.)

(1) « Nam fuit quoddam tempus cum in agris homines passim, bestiarum more, vagabantur, et sibi victu ferino vitam propagabant. Nec ratione animi quidquam, sed pleraque viribus corporis administrabant. Nondum divinae religionis, nondum humani officii ratio colebatur. Nemo nuptias viderat legitimas, non certos quisquam inspexerat liberos; non jus æquabile, quid utilitatis haberet, acceperat. Ita propter errorem atque inscitiam cæca ac temeraria dominatrix animi cupiditas, ad se explendum, viribus corporis abutebatur, perniciosissimis satellitibus. » (*De Invent.* 1.)

(2) Pero estos immobiles sueños, estas doctrinas sacrílegas, monstruoso en-

Y ¿puede imaniginarse nada mas vergonzoso ni mas degradante para el hombre, que una explicacion tal de su origen, de su naturaleza y de su condicion? ¿Hay cosa mas absurda que un sistema en que el hombre, en el estado de ignorancia y de estupidez de un carnero, haya podido inventar lo mas sublime, lo mas misterioso, lo mas incomprensible en él, como la razon y la palabra? ¿Que el hombre, en el estado de degradacion, de corrupcion, de ferocidad de las bestias salvajes, haya podido crear la justicia, el deber, las leyes, y que se haya sometido espontáneamente á ellas?

Pero una vez admitida con tanta impudencia esta doctrina, que los hombres han nacido de la vegetacion de la tierra, como las cebollas, ó de la corrupcion de otros seres, como los insectos; una vez admitido que es el hombre mismo quien se ha creado las ideas, los sentimientos, la razon, el idioma, la verdad, el derecho y la religion; es de toda necesidad admitir tambien que el hombre no tiene nada de comun con Dios ni consigue nada de Dios; que Dios nada le ha revelado, ni le ha impuesto ninguna ley cuya ejecucion pudiera reclamar; que el hombre, siendo él solo su razon y su ley, no debe partir sino de si mismo todo lo que toque á la ley y á la razon; que

gendo de la *razon filosófica*, no han podido ahogar completamente la creencia universal del género humano en el *origen divino* del hombre que Dios mismo habia revelado al hombre, y que la tradicion habia esparcido en el mundo. El mismo Ciceron, que como filósofo ha hablado de una manera tan deplorable del *origen del hombre* y de la sociedad, ha hablado de otra manera muy distinta como historiador ó intérprete de las creencias humanas. Se le creeria un nuevo Moisés ó un teólogo católico en el trozo que dice: « Este animal que llamamos EL HOMBRE, previsor, sagaz, sùtil, dotado de muchas facultades, teniendo la memoria, y el espíritu lleno de razon y de sabiduria, ha sido de una manera inefable y magnífica ENGENDRADO POR EL DIOS SUPREMO. De lo que se sigue que quien sabe y se acuerda de dónde toma su origen, por esto mismo reconoce á Dios. Hay pues SEMEJANZA ENTRE EL HOMBRE Y DIOS; *Animal hoc providum, sagax, multiplex, acutum memor, plenum rationis et consilii, quem vocamus hominem, praecleara quadam conditione generatum est a Deo supremo. Ex quo efficitur illud ut his agnoscat Deum qui unde ortus sit quasi recordetur et noscat. EST Igitur HOMINI CUM DEO SIMILITUDO.* » (De Leg. I.) Séneca llama á los primeros humanos hombres de alto espíritu, porque habian salido INMEDIATAMENTE DE LA MANO DE LOS DIOS; *Primi homines alti spiritus viri, et, ut ita dicam, a diis recentis.* (Epis. xc.) Los pitagóricos decian: « Pues que nosotros hemos nacido de Dios, tenemos en algun modo nuestra raiz en Dios; *CUM EX DEO NATI SUMUS, in ipso quodam modo radices habemus.* » (Demophil., *Sententiae pitagoricae.*) Para Epicarmo la razon humana no es obra de los hombres, sino hija de la razon divina;

la razon de cada hombre debe marchar sola, no debe reconocer ninguna ley superior, ninguna autoridad, y que es libre en creer lo que le plazca y en conducirse como mejor crea; esta es, como he dicho al principio, la doctrina que constituye la *razon filosófica*. Ved pues la razon filosófica antigua remontándose por su origen á una doctrina, á una fábula tan absurda como degradante; y ved al mismo tiempo cómo, siendo esta razon tan innoble, tan abyecta en su origen la razon religiosa ha sido noble, digna y majestuosa en el suyo.

Mas tarde veremos que esta misma hipótesi de los antiguos filósofos para explicar el origen del hombre y de la sociedad, ha sido, con increíble afrenta, renovada por los filósofos modernos, que han deducido de ella las mismas consecuencias: que esta misma doctrina sirve de base á la *razon filosófica moderna*; y que por consiguiente, esta es tambien absurda y abyecta en su origen, como la razon filosófica antigua. Entre tanto consideremos las dos razones, religiosa y filosófica, con relacion á su fundamento.

6. San Ireneo, Tertuliano, Minucio Félix, Lactancio, Arnobio, San Augustin, todos los apologistas del cristianismo, todos

ratio humana a divina ratione nata est. (Apud Euseb. Præp. Evang.) Luciano ha hablado tambien como el Génesis y el Eclesiástico, habiendo afirmado que el mismo Dios que ha creado al hombre le ha dado desde el primer instante todos los conocimientos que el hombre es capaz de recibir; *dixitque semel nascentibus auctor quiquid scire licet.* (Pharsal.) Hipócrates piensa que aun las artes indispensables á la vida humana han sido una revelacion y UNA GRACIA DE LOS DIOS. Platon afirma que en hecho á la moral, nadie puede enseñar á otros á menos que no haya tenido antes á Dios mismo por maestro; *nemo nos docebit, nisi Deus ei ante viam demonstraverit.* (T. IX, Opp., p. 259.) Esto es afirmar que toda ciencia moral, toda ley, toda razon, ha tenido desde el principio á Dios mismo por autor. En fin, en todos los sistemas religiosos de los pueblos paganos, que el olvido ó la alteracion de la tradicion primitiva han producido, la genealogía del hombre siempre se refiere á las teogonías ó á la generacion de los dioses. Y esta creencia universal entre los hombres, que el hombre no es el hijo de la materia, sino de Dios; que no es con los brutos, sino con Dios, con quien tiene su semejanza y parentesco, y que Dios es quien le ha enseñado todo y quien no se ha instruido de él; esta creencia universal, de que se encuentran testimonios y vestigios en todos los historiadores de la antigüedad y en todas las religiones, los hombres no la han inventado y no podian inventarla, pues que sabemos, como se acaba de ver, lo que la *razon filosófica* ha sabido imaginar cuando ha tratado de explicarse el origen del hombre y de sus conocimientos, sin consultar la tradicion. Es pues de la última evidencia que esta creencia descansa sobre la revelacion divina, y que desde luego es exactamente conforme á la verdad. (Véase tambien la nota 2 en la pág. 50.)

los teólogos y todos los filósofos cristianos, cuando han querido demostrar la existencia de Dios por el consentimiento universal de los pueblos, han testificado este grande hecho : « Que el género humano, aun después de su caída en la idolatría, había conservado la idea de un Dios único, señor y gobernador del cielo y de la tierra. »

Nada es mas cierto. En Homero, Virgilio, Ovidio, Horacio, estos testigos de la creencias populares, Júpiter es el dios poderoso, el padre de los hombres y de los dioses, el primer ser, el Dios superior, el dios cuya voluntad es la última razón de las cosas, cuyos decretos son el destino á que nada resiste. De él emanan las leyes sabias, él da el poder á los reyes, destruye el orgullo de las ciudades, levanta las tempestades, y tiene el primer anillo de la cadena adonde está suspendido el universo ; él es quien dispone de los acontecimientos, bendice el trabajo, inspira el valor, asegura la victoria, protege las personas, da el genio, el talento, el bienestar, la riqueza, la salud, la vida.

Para Ciceron orador, hablando de otra manera que Ciceron filósofo, inspirándose en las creencias del pueblo, Júpiter no era el Júpiter de la mitología, sino el Jehová, ó poco menos, de los judíos ; porque era el dios mas grande, el mas perfecto, *deus optimus maximus* ; la razón eterna, el dios soberano, *ratio æterna summi Jovis* ; el autor y el conservador de los pueblos, de las ciudades y de los imperios.

« Los idólatras, dice un gran teólogo de nuestros días, cuya alta ciencia y méritos acaba de recompensar el Soberano Pontífice con la púrpura romana ; los idólatras, no han confundido jamás á sus dioses celestes y terrestres con el Dios supremo. Si por el politeísmo se entienden muchos dioses soberanos, independientes, increados, eternos, es falso que los pueblos hayan admitido muchos dioses en este sentido. El politeísmo era la creencia, no en muchos dioses iguales, sino en muchos dioses subordinados á un Dios supremo. Se conviene, continúa el sabio cardenal, en que la noción del verdadero Dios no ha sido nunca tan clara, tan pura, tan perfecta entre los paganos como entre los judíos y entre los cristianos ; pero no es menos cierto que, aunque alterada por las supersticiones de la idolatría, esta idea se encuentra por todas partes.

y que, como lo ha declarado el mártir san Saturnino en el concilio de Cartago del año 258, los paganos, aunque adorasen los idolos, han conocido y confesado al Dios soberano, padre y autor de todas las cosas; *Gentiles, quamvis idola colant, tamen summum Deum patrem et creatorem agnoscunt et confitentur* (1).»

¡Qué bello, qué consolador para nosotros, queridos hermanos, el saber por esto que el Dios que confesamos, que adoramos, el Dios que hace nuestra gloria, nuestro consuelo, nuestra dicha, no ha cesado jamás de ser conocido, bien que muchas veces de una manera grosera é imperfecta, en todos los tiempos y en todos los lugares; que del seno del lodo mismo de la superstición terrestre, el testimonio universal en favor del Dios supremo no ha cesado jamás de elevarse como un himno de gloria hácia el cielo; que la humanidad, aun prostituyendo su culto hácia las eriaturas, no ha dejado jamás de reconocer á su Criador y á su Maestro.

Al lado y á la sombra de esta verdad primera de la existencia de un Dios único, eterno, increado, autor y señor de todo, los diferentes pueblos de la tierra, aun después de haberse arrajado en los absurdos y obscenidades de la idolatría, habian conservado tambien otras grandes é importantes verdades. Ellos han creído todos y siempre en la existencia de una ley moral, de la que Dios es el autor (2), que ordenaba

(1) Véase al fin de esta conferencia por completo este bello trozo del cardenal Gousset.

(2) Esta creencia ha sido tambien consignada por los filósofos, cuando sobre este objeto no han manifestado su propio pensamiento, sino el pensamiento universal de la humanidad. Este mismo Ciceron, que en el trozo que se acaba de leer habia dado á la ley natural, así como al hombre, un origen terrestre, en otro trozo, apoyándose, como él mismo lo declara, en el testimonio de los sabios y de la tradicion, dándose un mentis á sí mismo, le da un origen enteramente celeste y divino, porque dice: « La ley natural no es una invencion del espíritu humano ó de la voluntad soberana de los pueblos; segun la opinion de los hombres mas sabios, no ha comenzado á existir cuando ha sido escrita, sino cuando nació. Luego ella ha nacido al mismo tiempo que el espíritu del mismo Dios. Se sigue de esto que es ETERNA. Esta LEY-PRINCIPIO, esta ley verdadera no es mas que la recta razon del soberano Dios para el gobierno del universo; *Ratio profecta a natura rerum non incipit lex esse cum scripta est, sed tunc cum orta est. Orta autem est simul cum mente divina. Lex vera atque PRINCEPS ratio est recta SUMMI JOVIS... Video sapientissimorum esse sententiam legem neque hominum ingenii excogitatam, nec scitum aliquod esse populorum, sed ETERNUM QUODDAM, quod uniuersum mundum reget.* » (*De legib.*, II.) En otra parte dice tambien Ci-

la obediencia hacia los padres y superiores, prohibía el robo, el asesinato, el adulterio, la maledicencia y la calumnia; obligatoria á todos los hombres, y cuya observancia y violación constituye la justicia ó el pecado, la virtud ó el vicio. Ellos han creído siempre que era necesario honrar á Dios por el sacrificio, aplacarle por medio del arrepentimiento, y obtener de él todo socorro por la oración; que para testificar que se le conoce como Señor de la tierra, de la vida del hombre, y de los medios de conservarla, es menester consagrarle algun punto del espacio, erigiéndole templos; alguna porción del tiempo, fijando dias de fiesta en su honor; alguna parte de los alimentos y de los intereses, por la práctica del ayuno y de la limosna; que además de este Dios supremo, es

erón : « Es Dios mismo quien ha inventado la ley, quien la ha establecido y la ha promulgado; *Ille Deus est legis hujus inventor, disceptator et lator.* » (*De Repub. ap. Lactant.*) Mucho tiempo antes de Cicerón, Platon habia proclamado altamente que no el hombre, sino Dios, es el autor de las leyes, y que nada es mas justo que reconocer y confesar esta verdad; *Est ne Deus, aut homo quidam auctor legum. Est Deus, o hospes; justissimum est dicere quia Deus est.* (*De Leg. 1.*) Hesiodo exclama tambien : « Júpiter es quien ha promulgado la ley al género humano; *Humano generi lex namque est a Jove lata.* » (*Ap. Clem. Alex. Strom., 1.*) Para Confucio la luz natural no es otra cosa que la conformidad de nuestras almas con las leyes del cielo (*Moral de Confucio*). Pero nada hay que sea mas magnifico ni mas conmovedor sobre este objeto que el testimonio de Sófocles exclamando : « Quiera el cielo que pueda tener la dicha de guardar siempre la santidad de mis acciones conforme á las leyes sublimes QUE HAN BAJADO DEL CIELO; porque el padre del Olimpo es el autor de ellas. El olvido no podrá jamás borrarlas pues que ellas no proceden del hombre (pensamiento verdadero y profundo). ¡ Oh Dios mio! á tí es á quien invoco. Yo no cesaré jamás de poner en Dios mi esperanza para obtener todo socorro; *Utinam possem ea sorte gaudere, actionum mearum sanctimoniam perpetuo custodiendi justa sublimes leges DE COELO DEMISSAS: rex Olympiarum quippe pater est. Non eæ ab homine procedunt, easque nusquam delebit oblivio. O Deus! ego te invoco, nec unquam in Deo auxilium meum.* » (*Œdip. rex., vers. 865.*) — Se creeria oír al profeta David diciendo : Es bueno para mí dirigirme á Dios y poner en mi Dios y Señor toda mi esperanza : *Mihi autem adherere Deo bonum est, ponere in Domino meo spem meam.* » (*Psalmo LXXII, 28.*) — Estas bellas palabras de Sófocles eran acogidas con los mayores aplausos por los atenienses todas las veces que se repetían en el teatro. El pueblo tenia pues la misma creencia que el poeta con relacion al origen de la ley natural; porque no eran las palabras de los poetas las que formaban las creencias del pueblo sino que las creencias del pueblo inspiraban sus palabras á los poetas. La poesia entre los antiguos se apoderaba de las creencias del pueblo, y no hacia sino revestirlas y adornarlas de metáforas, de fábulas y de alegorías; lo que ha contribuido sobremanera á alterarlas, pero aun alterándolas y todo, ha dado testimonio de ellas y las ha conservado mejor y mas fielmente que lo ha hecho la filosofia.

menester tambien honrar con un culto religioso (1), siempre en su nombre y por ocasion de él, los espiritus subalternos, los ministros de que gusta servirse en el gobierno del mundo (2); como tambien los grandes hombres que, por la perfeccion de su vida ó los servicios que han hecho á los otros hombres, han representado visiblemente aquí bajo los mas bellos atributos, y ejercido, la providencia del Dios invisible.

Ellos, con poca diferencia, han creido todos y siempre que la humanidad ha decaido de su perfeccion y de su felicidad primitiva; que ella no puede ser rehabilitada sino por el sacrificio de la sangre; que los méritos de un ser inocente, santo y perfecto pueden refluir sobre otro imperfecto, malvado y culpable; que este puede ser rescatado por la abnegacion ó el sacrificio voluntario de aquel; y que los dones divinos y las gracias puramente espirituales se confieren, se distribuyen sobre los hombres, por medio de los ritos y de las ceremonias corporales y sensibles.

Han creido todos y siempre que la virginidad es una virtud sublime que hace al hombre agradable á Dios; que el sacerdote debe ser mas ó menos casto, segun las funciones que está llamado á desempeñar en el ejercicio del culto; que hay un mérito de expiacion en la práctica voluntaria de la castidad, que puede refluir en beneficio de los otros; que toda accion culpable desagrada á Dios, y no puede escapar del castigo, de la misma manera que toda accion virtuosa le es agradable, y debe esperar su recompensa en este mundo ó en el otro; que en el otro mundo hay un paraíso y un in-

(1) Véase el testimonio de Bossuet sobre este objeto en el trozo del cardenal Gousset, al fin de esta conferencia.

(2) Como los reyes de la tierra son ayudados por sus ministros en el gobierno de sus estados. « Con esta diferencia, sin embargo, dice el grande Sto. Tomás, que los reyes de la tierra hacen esto á causa de su impotencia, porque no pueden gobernar solos, ni verlo todo ni hacerlo todo por sí mismos; mientras que Dios se basta á sí solo para gobernar el universo, y no emplea el ministerio de las causas secundarias sino para revelar la dignidad de sus criaturas racionales, comunicándolas la gran prerogativa, propia únicamente de él, de ser tambien causas productoras de efectos; *Agite median- tibus aliis causis non ex insufficientia ejus, sed ut dignitatem causandi communicet creaturis.* » (1, q. 22, a. 3.) ; O cuán graciosa, conmovedora y profunda es esta observacion del doctor angélico !

fierno, donde la recompensa de la virtud y los castigos del crimen son eternos.

Ellos, en fin, todos y siempre han creído que, además del lugar de los suplicios eternos, hay un lugar en que las almas de los muertos expian sus faltas ligeras y son purificadas por privaciones y sufrimientos temporales; que en este estado de expiación y de sufrimientos pueden ser aliviadas, y aun libertadas enteramente, por los sacrificios y las oraciones de los vivos; que el cuerpo del hombre no está menos que su alma destinado á la inmortalidad y á participar de la dicha ó de la infelicidad eterna. La prueba de esta creencia de los pueblos se halla en los cuidados y el respeto con que han rodeado siempre y por todas partes el cadáver del hombre, en los ritos que por todas partes y siempre han acompañado á su enterramiento, y en la profunda y universal religion de las tumbas.

Ciertamente que estas verdades no han sido creídas siempre y por todas partes, ni estas leyes siempre y por todas partes entendidas de la misma manera. Según la diversidad de los tiempos y de los lugares, el error se ha mezclado mas ó menos á la verdad, y el vicio á las leyes. Esta es, como la Santa Escritura lo da á entender, la obra del despotismo religioso de ciertos gobiernos, la licencia de la razon y de las pasiones humanas. De aquí entre los antiguos pueblos aquella diferencia prodigiosa de teogonías, de cultos, de costumbres, de religiones. Pero no es menos verdadero que el simbolo que yo acabo de trazar, era, en cuanto al fondo, el simbolo del género humano, aunque, mas ó menos desfigurado por supersticiones absurdas en su consecuencia y en su aplicacion. Los dioses de los indios no eran los dioses de los medos y de los persas, como ni tampoco los dioses de los egipcios eran los dioses de los griegos ni de los romanos. Pero el Dios supremo, increado, eterno, todopoderoso, era por todas partes el mismo, bajo nombres diferentes y aun bajo formas absurdas y groseras; y Jehová, á quien los judíos eran los únicos en conocer en toda su verdad (*Notus in Judæa Deus*), tenia parte en el culto de todos los humanos.

Cada pueblo, como su propia lengua, tenia tambien su propia religion; pero estas diferentes religiones, en cuanto á

los principios generales y comunes, no eran sino la misma religion diferentemente entendida y diferentemente aplicada. No se encontrará casi ningun error en las creencias, que, como lo ha observado Bossuet (1), no haya tenido su raíz oculta en una verdad. No se encontrará casi ningun vicio en las leyes y en las costumbres, que, como lo ha explicado santo Tomás (2), no haya sido la falsa y absurda aplicacion de uno de los principios inmutables de la ley natural. No se encontrará ni un solo pueblo que no haya conservado, mas ó menos alteradas, las creencias tradicionales y primitivas del mundo. Se ven sobrenadar siempre y por todas partes estas creencias sobre el océano de errores, de fábulas, de supersticiones, de obscenidades que manchaban la superficie de la tierra. Se les ve siempre y por todas partes encima, como el faro inextinguible que la mano de Dios habia encendido en el mundo, desde el origen del mundo, para iluminar la humanidad; *Erat lux vera, illuminans omnem hominem venientem in hunc mundum. Lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt.*

7. Entre estas verdades hay algunas que incontestablemente no han podido ser mantenidas en la conciencia del hombre

(1) Véase el trozo arriba indicado.

(2) « La ley natural, dice el Angel de las escuelas, en cuanto á los *primeros principios comunes*, es la misma entre todos los hombres; pero en cuanto á ciertas *obligaciones propias y precisas*, que son como las *conclusiones de los principios comunes* (es decir, la aplicacion de estos mismos principios á los casos particulares), ella puede dejar de serlo, á causa de la depravacion de la razon, del desorden de las pasiones y de los malos hábitos de la naturaleza. Por esta razon la ley natural, en cuanto á los *principios comunes*, no puede en general ser borrada de ninguna manera del corazon de los hombres; pero si puede serlo con relacion á los preceptos secundarios; y así entre algunos pueblos el latrocinio y los vicios contra naturaleza no se consideraban pecados. » (1, II, quest. 94, art. 4 et 6.)

Segun esta doctrina de Sto. Tomás, no hay duda que con relacion á la moral, todo lo que tiene *principios comunes*, entre los pueblos paganos, es verdadero é *inmutable*, y que lo falso, lo abominable, lo absurdo, se encuentra solamente en las deducciones, en las aplicaciones de estos mismos principios que el Sto. Doctor llama *conclusiones*. Que se recuerden aquellas tribus salvajes de las Indias, entre las cuales, haciéndose viejo el padre de familia, sus hijos lo estrangulaban, haciendo una horrible comida de su cadáver; y que preguntados por nuestros misioneros de este acto de escandalosa ferocidad, respondian: « Abreviamos la vida de nuestros padres cuando han envejecido, para libertarlos de los males y sufrimientos de la vejez. Los ahogamos nosotros mismos y nos los comemos después, porque un pa-

sino por el poder de Dios. Esta es desde luego la creencia en un Dios supremo, único, eterno, presente á todos, sabiéndolo todo y disponiendo de todo, que forma la base de todas las religiones. Esta es, en segundo lugar, la creencia en la culpabilidad del hombre y en la necesidad de la expiacion del pecado por el sacrificio: porque la expiacion por el sacrificio ha sido siempre y por todos los lugares la parte esencial de la religion. Los sacrificios de víctimas humanas, cuya narracion nos hace estremecer, no eran mas que la horrorosa interpretacion de este dogma, y no hacian mas que consignarle de la manera mas auténtica y solemne. Es, en tercer lugar, la persuasion de que las buenas obras del hombre justo, la superabundancia de sus virtudes, son trasferibles al hombre culpable y á la sociedad entera; porque estaba reconocido y admitido por todas partes que el sacrificio voluntario que hacia de su vida el hombre virtuoso ó el hombre público, era meritorio, y podia procurar la salvacion de sus hermanos, de su familia, de la ciudad y del Estado (1).

Era, en cuarto lugar, la conviccion de que la castidad voluntaria es el mas noble de los sacrificios, el mas expiatorio, el mas agradable á Dios y el mas útil á los hombres; porque en la institucion de las Vestales, bajo nombres y con ritos diferentes, se encontraba por todas partes; y todos los pueblos, asi como el pueblo romano (2), miraban estas almas de-

dre no debe concluir sino en las manos de sus hijos, y no puede encontrar tumba mas digna que el estómago de aquellos á quienes ha dado la vida. » Asi estos desgraciados, aun entregándose á semejantes excesos contra la naturaleza, rendian homenaje á la ley de la naturaleza tocante á los deberes de los hijos hácia sus padres; y estos actos de horrible barbarie no eran mas que la aplicacion absurda y abominable del principio de la piedad filial.

(1) Véase el excelente tratado de M. de Maistre *sobre los sacrificios*, á la seguida de sus *Veladas de San Petersburgo*. Nada se ha escrito mas sólido en estos últimos tiempos sobre este grave objeto, que bien comprendido, derrama una grande luz sobre las creencias generales de la humanidad. No se puede negar á M. de Maistre los honores debidos al genio, aun cuando no se admitan con él todas sus opiniones. Estoy muy lejos de pensar como él en filosofia y en politica; pero esto no impide para que le miremos como á uno de los mas profundos pensadores de nuestro tiempo, como uno de los que han sabido comprender mejor el espíritu de los hechos generales, y hecho progresar por este medio lo que se llama la *filosofia de la historia*, siendo algunas veces superior á sí mismo en sus *Estudios sobre la historia de la filosofia*.

(2) Se sabe que Fonteyo Agripa y Domicio Polion, habiendo presentado

dicadas á la castidad como víctimas públicas expiatorias de las faltas públicas, y que atraían la proteccion del cielo para la conservacion del orden y prosperidad de la sociedad.

Era, en fin, la constancia, ó mejor dicho, casi la obstinacion de la humanidad entera, en admitir el dogma de la eternidad de las penas; porque los diferentes pueblos de la antigüedad, no estando de acuerdo sobre la naturaleza de las penas del infierno, convenian, sin embargo, todos en la creencia de la eternidad de su duracion. Bajo este punto fundamental de la moral y de la religion, se diria que la supersticion hablaba como la conciencia; Homero, Virgilio y Óvidio poco menos que S. Pablo, y la mitología casi como el Evangelio. Los pueblos mas bárbaros, cuya religion era mas grosera, mas abyecta y mas absurda, así como los pueblos mas civilizados, cuya religion conservaba algo de razonable, creían el dogma profundo, sublime, espiritual, incomprendible, infinito, de la eternidad de las penas.

Luego el paganismo era sino el culto de muchos dioses falsos, inventados en odio y en deshonra, como ha dicho S. Pablo, del Dios verdadero. Explicad pues, si podeis, como el paganismo triunfante y reinando por todas partes, apoyado en la proteccion de todos los poderes, en la fuerza de todas las pasiones, no ha podido jamás llegar á destruir enteramente la idea y la creencia de un Dios único, criador y señor del cielo y de la tierra.

El paganismo no era mas que el culto de todas las pasiones deificadas. El robo, el asesinato, la ambicion, el desorden y todos los vicios estaban bajo el patronato de alguna divinidad. El paganismo no era sino el esfuerzo de todas las pasiones reunidas para hacer olvidar al hombre que habia sido culpable, y que jamás pudiese llegar á serlo entregándose á sus propias inclinaciones; era una carta de pago de todos los pecados cometidos, y una promesa de impunidad para todos los pecados futuros. Explicad pues cómo no se ha podido aho-

espontáneamente á sus hijas para el colegio de las Vestales bajo el reinado de Tiberio; el emperador, al decir de Tácito, los alabó altamente del celo que demostraban con este acto POR EL BIENESTAR DE LA REPUBLICA. (Tácit., *Anales*, lib. II.)

gar enteramente en la conciencia de los hombres que la profesaban, la creencia de que toda violacion de la ley natural era un pecado que era menester reparar por el arrepentimiento y expiar por la penitencia; cómo no se han podido hacer cesar los sacrificios, este signo lúgubre del arrepentimiento, esta confesion solemne y permanente de la necesidad de la expiacion.

El paganismo, por eso que habia rebajado la divinidad al nivel y aun menos del nivel de la humanidad, por eso mismo que habia fomentado todos los vicios, era una conspiracion siempre poderosa contra todas las virtudes. Explicad pues cómo no ha podido alcanzar á destruir el respecto y la admiracion de los pueblos hácia los hombres virtuosos, su fe en la eficacia y el mérito de la virtud para su propia ventaja y la de los otros. El paganismo no era en particular sino el culto de la voluptuosidad; es la voluptuosidad la que en su interés lo habia introducido y entronizado en el mundo. Presentando á la adoracion de los pueblos al *padre de los dioses* como adúltero y como incestuoso, habia colocado en el número de las buenas acciones el incesto y el adulterio, y en nombre del cielo habia querido quitar todo su valor, todo su encanto, todo su mérito á la castidad, y borrar esta virtud de la superficie de la tierra. ¿No es incomprendible pues, que, á pesar de esta apoteosis de la voluptuosidad, el paganismo no haya podido llegar jamás á persuadir al mundo que la corrupcion de costumbres era una virtud, ó al menos un goce indiferente, y que no habja ningun mérito en la práctica de la caridad? No es incomprendible que el pueblo no haya jamás cesado de temblar de espanto á la vista de aquellas mujeres que imitaban á Vénus, y de temer las desgracias públicas como la expiacion de la licencia de sus costumbres (1)? No es incomprendible que el pueblo haya continuado en creer que la continencia de las jóvenes podia obtener la salvacion

(1) Véase la oda de Horacio que comienza por estas palabras: *Delicta majorum immeritus lues*, donde este intérprete de la creencia popular, entre las causas que le hacian temer la caída de Roma, enumera el olvido del pudor, los amores incestuosos respecto de las jóvenes: *Puella incestos amores de tenero meditatur unguí*.

y la vida de sus amigos (1), y que la destruccion del colegio de las Vestales podria ocasionar la ruina del imperio (2)?

En fin, el paganismo ha sido una institucion que las pasiones habian creado para ponerse al abrigo de todos los remordimientos, de todo sobresalto capaz de turbar sus delicias. Que procure pues explicarnos la filosofia cómo y por qué razon el paganismo ha sido siempre y por todas partes impotente para destruir entre los hombres aquella creencia en la eternidad de las penas que espanta el espiritu y lo desnuda, que consterna y destroza el corazon. Que la filosofia, atribuyendo esta incomprendible persuasion á la impostura de los reyes y de los sacerdotes, procure explicarnos cómo y por qué la humanidad, tan miserable y tan corrompida, ha podido aceptar sin rebelarse, ha sufrido sin estremecerse, y á pesar de la incesante accion del paganismo para destruirla, ha podido guardar en su desconcertada conciencia un dogma tan horroroso, tan molesto, tan insoportable, que amenaza á todos los vicios, emponzoña todos los culpables placeres, aniquila todas las pasiones del hombre, y derrama la amargura sobre toda su vida (3).

La razon puede fácilmente negar, sofisticar, sutilizar, men-

(1) Ovidio, en su elegía sobre la muerte de Tibulo, se queja de los dioses, que no han tenido presente el mérito de la continencia que las hijas se habian impuesto para obtener la curacion de este último: *Non juvit invacuo secubuisse thoro*. Véase mas arriba el admirable capítulo iv del lib. III de la obra del Papa, por M. de Maistre, en que el autor, con una erudicion inmensa y un estilo tan elocuente como lleno de encantos, ha demostrado la fe constante y universal de la humanidad sobre la excelencia, la dignidad y el mérito expiatorio de la castidad.

(2) Cuando Valentiniano abolió en Roma el colegio de las Vestales, el senador Symaco, este fogoso defensor del paganismo, este adversario encarnizado de S. Ambrosio, en una memoria dirigida expresamente al Emperador, se quejó de esta abolicion en estos términos notables: «Será ya inútil desde ahora dedicar su castidad á la salud pública, y mantener la eternidad y la gloria del imperio por el apoyo de las virtudes y de las oraciones.» (Symmaque, lib. X, epist. 54.)

(3) Se conoce el cánon que la *Filosofía de Lyon* ha establecido para probar la verdad de la existencia de Dios, y que mas directamente todavia mira la verdad del dogma de la eternidad de las penas. «Toda opinion, dice, que contrarie las pasiones, si es falsa, no puede ser adoptada sino muy difícilmente aun por un limitado número de hombres; es muy difícil que sea seguida por muchos; es imposible que haya sido aceptada por todos los hombres; y es todavia mas absurdo el admitir que haya podido permanecer firme, estable, constante, entre todos los pueblos del universo.» Nada es mas evidentemente cierto, ni mas ciertamente evidente.

tirse á sí misma; ella no puede impedir que el grande hecho de una religion, de una ley, siempre y por todas partes la misma en cuanto á sus principios y á sus dogmas fundamentales, oscurecida, encubierta, corrompida si se quiere, pero jamás enteramente destruida, jamás borrada de la conciencia del hombre, no deponga altamente en favor de una revelacion primitiva hecha por Dios mismo en los primeros dias del mundo, propagada por la lengua y la tradicion en todo el mundo, conservada, sostenida por el poder del mismo Dios, autor de ella, á despecho de los esfuerzos de la incredulidad, de la idolatria, de las pasiones de todo el mundo.

Así, la razon religiosa de los antiguos tiempos, de los primeros filósofos, entre los hebreos (1) y entre los primeros pueblos del Oriente, apoyándose en este hecho tan cierto, tan brillante, tan magnífico; no marchando sino á la luz de aquella tradicion primitiva, de aquella fe universal de la humanidad; trabajando en mantenerla vírgen, libre de toda mancha, intacta de todo ataque de parte del orgullo del espíritu y de la corrupcion del corazón; la razon religiosa de los antiguos tiempos, digo, se fundaba sobre lo verdadero, y era tan firme y sólida en su base como soberanamente útil y preciosa en su objeto.

Pero la razon filosófica, partiendo del principio de que todo en las creencias de la humanidad era supersticion y error; mirando al paganismo como enteramente falso, aun en sus principios, ya que no lo fuese tambien en su aplicacion y en sus consecuencias; desdeñando igualmente los dogmas antiguos y las opiniones modernas, las creencias de la conciencia universal, las aberraciones de la razon particular, las verdades de la verdadera religion y las obscenidades de la supersticion, la obra de la sabiduria y de la bondad de Dios y la obra de las pasiones del hombre, y desde luego pretendiendo marchar sola, bastarse á sí misma para descubrir toda ver-

(1) Los libros sagrados de los hebreos, el libro de *Job* en particular, el libro de los *Salmos* y los libros *Sapienciales*, son al mismo tiempo monumentos infalibles de religion y trabajos de la mas alta filosofia; la inspiracion divina, que forma su garantía y su base, no impide que se les mire tambien como las mas antiguas, las mas sabias y las mas magnificas producciones del espíritu humano. Los primeros filósofos del Oriente, los caldeos en particular, no se apoyaban sino en las tradiciones religiosas.

dad y fundar la religion; la razon filosófica, digo, se fundaba por esto en falso: su fundamento era tan vano, como atrevido y quimérico su objeto.

Vana en su fundamento, la razon filosófica era, en tercer lugar, absurda en su método.

9. Los principios de *la razon filosófica* antigua, perfectamente los mismos que los principios de la razon filosófica moderna, eran: « Que la razon es capaz por sí misma, por ser tal razon, y porque ella puede naturalmente, sin ayuda ni asistencia de *razon extraña y superior*; que la razon puede por el razonamiento llegar á conocer todas las verdades esenciales, sea intelectuales, sea morales. En este sistema ninguna verdad tocante á la naturaleza de las cosas se halla mas allá del alcance que corresponde necesariamente á una inteligencia creada. No tiene pues necesidad de ninguna enseñanza sobre ningun punto para ser capaz de conocerlo todo, al menos con el tiempo y la aplicacion. » Esto es lo que un ilustre y sabio prelado de nuestros dias llama el *racionalismo absoluto* (1).

Al lado de este *racionalismo absoluto* habia aun entre los antiguos, como se encuentra entre los modernos, un *racionalismo mitigado, ó justo medio*, reconociendo que hay verdades que superan el alcance natural de la razon, y cuyo conocimiento no puede venir sino por medio de una luz superior. Platon, Ciceron y Zenon hacen muchas veces esta advertencia, y confiesan la impotencia de la razon humana. Este racionalismo mitigado no concedia pues á la razon sino una extension limitada, el poder de descubrir, no todas, sino solamente algunas verdades, como la existencia de Dios, la creacion del mundo, una ley moral, y la inmortalidad del alma.

Pero Sto. Tomás ha aplastado con todo el poder de su genio este doble *racionalismo*, y ha demostrado de una manera triunfante el absurdo de los principios, la fantasmagoría de las pretensiones de la *razon filosófica*, aun *moderada*, por la impotencia en que se halla de alcanzar por solos sus medios

(1) Msr. el obispo de Montauban, carta á M. Bonnetty, *Ann. de philos. chrétien*, 4. serie, tom. III, pág. 117.

la primera verdad, el conocimiento de Dios. Ved aquí su invencible argumentación, cuya solidez no pueden debilitar ni quebrantar todos los esfuerzos y sutilezas del racionalismo, cualesquiera que sea su nombre y su color.

« No se conocen, dice, mas que dos medios para llegar á la posesion de la verdad : las *investigaciones humanas* y la *revelacion divina*. Pero el recurso de las *investigaciones humanas* no es practicable, no es seguro, no es conforme á las necesidades y á las condiciones del género humano. Tomad, por ejemplo, la primera verdad, Dios, el fundamento de toda verdad y de toda religion. Distinguid, con relacion á Dios, las nociones que superan la razon y que no se pueden de ninguna manera obtener por la razon, como la noción de la *Trinidad de las personas* en la *Unidad de la naturaleza*; de las nociones accesibles á la razon, como las de la *Existencia* y de la *Unidad de Dios*. Nada era mas conforme á la sabiduría y á la bondad de Dios que la inefable economia de su providencia, por la que ha hecho conocer al hombre, por via de revelacion, estos dos órdenes, estas dos especies de nociones con relacion á él mismo (1).

« Si Dios hubiera dejado al exámen y á las investigaciones de la razon de cada hombre la empresa de formarse las nociones divinas, aun las mas fáciles y las mas vulgares, tres inconvenientes se seguirian de ello (2).

« El primero de estos inconvenientes sería el de que *solo un pequeño número de hombres tendria el conocimiento de Dios* (3); porque el estudio y la investigacion de la verdad no son posibles á la mayoría de los hombres, por tres razones (4).

« La primera de estas tres razones es que la mayor parte de los hombres no tiene bastante talento y aptitud para las cien-

(1) « Duplici igitur veritate divinatorum intelligibilium existente, una ad quam rationis inquisitio pertingere potest, altera quæ omne ingenium humanæ rationis excedit : utraqûe convenienter divinitus homini credenda proponitur. » (*Sum. Cont. Gentil.*, lib. I, c. iv.)

(2) « Sequerentur tria inconvenientia, si hujusmodi veritas solummodo rationi inquirenda relinqueretur. » (*Sum. Cont. Gentil.*, lib. I, c. iv.)

(3) « Unum est quod paucis hominibus Dei cognitio inesset. »

(4) « A fructu enim studiose inquisitionis, quin est veritatis inventio, plurimi impediuntur tribus de causis. »

cias. Cualesquiera que fuesen sus estudios y su aplicacion, no podrian llegar jamás por este camino al conocimiento de Dios, que es el último y el mas sublime grado de la ciencia humana (1).

« La segunda razon que impide á la mayoría de los hombres entregarse al estudio de las cosas intelectuales, es la condicion de la sociedad humana, que obliga al mayor número á ocuparse en los trabajos de la tierra ó de los oficios y las artes para ganar su vida; de modo que solo hay un pequeño número de hombres bastante libres de los cuidados domésticos, y bastante ricos, para poder dedicarse tranquilamente á la contemplacion y á las investigaciones científicas, y elevarse por su medio al conocimiento de Dios, es decir, al punto culminante de los conocimientos intelectuales (2).

« La tercera causa es, en fin, la pereza, que desvia de los estudios largos y severos aun al pequeño número de los que tendrian medios para ello. Para llegar al conocimiento aun de las simples ideas de Dios que la razon puede comprender, es preciso haber recorrido toda la carrera del saber humano; porque el conocimiento de Dios es casi el último y el único objeto de la ciencia filosófica. Trabajos serios serian pues necesarios, no solamente para alcanzar, sino aun para comenzar la investigacion de una verdad tan grande y tan sublime. ¿ Y se encontrarían muchos hombres que quisieran resignarse á trabajos tan penosos y obstinados (3)? »

Este es el primer inconveniente que resultaria del método *inquisitivo* con relacion al conocimiento de Dios, es decir,

(1) « Quidam propter complexionis indispositionem, ex qua multi naturaliter sunt indispositi ad sciendum. Unde nullo studio ad hoc pertingere possent, ut summum gradum humanæ cognitionis attingerent, qui in cognoscendo Deum consistit. »

(2) « Quidam impediuntur necessitate rei familiaris. Oportet enim esse inter homines aliquos qui temporalibus administrandis insistant, qui tantum tempus in otio contemplativæ inquisitionis non possunt expendere, us ad summum fastigium humanæ cognitionis pertingant scilicet, Dei cognitionem. »

(3) « Quidam impediuntur pigritia. Ad cognitionem enim eorum que de Deo ratio investigare potest, multa præcognoscere, oportet; cum fere totius philosophiæ consideratio ad Dei cognitionem ordinetur. Sic ergo non nisi magno labore studii ad prædicte veritatis *inquisitionem* perveniri potest, quem laborem pauci quidem subire volunt. »

que Dios no sería conocido sino por un pequeño número de hombres.

Pero ved un segundo inconveniente, que no es sino la consecuencia del primero, á saber, que *aun este pequeño número de hombres*, teniendo bastantes medios, bastante energía de voluntad para dedicarse al descubrimiento de una verdad tan grande, *apenas podría alcanzarla sino despues de largos años y en una edad muy avanzada* (1). La razon es porque el conocimiento de Dios es tan difícil y tan profundo, que no se puede llegar á él por la via del razonamiento sino despues de un ejercicio muy largo de las cosas puramente intelectuales. Es, en segundo lugar, porque los conocimientos preliminares é indispensables para empezar, como acaba de verse, una investigación semejante, no pueden conseguirse sino despues de un tiempo muy considerable. Es, en fin, porque durante la juventud, el alma, agitada, distraida por el trasporte de las pasiones, no es capaz de aplicarse con seriedad al estudio de una verdad tan alta (2).

(1) Los antiguos filósofos mismos aun obstinándose en no buscar la verdad sino por sus propios medios, fuera de todas las tradiciones, de todas las creencias de la humanidad, no se han hecho ilusion sobre el largo tiempo que señala aquí Sto. Tomás, y que estas investigaciones exigen, Véamos las quejas que Teofrasto, segun Ciceron, dirigia á la naturaleza antes de morir: « ¡Oh injusta y cruel naturaleza, que, concediendo á los ciervos y las cornejas, que no saben usar de ella, una vida cuatro ó siete veces mas larga que la del hombre, no has concedido al hombre, que podría aprovecharse de ella, sino un vida tan corta! ¡Ah, si nuestra vida pudiera prolongarse de manera que pudiesemos perfeccionarnos en las artes y aprender toda ciencia y toda verdad! Pero ¡ay de mí! el hombre es el mas desgraciado de los seres vivientes! Apenas la vida entera nos basta para llegar á la luz de la verdad; y cuando comenzamos á abrir los ojos á esta luz hé aquí que nos es necesario cerrarlos en las tinieblas de la muerte. *Theophrastus moriens accusasse naturam dicitur, quod cervis ac cornicibus vitam diuturnam, quorum nihil id interesset, hominibus quorum maxime interfuisset, tam exiguam vitam dedisset, quorum si aetas potuisset esse longinquior, futurum fuisse ut omnibus perfectis artibus, omni doctrina, hominum vita erudiretur. Quærebatur igitur, se tum, cum illa videre cepisset, extingui.* » (*Quæst. Tusc.*, lib. III. *Cornicibus Hesiodus novem hominis ætates attribuit, et quadruplum cervis. Manutius hic.*) Asi pues, ved á la *razon filosófica* forzada á confesar que el camino en que se habia empeñado era bien largo y que muchas veces habia necesidad de morir aun antes de haber podido llegar á la posesion de la verdad. Esto es la impotencia y la vanidad de la *razon filosófica* juzgada por sí misma.

(2) « *Secundum inconveniens est quod illi quid ad prædictæ veritatis cognitionem pervenirent, vix post longum tempus pertingerent, tum propter hujusmodi veritatis profunditatem, ad quam capiendam, per viam rationis,*

Observad tambien, hermanos míos, que el conocimiento de Dios no es para el hombre, como los conocimientos profanos, un conocimiento accidental, indiferente, un ornamento estéril de su espíritu; sino que es un conocimiento esencial, necesario, y de una maravillosa eficacia para su corazón. Porque en este conocimiento de Dios es donde bebe el hombre la idea de toda bondad y toda perfección. En el número largo de años, pues, que el hombre debería emplear para llegar á conocer á Dios, estaría sin ninguna idea de Dios, sin ninguna fe en Dios, sin ley, sin religión, miserable juguete de todos los errores y de todas las pasiones. « Si no hubiera para el hombre, dice Sto. Tomás, otro medio de conocer á Dios que el del razonamiento privado; á excepcion de un limitadísimo número de hombres, que despues de largos y penosos trabajos, llegarían á adivinar alguna cosa de Dios, el género humano todo entero estaría condenado á permanecer hundido en las tinieblas de la ignorancia mas completa con relacion á Dios (1). »

El tercer inconveniente, en fin, que resultaría de la falta de una revelación divina con relacion al conocimiento del mismo Dios, es la facilidad en que se encontraría el hombre de caer en el error, la incertidumbre en que quedaría tocante á esta misma verdad. ¡Ah, el entendimiento humano es tan débil en sus juicios! Las imágenes de las cosas materiales están tan dispuestas á mezclarse con las ideas intelectuales, que la razón humana, esforzándose para llegar á la verdad, no encuentra muchas veces mas que el error (2).

¿Qué es, en efecto, lo que vemos acontecer en medio de los razonamientos y de las disputas que tienen lugar entre los hombres? Se ve á aquellos mismos que se dicen *sabios* ha-

non nisi post longa exercitia intellectus humanus idoneus inveniri potest; tum etiam propter multa que exiguntur, ut dictum est, tum propter hoc quod tempore juventutis, diem diversis motibus passionum anima fluctuat, non est apta ad tam alta veritatis cognitionem. »

(1) « Remaneret igitur humanum genus, si sola rationis via ad Deum cognoscendum pateret, in maximis ignorantie tenebris: eum Dei cognitio, que homines maxime perfectos et bonos facit, non nisi quibusdam paucis, etiam post temporis longitudinem perveniret. »

(2) « Tertium inconveniens est quod investigationi rationis humane plerumque falsis admiscetur, propter debilitatem intellectus nostri in iudicando, et phantasmatum admixtionem. »

cerse mutuamente una guerra encarnizada, y enseñar con la misma diligencia, con el mismo calor, doctrinas diametralmente opuestas. Se ve á los mas grandes talentos caer en los errores mas deplorables. Porque con muchos principios verdaderos, se adoptan otros que son falsos y que la alucinacion hace mirar como verdaderos; se establece sobre estos principios una demostracion que parece justa y legitima, cuando es falsa ó absurda, no teniendo otro fundamento sino vagas probabilidades ó manifiestos sofismas. Por esto la razon no tiene confianza en la razon, las demostraciones mismas no demuestran; un temor secreto de que ellas puedan ser falsas las acompaña siempre, y las mismas verdades que se llegan á descubrir por el razonamiento se miran como inciertas y dudosas, adoptadas provisionalmente, no como dogmas, sino como simples opiniones (1).

Con el fin pues de que los hombres pudiesen conocer á Dios con una certitumbre *inmutable y perfecta*, ha sido necesario que esta grande é importante verdad les fuera enseñada por medio de la revelacion y de la fe (2).

« Ved pues, concluye Santo Tomás, como se esclarece el misericordioso designio de la clemencia de Dios, revelando y proponiendo á nuestra fe, no solamente *las verdades que superan el alcance de la razon* y que la razon no puede jamás descubrir, sino tambien las verdades *que son accesibles á la razon. Por este medio solamente* los hombres no tienen mas que querer; y en poco tiempo, sin trabajo, sin penas, sin ningun peligro de caer en error, y con una seguridad plena y perfecta, pueden participar del conocimiento de Dios y de todas las verdades que de este conocimiento se desprenden, en una palabra, de la verdadera religion (3). »

(1) « Et ideo in dubitatione remanent ea que sunt verissime demonstrata, dum vim demonstrationis ignorant, et precipue cum videant a diversis diversa doceri. Inter multa etiam vera que demonstrantur immiscetur aliquando falsum quod non demonstratur, sed aliqua probabili vel sophistica ratione asseritur, que interdum demonstratio reputetur. »

(2) Et ideo oportuit per viam fidei, fixa certitudine, ipsam veritatem de rebus divinis hominibus exhiberi. »

(3) « Salubriter ergo divina providit elementia ut ea etiam que ratio investigari potest, fide tenenda preciperet: ut sic omnes de facili, possent divine cognitionis participes fieri, et absque dubitatione et errore. »

Santo Tomás, discutiendo en otra parte esta proposicion, *si es una idea que*

Segun esta imponente argumentacion, es evidente, de una evidencia matemática, que aun con relacion á las verdades mas accesibles á la razon y que no superan la razon, como la verdad de *la existencia de Dios y de sus principales atributos*, el método del razonamiento y de la observacion privada es, 1º un método largo, trabajo y difícil; *Vix post longum tempus pertingerent*; 2º es un método muy restringido, particular, y que no puede seguirle sino un número muy limitado de hombres; *Non nisi paucis*; 3º es un método peligroso, sujeto á error; *Veritati plerumque falsitas admiscetur*; 4º en fin, es un método variable, discordante, y por lo mismo incierto y dudoso; *A diversis diversa doceri. Verissime demonstrata in dubitatione manerent.*

Mas el método de la *razon filosófica* no es sino el método del razonamiento y de la observacion privada. El método pues de la *razon filosófica* es un método impracticable para la inmensa mayoría de los hombres; propio solamente á un pequeño número, no llegando aun este pequeño número á la verdad sino á través de dificultades inmensas, y no pudiendo jamás llegar á esta verdad de una manera *cierta y sin mezcla de error.*

puede conocerse por sí misma que Dios existe; Utrum Deum esse sit per se notum? prueba que esta idea podría conocerse por ella misma en *ella misma*, en tanto que en esta proposicion, *Dios existe*, lo que se afirma de Dios es Dios mismo, porque Dios es su propio ser: *Hæc propositio, DEUS EST, quantum in se est, per se nota est, quia prædicatum est idem cum subjecto: Deus enim est suum esse;* pero con relacion á nosotros, esta misma proposicion *no es cognoscible por ella misma*, porque nosotros no sabemos lo que Dios es; *Sed quia nos nescimus de Deo quid est, non est nobis per se nota, sed indiget demonstrari.*

« Es verdad, añade Sto. Tomás, que tenemos ingerido naturalmente en el alma el conocimiento de que *Dios existe*; pero este conocimiento no le tenemos sino en común y confundido con el sentimiento de nuestra beatitud, que no es natural; porque Dios es la beatitud del hombre, y el hombre conoce naturalmente lo que el hombre desea naturalmente; *Cognoscere Deum esse in aliquo communi, sub quam confusione, est nobis naturaliter insertum, in quantum scilicet, Deus est hominis beatitudo, homo enim naturaliter desiderat beatitudinem, et quod naturaliter desideratur ab homine, naturaliter cognoscitur ab eodem.* Pero esto no es conocer que *Dios existe*; de la misma manera que mirando de lejos á alguno que viene hácia nosotros, nosotros vemos que es un hombre, pero no distinguimos que es Pedro quien se adelanta hácia nosotros, aunque sea verdaderamente él; *Sed hoc non est simpliciter cognoscere Deum esse; sicut cognoscere venientem non est cognoscere Petrum, quameis veniens sit Petrus.* » (1 p., q. II, art.)

Luego un conocimiento semejante de la verdad no es único. conocer la verdad de una manera incierta, sin poderla separar ni distinguirla del error, es no conocer la verdad del todo. El método pues de la *razon filosófica* está por un lado en oposicion palmaria con la condicion general, con las necesidades imperiosas de la humanidad, y por otro lado, insuficiente, inepta, ilusoria, falaz; ella no conduce, en realidad sino á la duda, á la negacion, á la indiferencia, á la desesperacion de toda verdad, y su última palabra es ESCÉPTICISMO. No se necesita mas para afirmar, sin temor de ser desmentido, que la *razon filosófica* es absurda en su método.

10. Uno de los pretendidos filósofos del último siglo (Rousseau) ha pronunciado, sin embargo, una grande é importante verdad cuando ha dicho: « Yo creo que la palabra era necesaria para inventar la palabra. » Y; cómo, en efecto, hubieran podido los hombres entenderse, concertarse, convenir entre sí para la invencion de la palabra, sin haber tenido precedentemente un medio de comunicacion mutua de sus pensamientos y de su voluntad, es decir, sin haber tenido la palabra?

Yo creo, por lo tanto, que con igual razon puede decirse que *la verdad era necesaria para inventar la verdad*; porque el hombre no puede descubrir ninguna verdad del orden intelectual y moral, sin apoyarse en otra verdad del mismo orden que él no haya inventado, pero que él la haya recibido. Como sus descubrimientos en el orden físico no son mas que deducciones, aplicaciones de hechos precedentemente conocidos; de la misma manera las verdades que llega á formular en el orden intelectual no son sino deducciones, aplicaciones de verdades anteriormente reveladas (1).

(1) Aristóteles ha reconocido y establecido este principio, que « el hombre no puede aprender nada ni saber nada sino con la ayuda de lo que sabe ya: *Homo nihil potest discere nisi per id quod jam scit.* Toda doctrina, añade, toda ciencia racional se funda sobre un conocimiento precedente. El silogismo y la induccion mismas no descansan sino sobre estos conocimientos; porque no derivan sino de principios establecidos ya para todo el mundo y conocidos por todo el mundo: *Omnis doctrina, omnisque rationalis scientia in antecedenti cognitione fundatur. Sillogismus et inductio non nisi hujus modi cognitionibus nituntur siquidem ex principiis statutis proficiscuntur tanquam omnibus notis.* » (Poster. analat., lib. I.) Así, el hombre no se da la vida intelectual, que consiste en el conocimiento de los principios y

La existencia de Dios es la primera, la mas importante de todas las verdades; y sin embargo, si Dios no se hubiese dignado por una revelacion inmediata y directa manifestarse por sí mismo al hombre; si no hubiera desde el origen del mundo depositado por sí mismo en el mundo el conocimiento de su propia existencia, es dudoso que hombre alguno hubiera jamás llenado á sospechar en la existencia de un Dios.

En la hipótesi, tan impía como estúpida y absurda, de que Dios hubiera eriado al hombre sin haberle revelado nada de las cosas inmateriales é insensibles, el hombre no hubiera tenido ninguna idea de la sustancia incorpórea de su propio espíritu; y con mayor razon no hubiera podido formarse la idea de un espíritu fuera de él, superior á él, infinito, eterno, principio de todo, sin principio él mismo; en otros términos, formarse la idea de Dios.

Sin la revelacion primitiva, que, iluminando la inteligencia del hombre, ha depositado en ella las verdades primeras, los primeros principios, la práctica de los cuales constituye, segun Santo Tomás, el entendimiento, la razon humana (*intellectus est habitus principiorum*), el hombre, con su razon y entendimiento de niño, sin entendimiento ni razon, con su razon y su entendimiento en el estado de potencia solamente, y no *en acto* (*in potentia, et non in actu*), no hubiera tenido ni entendimiento ni razon; no hubiera sabido elevarse á las concepciones del orden inmaterial é invisible, ni aun hubiera conocido la idea de la existencia de este orden de cosas, hubiera sido mas grosero, mas estúpido, mas idiota que esos pobres ser humanos que se encuentran bien á menudo en los bosques mismos de la Europa civilizada, que, faltos de toda instruccion, no tienen idea alguna de las cosas puramente intelectuales, y á los que es difícil hacérselas comprender

de las verdades primeras, así como tampoco se da la vida física. Ha recibido esta doble especie de vida de otros hombres, y estos de otros sucesivamente, hasta que se llega, de generacion en generacion, á aquel que, creando al hombre, le ha dado toda vida, toda razon, todo conocimiento y toda verdad. Esta es la verdadera historia del hombre, así como ser físico que como ser moral. Todo lo que se ha podido decir ó pensar fuera de esta historia verdadera, encerrada en los libros santos, atestiguada por la creencia universal del mundo, y confirmada por la razon, no es mas que un romance, un sueño tan impío como absurdo y ridículo.

cuando han crecido en una completa ignorancia de todos los principios y de toda religion.

Es verdad que los antiguos filósofos han conocido, como lo afirma San Pablo, la unidad y la eternidad de Dios por la consideracion de las maravillas de la creacion. Pero Santo Tomás, cuyo lenguaje es tan exacto y preciso, hace observar que este conocimiento fué un conocimiento de *demonstracion*, y no de *invencion*; es decir que los filósofos, con la ayuda de la luz de la razon natural, llegaron á darse cuenta, á *demonstrarse* los principales atributos de Dios; pero que ellos no los han inventado, que ellos no los han descubierto; *Philosophi de Deo multa DEMONSTRATIVE PROBAVERUNT, ducti naturali lumine rationis.*

En efecto, Platon, por la existencia de los efectos particulares, demostró la existencia de una Causa universal. Aristóteles, por la existencia del movimiento de los seres secundarios, demostró la existencia de un Motor primero. Ciceron, por la existencia del orden universal, demostró la existencia de un supremo Ordenador.

Los filósofos no han nacido en los bosques, sino en las sociedades civilizadas por la influencia mas ó menos directa de la verdadera religion (1); donde las tradiciones primitivas, las ideas de Dios, del alma, de los deberes, aunque alteradas por la idolatría, habian quedado debajo de la conciencia universal. Estas tradiciones y estas ideas, los filósofos las habian encontrado por todas partes, fuera de sí mismos y en sí mismos, habiéndolas aprendido desde su infancia en el hógar doméstico. A la ayuda pues de estas ideas es como han podido formarse otras ideas; á la ayuda de estas verdades, como conocieron otras verdades; y á la ayuda de la verdad *revelada* es como se elevaron á la verdad *demonstrada*; *Multa demonstrative probaverunt.*

Pero si ellos hubieran podido nacer y crecer en los bosques

(1) Nada es mas cierto que el hecho histórico de que la Grecia debe al Egipto su civilizacion. Pero la Santa Escritura nos atestigua (*Psalm.*) que fueron los hebreos quienes por Josef llevaron á Egipto *toda ciencia* y toda civilizacion. Hubiera sido conveniente que se formara un hermoso é importante libro sobre este objeto. Allí se veria que la verdadera civilizacion ha nacido en la misma cuna que la verdadera religion; pero con la condicion de que este trabajo no se emprendiese por la mala fe ni por la filosofia.

ó en las sociedades (de que no se sabrá, por otra parte indicar una sola) enteramente bárbaras y extrañas á toda idea intelectual y religiosa, á pesar de la grandeza y el poder de su talento, léjos de haber podido elevarse á tan altas concepciones tocante á Dios, no hubieran podido elevarse ni aun hasta el hombre; no hubieran llegado á ser ni hombres siquiera, léjos de haber alcanzado á ser filósofos.

¡Ah? por mas que la pequeñez, la ineptia del orgullo filosófico se ofenda y se impaciente y se irrite cuanto quiera, no llegará jamás á cambiar la naturaleza y la condicion del hombre. Como la razon supone la razon, y la palabra supone la palabra, así la verdad supone la verdad. Como el hombre no razona sin que se haya razonado delante de él, y no habla sin que se le haya hablado, así no demuestra la verdad sin que antes le haya sido conocida la verdad (1). El hombre no ha inventado mejor la verdad que la razon y la palabra, y como la razon era necesaria para inventar la razon, y la palabra para inventar la palabra, la verdad ha sido siempre necesaria para inventar la verdad.

Observad tambien, hermanos míos, que las maravillas de la naturaleza, el órden del universo, revelan demasiado á la razon, formada por los principios que ella ha recibido, la necesidad de una cosa primera, de un Dios todopoderoso é infinitamente sabio; mientras que ellas nada dicen al hombre sobre su origen, sobre su destino, sobre la extension y obligacion de sus deberes, sobre la naturaleza y duracion de las recompensas y de las penas mas allá de la tumba, sobre la excelencia y el método expiatorio de la castidad, sobre la caida de la humanidad, y la necesidad de un redentor divino para rehabilitarla: sobre la eficacia del arrepentimiento para obtener el perdon: sobre la necesidad de la oracion y del sacrificio. Por la consideracion pues de las obras de Dios y de las tendencias y condiciones del hombre, no se puede llegar sino á conclusiones arbitrarias, limitadas, vagas, indeterminadas, inciertas, sobre el dogma, sobre la moral y sobre el culto; y no se puede llegar tampoco á formarse una religion precisa.

(1) Véase, al fin de esta conferencia, la bella página en que Mür. de Montauban ha desenvuelto este mismo pensamiento.

sólida, cierta, capaz de obtener un asentimiento firme, completo, absoluto, y el sacrificio de las pasiones de parte del hombre mismo que se la hubiera formado. No se puede llegar á crearse sobre la religion mas que opiniones inciertas, inconstantes, que parezcan mas ó menos probables, á medida que se avanza en la carrera de la vida, de los conocimientos y de la reflexion; no se puede llegar mas que á edificar una religion facticia, provisional, vaga, inobligatoria, sin sancion, como sin solidez. En una palabra, si no nos servimos de la razon para reconocer la existencia de una revelacion primitiva, existente en el mundo desde el origen del mundo, y confirmada, desenvuelta, engrandecida, elevada, perfeccionada por la revelacion cristiana, cuyo depósito se encuentra en la Iglesia, no se puede establecer nada por la razon sola en materia de religion. No puede llegarse mas que á una de estas tres conclusiones: ó que toda religion es verdadera, lo que es absurdo; ó que toda religion es falsa, lo que es blasfematorio; ó que el hombre no está obligado á ningun deber, á ninguna religion, lo que es impío.

Estas son, en efecto, las conclusiones que, de una manera mas ó menos franca, mas ó menos explicita, mas ó menos atrevida, se encuentran en el fondo de todos los sistemas racionalistas, antiguos y modernos. Ahí está la historia de la filosofia para probarlos; y nosotros vamos á convencernos de ello con respecto á la *razon filosófica* antigua, cuyas obras y conquistas vamos á consignar en la segunda parte de nuestra conferencia. Por este medio podremos juzgarla, y juzgar tambien de la aptitud de sus esfuerzos, del valor de sus promesas y de la justicia de sus pretensiones.

SEGUNDA PARTE.

11. No me detendré, hermanos míos, en la razon filosófica de los chinos, de los persas y de los egipcios. La filosofia de estos pueblos no nos es bastante conocida; y además, la razon

filosófica en estas regiones ha marchado casi siempre á la seguida del dogma religioso y á la sombra del misterio. No podemos pues conocerla en lo que vale. Yo os invito solamente á considerar los trabajos de la razon filosófica entre los dos pueblos griego y romano, que con relacion al objeto que nos ocupa son la misma cosa. Su filosofía en Roma y en Atenas ha marchado siempre con la cabeza levantada, libre de toda traba; y por lo tanto, bien se la puede apreciar y juzgarla con perfecto conocimiento de causa (1).

Y ¿qué ha producido la razon filosófica en estos países clásicos de la antigüedad? Yo os lo diré sin temor de ser desmentido: nada, y menos que nada; porque no hay una sola verdad (y desafío á todos los filósofos del mundo á probarme lo contrario), no hay una sola verdad que, desconocida, oculta al mundo, haya sido inventada, revelada *por la primera vez* por esta razon filosófica.

¿Os parece, hermanos míos, demasiado severo este juicio? En hora buena, tomadlo del grande apóstol que lo ha pronunciado antes que yo. Este gran genio del mundo cristiano, San Pablo, que conocia tan bien al mundo pagano, reasumiendo en dos palabras la historia entera de los trabajos de la razon filosófica de Atenas y de Roma, ha dicho: « Los griegos han buscado la sabiduría, y llamándose sabios, no han llegado sino á la locura; *Græci sapientiam quærunt... Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.* » (I, Cor. 1, 22, Rom. 1, 22.)

¿Creeis que San Pablo ha pronunciado este decreto, tan humillante para la antigua filosofía, porque él era cristiano, y no filósofo? Sea en buen hora. Escuchad á un filósofo y á un hombre que no era cristiano hablar como San Pablo; escuchad á Ciceron, que, reasumiendo la historia de esta misma razon filosófica, ha dicho tambien que no hay nada tan absurdo, tan

(1) « El verdadero teatro de los trabajos del historiador de la filosofía, de la erudicion, de la crítica, es y será siempre LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA. Allí es donde se han formado los tres grandes historiadores, Brucker, Tiedemann y Tennemann; y allí, por decirlo así, se han dado cita los que hoy consagran su vida á la historia de la filosofía. » (M. Cousin, *Cours de 1828*, lec. 15.) Sobre este terreno del clasicismo se cree fuerte la *razon filosófica*. Antes pues de que la ataquemos cuerpo á cuerpo, es menester desalojarla de sus atrincheramientos.

extravagante, que no haya sido enseñado por un filósofo; *Nihil tam absurdum dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum.* (*De Divin.*, II, 58.)

Pero sigamos, hermanos míos, la historia, que el apóstol San Pablo nos ha trazado con mano maestra, de la razon filosófica de los tiempos antiguos. Él nos dice: « Los filósofos han conocido todo lo que naturalmente se puede conocer de Dios, porque Dios se les habia manifestado, no solamente por la tradicion, sino tambien por las maravillas de la naturaleza, habiéndoles la naturaleza visible hablado de los atributos del Dios inmortal é invisible. Ellos pues no tienen excusa en sus errores; *Quod notum est Dei manifestum est in illis; Deus enim illis manifestavit. Invisibilia enim ipsius à creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta, conspiciuntur: sempiterna quoque ejus virtus et divinitus; ita ut sint inexcusabiles.* » (*Rom.*, I, 19, 20.) Pero la razon filosófica, en lugar de prosternarse y ofrecer á Dios el homenaje de sus adoraciones y de su agradecimiento por el beneficio de esta revelacion, se atribuyó como el fruto, como la conquista de sus propios esfuerzos, lo que no habia sido sino un rayo de la bondad de Dios; *Qui cum cognovissent Deum, non sicut Deum, glorificaverant, aut gratias egerunt.* (*Ibid.*, 21.) Y por ello esta razon filosófica, orgullosa de sí misma, concretándose á sí misma, concluyó por descaminarse y por desvanecerse en sí misma: *Evanuerunt in cogitationibus.* (*Ibid.*) Desde entonces se siguió la ceguedad del espíritu, que produjo la ceguedad del corazon; *Et obscuratum est insipiens cor eorum.* (*Ibid.*) Y esta razon tan orgullosa; esta razon, que no hacia querjdo plegar sus alas delante la majestad del Dios creador, se la vió encorvarse y prosternarse delante de las criaturas, y ofrecer á los seres visibles, al hombre, á los animales, á las aves, á las serpientes, el culto que no era debido sino al Dios invisible; *Et mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei, in similitudinem imaginis corruptibilis hominis, et volucrum, et quadrupedum, et serpentum.* (*Ibid.*, 25.)

Y en efecto, San Pablo por estas palabras parece hacer alusion á Sócrates, que antes de morir envió á hacer un sacrificio á Esculapio; á Platon, que predicaba y practicaba el culto de los falsos dioses de Atenas; á Ciceron, que predicaba y practi-

caba el culto de los falsos dioses de Roma. Hace alusion a todos aquellos pretendidos enemigos de la supersticion popular, que se habian hecho los mas supersticiosos de los hombres, porque el hombre, cesand ode creer, se hace crédulo. Y San Pablo concluye esta triste historia con esta gran palabra : « Así, estos hombres, que se habian colocado como los mas sabios de los hombres, no han sido sino los mas necios y los mas estúpidos de ellos; *Dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt.* » (*Ibid.*, 22.)

12. Pero ¿cómo, diréis, cómo puede tratarse así los filósofos y á la filosofia? Mientras que los pueblos paganos, corrompidos, embrutecidos por la idolatría, no profesaban sino creencias absurdas, que realizaban con ritos abominables y crueles, ¿no eran los filósofos los únicos en escribir elocuentes y magníficas páginas, en que exponian en el estilo de los profetas las mas grandes é imporantes verdades?

Es verdad; pero desde luego estas verdades se encuentran en número muy limitado en sus libros. Al recorrer estos trabajos del genio pagano se cree viajar por los desiertos del Africa, donde es preciso andar muchas jornadas antes de encontrar un solo vegetal, una flor, una brinza de yerba que recuerde la naturaleza animada ó viviente. ¡Quién es el que, por ejemplo, puede leer sin grande enfado los libros de Ciceron, *De los fines*, y sus *Cuestiones tusculanas*? ¿Qué abundancia de palabras, pero qué esterilidad de cosas! Qué riqueza de erudicion, pero qué pobreza de pensamientos! Qué lujo de frases, pero qué falta de certidumbre! Qué elegancia, qué gracia de estilo, pero también qué penuria de verdades!

En segundo lugar, ved lo que Tertuliano ha observado sobre ese pequeño número de verdades que los grandes pensadores de la antigüedad se atribuian la gloria de haber descubierto. « Nosotros no negamos, dice, que los filósofos han hablado alguna vez como cristianos; pero si han encontrado la verdad ha sido casualmente : como un bajel que, sorprendido durante la noche por la tempestad, y entregándose á la furia de los vientos y de las olas, en medio de la confusion de todos los elementos, llega alguna vez á tocar algun puerto de salvacion; ó bien, como un hombre que, abandonado en un

lugar oscuro, á fuerza de andar á tientas, encuentra por último la puerta para salir; el uno y el otro por una ciega felicidad (1). » « Otros, dice el mismo autor, no han adivinado ciertas verdades sino porque les han sido sugeridas por el sentimiento íntimo de que Dios ha dotado la conciencia del hombre, ó por el sentimiento público, que se manifiesta por todas partes en la humanidad (2); es decir, concluye Tertuliano, que la *razon filosófica pagana* no ha hecho á menudo otra cosa que apoderarse de las verdades conocidas, admitidas, creidas universalmente en el mundo (porque estas verdades son las leyes comunes de la naturaleza moral); apropiárselas, divulgándolas después con una imperturbable desvergüenza, como el resultado de sus investigaciones y el producto de sus especulaciones; *Philosophia leges naturæ opinionis suas fecit.* » (*Loc. cit.*)

San Agustin ha hecho la misma observacion. « Todas las verdades y buenas cosas, dice, que se encuentran en los libros de los filósofos sobre el culto que se debe á Dios, su razon no las ha inventado mejor que el minero crea el oro y la plata que extrae de las minas; ella las ha sacado de las minas de las tradiciones y de los sentimientos universales, que la providencia de Dios ha abierto por todas partes; *Apud philosophos multa vera de Deo inveniuntur, tanquam aurum et argentum, quod non ipsi instituerunt, sed de quibusdam quasi metallis divinæ Providentiæ, quæ ubique infusa est, eruerunt.* » (*De doctr. Christ.*, c. xxx.) El grande intérprete cristiano Druthmare ha dicho tambien: « Las tres cuartas partes de los pensamientos que componen la filosofía griega se encuentran en la Santa Escritura. Las mas grandes y mas importantes verdades habian sido anunciadas á todo el mundo por lamisma Escritura antes que los sofistas paganos hubiesen pensado en hacer de ellas la gloria de su sabiduría y de su elocuencia. Así es que las pocas verdades

(1) « Plane non negabimus aliquando philosophos juxta nostra sensisse. Nonnumquam enim et in procella, confusis vestigiis cæli et freti, aliquis portus ostenditur. Nonnumquam, et in tenebris, aditus quidam et exitus apprehenduntur: cæca felicitate. (*De anima*, II.)

(2) « Sed et natura pleraque suggeruntur, quasi de publico sensu, quo animam Deus donare dignatus est. » (*Ibid.*)

que han dicho, las habian recibido de la liberalidad de Dios (1). »

Sto. Tomás hace, en fin, otra importante observacion, á la que no se ha atendido bastante, con relacion á las verdades que los filósofos han conocido; y es que hay un engaño grosero en creer que los filósofos que han admitido á un Dios sobre el testimonio de la razon, hayan tenido de este mismo Dios la idea pura y simple que nosotros hemos recibido de él por la fe; es decir, la idea de un ser que reúne en sí todas las perfecciones posibles, y tal, que nada se pueda imaginar ni pensar que sea mas perfecto; *Non omnibus etiam concedentibus Deum esse, notum est quod Deus sit id quo majus cogitari non possit.* (Contr. Gent., lib. I, c. II.)

Nada es mas verdadero. Platon, por ejemplo, habiendo soñado, como lo ha notado Fenelon (2), que Dios no ha creado el mundo sino de una materia preexistente, ha rehusado á Dios, no solamente el atributo de la omnipotencia, sino tambien el de la *unidad*, porque una materia preexistente por toda la eternidad y que tenga en sí misma la razon de su existencia, es Dios. Ved pues dos dioses eternos para Platon, el Dios dios, y el Dios materia.

Nadie ignora el tono de cinica impiedad con que Ciceron ha ridiculizado, bajo el nombre de la *Proncia de los estóicos* la providencia de Dios en el gobierno del mundo; esta providencia que Homero admitia apoyándose en la creencia del

(1) « Omnes partes philosophiæ græcorum etiam in divina Scriptura inveniuntur. Et omnes modi locutionum ante fuerunt in Scriptura quam ad sophistas sæculares pervenirent. Qui, si quid habuerunt, dono Dei habuerunt. » (In Matth.)

No hay necesidad mas que de hojear los *Stromates* de Clemente de Alejandria, para convencerse, por las comparaciones que hace, que todo lo bueno que se encuentra en los escritores griegos, lo han tomado de los libros santos de los hebreos, que, conocidos en todo el mundo, no podian ser ignorados por los sabios de la Grecia.

(2) « Platon reconocia, á la verdad, que el mundo era la obra de un Dios creador; pero no entendia por la palabra *creacion* una creacion propiamente dicha; porque suponía que Dios no habia hecho mas que sembrar y edificar, por decirlo así, el mundo, con una materia preexistente, y que *existia de toda la eternidad*. De suerte que este Dios criador es, según él, á la vista del mundo que ha creado, desembrollando el caos y dando una forma á una materia bruta, lo que un arquitecto y albañiles, que, trabajando y alineando en cierto orden piedras brutas, forman con ellas una casa. » (Vida de Platon.)

pueblo, y de la que ha hablado casi en los términos, no solo de un teólogo cristiano, sino aun de un escritor ascético (1).

Se puede aplicar tambien al dogma de la *inmortalidad del alma* la observancia que Sto. Tomás ha hecho respecto al dogma de la existencia de Dios. La inmortalidad del alma, para los filósofos que la han admitido, no era otra cosa que una *permanencia* mas ó menos larga del alma después de la disolucion del cuerpo; *Permanere animos putamus*. Pero estos mismos filósofos estaban muy léjos de conocer el estado del alma después de la muerte, como la revelacion nos lo ha hecho entender. No habian tenido ninguna idea, ó solamente una idea muy confusa, muy oscura, muy incierta, muy errónea, sobre el estado del alma después de la muerte, de su perfecta y eterna bienaventuranza si llega á la vision y á la sociedad de Dios, de su profunda y eterna miseria si está separada de ellas. Y es bien singular que bajo el aspecto de las recompensas y de los castigos de la otra vida, á pesar de las fábulas que las desfiguran, se encuentren ideas mas justas y mas verdaderas en los poetas que entre los filósofos.

Pero la razon filosófica antigua, impotente para encontrar y para precisar una sola verdad, ha sido, por desgracia, demasiado hábil en inventar y formular todos los errores.

13. Ciceron era tan gran filósofo como orador. Ha sido al mismo tiempo el Platon y el Demóstenes de los latinos. Habia hecho un estudio tan profundo de la filosofía de los griegos como de su literatura. Habia estudiado la una y la otra, no solamente en sus libros, sino tambien en sus escuelas, porque en Grecia es donde hizo todos sus estudios. Admiraba los filósofos griegos, y á Platon en particular, hasta el fanatismo; los amaba hasta el delirio. Ha sido el primero de los latinos, como él mismo se gloria de ello, que ha trasladado en la lengua del Lacio todas las doctrinas de los filósofos de Atenas. Sus libros filosóficos son el repertorio mas completo y mas sólido, el resúmen mas exacto de todos los sistemas de la filosofía griega. Los decretos de este grande hombre del

(1) Véase en Rollin *Manera de estudiar y enseñar las bellas letras* (tom. I), reunidos en tres páginas los pasajes de Homero relativos á la *Providencia*.

paganismo, con relacion á la filosofía griega, no pueden ser sospechosos para nadie y por ningun titulo. No puede acusarse á vista de los griegos, ni de malevolencia ni de mala fe, ni de ignorancia ni de incapacidad.

Y ¿queréis saber lo que, segun Ciceron, la razon filosófica de los griegos ha sabido enseñar al mundo tocante la primera y la mas importante verdad, *la existencia y la naturaleza de Dios*? Abrid pues los tres enormes libros que ha compuesto sobre este objeto.

Ciceron no atiende en sus diálogos sino á la fuerza de los principios; el interés y el calor de la discusion le arrastran, para lanzar su decreto de condenacion contra la razon limitada á sí misma, haciendo depender de ella la decision de lo verdadero y de lo falso, y para convencerla de su impotencia para alcanzar la verdad. A la entrada misma de esta grave é importante discusion, es cuando declara de la manera mas solemne que la cuestion que va á tratar es por sí sola una demostracion sin réplica de que el principio fundamental de la *razon filosófica* es la ignorancia; que el error, la incertidumbre y la duda son el resultado mas natural y mas necesario de aquel principio.

Porque, ved lo que dice: « Entre la multitud de cuestiones que ha entablado la filosofía sin haberlas podido resolver jamás, una de las mas difíciles y de las mas oscuras es la cuestion *de la naturaleza de los dioses*. Sobre este grande objeto han emitido los hombres mas sabios tantas opiniones, y tan diversas y tan contradictorias entre sí, que por este solo hecho está uno autorizado á pensar que el principio de toda filosofía es la necedad, y que los académicos son muy sabios negando su asentimiento á las doctrinas filosóficas como á cosas inciertas y oscuras (1). »

Así que la introduccion á una disputa filosófica que un filósofo propone en una asamblea de filósofos, con el objeto

(1) « Cum multæ res in philosophia nequaquam satis explicatæ sint; tunc perdifficilis et perobscura quæstio est *de natura deorum* in qua tam variæ sunt doctissimorum hominum, tamque discrepantes sententiæ, ut magno argumento esse debeat: causam, id est principium philosophiæ, esse inscientiam; prudenterque academicos à rebus incertis assensionem cohibuisse. »
(*De Nat. Deor.*, lib. 1.)

de llegar por medio del razonamiento á la primera de todas las verdades, no es mas que un acto de acusacion en regla, la promulgacion del mas terrible anatema contra la filosofia.

Después Ciceron, en la persona de Veleyo, uno de los interlocutores en estos diálogos, hace esta observacion importante : « Que si la mayoría de los filósofos está de acuerdo en la opinion muy verdadera de que hay dioses, es porque no se ha consultado desde luego sino á la naturaleza y la creencia universal, que dicen á todos que hay un Dios. Pero que cuando se ha querido razonar sobre la naturaleza de este Dios, la razon de estos mismos filósofos se ha encontrado tan débil, sus opiniones tan extravagantes y tan opuestas, que no hay valor bastante para oírles y para seguirles en esta discusion. Habiéndolo combatido todo y negado todo, no es falta suya si todavía queda en el mundo algun resto de religion y de piedad, pues que han hecho todo lo que dependia de su parte para destruirlas, enseñando que los dioses no se toman ningun cuidado de las cosas humanas (1).

« Y ¿quereis conocer, continúa el interlocutor, estas opiniones? Yo voy á recordároslas; pero encontraréis en ellas mas bien extravagancias febriles de hombres que sueñan, que no brillantes y maravillosos pensamientos de filósofos que razonan (2).

« La estupidez de los platónicos es prodigiosa : Dios debe ser para ellos de figura redonda, porque para Platon la figura redonda es la mas perfecta y la mas bella, y que es menester que la figura de Dios sea la mas bella y la mas perfecta. Pero una vez que cada cual debe seguir su propia razon, y no referirse mas que á su propia razon en el juicio de las cosas, ¿qué puede responderme Platon si yo afirmo que Dios es y debe ser de una figura cónica, cilíndrica, piramidal ó cuadrada: pues que en cuanto á mi razon no es lo redondo, sino el cuadrado.

(1) « Plerique qui, quod maxime verisimile est, et quo OMNES DECE NATURA, VEHIUNT, deos esse dixerunt, tanta sunt in varietate et dissensione constituti, ut eorum molestum sit enumerare sententias. Sunt qui omnino nullam habere censent humanarum rerum procurationem deos: quorum si vera sententia est, que potest esse pietas, que sanctitas, que religio. » (*De Nat. Deor.*, lib. 1.

(2) « Audite portenta et miracula, non disserentium philosophorum, sed somniantium. » (*Ibid.*)

la pirámide, el cilindro y el cono las mas hermosas y mas perfectas de todas las figuras (1)?

« Para Tales, Dios es aquella inteligencia que, habiéndolo formado todo del agua, el primero de todos los elementos, no ha formado el mundo sino del agua; y sosteniendo que Dios debe ser incorporeal, Tales lo une al agua como á un cuerpo, á fin de que Dios pueda obrar con el auxilio de un cuerpo: como si una inteligencia no pudiera existir sin cuerpo (2).

« Anaximandro piensa que los dioses, con intervalos diferentes, nacen y mueren como los hombres. Nada hay mas absurdo, porque no se puede admitir á Dios á menos que no sea eterno (3).

« Anaximeno establece que el aire es Dios; que este Dios, habiendo sido engendrado, no es por ello menos inmenso é infinito: otro absurdo, porque todo lo que nace debe morir, y todo lo que tiene un principio tiene tambien un fin (4).

« Anaxágoras ha sido el primero de todos los filósofos en pensar que el órden de los seres y su manera de existir ha sido obra de la fuerza y de la razon de un espíritu infinito que no gozaba de cuerpo exterior. Pero yo protesto no poder comprender con mi razon, y en su consecuencia no poder admitir, que una simple inteligencia incorporeal sera capaz de sentimiento y de accion sobre los cuerpos (5).

« Para el Crotoniato, el sol, la luna, todas las estrellas y todas las almas de los hombres son dioses. Pero ¿ puede su-

(1) « Admirabar tarditatem eorum (*Platonicorum*) qui Deum rotundum esse velint, quia ea forma ullam negat esse pulchriorem Plato. At mihi vel cylindri, vel quadrati, vel coní, vel pyramidis videtur esse formosior. » (*De Nat Deor.*, lib. 1.)

(2) « Thalès aquam dixit esse initium rerum; Deum autem eam mentem que ex aqua cuncta fingeret. Si dii esse possunt sine sensu, sed mente, cur aquam adjunxit, si ipsa mens constare potest vacans corpore. » (*Ibid.*)

(3) « Anaximandri opinio est, nativos esse deos, longis intervallis orientes occidentesque. Sed nos Deum, nisi sempiternum, intelligere qui possumus. » (*Ibid.*)

(4) « Anaximenes aerem Deum stavit, eumque gigni esseque immensum et infinitum, quasi non omne quod ortum sit mortalitas consequatur. » (*Ibid.*)

(5) « Anaxagoras primus omnium rerum descriptionem et modum mentis infinite vi et ratione confici voluit. Cingi corpore externo ei non placet. Aperta et simplex mens, nulla re adjuncta, que sentire possit, fugere intelligentiæ nostræ vim et notionem videtur. » (*Ibid.*)

frirse una extravagancia semejante, que atribuye á cosas mortales la divinidad y la inmortalidad (1)?

« Pitágoras cree que Dios es una grande alma infundida y mezclada en la naturaleza corporal entera; y que de esta alma, como de partes destacadas de un todo, nacen nuestras almas; de suerte que este pobre Dios está obligado á cada instante á hacerse desgarrar y hacer jirones. Y por otra parte, Pitágoras tendria trabajo en explicar cómo es tan ignorante el hombre: ¿puede ignorar nada el ser que es una parte del Dios que lo sabe todo, y que es el mismo Dios (2)?

« Jenófanes afirma que Dios es todo lo que es infinito, unido á una inteligencia. Esta opinion por un lado es tan absurda como las otras, pues que admite una inteligencia sensible, aunque no tenga sentidos; y por otro lado esta opinion es mas absurda que las anteriores, porque el infinito no puede ser sensible ni compuesto (3).

« Parménides, partiendo de la semejanza de la corona, ha imaginado yo no sé qué cosa enteramente poética y facticia, que él llama *stephanon* (palabra griega que significa *corona*). Este *stephanon* es la órbita del universo, conteniendo la luz y el calor, y rodeando al cielo; y esta órbita es para Parménides el Dios. Para mí, todo esto es un juego de la imaginacion, no pudiendo ver en ello de ninguna manera ni la figura ni el sentimiento de Dios (4).

« En cuanto á Empedócles, que ha hecho cuatro dioses de los cuatro elementos de que se componen las cosas, creyendo haber razonado mejor que los otros, se ha engañado mas ver-

(1) « Crotoniates qui soli et lune, reliquisque sideribus animoque divinitatem dedit, non sensit sese mortalibus rebus immortalitem dare. » (*De Nat. Deor.*, lib. 1.

(2) « Pythagoras, qui censuit animum esse per naturam rerum omnem intentum et commentem, ex quo animi nostri caperentur, non vidit, distractione humanorum animorum, discerni et dilacerari Deum. Cur autem quidquam ignoraret animus hominis, si Deus esset. » (*Ibid.*)

(3) « Xenophanes, qui, mente adjuncta, omne præterea quod esset infinitum Deum voluit, de ipsa mente reprehenditur ut cæteri. De infinito autem vehementius, in quo nihil neque sentiens neque conjunctum esse potest. » (*Ibid.*)

(4) « Parmenides commentitium quiddam coronæ similitudine efficit, *stephanon* appellat, continentem ardore lucis orbem, qui cingit cælum, quem appellat Deum. In quo neque figuram divinam neque sensum quisque suspicari potest. » (*Ibid.*)

gonzosamente que ellos; porque es evidente que estos cuatro elementos nacen y mueren, y por esto mismo es evidente que no pueden ser Dios (1).

« Yo pongo fuera de cuestion á Protágoras, porque, habiendo dicho que él no sabe nada de cierto respecto de los dioses, ni si hay, ni si no hay, ni lo que ellos pueden ser, da á creer bastantemente que no admite la divinidad (2).

« Harémos lo mismo respecto de Demócrito; porque, habiendo sostenido que no hay nada eterno, siendo todo variable y mudable, ha quitado á Dios del mundo de manera, que no ha dejado de él ninguna huella (3). »

14. Pero el interlocutor de Ciceron va todavía mas léjos: observa que en esta importante cuestion los filósofos, no siguiendo todos mas que su propia razon, están en pleno desacuerdo, no solamente cada uno con todos los otros, sino tambien cada uno consigo mismo. De suerte que no solamente lo que es verdadero para un filósofo no lo es para el otro, sino que lo que para un filósofo es verdadero hoy, no lo es mañana; es decir, que las opiniones que se forma la razon aislada son tan inconstantes como inciertas.

« Si para probar, dice, la inconstancia de los filósofos en sus propias opiniones, quisiera hacer la historia de las variaciones de Platon, no concluiria nunca. Basta advertir que en el mismo libro intitulado *Timeo*, y en el mismo libro *De las Leyes*, unas veces es evidente para Platon que Dios, el padre de este mundo, es el ser que no se puede nombrar, que no se debe aun tratar de conocer lo que es; y otras veces es evidente para el mismo Platon que Dios puede ser nombrado, y que se puede afirmar lo que es. Porque Platon es quien dice que el universo entero, el cielo y la tierra, los atos y los hombres, son Dios. En cuanto á mí, yo no veo otra cosa evidente

(1). « Empedocles in deorum opinione turpissime labitur; quatuor naturas, ex quibus omnia constare vult, divinas esse censet, quas et nasci et extinguí perspicuum est. » (*De Nat. Deor.*, lib. 1.)

(2) « Neque vero Protagoras, qui sese negat de diis habere quod liquet, sint, non sint, quodque sint, quidquam videtur de natura deorum suspicari. » (*Ibid.*)

(3) « Quid Democritus? Cum neget esse quidquam sempiternum quia nihil semper suo statu manet; Deum ita tollit omnino, ut nullam opinionem ejus reliquam faciat. » (*Ibid.*)

en todo esto sino la ligereza, la contradiccion y la necedad (1).

« La razon de Jenofonte, su discípulo, no es menos inconstante. Unas veces hace decir á Sócrates que no se debe examinar de qué forma es Dios, y otras dice que Dios no es mas que el sol, cuya forma nos es conocida. Una vez Dios no es mas que uno para Jenofonte, y otra hay muchos dioses para él. Todo esto tiene la misma fuerza que la opinion de Platon, que acabo de enunciar, y merece que se haga el mismo caso (2).

« Pero en cuanto á variaciones sobre este mismo objeto, ninguno supera á Aristóteles : tan numerosas y tan contradictorias son sus opiniones sobre Dios, que, sin embargo, nos presenta siempre todas como igualmente verdaderas é igualmente ciertas. Porque para Aristóteles unas veces la Divinidad no es mas que una inteligencia, y otras no es mas que el mundo; tan pronto, además de la inteligencia-dios y la inteligencia-mundo, hay otro Dios que preside al mundo y á la inteligencia, tan pronto Dios no es mas que el fuego celeste. Pero Aristóteles, que todo lo ha visto por su razon, no ha visto lo que yo veo por la mia, á saber, que se halla en contradiccion abierta consigo mismo. Porque el cielo no es en el fondo mas que una parte de este mismo mundo, del que Aristóteles ha hecho un solo Dios (3).

« Jenócrates, condiscípulo de Aristóteles, sin ser mas firme que él en sus evidencias, es mas loco en sus extravagancias. Era cierto para Jenócrates que no habia mas que ocho dioses. Los cinco primeros dioses son los cinco planetas que se conocen; el sexto dios son las estrellas fijas, que no deben consi-

(1) « De Platonis inconstantia longum est dicere; qui, in *Timæo*, patrem hujus mundi dominari negat posse; in *Legum* autem libris, quid sit omnino Deus, inquiri oportere non censet. Idem in *Timæo* et in *Legibus*, dicit et mundum Deum esse et cælum et astra et terram et animos. Quæ et per se sunt falsa *perspicue*, et inter se vehementer repugnantia. » (*De Nat. Deor.*, lib. 1.)

(2) « Xenophon eadem fere peccat; facit enim Socratem disputantem formam Dei quæri non oportere, eundemque solem et animum Deum dicere; et modo unum dicere Deum, modo plures, quæ sunt in eisdem erratis fere ac ea quæ de Platone diximus. » (*Ibid.*)

(3) Aristoteles quoque multa habet; modo enim menti tribuit omnem divinitatem, modo mundum Deum dicit esse, modo quemdam alium præficit mundo. Tum cæli ardorem Deum dicit esse; non intelligens cælum mundi esse partem quem alio loco ipse designavit Deum esse. » (*Ibid.*)

derarse sino como miembros diferentes de un mismo y simple dios; el sétimo dios era el sol, y el octavo la luna (1).

« Pero Heràclito, discípulo de la misma escuela que Platon. à la grave comedia de Jenócrates, ha añadido cuentos ridículos, buenos para muchachos; porque para él unas veces Dios es el mundo, otras la inteligencia, otras los planetas; y cuando hace de Dios un ser corporal, le niega toda especie de sentimiento; y cuando dice que Dios no es mas que inteligencia, varia su figura. Y en el curso de su obra, acordándose que habia dejado detrás el cielo y la tierra, retrocede, y del cielo y de la tierra se digna hacer otros dos dioses (2).

« Parecerá que en materia de ligereza y de inconstancia en sus opiniones no puede irse mas allá que los filósofos que acabo de citar; y sin embargo no es así. Teofrasto ha ido todavía mas allá, à punto que se ha hecho hasta intolerable; porque ya concede à una inteligencia única la naturaleza divina y el principado del mundo, ya difiere todo esto à los signos del Zodiaco, al cielo y à las estrellas (3).

« Vuestro Zenon el estóico es el único que puede disputar à Teofrasto la palma de la ligereza y del ridículo. Habia comenzado por decir que solo pertenecía à los filósofos de su temple y de su calibre el tener una opinion cierta, determinada, y siempre la misma respecto de Dios (4). Y sin embargo, nadie, sobre este objeto, ha cambiado tantas veces de opinion. Durante algun tiempo no reconoció sino al airé por su dios. Seguidamente el dios de Zenon fué una cierta razon que rodeaba, cercaba y penetraba à toda la naturaleza. Des-

(1) « Nec vero ejus condiscipulus Xenocrates, in hoc genere prudentior. Deos enim octo esse dicit; quinque eos qui in stellis vagis nominantur, unum, qui ex diversis quasi membris simplex sit putandus deus; septimum solem adjungit octavumque lunam. » (*De Nat. Deor.*, lib. 1.)

(2) « Ex eadem Platonis schola Heraclitus puerilibus fabulis refereit libros. Modo mundum, tum mentem divinam esse putat, errantibus etiam stellis divinitatem tribuit, sensuque Deum privat, ejusque formam mutabilem esse vult; eodemque libro rursus terram et cælum refert in Deum. » (*Ibid.*)

(3) « Nec vero Theophrasti ferenda inconstantia est, modo enim menté divinum tribuit principatum, modo cælo, tum autem signis sideribusque cælestibus. » (*Ibid.*)

(4) « Est enim philosophi de Diis immortalibus habere non errantem et vagam, ut academici, sed ut nostri, stabilem certamque sententiam. » (*Ibid.*, lib. II.)

pués, unas veces eran los astros, otras los años, los meses y las estaciones lo que constituía los dioses. Y después de haber creado y adorado tantos dioses, un día que estaba de buen humor concluyó por negarlos todos; habiendo negado en su *Comentario sobre la Theogonia de Hesiodo*, que el hombre haya tenido ninguna idea innata, ningun sentimiento natural de Dios (1).

« Este rico patrimonio de la razon filosófica de Zenon no pereció con él: Cleanto, su discípulo, lo heredó en su provecho para añadir locuras y variaciones nuevas. Porque para Cleanto unas veces la inteligencia y el alma de la naturaleza es lo que es Dios; y otras el verdadero Dios es infaliblemente el fuego, á que llama *ether*; y llevando todavía mas léjos su delirio, ya imagina una cierta forma ó imágen de divinidad separada de toda otra cosa, y ya establece que en la razon, y solo en la razon del hombre, es donde debe buscarse la divinidad (2). »

Llegado á este punto, el interlocutor de Ciceron no puede excusarse de dar un grito de angustia, y de pronunciar aquella triste exclamacion, que yo recomiendo particularmente á los racionalistas católicos, á los defensores moderados de la aptitud de la razon para deseubrir y adivinar á Dios con sus únicos recursos. « Así este Dios, que se nos dice tan fácil de conocer con la ayuda de la razon, y cuyos vestigios se pretende que cada uno lleva consigo en las percepciones claras de su espíritu, queda siempre desconocido; no sabemos donde encontrarle ó donde verle; no le comprendemos; una densa nube le oculta siempre á nuestras miradas (3). »

(1) « Zeno (ut ad vestros, Balbe, veniam) alio loco æthera Deum dicit, aliis libris rationem quamdam per omnem pertinentem naturam, ut divinum esse effectam putat. Idem astris hoc tribuit, tum annis, mensibus annorumque mutationibus. Cum Hesiodi *Theogoniam* interpretatur tollit omnino insitas perceptasque cognitiones deorum. » (*De Nat. Deor.*, lib. 1.)

(2) « Cleantes, Zenonis discipulus, tum ipsum mundum Deum dicit esse, tum totius naturæ menti, atque animo hoc nomen tribuit tum ardorem qui æther nominatur, certissimum Deum judicat idem, quasi delirans; tum fingit formam quamdam et speciem deorum, tum divinitatem omnem tribuit astris, tum nihil ratione divinius. » (*Ibid.*)

(3) « Sic fit ut Deus ille, quem mente noscimus atque in animi notione, tanquam in vestigio volumus reponere, nusquam prorsus appareat. » (*Ibid.*)

En las *Cuestiones académicas* Ciceron habia consignado ya con la misma fuerza la impotencia en que se halla la razon de alcanzar por si misma el conocimiento puro y cierto de Dios: porque, despues de haber recordado las diferentes opiniones de los filósofos sobre el *origen de las cosas*, dice: « Zenon, y casi todos los estoicos piensan que el Dios soberano es el aire, y que este aire tiene un espíritu que lo gobierna todo; pero ved á Cleanto, discipulo de Zenon, estoico de primera línea, como él, que viene á asegurarnos que no el aire, sino el sol, es el señor del mundo y el que domina y gobierna el mundo. Asi la disension y la discordia que reina entre los mas grandes sabios sobre este objeto, nos condena á nosotros, pobres mortales, á no saber con seguridad quién es nuestro verdadero Señor y nuestro Dios, y si debemos rendir al aire ó al sol el culto de nuestros homenajes y de nuestras adoraciones (1). »

Pero habiendo dicho bastante para él mismo, en todo lo que acaba de decir Veleyo no cree haber dicho bastante para los otros. Continúa pues en exponer largamente las impiedades de Perseo, discipulo tambien de Zenon, y para el cual Dios no es mas que una *palabra* que el reconocimiento público ha atribuido á los inventores de las cosas útiles á la vida humana y á esas mismas invenciones (2). Y después de haber pasado revista á la innoble multitud de dioses quiméricos y desconocidos que Chrysipo, el intérprete mas astuto de las extravagancias de los estoicos, habia imaginado (3), Veleyo concluye con esta última pincelada el horroroso cuadro de las necesidades de la razon filosófica tocante á Dios: « Yo he puesto bajo de vuestra vista, no diré los juicios de los filósofos, sino los sueños de los hombres delirantes. Y en verdad, las fábulas escandalosas de la razon poética, que tanto mal han hecho á las costum-

(1) Zenoni et reliquis fere et stoicis æther videtur summus Deus, mente præditus, quo omnia regantur. Cleantes, qui casi majorum gentium est stoicus, Zenonis auditor, solem dominari et rerum potiri putat. Itaque cogimur, dissensione sapientum, Dominum nostrum ignorare, quippe qui nesciamus soli an ætheri serviamus. » (*Quest. acad.*, 1.)

(2) « Perseus, Zenonis auditor, eos dicit esse habitos deos, à quibus magna utilitas, ad vitæ cultum, esset inventa, ipsasque res utiles et salutare deorum esse vocabulis nuncupatas. » (*Ibid.*)

(3) « Chrysippus, qui Stoicorum somniorum vaferrimus habetur interpres, magnam turbam congregat ignotorum deorum. » (*Ibid.*)

bres por su engañosa dulzura, no son ni mas deformes ni mas absurdas que los monstruosos errores de la razon filosófica (1). »

15. Pero tan desgraciada en sus esfuerzos para conocer á Dios, la razon filosófica antigua no ha sido mas dichosa en sus tentativas para conocer lo mas noble y lo mas íntimo del hombre : su propio espíritu. Sobre este objeto nosotros no tenemos sino que consultar tambien á Ciceron : no es fácil hallar un juez mas competente, un testigo mas imparcial de las doctrinas filosóficas de la antigüedad.

« Hay filósofos, dice, que piensan que la muerte no es mas que la partida del alma del cuerpo; otros creen que en la muerte no hay separacion ninguna; que el alma y el cuerpo concluyen al mismo tiempo; que nada sobrevive á la muerte del hombre. Pero los mismos que atribuyen la muerte á la partida del alma del cuerpo, están divididos en tres opiniones diferentes: para algunos de estos sabios, el alma al salir del cuerpo se disipa desde luego en la nada; para otros, continúa en subsistir por algun tiempo; para otros, subsiste siempre (2).

« No preguntéis, sobre todo, lo que es el alma, dónde reside ó de dónde descende al hombre; porque la discordancia y la lucha de las opiniones de los filósofos es en esta parte mucho mas profunda y mas encarnizada (3).

« Para ciertos filósofos el alma es el corazon; para Empedócles no es el corazon, sino la sangre, que baña el corazon. Estos afirman que una porcion del cerebro es quien ejerce las funciones del alma; aquellos niegan absolutamente que el alma sea corazon ó cerebro, y para ellos el alma es una cosa distinta, y no hace mas que residir, sea en el corazon, sea en el cerebro, como en su sitio (4).

(1) « *Exposui non philosophorum judicia, sed delirantium somnia; meae enim multo absurdiora sunt ea quae, poetarum vocibus, ipsa sui suavitate nocuerunt.* » (*Quaest. acad.*, 1.)

(2) « *Sunt qui discessum animi à corpore putant esse mortem; sunt qui nullum censent fieri discessum, sed una animum et corpus occidere, animumque cum corpore extingui. Qui discedere animum censent, alii statim dissipari, alii diu permanere, alii semper.* » (*Tuscul.*, lib. 1.)

(3) « *Quid sit porro ipse animus, aut ubi, aut unde, magna dissentio est.* » (*Ibid.*)

(4) « *Alii cor ipsum animus videtur. Empedocles animum censet cordi*



« La razon filosófica de Zenon el estóico le persuadió que el alma no es sino fuego; á Aristógenes, que era músico y filósofo al mismo tiempo, esta misma razon hizo creer que el alma no es mas que el movimiento continuo de las fibras del cuerpo, produciendo alguna cosa semejante á la que resulta por el juego de la voz y la vibracion de las cuerdas, y que se llama *armonía* (1).

« Jenócrates dice que el alma no es mas que un número; porque, añade, la fuerza de los números es inmensa en la naturaleza; » esto mismo habia afirmado Pitágoras antes que él (2).

« La imaginacion de Platon no se contentó con un alma sola, y creó tres, correspondientes á tres diferentes principios: *la razon*, que colocó en la cabeza; *la cólera*, que fijó en el pecho; y *la codicia*, que ocultó debajo del diafragma (3).

« Pero mientras que la generosidad aristocrática de Platon daba al hombre tres almas, la avaricia de Dicearco le negó aun una sola. Su razon filosófica le habia revelado que el *alma* no es mas que una palabra desprovista de sentido; que el hombre no es mas que cuerpo, y no otra cosa que un cuerpo organizado por la naturaleza para tenerse derecho y para sentir (4).

« Para Aristóteles, el alma es una sustancia resultante de un quinto elemento; llama al alma *entelechia*; es decir, una especie de movimiento que se continúa sin interrupcion (5).

suffusum sanguinem. Alii pars quædam cerebri visa est animi principatum tenere. Aliis nec cor ipsum placet, nec cerebri partem quamdam esse animum, sed alii in corde, alii in cerebro dixerunt animo esse sedem et locum. » (*Tuscul.*, lib. 1.)

(1) « Zenoni stoico animus ignis videtur. Aristoxenus, musicus idemque philosophus, animum esse ait intentionem vel incensionem ipsius corporis quamdam, velut in cantu et fidibus, quæ harmonia dicitur. » (*Ibid.*)

(2) « Xenocrates animum numerum dixit esse, cujus vis, ut etiam ante Pitagoræ visum erat, in natura maxima esset. » (*Ibid.*)

(3) « Plato triplicem finxit animum cujus principia, id est, *rationem* in capite posuit, *iram* in pectore, *cupiditatem* subter præcordia collocavit. » (*Ibid.*)

(4) « Dicearchus nihil esse omnino animum, et hoc esse nomen totum inane; nec esse quidquam nisi corpus unum et simplex, ita figuratum, ut, temporatione nature, vigeat et sentiat. » (*Ibid.*)

(5) « Aristoteles ait: « Animus est substantia perfecta à quinta essentia; » et ipsam animum *entelechiam* appellat, quasi quamdam continuatam motionem et perennem. » (*Ibid.*)

« Habiendo querido Demócrito construir tambien el alma con su razon, no creyó poder hacerlo mejor que refiriéndose á la casualidad, y componer el alma de corpúsculos redondos y ligeros arrojados indistintamente en el vacío (1). »

Y despues de haber enunciado estas groseras extravagancias de la razon filosófica con relacion al alma, Ciceron exclama en estos términos : « De estas opiniones diferentes, de que cada filósofo nos ha presentado la suya como la única verdadera, no hay mas que un Dios que pueda saber cuál es realmente la verdadera. Los filósofos, por sus disentimientos, nos han dejado aquí bajo en una incertidumbre completa, y no nos permiten saber ni aun cuál de estas opiniones será mas probable (2). »

Pero lo que sigue en este importante diálogo es mucho mas grave relativamente á la cuestion que nos ocupa.

Ciceron dice á su oyente : « Si te place creer que el alma puede despues de la muerte subir al cielo, no tienes mas que atenerte á las opiniones de otros filósofos, que parecen alimentar esta esperanza (3). »

El oyente responde : « Para mí, yo quiero creer, y creo en efecto, que el alma sube al cielo despues de la muerte; y aun cuando así no fuera, no insistiria menos en persuadírmelo y en creer que así sucede (4). »

Ciceron replica : « No tienes necesidad para esto de que yo venga en tu ayuda. Yo no podria nunca decirte tanto ni tan bien como Platon, con su poderosa elocuencia, ha dicho de esto en su libro *Del alma*. Y bien : tú no tienes mas que recorrer atentamente este libro, y encontrarás en él todo lo que puedes desear (5). »

Pero despues de haber hecho este magnífico elogio del libro

(1) « Democritus levibus et rotundis corpusculis efficit animum, concursu quodam fortuito. » (*Tuscul.*, lib. 1.)

(2) « Harum sententiarum quæ vera sit Deus aliquis viderit, quæ vero similis magna quæstio est. » (*Ibid.*)

(3) « Marcus. Reliquorum sententiæ spem afferunt, si forte hoc delectat, posse animos in cælum pervenire. »

(4) « Auditor. Me vero delectat; idque ita puto esse; deinde, etiamsi non sit, mihi tamen persuaderi velim. »

(5) « Marcus. Quid tibi opere nostro opus es? Num eloquentia Platonem superare possumus? Evolve diligenter ejus librum *De animo*; amplius quod desideras nihil erit. »

de Platon *Sobre el alma*, ved que Ciceron consigna la vanidad de este mismo libro, y su impotencia en producir la fe en la inmortalidad del alma; porque pone en la boca de su oyente esta confesion desesperada: « Tú me aconsejas que lea á Platon para persuadirme de la inmortalidad del alma. Yo te juro que lo he hecho, y muchas veces; pero yo no sabia explicarme cómo es que durante esta lectura yo creo en la inmortalidad; pero luego que he cerrado el libro y me pongo á reflexionar sobre lo que acabo de leer, esta creencia me abandona, y no queda de ella el menor vestigio en mi espíritu (1). »

Y léjos de extrañarse de este fenómeno, y de encontrar extraña la incredulidad en la inmortalidad del alma después de la lectura de Platon, cuya riqueza de argumentos y fuerza de elocuencia acababa de exaltar, Ciceron encuentra muy sencilla y muy natural esta credulidad aun despues de esta lectura; porque dice: « Tiene razon: en verdad es muy difícil probar por el razonamiento la permanencia del alma despues de la muerte (2). »

Ved de este modo á Ciceron destruyendo de un puntapié á su Platon en el punto mismo en que le habia elevado tan alto. Aun se diria que Ciceron no ha alabado como el escrito mas sólido en favor del dogma de la inmortalidad el libro de Platon, sino para consignar mejor, por la poca impresion que esta lectura hace en el espíritu de su oyente, la debilidad de los argumentos puramente filosóficos para asentar en los espíritus una creencia cualquiera. Es menester confesar que nada hay mas artificioso, mas delicado, y al mismo tiempo mas contundente, que este admirable fragmento, para demostrar la vanidad, la miseria, la impotencia de la razon filosófica, pretendiendo marchar por sí sola á la conquista de la verdad.

16. Lo mismo ha sucedido respecto á la cuestion del *soberano bien*, que, segun Ciceron mismo; es la regla de la vida y el fundamento de todos los deberes. *In quo tota vitæ ratio continetur.*

Para Herilo el soberano bien consiste en la ciencia; para

(1) « Auditor. Feci, me Hercule, sæpius; sed nescio quomodo, dum lego, assentior; cum posui librum, et mecum ipse de immortalitate cæpi cogitare assensio omnis illa dilabitur. »

(2) « Ardum est exponere animos post mortem remanere. (*Tuscul.*, lib. 1.)

Teofrasto, en la riqueza; para Pyrrhon, en la apatía; para Zenon, en la indiferencia; para Calistenes, en la ausencia de todos los dolores; para Aristipo, en la posesion de todos los placeres; para Aristóteles, en los goces del espíritu; para Epicuro, en los goces del cuerpo. Y aunque Platon y Ciceron hayan colocado el soberano bien en la virtud y en la honestidad de vida, sin embargo, como estas palabras *virtud, honestidad*, bajo la pluma de estos escritores eran de una asombrosa elasticidad, no han sido suficientes para impedir á estos grandes hombres el fomentar todos los desórdenes y sancionar todos los vicios.

Se sabe que para Platon eran cosas legítimas los amores masculinos y la comunidad de mujeres. Ciceron aprueba la venganza, Zenon el suicidio, Séneca la prostitucion, y otros el infanticidio, el adulterio y el asesinato. El virtuoso Caton colocaba, con su ejemplo, el soberano bien, ¿sabeis en qué? en la embriaguez, pues que Horacio, su panegirista, nos ha dicho que el gran Caton, este gran santo del paganismo, no era en el fondo mas que un borracho que bebia en el vino la fuerza de su alma y de su virtud: *Narratur et prisca Catonis sæpe mero caluisse virtus.* (Horat., Od.)

Yo quiero evitaros, hermanos míos, el disgusto de conocer la moral que debia resultar necesariamente con semejantes ideas sobre la cuestion del *soberano bien*. Una palabra os lo dirá todo: como entre los antiguos filósofos, lo mismo que entre los modernos, toda la metafísica no era mas que *idealismo* ó *materialismo*, de la misma manera su moral no era en el fondo sino orgullo ó voluptuosidad.

Así, después de tantos siglos de estudios, de investigaciones de viajes, de disputas, de razonamientos, la razon filosófica de aquellos tiempos no supo resolver ninguna cuestion ni supo establecer ninguna verdad; pero ella, por el contrario, apadrinó todos los errores y todos los vicios.

En efecto, relativamente á la cuestion de la *existencia* y de la *naturaleza de Dios*, Cota, personaje sabio y grave, introducido como interlocutor en los diálogos de Ciceron *Sobre la naturaleza de Dios*, se explica en estos términos: «Mirad lo que tenia que decirnos *sobre la naturaleza de los dioses*; no para establecer que no haya necesidad de creer en ellos, sino

con el fin de que comprendais cuán oscura es esta cuestion, y cuán difícil de establecer nada de cierto á este objeto (1). » Y Ciceron mismo ha terminado sus tres libros sobre el mismo objeto con estas palabras, que no se pueden leer sin sentirse el corazon traspasado á la vista de la profunda miseria de la razon humana : « Despues de esta discusion, dice, nos hemos separado casi en la misma disposicion en que nos habiamos reunido ; porque Veleyo (Epicúreo) juzgó mas verdadera la argumentacion de Cota (sosteniendo que nada se podia decidir sobre los dioses), y yo encontré mas *verdadero* el discurso de Balbo (admitiendo un Dios) (2). » Es decir, que el resultado de una disputa tan larga y tan seria entre los mas sabios filósofos de Roma ha sido consignar ; que la razon por sí sola nada puede de cierto decidir, y no puede llegar mas que á probabilidades mas ó menos grandes y á vagos opiniones *sobre Dios*. ¿ Merecia esto charlar tanto, para concluir tan mal y obtener tan exiguos resultados ?

Relativamente á la cuestion de si el hombre tiene ó no un alma, y si esta alma sobrevive al cuerpo, acabamos de ver tambien que la razon filosófica antigua ha declarado que solamente Dios puede decidir esta cuestion, el hombre no (3).

Una decision á todas luces idéntica ha pronunciado la misma razon sobre la cuestion del *bien* y del *mal*, ó del *fin del hombre*, que es el fundamento de la moralidad de todas sus acciones. Es decir, que no hay cuestion alguna sobre la que se hallen mas discordantes que sobre esta las opiniones de los filósofos ; y por eso mismo no hay ninguna en que la incertidumbre sea mas completa y la ignorancia mas profunda (4).

En fin, á vista de los medios generales de llegar á la verdad

(1) Hæc fere dicere habui *De natura deorum*; non ut eam tollerem, sed ut intelligatis quam esset obscura et quam difficilis explicatus haberet. » (*Tuscul.*, lib. III.)

(2) « Hæc cum essent dicta, ita discessimus ut Velleio Cottæ disputatio verior, mihi Balbi ad veritatis similitudinem videtur esse propinquior. » (*Ibid.*)

(3) « Harum sententiarum quæ verat sit Deus aliquis viderit. » (*Loc. cit.*)

(4) « Quid habemus in rebus bonis et malis explorati? Nempe fines constituendi sunt at quos et honorum et malorum summa refertur. Qua de re est igitur inter summos viros major dissensio? » (*Academ.*, I.)

por la sola razon, la última escuela filosófica de la antigüedad, la de Ciceron, que, sin ser la mas rica de verdades, ha sido la mas lógica y la mas franca, ha concluido por confesar que el hombre puede formarse concepciones verdaderas y concepciones falsas; pero que no tiene en sí mismo ningun medio de distinguir las concepciones falsas de las concepciones verdaderas; y pues que el mismo *criterio* que conduce á la verdad conduce tambien al error, es necesario atenerse á la actualidad, ó á la suspension de todo asentimiento. « Tanto mas, añadia la misma escuela, cuanto que no solamente el hombre no tiene ningun medio de llegar á la verdad, pero que ni aun lo tiene de formarse la nocion cierta de la verdad y del error (1). »

Y en efecto, dividida en tantas sectas como filósofos, desesperanzada de poder llegar jamás á conocer de una manera precisa la verdad, la filosofia antigua abandonó el pensamiento de ella, y concluyó por arrojar en el sistema académico, que Ciceron resumia en estas dos palabras: « Como nos es imposible obtener certidumbres, nos detenemos en las probabilidades; *Nos probabilia sequimur, perspici quidquam posse negamus.* (Academ., lib. I.) Y en otra parte ha repetido con la misma fuerza aquella misma palabra desesperante (que es y será siempre el último grito de la razon, que quiere por la sola via del razonamiento llegar á la verdad), habiendo dicho: « En presencia de tanta oscuridad que rodea la naturaleza, de tantas opiniones contrarias sobre el mismo objeto, de parte de los hombres mas grandes, disputando sobre todo, y no pudiendo entenderse sobre nada ni tener seguridad de nada, yo me veo obligado á atenerme á este principio: que el hombre no puede comprender nada ni estar cierto de nada; *In tanta obscuritate nature, dissensionibus tantis summorum virorum, qui de rebus contrariis tantopere disputant, assentior ei sententia: NIHIL PERCIPI POSSE.* (Academ., II.)

Así que, hermanos míos, la razon filosófica antigua, después de haber dudado de todo, después de haberlo negado todo,

(1) « Quod judicium est veri, cum commune sit falsi? Ex hoc illa necessario nata est epoche, id est assensionis retentio. Quæ regula est veri et falsi, si notionem veri et falsi nullam certam habemus, propterea quod ea non possunt internosci? » (Academ., II.)

Dios y el alma, el espíritu y la materia, la virtud y la ciencia, concluyó por renegar de sí misma. Así, la filosofía mas razonable fué la que abjuraba la razon. Así, la verdadera sabiduría fué la locura; y San Pablo, habiendo dicho que los filósofos, buscando la verdad, no han abrazado mas que la tontería, *Stulti facti sunt*, San Pablo está plenamente justificado.

Tales son, hermanos míos, los sucesos, las conquistas y los progresos de la razon filosófica en los tiempos antiguos; no nos queda mas que ver sus consecuencias. Este es el objeto de mi última parte.

TERCERA PARTE.

17. Segun una profunda expresion del Evangelio, el mundo intelectual no es mas que un campo, *Ager est mundus* (Matth.), en el cual los principios que se esparcen, las doctrinas que se siembran, segun que son buenos ó malos, verdaderos ó falsos, producen el orden ó el desorden, la virtud ó el vicio, la civilizacion ó la barbarie.

Acabamos de ver de qué naturaleza eran las doctrinas que la filosofía de los tiempos antiguos habia distribuido en el mundo. Veamos cuáles han sido los frutos que ha producido con relacion al hombre y con relacion á la sociedad.

¿Quereis ver los frutos de la razon filosófica en el hombre? Yo no os citaré mas que á un solo hombre, siempre á Ciceron, que pasa con fundamento por uno de los hombres mas honrados de la antigüedad. Veamos lo que la razon filosófica habia hecho de esta bella naturaleza.

Ciceron, en sus libros de la *Naturaleza de los dioses* y *De las leyes*, nos ha dejado páginas admirables sobre Dios; pero, interrogado en la intimidad del alma, en el secreto de la amistad, sobre lo que él creia de Dios: « En verdad, respondia por boca del grave Cota, discípulo de la escuela académica, como Ciceron, y cuyas opiniones ha concluido por adoptar; en verdad, la cosa es tan incierta y tan oscura, que yo no puedo sino repetir lo que Simónides decia: Quanto

mas y mas reflexiono en esta cuestion, tanto mas oscura é incierta me parece; *Auctore utar Simonide, qui quanto, inquit, diutius considero, tanto mihi res videtur obscurior.* » (*De Nat. Deor.*, I.)

Así Ciceron, á pesar de sus afirmaciones sobre la existencia de Dios, no tenia sino una opinion muy vaga y muy efimera de Dios; y á la verdad, en el fondo no creia buenamente en Dios.

Ciceron nos ha dejado en sus *Tusculanas* un bello tratado sobre la inmortalidad del alma; pero instigado á declararse sobre esta creencia, le hemos oido responder por boca de su oyente: « Yo no me sé explicar este fenómeno. Cuando leo á Platon, admito y creo que las almas son inmortales; pero cuando cierro el libro y me pongo á reflexionar sobre este dogma, esta opinion se desvanece de mi espíritu. » Y en fin, para que no quedase duda que esta era verdaderamente su opinion, le hemos visto aprobar la incredulidad de su oyente y confirmarla por esta horrible frase: « En verdad es muy difícil probar que las almas viven á la disolucion del cuerpo; *Arduum est exponere animos post mortem remanere.* » Así, en la realidad Ciceron no creia en la inmortalidad del alma.

¿ Quereis saber cuál era la moral de aquel hombre que nos ha dejado un bellissimo *Tratado de los deberes*? En un fragmento del libro *De la república*, que Lactancio nos ha conservado, encontramos que la máxima fundamental de la moral de Ciceron era esta: « Es menester pensar como filósofo y vivir como hombre político; *Philosophiæ quidem præcepta noscenda, vivendum autem civiliter.* » (*Laetant.*, IV, 14.)

Es decir, que era necesario afectar la religion en público, y burlarse de ella en particular; que era necesario aparentar que se creia alguna cosa, reservándose el derecho de no creer en ella.

Porque, así como lo ha declarado el mismo Ciceron, en materias religiosas *opinaba* mucho y no creia en nada; *Ego ipse magnus sum opinator.* (*Acad.*) Y opinar no era creer; y no habiendo nada decidido, nada de cierto en su espíritu, no vivia sino al dia, no admitiendo y no repitiendo sino lo que cada dia le parecia mas probable, segun que lo habia re-

flexionado mejor, ó bien segun habia dormido mejor ó digerido mejor; *Nos in diem vivimus. Quodcumque nostros animos probabilitate percussit, id dicimus.* (*Tuscul.*, V, 41.)

Esto nos explica fácilmente aquel hábito de profesar el pro y el contra en las cuestiones mas graves; este flujo y reflujo de pensamientos contradictorios, verdaderos ó falsos, atravesando su espíritu, y no dejando en él sino la opinion en vez del dogma, la duda en lugar de la fe (1).

En cuanto á sus bellos discursos, á sus elegantes trozos sobre Dios, sobre el alma y sobre los deberes, Ciceron nos ha revelado por sí mismo con una admirable ingenuidad el secreto de sus intenciones; es decir, que ha escrito y hablado así, menos en el interés de la verdad que en el interés de la vanidad y de la elocuencia; *Nos ea philosophia utimur, quæ peperit dicendi copiam.* (*Paradox.*) Ha distinguido en sí mismo dos personas: el hombre de discusion y el hombre de estado, el teólogo y el filósofo; y nos ha dicho que el hombre de estado, el teólogo y el intérprete de las creencias comunes eran los que en él predicaban los dogmas populares para acomodarse á las creencias como al lenguaje del pueblo; pero que en cuanto al hombre de discusion y al filósofo, era cosa distinta (2). Bajo este concepto, se reservaba la libertad de mirar todas las cosas como mas ó menos probables ó improbables, aun aquellas que los otros tenian por ciertas ó por inciertas (3).

Así, la razon filosófica no habia hecho de este bello carácter mas que un ateo, un materialista y un hipócrita. Luego, si la razon filosófica ha hecho esto de Ciceron, podeis creer sin escrúpulo, hermanos míos, que ella ha hecho lo mismo con todos los otros filósofos, que, exceptuado Platon, no valian tanto como Ciceron.

(1) « *Movemur sæpe aliquo concluso, labemus, mutamusque sententiam; clarioribus etiam in rebus, in his est enim aliqua obscuritas.* » (*Tuscul.*)

(2) « *Alia est subtilitas cum veritas ipsa limitatur in disputatione, alia cum ad opinionem communem omnis accommodatur oratio. Quamobrem, ut vulgus, ita nos hoc loco liquimur; popularibus enim verbis est agendum et usitatis cum loquamur de opinione populari.* » (*De Offic.*, I.)

(3) « *Nos autem, ut cæteri qui alia certa, alia incerta esse dicunt, sic aliis dissentientes alia probabilia, alia contra improbabilia esse decimus.* » (*Academ.*, lib. I.)

18. ¿Quereis ver ahora cuáles han sido los frutos de la razon filosófica para la sociedad? La razon filosófica en aquellos tiempos, así como en nuestros días, se habia colocado como la maestra del género humano, sin que el género humano se hubiera hecho por esto mas instruido ni mas dichoso. El celo por la verdad siempre en la boca y jamás en el corazon, los filósofos aparentando en todas ocasiones que sembraban la verdad, habian pasado toda su vida en combatirla.

Desde luego, aun los mas graves de los filósofos, sin exceptuar Platon, como hemos visto, han atribuido á Dios un cuerpo, han considerado la naturaleza divina como mezclada en el mundo entero y en todas sus partes; han mirado al sol, los planetas, las estrellas, el cielo, la tierra como dioses; y por esta razon, así como Ciceron mismo se lo habia echado en cara antes de San Pablo, no solamente han sido impotentes para destruir el politeismo, sino que han contribuido poderosamente á confirmar á los pueblos en los absurdos y en los horrores de la idolatría; *Vestri autem (stoici) non modo hæc non tollunt, verum etiam confirmant.* (*De Nat. Deor.*, I.) Por otra parte han menoscabado lo que habia de bueno y de verdadero en las creencias comunes; lo que, como Bossuet ha advertido, hacia subsistir una sombra, una apariencia de orden y de justicia en las sociedades paganas.

Bajo este aspecto, lo que la idolatría habia comenzado, la filosofía lo ha concluido. La idolatría no habia hecho mas que oscurecer las verdades tradicionales, no habia hecho sino disminuir las verdades primitivas, segun la expresion de la Santa Eseritura; *Quoniam diminutæ sunt veritates à filiis hominum.* (Ps. 11, 2.) La filosofía era menester que las destruyera. Bajo pretexto de derramar la luz, ella no ha derramado mas que la indiferencia y la incredulidad; y es un hecho, mis queridos hermanos, es un hecho de grande trascendencia, como de incontestable verdad, que no es de los templos de los ídolos, sino de las escuelas de los filósofos, de donde han salido el idealismo, el materialismo, el escepticismo, el panteísmo, el ateísmo, que han destruido, con todas las virtudes, todas las verdades, las creencias y las costumbres. Las mujeres de Aténas ó de Roma, llevando sobre su

pecho la imágen de Epicuro, y haciendo ver por esto que profesaban la moral de este filósofo, son una prueba de que por la influencia de las doctrinas filosóficas se habia encarnado la corrupcion en el sexo, y se habia apoderado de todas las clases de la sociedad.

Ciceron mismo finalmente, como acabamos de ver, es quien ha pronunciado contra la razon filosófica el terrible decreto que la declara culpable de haber hecho, con sus absurdos sistemas, sus espantosos delirios y sus disputas escandalosas, mayor mal á las creencias y á las costumbres públicas que los mismos poetas con la sangrienta dulzura de sus licenciosas fábulas; *Exposui non philosophorum judicia, sed delirantium somnia; nec enim multo absurdiora sunt ea que poetarum vocibus ipsa sua suavitate nocuerunt.*

Gibbon, autor no sospechoso, atribuye tambien al espíritu de incredulidad y de ateismo que el filosofismo habia infiltrado en el pueblo, la decadencia de las costumbres de Roma, que produjo la decadencia del imperio.

Habíanse corrompido extraordinariamente los pueblos, y desde entonces fué posible la dominacion de los estúpidos tiranos; porque la fuerza es quien naturalmente domina á la materia. Un pueblo convertido en materia, un pueblo decaido de la dignidad de costumbres, jamás se evadirá del cuchillo. Esto es lo que ha hecho que estos pueblos, en otro tiempo tan famosos por su civilizacion, por la perfeccion de sus artes, pero que no eran sino gangrena y podredumbre, después de haber arrastrado su agonía por algun tiempo entre el despotismo y la anarquía, fueran por último barridos por los bárbaros del norte, menos cultos, pero mas fuertes por las creencias y por las costumbres, á quienes Dios habia encargado la terrible mision de borrar de la superficie de la tierra el escándalo de estos pueblos corrompidos con la mas incurable de las corrupciones, con la corrupcion de la civilizacion, con la corrupcion de las doctrinas, con la corrupcion de la filosofía.

Creo pues haber demostrado que la razon filosófica en los tiempos antiguos ha sido abyecta en su origen, vana en su fundamento, absurda en su método, desgraciada en sus resultados, funesta en sus consecuencias.

19. Pero ¿á qué viene, se dirá quizá, toda esta larga discusión sobre los extravíos de la razón filosófica de los tiempos antiguos? ¿Qué tiene de comun con la razón filosófica de los tiempos modernos, y con qué peso puede gravitar en la gran cuestión que hoy se agita entre el racionalismo y el catolicismo? Con un peso mas grande de lo que se piensa, hermanos míos: porque escuchad:

Desde luego Ciceron, tan profundamente instruido y tan entusiasta de la filosofía griega, y escritor á vista de los mas sabios romanos, tan instruidos y tan entusiastas como él de esta misma filosofía, no ha querido, no ha podido mentir en todo lo que ha relacionado como dicho y sostenido por los filósofos griegos. Sus opiniones filosóficas han sido pues verdaderamente las que Ciceron les atribuye; y nada es mas cierto que la horrible historia que nos ha trazado de estas opiniones.

En segundo lugar, los antiguos filósofos han sido ciertamente culpables, como Ciceron y San Pablo se lo han echado en cara, en haberse apoyado únicamente sobre sí mismos, y de haber desdeñado en sus investigaciones sobre la verdad toda luz que no fuera la luz de su propia razón. Pero no es menos cierto que en esta falsa via en que se han empeñado voluntariamente, no han ido todos de mala fe; que, así como Ciceron lo afirma con juramento respectó de él, han sido generalmente sinceros en sus afirmaciones, y el conocimiento de la verdad ha sido el objeto que se esforzaron por alcanzar (1).

En tercer lugar, no se puede negar que los antiguos filósofos fueron espíritus libres de toda preocupacion, de toda prevencion, habiendo dado además buena razón de todos los absurdos del paganismo, y aun de todas las creencias populares. No se puede negar que fueron inteligencias distinguidas, habiendo hecho largos y serios estudios y conquistado los mas extensos conocimientos; que muchos de entre ellos, tales como Platon, Aristóteles, Zenon, y el mismo Ciceron, fueron verdaderos genios. Se puede pues sin escrúpulo mi-

(1) « Nisi ineptum putarem, jurarem per Jovem, me et ardere studio veritatis reperiendi, et ea sentire que dicam. » (*Academ.*)

rarles en su conjunto como la razon humana en toda su libertad, en todo su poder, en las mejores condiciones posibles para encontrar la verdad.

Y sin embargo, se ha visto que, colocada en tan felices condiciones aquella razon humana con relacion á Dios, no ha sido mas que antropomorfitá, no habiéndá podido comprenderle sin un cuerpo; que ella le ha negado los atributos mas esenciales; que ha hecho su divinidad comun con todas las criaturas y con el mundo entero: que no ha sabido elevarse sobre los absurdos del politeismo; que con relacion al hombre, no ha comprendido su naturaleza, su alma, sus deberes ni su destino final. En una palabra, se ha visto que aquella razon humana no ha podido jamás establecer una sola verdad de una manera clara, precisa, cierta, sin mezela de error; que, por el contrario, ha profesado todos los errores, protegido todos los vicios, y destruido por este medio todas las creencias, corrompido las costumbres y arruinado la sociedad. Se ha visto, en fin, que aquella razon humana, entregada á sí misma, después de ocho siglos de investigaciones, de disputas, de divisiones, ha renegado de sí misma, destruídose á sí misma, engolfada en el abismo de la duda universal, del escepticismo absoluto.

Luego la cuestion empeñada hoy entre el racionalismo y el catolicismo tiene muchos puntos de semejanza con la cuestion antigua entre el racionalismo y las tradiciones universales. El racionalismo moderno pretende poder prescindir de la revelacion cristiana, como el racionalismo antiguo, por testimonio del mismo Ciceron, pretendia poderse prescindir de la revelacion primitiva.

Ved pues, por el exámen que acabamos de hacer de las hazañas de la razon filosófica de un solo tiempo, un precedente embarazoso establecido para la razon filosófica de todos los tiempos. Ved al racionalismo moderno, por lo que ha sido, juzgado por lo que él es y lo que será; y por lo que ha hecho, convencido de lo que puede hacer. Vedle privado del apoyo que hubiese encontrado en los pasados tiempos, si hubiese en ellos podido conquistar por él solo la verdad; y por la mas larga experiencia, por el hecho mas cierto, mas uniforme, mas evidente del pasado, vedle refutado, destruido

anticipadamente, convencido de impotencia, de necesidad, de impostura en sus pretensiones orgullosas para el presente y para el porvenir. Así vosotros conoceréis toda la importancia de la discusión á que acabais de asistir.

20. En el entretanto volvamos todavía por un instante, con el fin de desilusionarnos por una parte y de edificarnos por la otra, sobre las opiniones de los antiguos filósofos, de las que acabo de poner un bosquejo delante de vuestra vista.

¡Qué espectáculo tan humillante ofrecen para la razón humana estos hombres, estos filósofos que el mundo ha considerado y considera todavía como grandes hombres, y que lo eran en efecto bajo muchos puntos de vista, y que, sin embargo, se han hecho tan pequeños, tan funestos, desde que han querido con sus propias luces crear la verdad, crear los deberes, crear las creencias!

Así, la razón filosófica en estos tiempos no ha hecho mas que trasformar los hombres mas grandes en verdaderos niños, los filósofos en idiotas, los sabios en ignorantes, porque ellos han concluido por no creer en nada, y por consiguiente por no saber nada; porque en materia de religion saber es creer, y el que no cree, nada sabe. La razón filosófica no ha hecho mas que trasformar á los investigadores de la verdad en miserables juguetes de todos los errores. Y por el contrario, entre los pueblos cristianos, sabiendo su catecismo, los niños son verdaderos hombres; los idiotas, verdaderos filósofos; los ignorantes, verdaderos sabios; las personas que por su tierna edad y el corto número de sus conocimientos están expuestas á ser el juguete del error, poseen en el mas alto grado las verdades mas importantes, las mas elevadas doctrinas, los misterios mas sublimes, las leyes mas perfectas. En los antiguos tiempos, la razón filosófica apenas ha hecho tartamudear á los hombres ya formados, y entre nosotros la enseñanza católica hace elocuentes, segun la expresion de los libros santos, aun á los niños que apenas empiezan á tartamudear, y los hace hablar como hombres y como filósofos: *Linguis infantium fecit esse disertas.*

¡Qué dirian pues, hermanos míos, Sócrates, Platon, Zenon, Aristóteles, Ciceron, si en este momento resucitasen de sus cenizas, viendo aquella, que despues de tantos esfuerzos inú-

tiles, desesperaron de encontrar; que ellos decian encerrada en las alturas del cielo ó sepultada en las profundidades de la tierra; viendo, digo, aquella verdad hecha tan comun, tan popular entre las clases mas humildes, entre las niñas y los niños cristianos? ¡Ah, cuán llenos de alegría se encontrarán, y cómo admirarian la bondad de Dios para con nosotros, aquella bondad de Dios, que ha puesto á disposicion de todo el mundo los tesoros de su infinita sabiduría! Y si vieran en nuestros días que se tiene el triste pensamiento de buscar la religion, la verdad, fuera de la enseñanza cristiana, gritarian á nuestros pobres filósofos: ¡Desgraciados de vosotros! ¡Cómo! ¡teneis al Hijo de Dios, que os instruye, y vais á buscar todavía, y preguntais á la palabra hueca, á la palabra vacía del hombre lo que vuestras doctrinas y vuestra enseñanza religiosa os hace saber! ¡Cómo os obstinais en buscar en nuestros libros la verdad, que se encuentra entera en el Evangelio? Cómo venis todavía á llamar á nuestras puertas para encontrar en nosotros la ciencia, cuando la teneis toda entera en la Iglesia? Encorvad vuestras frentes, doblad vuestras rodillas delante del Hijo de Dios, que es vuestro único maestro; no escuchéis mas que á él: *Ipsum audite*. Si, creed, dirian, creed en nuestra experiencia: fuera de aquella luz no existe la verdad. Como en el mundo material no hay dos soles, no los hay tampoco en el mundo espiritual; no hay mas que una sola luz de justicia y de gracia; esta es la luz del Verbo de Dios, á quien Dios ha constituido hoy vuestro maestro: *Ipsum audite*.

En cuanto á mí, hermanos míos, dichoso de haber profundizado durante treinta años esta enseñanza divina, dispuesto á sacrificárselo todo, hasta el honor, no quiero, á ejemplo de San Pablo, conocer otra enseñanza; no quiero saber otra ciencia que la de Jesucristo, que yo encuentro en la Iglesia: *Arbitratus sum me nihil scire nisi Jesum Christum*; y yo prefiero salvarme con las gentes sencillas, que la razón filosófica desdeña y desprecia, llamándoles espíritus débiles, antes que perderme con aquellos á quienes la razón filosófica diviniza y á quienes concede el apoteosis del genio.

En cuanto á vosotros, juventud francesa, juventud cristiana, hombres ya formados, que, entregándoos á las trabajosas investigaciones de la ciencia humana, poneis vuestro honor,

vuestra gloria, en conservar la ciencia divina de la religion y la fe de Jesucristo, permaneced siempre en esta via de certidumbre, de verdad y de salvacion; no os dejéis desviar de ella por las miserables lisonjas de la razon filosófica, que os llama pobres de espíritu, mientras que por lo mismo que poseis la fuerza de creer lo que no comprendéis, os mostráis, diría San Leon, dueños de vosotros mismos, teniendo una gran fuerza de inteligencia, y poseyendo almas sólidas, nobles y generosas: *Magnarum vigor est mentium ea credere que oculorum non videntur intuitu*. No os humilleis delante de la debilidad y la timidez del respeto humano; sed siempre lo que sois, discípulos fieles de Jesucristo; no escuchéis mas que á él: *Ipsium audite*.

Pero no os contentéis con sujetarle vuestro espíritu; sujetadle tambien vuestro corazon: su enseñanza no debe solamente ser el alimento de vuestra inteligencia; debe ser igualmente la guia de vuestra voluntad y la regla de vuestra conducta. No debéis solamente creer en la religion, sino que debéis tambien practicarla y realizarla en vuestras costumbres. Con esta condicion seréis los verdaderos discípulos, los sectarios fieles del Hijo de Dios; con esta condicion es como seguiréis verdaderamente la enseñanza divina, la única necesaria, la única verdadera, la única cierta, la única perfecta, la única que iluminándonos nos reforma, humillándonos nos eleva, fortificándonos nos santifica, guiándonos nos corona, y haciéndonos apacibles, tranquilos, hombres honrados durante la vida, hará nuestra felicidad despues de nuestra muerte. Escuchad pues á Jesucristo: *Ipsium audite*. Sed sus discípulos en el tiempo, él os hará parte de su gloria y de su felicidad en la eternidad. Así sea.

Nota A (Pag. 30.)

Pues que existen preocupaciones todavia contra la doctrina establecida en este punto de la conferencia, no es inútil presentar aquí por completo al lector el texto del cardenal Goussset referente á la misma doctrina, y de la que solo ha podido ser citada en el texto una pequeña parte; y acompañarla de algunos otros testimonios.

« Todas las naciones han conservado una idea mas ó menos distinta de la *unidad de Dios*. Es preciso, dice Bergier, ó que esta idea haya sido grabada en todos los espíritus por el Criador mismo, ó que sea un resto de tradicion que remonte hasta el origen del género humano, pues que se le encuentra en todos los tiempos, así como en todos los países del mundo.

« Se encuentra la creencia de la *unidad de Dios*, la *noción de un Ser supremo, señor de todas las cosas*, aun entre los pueblos que han caído en la idolatría. LOS GENTILES HAN CONOCIDO EL VERDADERO DIOS. Y porque habiéndolo conocido, no lo han glorificado como Dios, son inexcusables por ello. Se han hecho culpables grandemente adorando la criatura en lugar del Criador. Hé ahí en qué consiste principalmente el crimen de los idólatras.

« Los gentiles, al menos generalmente, no admitían muchos dioses propiamente dichos muchos dioses creados, soberanos, independientes. El politeísmo, como hemos hecho observar, segun Bullet, no es un politeísmo de igualdad, sino de subordinacion. « Los paganos, dice Bausobre, no han confundido JAMAS sus dioses celestes ó terrestres con el Dios supremo, y no les han atribuido nunca la *independancia y la soberanía*. » Si por politeísmo se entiende muchos dioses soberanos é independientes, es falso que los pueblos hayan creído nunca en muchos dioses. Han sabido muy bien que estos dioses no eran sino inteligencias que tomaban su origen del Dios supremo y que dependían de él, como sus ministros, ó como hombres ilustres por sus virtudes ó por los servicios que habian hecho al género humano ó á su patria.

« Podríamos citar en apoyo autores profanos, filósofos y poetas. todos los que han hablado de la religion de los antiguos pueblos. Todos han hecho mencion de un *Ser eterno y soberano*, á quien llaman el Padre, el Señor, el Rey de los hombres y de los dioses (Hesiodo, Homero, Virgilio, Ovidio); lo que responde á lo que dicen los santos libros, en que el verdadero Dios es llamado el SEÑOR DE LOS SEÑORES, EL DIOS DE LOS DIOS: *Deus deorum et Dominus dominantium*...

« Máximo de Tiro, filósofo platónico, no es menos explícito (que Hesiodo y Homero, citados largamente). « Cuanto, dice, se pregunta á los hombres sobre la naturaleza de la Divinidad, todas sus respuestas son diferentes. Sin embargo, en medio de esta prodigiosa variedad de opiniones, encontraréis un mismo sentimiento por toda la tierra, á saber, que no hay mas que un solo Dios, que es el Padre de todos. »

« Consta, por otra parte, como lo han probado muchos sabios, que los pueblos del Asia, de la Europa, del Africa y de la América, aun los que han adorado ó que adoran todavía muchos dioses, han reconocido siempre uno superior á todos los otros. » (Bullet, *De l'existence de Dieu*, part. II.)

Obligados á contraernos, nos contentaremos con hacer notar que los Padres de la Iglesia no han temido invocar en favor del dogma católico la creencia de los pueblos y de los autores paganos.

San Ireneo, discípulo de san Policarpo, probó la unidad del Dios criador del cielo y de la tierra, por el testimonio de todos los hombres: *Omnibus hominibus, ad hoc demum consentientibus*; añadiendo que los mas antiguos han consagrado esta creencia, de acuerdo con la tradicion primitiva, del primer hombre.

En el diálogo de Minucio Félix, el pagano Cecilio echa en cara á los cristianos el adorar un Dios que no era conocido sino de los judíos. El cristiano Octavio responde: « No busqueis un nombre á Dios. Dios, ved ahí su nombre. Pero ¡qué! ¿No tengo en cuanto á él el consentimiento de todos? Yo oigo al vulgo (de los paganos), cuando levanta las manos al cielo, no decir otra cosa: *Dios es grande, Dios es verdadero; si Dios le quiere*. ¿Es este el discurso natural del vulgo, ó bien la prueba del cristiano? Y los que hacen

soberano á Júpiter se engañan en ello por el nombre, pero convienen en no reconocer mas que una POTENCIA. »

Tertuliano dice tambien que los adoradores de los falsos dioses no hacen mencion, en sus juramentos y en sus acciones de gracias de ninguna divinidad particular, sino del SOLO DIOS VERDADERO.

En otro punto el mismo Tertuliano dice tambien : « Muchos cristianos han probado la verdad de su doctrina por el testimonio de los poetas y de los filósofos. Pero yo invoco un testimonio nuevo, mas conocido que ninguno en literatura, mas esparcido que ninguna doctrina. Tente ahí, ¡oh mi alma!... No tú, formada en las escuelas, ejercitada en las bibliotecas, refinada en las academias y trabajada de una indigestion de sabiduría ; sino tú misma, alma simple, ruda y grosera, tú, tal como te poseen los que no tienen mas que á tí ; á tí es á quien invoco, alma enteramente aldeana, de taller, alma selvática. Nosotros (cristianos) reconocemos cuando predicamos un Dios único por este *único* nombre. Dad testimonio de si esto sucede así. Nosotros te oimos en tu casa y fuera de tu casa pronunciar en alto y con toda libertad : *Lo que Dios pide, lo que Dios quiera*. Por esta palabra tú haces entender que hay un Dios á quien confiesas *todopoderoso*, á cuya voluntad estás sometido. Al mismo tiempo niegas que los otros sean dioses, designándoles por sus propios nombres : Saturno, Júpiter, Marte, Minerva. Tú afirmas *solo Dios*, al que llamas Dios simplemente. Así pues, en tu casa y en público, sin que nadie se burle de tí ni te lo impida, exclamas desde el fondo de tu conciencia : *Dios lo ve todo ; yo lo encomiendo á Dios*. ¿De dónde te viene esto á tí, que no eres cristiano ? A tí muchas veces coronado con cintas de Cères, adornado con el manto de Saturno, revestido con las insignias de Isis. Hasta en el templo invocas á *Dios* por juez. Echado en una capilla de Esculapio, delante de una Juno de bronce, calzando á una Minerva, no llamas á ninguno de los dioses presentes. En tu inferior llamas á otro juez ; en los templos sufres otro Dios. Este testimonio de la verdad aun entre los mismos demonios, te hace testimonio de los cristianos. »

Segun Lactancio, los idólatras, admitiendo muchos dioses que presidian á las diferentes partes del universo, admiten al mismo tiempo un solo Gobernador supremo.

« Se sabe, dice Arnobio, que el Dios todopoderoso no ha sido ni engendrado ni puesto en el mundo ; sino que es eterno ; y se sabe por la unanimidad y el consentimiento comun de todos los mortales. »

San Agustín se explica como Arnobio : « A excepcion de un pequeño número, en que la naturaleza está demasiado depravada, *todo el género humano confiesa á Dios autor del mundo*. »

Máximo de Madaure, filósofo pagano, escribia á este mismo San Agustín :

« Que hay un Dios soberano y eterno, padre y autor de todas las cosas, ¿ qué hombre es tan grosero y tan estúpido, que lo niegue ? Es aquel cuyo poder, esparcido en todas las partes del mundo, adoramos bajo diversos nombres. Nosotros, mortales como somos sobre la tierra, adoramos al *Padre comun de los dioses y de los hombres*, por diferentes cultos á la verdad, pero que se convienen todos en la variedad misma, y no tienden sino á un mismo fin. » Y San Agustín respondia á este filósofo : « *Este solo Dios* de que me hablais es ciertamente el que es reconocido en todo el universo, y sobre el que, como han dicho los antiguos, *los ignorantes están de acuerdo con los sabios*. »

Máximo se engañaba sin duda, y su culto de los dioses era un error, pero atestiguaba por lo menos, como San Agustín, *la creencia general de un Dios único*, cuyo conocimiento es *comun á todos los pueblos*. Se conviene en que la noción del VERDADERO DIOS no ha sido jamás tan *distinta*, tan *pura*, tan *perfecta* entre los paganos como entre los patriarcas, los judíos y los cristianos. Pero no es menos cierto, que aunque alterada por las supersticio-

nes de la idolatría, se encuentra por todas partes; y los gentiles, aunque hayan adorado á los ídolos, *han conocido y confesado*, sin embargo, *al Dios soberano, padre y autor de todas las cosas*, como le ha dicho el confesor Saturnino en el concilio de Cartago del año 258: *Gentiles, quamvis idola colant. tamen summum Deum patrem et creatorem omnium cognoscunt et confitentur.* (*Theolog dogm.*, tom. 1, pág 318 et suiv.)

Se encuentran tambien en la misma obra del sabio Mür: Gousset estas dos notas con relacion á la misma doctrina:

« La existencia de los buenos y de los malos ángeles es uno de los dogmas de la *revelacion primitiva*, una creencia que, transmitida por los patriarcas, se ha extendido *por todas las partes de la tierra*. Bossuet dice: « Cuando yo veo en los profetas, en el *Apocalipsis*, y en el Evangelio mismo, el ángel de los persas, el de los griegos, el de los judies, el de los niños, y entre todos estos ángeles, el que coloca en el altar el incienso de la oracion, yo reconozco en estas palabras una especie de *mediacion* de los santos ángeles; yo veo aun el *sentimiento* que ha podido dar ocasion á los paganos de distribuir sus divinidades en los elementos y en los reinos para presidir á ellos. Porque **TODO ERROR ESTA FUNDADO SOBRE ALGUNA VERDAD DE QUE SE ABUSA.** »

« Tenemos una prueba de la revelacion primitiva en las creencias de *todos los pueblos*; *todos la han reconocido* en principio, admitiendo como provenientes de Dios las principales verdades de la religion, aun las del orden sobrenatural.

« Seria fácil de probar por los *cursos de teología* mas seguidos en los seminarios y comunidades religiosas, por los nombres ilustres de la Iglesia de Francia, que la doctrina que ha dado lugar á la presente *nota* es bastante generalmente admitida por el clero francés, que algunas veces ha pasado mas allá respecto del conocimiento de Dios. En la *Theologie* de Bailly que se enseña en muchos seminarios de Francia, se leen estas palabras: *Populi omnes admiserunt pluralitatem deorum inferiorum, et supremo Numini subordinatorum; CONCEDO; pluralitatem deorum equalium et independentium; NEGÓ. Apud gentiles et paganos, non quidem ab omnibus omnino hominibus, sed COMMUNITER, CREDITUM EST UNUM ESSE DEUM SUPREMUM, OPTIMUM, MAXIMUM, PATREM DEORUM ATQUE HOMINUM, ut multis gravissimisque monumentis facile adstrui potest... Igitur ethnici deos quidem coluerunt innumerabiles... sed illos DEO UNI et supremo subordinatos plerique vel FORTE OMNES, rudioribus exceptis, arbitrabantur.* (Tom. 1, tract. De Deo, cap. 4.)

« Bouvier, Lieberman, Ubaghs, todos adoptados por los seminarios, están conformes sobre este punto con Bailly. Entre los doctores se podria citar hombres que son el honor de la Iglesia galicana: la Luzerna, Hooke, Petau, Tomasin, el sabio obispo de Avranches. Bossuet ha dicho tambien: « No querer entender, que los paganos adoraban todos el VERDADERO Dios, como los otros, es ignorar los primeros principios de la teología. » (*Lettre à Brisac.*)

« Pero basta recordar que los obispos de Francia, en la famosa censura que formularon, el año 1852, contra las doctrinas de un autor célebre, condenando con razon el abuso que este autor habia hecho de las creencias tradicionales de los pueblos, no han podido eximirse de rendir homenajes á la doctrina comunmente seguida, tocante á la revelacion primitiva. Ved aqui sus palabras: *Libenter agnoscimus, lum doctioribus religionis apologistis, vestigia PRIMITIVÆ REVELATIONIS circa veritates que BASIS ET FUNDAMENTA SUNT RELIGIONIS ET MORUM in variorum traditionibus populorum deprehendi.* » (*Censura, etc.*, observat. 2, pág. 40.)

Nota B (Pag. 50).

« Es dar á la razon lo que no le pertenece atribuirle el conocimiento de Dios por via de demostracion. Dios es conocido de todos antes de toda demostracion, y ninguno trata de demostrar su existencia antes de haber tenido idea de él, antes de haber oido pronunciar su nombre, y confirmarle por millares de veces. *El conocimiento ha precedido pues á la demostracion*, como la religion ha precedido á la filosofia. No son los filósofos quienes han introducido en el mundo el nombre y la nocion de Dios; la han encontrado ya existente.

« Pero es de fe que la razon, TAL COMO ELLA ES, y no disminuida con todo lo que ha recibido de la sociedad, en medio de la que ha sido formada, puede perfectamente demostrar la verdad de esta afirmacion de la existencia de Dios, que la humanidad ha conservado, nombrándole siempre, desde el origen del mundo. Esta afirmacion es un hecho visible, tan constante como el sol, los astros y todo el espectáculo del mundo visible. Ella hace parte de los testimonios que Dios nos ha dado para estar siempre en disposicion de reconocer su existencia, su providencia y sus perfecciones. Cuando San Pablo ha dicho que las cosas invisibles de Dios, su poder y su eternidad, se revelan á nuestros ojos y á nuestra razon en las cosas visibles de este mundo, seguramente que se ha referido á nuestra razon tal como ella es, con todas las ideas que posee y que están en el lenguaje de todos; y ninguno se atreveria sin duda á pretender que al hablar así, *hace abstraccion de la revelacion, de la comunicacion primitiva y de la conservacion tradicional de las palabras que nombran á Dios y sus perfecciones, y de las ideas que están encerradas en estas palabras.*

« El universo ha creído siempre en la Divinidad, en la virtud, en el mal, en la responsabilidad moral del hombre; y ha DICHO siempre que creía en esto, y ha probado siempre que lo creía, por el conjunto de hechos sociales y religiosos que se encuentran por todas partes y en todos los tiempos. Siempre así ha podido reconocer la verdad y la perfecta racionabilidad (permítaseme esta palabra) de las afirmaciones tradicionales que están encerradas en estas espresiones. La afirmacion de un Dios criador, infinitamente poderoso, sabio y bueno, la ha explicado siempre el mundo físico, el mundo moral y el mundo puramente intelectual; como la observacion y la contemplacion del orden físico y de todos los fenómenos que se manifiestan en la razon, en el alma humana, ha bastado siempre para hacerle reconocer la evidente, la necesaria verdad de la afirmacion que los conduce á una causa creadora, infinitamente poderosa, buena é inteligente. La causa y el efecto siempre en presencia de la inteligencia humana, la una por una afirmacion subsistente, depositada en ella desde el origen, y transmitida por la tradicion de la educacion; la otra visible por los ojos del cuerpo ó por el sentimiento intimo, no han cesado ni cesarán jamás de darse la una á la otra un testimonio cuyo poder y valor no podria contestar sin renegar de ella misma, y sin contradecirse en todas las leyes que presiden á sus pensamientos. La distancia infinita que separa lo creado y lo finito de lo infinito y de lo increado, el hombre de Dios, ha sido ocupada por aquella admirable invencion de la sabiduria suprema, que se ha como creado ella misma y encarnado, ó si se quiere, *expresado*, en la palabra, en la afirmacion de su existencia, y que ha venido á depositarse, á imprimirse de una manera indeleble en la razon humana, á identificarse con ella, y encender en este santuario misterioso una antorcha cuya luz resalta sobre todas las verdades y todos los seres. Esto es lo que llama divinamente el apostol San Pedro *lucerna lucens in caliginoso loco.* »
(Lettre de M^r de Montauban á M. Bonnetty.)

CONFERENCIA SEGUNDA.

LA RAZON CATOLICA DE LOS SIGLOS CRISTIANOS.

Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la guardan.

(Eváng. del tercer. dom. de cuaresma.)

El Evangelio de Jesucristo no puede ser mejor interpretado que por el Evangelio.

¿Quereis saber por qué en el evangelio de hoy Jesucristo llama dichosos á los que oigan la palabra de Dios y la guarden : *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud* ? Es porque, como él mismo ha dicho en otro evangelio, « el hombre no vive solamente de pan, sino tambien de toda palabra que sale de la boca de Dios : *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Die.* » (Matth., iv, 4.) Es decir, porque, como el alimento mantiene la vida física, la palabra de Dios ó la verdad mantiene la vida intelectual.

Es pues evidente por esto, hermanos míos, que todo sistema científico que sustituya el solo razonamiento á la fe, la sola palabra del hombre á la palabra de Dios, es por lo mismo un sistema funesto, un sistema sanguinario, que mata la parte mas noble del hombre, arrebatándole la vida del espíritu.

Esto es lo que ha hecho, como hemos visto, esto es lo que hará siempre, como veremos mas tarde, la razon filosófica, pretendiendo operar sola en las inteligencias. De suerte que por todas partes en que encontraréis en el mundo intelectual inteligencias muertas en la duda, y espíritus cadavéricos, sabed que la razon filosófica ha pasado por allí con un alimento emponzoñado en sus manos, y que aquellas horribles matan-

zas de almas, mas crueles que las que hace la guerra de los cuerpos, son obra suya.

No sucede así con todo sistema científico que se inspira de la palabra de Dios, que se apoya sobre la palabra de Dios, sobre aquella palabra sustancial, omnipotente, que en otro lugar de los libros santos es llamada el verdadero pan de la vida y de la inteligencia, el agua de la sabiduría, que produce la salvacion : *Panis vitæ et intellectus et aqua sapientiæ salutaris.* (Eccel., xv, 5.) Este sistema es un sistema vivificador, un sistema saludable, que lleva consigo la recompensa, la felicidad que Jesucristo ha prometido hoy á los que entienden la palabra de Dios y la guardan : *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

Esto es lo que ha hecho la razon católica desde el origen del cristianismo hasta el siglo xvi. Y por esta razon ha logrado fundar una filosofía verdadera, una filosofía amiga y auxiliar de la religion, porque esta ha sido una filosofía razonable en su objeto, natural en su principio, sólida en su fundamento, segura en su método, feliz en sus resultados, útil en sus consecuencias. Esto es lo que vamos á ver en el día de hoy.

Despues de haber considerado la miseria, las ruinas, el oprobio de la razon filosófica en los siglos paganos, es hermoso considerar el poder, las ventajas, la gloria de la razon católica en los siglos cristianos. Este contraste nos hará comprender mejor que en el órden científico, así bien como en el órden religioso, no hay verdadera felicidad sino escuchando la palabra de Dios con sumision y guardándola con fidelidad : *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

Comencemos por implorar el socorro de lo alto por la intercesion de Maria : *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

2. Uno de los filósofos del siglo xvii (Locke), que nada era menos que filósofo, y de quien hizo el fanatismo anticristiano del siglo xviii uno de los restauradores, uno de los ídolos de

la filosofía moderna, ha hecho, sin embargo, una importante observacion cuando ha dicho que una cosa es querer descubrir por la reflexión una verdad oculta, y otra cosa distinta querer darse cuenta y adquirir las pruebas de una verdad conocida.

En estas dos palabras, hermanos míos, está contenida la historia entera de la filosofía desde el origen del mundo hasta nuestros días. Porque la filosofía no ha sido otra cosa mas que, ó el estudio de descubrir verdades ocultas, ó el estudio de demostrar, de desenvolver verdades conocidas, y de aplicarlas á la perfeccion del hombre y á la dicha de la sociedad.

La filosofía pues (permittedme la expresion) no ha sido sino *ó inquisitiva ó demostrativa* (1).

La filosofía inquisitiva ha rechazado toda verdad que no era su conquista; la filosofía demostrativa se ha apresurado á apoderarse de la verdad allí donde la ha encontrado. La filosofía inquisitiva es la enemiga natural del principio religioso;

(1) Es muy extraño, muy chocante por cierto, que los filósofos, que han visto ó creído ver tantas cosas, no hayan distinguido estas dos diferentes especies de filosofía, que se refieren á la religion de los pueblos, que tienen en la religion de los pueblos su principio, su razon y su fundamento, y cuya diferencia salta á los ojos de todo observador serio de la marcha filosófica del espíritu humano. Es muy extraño, es muy chocante, que talentos que tan grande uso han hecho de la reflexión, no hayan reflexionado que, aun admitiendo que la filosofía no sea mas que *el estudio de la verdad*, así como hay dos maneras diferentes de dedicarse á este estudio, hay y debe haber tambien dos suertes bien distintas de filosofía: la una, que es el estudio de encontrar todas las verdades con la ayuda de las solas facultades del hombre; la otra, que es el estudio de conocer mejor y mas intimamente esclarecer y confirmar por argumentos sacados de todas partes las verdades enseñadas por la religion ó por las tradiciones universales. Porque en la investigacion de la verdad se puede proceder, ó de lo desconocido á lo conocido, ó de lo conocido á lo desconocido; se puede proceder, ó segun el principio: *Que la razon debe encontrar por ella misma lo que haya de mirar como verdadero*; ó segun el principio: *Que la razon se debe limitar á darse cuenta y á demostrarse á sí misma y á los otros la verdad ya por otra parte conocida*.

Pero es igual. No se ha querido ver que, bajo, el nombre de estudio de la sabiduría, ha habido siempre en el mundo dos suertes diferentes de sabiduría, con sus caractéres propios, sus propias doctrinas, sus propios sistemas y sus propios resultados. No se ha querido reconocer por verdadera filosofía la filosofía *demostrativa*, que, sin embargo, ha sido ella sola y será siempre la filosofía verdadera. Se ha pasado al lado de ella, sin apercibirse que estaba llena de vida y radiante de verdad; y si se la ha apercibido, no se la ha mirado, ó bien se ha contentado con echar sobre ella una mirada de soberbio desdeñ ó de compasion insultante. No se ha considerado como filosofía sino la filosofía de *inquisicion*, sino la filosofía de la razon aislada de la

desconfía de él, y le aborrece como á su rival; y si algunas veces, como acontece en nuestros dias, parece mirar amigablemente á la religion, y finge admitirla en su alianza y en su amistad, es para degradarla, para humillarla, para dominarla y para perderla. De la misma manera que un salteador de caminos se asocia con un viajero aislado hasta el sitio en que pruebe arrojarle impunemente sobre él, despejarle y quitarle la vida. Por el contrario, la filosofía demostrativa, dichosa de poder ser iluminada con la luz de lo alto, que le viene por la religion, es la amiga, la aliada sincera del principio religioso; no trabaja sino en desenvolverle, en afirmarle siempre mas y mas en el espíritu de los pueblos, en defenderle de los ataques del error y de las pasiones.

La filosofía *inquisitiva* no es en el fondo mas que la razon del hombre que no acepta ningun freno, no reconoce ninguna ley, no respeta ninguna autoridad, y pone á un lado al mis-Dios cuando se trata de creencias y de verdad. Es la independencia absoluta de la razon, es la libertad de pensar llevada hasta la licencia, yo diria casi hasta el delirio (1). La filosofía

religion, de la razon entregada á si misma, y marchando sola á la conquista de la verdad. Y pues que esta filosofía no ha existido mas que entre los pueblos paganos mas célebres de la antigüedad, en Atenas y en la Roma antigua, donde se ha ido á buscar la verdadera filosofía; en esta civilizazion pagana, material y hastarda, que ha desaparecido del mundo sin dejar en él mas que huellas de sangre ó de lodo, al lado de bellos libros y hermosas estatuas, es adonde se han ido á buscar las doctrinas, los sistemas que debian hacer la dicha y la gloria de los pueblos y de los paises cristianos, y la base de su civilizazion. Esta filosofía es la que se procura restaurar en estos últimos tiempos. En este pensamiento orgulloso y estúpido quien ha producido en los tres últimos siglos tantos pretendidos restauradores de la filosofía, que han venido á declarar buenamente á la faz del mundo que no habia habido jamás antes de ellos verdadera filosofía; que han presentado sus sistemas y sus doctrinas como descubrimientos enteramente nuevos y que con la mayor seriedad, con una intrepidez heroica, frente á frente del inmenso ridiculo que iban á provocar, se han colocado como los oráculos de la tierra y las antorchas de la humanidad. (Véase la nota A, al fin de esta conferencia.)

(1) San Pablo habia señalado esta pretension orgullosa de la razon filosófica, que cree bastarse á si misma, por estas graves expresiones: « El hombre que crea saber la menor cosa por sí mismo, no solamente no sabe nada, sino que no sabe ni aun cuál es el medio de saber alguna cosa; *Si quis autem se existimat scire aliquid, nondum cognovit quemadmodum oporteat eum scire.* » (1 Cor., vii.)

San Agustín ha observado tambien ser conforme á la naturaleza de la criatura inteligente que para llegar á saber alguna cosa debe comenzar por creer, y que en el órden científico, como en el órden religioso, la autoridad

demostrativa, por el contrario, no es en el fondo mas que la razon del hombre aceptando el freno, reconociendo las leyes, respetando la autoridad de la religion y de todo lo que Sto. Tomás llamas las concepciones del espíritu comunes á todos los hombres: *Conceptiones animi communes*. Es la razon que quiere someterse á Dios, depender de Dios, y no hacer uso de su libertad sino en los limites que Dios le ha trazado, sabiendo que, como se dice en los libros santos, Dios es el autor, el Señor de todas las ciencias, y que todo pensamiento del hombre no debe provenir sino de Dios y dirigirse sino á Dios: *Deus scientiarum Dominus est, ipsi præparantur cogitationes*. (1. Reg. II, 5.)

La filosofia inquisitiva, pues, toma su punto de partida de la duda; la filosofia demostrativa, de la fe. La filosofia inquisitiva se apoya sobre la palabra del hombre y se enorgullece de él; la filosofia demostrativa se apoya sobre la palabra de Dios y se glorifica de él; ella le escucha, le guarda fielmente, y por esto mismo es dichosa en poder fundar un sistema científico, teniendo una base noble y lástima en sus investigaciones: *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud*. Tal ha sido, hermanos míos, la filosofia que la razon católica ha establecido desde los primeros tiempos del cristianismo.

5. Jesucristo dice en el Evangelio que el reino de Dios es semejante á un tesoro metido debajo de tierra en un campo, que el hombre, que ha conocido todo lo que contiene, se apresura á comprar al precio de todo lo que posee, á fin, de haciéndose propietario de este campo, enriquecerse con el tesoro que está allí oculto: *Simile est regnum caelorum thesauro abscondito in agro quem qui invenit homo, abscondit, et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum*. (Matth., xiii, 44.) « Este reino de los cielos, de que habla aquí Jesucristo, es la Iglesia del tiempo presente, dice San Gregorio: *Regnum caelorum præsentis temporis Ecclesia dicitur*. » (Homil. xii, in Evang.)

En esta Iglesia, hermanos míos, y no en otra parte, es donde se encuentra oculto, sepultado bajo los velos del mis-

debe siempre preceder al razonamiento; *Naturæ ordo sic se habet, ut, cum aliquid discimus, rationem præcedat auctoritas*. (De moribus Eccles.)

terio, en las augustas profundidades de la fe, el tesoro de toda la verdad entera. Los antiguos sabios, los verdaderos filósofos de los primeros siglos del cristianismo, habiendo tenido conocimiento de que en el campo de la Iglesia se encontraba este tesoro, han vendido todo, sacrificado todo, sus talentos, su fortuna y aun su vida, y han adquirido este campo y héchose dueños de este tesoro; y por esta razon San Pablo les decia: « Ahora miráos ricos en todo y por todas partes, de toda especie de verdades, de gracias y de virtudes; *In omnibus divites facti estis.* » (1. Cor., 1, 5.) Desde luego, si se piensa bien, han debido cesar y han cesado en efecto en toda especie de *inquisicion* intelectual con relacion á la verdad.

En cuanto á los antiguos filósofos, son hasta cierto punto excusables de haber sido lo que San Pablo les dice, « filósofos inquisidores; *Græci sapientiam quarunt.* » El paganismo no les presentaba sino absurdos inadmisibles, traducidos en cultos obscenos, abominables, crueles. Las tradiciones de los pueblos estaban tan alteradas, tan oscurecidas, tan corrompidas, que apenas podian conocerse. No es, por lo tanto, extraño que aquellas gentes se pusieran á buscar la verdad por medio de su razon. Mas para los primeros cristianos, que en la Iglesia y por la Iglesia habian encontrado el tesoro de toda verdad; que conocian ya á Dios y sus atributos, el mundo y su creacion, el hombre y su origen y su destino, las leyes y sus obligaciones, el pecado y su expiacion verdadera, las penas y las recompensas de la otra vida, y su eternidad; y que conocian todo esto de la manera mas clara, mas pura, mas sólida, mas cierta, mas completa y mas perfecta, ¿ á qué fin habian de buscar todavía lo que se presentaba delante de sus ojos y llevaban sus manos? Así es que Tertuliano decia: « Nosotros no tenemos necesidad de entregarnos á investigaciones filosóficas sobre el Evangelio, no tenemos necesidad de emprender investigaciones curiosas sobre Jesucristo; *Nobis curiositate opus non est post Christum Jesum, nec inquisitione post Evangelium.* » (*De Præscript.*)

No es decir por esto que los antiguos sabios del cristianismo desdeñasen enteramente la ciencia profana, la ciencia puramente filosófica; pero, segun la noble y sencilla expresion de uno de los mas antiguos Padres de la Iglesia, Clemente de

Alejandro, estos sabios se alimentaban desde luego de la fe como del pan, como del alimento sólido y sustancial del alma; y luego se ocupaban de la ciencia humana, como despues de la comida se usa de otros manjares, como despues de cenar se gusta de los postres; *Quæ est ex fide veritas necessaria est ad vivendum; quæ est ex scientia simile est obsonio et bellariis; desinente cœna suavis est placentula.* (Stromat., 1.)

Ved cómo esos grandes hombres del cristianismo entendian la ciencia de la palabra de Dios y la que proviene de la palabra del hombre, y por esto mismo comenzaron dichosamente á fundar una filosofía que tenia un objeto enteramente razonable.

4. Pero de que los Padres y los Doctores de la Iglesia hayan insistido sobre la necesidad de la filosofía *demonstrativa* se habrá tomado pié para acusarles de haber querido restringir demasiado, y aun de haber querido destruir los derechos legítimos de la razon humana; de haber querido prohibirle toda investigación, aun de las verdades naturales, de haber querido condenarla al objeto exclusivo de *demonstrarse* á si misma y á los otros, por medios naturales, las verdades reveladas.

Segun su opinion y su práctica, la verdadera filosofía debe, es verdad, partir del orden de la fe para pasar al orden de las *concepciones*, y no comenzar por el orden de las concepciones para elevarse al orden de la fe. Pero nada es mas razonable que trazar un procedimiento semejante á la razon humana.

La razon, de acuerdo con la experiencia, prueba que, comenzando por la fe, se llega á la concepcion y á la inteligencia: pero que, por el contrario, no queriendo comenzar sino por la concepcion y por la inteligencia, se pierde la fe, y no se llega nunca á comprender ni á concebir: *Nisi credideritis, non intelligetis.* No se llega sino á la concepcion universal de la incertidumbre absoluta, es decir, á la concepcion del dolor, de la desesperacion, que partiendo de la injusticia, no prohija sino á la iniquidad: *Ecce concepit dolorem parturit iniquitiam et peperit iniquitatem.* (Psal. VII, 15.)

Pero, sosteniendo que el objeto principal de la verdadera filosofía es examinar de cerca, pesar, confirmar, amplificar, *demonstrar*, entender siempre mejor en lo que ellas tienen de inteligible, las verdades que ha extraido de la fuente de la religion, del sentido comun, de la tradicion, de la razon uni-

versal, no se le coarta el objeto secundario de llevar siempre mas lejos la *inquisicion* para llegar á conocer, en las cosas en que se puede conocer el *por qué* ó el *cómo* de lo que se admite como cierto y como verdadero, ni el uso que se puede hacer de estas mismas deducciones, sin salir jamás del orden de la fe.

Pero, estableciendo que la razon debe recibir por la fe, y no crearse por el razonamiento, las verdades primeras, los principios generales que constituyen el razonamiento, no se le coarta la investigacion de las verdades subalternas, de los principios secundarios; no se le impide deducir tantas verdades desconocidas y nuevas como es posible deducir por medio del razonamiento, y de aplicarlas al desarrollo de la inteligencia, al mejoramiento de la condicion moral y física del hombre y de la sociedad.

Y estas verdades deducidas, que el consentimiento de los sabios aprueba, que la aceptacion de parte de la sociedad consagra y pone en circulacion como géneros útiles, como modelo de buena ley, ¿no son verdaderos descubrimientos, verdaderas conquistas de la razon, que atestiguan su poder y hacen su gloria?

San Agustin y Sto. Tomás, los dos genios mas grandes del mundo, ¿no ha sido partiendo del orden de la fe como se han elevado á la mayor altura en el orden de las concepciones, sin que la firmeza de su fe haya retardado sus brillantes progresos ni sus progresos hayan dañado á la firmeza de su fe? No han hecho, por medio de su razon creyente, infinitos y preciosos descubrimientos con relacion á los fundamentos, las pruebas, las razones, las consecuencias de las mas grandes verdades reveladas, y sus relaciones con las verdades del orden natural? No han extendido el horizonte de la razon humana, abierto nuevos caminos al genio de la invencion y de las investigaciones, enriqueciendo la ciencia con aquellos tesoros de descubrimientos y de luces que hacen la admiracion del mundo, y harian su dicha si no se les hubiera sepultado en el polvo y arrojado al olvido? Estos dos ejemplos ¿no son un argumento sin réplica para probar que la razon católica, atrincherándose en la via de la *demostracion*, del desenvolvimiento de las verdades conocidas por la razon universal, la tradicion y la religion, habia fundado una filosofia natural, legitima en su

objeto; pues que buscando este objeto es como se puede marchar por la via del saber sin caer, progresar sin extraviarse, y elevarse sin perderse?

Así, cuando en los siglos de que hablamos se ha dicho á la razon que era menester tomar por punto de partida las verdades conocidas, y creer y encerrarse en ellas, no se le coartaba la libertad, sino la licencia; no se le negaba sino el uso de ella contrario á su naturaleza, intemperante é ilegítima, que la pierde; y no el uso de su mismo natural, moderado, legítimo, que la conserva, la engrandece y la hace marchar.

La independancia absoluta no pertenece al hombre en el orden científico, como ni tampoco en el orden social.

Así como en el orden social no hay libertad sino en tanto que se está sometido y obediente á las leyes, de la misma manera en el orden científico no hay verdadera ciencia sino en tanto que se cree en las verdades primeras, en las verdades universalmente admitidas, constantemente guardadas por la verdadera religion, y en los principios generales admitidos y guardados por la humanidad entera; y la fe en estas verdades, que son verdaderas leyes, es una verdadera obediencia á las leyes de la inteligencia, así como la obediencia á las leyes es una verdadera fe en las creencias de la sociedad; quitad la obediencia á las leyes bajo pretexto de que sujetan la libertad natural del hombre, y no encontraréis bien pronto sino á la anarquía, que mata toda libertad; quitad la fe en las verdades, en los principios generales, y no tendréis bien pronto mas que la duda, que mata toda ciencia.

La libertad no es la facultad de hacer todo lo que se quiere: esta es la licencia. La libertad es la facultad de hacer todo lo que es justo, legítimo y conforme á las leyes. La libertad de hacer lo que es injusto, ilegítimo y contrario á las leyes, ó la libertad del mal, no es la verdadera libertad; de otra manera. Dios no sería libre, pues que Dios no puede hacer el mal. Y desde luego se tiene razon en enfrenar, en reprimir por todas partes y tanto como sea posible esta libertad del mal, dependiente del libre albedrío del hombre, y con la que no podría coexistir ningun bien. De la misma manera, la ciencia no es la facultad de admitir ó de rechazar todo lo que á cada uno gusta rechazar ó admitir: este sería el principio de todos los

errores, la destruccion, el anonadamiento de todos los principios que constituyen la razon general, como la licencia política ó civil la destruccion, el anonadamiento de todos los principios que constituyen la sociedad. Nada hay de razon ni de ciencia sin una fe comun á las verdades generales, de la misma manera que sin una obediencia comun á las leyes no hay sociedad.

Al lado de cada derecho de que se puede disfrutar, hay siempre un deber que cumplir. No se debe jamás separar el deber del derecho, ni el derecho del deber. Coartar el derecho es lo mismo que herir al deber. Proscribir el deber es destruir el derecho. No se puede exigir el deber de las personas á quienes no se reconozca algun derecho. No se puede pretender ningun derecho desde que no se quiere respetar ningun deber. La Santa Escritura nos advierte que los que nos alaban no siempre son los que nos aman, y que muchas veces nos engañan y nos pierden: *Qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt.* (Isai., III, 12.) Y los aduladores del pensamiento son tan funestos como los de las pasiones. Se engaña seguramente al hombre persuadiéndole de que es libre de creer todo, que persuadiéndole que es libre en hacerlo todo.

Los aduladores del pensamiento son verdaderos demagogos del orden científico, que concluyen por destruir toda ciencia; como los demagogos son los verdaderos aduladores del orden social, que concluyen por aniquilar toda sociedad.

Las doctrinas que nos lisonjean no son siempre las doctrinas que nos salvan. Como lo agradable no es siempre lo útil, de la misma manera lo que parece razonable no es siempre lo verdadero. Puede haber falsedad en lo que parece razonable, como puede estar en la dulzura el veneno. Por el contrario, como hay cosas muy desagradables que son muy útiles, hay tambien sistemas de doctrina, que pareciendo inadmisibles, son muy verdaderos.

San Pablo ha dicho tambien que no se ha de procurar saber mas de lo que se debe saber, y que la sobriedad es necesaria en el orden científico como en el orden moral: *Non plus sapere quam oporteat sapere, sed sapere ad sobrietatem.* (Rom., XII, 3.)

Esta expresion es profunda. Esto significa que es menester dominar á su razon como á su apetito, y que la intemperan-

cia en el razonar mata el espíritu, como la intemperancia en el comer mata el cuerpo.

Todo bien, de cualquiera naturaleza que sea, es el premio de un sufrimiento. » La naturaleza, decía un poeta pagano, no concede ningun beneficio á los hombres sino en recompensa de grandes sacrificios; *Nil sine magno labore vita dedit mortalibus.* » (Hor.) Esta es la condicion del hombre sobre la tierra. El que nada quiere sufrir ni sacrificar es indigno de todo goce. No se alcanza la virtud sino crucificando el corazon; no se llega á la ciencia sino humillando el entendimiento. El que no sepa contener sus desordenados apetitos, nunca será virtuoso, y el que no sepa sujetar sus pensamientos, no será jamás sabio. El que quiere conocer todo por sí mismo, no conoce nada. El hombre que quiere todo el bien, concluye por no tener ningun bien; el hombre que quiere toda la ciencia, concluye por no tener ningun ciencia.

Condenando pues, rechazando como falsa la filosofía que, partiendo de la duda absoluta, cree poder alcanzar toda verdad por sus solos recursos; condenando y rechazando semejante filosofía, la razon católica no privaba al espíritu humano de sus derechos legítimos, sino que ella le aseguraba su goce. No le coartaba sus nobles facultades, sino que facilitaba el uso de ellas. Ella le colocaba en su natural estado, en su condicion natural, de deber comenzar por creer para llegar á comprender; *Nisi credideritis, non intelligetis.* Y así es que la filosofía que se habia creado la razon católica era, no solamente razonable en su objeto, sino tambien natural en su principio: este es el objeto de mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

5. Os pido permiso hoy para conduciros algun tanto por el mundo de las abstracciones, que por otra parte, para hombres tales como vosotros, acostumbrados á nobles trabajos, á las serias investigaciones de la ciencia, es un mundo conocido, un mundo familiar.

Entrando en nosotros mismos, mirando nuestra inteligencia de cerca, la sorprendemos dos instintos, dos necesidades igualmente naturales, igualmente innatas, igualmente indestructibles, con relacion á la verdad : la necesidad de creer y la necesidad de razonar.

La necesidad de creer es tan fuerte, tan imperiosa en el hombre, que algunas veces prefiere creer demasiado, creerlo todo, antes que no creer nada ; prefiere abdicar toda razon antes que renunciar á toda fe : esta es una de las causas de la supersticion.

Pero la necesidad de razonar no es menos fuerte ni menos imperiosa en el hombre ; y para ceder á esta necesidad prefiere algunas veces no creer nada antes que creerlo todo ciegamente, y prefiere renunciar á toda fe antes que abdicar toda razon : este es una de las causas de la incredulidad.

Todas las religiones de formacion humana se reasumen en estas dos categorias : las religiones sensuales (idolatría, paganismo, mahometismo), y las religiones del orgullo (herejía, protestantismo, racionalismo). El principio fundamental de todas las religiones sensuales es este : « Todo á la autoridad, nada á la razon. » El principio fundamental de todas las religiones del orgullo, es, por el contrario : « Todo á la razon, nada á la autoridad. » Solo, hermanos míos, la religion católica, de origen y fábrica divinas, es la que dice al hombre : « Respeto á la autoridad y uso legítimo de la razon ; » pues que San Pablo, como hemos visto en el domingo último, ha dicho : « Comenzad por sujetar vuestro entendimiento en homenaje de la fe, y creed que este homenaje es razonable ; *Redigentes intellectum in captivitate fidei. Rationabile obsequium vestrum.*

Mientras pues que las religiones sensuales impelen al hombre hácia el exceso de la fe, y las religiones del orgullo le impelen, por el contrario, hácia el exceso de la razon, solo la doctrina católica coloca al hombre en un justo medio, igualmente lejano de estos dos extremos contrarios.

La doctrina de las falsas religiones, sean las sensualistas, ó las del orgullo, por lo mismo que impulsa al hombre hácia los extremos, hácia los excesos, es una doctrina falsa ; porque todo sistema intelectual excesivo es vicioso en el órden moral. Y al contrario, por lo mismo que la enseñanza católica coloca

al hombre en medio de estos dos extremos, es verdadera porque la verdad, así como la virtud, consiste en un medio; *Medium tenere beati!* Siendo la verdad la virtud de la inteligencia, como la virtud es la verdad del corazón.

Las religiones sensuales dicen al hombre: « Creed sin razonar; » las religiones del orgullo le dicen, por el contrario: « Razonad sin creer; » porque *opinar*, á lo que se reduce toda la fe de los herejes, no es *creer*. Mientras pues, que todas las religiones sensuales concluyen por embrutecer al hombre, sumergiéndole siempre mas y mas en el error; mientras que hacen imposible toda especie de ciencia, y que su última palabra es *ignorancia*; mientras que las religiones del orgullo concluyen tambien por perder al hombre, abismándole en la duda, y que ellas hacen imposible toda especie de fe, y que su última palabra es *incredulidad*; la enseñanza católica, que, imponiendo á la fe, dirige á la razon, y ordenando creer, ayuda al desarrollo del talento, y detiene al hombre, eleva al hombre sobre si mismo, y su última palabra es *fe y ciencia*; condiciones necesarias, esenciales de toda civilización y de todo progreso.

En fin, las religiones sensuales, satisfaciendo enteramente la necesidad que tiene el hombre de creer, eluden, engañan la necesidad que tiene el hombre de razonar; y por el contrario, las religiones del orgullo, satisfaciendo la necesidad que tiene el hombre de razonar, eluden, engañan la necesidad que tiene el hombre de creer; y por esto mismo las unas y las otras ponen al hombre fuera del orden natural, porque el orden natural para el hombre es aquel en que puede reunir la razon y la fe. Al contrario, la enseñanza católica, por lo mismo que inspira la fe sin oponerse al desinvolvemento regular y legítimo del talento, coloca al hombre en su estado natural, en su estado perfecto, porque une la ciencia y la autoridad, la razon y la fe; y así resuelve el gran problema de la inteligencia humana.

De esta enseñanza se ha inspirado la razon católica desde los primeros tiempos del cristianismo para fundar una filosofía verdaderamente cristiana, una filosofía verdaderamente natural en su principio.

6. En efecto, observad, hermanos míos, el grande hecho, el hecho nuevo, extraordinario, magnífico, prodigioso, que se

ha cumplido en estos siglos. Mientras que, fuera de la Iglesia, la ciencia mataba á la fe, ó la fe impedía el desenvolvimiento de la ciencia, en la Iglesia la ciencia ha defendido la fe, y la fe ha desarrollado la ciencia; y mientras que fuera de la Iglesia era casi imposible encontrar sabios que tuviesen la fe, ó creyentes que poseyesen la ciencia, en la Iglesia se ha visto á los sabios, á los filósofos del cristianismo, reunirse, sin acuerdo de una ni otra parte, en una idea, en un sentimiento comun, noble, generoso, y formar una brillante y maravillosa falange de talentos superiores, llevando de una parte la fe hasta la sencillez de la infancia, y elevando de otro lado la razon hasta la grandeza del genio. Estos son los Tertuliano, los Orígenes, mientras que estuvieron sometidos á la enseñanza de la Iglesia; estos son los Lactancio, los Arnobio, los Ireneo; estos son los Atanasio, los Gregorio Nacianceno, los Cirilo, los Basilio, los Crisóstomo, los Hilario, los Ambrosio, los Jerónimo, los Agustin, los Leon, los Pedro Crisólogo, los Gregorio el Grande. ¡Qué hombres, hermanos míos! Todos los talentos estaban en ellos con todas las virtudes. ¡Qué trabajos no han ejecutado, qué combates no han sostenido por el desarrollo y defensa de la verdadera ciencia cristiana?

No quiero citar mas que la sola obra de San Agustin *De la ciudad de Dios*; esta obra admirable por la profundidad de miras, por la inmensidad y la eleccion de la ciencia, en que se encuentra la refutacion de todos los errores y el desenvolvimiento de todas las verdades, el esclarecimiento de todos los misterios del órden teológico, del órden filosófico, del mismo órden natural. ¡Oh! Esta obra vale por sí sola como todas las obras de los antiguos filósofos, que, yo os lo confieso, ante el inmortal autor de esta obra maestra del espíritu humano, me parecen como infantillos delante de un hombre ya formado, como escolares delante del maestro.

Durante las irrupciones de los pueblos del norte por todo el resto de la Europa, la razon católica pareció dormirse en el silencio y en la ociosidad. Todo estudio era entonces imposible. Las letras y las ciencias, consternadas, se vieron obligadas á buscar en los conventos un asilo para salvarse del furor de los bárbaros.

Pero después que la providencia de Dios hubo acabado este

gran trabajo de la creacion, de la formacion de la sociedad cristiana sobre las ruinas de la sociedad antigua, de la sociedad pagana, la razon católica se despertó mas poderosa y mas llena de vida, y en la persona de los Bernardo, de los Anselmo, de los Alberto el Grande y de Sto. Tomás, se elevó á la mayor altura.

Santo Tomás, hermanos míos, ¡ qué hombre, qué genio ! Es la razon humana elevada á su mas alto poder. Mas allá de los esfuerzos de su razonamiento está ya la *vision* de las cosas en el cielo. Aquí bajo la razon no se sabría ni subir mas alto ni ver mas claro. Se puede decir de Sto. Tomás lo que San Agustin decia de San Jerónimo : « que nadie ha sabido nunca lo que Tomás ha ignorado ; *Nemo scivit quod Thomas ignoravit.* » Este hombre único, este hombre cuya vida no ha alcanzado la mitad de un siglo, lo ha visto todo, conocido todo y explicado todo. Ningun error hay que no haya previsto, refutado y pulverizado de antemano. Su *Summa* es el libro mas sorprendente, mas profundo, mas maravilloso que ha salido de la mano del hombre ; porque la Santa Escritura ha salido de la mano de Dios. Sto. Tomás ha explicado, no solamente el mundo teológico, el filosófico, sino tambien el mundo natural. Su genio, reflejándose sobre su siglo y sobre los siglos posteriores, llevó á ellos la luz, el órden científico, el verdadero progreso, y derramó sobre la ciencia y sobre la religion un brillo que jamás se ha oscurecido.

No se conoce bastante, hermanos míos, este magnífico periodo de la ciencia cristiana, ó bien no nos detenemos bastante en él ni le dedicamos la suficiente atencion. Porque si se le conociese bien, vosotros, los franceses particularmente, vosotros los parisienses con mas particularidad todavía, estaríais santamente envaneecidos y orgullosos de ello. Nunca, ni antes ni después, la Francia ni Paris, bajo el aspecto de las luces, han sido mas grandes ni mas gloriosos ; jamás han derramado en mayor abundancia ni mas léjos, profundas verdades y conocimientos útiles, que en esta época en que Alberto el Grande (1), Sto. Tomás y San Buenaventura enseña-

(1) La plaza *Maubert* en Paris no es sino la plaza *Magni Alberti*, donde Alberto el Grande daba sus cursos al aire libre, no pudiendo contener ninguna sala ni ningun recinto la multitud de sus oyentes.

ban á muchos miles de discípulos que concurrían de todas partes del mundo á vuestra Sorbona, en que estos grandes hombres hacían brillar en el mundo entero el esplendor de su ciencia, y llevaban por todas partes los gérmenes de la verdadera civilización, del verdadero saber.

Esta ha sido la época en que la razón humana fué mas sólida, porque era mas creyente (1). En esta época es cuando han sido echados los fundamentos de la ciencia cristiana, de la literatura cristiana, del arte cristiano, de la civilización cristiana, de que la Europa está al presente tan orgullosa, y de que ha abusado algunas veces contra sí misma. Las ciencias físicas recibieron entonces un maravilloso desarrollo, lo mismo que las ciencias teológicas, filosóficas, políticas y morales. En estos siglos, que la maldad y la injusticia estúpida de los últimos tiempos llama siglos bárbaros; en estos siglos es cuando el genio cristiano, inspirado por la fe, ha hecho los tres grandes descubrimientos que han cambiado la faz del mundo; la pólvora para dominar la tierra, la brújula para dominar los mares, y la prensa para dominar y desenvolver la inteligencia.

Véase lo que ha valido á la razón católica el haber permanecido fiel á la palabra de Dios. Su filosofía, eminentemente religiosa, ha sido eminentemente sublime y fecunda, porque allá se ha atrincherado en el principio natural del hombre perfecto, que es el *desenvolvimiento de la razón á la sombra de la fe*.

Yo añado que la razón filosófica cristiana, por lo mismo que se ha inspirado de la palabra de Dios, ha sido también sólida en su fundamento. Renovadme vuestra atención.

7. Todo lo que existe en el universo no es mas que espíritu ó materia, ó materia y espíritu unidos juntamente. Los espí-

(1) « Theologia imperat omnibus aliis scientiis tanquam principalis, et utitur in obsequium sui omnibus aliis scientiis quasi usualis, sicut patitur in omnibus artibus ordinatis, quarum finis unius est sub fines alterius, sicut finis pigmentariæ artis, quæ est confectio medicinarum, ordinatur ad finem medicinæ quæ est sanitas; unde medicus imperat pigmentario et utitur pigmentis ab ipso factis ad suum finem. Ita ut cum finis *totius philosophiæ* sit intra finem theologiæ, et ordinatus ad ipsum; theologiæ debet omnibus aliis scientiis imperare et uti iis quæ in ipsis traduntur. » (D. Thom., lib 1, *Sentent. proleg.*)

ritus aislados, DIOS, LOS ANGELES; la materia, los cuerpos aislados, TODOS LOS SERES SENSIBLES Y MATERIALES DE LA NATURALEZA; la materia unida al espíritu, EL HOMBRE. Y como los extremos no son bien conocidos sino en el ser que los reúne en su conjunto, y como en el hombre se encuentran unidos el espíritu y la materia, la materia y el espíritu no pueden ser bien conocidos sino en el hombre; y por esto mismo la primera cuestión que debe proponerse la filosofía verdadera es esta : ¿ *Qué es el hombre?*

Hay dos especies de *compuestos* : el compuesto *artificial*, accidental, que no es sino moral é impropriamente *uno* : así como es *uno* un edificio, un monton de trigo, una armada, y el compuesto natural, *sustancial*, el solo que es *uno* de una manera propia y real : así como es *uno* un árbol, un bruto, un hombre.

Vamos pues á la cuestión : ¿ *Qué es el hombre?* El género humano entero ha respondido : El hombre es un compuesto, no artificial, no accidental, sino sustancial del espíritu y la materia, del alma y del cuerpo; de manera que estas dos sustancias no forman en el hombre sino un solo supuesto, un solo individuo, una sola persona.

¿ Quereis convencernos de que el género humano ha visto siempre esto en el hombre? Escuchad el lenguaje de todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los tiempos. No se dice nunca ni en ninguna parte : El espíritu de Pedro piensa, su boca habla, sus piés andan, sus manos trabajan; sino que se dice : Pedro piensa, Pedro anda, Pedro trabaja. Es decir, que el género humano entero, en su lógica natural, no ha mirado las acciones del hombre como movimientos del cuerpo solo sin el espíritu, ó como las operaciones del espíritu solo sin el cuerpo; sino como las operaciones del alma unida sustancialmente al cuerpo, ó del cuerpo animado; como las operaciones propias de todo el hombre, de todo el compuesto, del *supuesto*, del *conjunto* entero. Lo que la filosofía cristiana ha explicado por estas sencillas y profundas fórmulas : « Las acciones son de los supuestos. Las acciones son de los conjuntos; *Actiones sunt suppositorum. Actiones sunt conjuncti.* »

Pero la razon filosófica, que ha querido marchar sola, no

teniendo en cuenta el lenguaje de la humanidad, y el sentido comun, que es el lenguaje de la naturaleza y de la verdad, ha respondido de una manera distinta á esta gran pregunta : *¿Qué es el hombre?* Ha respondido : El hombre, compuesto de alma y cuerpo, no es *uno* sino de una manera *moral, impropia y accidental*. Para Platon, el hombre no es mas que un espíritu que tiene por apéndice el cuerpo. *Aie-bant*, dice Ciceron hablando de los platónicos, *appendicem animi esse corpus*; lo que un filósofo católico de nuestros dias ha repetido con mas gracia y elegancia, pero no con mas verdad, diciendo : « El hombre es una inteligencia servida por medio de órganos. » Estas definiciones valen tanto la una como la otra : las dos son radicalmente falsas. Para Platon, y posteriormente para Descartes, el alma no está unida al cuerpo del hombre sino como el *motor* está unido al *movido*, como el *barquero* á su *barquilla*; union, como veis, hermanos míos, la mas efímera, la mas accidental, la mas vana que se puede imaginar; porque el *principal* y el *apéndice*, el *señor* y el *criado*, el *motor* y el *movido*, el *barquero* y su *barquilla*, no son *uno*, sino *dos*; lo que con relacion al hombre es completamente falso, estando el alma y el cuerpo unidos en el hombre de una manera sustancial.

8. Pero ved ahora, hermanos míos, las consecuencias de esta falsa doctrina de la naturaleza del hombre.

Desde que la filosofia puramente racional, ó la *razon filosófica*, desconociendo el principio de que *el alma y el cuerpo del hombre son dos sustancias que se completan mutuamente por su union, no teniendo mas que un solo y mismo ser, y no formando sino un compuesto sustancial*, no miró al hombre mas que como un compuesto accidental, et alma y el cuerpo como dos sustancias completas cada una en sí misma, teniendo cada cual su ser aparte y sus propias operaciones; la razon filosófica se vió obligada ó imaginar *leyes, sistemas y combinaciones* para explicarse la concordia maravillosa con que las sensaciones llegan al alma y con que se reproducen las voliciones en el cuerpo; y de esto, los tres famosos sistemas que los modernos han renovado bajo el nombre de *armonia preestablecida, de causas ocasionales, de influencia fisica*.

Pero no habiendo explicado nada, y no pudiendo explicar

nada estas pretendidas leyes, estos sistemas, han dicho algunos : « Si el alma del hombre hace todo por sí misma, se crea á sí misma las ideas sin el concurso del cuerpo, ¿ á qué un cuerpo? ¿ Para qué es el cuerpo? Nosotros concebimos que para nada. » Y para abreviar la cuestion, ellos han negado la realidad del cuerpo del hombre, y negando el cuerpo del hombre, se han visto precisados á negar la realidad de todos los cuerpos en el universo. Y ved el *idealismo*.

Otros mas consecuentes (los epicúreos) decian : « Si el cuerpo tiene en sí mismo, independiente del alma, un ser propio; si el cuerpo existe como el movido respecto del motor, como la barquilla respecto del barquero, como el criado respecto á su señor ; si el cuerpo, recibiendo todas las impresiones de los objetos exteriores, siente y ejecuta sus propios movimientos y sus propias operaciones, ¿ para qué un alma? Y por otra parte, al cuerpo le vemos, le tocamos; al alma no la vemos. Pues si hay alguna cosa de cierto, es que no hay alma ; que el alma no es mas que una palabra, ó que lo que se llama *alma* ó *espíritu* no es mas que la perfeccion de la organizacion corporal. » Y ellos han negado el espíritu en el hombre ; y de consecuencia en consecuencia, negando el espíritu del hombre, han negado todo espíritu en el universo, han negado á Dios. Y ved el *materialismo* y el *ateísmo*.

En estos dos sistemas se ha dividido siempre la filosofía antigua y moderna, que, apoyándose sobre sí misma, ha desconocido la base fundamental de la verdadera ciencia del hombre, el principio de la *unidad sustancial* del alma con el cuerpo en el hombre.

La filosofía que ha fundado la razon católica no ha desconocido esta division funesta. No ha sido ni *idealista* ni *materialista*, ni mucho menos *atea*; porque ha mirado el alma y el cuerpo del hombre como un todo *naturat*, un todo *sustancial*, y porque el punto de partida de su psicología era este principio : EL ALMA INTELIGENTE ES LA FORMA (1) SUSTANCIAL

(1) La palabra *forma* tiene diferentes acepciones. En el sentido estético significa *belleza*. En el sentido geométrico, la forma es la modificacion exterior de la materia, ó su *figura*. Pero en el sentido filosófico la *forma* es el principio sustancial, invisible, que hace subsistir la materia á la que está uni-

DEL CUERPO HUMANO; principio profundo é importante, base de la verdadera filosofía, y que á causa de su importancia, el concilio de Viena del año de 1311 ha consagrado por estas palabras : *Qui pertinaciter asserere præsumpserit animam intellectivam non esse FORMAM per se essentialiter corporis, hæreticus censendus est.*

9. Pero no exijamos, queridos hermanos, á los antiguos filósofos que hayan conocido tan gran de y tan importante verdad.

Traigamos á la memoria que, segun San Pablo, no es Jesucristo quien ha sido formado á la vista del hombre, sino, por el contrario, el hombre quien fué creado á la vista de Jesucristo. « Asi como un artista cuando ha de hacer la estatua de un gran personaje pone todo el cuidado posible en trazar en pequeño con toda exactitud el diseño, formando con él el modelo, el tipo; de la misma manera, dice San Pablo, Dios, creando al hombre, no ha hecho mas que el tipo, el modelo, el retrato de Jesucristo, que un día debía venir al mundo; *Adam primus, qui est forma futuri.* » (Rom., V, 14.)

Siendo pues el hombre el retrato de Jesucristo, no puede ser conocido sino allí donde es conocido Jesucristo; porque no se puede conocer un retrato cuando no se tiene la menor idea del original. Los antiguos filósofos, no habiendo tenido ninguna idea de Jesucristo, no han podido reconocer al hombre; los judíos conocieron confusamente al hombre, porque los judíos, por las profecías y la tradicion, conocian de una manera confusa al Mesías Jesucristo. Solo entre los cristianos, conociendo perfectamente á Jesucristo, ha podido el hombre ser perfectamente conocido. El dogma cristiano, *que en Jesucristo la divinidad y la humanidad están sustancialmente unidas, sin confusion de la sustancia, en la unidad de la persona*, ha servido de luz á los filósofos del cristianismo, y en particular á San Atanasio, el venerable fundador de la filosofía cristiana, para concluir que en el hombre el alma y el cuerpo están unidos sustancialmente, sin confusion de sustancia, en la unidad del mismo *ser*. De suerte que el cuerpo

do, y la coloca en una categoría particular de los seres. Es en este último sentido que el concilio de Viena y los filósofos escolásticos han hecho uso de la palabra *forma*,

del hombre es un cuerpo perfecto, pero no ha de serlo mas que por el alma y en el alma, que le hace subsistir; de la misma manera que la humanidad en Jesucristo es perfecta, pero no tiene personalidad sino en la persona y por la persona del Verbo, en quien subsiste; es pues considerando el dogma católico que nos presenta á Jesucristo como reuniendo en sí dos naturalezas, la naturaleza divina y la naturaleza humana unidas, no de una manera accidental, sino de una manera sustancial, y no formando mas que un solo supuesto; es por esta luz que refleja del semblante de Jesucristo sobre el hombre, por lo que nuestros sabios han reconocido al hombre, y han establecido « que el alma racional y la carne no son sino el hombre sustancialmente único, de la misma manera que Dios y el hombre no son mas que uno sustancialmente en Jesucristo; *Sicut anima rationalis et caro unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus;* » como se dice en el símbolo atribuido á San Atanasio.

Así, hermanos míos, del altar es de donde estos grandes hombres tomaron la luz para iluminar las escuelas; á la religion es á quien han pedido la luz para iluminar las ciencias, y á la palabra de Dios á quien demandaron la luz para explicar la naturaleza del hombre; y por este medio han tenido la dicha de conocer aquella naturaleza; *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

10. Pero ved tambien la importancia y la solidez de los fundamentos de la ciencia cristiana. En el órden teológico todas las herejías de los *fantasiacos*, que niegan la realidad del cuerpo ó la humanidad de Jesucristo; y herejías de los *humanitarios*, que niegan su divinidad. De la misma manera, en el órden filosófico todos los errores se reducen á estos: errores de los *materialistas*, que niegan la espiritualidad del hombre; errores de los *idealistas*, que niegan su parte corporal. Pero así tambien como todas las herejías son, en materias teológicas, anonadadas, pulverizadas por la doctrina católica de la unidad sustancial de la divinidad y de la humanidad en Jesucristo, de la misma manera todos los errores de la filosofia son refutados por la doctrina de la filosofia cristiana: que el hombre no es mas que un compuesto sustancial de alma y de cuerpo; y toda verdadera

teología, como toda verdadera filosofía, se reasume en las palabras de San Atanasio que acabo de citar: *Sicut anima rationalis et cara unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus.*

Se echa en cara á la razon católica de la edad media que la filosofía, resultado de esta última razon, se ocupaba muchas veces de cuestiones muy poco importantes, mientras que la filosofía moderna no se ocupa, dicen, sino de cuestiones muy serias.

Pero esto mismo, admitido como verdadero, á bien reflexionar, no es mas que el elogio de la filosofía antigua y la deshonra de la filosofía moderna. Los filósofos cristianos tenían un simbolo comun de verdades; y á la ayuda de la luz tomada en la religion, en el lenguaje de la naturaleza, en las ideas comunes, que son el patrimonio de la humanidad, habían decidido las cuestiones mas graves del órden filosófico. Es pues muy natural que la actividad de la inteligencia se haya ejercitado algunas veces en esta época sobre objetos cuyo valor é importancia no es dado apreciar á todo el mundo. Sucede en el órden del progreso del espíritu humano, que después que se ha apropiado y asegurado de lo necesario y lo útil, busca lo *confortable*, lo elegante, lo agradable, lo gracioso, y aun lo conocidamente fútil. Así obra el rico, que, teniendo asegurada su subsistencia, se complace en gastar el excedente de sus rentas en objetos de lujo y de recreo.

Pero en cuanto á la filosofía moderna, que por su separación insensata de la religion, habiendo perdido, como se verá en la próxima conferencia, el conocimiento de toda verdad, está reducida á discutir « si hay una sola verdad, y si el hombre posee el medio de alcanzarla, » es muy natural que no tenga deseo de ocuparse de cuestiones secundarias; es muy natural que haya limitado sus investigaciones á darse cuenta de la existencia de Dios, de la espiritualidad del alma, de la creacion del mundo, pues que ha caído en las mas tenebrosas oscuridades, en la ignorancia mas completa con relacion á estas primeras verdades, que son el alimento esencial, el pan de la inteligencia, y el fundamento de toda ciencia y de toda religion. ¿No seria extraño que el pobre, falto del alimento diario, se ocupase en los juegos y en los espectáculos? ¿Se

puede pensar en los postres cuando no se tiene un pedazo de pan que llevar á la boca? ¿Ha de pensar en el lujo quien no tiene ni harapos con que cubrirse? La pretendida seriedad de las discusiones de la filosofía moderna no es pues sino la prueba brillante de su pobreza, de su miseria y de su desnudez. En vez de enorgullecerse por esto, debería estar confundida y humillada, y su pretension en hacer de ello un titulo de grandeza y de preferencia con relacion á la filosofía cristiana, es tan necia y estúpida como la pretension que tuviera el hotentote, el hombre salvaje, en preferirse al europeo, al hombre civilizado, á causa de la sencillez de sus gustos y groseria de sus costumbres.

En tercer lugar, la razon católica, por lo mismo que se ha inspirado de la palabra de Dios, de la fe de la Iglesia, está tambien segura en su método, que es natural en su principio y sólido en su fundamento.

11. En todas las grandes cuestiones del órden científico los sabios se dividen siempre en dos opiniones extremas, contrarias y opuestas entre sí, y combaten por ellas.

Estas dos opiniones no pueden ser ambas enteramente verdaderas, porque toda la verdad no puede encontrarse en dos opiniones contrarias. Ellas no son tampoco enteramente falsas, porque se hacen la guerra, y por consiguiente son fuertes; no se puede luchar sin tener fuerza. Pero si ellas tienen la fuerza, tienen tambien la verdad, ó relaciones ó afinidad con la verdad, pues que la fuerza de las opiniones proviene de lo que tienen de verdad. Fuera de la Iglesia no hay nada de verdad sin alguna mezcla de error; y puede decirse tambien que apenas hay error sin algun parentesco, sin alguna afinidad lejana, oculta con la verdad.

En este combate, el que se decida por uno ú otro bando influye para hacerle mas encarnizado. El modo de poner término á él, es de colocarse en medio, de conciliar las dos opiniones opuestas, reuniendo en un todo lo que hay de verdadero en los dos sistemas opuestos. Este ha sido el método de la filosofía cristiana. Habiendo aprendido por San Pablo á no rechazar *à priori* sin exámen ningun sistema que aparece erróneo, sino á examinar su espíritu, y á elegir y retener todo lo que ofrece justo, razonable y verdadero; *Omnia autem*

probate; quod rectum est tenete (i. *Thess.*, v, 24); la filosofía cristiana en toda especie de cuestiones se ha colocado en medio de las opiniones extremas, ha elegido lo que había de verdadero en la una y en la otra, ha reunido en junto estas dos porciones de verdad, y de esta manera ha resuelto los mas difíciles problemas de la inteligencia humana.

El método pues de la filosofía cristiana, de la razón católica inspirada por el cristianismo, ha sido un verdadero eclecticismo, pero un eclecticismo muy diferente del que se nos ofrece hoy como el verdadero medio de alcanzar la verdad, como la única filosofía que puede constituirse sobre los restos de los sistemas del siglo XVIII.

Porque tened presente, que así como no se puede elegir lo que es bueno sin tener previamente conocimiento de lo bueno, así tampoco se puede elegir lo verdadero sin tener previamente conocimiento de la verdad. Luego la razón filosófica moderna, no admitiendo ninguna verdad que no sea conquista suya, y partiendo de la duda ó de la nada, no tiene ni puede tener ninguna verdad para hacer de ella la regla de su elección, pues que para ella, de la elección es de donde debe salir toda verdad. El *eclecticismo* moderno pues, colocándose fuera de toda verdad tradicional, universal, religiosa, es el esfuerzo insensato de querer leer sin luz, marchar sin guía por un desierto, volar sin alas, edificar sin fundamentos, hablar sin palabra y razonar sin razón. Es un *eclecticismo* bastardo, un eclecticismo absurdo, un eclecticismo impostor, que, despojado de la máscara de que se ha revestido, no es en el fondo sino el *indiferentismo* hácia todo error resultante de la impotencia y de la desesperación de toda verdad, y que puede resumirse en estas palabras: *Credid todo lo que queráis, y vivid como creáis* (1).

(1) Ved como Diderot ha definido el *eclecticismo* moderno: « Todos nosotros no somos sino ecléticos. Desde el siglo XVI, ¿ qué hacemos tantos como somos? Qué somos desde Jordan Bruno, desde Cardano? ¿ Tenemos acaso una bandera, una escuela? Yo no veo mas que libres pensadores, celosos de la prerrogativa mas bella de la humanidad: *la libertad de pensar por sí mismo*. El sectario es un hombre que ha abrazado la doctrina de un filósofo; el eclético, por el contrario, es un hombre que, pisoteando *la preocupación, la tradición, la antigüedad, el consentimiento universal, la autoridad*; en una palabra, todo lo que subyuga al vulgo de los espíritus, se atreve á pensar por sí mismo, á remontarse á los principios generales mas claros, exami-

No ha sido este el *eclecticismo* de la filosofía cristiana. En la palabra de Dios, que dócilmente habia oído y guardado con fidelidad, tenia dispuesta la piedra de toque, la luz necesaria, con la que podía juzgar de la verdad de todos los sistemas y de todas las opiniones; tenia dispuesta la regla segura de su eleccion, y ha podido elegir todo lo que hay de verdadero y de bueno en los escritos de todos los filósofos antiguos (1) : ella ha sido segura en su método, lo que le ha procurado, en fin, la ventaja de ser, en cuarto lugar, *rica y feliz en sus resultados*. Vais á verlo en la tercera parte.

narlos, discutirlos, no admitir nada; sino, sobre el testimonio de su experiencia, *de su razon* y de todas las filosofías que ha analizado, sin razonamiento y sin parcialidad, hacerse una particular que le pertenezca.» (*Enciclopedia*, art. ECLECTISME.) Se diría que el autor de este artículo ha asistido á los cursos de los filósofos *eclecticos* de nuestros días : no es mas que esto su *eclecticismo*. Se les ha oído declarar que querian «trabajar en realizar por medio del *eclecticismo* el porvenir desconocido, en que el género humano entero no se compondrá mas que de *libres pensadores*.» Se les oye predicar todavia que el *eclecticismo* no es mas que el sistema de no pensar sino *por sí mismo*, de no creer mas que en sí mismo, ó mas bien, de no creer en nada; es decir, un sistema de destruccion, y no de edificacion; un sistema por el que se destruye en sí misma toda creencia venida de fuera, para hacer una tabla rasa de su alma; un sistema por el cual no se aprende sino á renunciar á todo lo que se ha aprendido, sino á sentarse en el vacío y en las tinieblas de su propio espíritu, y suicidarse como ser inteligente. ¡ Esto es, sin embargo, lo que hoy se llama filosofía !

(1) « Lo que yo llamo *filosofía*, decia Clemente de Alejandria, no es la de los estoicos, de Platon, de Epicuro ó de Aristóteles; sino la coleccion formada de lo que cada una de estas sectas ha podido decir de verdadero, de favorable á las costumbres, de conforme á la religion. » (*Stomat.*, 1.) Segun San Jerónimo, era conveniente estudiar los autores paganos, y apropiarse y hacer servir á la gloria de la religion todo lo que se encuentre en ellos de bueno y de verdadero; como los hebreos se apoderaron de los vasos de plata de los egipcios, y los hicieron servir á la gloria del tabernáculo. Con los ojos fijos en la religion es como elegian los filósofos cristianos en las doctrinas filosóficas lo que podía ser apto á su defensa y á su desarrollo. Desde luego se concibe esta especie de *eclecticismo*. Pero no se puede concebir un *eclecticismo* que lo hace depender todo de la eleccion, aun la regla con la que debe elegir; que pretende elegir lo verdadero aun antes de haber conocido lo que es verdadero, y aun antes de haber conocido si lo verdadero existe y si el hombre tiene un medio de alcanzarle. Semejante *eclecticismo* no es ni puede ser mas que el producto ciego de la casualidad y del capricho, la mezcla informe de restos de diferentes sistemas, de los sueños, de los delirios de la razon humana; no es ni puede ser mas que el caos: *Rudis indigestaque moles*.

TERCERA PARTE.

12. Es hablar con verdad, hermanos míos, el decir que mientras la razón filosófica de los tiempos antiguos, como hemos visto, y como veremos el domingo próximo con respecto á la razón filosófica de los tiempos modernos, no ha podido nunca resolver ninguna cuestión, no ha podido nunca hacer cesar ninguna dificultad ni establecer verdad alguna; la razón católica, inspirada por la luz de la palabra de Dios, había llegado á resolver todas las dificultades del orden filosófico, del orden teológico, del orden natural.

No tengo tiempo para recorrer estos diferentes órdenes; me atenderé solamente á dos ejemplos: quiero presentaros desde luego la solución natural que la filosofía sublime, ancha, segura, de los tiempos cristianos, ha dado y ha hecho aceptar á las inteligencias más delicadas sobre la cuestión tan importante del *origen de las ideas*.

Sobre esta gran cuestión la razón filosófica, marchando sola, se había dividido en dos grandes sectas: la de los platónicos, que admitía que todas las ideas se las forma el alma enteramente aislada; y la de los epicúreos, que sostenía que el alma no es más que una *tábula rasa*, y que todas las ideas le llegan formadas enteramente por los sentidos ó por la palabra.

Estas dos opiniones, tomadas en sus afirmaciones exclusivas, son las dos falsas; pero bajo cierto aspecto contienen las dos algo de verdad. La filosofía cristiana ha sido la única que ha separado lo que hay de verdadero en las dos partes; y reuniéndolo en un todo, ha presentado la verdadera doctrina sobre este gran problema, y le ha resuelto.

Como para la formación de una estatua, dice, son dos cosas necesarias, el artista y el mármol, el artista obrando como causa *eficiente*, el mármol concurriendo como causa *material* (1), de la misma manera el cuerpo es quien con-

(1) « Ex parte phantasmatum intellectualis operatio à sensibus causatur. Sed quia phantasmata non sufficiunt immutare *intellectum possibilem*, oportet

curre á la formacion de las ideas como causa *material*, en tanto que por los sentidos ó por la palabra llegan á la imaginacion los fantasmas (*phantasmata*) de los objetos exteriores, y el alma concurre como causa eficiente, porque el alma es quien, en virtud de su inteligencia, de esta facultad que es el reflejo de la inteligencia divina (1), forma de estas fantasmas que el cuerpo le ha presentado, la concepcion intencional, y se forma la idea. Así es verdad que el cuerpo y el alma son igualmente necesarios, y concurre cada uno de una manera diferente á la formacion de las ideas. Por esta bella y simple solucion es como la religion católica hizo cesar toda disputa entre los filósofos cristianos tocante á una cuestion tan grave.

15. Sucedió lo mismo con la cuestion de la certidumbre. Sobre esta cuestion, como sobre todas las otras, el mundo filosófico se habia dividido en dos campos enemigos. Los unos decian que la certidumbre está en el hombre; que el hombre tiene en sí mismo el medio de llegar á una certidumbre absoluta sobre todas las cosas: este era el sistema de los *dogmatistas*.

Otros decian: «No; el hombre no puede, mientras permanece solo, asegurarse de nada, estar cierto de nada, ni aun de su propia existencia, de su propio pensamiento; la certidumbre no está en el hombre *aislado*, no está sino en el hombre *colectivo*: esta era la opinion de los *académicos*.

Como el hombre individual es inteligencia, sentido íntimo y cuerpo, así los *dogmatistas*, que colocaban la certidumbre en el hombre individual, se habian subdividido en tres clases: 1^a la clase de los dogmatistas *intelectuales*, para los que toda certidumbre estaba en la evidencia de la inteligencia: estos eran los platónicos; 2^a la clase de los dogmatistas *fanáticos*, que no reconocian mas que el *tacto íntimo*, el sentimiento interior del alma (*permotiones animi intimas*, Cic.), para cri-

quod fiant intelligibilia per intellectum agentem. Nec potest dici quod cognitio sensibilis sit totalis et perfecta causa intellectualis cognitionis, SED MAGIS QUODAMMODO EST MATERIA CAUSÆ.» (D. Thom., 1, q. 88, a. 6.)

(1) Para comprender mejor la doctrina indicada en este párrafo, véase la nota B, al fin de esta conferencia.

terio de la certidumbre : estos eran los cirenáicos ; y 3.^a la clase de los *sensualistas*, en fin, en que el único y último juicio de la verdad era el testimonio de los sentidos : estos eran los sectarios de Epicuro.

De otro lado, los académicos, que colocaban la certidumbre en el hombre *colectivo*, haciendo abstracción absoluta del hombre *aislado*, se habían subdividido también en tres escuelas diferentes : 1.^a la escuela de aquellos para quienes no había nada de cierto fuera de las instituciones políticas ó *civiles* del país : esta era la escuela de Varrón ; 2.^a la escuela de los que no miraban como ciertas sino las creencias *religiosas* de cada pueblo : esta era la escuela de Cicerón ; 3.^a en fin, la escuela de los que quieren que el consentimiento del género humano, el *sentido comun* era el fundamento único de toda certidumbre : esta era la escuela de Carneades.

Pero las dos, esta dos opiniones extremas, por vías diferentes se dirigían al mismo punto : al escepticismo ; porque desde que se establece al principio de que el hombre tiene en sí mismo el principio de toda certidumbre ; que debe fiarse en sus propias luces, y que debe considerar como verdadero todo lo que le parece verdadero, es evidente que se abre la puerta á todos los errores ; que se llega á la desesperación de toda verdad, que es el escepticismo. Por otra parte, si el hombre por sí solo no puede estar cierto de nada, ni aun de su propia existencia, ¿ cómo puede estar cierto del sentido comun de los hombres, de las instituciones civiles, de las instituciones religiosas de los pueblos ? ¿ Cómo sabe que hay otros seres fuera de él ? Por consiguiente, el sistema de los académicos por otra vía distinta se dirige al mismo punto que el de los dogmatistas : al escepticismo absoluto.

La filosofía cristiana, tomando de Jesucristo la luz para conocer al hombre, se ha colocado entre estas dos opiniones, y con el pueblo, cuyo lenguaje es la verdadera filosofía, porque es la dictada por la naturaleza, ha reconocido que el hombre tiene en sí mismo el principio de la certidumbre, pero no de una certidumbre absoluta sobre todas las cosas ; que el hombre tiene en sí mismo la certidumbre completa de los primeros principios, la certidumbre de aquellas verdades por las que el entendimiento del hombre está como constituido, ó,

para usar del lenguaje de Sto. Tomás, está *informado* (1); al frente de las que el entendimiento del hombre está pasivo, en las que no pone nada de su propia cosecha; y por consiguiente decía Sto. Tomás: « La inteligencia, en tanto que no hace mas que percibir, está siempre en lo verdadero; *Intellectus simpliciter percipiens, semper est verus* (2). »

Lo mismo sucedía respecto de los sentidos: la filosofía cristiana no desdeñaba su testimonio; antes, por el contrario, colocaba en los sentidos la certidumbre de las verdades en el orden físico, diciendo: « El sentimiento es verdadero siempre que está dirigido sobre objetos que son de su alcance; *Sensus, circa sensibile proprium* (3), *semper est verus.* »

La posibilidad del error comienza para el hombre desde que empieza á deducir (4), desde que empieza á desenvolver

(1) « Sicut res naturalis non deficit abesse quod sibi competit secundum suam formam, ita virtus cognoscitiva non deficit in cognoscendo respectu illius rei cujus similitudine informatur. Sicut sensus de sensibili proprio *semper est verus*, ita et intellectus in cognoscendo quod quid est. » (D. Thom., 1, q. 16, a. 2, et *De veritate*, 1, artículo 12.)

(2) « Intellectus est verus in rerum *quidditatibus* percipiendis; in propositionibus *per se notis*, in quibus predicatum est in *ratione subjecti*, et ex sola terminorum perceptione cognoscitur attributum contineri in subjecto, vel ei esse contrarium. » (D. Thom., 1, q. 82, a. 11; *Poster.*, lib. 1, lect. 6 y 19.)

(3) « Sensibile proprium est quod ita sentitur uno sensu, ut non possit alio sensu sentiri, et circa hæc sensus *non potest errare*: sicut Visus est cognoscitivus *coloris*, Auditus *soni*, Gustus *saporis*, Olfactus *odoris*, Tactus *qualitatum tangibilium* nempe *qualidi* et *frigidi*, *gravis* et *levis*, etc. Visus autem non decipitur circa *colorem*, nec auditus circa *sonum*; et idem de cæteris. » (D. Thom., *De anima*, lib. 11, lect. 25.) Los sentidos pues no nos engañan sino cuando juzgamos de los objetos sensibles por el testimonio de un sentido de quien ellos no son el sensible propio; como acontece cuando por el testimonio de la vista decidimos de la *distancia* ó de la *magnitud*, que no son el *sensible propio* de la vista, sino del tacto. Y en efecto, si, por ejemplo, sometemos la distancia al juicio del tacto, y la medimos por codos ú por piés, la conoceremos tal como es. Hay tambien el sensible *comun*, y es que puede conocerse por el testimonio de todos los sentidos ó de muchos. Este es el *movimiento*, el *repose* el *número*, la *figura* y la *magnitud*. Con relacion al *sensible comun*, nos engañamos cuando le juzgamos por el testimonio de un solo sentido, debiendo juzgarle por el testimonio de muchos sentidos. Así es que muchas veces creemos que lo que se mueve, porque juzgamos de ello únicamente por la vista, que no es juez competente mas que de los colores. Pero si á esto añadimos el testimonio del tacto, conoceremos la verdad. Los sentidos nos engañan cuando están enfermos; pero su enfermedad la conocemos por nuestra propia experiencia, ó por la de los otros comparada con la nuestra, y entonces es cuando desconfiamos de nosotros. Este es el resumen de la doctrina de la filosofía cristiana sobre el testimonio de los sentidos.

(4) « Falsitas non est in simplici perceptione, sed in iudicio. Cujus rei ratio est, quia intellectus formans *quidditates* (vel simpliciter percipiens) non ha-

los primeros principios, y á deducir de ellos consecuencias; *Error est in intellectu componente vel dividente* (1). Con relacion á estas deducciones hay que someterse al juicio de la Iglesia, al juicio de los sabios, al juicio general, al consentimiento de aquellos que están en el caso de pronunciar su decision sobre la materia de que se trata, y juzgar si hemos hecho buen ó mal uso de la razon.

Véase como la filosofía cristiana conciliaba los derechos de la razon con los derechos del sentido comun (2). Y mientras que los *dogmatistas* habian querido hacer números permaneciendo siempre en la unidad, y los *académicos* habian querido hacer números sin unidades, la filosofía cristiana es quien ha hecho verdaderos números; porque, partiendo de la unidad, ha multiplicado esta misma unidad; es decir, que reconociendo que por sus propios recursos se puede estar cierto de la verdad de los primeros principios y de la existencia de los objetos exteriores, daba una base sólida al testimonio universal, que no es mas que el resultado y el conjunto de estas evidencias y de estas certidumbres individuales (3).

bet nisi similitudinem rei existentis extra animam. Sed, quando insipit judicare de re apprehensa, tum ipsum judicium intellectus est quoddam proprium ejus, et quod non invenitur in re. » (D. Thom., 1, q. 96, a. 2, et De veritat., q. 1, a. 5.)

(1) « Investigationi rationis humane plerumque falsitas admiscetur, propter debilitatem intellectus nostri in judicando, et phantasmatum pernioxionem; et ideo apud multos in dubitatione manerent ea que sunt verissima, etiam demonstrata; dum vim demonstrationis ignorant, et precipue cum videant á diversis diverse doceri. Inter multa etiam vera que demonstrantur immiscetur aliquando falsum quod non demonstrantur, sed aliqua probabili vel sophistica ratione asseritur, quod interdum demonstratio reputatur. » (D. Thom., *Contr. gentil.*, lib. iv, c. 4.)

(2) Quod ab omnibus communiter dicitur impossibile est totaliter esse falsum, falsa enim opinio *infirmetas* quedam intellectus est, sicut et falsum judicium de *sensibili proprio* ex infirmitate sensus accidit. Defectus autem *per accidens* sunt, et præter nature intentionem. Quod autem es *per accidens*, non potest esse semper et in omnibus. Sicut judicium de saporibus, quod ab omni gustu datur, non potest esse falsum; ITA JUDICIUM QUOD AB OMNIBUS DE VERITATE DATUR, NON POTEST ESSE ERRONEUM. (Id., *Ibid.*, lib. 11, c. 34.)

3 El sabio P. Rosellius, dominico, en su *Summa philosophia*, formulada sobre los principios, las doctrinas, y casi con las mismas palabras de Sto Tomás, explica en estos términos aquella especie de número del consentimiento comun, resultante de las unidades de la certidumbre particular: « Cum omnes vel fere omnes in aliqua re conveniunt, aliqua certe efficax ratio debet esse qua illi permoveantur. Nam, ut recte Cicero: « Neminem omnes et nemo unquam omnes fallit. » Quapropter non una tantum auctoritate, sed etiam *ratione*, dum illos sequimur, innititur. Hinc, si qua sententia commu-

Y de esta manera, marchando siempre por medio de las dos opiniones propuestas, y procurando conciliarlas, ha resuelto la cuestion *politica* entre el derecho divino y las franquicias de los pueblos, la cuestion *moral* entre la libertad y la gracia, la cuestion *fisica* entre la naturaleza íntima de los cuerpos y sus propiedades; en una palabra, todas las cuestiones del órden científico; y ha tenido la felicidad de asegurarse, de darse cuenta de todas las verdades, de demostrarlas, de desenvolverlas, y aplicarlas á la felicidad del hombre y de la sociedad (1).

14. Es, en fin, el cumplimiento de este oráculo del Evangelio: « Buscad en primer lugar el reino de los cielos, y todo lo demás se os dará por añadidura; *Querite ergo primum regnum Dei et justitiam ejus; et hæc omnia adjicientur vobis.* » (Matth., vi, 33.) Porque los filósofos cristianos han comenzado por buscar la verdad católica, la verdad de la religion, sin cuidarse de lo demás. No se han ocupado de la belleza de las formas; han dejado todo esto á los alumnos de la ciencia que quieren entretenerse con estos juegos. Han puesto desde luego sus miras en lo que es esencial al hombre, es decir, en la verdad, en la palabra de Dios; han buscado el reino de

nis est inter philosophos, etsi nobis non satis constet ratio qua probatur, haberi debet ut certa. » (*Logic.*, qu. xxv.)

Así que la certidumbre resultante del sentido comun descansa principalmente sobre las certidumbres particulares, como el número está formado de las unidades que le componem. Se concibe que muchos hombres que, teniendo escasos recursos, reúnen sus fondos, puedan formar un gran capital: pero no se concibe cómo pueda formarse un gran capital por muchos hombres que no poseen absolutamente nada. Fundar pues la certidumbre sobre el testimonio universal de los hombres, mientras que se les niega todo medio de certidumbre particular, es absurdo y aun ridículo. Este es, sin embargo, el engaño en que ha caído el autor del *Ensayo*, pretendiendo que el hombre solo no puede estar cierto de nada, ni aun de su propia existencia; y que los hombres que separadamente no están ciertos de nada, conviniéndose en afirmar una cosa, puedan producir un testimonio de infalible certidumbre.

(1) « Las cuestiones fundamentales de la ciencia moral, que la filosofía de nuestros dias ha traído atrevidamente á su tribunal, estaban ya decididas por la religion ó tratadas en el espíritu de su enseñanza. Habia en toda la Europa *uniformidad de doctrinas sobre los puntos importantes, y unidad de sentimientos.* ¡Ehonorabuena! Los doctores de las diferentes universidades, y aun de las diversas naciones, tomaban por asalto los argumentos, mejor que luchaban en sus opiniones; y la filosofía tenia tambien sus torneos, que se asemejaban á combates, y que no eran mas que un ejercicio del espíritu. Este era un tiempo de paz. » (De Bonald, *Recherches*, etc., tom. I.) Tanto mejor para el espíritu humano y para la sociedad.

Dios; *Querite primum regnum Dei*. Y bien, la bondad, la misericordia de Dios les ha concedido por ereces lo que no deseaban, lo que no habian buscado; *Et hæc omnia adjiciuntur vobis*. No han deseado sino lo *bueno*, y han conseguido tambien lo *útil*. No han deseado mas que lo *verdadero*, y han conocido tambien lo bello. No han querido mas que el cielo, y se han encontrado señores de la tierra. Sí, la Europa cristiana, cerrando los ojos sobre las conveniencias temporales y puramente humanas, ha buscado ante todo el reino de Dios, no siendo celosa sino en conservar la palabra de Dios y la revelacion del Evangelio; y Dios le ha concedido por añadidura todas las ventajas temporales. Ella se ha convertido en el centro de las luces, de la ciencia, de la literatura, de las artes, de la riqueza, de la fuerza, de la civilizacion, de la libertad; ella se ha hecho la maestra del mundo, el árbitro de los destinos del mundo; y no tiene mas que entenderse consigo misma para dominar al mundo, para apoderarse del mundo.

Ved, por el contrario, lo que ha sucedido á los griegos. A excepcion de los santos Padres, que han marchado por la via del cristianismo, y que, todos y siempre, han sido perseguidos, los sabios de este desgraciado país han preferido el orgullo á la humildad, la filosofia á la religion, las formas á los principios, el estilo á la doctrina, la elegancia á la verdad. Amando al Evangelio, han amado con preferencia á Platon y Aristóteles, á Homero y Demóstenes. No han buscado el reino de Dios en todo y ante todo; y han perdido la pureza de la fe, y se han hecho los maestros, y su país el domicilio de todos los errores. Su Platon se ha convertido, como Tertuliano ha dicho, en el PATRIARCA DE TODOS LOS HEREJES; *Patriarca omnium hæreticorum* (Apud S. Hieron., *epist. ad Ctesiphontem*); y como ha dicho San Ireneo, en la SALSA DE TODAS LAS HEREJÍAS; *condimentarium omnium hæreseon*. (*Hæres.*)

Su historia eclesiástica, como su historia política, no es mas que afrenta, escándalo y bajeza, que se ha tenido razon en calificar con el bochornoso título de *Historia del Bajo Imperio*. Semejantes á los judíos, de quien dice San Agustin: *Temporalia perdere timuerunt, et vitam æternam non cogitaverunt, et sic utrumque amiserunt* (Tract. 49, in Joan.).

los griegos tambien, habiendo preferido las ventajas temporales á los intereses religiosos y eternos, han perdido estos y no han conservado aquellos. Con la fe verdadera, han perdido toda ciencia, toda civilizacion, toda libertad; han concluido por caer bajo el despotismo otomano, bajo el que no han obtenido la felicidad de la vida del espíritu, sino la eleccion de la muerte.

15. Lo que acontece á las naciones sucede á los individuos. Ved, si no, aquellos de entre vosotros que, engañados por falsas doctrinas, por decepciones funestas, no han guardado la palabra de Dios que oyeron en su infancia, sino que han preferido la palabra del hombre y han cesado de creer. Libres de la enseñanza divina de la Iglesia, de la palabra salida de la boca de Dios, que es el verdadero alimento del hombre, en la licencia de la razon, desprovista de toda regla, de toda autoridad, se lisonjaban de encontrar un nuevo descubrimiento, una fuerza nueva, una nueva vida para su inteligencia, y no han encontrado mas que la miseria, la debilidad, las tinieblas y la muerte; *In tenebris et in umbra mortis sedent.* (Luc., I, 79.)

No tienen mas que las apariencias, el nombre de sabios, de gentes de inteligencia. En verdad, no creyendo nada de lo que se debe creer, no saben nada de lo que deben saber, no conocen nada de lo que deben conocer; su inteligencia está muerta; *Nomen habent quod vivant, et mortui sunt.* (Apoc., III, 1.) Su inteligencia no está menos podrida, en medio de las vanas apariencias de erudicion en que se pavonea, que los cuerpos de los grandes entre los ricos tejidos en que se envuelven, en los mármoles preciosos en que descansan. Verdaderos Lázaros, encerrados desde largo tiempo en tumbas abrillantadas con su ciencia rica de palabras y pobre de certidumbre y de verdad, alejan de sus lados las almas cristianas, que no pueden soportar el mal olor de su impiedad; *Quatriduanus est, jam fœtet.* (Joan., XI, 39.)

16. Pero ¡qué! ¿Han muerto para siempre esas pobres inteligencias de nuestros hermanos de bautismo? ¿No pueden ya volver á la vida? ¡Ah! Sí, sí; les basta desearlo.

A presencia de la tumba de Lázaro y de su hermana desconsolada, el Hijo de Dios pronunció estas sublimes y magní-

ficas palabras : « Yo soy la resurreccion y la vida. El que crea en mí, aunque muerto, puede revivir, y el que revive creyendo en mí, no morirá jamás; *Ego sum resurrectio et vita. Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet; et omnis qui vivit et credit in me, non morietur in æternum.* » (Ibid., 25.) Y después añadió : « Marta ¿crees en esto? *Credis hoc?* » Y habiendo respondido Marta : « Sí, sí, Señor; yo he creído siempre que sois el Mesías, el Hijo del Dios vivo, venido á este mundo para salvarle; *Utique, Domine; ego credidi quia tu es Christus, Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti;* » á este grande y bello acto de fe se siguió la resurreccion de Lázaro.

Y bien, amigos míos, si os hallais aquí, con relacion al espíritu, en la condicion en que se encontraba Lázaro con relacion al cuerpo, ved el medio fácil que os presenta la bondad de Dios para resucitar á la vida de la inteligencia, que habeis perdido. Que Marta, es decir, que vuestra voluntad crea que *Jesucristo* es la resurreccion y la vida; y Lázaro, su hermano, es decir, el espíritu muerto por la incredulidad, podrá revivir por la fe; *Ego sum resurrectio et vita. Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet.* Y no digas « ¡Ay! Yo no puedo creer! » Desead creer, orad para creer; y la misericordia divina hará lo demás, y creereís; porque el deseo de creer, la oracion para creer, es ya la fe, como el deseo de amar, la plegaria para amar, es el amor. ¿Valor pues! Y si hemos tenido bastante debilidad y bajeza para negar, tengamos bastante fuerza y grandeza de alma para creer. Elevémonos sobre nosotros mismos, seamos nosotros mismos.

En el secreto de nuestra conciencia prosternémonos á los piés de este amable Salvador; digámosle : « Sí, sí, Señor; yo creo, yo quiero creer que sois el verdadero Hijo del Dios vivo, venido al mundo para salvar al mundo y para salvarme á mí mismo; *Credo quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti;* » y en el instante mismo el gran prodigio que la palabra omnipotente de este Hijo de Dios obró sobre el cuerpo de Lázaro, se renovará y se cumplirá sobre nuestro espíritu; y una vez que hayamos recobrado aquella vida del espíritu, que no es mas que el reflejo de la vida inmortal de

Dios mismo, no moriremos jamás; *Et omnis qui vivit et credit in me non morietur in æternum.*

Todos nosotros, en fin, los que nos hallamos reunidos en este santuario, no salgamos de él sin haber tomado la grande resolución del Profeta; es decir, que, poseedores dichosos de la vida de la inteligencia y del corazón, ó volviendo á ella en este mismo momento por la fe y por la gracia, no queramos jamás perderla, ni morir nunca en la incredulidad, en la duda ó en el vicio; y queramos vivir siempre en la creencia de la palabra de Dios, en el amor de sus leyes; practiquemos por nuestro celo esta palabra divina, confesémosla con valor, y atestigüemos al mundo los prodigios que la bondad de Dios ha obrado para nosotros y en nosotros; *Non moriar sed vivam, et narrabo opera Domini.* (Psal cxvii, 17.) Y viniendo por este medio á obtener la paz del alma en el tiempo, y la felicidad en la eternidad, aprenderemos por nuestra propia experiencia que el hombre no es verdaderamente dichoso sino en tanto que escucha la palabra de Dios y la guarda; *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* Así sea.

Nota A (Pag. 91.)

LOS FILOSOFOS PRESENTUOSOS.

Aun no se ha olvidado en el mundo filosófico ese tono de desmesurado orgullo con que ha anunciado al mundo de los sabios su filosofía aquel á quien se ha llamado el BUENO DE WOLF, el discípulo mas célebre de Leibnitz, sin ningun respeto hácia el genio de su maestro, hácia el fundador de la nueva filosofía alemana, al principio del último siglo.

« Dos cosas, dice, han faltado, hasta el presente, en toda filosofía, á saber: desde luego aquella evidencia que es la única que tiene el privilegio de producir el consentimiento cierto é inmutable, y en segundo lugar, la aplicación práctica de las doctrinas que la filosofía enseña. Estos dos defectos proceden de la misma causa; es que no hay estas nociones, estas proposiciones determinadas, sin las que los principios filosóficos no pueden ser ni comprendidos ni demostrados, ni aplicados á los usos ordinarios de la vida humana. *Duo in primis sunt, quæ in omni philosophiæ hactenus desiderantur: deest illa evidentiæ, quæ sola assensum gignit certum atque immotum: nec quæ in ea traduntur usui vitæ respondent. Utriusque eadem ratio est: exulant NOTIONES AC PROPOSITIONES DETERMINATE, sine quibus tamen quæ afferuntur, nec satis intelligi, nec sufficienter probari, nec ad usus vitæ obvios dextere applicari possunt.* » (Wolphius, Prefatio in Logicam.)

Así que, según este *bueno* de Wolf, se había filosofado en el mundo durante un período de tres mil años, sin que se hubiesen tenido jamás *nociones claras, proposiciones determinadas*, y por consiguiente sin que se hubiesen podido jamás *comprender* los principios filosóficos, ni *demonstrarlos* ni *aplicarlos* á los usos ordinarios de la vida humana, sin que se hubiese jamás conocido ni la filosofía de la *evidencia*, ni la evidencia de la filosofía. En una palabra, según Wolf, y hasta Wolf, nadie en el mundo, ni aun el inmenso talento de Leibnitz, con cuyas doctrinas este *bueno* de Wolf se había enriquecido, nada se había producido que mereciese fijar la atención del mundo filosófico, y el mundo no había tenido jamás la filosofía.

Y pues que uno de los caracteres propios de la filosofía moderna es la insolencia y la temeridad, véase á este depositario único del secreto filosófico, anunciar al mundo, como encargado de la alta misión de adoctrinar al *género humano* en una filosofía *útil*, habiendo sido inútil toda filosofía antes de él. Vedle declarándose el *único* que lo ha *explicado todo*, que lo ha *probado todo*; el único que había dado un sentido fijo á las palabras, cuya vaga significación no engendraba antes de él mas que *nociones confusas*. Ved á Wolf, glorificándose de haber sido el primero en construir el edificio de las *proposiciones determinadas*, de las que ni *una sola* habían conocido los filósofos que le precedieron; de haber distinguido lo verdadero y lo falso, que hasta entonces se habían encontrado diseminados indistintamente en el cerebro de los hombres; de haber formado un sistema armónico de todas las verdades conexas, y abierto la puerta de las escuelas al genio de las invenciones. Ved sus increíbles palabras: « Por esta razón, queriendo hacer la filosofía útil al género humano, he creído deber imponerme la ley de no admitir nada que no estuviese bastante explicado y suficientemente probado; de tomar residencia á las palabras que presentaban nociones confusas, de la significación vaga que tenían, y darles un sentido fijo; y de construir proposiciones determinadas, de las que, *hasta el presente*, no han conocido una sola los filósofos. De esta manera es como yo he sido bastante dichoso, no solamente para distinguir lo verdadero y lo falso, que generalmente se encuentran mezclados en el conjunto, y coordinar las verdades conexas entre sí, en un sistema armónico, sino también abrir, *en fin*, una vez la entrada de las escuelas al genio de los inventores; *Quamobrem philosophiam generi humano perutilem effecturus, id mihi agendum esse duxit ut nihil admitterem, nisi quod satis fuerit explicatum et sufficienter probatum; et voces à nationibus confusis à significato vago ad fixum reducerem, et propositiones determinatas, quas hactenus nullas noverunt philosophantes, conderem. Hac ratione non solum mihi verum à falso, cui vulgo admixtum est, discernere, ac veritates inter se conexas in systema harmonicum redigere licuit, verum etiam inventuribus tandem in scholis aditus aperens est.* » (*Ibid.*) Y para asegurar de antemano al género humano sobre la exactitud de sus doctrinas, vedle explicarse como otro San Pablo, profesando dogmas cuya infalibilidad hubiera sido reconocida por los hombres mas sabios y mas sensatos, que ciertamente no habían dudado del grado de excelencia de la filosofía de Wolf. Porque, *dogmata mea, dico, defensione non indigere jamdudum agnoverunt viri intelligentes et cordati.*

¡ Qué idioma, Dios mio! Yo no he encontrado nunca en ningún libro de filosofía, antigua ó moderna, nada mas pretencioso ni mas insolente. Pero esta manera de explicarse del *bueno* de Wolf, arrogante hasta la locura, orgulloso hasta el ridículo, no nos admira. Es propio de la pedantería el ser presuntuoso, y la de los filósofos protestantes de la Alemania lo es hasta el último grado. Lo que nos asombra, lo que nos admira y nos disgusta al mismo tiempo, es ver que el mismo genio católico, haciendo mal uso, por la misma ignorancia, de la verdadera filosofía, no ha sabido nunca libertarse del es-

piritu de ciega confianza en sus propias fuerzas que anima á la mayor parte de los filósofos modernos, y hace creer á cada uno que es el primer inventor de la filosofía verdadera y el gran maestro del universo.

« Está demostrado por la experiencia, dice Descartes, que los que profesan la filosofía son muchas veces lo que saben menos, y que no hacen tan buen uso de su razon como los que los que no se han dedicado nunca á semejante estudio; *Experientia ostendit eos qui philosophiam profitentur, ut plurimum, esse minus sapientes et ratione sua non tam recte uti quam alios qui nusquam huic studio operam dederunt.* » (Cartesius; *Princ. philos.*, prefatio.) Así que, una cierta experiencia habia enseñado á Descartes que el uso de la razon se encuentra menos defectuoso entre los hombres ignorantes, groseros y aun idiotas, los hombres, en una palabra, enteramente extraños á la filosofía, que entre los que pasan por profesores y maestros de esta ciencia; lo que puede traducirse en estos términos: *Todos los hombres son bestias, y los filósofos lo son mas que los otros.* Este es, para decirlo de paso, el mismo pensamiento que ha explicado posteriormente Juan Jacobo Rousseau de una manera mas dura y mas desgarradora, cuando ha dicho: « El hombre que razona es un animal depravado. » Y pues que cuando se trata de las bestias, deben buscarse las menos viciosas y malignas posibles, Descartes da á entender que no quiere para alumnos suyos á los que habian aprendido la filosofía antigua, y prefiere formar su escuela de personas que nada sepan de aquella filosofía, siendo estos los mas aptos para aprender la filosofía nueva, que ya se entiende que es la de Descartes, y por esto mismo la verdadera. Porque dice: « Es menester concluir de esto, que los que menos han aprendido de estas cosas que se han enseñado hasta qui bajo el nombre de filosofía, son los mas capaces de comprender la filosofía verdadera; *Unde concludendum eos qui quam minimum didicerunt illorum omnium que hactenus nomine philosophiæ insigniri solent, ad veram percipiendam quam maxime esse idoneos.* » (*Ibid.*)

Después de este prelude, hecho con un sentimiento de la modestia mas rara, Descartes añade: « Aunque todas estas verdades que forman mis principios hayan sido conocidas siempre y por todo el mundo, sin embargo no se ha encontrado nadie, que yo sepa, hasta aquí que haya comprendido que de estas mismas verdades se puede deducir el conocimiento de todas las demás cosas que existen en el mundo; *Etiamsi omnes illæ veritates, quas pro principijs meis habeo semper et ab omnibus cognitæ fuerint; Nemo tamen quod sciam hactenus fuit qui agnoverit, omnium aliarum rerum, quæ in mundo sunt, notitiam ex hijs deduci posse.* » (*Ibid.*) Lo que significa que durante el período de seis mil años que han precedido á la aparición de Descartes sobre el globo terrestre, nadie habia sospechado que con los principios generales de la razon humana se podia razonar sobre todo: tan grande y tan profunda era la estupidez de los hombres en el mundo entero antes de Descartes.

Pero, como es menester inspirar valor á los tímidos que desconfian mas de lo necesario de sus propias fuerzas, Descartes asegura á sus lectores, tan ignorantes como sean (porque, como se acaba de ver, Descartes no quiere tratar sino con ignorantes), que ellos no encontrarán nada en sus escritos que no puedan comprender perfectamente: tan grande es la claridad de sus principios, la sencillez de sus pensamientos; *Eos qui viribus suis plus æquo diffidunt certiores reddere vellem nihil esse in meis scriptis quod non perfecte intelligere possint.* (*Ibid.*)

Con semejantes sentimientos de amor hácia los hombres y de respeto hácia la humanidad, es como Descartes pone manos á la obra, y comienza y acaba un curso enteramente nuevo de filosofía, completo en todas sus partes; y esto no para una sola ciudad, una sola provincia, una sola nacion: ¡ esto se-

ria una bagatela! Sino para TODO EL GÉNERO HUMANO; *Hoc mihi agendum restaret ut integrum philosophiæ corpus humano generi darem.* (*Ibid.*) Defecto inmenso, difícil, en el que, habiendo fracasado Descartes, á lo que parece, el buco de Wolf se ha encontrado dispuesto á reproducirle, como se ha visto, en los mismos términos, y á cumplirle con el mismo éxito, como sabe el género humano.

Y en nuestros mismos dias ved en M. el vizconde de Bonald otro de los bienhechores de este pobre género humano, á quien la filosofia ha tomado tanto interés, sin que por esto haya sido mas instruido ni mas dichoso; ved, digo, á M. Bonald venir á ofrecerle, con la misma suficiencia que Wolf y Descartes, una nueva filosofia. « Desde casi *tres mil años*, dice, que los hombres buscan por las únicas luces de la razon el principio de sus conocimientos, la regla de sus juicios, el fundamento de sus deberes; que buscan, en una palabra, la *ciencia* y la *sabiduria*, ha habido *siempre* sobre estos grandes objetos tantos sistemas como sabios, y tanta *incertidumbre* como sistemas. La diversidad de las doctrinas ha crecido de siglo en siglo con el número de los maestros y el progreso de los conocimientos, y la Europa, que hoy posee bibliotecas enteras de escritos filosóficos, que cuenta tantos filósofos como escritores, *pobre en medio de tantas riquezas, é incierta de su camino con tantas guías*; la Europa, centro y hogar de todas las luces del mundo, espera todavia una filosofia. » (*Recherches philosophiques*, tom. 1, cap. 1.) Y despues de este preámbulo, que parece tomado de algun filósofo del protestantismo, tanto es el espíritu de ligereza y desprecio de toda filosofia que habia precedido desde *hace tres mil años*, M. Bonald pasa revista á todas las escuelas filosóficas, desde Tales hasta Kant, comprendiendo en ellas todas las escuelas cristianas, desde Clemente de Alejandria hasta Santo Tomás, y pronuncia con una imperturbable sangre fria que *por todas partes y siempre* no hubo mas que *ignorancia é certidumbre* con relacion á los principios de la filosofia; y viene á proponer en estos términos su remedio prodigioso, que debe curar al mundo filosófico de todos sus males: « Pero bastante se ha hablado de la incertidumbre y de las contradicciones de los diversos sistemas de filosofia; tratemos ahora de si seria posible encontrar en los hechos públicos un fundamento de las doctrinas filosóficas, MAS SÓLIDO DEL QUE SE TIENE HASTA AQUÍ EN LAS OPINIONES PERSONALES. Yo me atrevo á llamar sobre este pensamiento la atencion de todas las inteligencias; yo vengo á consultarlas mis propias ideas, mas bien que á proponérselas. » (*Ibid.*)

Así M. de Bonald, este talento tan elevado, este filósofo tan profundo, este publicista tan sabio, este escritor tan distinguido, y lo que es mas, este católico tan sincero, tan ferviente, tan edificante, ni aun ha sospechado que entre la filosofia pagana de los antiguos tiempos y la filosofia protestante de los tiempos modernos hay una filosofia toda católica! Ha saltado de una vez los catorce siglos de esta filosofia, durante los cuales, marchando por las huellas de los Orígenes, de los Atanasio, de los Agustín, de los Grocio, de los Casiodoro, de los Anselmo, de los Pedro Lombardo, de los Alberto el Grande y de los Santos Tomás, estos grandes genios del mundo cristiano, los filósofos habian buscado y encontrado, *por las luces de la razon, ILLUMINADA POR LA VERDAD, el principio de los conocimientos humanos*; lo habian desenvuelto en todas sus consecuencias, y habian poseido la ciencia sin perder la religion. M. Bonald, así como Wolf y Descartes, no ha visto que durante aquel tiempo no hubo entre los sabios cristianos mas que un mismo sistema, un mismo símbolo, un mismo conocimiento y una misma certidumbre, sobre las grandes verdades que mas importa conocer al género humano; que hubo una filosofia verdadera, entrañando en sí misma todos los gérmenes, todos los principios, todas las razones del verdadero desarrollo, del verdadero progreso, de la verdadera civilizacion de la sociedad moderna. Y aunque en los térmi-

nos en que se acaba de leer, tan mesurados y tan modestos, siendo la modestia uno de los caracteres del genio, no es menos verdadero que M. de Bonald se ha colocado tambien como el primer filósofo, que, *después de tres mil años de vanos esfuerzos, de ensayos estériles, ha descubierto, en fin, á los hombres en razon al lenguaje que Dios los dió, el verdadero principio de sus conocimientos, la verdadera regla de su juicio el fundamento de sus deberes*; ha regalado al mundo la *verdadera sabiduría*, desconocida hasta él por el mundo, ¡y ha venido en socorro de la *Europa tan pobre en medio de tantas riquezas*, dotándola de una verdadera filosofía! Y cuando se ha visto á un talento tan sólido y tan cristiano como el de M. Bonald darse tambien semejante importancia, que seria ridícula si no fuese piadosa, no hay derecho para admirarse que otros menos cristianos y de ideas menos sólidas hayan hecho otro tanto á consecuencia de haber desconocido la filosofía *demonstrativa*, y no haber considerado como la única y verdadera filosofía mas que la filosofía *inquisitiva*, esta última filosofía tantas veces hecha y siempre por hacer desde hace tres mil años. Ha sido muy natural que filósofos que partian del mismo principio hayan llegado á la misma consecuencia sobre la necesidad de dar al mundo una nueva filosofía, y que desde luego cada uno de ellos se haya presentado para coneluir esta inmensa necesidad, en la que tantos grandes hombres habian fracasado piadosamente desde hace tres mil años.

En efecto, así como los primeros corifeos de la filosofía moderna, Bacon con su empirismo, Descartes con su duda universal, y Leibnitz con su racionalismo, de la misma manera sus sucesores Locke con su sensualismo, Hume con su escepticismo, Berkeley con su idealismo, Kant con su razon pura, Schelling con su absoluto, Malebranche con su vision en Dios, de Lamennais con su sentido comun, de Bonald con su teoría del lenguaje, Jouffroy con su método de observacion, y otros con su eclecticismo, todos en el fondo han tenido el mismo pensamiento orgulloso, la misma loca pretension de haber descubierto á los hombres y de haber sido los primeros en crear la verdadera filosofía.

¡ Ah! La filosofía, si no es *demonstrativa*, no es ni será nada jamás. La filosofía *inquisitiva*, desprovista de base, caracerá siempre de resultados. Hasta volver pues á la filosofía de demostracion, hay que resignarse á ver reaparecer en gran número sobre la escena del mundo filosófico, comediantes filósofos, charlatanes de la ciencia, representando la construccion del edificio de la filosofía; y que, después de haber hecho ruido con mas ó menos eco, después de haber desempeñado con mas ó menos seriedad su papel, después de haber sido silbados mas ó menos por el público, descontentado, entristecido escandalizado, irán á ocultarse en los bastidores, avergonzados por el desprecio y el olvido, para no reaparecer jamás.

Para curar pues á los modernos filósofos, á quienes haga curables su buena fe de aquella grande enfermedad del orgullo que han adquirido de las esuelas paganas de Atenas y de Roma, no se insistirá demasiado sobre esta conclusion que resulta evidentemente de la historia de la ciencia humana, á saber: que la palabra *filosofía* no ha tenido siempre y en todos los pueblos la misma significacion; que en épocas diferentes ha habido dos diferentes especies de filosofía, la una falsa, la otra verdadera; la una, que, habiendo buscado *por las únicas luces de la razon el principio de los conocimientos, la regla de los juicios, el fundamento de los deberes del hombre*, no los ha encontrado jamás; la otra, que, marchando á la luz sobrenatural de la religion, ha llegado á encontrar todo esto, y por añadidura ha extendido el dominio del espíritu humano, y lo ha enriquecido con importantes verdades; la una, que ha corrido siempre en vano detrás de la ciencia y la sabiduría, la otra, que la ha alcanzado y la ha poseido; la una, que sobre los mas gran-

des objetos del conocimiento humano ha visto formarse en su seno *tantos sistemas como sabios*, y surgir *tantas incertidumbres como sistemas*; la otra, que ha reunido todos los sabios de todas las escuelas en un mismo símbolo de creencias filosóficas, en un mismo sistema de verdades y de certidumbres. Porque, si se llega á convencer de todo esto á los espíritus serios, se puede esperar que se adherirán á la filosofía antigua, que se encuentra ya toda hecha, en lugar de trabajar su cerebro en hacer una filosofía nueva, que, después de haber sido hecha, quede siempre por hacer. Se puede esperar que querrán aplicarse á restaurar, á depurar, á desenvolver, á perfeccionar lo antiguo, en vez de disipar sus fuerzas y su tiempo en edificar de nuevo lo que no habia de darar, y que el mas infimo de sus discipulos seria capaz de echar por tierra. Se puede esperar que querrán reunir sus trabajos á los trabajos de los verdaderos filósofos que les han precedido, y continuar la cadena de las verdades tradicionales, en lugar de colocarse, como los primeros anillos de una cadena nueva de pretendidas verdades, que será destruida tan pronto como formada, y que en todos los casos no podria prolongarse mas allá de su vida. Se puede esperar, en fin, que el espíritu humano querrá ocuparse de lo que es ya conocido, para afirmarlo y deducir de ello las consecuencias mas útiles al orden y á la felicidad social, en lugar de gastarse en la investigacion de un desconocido que no se podria jamás alcanzar, en el seguimiento de quimeras que no tienen otras realidades que la de debilitar los conocimientos comunes, el mas precioso patrimonio del hombre y el fundamento de la sociedad.

Nota B (Pag. 114.)

ESCLARECIMIENTO SOBRE LA FORMACION DE LAS IDEAS.

Esperamos que el lector estará gustoso de ver aquí mas esclarecida la importante doctrina sobre la primera y mas noble facultad del entendimiento humano, que apenas hemos podido bosquejar en una parte de esta conferencia. Se persuadirá siempre mas y mas que la filosofía cristiana, que se conoce tan poco, y que tanto se ha despreciado bajo el nombre de *filosofía escolástica*, es, sin embargo, la verdadera filosofía; que fuera de sus principios y sus doctrinas, todo es oscuridad, incertidumbre, error, particularmente en materia de psicología; y que los mayores talentos y los mas religiosos, desde que marchan fuera de sus vias, queriendo sinceramente la verdad, no hacen sino tartamudear, extraviarse y perderse.

M. de Bonald era ciertamente del número de estos talentos. Profundamente católico, y dotado en el mas alto grado de todas las calidades, de todos los talentos que forman el verdadero filósofo, hubiera podido enriquecer á su país con una filosofía sólida y verdaderamente cristiana, y aun parece haber tenido este pensamiento; pero habiéndose ladeado, sin comprender nada de las doctrinas escolásticas; muy hábil en destruir errores groseros, no lo ha sido en establecer la verdad; y en las dos famosas disertaciones *Sobre la imposibilidad de que el hombre haya inventado el lenguaje y la escritura*, que permanecerán como bellos y preciosos monumentos del genio cristiano de nuestros dias, no ha hecho avanzar un paso á la verdadera psicología; y sobre la cuestion del origen de las ideas, aun combatiendo á Locke

y á los *sensualistas*, parece, sin sospecharlo ciertamente, haberles dado la razon.

Porque para M. Bonald tambien todas las ideas nos vienen por los sentidos, por medio de la palabra. Y las palabras que forman el lenguaje, y en las que, segun M. de Bonald, están contenidas *todas las ideas formadas*, no son mas *innatas* que las ideas mismas. Las palabras *articuladas* se reciben por el oído; las palabras *inarticuladas*, por los ojos [sordo-mudos]; con la excepcion de que para Locke las ideas nos llegan por *todos* los sentidos, y que para M. de Bonald solo nos llegan por el oído y la vision: la doctrina, en cuanto al fondo, es la misma, es decir, *que los sentidos son el origen único de todas las ideas*. Yo lo repito: es que M. Bonald, extraviado tambien por las preocupaciones que la filosofia moderna ha creado contra la filosofia escolástica, habia rechazado de una vez esta filosofia como un vano sueño de Aristóteles. ¡Oh! Por poco que la hubiera conocido, y aun de lejos, hubiese comprendido: 1º que la palabra misma produce fantasmas (*phantasmata*) en la imaginacion; 2º que siendo estos fantasmas recibidos por los sentidos en la facultad *sensitiva*, no nos presentan las cosas sino en su forma *determinada y singular*, y revestidas de todas las *condiciones materiales*; y por esto hubiera comprendido tambien que es de toda necesidad admitir el *entendimiento agente* en el espíritu del hombre, ó la facultad que extrae de estos fantasmas *determinados y singulares* las concepciones *universales e indeterminadas*, es decir, las ideas, como lo ha observado Santo Tomás por estas palabras: *Cum corporeum nihil possit imprimere in rem incorpoream, ideo ad causandam intellectus operationem, non sufficit sola impressio sensibilibus corporum sed requiritur aliquid nobilius et superius, scilicet INTELLECTUS AGENS.* (I, q. 84, a. 6.) Así es como hubiera encontrado la solucion de este problema tan difícil.

Pero él menos que nadie ha sospechado la diferencia infinita que existe entre el fantasma de la cosa, tan como es producido en la *imaginacion*, sea por la palabra, sea por toda sensacion, y la idea, tal como aparece en el *espíritu* á seguida de la impresion que se ha recibido por los sentidos. Ha creído que la idea de la cosa se encuentra en la palabra tal como aparece en el espíritu, *completa, absoluta, universal, espiritual, inteligible*; y no ha reconocido, como ninguno de todos los filósofos *sensualistas*, ninguna *facultad propia del espíritu* en la formacion de las ideas. En vano se tratará de defenderle, haciendo observar que M. de Bonald ha admitido una cierta *capacidad*, una cierta *disposicion* en el espíritu para *recoger* las ideas. Esta capacidad, esta disposicion ha sido admitida aun por Locke y por todos los *sensualistas* moderados, que no han tenido el triste valor de negar la existencia del espíritu en el hombre. Y por otra parte, la facultad *sensitiva* no es mas que la potencia que tienen los sentidos de recibir la forma de los objetos sensibles sin la materia, de la misma manera que la cera recibe la *forma* del sello sin la materia del metal del sello mismo. *Potentia sensitiva est potentia susceptiva specierum sensibilibus sine materia quod accidit eo modo quo cera recipit signum annuli, quin recipiat materiam ferri vel auri.* (D. Thom., *De anima*, lib 2, sec. 4.) Es pues evidente que los sentidos son tambien *capaces, dispuestos* á recibir estas formas; pero de que los sentidos sean *capaces*, sean *dispuestos* á recibir estas formas, no se sigue que los sentidos *obren* sobre ellas, sino que las *sufren*. De la misma manera que de que se admita la misma *capacidad*, la misma *disposicion* en el espíritu á recibir las ideas, no se sigue que se le reconozca una facultad *activa*, sino una *pasividad* (*passivité*) enteramente pura. La diferencia entre la *disposicion á recibir* y la *potencia de obrar es infinita*. Habiendo pues M. Bonald, como Locke, hecho absolutamente *pasivo* el espíritu en la formacion de las ideas, parece ha tendido la mano á su adversario, que sostiene que todas las ideas nos vienen por los sentidos de una manera *eficiente*.

Segun Locke y su escuela, toda la operacion del espíritu con relacion á las ideas, consiste en esto, que el espíritu no hace mas que transmitir los movimientos excitados en las fibras del cerebro por los objetos sensibles que mueven los sentidos. Luego M. Bonald no concede potencia al espíritu en la formacion de las ideas. Para M. de Bonald pues, como para Locke, el entendimiento humano antes de haber sentido, no es solamente una *tabla rasa*; lo que es verdadero y lo que los escolásticos admiten; sino que está privado de toda accion *activa*; lo que es falso, radicalmente falso, y lo que los escolásticos no admiten, pues que reconocen en el espíritu humano aquella sublime facultad que llaman el ENTENDIMIENTO AGENTE (*intellectus agens*, que obra sobre los *fantasmas*, los despoja de todas las condiciones de tiempo y de lugar (*de hic et nunc*), y extrae de ellos concepciones *generales, indeterminadas, intencionales, espirituales, inteligibles*. Y esto son las *ideas*, que por consiguiente no son mas que el sublime resultado del ejercicio de una virtud *innata*, obrando sobre la materia de los fantasmas que le presentan los sentidos.

Así es como el hombre no tiene necesidad de ver muchos individuos de la misma especie para formarse la *idea de la especie*; los sentidos le hacen presente un leon, y el espíritu, desde que percibe este leon, concibe el leon en general, conoce todos los leones, se forma la idea de toda la especie de los leones, sin haber percibido nada mas que un solo individuo de aquella especie.

Esta es la operacion propia del *entendimiento agente*, facultad sublime, divina; porque segun Santo Tomás, ella no es mas que « la participacion de la luz intelectual, que el alma humana bebe en la fuente de toda luz, es decir, en Dios; de quien se ha dicho que es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; *Intellectus agens nihil aliud est nisi participatio intellectualis luminis quod anima humana participat ab ipso fonte totius luminis, nempe Deo, qui dicitur lux vera, qua illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* » (1, q. 79, a. 4.) Por esta facultad es por lo que se distingue el hombre de los brutos, que la Santa Escritura ha definido con una sola palabra, tan profunda en su sencillez y tan filosófica, habiendo dicho. « Estos son seres que no tienen inteligencia; *Sicut equus et mulus, quibus non est intellectus.* » (Psal.) Esta es la facultad *innata* en el alma del hombre, y que no necesita del socorro de la palabra ni de ningun otro socorro para ponerse en accion. Esta es en alguna manera la respiracion del espíritu, que se ejecuta tan natural, tan facilmente como la respiracion del cuerpo. Su operacion tiene lugar en un instante; y no habria para qué admirarse de que el espíritu pueda obrar de una manera todavía mas rápida, mas pronta que el fluido eléctrico, que al fin de la cuenta no es mas que materia. Y en virtud de esta facultad, no tiene necesidad de otra condicion para obrar, que de la presencia de la *materia* sobre la que pueda obrar; que el alma humana comienza su grande operacion de la *formacion de las ideas* tan pronto como las sentidos están bastante desarrollados para presentarle de una manera distinta y precisa los objetos exteriores, y aun antes de haber aprendido el lenguaje. La palabra le es necesaria para formular las ideas, para explicarlas; pero no para *formárselas*. Esto es tan verdadero, que muchas veces el espíritu concibe ciertas cosas ó ciertos matices de cosas de manera, que con muchos idiomas que posea, no sabe explicarlas en ninguna lengua. ¡Véase en estos casos la prueba de que, lejos de haber recibido el espíritu estas ideas de la palabra, no encuentra el medio de explicarlas por la palabra, aun después de aprendida la palabra!

Los sordo-mudos son una prueba palpable y sin réplica de este gran fenómeno del espíritu humano. Apenas se les suministra por los métodos conocidos el medio de comunicacion por los *signos* ó la *escritura* que se les enseña,

se les ve, como hemos observado nosotros mismos, explicar al instante, y con una facilidad que parece un prodigio, las ideas más abstractas del mal y del bien *moral*, de lo justo y de lo injusto, de lo pasado y del porvenir, del individuo y de la especie, de lo particular y de lo universal, del sustantivo y del adjetivo; es decir, de la sustancia y de los accidentes, del ser y de sus calidades. No se puede pues dudar que estas ideas no estuviesen ya formadas todas en sus espíritus antes que hubiesen aprendido el lenguaje que les es propio. Sus padres, como nos lo han confesado, se han admirado de ello; no saben explicarse de dónde y cómo semejantes ideas se encuentran en el espíritu de sus desgraciados hijos antes de recibir ninguna instrucción. Pero este prodigio deja de serlo desde que se reconoce que el alma, en virtud de la facultad del *entendimiento agente*, abstrae el universal del particular, y se eleva de lo sensible á lo espiritual, á lo intelectual, independientemente de toda educación, de toda instrucción.

Estas son las observaciones sobre el hecho incontestable de que el espíritu humano se encuentra tener ideas que no se le han enseñado, que han dado lugar á la doctrina de las ideas innatas, que han adoptado grandes hombres, tales como Platon, Descartes, Leibnitz: lo que les ha engañado es el no haber conocido esta admirable facultad del *entendimiento agente*, por la que el espíritu humano en un instante se forma por sí mismo las ideas, y que la filosofía cristiana ha sido la única que ha conocido por la luz que la suministraron estos dos textos de la Santa Escritura: *Lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum* (Joan. 1, 9.) *Signatum es super nos lumen vultus tui, Domine.* (Psal. iv, 7.) Porque, según Sto. Tomás, estos textos deben ser entendidos aun en el sentido filosófico.

No habiéndose pues dudado de esta sublime facultad del espíritu humano; y de otra parte, habiendo bastante inteligencia y elevación de ideas para no empaparse en la grosera doctrina de los *sensualitas*, en que todas las ideas, concepciones espirituales y universales, nos vienen de los sentidos, se han visto obligados á admitir las ideas innatas para explicarse la existencia de estas ideas en el espíritu, que no han podido resultar de las impresiones recibidas en los sentidos, y que han precedido á toda instrucción.

Pero la ciencia ideológica tiene otro reproche que echar en cara á los filósofos que se dicen espiritualistas, ó que creen buenamente serlo, y que lo son en efecto hasta cierto punto á saber: que ellos confunden muchas veces, bajo la misma palabra, de las ideas, las ideas propiamente dichas que el espíritu se forma sobre los fantasmas de los objetos materiales que le vienen por los sentidos, con los conocimientos mas elevados sobre los objetos de que los sentidos no sabrían transmitir ningún fantasma al espíritu, tales como el conocimiento de Dios, de la espiritualidad é inmortalidad del alma, y de los deberes claros y precisos que tiene el hombre hacia Dios, hacia su prójimo, hacia sí mismo, etc. En cuanto á estos conocimientos, á los que muy impropriamente se aplica la palabra de ideas, el hombre, como lo hemos demostrado apoyándonos en Sto. Tomás (conferencia primera, §§ 5 y 6), no sabría formárselas por sí mismo; no tiene de ellas, como ha dicho tambien Sto. Tomás, mas que la necesidad del instinto confuso (*Ibid.* 5, nota); debe recibirlas y las ha recibido por una revelación primitiva, que, por el lenguaje y la tradición ha sido transmitida y se ha propagado y establecido en todo el mundo. Si M. de Bonald, pues, y su escuela hubieran limitado á estas altas nociones su doctrina sobre la necesidad de la palabra para obtener las ideas, hubiera estado en lo verdadero. Semejantes ideas no vienen al hombre sino por medio de la sociedad, en que se encuentran, siempre y por todas partes, mas ó menos alteradas, mas ó menos corrompidas: no las ha recibido sino por la instrucción y por la palabra. Pero habiendo extendido su doctrina á toda especie de ideas ó de concepciones pu-

ramente intelectuales, á la idea del ser y de sus modificaciones y de sus relaciones, de la especie y del género, de lo general y de lo particular, de lo concreto y de lo abstracto, de causas y efectos, de principios y consecuencias, del bien y aun del mal moral, al que el espíritu se eleva por el conocimiento del mal y del bien físico; á todas las ideas que constituyen los elementos de la razón y la ponen en el caso de mostrarse las verdades tradicionales: habiendo entendido bajo la misma palabra cosas infinitamente diversas, se ha colocado en lo falso; porque aquellas ideas que son verdaderas ideas, el espíritu se las forma por su propia potencia, por el entendimiento agente, sin la palabra é independientemente de la palabra. Y á causa de la parte errónea que enseñaba esta doctrina, ha sido abandonada aun en la parte verdadera que tenía, por la que pudo producir un gran bien.

Así es que, cuando se sale de la teoría escolástica sobre el entendimiento humano, se está en la necesidad, ó de conceder demasiado á la razón, ó no concederla nada, ó echarse en brazos del idealismo ó del materialismo: todo se confunde, se está ciego sobre todo; ya no se conoce al hombre, y se concluye por no conocer al mismo Dios. Esta es la historia de la razón filosófica de todos los tiempos, y particularmente de la razón filosófica moderna, como va á verse en la Conferencia que sigue.

CONFERENCIA TERCERA.

LA RAZON FILOSOFICA EN LOS TIEMPOS MODERNOS.

Unde ememus panes, ut manducent hi ?
« Cómo harémos para procurarnos pan
que dar de comer á todas estas gentes ?
(Evang. del 4º Dom. de cuaresma.)

1. Los milagros de Jesucristo tienen de particular que, siendo históricamente verdaderos, son al mismo tiempo misteriosamente proféticos.

Desde luego el pan significa el alimento de su palabra; el pez, la eficacia de su gracia. Pues San Agustín ha dicho: « El pez pasado por el fuego es Jesucristo pasado por el fuego de su pasión, por la que ha alcanzado tantas gracias para nosotros; *Piscis assus est Christus passus.* » (In Joan.)

El gran prodigio pues por el que este amable Salvador con una cortísima cantidad de pan y de peces ha saciado hoy á todo un pueblo en el desierto, es la figura y la profecía del prodigio, todavía mas grande, por el que, con algunos artículos de su celeste doctrina y el corto número de sus divinos sacramentos, ha saciado, después de su muerte, á la humanidad entera en el desierto de este mundo.

Pero observad bien, mis muy queridos hermanos, la particularidad histórica relacionada en el mismo Evangelio: que no habiendo podido la multitud consumir enteramente el pan y el pescado con que Jesucristo la alimentó, se recogieron doce canastas de aquel alimento milagroso, y que estas canastas se pusieron en las manos de los apóstoles.

Y esta particularidad significa que la doctrina y la gracia de Jesucristo, saciando los pueblos del presente, no se agotan jamás, sino que permanecen para saciar siempre los mismos

tambien en el porvenir, y que aquellas no se encuentran mas que en las manos y en poder de la Iglesia, que las ha recogido y que las guarda fielmente en depósito.

Y Jesucristo, que dijo á San Felipe : « *Cómo harémos para procurarnos pan que dar de comer á todas estas gentes? Unde ememus panes ut manducent hi?* » es Jesucristo que proclama aquella grande é importante verdad : el hombre no puede, por sus únicos recursos, procurarse la verdad y la gracia, y que este alimento divino de la bondad y del poder de Jesucristo no se encuentra sino en la Iglesia y no puede serle suministrado sino por la Iglesia.

Ved pues condenado, destruido de antemano, el pensamiento, tan estúpido como culpable, de la *razon filosófica* de nuestros dias, que pretende descubrir por sus únicos recursos toda verdad intelectual y moral, y crearse la religion.

¡Ah! ya hemos visto cuán vana y funesta ha sido la *razon filosófica* de los siglos paganos cuando ha querido marchar sola á la conquista de la verdad.

Hemos visto tambien que si la *razon católica* de los siglos cristianos ha sido, por el contrario, bastante dichosa para guardar y desenvolver la verdad, consiste en que ha marchado siempre bajo la tutela y en compañía de la religion.

Réstanos ver hoy como, la *razon filosófica moderna*, habiendo renovado el divorcio de la razon filosófica antigua entre el espíritu humano y la religion, ha sufrido el mismo castigo, ha caído en la misma miseria, ha sido igualmente vana y funesta en sus resultados; con el fin de concluir de esto, que fuera de la religion y de la Iglesia no hay medio de encontrar el pan sustancial de la verdad para el alimento de los pueblos; *Unde ememus panes ut manducent hi?*

Imploremos por la intercesion de Maria la gracia de lo alto, para comprender y aprovechar esta grande é importante leccion. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

2. El hombre célebre, tanto por la elevacion de su espíritu y la grandeza de su talento como por la excentricidad de sus doctrinas; el hombre en el que parece personificarse hoy toda la filosofía francesa, ha demostrado un hecho de la mayor importancia. Con la historia de la filosofía en la mano ha probado que toda filosofía puramente racional ha tenido siempre y por todas partes cuatro fases.

Desde luego se ha separado del principio religioso y de toda enseñanza tradicional.

En segundo lugar, lo ha examinado todo, discutido todo, ensayado todo, para asegurarse de la verdad y decidir las principales cuestiones sin haber podido conseguir su objeto.

En tercer lugar, desesperando de llegar á la verdad por la via del razonamiento y de la discusion, ha renunciado á ella, y ha caído en el escepticismo y en el ateísmo.

Pero, como el ateísmo y el escepticismo son puntos en que la filosofía no se puede detener sin perderse, y la sociedad con ella; para salvar algo en este espantoso naufragio de toda verdad, y todavía mas para ilusionar al mundo é ilusionarse á sí misma, se ha arrojado en el misticismo y en el panteísmo.

Esta es la historia de los trabajos de la *razon filosófica* de todos los tiempos y de todos los lugares, trazada de mano maestra por uno de los mayores panegiristas, de los mas celosos defensores de esta misma razon filosófica.

Es decir, que la filosofía puramente racional ha recorrido siempre cuatro períodos: el período de la *separacion* de la religion, el período de la *discusion*, el período de la *negacion*, y el período de la *decepcion*.

Yo creo que no se haya dicho nunca nada mas fuerte ni mas contundente contra la filosofía puramente racional, que lo que en esta justa apreciacion, en este fiel resumen, ha dicho de ella un filósofo mismo.

Porque ¿de qué sirve una ciencia que, separándose de la religion y de la fe, razona, investiga, se divide, discute, sin poder llegar jamás á la verdad, sin poder definir jamás nin-

guna cuestion; que se arroja en el escepticismo y en el ateismo, para cubrirse después de un misticismo y de un panteísmo impostor y funesto? Así, observaréis la filosofía puramente racional atada á la picota, marchitada, marcada en la frente con el sello de la degradacion, por un filósofo nombrado y pagado para enseñarla. Veréis al padre, al príncipe de vuestros filósofos modernos, venir con esta pintura de una verdad incontestable á advertir al mundo que no habra demasiada precipitacion en cerrar todos los cursos de filosofía, sin exceptuar el suyo; porque él es quien ha demostrado á los mas incrédulos que la filosofía, tal como se concibe en nuestros dias, y tal como él mismo la enseña, es una ciencia por lo menos inútil, vana, efímera, cuando no sea tambien funesta. No es fácil, lo confieso, explicarse el fenómeno de un filósofo combatiendo á muerte la filosofía, que le ha hecho todo lo que vale entre ciertas gentes. Pero esto no nos pertenece: la razon filosófica no ha retrocedido jamás delante de la contradiccion, y nosotros no hemos tomado á nuestro cargo la empresa de ponerla de acuerdo consigo misma. ¡Que se arregle ella como pueda! En cuanto á nosotros, siguiendo en observar sus propias indicaciones, probamos á nuestra vez que en los cuatro últimos siglos la filosofía racional ha seguido las cuatro fases que siguió siempre y en todas ocasiones. En el siglo xvi ha hecho su *separacion* de la enseñanza religiosa. En el siglo xvii se ha entregado á la *discusion*. El siglo xviii ha sido para ella el siglo de la *negacion*, y el nuestro el de la *decepcion*.

Continuemos.

3. Hacia la mitad del siglo xv el espíritu bullicioso de los filósofos griegos, echados á puntapiés de Constantinopla por los turcos, invadió la Europa, y mas tarde, ayudada de circunstancias desgraciadas, produjo en ella el protestantismo, la mas vasta, la mas poderosa de todas las herejías, que no es otra cosa que la razon filosófica pagana aplicada á la religion cristiana; porque ya hemos visto que el principio constitutivo de la razon filosófica pagana es este principio de Platon: « No se debe admitir como verdadero mas que lo que á cada uno le parece verdadero, consultando la naturaleza. » Y el protestantismo se funda sobre el principio de Lutero: « No se

debe admitir nada como verdadero, en materia de revelacion mas que lo que parece verdadero á cada uno, estudiando la Escritura. »

Y con el fin de que sea mas cierto que entre estos dos principios hay una relacion natural, esencial, acordáos que un periódico (*El Globo*) redactado por filósofos anticristianos ha dicho hace veinte años, de vuestro ilustre Descartes, en su calidad de restaurador del principio fundamental de la filosofía de Platon : « Gracias á Descartes, somos todos protestantes en filosofía, como, gracias á Lutero, somos todos filósofos en religion. »

Pero el protestantismo naciente encontró un adversario temible en la filosofía cristiana, de la que ha sido fundador San Anastasio, y Sto. Tomás el que la ha elevado á su mas alta perfeccion. Esto os explica la expresion salida de la escuela de Lutero : « Quitad á Sto. Tomás, y os reduciré á polvo la Iglesia; *Tolle Thomam, et Ecclesiam dissipabo.* »

No es cierto que la Iglesia de Jesucristo descansa sobre Sto. Tomás : ella descansa sobre los patriarcas, los profetas, los apóstoles, sobre Jesucristo mismo, que es su piedra angular; *Super ædificati, super fundamentum apostolorum et prophetarum, ipso summo angulari lapide Christo Jesu* (*Ephes. II.*) Ella descansa sobre Pedro, á quien Jesucristo ha elegido para ser la roca fundamental de su Iglesia; *Super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.* (*Matth., xxii.*) Pero en la filosofía de Sto. Tomás es donde se encuentra toda clase de armas para destruir todos los errores, toda especie de argumentos para demostrar todas las verdades. Sabréis quizá que en los concilios generales se coloca en medio de cirios el libro divino que, segun el pensamiento de San Basilio, es la letra que Dios en su bondad ha enviado á los hombres para hablarles de los designios de su sabiduría, de los misterios de su amor; el libro de los Evangelios es el reflejo de la persona de JESUCRISTO; porque, como Jesucristo es el Dios oculto en el misterio de la humanidad, así el Evangelio es la sabiduría infinita velada en la sencillez de la letra; el Evangelio, en el que el Verbo eterno continúa sin cesar en ser la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, que quiere aprovecharse de todas sus lecciones.

Ahora bien : en el último concilio general, el concilio de Trento, la asamblea mas augusta, la mas sabia que ha visto jamás la tierra, se ha ordenado que frente á frente del Evangelio de Jesucristo fuese colocada la *Suma* de Sto. Tomás, como el comentario mas perfecto del Evangelio, como la doctrina mas propia al desarrollo y defensa del dogma católico.

No se necesitaba mas para excitar la rabia, el furor del protestantismo, que acababa de nacer. Los doctores protestantes fueron pues los que, bajo el nombre de filosofía y teología escolástica, fueron los primeros que comenzaron á combatir la verdadera filosofía cristiana por la blasfemia y la mentira, por las invectivas y el sarcasmo, por la calumnia y el ridículo. Habiendo desgraciadamente penetrado este lenguaje por todas partes, las doctrinas filosóficas de la *reforma* encontraron ecos estúpidos en muchas escuelas católicas, que habian, sin embargo, sabido garantizarse de sus errores teológicos.

4. En estas escuelas católicas se confundió tambien lo que se habia convenido en llamar la jerga escolástica, la forma escolástica, el lenguaje escolástico (1), con los principios, las

(1) Yo no lloro la pérdida del *Barbara celarent* ni de otros semejantes fórmulas del lenguaje escolástico; pero no puede asociarme á los sarcasmos estúpidos con que se ha convenido en ridiculizarle y marchitarle : es falso desde luego que sea *ininteligible*. Toda ciencia tiene su lenguaje, que es menester comenzar por aprender, bajo la pena de no comprender nada de la ciencia de que se hace uso. Lo que se llama *jerga escolástica* no era en el fondo mas que el lenguaje de la filosofía de aquel tiempo. Pero una vez aprendido este lenguaje, lo que era negocio de algunos días, nada era mas fácil que comprender las ideas que estaba destinado á explicar; así como el lenguaje de la química moderna, que con su terminología bárbara no es agradable ciertamente, pero no es *ininteligible* sino para aquellos que son extraños á la ciencia.

Es falso tambien que fuese un lenguaje *vano*. Eran, al contrario, fórmulas abreviativas, que, conteniendo grandes ideas, grandes distinciones en una sola palabra, precisaban las mayores sutilezas del pensamiento, facilitaban la inteligencia de las cosas, y abreviaban mucho la solución de las cuestiones filosóficas; del mismo modo que las fórmulas algebraicas facilitan y abrevian mucho la solución de los problemas matemáticos. Los principios *Quo*, *Quod* y *A quo*, no diferenciándose entre si mas que en una letra, explicaban tres grandes pensamientos diferentes, que no se sabian en nuestras lenguas modernas explicar sino por largas perifrasis de una significación muy arbitraria y muy elástica, que no añaden nada, se puede estar seguro, á la brevedad, á la claridad y á la precisión.

En fin, se usan chanzas sobre las *eccitades*, las *quiditades*, las *formalidades*, los *universales* y los *predicamentos* de los escolásticos; pero la lógica

doctrinas, las verdades de la ciencia cristiana, y se echó fuera la jerga que se hacia ya insoportable, con los principios que eran naturales; la forma que se decia ininteligible, con las doctrinas que eran sólidas; el lenguaje que se llamó bárbaro, con las verdades que son inmutables, como Dios, que es su origen. Para entender á estos nuevos filósofos á quienes el protestantismo habia inspirado, los escolásticos, que habia marchado por los caminos abiertos por San Buenaventura y Sto. Tomás, no habian sido mas que un ganado mudo y despreciable; *Mutum et turpe pecus*; esta era la expresion; que, arrastrándose estúpidamente en seguimiento de Aristóteles, habian oscurecido, degradado la ciencia y creado la barbarie. *Barbaros*: hé ahí la calificacion que desde este siglo se ha dado á los filósofos cristianos.

Pero echando en cara á los escolásticos su pretendido fanatismo por Aristóteles (1), no hubo escrúpulo en hacerse bucnamente fanáticos por Platon. Se comenzó á traducirle, á comentarle, como si hubiese sido un autor sagrado. Se fundaron en Italia y Alemania academias en que el platonismo era casi una religion, y Platon una divinidad.

Todo comenzó á hacerse pagano en filosofia, como todo se habia hecho pagano en literatura, en el entre tanto que todo se hizo tambien pagano en política.

de Bacon, por ejemplo, que él llama el *nuevo órgano*, ¿no tiene tambien su lado ridículo? No se encuentran allí los *Idola specus*, los *Idola tribus*, los *Idola fori*, los *Idola theatri*? No hay necesidad de comprender *las redarguciones de las filosofias*, la doctrina de la *expurgacion del entendimiento*, y aquella por la que hay *errores radicales que se detienen en la primera digestion del espíritu*, y que no se evacuan sino con la ayuda de fuertes purgas? Todo esto no es muy elegante y espiritual: ningun escolástico ha dicho jamás cosa tan obscura, tan espesa y tan grosera; y sin embargo, diciéndolo de paso, ningun filósofo del siglo xviii ha puesto jamás en ridículo el *órgano* del *gran Bacon* á quien se convenia en adorar y admirar como á un genio. Y es que en este siglo eran condiciones indispensables, exigidas con un extremo rigor para conceder el diploma de filósofo, dar un puntapié á Sto. Tomás y quemar incienso á Bacon y á Locke; sobre todo lo demás era muy indulgente. ¡Esta era la probidad filosófica del siglo xviii, y esta es en parte la del nuestro!

(1) « Los escolásticos combatian á Aristóteles sobre el punto de la eternidad del mundo, de la necesidad en que está Dios de obrar, de la imposibilidad de la creacion, y sobre otros puntos de la misma gravedad, en los que Aristóteles se ha equivocado á causa de la debilidad de la vista del hombre en presencia de los abismos de la luz divina. » (Pallavicini, *Historia del concilio de Trento*, tom. II, lib. 4.)

Se rechazó con desden aquella filosofía cristiana que habia desenvuelto todo el cristianismo; aun los sabios católicos parecieron abochornarse de ella. Se la llamó filosofía servil, porque no habia sido licenciada; filosofía esclava de la religion, porque no se habia burlado de la religion; filosofía supersticiosa, porque no habia sido jamás impía. Se llamó bárbaros é ignorantes á los siglos y á los pueblos que la habian profesado, porque estos siglos y estos pueblos habian sido siglos de fe.

Se miró el periodo de la filosofía escolástica como una época de sueño y paralización, enteramente perdida para el desarrollo de la razon humana, para el progreso de la ciencia (1); mientras que jamás, en ninguna época, la ciencia ha sido mas sólida ni la razon humana mas poderosa.

Pero es igual: se separó la filosofía de la teología, se pretendió que la razon filosófica debia marchar sola, se proclamó su independencia absoluta en filosofía, como se habia proclamado su independencia absoluta en religion; se pretendió hasta que la filosofía debia juzgarlo todo, aun á la teología, en vez de auxiliarse con sus luces y de respetar su autoridad; se fundó una enseñanza filosófica fuera y del todo indepen-

(1) Hay que lamentar que M. Bonald, á pesar de su genio eminentemente católico, haya participado tambien de este espíritu de oposicion y casi de desprecio hacia la filosofía escolástica, que, particularmente en Santo Tomás, se puede mirar como la filosofía mas favorable al catolicismo; porque, véase lo que M. Bonald ha dejado caer de su pluma, tan sabia y tan moderada por otra parte, tocante á esta filosofía: « Desgraciadamente se toma por metafísica una ideología oscura y litigiosa. Reglas mecánicas del arte de razonar tomaron el lugar de la razon, y se creyó encontrar en los *universales* y las *categorías* la universalidad de los conocimientos humanos. La metafísica de Aristóteles suministra un alimento inextinguible á las disputas. La dialéctica era un arsenal abierto á todos combatientes. » (*Recherches, etc.*, tom. I.) Resultaria de lo que se acaba de leer, si fuera cierto, que los escolásticos no razonaban; que no han comprendido nada de la verdadera metafísica, y que su filosofía no era mas que un juego, un *combate* de palabras, que nada tenia de serio é importante. La escuela de Lutero no habia tratado mejor á los escolásticos. Por la manera que habla de ellos, es evidente que M. Bonald no ha comprendido mejor los *universales* y las *categorías* que los *soi-disant* filósofos del siglo xvii, que hicieron de ellas el objeto de sus complacencias de mal género, y que, como ellos, ha juzgado á esta filosofía sin conocerla. Felizmente M. Bonald, aun habiendo ignorado enteramente, como estos filósofos, el espíritu y la doctrina de la filosofía cristiana, no tenia su segunda intencion y su mala fe. Ha podido enmendar honrosamente lo que habia dicho, por esta declaracion que hizo inmediatamente después sobre esta grande época del saber católico: « Con todo eso, es justo reconocer que la escolás-

diente de la enseñanza católica (1); la filosofía se hizo laical, como la literatura se había hecho profana (2), y se convino en llamar á esta separacion funesta de la ciencia y de la religion, *la grande época del gran pensamiento de Lutero, la grande época de la emancipacion del espíritu humano*.

En efecto, desde esta época es cuando la razon, así como la conciencia, aplaudiéndose de haberse desembarazado de toda autoridad, de toda traba, comenzó á marchar sola, y se dijo: « Yo soy libre; yo reino. »

Pero ¿cuál ha sido este reino de la *razon filosófica* que se ha elevado en las escuelas sobre las ruinas de la razon católica? Vamos á verlo por lo que ha hecho en su segundo periodo, el periodo de la *discusion*, que siguió al periodo de la *separacion*.

5. Nada es mas entretenido ni mas repugnante al mismo tiempo, que el aire de suficiencia, de presuncion, de orgullo con que se establecieron las escuelas de la nueva filosofía. En su alma y conciencia, los nuevos filósofos no eran nada menos que la nueva luz del mundo, los nuevos oráculos, los los nuevos maestros de la humanidad (3).

Descartes, el bueno Descartes, ¿no ha declarado por si mismo que *nadie en el mundo habia sabido* antes de él, que

tica ha dado sagacidad á los espíritus, precision á las ideas, *concesion á las lenguas modernas*; y Leibnitz, justo apreciador del mérito, declara que se encuentra oro entre el estiércol de la escuela. » (De Bonald, *Recherches*, t. I.) En cuanto al *estiércol de la escuela*, pase para Leibnitz, que, *justo apreciador* como era de *todo mérito*, no estaba enteramente libre de las preocupaciones protestantes; pero para un filósofo católico como M. de Bonald, el *estiércol de la escuela* de Santo Tomás, por ejemplo, es cosa demasiado fuerte. ¡ Estos señores son demasiado bromistas! Hablan del *estiércol de la escuela* en la que están convencidos, sin embargo, de no haber jamás puesto los piés; no pueden pues hablar de ella sino de oídas; y ¿es solo de oídas como los filósofos pueden juzgar, toda entera, de una grande y famosa época de la filosofía? (Véase sobre este objeto la nota A de la ante íor conferencia.)

(1) « La filosofía que habia precedido á Descartes era la teología. La filosofía de Descartes es la *separacion* de la filosofía y de la teología; es, por decirlo así, la introduccion de la filosofía en la escena del mundo con su nombre propio. » (M. Cousin, *Cours de 1828*, leccion 15.)

(2) «Entonces fué cuando la filosofía comenzó á separarse de la teología, y tuvo la *dicha*, en virtud de este divorcio, de convertirse en estudio profano. » (De Gerando, *Histoire comparée*, tom. I.) Mas adelante se verá lo que ha ganado la filosofía con este *divorcio*, y lo engañosa que ha sido la que ha conseguido *haciéndose estudio profano!*

(3) Véase la larga nota A al fin de la conferencia precedente, pág. 122.

se pudiese, por vía de induccion, llegar al conocimiento de muchas cosas *con la ayuda de los primeros principios, de las primeras verdades, que han sido siempre conocidas por todo el mundo* (1)? No ha afirmado con imperturbable sangre fria que se creía investido (no se sabe por qué divinidad) con la grande mision de redactar para uso de *todo el género humano un cuerpo completo de filosofia*? Lo que en otros términos significa, no solamente que el género humano no habia tenido jamás un cuerpo de filosofia, sino que jamás se habia razonado antes Descartes, ni aun en los tiempos de Platon, de Aristóteles, de San Agustin y de Sto. Tomás; y que el género humano no habia sido mas que un ganado sin razon y sin inteligencia antes que Descartes se hubiese dignado nacer!

Tal fué el primer carácter de la época de la *discusion*, la *arrogancia*. La segunda lo ha sido la *division*.

6. Ciceron nos cuenta que un cierto Gelius, enviado en calidad de procónsul romano á Grecia, al llegar á Atenas reunió á todos los jefes de las sectas filosóficas de la provincia que habia venido á administrar, y les exhortó el buen hombre, prometiéndoles su concurso y su proteccion, á que cesasen de emplear su vida en sus disputas, y á que se entendieran buenamente una vez entre si para formar un simbolo de verdades comunes en materias filosóficas, y poner un término á sus divisiones, que hacian el escándalo de la filosofia (2).

Recuérdese que en nuestros dias un príncipe ha hecho exactamente lo mismo con los jefes de las sectas religiosas de Alemania, para hacer cesar sus eternas controversias, que producen la deshonra y ruina del protestantismo. Pero, así como el mundo moderno acaba de burlarse de la tentativa de este príncipe aleman, de la misma manera Ciceron nos confirma que el mundo antiguo se burló de la tentativa del pro-

(1) Véanse las palabras de Descartes, pág. 124.

(2) « Gellius, cum proconsul in Græciam venisset, Athenis, philosophos, qui tunc erant, in unum locum convocavit, ipsisque magnopere auctor fuit, ut aliquando controversiarum modum facerent, quod si essente eo animo ut nollent ætatem in litibus conterere, possent vero convenire, et simul operam suam illis est pollicitus. » (*De Legib.*)

cónsul romano como de una verdadera niñería; *Joculare illud quidem et à multis jure derisum*. Porque es menester ser muy sencillo para esperar que hombres que no respetan ninguna autoridad y que no quieren marchar sino segun las inspiraciones de su conciencia y las concepciones de su razon, puedan convenirse jamás en creencias comunes, sea en religion, sea en filosofia.

Esto es lo que sucedió tambien en el siglo xvii. Es verdad que no se pensó en reunir entonces en una misma secta á los filósofos divididos en diferentes sectas; porque, aun después que la filosofia se hubo separado de la religion, los filósofos, al menos en las regiones católicas, continuando en tomar de la religion el fondo de sus doctrinas, formaron poco después, durante algun tiempo todavía, una sola escuela filosófica. Pero es que, aun después que se sustrajo la razon filosófica de toda dependencia de la enseñanza religiosa, y que se puso fuera de todo principio de autoridad, se procuró, sin embargo, impedir que se dividieran los filósofos reunidos; lo que es tan absurdo y tan ridículo como la esperanza de poder reunir en una doctrina comun á los filósofos ya divididos fuera de todo principio de autoridad; *Joculare illud quidem*.

Así, de la misma manera que el defecto de autoridad produjo la division del protestantismo en diferentes sectas religiosas, así tambien la falta del mismo principio produjo la division de la filosofia en diferentes sectas filosóficas.

Desde luego fueron estas las tres grandes divisiones de la filosofia griega y romana. Como la razon filosófica de los pueblos cristianos comenzó desde esta época á marchar por el mismo sendero que la razon filosófica pagana, tambien se modificó de la misma manera.

Bacon, con su *Filosofia experimental*, resucitó á Epicuro, y puso el fundamento del materialismo en Inglaterra (1). Descartes, con su *Duda metódica* (2), hizo revivir á Platon, y

(1) « Nuestros adelantos han sido limitados mas ó menos á lo que conduce directamente al desarrollo de la riqueza. No tienen relacion sino con el mundo animado, con el en que solamente se cuenta, se pesa ó se mide. Hemos despreciado el espíritu, para ocuparnos de la materia bruta. » (*Westminster Review*.)

(2) « Multis præjudiciis à veri cognitione avertimur, quibus non aliter

como él mismo lo presentia (1), abrió la puerta el *escepticismo* en Francia; Leibnitz, con su *Método de demostracion* (2), resucitó Zenon y echó los fundamentos del racionalismo en Alemania.

Pero las tres sectas formadas por estos tres grandes hombres no tardaron en subdividirse á su vez en otras sectas diferentes. Los principales sectarios de estos célebres reformadores de la filosofía, á ejemplo de los principales sectarios de los tres reformadores de la religion, reteniéndose el principio del libre exámen y el de la independencia de la razon de toda autoridad doctrinal, que habian aprendido en la escuela de sus jefes, no se creyeron obligados en conciencia á guardar todas sus doctrinas.

Locke, hijo legitimo de Bacon, renegó de su padre; Malebranche, discípulo de Descartes, abandonó á su maestro; Wolf, alumno de Leibnitz, se burló de su preceptor. Unas veces eran las mismas doctrinas de los tres reformadores las que parecian absurdas; otras veces sus demostraciones no se presentaban sólidas; y la necesidad de sustituir nuevas demostraciones y nuevas doctrinas produjo tantos nuevos jefes de escuela como escolares habian tenido los primeros jefes de escuela. Nuevas sectas se formaron de cada secta, nuevos sistemas de cada sistema. Fué de la filosofía moderna lo que habia sido de la antigua: tantos filósofos, otras tantas filosofías: *Quod capita, tot sententiæ*.

A este segundo carácter, á la *division*, se unió otro tercer carácter enteramente propio de aquella época de *discusion*: el de la *esterilidad*.

7. A ejemplo de lo que habia ensayado el protestantismo

vedemur posse liberari quam si semel in vita, de iis omnibus studeamus dubitare in quibus vel minimam incertitudinis suspicionem reperiemus. » (*Princip. philos.*, pars. 1.)

(1) « Vereor ne hoc ipsum quod suscepi tam arduum et difficile sit, ut valde paucis expediat imitari. Nam vel hoc unum ut opiniones omnes quibus olim fuimus imbuti, deponamus non unicuique est tentandum. » (*Dissert. de Meth.*) Se sabe que Bossuet habia previsto tambien que se iba á suscitar una gran guerra contra la Iglesia bajo el nombre de la filosofía cartesiana: ¡ esta prevision del genio se ha cumplido!

(2) « El criterio de las verdades de razon, ó que vienen de las concepciones, consiste en el uso exacto de las reglas de la lógica. » (*Leibnitz, Œuvres théolog.*, tom. I.)

tocante á la religion, se comenzó á quererlo rehacer todo, como si hasta esta época nada se hubiese hecho en filosofía. Se renovaron todas las cuestiones, como si la filosofía cristiana no hubiese resuelto jamás ninguna cuestion. Se procuró la investigacion de todas las verdades, como si el Evangelio no hubiera enseñado al mundo ninguna verdad. Se preguntó *si hay un Dios (1); si el hombre tiene en sí mismo un alma de sustancia diferente de la del cuerpo, y si esta alma es inmortal; si existe una ley que obligue al hombre á ciertos deberes hácia Dios, hácia los otros hombres, hácia sí mismo*. Se puso, en una palabra, á discutir sobre las mayores y mas importantes verdades, que el género humano jamás ha dejado, sin embargo, de conocer y de creer.

Pero todas estas investigaciones, todas estas disputas, no llegaron á conseguir nada, y en ningun tiempo han sido mas vanas y mas estériles. Se puede afirmar desde luego, sin temor de ser desmentido, respecto de la filosofía de este siglo, lo que hemos afirmado de la filosofía griega y romana, á saber, que no puede indicarse una *sola* verdad de que se pueda decir: « Ved una verdad, que desconocida en todos los siglos precedentes, ha sido descubierta en el siglo xvii (2). »

Pero no solamente no se descubrió en el siglo xvii ninguna verdad oculta, sino que ni se encontró ni se inventó siquiera ninguna demostracion nueva de verdades ya conocidas.

Se han escrito en este siglo bellas paginas, compuesto bellos libros, aliñado bellos tratados sobre la *existencia de Dios*, sobre la *inmortalidad del alma* y sobre los *deberes*; pero no se puede percibir en estas páginas, en estos libros, en estos tratados, ninguna nueva prueba, ningun nuevo punto de vista, sobre estos mismos graves é importantes objetos. Lo

(1) « *Quam primum occurrat occasio, examinare debes AN SIT DEUS.* » (Cartesius, Medit. n.) Sin duda porque la cosa era de tan poco momento, que no merecía la pena de apresurarse!!!

(2) No es necesario hacer observar que aquí no se trata mas que del orden intelectual y moral y de todo lo que á él se refiere. A este orden es á quien se hace alusion cuando se cuestiona *de la verdad* en filosofía. En cuanto al orden puramente físico, que el Criador ha entregado á las investigaciones y á las disputas del hombre, *Mundum tradidit disputationi eorum (Sap.)*, se han hecho y se harán en él, hasta el fin del mundo, nuevos descubrimientos relativamente á las propiedades y fuerzas de los cuerpos, y su aplicacion á las necesidades de la vida humana.

que se encuentra en todo esto de sólido y de razonable, no es mas que latin traducido en idioma vulgar, lo antiguo vestido con formas modernas. Todo ha sido tomado de antiguos orígenes, que no se ha tenido la buena fe y honradez de indicar en todas ocasiones. Todo ha sido tomado y aun robado á los escolásticos, y particularmente á Sto. Tomás, que habia dicho todo esto de una manera harto mas sólida, razonable, precisa y tajante, y cuya única falta ha sido la de haber expuesto en latin sus profundas y admirables ideas (1).

8. Pero véase una nueva prueba de la esterilidad de esta época de *discusion*. Descartes, por ejemplo, Malebranche, Leibnitz eran hombres profundamente religiosos. Tratando de pasar por grandes filósofos, no procuraban menos permanecer cristianos. No es extraño pues que en tanto que eran cristianos, y porque eran cristianos, se hayan encontrado acordes para admitir á Dios y la creacion, el alma y su inmortalidad, la ley y sus obligaciones. Estas verdades, bien y debidamente establecidas, bien y debidamente formuladas, las habian aprendido en el catecismo que no habian tenido cuidado de abjurar. Pero sobre las cuestiones puramente filosóficas, sobre las que el catecismo se calla, la *razon filosófica* de este

(1) Esta observacion es aplicable particularmente á los trabajos de los filósofos y de los publicistas protestantes sobre la *ciencia de los deberes*, sobre el *derecho natural* y el *derecho público*. No hay mas que dirigir la vista sobre la *tabla de las materias* de la *segunda parte* de la *Suma*, en que el doctor Angélico ha tratado estos mismos objetos, y se quedo uno admirado, estupefacto, encantado de ver en este magnífico cuadro, trazado por la mano del genio, cómo todas las partes se continúan las unas á las otras, se extienden, se desplagan, se enlazan, se armonizan en el conjunto en un todo maravilloso. El *Tratado de las leyes* es en particular lo mejor que se ha escrito hasta el dia sobre esta importante materia. La solidez de los principios, la precision del lenguaje, la fuerza de los argumentos, el desenvolvimiento de las doctrinas, la profundidad de sus designios, se halla en toda esta parte de la *Suma* á la altura del orden, del encadenamiento y de la elevacion de las ideas; es, sobre la *ciencia moral*, la obra maestra mas completa y mas perfecta del entendimiento humano. Esta mina inextinguible es la que han explotado los Grotius, los Puffendorff, los Coccejus, los Heimeccius, atribuyéndose como creaciones propias las riquezas que han extraido de ella. La prueba de todo esto es que cuando les ha faltado este recurso de la ciencia escolástica, ó han prescindido de recurrir á ella, y han trabajado en el fondo de su propio espíritu, se les ve pobres, pequeños, frívolos, absurdos, y con relacion al fondo, así como con relacion a las formas, relegados muy atrás de los Platones, de los Aristóteles, de los Zenones, de los Cicerones, que abordaron estas mismas materias, y que no han disfrutado, sin embargo, de las luces del cristianismo.

siglo no hace mas que renovar todos los sistemas y todas las opiniones de la razon filosófica antigua, con todas sus consecuencias; y despues de haber discutido largo tiempo, hablado mucho, escrito mucho, nada ha definido, no ha decidido nada. La filosofia cristiana, partiendo, como hemos visto (conferencia segunda, §. 7), del principio universalmente admitido por la consecuencia y universalmente profesado por el lenguaje de todo el género humano, que el hombre no es mas que un compuesto *natural*, y que el alma y el cuerpo son en el hombre un supuesto *esencial y sustancialmente unico*, habia explicado de la manera mas sencilla y mas natural *cómo* las sensaciones recibidas por el cuerpo llegan hasta el alma, y las voliciones del alma se reproducen en el cuerpo. Pero la razon filosófica de la época de que hablamos, habiendo desconocido este principio fundamental de la verdadera filosofia, y recordado el falso principio de la antigua razon filosófica, de que el alma y el cuerpo son dos seres completos independientemente el uno del otro, y que el hombre no es mas que *accidentalmente* uno *realmente* dos, ha renovado el antiguo problema, la antigua cuestion sobre la rapidez y la armonia de las comunicaciones entre el alma y el cuerpo. De aquí la necesidad de sistemas de *comercio entre el alma y el cuerpo*; porque, admitiendo *dos seres* en el hombre, es de toda necesidad admitir *un sistema*, una regla de *comercio* para explicar la conformidad perfecta de sus operaciones. No habiendo encontrado este sistema en la naturaleza, donde no existe, se edificó por la imaginacion; hizo la filosofia como hace la poesia. De aquí los sistemas de las *causas ocasionales* de Malebranche, de la *armonia preestablecida* de Leibnitz, del *influjo fisico* de Locke, que todo lo han confundido sin explicar nada; que han ocasionado tantas disputas entre los filósofos, sin que hayan podido jamás entenderse para admitir una sola como verdadera; lo que no debe admirar á nadie, porque son todas tres falsas, todas tres facticias, todas tres quiméricas y todas tres absurdas.

La filosofia cristiana, hemos visto tambien, estableciendo que el cuerpo concurre como causa *material* y el alma como causa eficiente en la formacion de las ideas, habia reconocido la acción de las dos sustancias en la produccion del mismo

fenómeno, habia definido el problema del origen de las ideas; de manera que no hubo cuestion sobre esta gran cuestion. Pero habiendo desconocido la razon filosófica del siglo XVII la ley de este concurso, y habiendo atribuido la formacion de las ideas á la una ó á la otra de las dos sustancias del hombre, produjo, con grande gasto de la imaginacion, sistemas tan arbitrarios y tan absurdos el uno como el otro. Para Descartes como en otro tiempo para Platon, las ideas son innatas en el alma, como *figuras* encerradas en un almarío, que el espíritu extrae de él á su gusto. Para Leibnitz, todas las ideas están en el espíritu, y no salen de él sino por reflexion, de la misma manera que una estatua se encuentra entera en un pedazo de mármol, esperando que el cincel del artista vaya á extraerla. Para Malebranche, las ideas no son mas que un juego del Verbo de Dios y del espíritu del hombre; de suerte que por Dios y en Dios es como el espíritu lo ve todo y comprende todo; lo que hizo que se llamase *loco* á este genio extraviado (1), por filósofos que bajo este aspecto lo eran, sin embargo, tanto como él y mas que él. Para Locke, en fin, todas las ideas no son mas que el resultado de la sensacion, ó la sensacion misma; porque para Locke, la facultad de pensar puede muy bien encontrarse entre los atributos de la materia; lo que mas adelante hizo decir al triste abad de Condillac, que « las ideas no son mas que *sensaciones transformadas*, » y á Saint-Lambert, que « el hombre no es mas que una máquina bien organizada, que recibe el espíritu de todo lo que le rodea. » Pero no habiendo hecho cada uno de estos sistemas sino embrollar mas y mas el problema, en vez de resolverle, subsistió entero (2) como una nueva causa de division, de disputas interminables entre los filósofos, y como una nueva

(1) Se repetía en las escuelas: *El que todo lo ve en Dios, no ve en él que está loco.*

(2) Al principio del siglo actual, el autor de *l'Histoire comparée des systèmes, etc.*, decia: « Seria muy extraño que se supusiera á la cuestion levantada con objeto de las ideas innatas como una cuestion ociosa ó indiferente, ó que se supusiera, con algunos otros, que es ya una cosa juzgada. » (Tomo 1.) Así, el siglo de la *discusion*, no ha decidido la cuestion capital del origen de las ideas, pues que era todavía una cosa por juzgar para el siglo de la *decepcion*, que tampoco la ha juzgado. Véase además sobre esta misma cuestion la nota 2 de la pág. 149.

prueba de la impotencia de la razon filosófica de esta época. para definir ni decidir nada.

9. Lo mismo ha sucedido sobre la cuestion capital del *critério* y del fundamento de la certidumbre. Los diferentes sistemas de la filosofía antigua sobre este grave objeto reaparecieron en el siglo xvii con los mismos principios y los mismos resultados.

Hemos visto, hermanos míos, que con relacion á la certidumbre los filósofos griegos se dividieron desde luego en dos grandes sectas : la secta de los *dogmatistas*, para quienes toda certidumbre existe en el hombre individual ; y la secta de los *académicos*, que negaban que el hombre solo pueda estar cierto de nada, y no reconocian otro *critério* de la certidumbre que el consentimiento de los hombres.

Hemos visto que los *dogmatistas* se habian subdividido en *dogmatistas racionalistas*, afirmando que solo son ciertas las concepciones que emanan de la razon ; en *dogmatistas fanáticos*, para quienes toda certidumbre descansa en el sentido íntimo del alma, y en *dogmatistas sensualistas*, no admitiendo mas que el testimonio de los *sentidos* como el único *critério* infalible de la certidumbre.

Hemos visto que los *académicos* se habian subdividido tambien en tres ramas diferentes ; es decir, en *académicos civiles*, sosteniendo que nada se debe mirar como verdadero excepto las instituciones civiles del Estado, y que á ellas hay que conformarse como á la única regla de las acciones humanas ; en *académicos religiosos*, que atribuyen el mismo privilegio á la religion de cada país, y en *académicos humanitarios*, que colocaban toda certidumbre únicamente en las creencias universales de la humanidad.

Y bien : el siglo xvii vió reaparecer sobre la escena del mundo filosófico todos estos sistemas, y este mismo siglo los vió representados con el mismo aire serio y ridículo á la vez. Descartes, estableciendo, acorde con Platon (1), que se debe mirar como verdadero todo aquello de que la razon de cada uno

(1) « Plato omne iudicium veritatis, veritatemque ipsam, adductam ab opinionibus et á sensibus cogitationis ipsius et mentis esse voluit. » (Cicero, *Acad.*, 1.)

tiene una percepcion clara y distinta (1), resucitó el dogmatismo *intelectual*; Malebranche, con su vision *directa* de la verdad en Dios, renovó el dogmatismo *fanático* de los circunáicos; Locke, insistiendo sobre la teoría de Epicuro, que el único testimonio fiel es el de los sentidos, restableció el dogmatismo *sensualista*.

Por otro lado, los nuevos *académicos* se subdividieron tambien en tres sectas, como los antiguos. Hobbes pretendió introducir entre los pueblos cristianos la *catalepsia civil* de los pueblos paganos, sosteniendo que debe mirarse todo como incierto, y no descansar sino sobre las instituciones civiles del Estado (*De Cive*); Huet, obispo de Avranches, afirmando que las doctrinas reveladas son las únicas ciertas para el hombre, quiso restablecer la *catalepsia religiosa* (*De Imbecillitate mentis humanæ*); Buffier, apelando al sentido común de los hombres, aun para las primeras verdades de simple percepcion, hizo revivir la *catalepsia humanitaria* (*Traité des vérités premières*), que un autor tristemente célebre de nuestros dias ha llevado hasta el exceso de sus últimas consecuencias.

No era fácil decidir entre estos seis diferentes sistemas sobre la certidumbre, cuál era el verdadero, y aun si habia alguno que lo fuera (2). Incierta pues la razon filosófica sobre

(1) « Videor pro regula generali posse jam statuere : Illud omne esse verum quod valde distincteque percipio. » (Meditat. II.)

(2) « Y el *criterio* de la filosofia, objeto de los deseos y de los esfuerzos de todos los filósofos, y signo con que puede distinguirse el error de la verdad; esta primera verdad que pueda servir de punto de partida para la investigacion de todas las demás, este primer hecho que pueda legitimamente explicar todos los otros hechos, ¿se ha encontrado todavía? El uno coloca este *criterio* en la experiencia, el otro en la evidencia, este en la *razon suficiente*, en el *instinto* ú en el *hábito*, aquel en el conocimiento *reflexivo* ó *intuitivo*. El *sentido moral*, el *sentido natural*, el *sentido comun*, el *sentido interno*, la *razon natural*, la *sociabilidad*, la *identidad*, el *principio de contradiccion*, etc., etc, tienen cada uno sus partidarios. La máxima *no hay efecto sin causa* parece evidente á algunos; Hume no ve en ella mas que una ilusion que la razon disipa, y aun duda del principio de la *causalidad*. Berkeley presenta dudas indisolubles sobre la existencia de los cuerpos, y no encuentra mas que un sueño de simples apariencias en todo lo que llamamos *materia*, *mundo*, *universo*. El uno quita todo carácter representativo en nuestras ideas, el otro ve un carácter representativo en nuestras sensaciones. Este no ve en el universo mas que inteligencia, aquel no ve en él mas que materia; un pirrónico consecuente no veria nada, y nosotros volveriamos á caer en la cuestion : ¿por qué hay mejor alguna cosa que nada? y todavía sin po-

el modo de discernir lo verdadero de lo falso de una manera positiva, es claro que no ha podido establecer ninguna verdad. Porque ¿cómo se puede establecer una verdad antes que se hayan encontrado los medios de conocerla?

Así que, durante esta época de la *discusion* moderna, como durante la época de la *discusion* antigua, las investigaciones y las luchas de la filosofía no giraron principalmente mas que sobre la competencia de la razon ó de los sentidos, de la reflexion ó de la experiencia, de la especulacion ó del instinto, del razonamiento ó de la sensacion, para estar cierto de alguna cosa sobre las ideas innatas ó sobre las ideas adquiridas; es decir, sobre el principio generador de los conociemien-

der resolverla. » (*Recherches, etc.*) Y M. de Bonald mismo, autor de este sombrío cuadro de la filosofía de nuestros dias, con su principio de la *imposibilidad de que el hombre haya inventado la palabra*, no ha hecho adelantar un paso á la filosofía; porque, digase lo que se quiera, con la ayuda de este principio, verdadero como es, se llegará á lo mas á probar la verdad de la revelacion primitiva; pero no se podrán resolver las cuestiones sobre el *origen de las ideas* y sobre el *criterio de la certidumbre*.

Pero, segun M. de Bonald, el primero de los *filósofos espiritualistas* de nuestro siglo, bueno es oír sobre el mismo objeto á M. de Gerando, el primer filósofo *experimentalista* ó *sensualista* del mismo siglo. « La primera impresion, dice, que se apodera de nosotros al reconocer nuestros propios errores, es la del desaliento. Este desaliento crece todavía considerando la *larga serie de errores* que se han sucedido aun en las regiones mas elevadas de la ciencia, el espectáculo de las *controversias* que han dividido los talentos mas distinguidos, el destino de los sistemas que han parecido gozar de la consideracion de los siglos. ¿HAY ALGUNA COSA DE CIERTO?

« Las máximas de que creemos tener las *convicciones mas profundas*; son otra cosa que *simples opiniones*? ¿Quién nos dará un signo regulador, un *criterio*, para discernir lo verdadero de lo falso, una medida para apreciar los diversos grados de certidumbre? La filosofía está todavía llamada á presentarnos este auxilio (y aun no ha respondido á este llamamiento), y á *salvarnos así del abismo* que parece aguardar el último término de nuestros esfuerzos. Porque uno pide que se le pruebe la *experiencia*, otro que se le pruebe la *evidencia*, este último quiere que se le demuestre aun la *posibilidad* de un conocimiento cualquiera. Cada vez que un filósofo cree colocar una base mas profunda que sus predecesores, sobreviene en el instante mismo un nuevo pensador, que cava mas hondo y coloca una *nueva duda* debajo de esta base. » *Histoire des systèmes, etc.*, tom. 1. Véanse pues las dos escuelas mas opuestas, la escuela *espiritualista*, la escuela *materialista*, conviniendo en el mismo pensamiento y en la misma confesion sobre la esterilidad, sobre la impotencia de la filosofía de todos los tiempos, y particularmente de los tres siglos precedentes para establecer una verdad, y ni aun el signo para distinguir la verdad y la posibilidad de su existencia. Cuando hay contra sí semejante experiencia y tales confesiones, no se debia tener tal arrogancia, al menos lo parece, en querer referirlo todo á la razon, y establecerla como único juez de toda verdad.

tos humanos y de su certidumbre; y no habiendo la filosofía podido entenderse consigo misma, no habiendo podido establecer nada de cierto, de sólido, sobre estos puntos capitales, ha sido impotente y estéril sobre todo lo demás, no dejando detrás de sí mas que la desesperacion de toda verdad (1). El edificio de la ciencia, léjos de haber podido ser concluido, no ha podido ni aun ser comenzado, á falta de un fundamento sobre el que pudiera cimentarse.

Nuestros tres reformadores pues concluyendo de destruir la filosofía *demonstrativa*, no consiguieron formar la filosofía *inquisitiva*, no fundaron ninguna filosofía, no dejaron detrás de sí mas que ruina y destruccion. La filosofía, jamás uniforme, pero siempre informe y deforme, ha quedado completamente por formar (2).

(1) « Los filósofos, dice además M. de Gerando, preguntan una cosa, que seria sin duda ninguna muy agradable y muy cómoda en su uso, cuando quieren encontrar un *criterio* tan á propósito y sencillo, que pueda al primer golpe de vista hacer distinguir la verdad del error, y servir de sello sensible, universal, para los conocimientos legítimos, evitando así todo exámen. Pero piden una cosa enteramente imposible, y la inutilidad de las tentativas que se han hecho en todos los tiempos para obtenerla, bastaria para demostrar su imposibilidad. El destino de nuestra razon seria demasiado feliz si existiesen para la verdad caracteres tan aparentes que pudieran ser reconocidos al primer golpe de vista. ;Nada existe que pueda libertarla del deber de una reflexion paciente y metódica! » Ved así á la razon filosófica declarar ella misma que, no solamente el *criterio* de la verdad, buscado en todos los tiempos, no ha sido en ningun tiempo, sino que es imposible que se encuentre nunca, y que la suerte de la razon es buscar siempre la verdad sin poder jamás encontrarla. Este es el comentario de aquella palabra de San Pablo: « Estudiar siempre sin aprender nada jamás; *Semper discentes. et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* » Esta es, finalmente, la misma confesion que habia hecho la razon filosófica antigua por boca de Ciceron; y esta falta de confianza de encontrar nunca el medio de llegar á la verdad será siempre la última palabra de la razon humana, no esperando el descubrimiento de la verdad sino de ella misma!

(2) Véase como uno de esos funestos eclesiásticos, que aun en Italia, para hacerse perdonar el uso de la sotana y obtener el diploma de filósofo, se han puesto en el último siglo á incensar á Epicuro, á Bacon y Locke, el abate Genovesi, literato y filósofo de mucho mérito, y gran panegirista de la logia y de la filosofía racional, ha juzgado esta época de renacimiento, de la pretendida restauracion de la filosofía, de que está tan orgulloso, y de que se ha mostrado, por otra parte, tan fanático: « La experiencia, dice, nos enseña que el progreso de la ciencia nos ha traído el progreso de las disputas; que se han sembrado espesas tinieblas aun sobre las cosas que nuestros padres veneraban religiosamente, habiéndolas aprendido por la tradicion, ó teniéndolas como ciertas por habérselas encontrado ellos mismos; y que nada, sin embargo, se ha traído para sustituir lo que subsistia. Por manera, que si continuamos por la mismo via que hemos emprendido, de aquí á uno ó dos

10. Leibnitz y Descartes eran á la verdad grandes hombres, verdaderos genios. Pero desde que el genio no se dirige sino á crearse las tinieblas, donde nada ve, no vale tampoco nada; no es nada desde que, atrincherándose en sí mismo, rechaza las comunicaciones positivas del Verbo eterno, de quien es reflejo y reverberacion; é impotente para el bien, no es hábil sino para el mal. Los gérmenes del mal, fué lo que estos grandes hombres depositaron en el espíritu humano, á pesar de sus deseos y de sus esfuerzos hácia el bien.

Descartes y todos los grandes cristianos que adoptaron su método dudaron de Dios, como los escolásticos habian tenido el pensamiento de hacerlo ellos mismos de una manera puramente científica, para encontrar nuevas demostraciones en favor de una verdad tan grande é importante. Su duda filosófica no arrastraba la destruccion de toda creencia cristiana. Pareciendo dudar de Dios en las escuelas, no cesaron de adorarle en los templos; pero sus discípulos y sus descendientes, partiendo del principio de no admitir nada que no fuese evidente para la razon, ó que no fuese encontrado y demostrado por la razon, aun la existencia de Dios, se encontraron en la imposibilidad de asegurarse de nada, aun de la certidumbre de la evidencia y de la competencia de la razon; porque, como lo habia notado el mismo Descartes (1), no se puede fiar en la evidencia y en la razon sino en tanto que se está cierto que Dios es quien ha dado la razon al hombre para conocer la verdad, y por consiguiente en tanto que se está cierto de que existe un Dios autor de la evidencia y de la razon.

Es decir, que la duda puramente científica y condicional de Descartes, tomada por lo serio en su mayor latitud por talen-

siglos se habrá concluido con toda ciencia, y nuestros sucesores solo sabrán que no saben nada; Experimento scimus; ex quo res litteraria aucta est, quæstiones etiam auctas, et rebus, quas veteres aut traditas sancte venerabantur, aut inventas certo tenebant, tenebras effusas; nihilo interim meliori evecto. Quare si, ut copimus, pergamus, intra unum aut alterum seculum de TOTA HOMINIS SCIENTIA ACTUM ERIT, nihilque sapient posteris, nisi se nihil scire. » (*Ars logica-critica*, lib. 1.) Si este pobre eclesiástico viviese en nuestros días veria que se ha cumplido perfectamente su profecía, y mucho antes de lo que habia previsto.

(1) « *Quam primum occurrat occasio, examinare debeo an sit Deus, an possit esse deceptor, hac enim re ignorata, non videor de ulla alia plane certus esse unquam posse.* » (*Meditat. II.*)

tos falsos ó malignos, degeneró bien pronto en duda religiosa ó en duda absoluta. Se comenzó á dudar de los dogmas cristianos con la misma ligereza que se habia dudado de los sistemas filosóficos; pareció convenirse, ó poco menos, en que nada debía admitirse como verdadero, en ningun orden de verdades, sino lo que á la razon de cada uno hubiera parecido verdadero; el principio religioso del protestantismo, fortificándose con el principio filosófico, pasó del terreno de la ciencia al de la religion, llevando á él la negacion ó la desesperacion de toda verdad, á punto que Bayle, anticipándose al siglo xviii, proclamó el escepticismo, y Spinoza preludeó al siglo xix por la renovacion del panteismo, que no es mas que un ateismo disfrazado. Estas fueron las consecuencias lógicas del movimiento filosófico del siglo xvii (1). Y así es como esta segunda época de la razon filosófica moderna la época de la *discussion*, abrió el camino á la tercera época, la época de la *negacion*: esta fué la ocupacion, el trabajo de la razon filosófica del siglo xviii, de que vamos á ocuparnos en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

11. El siglo xviii está todavía demasiado cercano á nosotros, demasiado presente á los espíritus por horribles recuerdos, para que sea necesario entrar en grandes detalles respecto del carácter que ha desplegado en él la razon filosófica, y las hazañas con que se ha manchado. Es, sin embargo, necesario decir alguna cosa.

Nadie ignora que á la razon filosófica inglesa de los Hobbes, de los Collins, de los Bolingbroke, de los Woolston, de los

(1) « La filosofía del siglo xviii es el desenvolvimiento del movimiento cartesiano en dos sistemas opuestos que el cartesianismo contenia en su seno, sin haberlos desarrollado en toda su magnitud. Era menester que estas potencias ocultas tomasen todo su incremento para que fueran conocidas en lo que tenían y en lo que no tenían. De esto resultó el *idealismo* de la escuela alemana, y el *sensualismo* inglés y francés. » (M. Cousin, *Cours de 1828*, lec. 15.) Este elogio hay que convenir en que no es muy lisonjero para la filosofía de Descartes.

Gibbon, es adonde la razon filosófica francesa ha ido á tomar prestado, para trasplantarlo en Francia, el horrible sistema que desconoce, que rechaza, que desprecia toda doctrina positiva, toda enseñanza cristiana en materia de religion.

Protegido por ciertos hombres de Estado demasiado débiles, demasiado sencillos ó demasiado corrompidos; favorecido por ciertas pasiones y por ciertas circunstancias del estado político de la sociedad, la razon filosófica, que hasta entonces habia guardado alguna moderacion en Francia y mirado con respeto al cristianismo, en el siglo XVIII rompió todo freno, se quitó la máscara y se mostró al mundo con toda su licencia, con toda su deformidad, con todos sus delirios, con todos sus horrores.

Habia sin duda en el órden político, y aun en el órden religioso, abusos que corregir, desórdenes que reprimir y escándalos que destruir; porque el tiempo y las pasiones los introducen siempre en todas las instituciones humanas. Habia, sobre todo, que corregir, que reprimir y destruir el mayor de todos los abusos, de todos los desórdenes, de todos los escándalos, el del renacimiento del paganismo, que, restaurado en el siglo XVI, se habia introducido por todas partes, invadiéndolo y corrompiéndolo todo: la filosofía, el derecho público, la literatura (1), las artes, los hábitos y las costumbres. En lugar de aplicarse á curar esta llaga, no se hizo mas que ensancharla en todas las direcciones y hacerla mas incurable. En lugar de combatir esta causa omnipotente de la degeneracion de los pueblos cristianos en la Europa moderna, no se hizo mas que desarrollarla y aplicarla en todo y por todo; porque, así como uno de vuestros literatos (M. Charles Nodier) lo ha hecho observar con tan buen sentido como verdad, « la revolucion francesa no ha sido mas que el conjunto de las ideas de escuela aplicadas á la sociedad. »

Tenian talento estos filósofos del siglo XVIII, y (algunos al menos) eran hombres de genio; pero habiéndose extinguido

(1) La literatura de los siglos de Leon X et Luis XIV, profana en gran parte en sus formas, era cristiana en cuanto al fondo. Este ha sido el último resultado del movimiento cristiano de los siglos precedentes. El efecto de la corrupcion pagana en la literatura y en las artes no se manifestó hasta el siglo XVII en Italia, ni hasta el XVIII en Francia. Los buenos ó malos principios necesitan siglos para producir entre los pueblos sus buenas ó malas consecuencias.

enteramente toda luz divina en estas inteligencias cristianas, extraviadas por el orgullo y corrompidas por los vicios, no han podido convenirse en nada, excepto en un odio satánico al cristianismo, á quien llamaban *INFAME* con la mayor frialdad. Ellos no han inventado nada, no han encontrado nada, ni aun el error, no han hecho mas que renovar y vestir á la francesa todas las excentricidades, todos los errores, todas las obscenidades, todas las torpezas de la razon filosófica griega y romana, menos el talento (1). Han profesado al mismo tiempo los mas contradictorios sistemas, las doctrinas mas opuestas: el dogmatismo y el escepticismo, el materialismo y el idealismo, el deísmo, el panteísmo y el ateísmo. Por manera que puede repetirse de estos filósofos lo que Ciceron había dicho de los filósofos antiguos: que no puede imaginarse nada, por absurdo que sea, que no haya sido profesado por algun filósofo; *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum.*

El carácter propio de la razon filosófica de aquella época no ha sido, lo repito, mas que la *negacion*, la negacion llevada á sus últimos límites, y aun puede decirse á sus últimos furores. Ha negado á Dios, la creacion, la trinidad, la revelacion, la caida del hombre, la redencion, la gracia; ha negado la simplicidad, la libertad, la inmortalidad del alma; ha negado, no solamente lo que no se ve, sino tambien lo que se ve; ha negado, no solamente á Dios, sino tambien al mundo; no solamente los espíritus, sino tambien los cuerpos; no solamente la vida en el mundo futuro, sino tambien la muerte en el mundo presente (2); ha negado toda moral, toda justicia, todo deber, toda virtud; ha negado toda idea, todo principio, todo sentimiento, toda creencia, toda verdad, toda certidumbre, todo culto, toda religion y toda sociedad. Nada

(1) Véase en los *Provinciales philosophiques* del abate Barruel todos los absurdos de la filosofia griega en las páginas á la izquierda del libro, y en las de la derecha la traduccion piadosa que han dado de ellas los filósofos del siglo xviii, presentándolas como el resultado de sus propias investigaciones. Tan brillante comparacion prueba que estos *grandes pensadores* no se han tomado ningun trabajo en pensar por sí mismos lo que han escrito, y que no era la honradez su virtud predilecta.

(2) Se sabe que Condorcet, el mas loco de los filósofos de este siglo, ha vaticinado que la filosofia llegará en algun tiempo á encontrar y revelar al hombre el secreto para no morir.

de positivo: todo ha sido negativo en su enseñanza. Toda su ciencia, para hablar el lenguaje de los libros santos, se ha devorado á sí misma; *Omnis scientia eorum devorata est* (Psal. 106 27); porque ella no ha enseñado otro dogma que la duda, otra moral que el crimen, otro deber que la insurreccion, otro órden social que la anarquia, otra religion que el ateísmo, otro fin del hombre que la nada. Y con el objeto de que no hubiese nada de que se pudiera decir. « Véase una cosa que la razon filosófica del siglo XVIII no ha negado, » habiéndolo negado todo, y no teniendo ya nada que negar fuera de ella, un dia que estaba de buen humor, vino á negarse, á borrarle elle misma; porque la apoteosis de una prostituta, bajo el titulo de *diosa de la razon*, la personificacion de la razon en la voluptuosidad y por la voluptuosidad, no fué mas que la confesion pública, solemne, de que no reconocia sino á la materia en lugar de Dios, al placer en lugar de la ley, al instinto en lugar de la razon; y como que no habia ni Dios ni ley, de la misma manera no habia razon.

12. ¡Qué espectáculo, gran Dios! Ver á los filósofos cuya razon habia sido tan orgullosa, que lo habian emprendido todo, cumplido todo por el honor y el triunfo de la razon, concluir por abjurar toda razon! Qué espectáculo el ver á los filósofos que tanto habian exclamado contra la supersticion, concluir por venir á encorvar su orgullosa frente á los piés del idolo infame de la voluptuosidad y sumergirse en la supersticion mas obscena, mas cínica, mas grosera, ante la que habian retrocedido siempre los filósofos paganos! Porque los filósofos griegos habian tambien adorado al hombre, pero al hombre después de la muerte, al hombre purificado de alguna manera por la muerte, al hombre trasformado, al hombre deificado; mientras que en el año 93 los filósofos adoraban al hombre descendido, degradado hasta los ciegos instintos del bruto. Así es como la razon filosófica moderna, habiendo renovado de la razon filosófica antigua el crimen de haberse atenido á ella misma, como dice San Pablo, enorgulleciéndose de sí misma, *Evanuerunt in cogitationibus suis*, se vió herida con el mismo castigo, ciega como lo fué hasta el punto de adorar al hombre criminal, al hombre corruptible, al hombre materia, en lugar de glorificar al Dios tres veces santo y perfecto; *Et mu-*

taverunt gloriam incorruptibilis Dei in imaginem gloriae corruptibilis hominis.

Mas afrentosa que la de los antiguos, fué tambien mas cruel esta idolatría. Los griegos y los romanos no sacrificaban sino victimas de animales á Júpiter y á Venus, mientras que ante el altar de la *diosa de la razon* se han hecho sacrificios de victimas humanas y aun de filósofos, con el fin de que en la persona de estos sacerdotes de la razon, que se habian colocado como los representantes de la razon, viniendo la razon á espirar en la sangre, quedase mejor consignado que esta era la época de la deshonra de la razon, de su destruccion y de su muerte.

Esta fué tambien la época de horribles orgías, de escenas de sangre, de crímenes de que ningun pueblo pagano, ningun pueblo salvaje habia dado jamás ejemplo, y que hubieran constituido la deshonra eterna del pueblo muy cristiano, si no se hubiera demostrado que este pueblo nada ha hecho, nada ha querido de lo que se hizo entonces en su nombre. Y con el fin de que no quedase la menor duda de que todo esto habria sido la obra de la *razon filosófica*, y no de la *razon popular*, un filósofo se ha encargado de declarar esta verdad al mundo; porque Condoreet es quien, en presencia de los horrores del año 95, y haciendo alusion al que (á Voltaire) habia sido el primero en determinar el movimiento de la *negacion* del siglo xxiii, ha pronunciado esta grande expresion: « El no ha visto todo lo que ha hecho; pero él es quien ha hecho todo lo que vemos. »

Tal estado de cosas no podia durar largo tiempo, ni la ciencia ni la sociedad podian detenerse en la negacion de todo sin perecer. La razon filosófica pues, de acuerdo con la razon de Estado, pareció retroceder en su camino, y querer reconstituir el edificio de la verdad; pero siempre segun el método que hace su constitutivo esencial, segun el método de querer marchar enteramente sola, y formar una ciencia religiosa fuera de la religion y aun contra la religion; siempre protestando querer respetar y mantener la religion. Es decir, que la razon filosófica moderna, cambiando su lenguaje, no ha abandonado sus principios; moderando su conducta, no ha abjurado sus pretensiones; y ella no ha renunciado al siste-

ma de la *negacion*, que señaló su tercera época en el siglo XVIII, sino para entrar en el sistema de la *decepcion*, que forma el verdadero carácter de la cuarta época de la filosofía de nuestro siglo.

Todo en efecto no es mas que decepcion en esta filosofía: decepcion relativamente á su *origen*, decepcion relativamente á sus *tendencias*, decepcion relativamente á sus *resultados*. Vuelvo á comenzar.

13. Decepcion relativamente á su *origen*. Ciertos jefes de la nueva escuela filosófica francesa, tengo gusto en reconocerlo, poseen talentos, elevacion, y aun si se quiere, genio: pero ellos no se han estimado bastante á sí mismos, no han estado bastante orgullosos de su espíritu y de su poder. Con calidades superiores, raras, brillantes, con las que podian aspirar á la categoría de maestros, han preferido hacerse, escolares. Pudiendo marchar en compañía de los mayores genios del catolicismo, y partir con ellos sus laureles, han tenido la torpeza de ponerse detrás, exponiéndose al desden, al desprecio que ha perseguido á los mas locos y mas insolentes de los filósofos protestantes. Pudiendo dotar á su país con una filosofía verdadera, sólida, magnífica, que tuviese al cristianismo por base, la luz divina por guia, y como recursos los trabajos de Sto. Tomás, y por objeto la continuacion el desenvolvimiento completo, el perfeccionamiento de la filosofía cristiana, una de las glorias de la nacion francesa; no se han avergonzado en traducir en el idioma universal, en el idioma de la civilizacion, yo casi diria en el idioma cristiano, los sistemas huecos, innobles, absurdos de la filosofía alemana (1), que no tiene por base mas que al paganismo; las

(1) La innoble fábula, en particular, de que el estado primitivo y originario del hombre ha sido el estado salvaje; que el hombre es quien en primer lugar inventó las matemáticas, en virtud de su instinto de lo *útil*; después, en segundo lugar, inventó las leyes y la sociedad civil, en virtud de su instinto de lo *justo*; en tercer lugar, inventó las bellas artes, en virtud de su instinto de lo *bello*; que en cuarto lugar inventó el culto, en virtud de su instinto *religioso*; y que, en fin, inventó la razon, el lenguaje, la filosofía, en virtud de su instinto del *razonamiento*; esta innoble fábula, digo, donde hay poesia, necedad, tontería, mentira y absurdo; donde hay de todo menos filosofía, ha sido traducida palabra por palabra de los libros de los epicúreos alemanes, que la habian encontrado á su vez entre el lodo de los epicúreos de la Grecia.

falsas luces de la razon, las tinieblas por guia; por recurso las vanas discusiones de los dos últimos siglos, y por objeto la degradacion del hombre y la ruina de la sociedad, é imprimiendo en ellas la imágen de su personalidad, el sello del espíritu francés, han presentado y hecho aceptar á la Francia como filosofía indigena los delirios de todo lo que la intemperancia mas desvergonzada y la razon ha producido mas grosero, mas incomprensible, mas monstruoso en el extranjero; lo que seria inmensamente ridiculo si no fuera profundamente impío. Así es como un príncipe, colocando sus armas y su firma sobre un pedazo de papel, le convierte en dinero y le da un valor que no tiene en sí mismo.

Y semejante filosofía, que los mismos que la profesan no se han avergonzado en llamar *de la blague* (1); semejante filosofía, que, si no es de mero pasatiempo, no es tampoco mas que un juego de palabras, de vanidad y de *decepcion*; semejante filosofía no puede convenir al espíritu francés tan sensato, tan positivo y tan cristiano.

Franceses, lo que os pierde es que muchas veces quereis ser imitadores serviles, pudiendo ser modelos originales. No habeis sido felices en el último siglo en ir á tomar prestada vuestra política á la Inglaterra protestante; ¿creeis serlo mas yendo ahora á tomar de la Alemania protestante vuestra filosofía?

Franceses, ¡acordáos de vosotros! Con el poder de vuestro espíritu, con la maravillosa facilidad que poseis de comprender los principios mas profundos, las mas elevadas doctrinas, y de desenvolverlas en todas sus consecuencias mas lejanas; con vuestra admirable actividad, con el instrumento de vuestro bello idioma, tan gracioso, y al mismo tiempo tan claro y tan filosófico; y sobre todo, con la riqueza de verdades y hábitos cristianos que aclimataron en este suelo privilegiado diez y ocho siglos de cristianismo, y cuyas huellas se ven

(1) Se han admirado de que hayamos hecho uso de esta palabra en el púlpito; pero esta palabra ha sido en alguna manera consagrada por los hombres mismos de la filosofía de que se trata: ellos son quienes han calificado así esta filosofía; y naturalmente nadie mejor que ellos debe conocer su obra y sus propias doctrinas. Véase el folleto titulado *Los filósofos asalariados*, pág. 75; cuyo autor no inspira, á la verdad, una confianza ilimitada; pero sus afirmaciones no han sido, que yo sepa, desmentidas todavia.

aun en vuestros extravíos y en vuestros errores; con todas estas ventajas, no teneis necesidad, yo os lo aseguro, de remedar á los otros; os bastais para ser grandes.

14. Decepcion de la filosofía moderna relativamente á las *tendencias*. Hermanos míos, yo no he tomado ningun partido; yo nada condeno *à priori*; alabo el mérito donde le hallo, como me apodero de la verdad donde la encuentro. Reconozco pues y confieso que la filosofía moderna (hablo de vuestra filosofía ecléctica) ha tenido algun mérito. Ha sido, aunque poco, *espiritualista*, y bajo este aspecto, ha hecho verdaderos servicios al país. Ha retraido á la juventud francesa de la cenagosa via del sensualismo, la única que el siglo XVIII hubo dejado abierta á la actividad de la razon humana; la ha llevado al terreno de las doctrinas espirituales, intelectuales; terreno sobre el que tan fácil es encontrar al cristianismo y proseguir en su compañía el camino de la vida.

Pero ¡ay! Este espiritualismo, lo digo con sentimiento, es muchas veces un espiritualismo sin Dios, un espiritualismo menos Dios, casi diria contra Dios; es un espiritualismo en que Dios no aparece, porque la filosofía moderna es *theofoba*, tiene miedo á Dios, no pasa nunca á su lado sin cubrirse los ojos, para no verle y no ser vista de él. Es un espiritualismo que, aun cuando no prescinde de Dios, lo construye, lo viste de manera que Dios no puede ser conocido, y que parece burlarse de él.

El espiritualismo de esta filosofía no es mas que un espiritualismo ilusorio, engañoso, inepto; un espiritualismo que comienza en el hombre para concluir en el hombre; un espiritualismo que solo propone el hombre á la admiracion del hombre, al culto del hombre; que no es mas que la apoteosis del hombre, la idolatría del hombre por el hombre; un espiritualismo que no tiene nada de sólido, nada de noble, de grande, de divino, de sagrado; y que solo se dirige al ridículo ó á la nada, cuando no á la blasfemia y al error. Decepcion pues es todo esto, y amargo entretenimiento.

15. En fin, *decepcion* de la filosofía actual relativamente á su *resultado*.

El divorcio entre la filosofía y la religion, de que tanto han tenido que llorar la religion y la filosofía, subsiste siempre.

La filosofía se alaba siempre de ello, se aplaude de haberse hecho laical, de haberse hecho secular, de haberse hecho profana. Y ¿cuáles han sido hasta aquí sus resultados? ¿Se puede citar una sola cuestion tocante á la ciencia de Dios y del hombre, que haya resuelto? Su impotencia ¿no iguala á su temeridad? ¿Ha hecho otra cosa que oscurecer, debilitar por medios pérfidos y ocultos, no atreviéndose á combatir las abiertamente, las verdades generales de que el mundo no puede prescindir, los dogmas cristianos, de que es depositaria la Iglesia? Ha conseguido otra cosa que engañar y asolar las inteligencias que se le han confiado, destruyendo sus creencias antiguas, sin haberles nunca podido dar otras nuevas? ¿Es otra cosa la filosofía moderna que una amalgama deforme de estúpidas blasfemias, de absurdas y extravagantes opiniones (1)?

Porque ¿qué cuestion ha definido esta filosofía que todo lo debiera definir? Qué verdad ha encontrado esta filosofía que todas las debiera encontrar? Esta filosofía de *eleccion*, ¿qué ha elegido de preciso, de cierto, y en que la razon pueda razonablemente detenerse sin degradarse y sin perderse? Que se me indique, y yo me apresuraré á rendirle homenaje y á acreditarle el reconocimiento mas sincero en nombre de la religion y de la humanidad. Pero ¡ah! ¡Ella no nos ha dado

(1) Uno de los mas fanáticos filósofos racionalistas de este siglo (M. de Gerando ha dicho: « La filosofía no se muestra con los caracteres esenciales que la constituyen, sido cuando ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos. Hasta entonces, incompleta, incierta, no sale del rango de las simples opiniones. Desde que ha encontrado estos principios, destinados á servirle de piedra angular, se constituye como verdadera ciencia. » *Histoire comparée, etc.*, tom. 1.) Nada es mas cierto; pero esto no se ha visto en el mundo mas que una sola vez durante el período de la filosofía cristiana. Esta filosofía, no separándose jamás de la religion y de las creencias comunes de la humanidad, habia llegado a fijar los principios fundamentales de los conocimientos humanos, y por estos principios, destinados á servirle de piedra angular, se habia constituido como verdadera ciencia; pero desde el siglo xvi, ó desde que la razon filosófica ha querido marchar sola, no habiendo podido jamás llegar, en el período de mas cuatro siglos, á fijar los principios fundamentales de los conocimientos humanos, — porque, aun hasta en nuestros dias se cuestiona sobre estos principios, y no se han encontrado ni fijado; — se ha seguido de esto que la filosofía, desde esta época, ni se ha mostrado ni se muestra jamás, aun en nuestras dias, con los caracteres esenciales que la constituyen, y que, como en otro tiempo la filosofía de los griegos y de los romanos, y por las mismas causas incompleta é incierta, no sale del rango de las simples opiniones.

sino palabras en lugar de cosas, tinieblas en lugar de luz, dudas en lugar de certidumbres, fantasmas en vez de realidades (1)!

16. ¿Quereis saber lo que ha descubierto con relacion al hombre? Ella os habla de la apoteosis de la humanidad, del yo absoluto del hombre, de la independencia de su razon, del dominio de su personalidad, de la necesidad de su ser. Pero ¿concebis algo en estas grandes palabras cuando se trata del hombre, el ser moral, el ser relativo, el ser dependiente, el ser sometido, el ser contingente, que no tiene nada de sí mismo, y nada es por sí mismo y en sí mismo?

Un instante después esta misma filosofía llama al hombre « el indefinido, » lo que evidentemente significa que no ha definido nada todavía con relacion al hombre. Este modo chusco de la definicion del hombre todavía *indefinido* debe recordaros aquella triste y desconsoladora expresion salida no há mucho de la boca de un filósofo, como una voz sombría y lúgubre del fondo de una tumba: « La humanidad no está bastante madura todavía para que se trate la cuestion del alma. »

Así, hermanos míos, no solamente la filosofía eclética no

(1) Tiedeman, el *historiador de la filosofía materialista*, según M. Cousin, ha dicho? « La historia de la filosofía en su conjunto nos ofrece una perspectiva de consuelo y de alegría; porque desde que la razon humana se ha despertado una vez, no ha retrocedido jamás... La razon avanza sin cesar. » (*Histoire de la phil.*) ¡Mentiroso! Lo contrario es precisamente lo verdadero. La historia de la filosofía, en su conjunto, no nos ofrece mas que una perspectiva de desolacion y de tristeza; porque desde que la razon humana ha recibido, en el siglo xvi, la señal de despertar, de que habla el historiador filósofo, no ha hecho sino *retroceder* hasta el escepticismo ó hasta la desesperacion de toda verdad. La historia de su filosofía, EN SU CONJUNTO, no nos demuestra mas que una sola verdad, á saber: que la razon, desde que se separa del principio religioso, retrocede siempre hasta la negacion de sí misma. Pero véase á este historiador cómo se refuta á sí mismo, pues que añade: « Sin embargo, y sean cualesquiera las abundantes luces que se han derramado sobre los principios y sobre las mas elevadas ideas de la ciencia, 1º ella no ha conseguido todavía (ni lo conseguirá jamás) imponer silencio á ninguno de los partidos mas notables que se han formado desde la antigüedad en su territorio, ni conseguir, aun en esta época brillante (de tinieblas), la concordia perfecta y la unidad de asentimiento que gozan las ciencias matemáticas; 2º los escépticos, los ateos, los materialistas, los teólogos continúan levantando su voz al lado de los dogmáticos, de los deistas, de los espiritualistas, de los pensadores pacíficos, y encuentran todavía partidarios; 3º es menester reconocer sin duda alguna como una de las principales causas de esto, que los grandes hombres de estos últimos tiempos han dejado todavía

ha decidido nada todavía sobre la cuestion del alma, que no es mas que una para todo el género humano; sino que anuncia que nos debemos esperar todavía largo tiempo antes de saber justamente si tenemos un alma, ó si no somos mas que cuerpo; si tenemos un espíritu racional y libre, ó si no somos mas que seres sensibles; si tenemos delante de nosotros la eternidad ó la nada; si estamos llamados á ser los conciudadanos de los ángeles, ó si no tenemos mas que el destino de los brutos; y lo que es todavía mas grave, que por la filosofía se ha prohibido abordar una cuestion que en tan alto grado nos interesa. *Decepcion*, siempre *decepcion*, porque la verdadera significacion de este oráculo filosófico no es mas que esto: « Hay todavía demasiadas preocupaciones en el mundo, demasiado orgullo en el hombre, demasiado cristianismo en Europa, demasiada fe en la Francia, para que se pueda, sin temor de herir legítimas susceptibilidades, afirmar que el hombre no es mas que una bestia, que vive por el cuerpo y concluye con el cuerpo. »

No es extraño, por lo tanto, que se haya dudado que el filósofo (M. Jouffroi) que ha pronunciado estas deplorables palabras haya muerto en los sentimientos cristianos. Se sabe que este hombre era, á pesar de todo, una inteligencia esco-

mucho de ambiguo é incompleto relativamente á las primeras nociones y á los principios mas elevados; que no se ha tratado bastante de determinar los últimos fundamentos del edificio, y en hacer coordinar sobre ellos todas las partes, y ponerlas de acuerdo de este modo. » (*Ibid.*) Es pues evidente, por esta confesion de su fanático panegirista, que al punto á que se halla reducida la filosofía de nuestros dias, está dividida en diferentes sectas que no pueden ponerse de acuerdo sobre nada, que ella está en las tinieblas relativamente á las *nociones primeras*, y que no ha concluido todavía de colocar los fundamentos del edificio; en otros términos: que la filosofía moderna no ha hecho nada, no sabe nada y no es nada ella misma. ¿No es necesario ser muy estúpido ó muy insolente para atreverse, en presencia de tales resultados, á pretender que se reconozca ó que se confiese, y venir á hablar de las abundantes luces que se han distribuido sobre los principios de la ciencia, y de la perspectiva de consuelo y de alegría que ofrece en su consuntio la historia de la filosofía? M. Ancillon aunque de la misma escuela, ha sido mas franco, diciendo: « La historia de la filosofía no presenta al primer golpe de vista mas que un verdadero caos; las nociones, los principios, los sistemas se suceden en ella, se combaten y se borran los unos á los otros, sin que se sepa el punto de partida ni el limite de todos estos movimientos, y el verdadero objeto de estas construcciones tan atrevidas como poco sólidas. » (Citado por M. de Bonald, *Recherches*.) Véanse pues bien consignadas por un escritor que debia conocerse, la vanidad, la impotencia y los tristes resultados de la *razon filosófica*. Siempre *el caos*, y nada mas que el *caos*!

gida, un corazón generoso y de un excelente natural; que, engañado, extraviado por las falsas luces de las doctrinas del día, ha reconocido y confesado á tiempo el triste comercio que habia hecho cambiando las creencias de la fe por las vanas concepciones de la ciencia (1). Algunos instantes antes de morir derramó lágrimas de felicidad sobre su querida hija, al acabar de hacer su primera comunión. Yo me inclino á creer que este voto y estas lágrimas han sido actos de fe, de arrepentimiento, de amor, que le habrán valido la salvación de parte del Dios de misericordia. Dejadme creerlo: es una felicidad para mí creer que mis hermanos han encontrado al morir delante del Dios de bondad aquella gracia que yo espero encontrar para mí mismo.

17. Acabais de ver lo que la filosofía de *eleccion* ha elegido relativamente al alma; veréis ahora lo que ha elegido relativamente á Dios.

Acabamos de ver que la razón filosófica se acordó, á su pesar, de Dios á seguida de las catástrofes del año 93. Pero el Dios que llamó desde luego no fué el Dios del domingo, sino el dios del *Decadi*; no fué el Dios de los cristianos, sino el dios de los *teofilántropos*; y este dios extraño, cesando á su vez de ser el dios del pueblo, no continuó menos por eso en ser el dios de los filósofos; es decir, que la razón filosófica quiso tener siempre su dios propio, un dios á su manera, un dios de su creación, un dios fuera siempre de toda revelación, un dios que, tranquilizando por su *nombre* lo que se llamaba las *preocupaciones de las masas*, no inquietase la razón.

Como al principio de la era vulgar, espantados los filósofos de las consecuencias del ateísmo, que fué la última palabra de la filosofía antigua, inventaron, bajo el nombre de nuevo platonismo, una especie de panteísmo y de misticismo pagano; de la misma manera, á principios de este siglo, espantados de los horrores del ateísmo social, que fué la última palabra de la filosofía moderna, los filósofos racionalistas han aparentado querer restaurar las creencias, han inventado una especie de panteísmo y de misticismo cristiano, y han

(1) Véase en sus propios escritos la confesión de este filósofo tocante á los horribles destrozos que habia hecho en su espíritu la nueva filosofía.

hecho de él un sistema, una doctrina, una religion. ; Horrible y estúpida religion, que no es sino la mezcla del absurdo y del sacrilegio!

Pero este principio enteramente pagano, de que el universo, con todos los seres que encierra, no es mas que una sola y misma sustancia, un solo y mismo Dios, es una doctrina destructora de toda idea verdadera de Dios. Decir pues que todo lo que existe es Dios, es decir que Dios no existe de ninguna manera. Así, ciertos filósofos de nuestros días, semejantes á los antiguos discípulos de Epicuro (1), admitiendo á Dios por la palabra, lo niegan por el hecho; y el panteísmo moderno no es en el fondo mas que el ateísmo del último siglo, disfrazado para ocultar su deformidad.

Los filósofos del último siglo ostentaban el ateísmo, y negaban á Dios, en quien creían; porque, á excepcion de los tres corifeos de la impiedad, todos han concluido por convertirse en la hora de su muerte. Ahora los filósofos racionalistas aceptan el deísmo, y hablan del Dios en quien no creen. La filosofía racionalista de nuestros días no es pues mas que la continuacion de la filosofía del siglo XVIII, con la *hipocresía por añadidura*. Y ¿qué es esto mas que la decepcion? Pero es menester entender esta filosofía en su manera de hablar con Dios.

18. Con aire serio, unas veces os dice, de acuerdo con Aristóteles, « que, siendo Dios una causa absoluta que no puede pasar en acto, ha creado el mundo de toda necesidad; » y otras veces, reprendiéndose, afirma, con Platon, « que Dios ha creado el mundo de una materia preexistente de toda eternidad; » otras veces repite el impio delirio de Pitágoras, « que Dios no ha sacado el universo de la nada, sino de sí mismo, que es la única sustancia absoluta; y que todos los seres no son mas que partículas de un Dios hecho jirones; » y otras veces, reuniendo las locuras de Zenon á las de Epicuro, sostiene con toda gravedad « que el universo se compone de tres partes: lo *infinito*, lo *finito*, lo *indefinido*. Lo infinito es Dios, lo indefinido es el hombre, lo finito es la naturaleza; pero que estas tres partes elementales, del todo con-

(1) « Epicurus re tollit, oratione relinquit Deos. » (Ciceron, *De Nat. Deor.*)

cluyesen por ser absorbidas, identificadas, unificadas, en una sustancia absoluta, única y universal, la sustancia *parte*, concluyendo por desaparecer en el *Dios Todo* ó en el *Todo Dios*. » Vosotros no comprendéis nada de este galimatías tan tonto como impío, ¿ no es verdad, hermanos míos? Pues yo tampoco.

Y ¿ qué os parece de ese Dios? Estáis contentos con el? Yo pienso que no. Por mi parte declaro que no quiero este Dios de los sabios, este Dios del eclecticismo, este Dios de la razón, este Dios de la filosofía; y aguardando á que se me encuentre, á que se me *elija*, á que se me presente alguna cosa mejor, yo me contento con el *buen Dios*, con el Dios del género humano, con el Dios del pueblo, con el Dios del aldeano, con el Dios del alma piadosa, de la mujer honrada, de la madre de familia, de los niños; con el Dios del Evangelio, el Dios de la Iglesia, el Dios del catecismo, el Dios de la fe. Yo me atengo á este Dios vivo, en nombre del que el espíritu sonríe, el corazón vibra y la carne misma salta de alegría; yo me atengo á este Dios único, el solo infinito, el solo todopoderoso, el solo eterno, el solo perfecto, el que todo ser aspira, todo ser siente, todo ser busca, todo ser mira, todo ser desea, todo ser ama, todo ser honra como á su maestro, su criador y su padre, y el origen de todo consuelo y de toda felicidad; *Caro mea et cor meum exultaverunt in Deum vivum*. (Psal.)

Otros discípulos de la misma escuela no han quedado mas satisfechos que nosotros del Dios de sus maestros; y mas francos, pero mas consecuentes que estos, de sus andanzas filosóficas han llevado mas lejos el valor de la blasfemia. Uno de ellos ha dicho buenamente: « Dios no es mas que una palabra; » otro, añadiendo el insulto á la negación, ha pronunciado estas horribles palabras, que han arrojado el espanto, la consternación en toda la Europa cristiana; estas horribles palabras serian la afrenta del país que las ha oído, si este país no hubiese rechazado, por el horror con que las ha acogido, su odiosa solidaridad. Estas horribles expresiones, que no se dirian palabra del hombre, sino grito de Satanás; que no se dirian ser una voz de la tierra, sino un rugido del infierno; que yo tiemblo al repetir: « Dios es el mal... » ¡ Dios del cielo, levantaos y vengad vuestra santidad, vuestra majestad infinita,

tan sacrilegamente ultrajadas por un gusano de la tierra!... Pero ¿qué digo? De la boca de un ministro del Evangelio, de caridad, ¿puede salir un grito de venganza? ¡No, no! Así, todos nosotros queremos, todos os suplicamos, grand Dios, que os vengueis, no con la severidad de juez, sino con la bondad de un padre. Perdonad á esta inteligencia decaída de su magnitud natural, de la elevacion en que la habeis colocado; puede ser que no haya querido decir lo que ha dicho. En todo caso, es la blasfemia de un espíritu que no os conoce; *Quæ ignorant blasphemant*. ¡Derramad pues sobre este espíritu, á quien han extraviado abominables doctrinas, las dulzuras de vuestra misericordia? Enseñadle por esto que sois la bondad infinita, pues que perdovais tambien á este blasfemo; enseñadle que no sois *el mal*, sino el bien, el bien infinito, el bien esencial, el bien único del hombre para el tiempo y para la eternidad.

19. ¡Ah! El hombre, al separarse de Dios, ha dado una horrible caída; ha caído en sí mismo; *Incidit in semetipsum*, como diria San Agustin. Su inteligencia se ha oscurecido, su sentido moral se ha alterado; no ha tomado interés sino por la vida material, ni fijado su atencion sino en la voluptuosidad, ni tenido mas gusto que el crimen, mas instinto que la destruccion. No acaba una ruina sino para empezar otra nueva. Todo lo que existe, todo lo que ha existido, se le ha hecho insoportable. Dios le espanta, la religion le desueta, el orden le fatiga, la autoridad le es odiosa, aun bajo la forma que él mismo la ha dado; la misma sociedad le parece una desgracia ó un anacronismo. Vedle pues en marcha de destruirlo todo para rehacerlo después á su imágen, al molde de sus delirios, de sus caprichos, de sus pasiones, y poder decir un día: « Todo esto es obra mia; yo soy quien ha hecho todo esto; yo soy todopoderoso, y si hay un Dios en el mundo, soy yo. »

Entre tanto los crímenes aumentan siempre mas y mas, y tambien las desdichas. La constitucion moral del hombre se ha embrutecido, como su constitucion física se ha debilitado; los cuerpos se degradan tan profundamente como las almas; todo es gangrena y podredumbre. Entre tanto el orden vacila, la autoridad se viene abajo, la misma felicidad material se

desvanece; todos los lazos se relajan, todas las instituciones se descomponen, todo se quebranta, todo se hunde. El orden de la fe cae en ruinas bajo los golpes de la loca razon; amenaza arrastrar consigo al orden civil, al orden politico, al orden social; de suerte que se está reducido á preguntarle temblando: « ¿Cuánto tiempo nos durará todavía la sociedad? » Ved, hermanos míos, los productos de la razon filosófica separada de la enseñanza de la Iglesia, de la enseñanza cristiana, y queriendo marchar sola á la conquista de la verdad. Ella habia prometido hacer brillar la luz, y no ha creado mas que tinieblas, y se ha perdido en su oscuridad. Se atrevió á pretender apoderarse con su mano débil de todas las verdades, y no ha recopilado mas que errores. Ha querido elevarse hácia el cielo como un gigante, y ha vuelto á caer en el lodo de la tierra como un insecto. Ha querido elevar con sus solas fuerzas el edificio de la ciencia, y no ha hecho mas que amontonar á su alrededor ruinas, que la han aplastado á ella misma.

De suerte que la posteridad, escandalizada, estupefacta, de estos extravíos, de estas necedades, de estos delirios de la razon filosófica de nuestro tiempo, reasumirá su historia con las mismas palabras en que San Pablo ha reasumido la historia de la razon filosófica de los tiempos antiguos; ella silbará á nuestros pretendidos grandes filósofos, que habrá encontrado tan pequeños, entregándolos á la execracion de los hombres del pueblo y de los muchachos; exclamará: « ¡Insensatos! se habían colocado como los mas sabios de los hombres, y eran los mas ignorantes. Habian prometido buscar y adquirir la ciencia, y no han encontrado, no han alcanzado mas que la locura; *Dicentes se ipsos esse sapientes, stulti facti sunt. Sapientiam quærun, et stulti facti sunt.* » Habrá sido demostrado otra vez todavía por una terrible experiencia que, fuera de la enseñanza de Jesucristo y de la Iglesia, no hay medio de encontrar para los pueblos el pan de la verdad; *Unde ememus panes ut manducent hi?*

TERCERA PARTE.

20. Acabamos de ver que la razon filosófica de los tiempos modernos, como la de los tiempos antiguos, comenzando por *separarse* de la enseñanza religiosa, ha *discutido* sin éxito, ha *negado* sin reserva, y ha concluido por querer *engañar* á todo el mundo, después de haberse engañado ella misma. Pero los hombres, para siempre deplorables, que, obstinándose contra las lecciones de la experiencia, contra las instrucciones de la razon misma, en no buscar la verdad sino por la sola razon, han hecho tantas ruinas en el mundo científico y arrastrado á tantos en el abismo, no son dichosos ellos mismos. Al salir de la Iglesia, los filósofos no creyentes han caido exactamente con relacion á su espíritu, en el mismo estado de miseria y de degradacion en que cayó el hijo pródigo del Evangelio con relacion al cuerpo, después que abandonó la casa de su padre.

El se marchó desde luego á un país lejano; *Abiit in regionem longinquam* (Luc., xx); y nuestros filósofos se han marchado á una region bien lejana, á la region del error, del olvido de Dios, de sus dogmas y de sus leyes; *Regio longinqua est oblivio Dei*, dice S. Juan Crisóstomo. En esta region funesta, enteramente lo mismo que el hijo pródigo, han disipado en poco tiempo el rico patrimonio de las verdades religiosas que se habian llevado de la Iglesia, entregándose á la licencia de todas las opiniones humanas, por el orgullo, verdadero desarreglo del espíritu, dice Orígenes, como el desarreglo es el orgullo de los sentidos; *Dissipavit substantiam, vivendo luxuriose*. ¡Oh, qué inmenso patrimonio pierde el que huye de la Iglesia! *Merito patrimonium prodegit, qui recessit ab Ecclesia!*

Pero la region del error y de la duda, por lo mismo que es la region de la disipacion, es tambien la region del hambre. Porque « quien se aleja del Verbo de Dios, dice San Ambrosio, padece hambre; *Qui recedit à Verbo Dei, esurit*. Como el hijo pródigo pues, ellos se han encontrado tambien en el estado de la mayor miseria, de la mas completa desnudez, obli-

gados á mendigar para vivir la vida de la inteligencia, sin poder llegar á conseguir su objeto; *Facta est fames valida in regione illa, et ipse coepit egere.*

En vano nuestros hijos pródigos se han entregado ellos mismos á los maestros del error, á los monopolizadores de la ciencia humana. Sola es caritativa la verdad, el error es cruel. Estos bárbaros maestros, después de haberlos explotado, después de haber hecho con ellos el pedestal de su vanidad, los han enviado á apacentar inmundos animales de las mas vergonzosas pasiones, lanzándoles hácia el sensualismo y las voluptuosidades del cuerpo, por la desesperacion en que les han colocado de encontrar la paz del espíritu: *Adhuesit uni civium, qui misit illum in villam suam, ut pasceret porcos.*

En esta situacion tan triste y tan humillante, á falta del pan de la palabra pura y santa, tratan, como el hijo del Evangelio, de saciarse de bellotas, ignoble alimento del animal inmundo; *Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis quas porci manducabant;* es decir, segun San Agustin, que corriendo ávidos detrás de las doctrinas seculares, vanas y ligeras, que, como las bellotas, hacen mucho ruido y no tienen sustancia, llenan el cuerpo y no le alimentan; *Siliquæ, sæculares doctrinæ sunt, steriles, vanitatem personantes;* y aun estas mismas doctrinas no encuentran nadie que se las dé. Porque la ciencia puramente filosófica, hoy como siempre, habiendo concluido por la duda y por la indiferencia, nada tiene que dar; *Et nemo illi dabat.*

Dichoso el hijo pródigo, que, hecho sabio en la escuela de su propia desgracia, y entrando en sí mismo, *In se autem reversus,* se dijo: « ¡Cuántos criados en la casa de mi padre viven con abundancia de pan, mientras que yo, que soy su hijo, estoy muriéndome aquí de hambre! *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus! Ego autem hic fame pereo!*

21. ¡Ah! Si hay aquí alguno de esos desgraciados que el orgullo, la licencia, la tiranía de la razon filosófica haya hecho un verdadero hijo pródigo, que vuelva, como este hijo, en sí mismo; que entre en sí mismo; *In se autem reversus;* que considere las pérdidas que ha sufrido, la miseria en que ha caído, la degradacion que le abrumba, el hambre que

le mata. Que reconozca, que confiese en la humillacion de su espíritu, en la amargura de su corazon, que mientras en la casa de Dios, en la Iglesia, no solamente los amigos, los hijos mas queridos de Dios, las almas perfectas, sino hasta los mas humildes, los últimos de los criados de Dios, nadan, por la fe y por la caridad, en la abundancia de la verdad y de la gracia, él se muere de hambre en la duda y en la desesperacion: *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus! Ego autem hic fame perco!* Que compare el pasado con el presente para arreglar su porvenir, y que se diga á sí mismo: « En otro tiempo conocia á mi Dios, mi alma y mis deberes; yo era dichoso con la posesion de las verdades que la razon no ha inventado, que Dios ha revelado, que la Iglesia enseña, que el mundo cree, y á las que la humanidad entera rinde sus homenajes. Pero al presente ¿en qué me he convertido? ¿Qué he venido á ser? Se me habia prometido, como al primer hombre, que yo me convertiria en un Dios sabedor del bien y del mal; *Eritis sicut dii, scientes bonum et malum* (*Gen., II*); y vedme convertido en menos que hombre, no sabiendo ni aun si existe un bien ó si existe un mal. Yo debia saberlo todo, y no sé nada; ¡yo no conozco nada, ni á Dios, ni á mí mismo! Yo me hallé en situacion de preguntarme: ¿existe un Dios distinto del mundo? O bien, ¿acaso el mundo será Dios? O bien, ¿será que Dios no existe absolutamente? ¿Hay una providencia que gobierna el universo? O bien, ¿todo sucede eventualmente y bajo las leyes de una ciega necesidad? ¿Soy un ser inteligente ó soy un bruto? Soy YO Dios? O bien, ¿seré YO una partecilla del mismo Dios? ¿Es mi alma una sustancia ó una palabra? ¿Será mi cuerpo una realidad ó una ilusion? ¿Tengo deberes que cumplir? ¿Tengo un destino que deba yo esperar? ¿Pereceré enteramente por la muerte? O bien, ¿me sobrevivire á mí mismo, y no cesaré de existir en el tiempo sino para comenzar una nueva existencia en la eternidad? ¡Ah! ¡yo no sé nada de todo esto! ¡Debia haber adquirido nuevos conocimientos, y he perdido los que poseia! Yo no sé ni de dónde procedo ni lo que soy ni para qué existo. ¡Mi espíritu está vacío, mi corazon seco, mi razon sin guia, mi conducta sin leyes, mi existencia sin objeto, mi vida sin consuelo!

« En otro tiempo yo creia y estaba tranquilo en mi fe. Al presente, que no creo y que estoy flotante en los mares de la duda, me hallo despedazado entre la necesidad de creer, esta es mi naturaleza, y la necesidad de dudar, esta es la triste consecuencia de mis nuevos hábitos. Soy pobre, soy desgraciado, soy una inteligencia viuda de su Dios, privada de su verdad, desheredada de su amor, lejana de sus miradas, extraña á sus recompensas, indigna de sus bendiciones. Soy un apóstata de la religion, un tráfuga de la humanidad, relegado en la region del error, en el desierto de la duda, en las tinieblas de la ignorancia, en las sombras de la muerte; buscando la verdad por todas partes y no encontrándola en ninguna parte; muriendo con la necesidad del descanso, con el deseo de la gracia, con el hambre de la verdad: *Fame pereó! Fame pereó!*

« ¡Horrible estado! Yo no me siento con bastantes fuerzas para vivir en él; tiemblo á la sola idea de morir en él! ¿Qué haré pues? ¡Ah! Yo imitaré al hijo pródigo en su regreso, como le he imitado en su huida. Yo haré un esfuerzo generoso. Me levantaré del fondo de mi miseria, de mi abyeccion, y volveré á mi antigua casa, á la Iglesia, á Dios, mi buen padre. Yo he podido olvidar que era su hijo; él no habra olvidado que es mi padre; *Surgam, et ibo ad patrem meum*. Yo le diré tambien: Padre mio, pequé delante de vos y en presencia del cielo y de la tierra: *Et dicam ei: Pater, peccavi in cælum et coram te*. Yo reconozco, yo confieso que he obrado injustamente en abandonaros, mereciendo por ello todos los castigos. Yo reconozco, yo confieso haberme hecho indigno de ser contado entre vuestros hijos, pues que os he olvidado como mi padre; *Jam non sum dignus vocari filius tuus*. Pero yo me contento con que me acepteis en el número de los mas humildes, de los últimos de vuestros criados, pues que tendré la dicha de poseer un pequeño abrigo en vuestra Iglesia, de vivir á vuestro lado, de estar en vuestra compañía: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis*.

20. ¡Ah! Ved, hermano en Jesucristo, si os encontráis en la triste condicion de haber rechazado la fe y apartado de la Iglesia, para correr por los engañosos y funestos caminos de una ciencia sin principios, sin reglas, como sin resultados;

ved lo que os conviene : pensad, hablad y obrad. Una resolucion sincera, un esfuerzo generoso, y seréis feliz. El país del que debeis volver está menos lejano, el camino es menos largo de lo que os parece. No sois tan incrédulo como lo pareceis á vuestros propios ojos. La fe que suponeis haber perdido enteramente, está todavía en el fondo de vuestro corazon, donde la instruccion primera y el amor de vuestra madre le depositaron. Sondead este corazon, quitadle los lechos de cieno que las falsas doctrinas y las pasiones han amontonado, y encontraréis bajo de estos terrenos de aluvion el suelo primitivo de aquella creencia católica, que, hágase lo que se quiera y digase lo que se diga, forma siempre el fondo de la naturaleza francesa.

Levantáos pues precipitadamente ; andad, volved á vuestro padre celestial, que no ha cesado jamás de miraros con compasion, aun quando estábais alejado de él ; *Cum adhuc longe esset, vidit illum Pater ipsius*. Venid, y no temais encontrar un juez severo en este divino Padre, á quien la misericordia hace impaciente en abrazar en vos á un culpable que es su hijo. Ved aquí á este Padre de bondad salir á vuestro encuentro y abreviar la longitud del camino que os separa de él ; *Et misericordia motus est et accurrens*. Él se arrojará á vuestro cuello, os abrazará y os oprimira contra su corazon ; *Cecidit super collum ejus*. Él imprimirá sobre vuestra boca, sobre vuestros labios, que reonocen por la confesion vuestros extravíos, el ósculo de la reconciliacion y del amor ; *Et osculatus est eum*. Nos mandará á nosotros, ministros suyos, despojaros de los harapos de vuestros errores y de vuestros vicios, y adornaros con la vestidura preciosa y rica de la gracia ; *Proferte stolam primam et induite illum*. Él querrá que se ponga el anillo de la fidelidad sobre vuestro dedo, el calzado de la perseverancia en vuestros piés, pare que marcheis siempre por las vias de las creencias y de la virtud ; *Date annulum in manum ejus, et calceamenta in pedes ejus*. Él os sentará á su mesa, en compañía de los hijos queridos que le han sido fieles, donde el divino Cordero será vuestro alimento y vuestra alegría ; *Adducite vitulum saginatum, et epulemur*. Se considerará mas dichoso quo vos mismo de vuestro regreso á la Iglesia, de vuestra resurreccion á la vida ; *Quia hic filius*

meus mortuus erat et resurrexit, perierat et inventus est.

Hermanos míos, pues que la Pascua se acerca ; pues que la indulgencia de la Iglesia nos facilita el camino ; pues que el ejemplo de tantos de nuestros hermanos extraviados que regresan nos alienta ; pues que la voz de Dios nos llama, que su gracia nos atrae, su misericordia nos obliga ; que nuestro propio corazón hace en nosotros de ello una necesidad, aprovechemos estas felices disposiciones para decidir, para cumplir nuestro regreso á la fe y á la gracia, que en otro tiempo han hecho nuestra felicidad. Este será el día mas hermoso de nuestra vida, al tiempo mismo que asegurará nuestra dicha en la eternidad. Así sea.

CONFERENCIA CUARTA.

NECESIDAD, UNIVERSALIDAD Y FACILIDAD DE LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA.

Si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum.

« El que guarde de mis doctrinas no sufrirá la muerte por toda la eternidad. »

(*Evang. del 5º Dom. de Cuaresma.*)

1. Es doctrina de los santos libros, es opinion unánime de los intérpretes, de los teólogos, de los padres de la Iglesia, es creencia de la Iglesia misma, que todo lo que Dios ha hecho en el origen de los tiempos, en el orden natural y visible, ha sido tambien el ensayo, la profecía de lo que debe hacer en la plenitud de los tiempos, en el orden invisible y sobrenatural; y que en los admirables prodigios de la creacion ha querido simbolizar de antemano los prodigios, todavía mas admirables, de la redencion.

Así la luz material, por ejemplo, que en otro tiempo hizo Dios brillar sobre todos los cuerpos, ha sido segun San Pablo, la figura de la luz espiritual, que debia hacer mas tarde brillar en todos los corazones, y que debio hacer clara y manifiesta la ciencia de Dios; *Deus, qui jussit de tenebris lumen splendescere, ipse illuxit in cordibus vestris ad illuminationem scientiæ claritatis Dei.* (II, *Corinth.*, IV, 6.)

Pero ¿por qué medio ha lanzado Dios, hace diez y ocho siglos, las tinieblas espirituales en que estaban sumergidos los hombres como en las sombras de la muerte? Por las doctrinas del Verbo encarnado, que los apóstoles y los ministros de la Iglesia han extendido por todo el mundo; porque, así como lo habia vaticinado el Profeta, la palabra del Verbo de Dios hecho hombre ha sido la lámpara que ha dirigido los pasos del hombre, la luz iluminando los caminos que debia

seguir; *Lucerna pedibus meis Verbum tuum et lumen semitis meis.* (Psal. cxviii.)

Por esta grande é imponente palabra, pues, que Jesucristo ha pronunciado en esta día : « El que guarde mis doctrinas no padecerá la muerte eterna ; *Si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum ;* » es como si hubiera dicho, segun Orígenes, el que reciba mi luz, mientras que guarde mi palabra, no verá jamás las tinieblas del error ; *Hoc ita intelligendum est, ac si diceret ; si quis lucem meam custodierit, tenebras non videbit quosque Verbum meum custodit.* (Homil. in Joan.)

Es mucho decirnos, mis muy queridos hermanos, que la eficacia, la importancia, la felicidad de la doctrina cristiana de la enseñanza de la Iglesia, sobre la que se apoya la *razon católica*, evita todos los inconvenientes, todos los peligros, todas las pérdidas, todas las caídas á que está expuesta la *razon filosófica*, que se atreve á marchar sola por los caminos de la religion y de la verdad.

Estes son, en efecto, los principales caractéres de la luz espiritual de la enseñanza de la Iglesia, figurados en las condiciones de la luz material, que voy á exponeros en la conferencia de este día y en la inmediata. Se verá por esto cuán razonable, cuán sabia, cuán saludable, cuán feliz es la marcha de la *razon católica*, no separándose de la línea de esta enseñanza, á fin de que, decidiéndonos á permanecer siempre fieles á la luz divina de la palabra de Dios, podamos evitar la muerte de nuestro espíritu por toda la eternidad : *Si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum.*

Pero solo por la luz divina es como podremos mirar y apreciar esta luz divina. Implorémosla pues por la intercesion de Maria. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

2. La mas bella, la mas rica, la mas noble, la mas misteriosa de todas las creaciones puramente materiales, la luz, es

tambien la mas necesaria. Si llegase á faltar la luz en el mundo, los hombres, no teniendo noticia los unos de los otros, inmóviles y enclavados en su sitio por las tinieblas, como entre cadenas, segun el lenguaje de los santos libros, *vinculistentenbrarum compediti* (*Sap.*, xvii, 2), no podrian ni andar, ni trabajar, ni alimentarse, ni subsistir. En vano pues habria creado Dios el mundo, dice San Ambrosio, si no hubiera proporcionado á los hombres y á los animales el medio de verse. Por esta razon, después de haber sacado el cielo y la tierra de la nada, la primera cosa que Dios creó con su palabra omnipotente fué la luz; *Unde Verbum Dei debuit inchoare, nisi a lumine? Frustra enim esset mundus si non videretur.* (*Hexameron.*)

La primera condicion pues de la luz natural consiste en que es *necesaria*; y esta es tambien la primera condicion de la enseñanza divina de la Iglesia, que forma el fundamento de la razon católica. Segun el apóstol San Pedro, esta enseñanza divina es en el órden espiritual lo que el sol en el órden natural; es la antorcha, la lámpara, el faro resplandeciente en el desierto, caliginoso de este mundo para iluminar la humanidad; *Lucerna lucens in caliginoso loco.* (ii, Petrus, i, 19.) Porque la fe, dice un gran intérprete, es la luz de las almas; *Quia fides lux est animorum.* (*A Lapide.*) Y por esto Jesucristo ha llamado *la luz del mundo* á los apóstoles y sus sucesores, á quienes ha encargado extender esta enseñanza y esta fe por el mundo; *Vos estis lux mundi.* (*Matth.*, v, 14.)

3. Pero Dios no ha aguardado á que su Hijo único, consubstancial, se hiciese hombre, para iluminar al hombre. De la misma manera que inmediatamente después de haber creado el cielo y la tierra, creó ante todo la luz de la misma, inmediatamente después de haber creado el alma y el cuerpo del hombre, se reveló al hombre, é hizo brillar en su espíritu la luz sobrenatural de su verdad; porque la religion de **JESUCRISTO**, que tenemos la felicidad de profesar, no es de ayer, no es únicamente de hace diez y ocho siglos; ella es de todos los siglos y ha nacido con el mundo; *Christus*, dice San Pablo. *heri et odie, ipse et in sæcula.* (*Hebr.* xiii, 8.) Y San Juan, habiendo dicho que el Cordero divino ha sido inmolado desde el origen del mundo; *Agnus occisus ab origine mundi* (*Apoc.*,

XIII, 8), nos ha dado á entender que el primer hombre ha conocido el sacrificio de Jesucristo, y ha creído que, así como se ha dicho en los santos libros, ha sido salvado por la Sabiduría de Dios, que debía encarnarse, como después el mundo ha sido salvado por la misma Sabiduría divina, que se hizo carne; *Sapientia illum, qui primus formatus est à Deo, eduxit à delicto suo.* (Sap., x, 2.) Así, Adán ha sido el primer cristiano católico; ha sido cristiano católico como nosotros, por la misma fe, por la misma gracia que nosotros; con la diferencia que él ha obtenido del gran sacrificio que debía cumplirse la salvación que nosotros obtenemos del mismo sacrificio que se ha cumplido ya; con la diferencia, dice Sto. Tomás, que el cristianismo se hallaba en los antiguos tiempos en el estado de gérmen, en estado imperfecto, y que hoy día se halla en el estado de árbol completo, en el estado de entero desarrollo y de su perfección; *Lex nova continetur in lege veteri, sicut arbor in semine, sicut imperfectum in minus perfecto;* con la diferencia, por último, dice San Pablo, que Dios ha hablado á nuestros primeros padres en diferentes maneras y por órganos diferentes, y que en la plenitud de los tiempos ha hablado á nosotros con su propio Hijo, el heredero y señor de todas las cosas; porque por él es por quien han sido todas creadas; *Multifariam multisque modis loquens olim Deus patribus in Prophetis, novissime locutus est nobis in Filio quem constituit hæredem universorum, per quem fecit et sæcula.* (Hebr., i, 1.)

Y esta revelación primitiva, verdadero sol de las inteligencias, ya lo hemos visto (conferencia primera), una vez que ha comenzado á brillar en el mundo, lo mismo que el sol material, no se ha extinguido jamás enteramente; porque ¿en qué se hubiera convertido el mundo si hubiera faltado enteramente esta luz divina? Bossuet ha hecho la observación de que las pocas verdades que los paganos conservaron aun entre muchos errores, mantuvieron entre ellos una sombra de virtud, un orden, aunque imperfecto, de sociedad. Si hubieran perdido pues toda verdad, hubieran asimismo perdido toda idea, todo principio de virtud y de deber, y en el mismo hecho hubiera sido imposible toda sociedad doméstica ó civil. El género humano entero se hubiera convertido en lo

que se convierten todos los dias esas familias, esas tribus que, separándose del centro de las grandes sociedades en que se conservan los vestigios de las verdades primitivas, y que degenerando bien pronto, se hacen salvajes, se hacen antropófagos, se devoran mutuamente, y concluyen por destruirse.

La filosofía no hubiera impedido esta horrible catástrofe. Hemos demostrado con su historia en la mano (conferencia primera y tercera), que, lejos de que haya introducido y conservado jamás entre los pueblos ninguna verdad nueva, ha destruido todas las verdades que encontró en ellos; y que la razon humana, privada de la luz de la revelacion divina, es un instrumento de destruccion, pero no de edificacion. Y por otra parte, la razon no es mas que el espíritu iluminado por los principios ó por la verdad. Una vez pues que toda verdad, todo principio, hubiese faltado en el mundo, no era posible la razon, y por consiguiente la filosofía.

Si el género humano hubiera pues perdido enteramente las luces de la revelacion primitiva, hubiera caído enteramente en la barbarie mas completa, en el estado salvaje, donde habria concluido por el suicidio y la destruccion.

Así, Dios no podia permitir, y no ha permitido, en el mundo la completa extincion de la verdad, que habia revelado al mundo desde el principio del mundo. Cuando los hombres comenzaron á preferir las tinieblas á esta luz, á causa, dice San Juan, de sus malos hábitos y del desórden de sus pasiones, *et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem; Erant enim mala opera eorum* (Joan. iii, 19), concentró en un pueblo, en el pueblo judío, esta preciosa luz de su ensenanza primitiva, encargando á este pueblo mantenerla en toda su pureza y proyectar sus rayos sobre todo el mundo; porque los pueblos paganos consideraron siempre al pueblo judío como el único guardador de la verdadera religion, y á Jerusalem como á la ciudad depositaria de la verdad, *Jerusalem civitas veritatis* (Isai., viii, 5), á quien consultaban en las grandes circunstancias y en los grandes sucesos del mundo, (iv, Reg., xx.) Por esta razon tambien es por lo que los vestigios de las verdades primitivas no han podido ser completamente borrados en el mundo por la idolatria y la corrupcion del mundo.

4. Lo mismo sucedería con el mundo moderno, si la luz de la verdadera religion, que Dios ha concentrado en la Iglesia, viniera á extinguirse de modo que ya no hubiese Iglesia que conservase y enseñase la verdad : el mundo entero volvería á caer en horrosas tinieblas.

Las sectas de los herejes no conservan todavía restos ni reliquias de verdades cristianas, que las hacen subsistir como comuniones cristianas, sino por la influencia secreta que ejerce sobre ellas esta misma Iglesia católica de que se separaron. En contacto permanente con la Iglesia, continuamente en presencia de la Iglesia, por el odio mismo que la tienen, por la guerra misma que la hacen, por el mismo infernal pensamiento de destruirla que las ocupa, reciben, sin creerlo, de la Iglesia que se obstinan en desconocer, en combatir y en perseguir, el reflejo de la luz divina, cuyo único asiento está en la Iglesia.

Leibnitz, aunque protestante, ha dicho que si la Iglesia católica viniese á desaparecer del mundo, el cristianismo concluiría para el mundo; que no podrían conservar las sectas protestantes. Sin la Iglesia católica, único punto donde se encuentra, y se eleva á grande altura para ser percibida desde grandes distancias, la antorcha de la revelacion cristiana, baria largo tiempo que los pueblos, extraviados y dominados por la herejía, hubieran perdido completamente el cristianismo; se hubieran engolfado en todos los errores, en todas las supersticiones, en la idolatría misma, ó bien habrían caído en la indiferencia, en la duda, en la desesperacion de toda verdad.

Esta no es, hermanos míos, una suposicion arbitraria, un pensamiento poético; esta es una suposicion, un pensamiento que acaban de confirmar en nuestros dias horribles experiencias. Ved, considerad de cerca á los protestantes, que, habiendo tomado al pié de la letra el principio fundamental del protestantismo, de la libertad, de la independenciam de la razon en materia de religion, han rechazado enteramente el principio católico de la autoridad, que hace subsistir aun las sectas heréticas : ellos han concluido por negar la Santa Escritura, la divinidad de JESUCRISTO, toda religion revelada, toda religion positiva. Han abjurado de una manera absoluta

y solemne el cristianismo entero, han caído ó en un vago deísmo, ó en un panteísmo ridículo, ó en un ateísmo insolente; porque aun no se ha olvidado que estos pretendidos filósofos del protestantismo no há mucho que fundaron en Berna una revista periódica cuyo programa está concebido en estos términos : « Mientras que haya un Dios, habrá un culto para él ; mientras que haya un culto, habrá sacerdotes ; mientras haya sacerdotes, habrá Iglesia. Queriendo pues desembarazarse de toda Iglesia, de todo sacerdote, de todo culto, es menester desembarazarse de Dios. Nosotros trabajaremos pues en destruir la idea de la existencia de Dios. »

Otros mas desvergonzados y mas innobles, sin ser menos impíos, ¿sabeis lo que han soñado en pleno siglo xix? No dudeis de ello. El genio de Leibnitz mismo no supo preveer este resultado monstruoso de la razon protestante, poniéndose enteramente fuera de la luz de la revelacion cristiana conservada por la Iglesia. El cristianismo para estos grandes pensadores no es mas que una religion demasiado pálida, demasiado prosáica ; el cristianismo no es mas que una degradacion y una desgracia. Goethe comenzó por dirigir á un Júpiter de mármol su oracion de la mañana ; sus discípulos, deplorando que la cruz haya echado por tierra á Vénus, erigen altares á la diosa de la voluptuosidad. Esta es *la diosa de la razon* renaciendo bajo otro nombre. En una palabra, esta nueva secta protestante, de que es jefe y apóstol el famoso Feuerbach, que tiene el alma de Celso, de Porphyrio, de Juliano el apóstata, sin tener su talento, sueña en sus delirios simplemente por el restablecimiento del paganismo en Europa con todos sus ritos, con todas sus obscenidades, todas sus abominaciones y todos sus horrores. Ved dónde va á parar el protestantismo filosófico : no es dudoso que el protestantismo religioso estaria bien pronto en el mismo sitio si viera á faltarle la luz de irradiacion y de reflejo de la Iglesia católica.

Por lo que mira á la razon filosófica fuera del protestantismo, ya hemos visto lo que tiene de bueno y de hábil en hecho á la verdad y á la luz. Hemos visto que, léjos de haber podido llegar á descubrir, á formular la verdad, no ha sabido ni aun conservarla ; y que en los tiempos antiguos, así como

en los tiempos modernos, marchando con el hacha de la destruccion en la mano, no ha hecho mas que destruir todas las verdades que ha encontrado en su camino, y después de haberlo negado todo, ha concluido siempre y en todas partes por negarse á sí misma.

5. Los mismo pueblos infieles no conservan gérmenes, fragmentos de verdades positivas que les hacen subsistir, sino por el rayo de luz que de la Iglesia, partiendo para todas partes, se prolonga sobre ellos tambien, y aunque pálido, como los rayos del sol al empezar ó terminar el dia, y debilitado por los vapores de la supersticion y del vicio, les permite ver algo y distinguir alguna cosa.

Como la luz de la enseñanza de la Sinagoga, extendiéndose por todas partes, mantenía el conocimiento de ciertas verdades entre los pueblos paganos del mundo antiguo, así tambien la luz de la enseñanza de la Iglesia, penetrando por todas partes por caminos secretos, y por sendas desapercibidas, mantiene de una manera mas extensa y mas eficaz el conocimiento de ciertas verdades entre los pueblos infieles del mundo moderno.

Semejantes á los planetas, que, careciendo de luz propia, no tienen mas que luz prestada que el sol les refleja mas ó menos vivamente, segun que se encuentran mas ó menos lejanos, todas las comuniones religiosas fuera de la Iglesia no poseen por sí mismas ciertas luces de verdades; sino que estas luces les provienen de una manera imperceptible del sol de la revelacion divina, que brilla en la Iglesia, y que, irradiando por todas partes á las mayores distancias, conduce, dice la Santa Escritura, y mantiene por todas partes esta luz, cuyo resultado es el conocimiento mas ó menos claro y la glorificacion mas ó menos pura del verdadero Dios; *Sol illuminans per omnia respexit et gloria Domini plenum est opus ejus.* (Eccles., XLII, 16.)

Así como, pues, si el sol viniese á desaparecer, las tinieblas serian universales en nuestro mundo material; de la misma manera, si el sol de las creencias y de la enseñanza de la Iglesia viniera á extinguirse enteramente, las tinieblas serian universales en el mundo intelectual. En la historia divina de la creacion se dice que antes de la aparicion de la luz, espesas

tinieblas cubrían la tierra, y que la tierra, vacía, estéril, desolada, no era mas que un abismo: *Terra autem erat inanis et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi.* (Genes., i, 2.) Pues, si la verdad católica viniera á desaparecer enteramente de sobre la tierra, este horroroso estado del mundo material, este caos de la creacion primitiva, del órden terrestre se renovaria aun en nuestros dias en el órden espiritual, en el órden de las inteligencias, en todo el mundo religioso, y la tierra quedaria vacía de toda verdad, y por consiguiente vacía de toda virtud, porque la virtud no es mas que el resplandor de la verdad. Las tinieblas de todos los errores la embarazarian con el fango de todos los vicios, y el mundo moral y el mundo político no presentarian mas que la imágen de un abismo; todo seria ignorancia, confusion, desórden y horror; *Terra autem esset inanis et vacua, et tenebrae essent super faciem abyssi.*

Así Dios no ha permitido jamás ni permitirá jamás al genio del mal, á las puertas del infierno, tocar esta lámpara misteriosa, echarla por tierra y extinguirla; *Et portae inferi non praevalent adversus eam.* Todos los esfuerzos de la herejía y de la impiedad han sido siempre vanos para ello, y siempre lo serán. Harian pues bien los maestros y fabricantes de errores en renunciar á sus designios, tan estúpidos como sacrilegos, de destruir en el mundo la verdad católica. Dios ha colocado demasiado alta su luz divina para que pueda nunca ser herida por la mano del hombre; los hijos de Satanás, de que habla el Evangelio, contribuirán siempre por sus culpables esfuerzos, sin sospecharlo, á realizar los votos, los deseos de su innoble y horrible padre, sin poder cumplirlos jamás: *Vos ex patre diabolo estis; desideria ejus vultis perficere.* (Joan., viii, 44.)

Pero este no es mas que el primero de los caracteres de la enseñanza, *su necesidad*; ved ahora el segundo, la *universalidad*. Este es el objeto de mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

6. Siendo la luz material tan necesaria, la bondad de Dios la hace brillar indistintamente para todos; ninguna criatura terrestre, buena ó mala, está excluida de su beneficio; *Solem suum oriri facit super bonos et malos.* (Math., v. 45.) A grandes distancias los unos de los otros, en diferentes climas, en tiempos diversos y maneras diferentes, todos los pueblos de la tierra ven el sol y gozan de los beneficios de su luz. Esta es la imagen, la figura de lo que acontece en el mundo intelectual relativamente al sol de la revelacion divina. Nacion ninguna, como lo habia predicho el Profeta, puede pretextar su alejamiento ni su condicion para ocultarse á la claridad luminosa de su verdad, lo mismo que al calor vivificante de su gracia; *Non est qui se abscondat à calore ejus.* (Psal. xviii, 7.) La única necesaria, esta enseñanza es tambien la única que sea *universal* por su *naturaleza*, por su *aceptacion*, por su *existencia*. Por su *naturaleza*, porque es la única enseñanza religiosa establecida para todo el mundo. Por su *aceptacion*, porque es la única enseñanza religiosa recibida libremente por todo el mundo. Por su *existencia*, porque es la única enseñanza religiosa que subsiste en el mundo por sí misma. Volvamos á empezar.

La enseñanza católica es la única universal, porque es la única enseñanza religiosa establecida para todo el mundo.

Y en efecto, ¿qué nos demuestra la historia de esta enseñanza? Ella nos demuestra, como ha dicho San Pablo en el pasaje citado mas arriba, que, con la misma generosidad con que el Dios Criador habia ordenado que la luz natural saliese de las tinieblas para iluminar todos los cuerpos, el Dios Redentor, autor de esta enseñanza, ha ordenado que la luz espiritual del conocimiento de Dios saliese de las tinieblas de los errores para iluminar todos los corazones; *Deus qui jussit de tenebris lumen splendescere, ipse illuxit in cordibus vestris ad illuminationem scientiæ claritatis Dei.*

Porque este amoroso Salvador, « id, ha dicho á sus primeros enviados. id por todo el mundo, predicad el Evangelio á todas

las criaturas; *Euntes in mundum universum, prædicate evangelium omni creaturæ*. No hagais de él un monopolio para vosotros, no oculteis nada de lo que os he enseñado; sino que todo, absolutamente todo lo que os enseñé en mi escuela, os intimo revelarlo, enseñarlo á todos, sin distincion de edad, de sexo ni condicion; *Docentes omnia quecumque mandavi vobis*. La única condicion que debeis exigir es la sumision del espíritu y la docilidad del corazon. Todo hombre que se decida á bien creer y á bien vivir, bautizadle, sin inquietaros de lo demás; hacedle cristiano, á fin de que se salve; *Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit*. La sola obstinacion del orgullo, la sola repugnancia en creer vuestra palabra, que es mi palabra, en rechazar vuestra luz, que es mi luz, es un obstáculo para recibir la gracia y la verdad, y atrae sobre el hombre presuntuoso la ceguedad, que será al mismo tiempo su crimen y su condenacion, su desgracia y su muerte: *Qui vero non crediderit, condemnabitur*. » (Marc., xvi.)

Fieles á esta preciosa y magnífica mision que recibieron del Hijo del mismo Dios, los apóstoles anunciaron la verdad á todo el mundo; *Illi autem abeuntes prædicaverunt ubique*. (*Ibid.*)

7. El grande, el nuevo, el admirable prodigio que acompañó á su primera predicacion, ha indicado bastante por sí mismo que la enseñanza de que habian sido encargados, fué establecida para todo el mundo; porque el dia de Pentecostés, cuando los apóstoles predicaron por primera vez el Evangelio, hablaron todas las lenguas; *Loquebantur apostoli variis linguis*. De suerte que, encontrándose entonces en Jerusalem hombres religiosos de todas las naciones de la tierra y de todas las lenguas, *erant viri religiosi in Jerusalem ex omni natione que sub cælo est* (*Act.*, 11.), oyeron á los apóstoles cada uno en su propio idioma; *Audiebant unusquisque lingua sua illos loquentes*. Y los apóstoles anunciando, desde el primer dia de su apostolado, el Evangelio en todos los idiomas, significaron, dice San Gregorio, que la Iglesia se extenderia por todo el mundo; *Lingue illæ, quibus loquebantur (apostoli) per omnium gentium linguas, futuram Ecclesiam designabant*. Y en efecto, ¿qué es lo que vemos ahora? decia tambien San Gregorio. Nosotros vemos que en nuestros dias, como

en el primer día, la misma verdad católica es anunciada en todas lenguas; *Sicut tunc, ita nunc omnibus linguis ipsa veritas loquitur.*

Observad bien esto, hermanos míos: el boudismo no habla mas que el idioma chino, el bramismo no habla mas que el sanscrito, la idolatría de los pueblos salvajes no habla mas que fragmentos de lenguas tan groseras como los que las profesan, el mahometismo no habla sino el árabe, el luteranismo no habla mas que el alemán, el anglicanismo no habla sino el inglés, el calvinismo no habla sino medio alemán y medio francés; solo el catolicismo habla todos los idiomas; solo él predica la misma doctrina, la misma enseñanza en las lenguas de todo el mundo; *Sicut tunc, sic nunc omnibus linguis ipsa veritas loquitur.* Es bastante decir que no hay mas que la enseñanza católica que sea adaptable á todo el mundo, propia á todo el mundo, establecida para todo el mundo (1).

Observad tambien, hermanos míos, las misteriosas y profundas palabras con que Jesucristo concluyó el sublime mandato que dió á los apóstoles, de evangelizar todo el mundo, diciéndoles: « Sabed que desde este momento yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos; *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.* » (Matth., xxviii, 20.) Y pues que era cierto que los apóstoles no debían perpetuarse personalmente en el mundo hasta el fin del mundo, es manifiesto que por estas palabras, tan llenas de esperanza y de amor, el divino Salvador ha prometido permanecer sobre la tierra con sus apóstoles en la persona de sus sucesores, los pastores legítimos de la Iglesia; de permanecer siempre en la Iglesia y con la Iglesia, para renovar allí siempre el mismo mandato, para conservar siempre en ella el mismo espíritu de su enseñanza doblemente *católica*, de enseñar *todo á todos*. Por esto, hermanos míos, es por lo que solo existe en el mundo la Iglesia católica que enseñe *todo á todo el mundo*.

8. Diferente de todas las sectas heréticas antiguas y mo-

(1) Rousseau mismo ha renunciado y confesado esta verdad: « El cristianismo, dice, es una religion universal en su principio, que nada tiene de exclusivo nada de *local*, nada que sea propio de esta ó de la otra region: *el verdadero cristianismo es una institucion social universal.* » (*Lettre de la Montagne.*)

dernas, la Iglesia católica es la única que no posee dos doctrinas, una pública y otra oculta; una para los pastores y otra para el ganado, una para los sabios y otra para el pueblo; sino una sola y misma doctrina, que enseña con la misma autoridad, propaga con la misma franqueza, revela con el mismo interés, ofrece con las mismas condiciones, dispensa con el mismo amor. Es la única Iglesia que no tiene nada oculto de lo que pueda interesar al mas pequeño de sus hijos; y que revela todo lo que ha aprendido, enseña todo lo que cree, y da todo lo que ha recibido de JESUCRISTO, con el mismo espíritu con que JESUCRISTO mismo comunicó á sus apóstoles todo lo que habia oído de su Padre; *Omnia quaecumque audivi à Patre meo, nota feci vobis.* (Joan., xv, 15.)

¡Oh, cuán bello y magnífico es este carácter de la enseñanza católica! El mismo soberano Pontífice, el vicario de JESUCRISTO sobre la tierra, poseyendo, con la plenitud del sacerdocio, la plenitud de la autoridad; este hombre único, cuyo juicio en materia de religion no se extravía jamás, cuya lengua no se engaña jamás, cuya fe no se halla jamás en falta, y cuyos decretos, pronunciados sobre la tierra, son, dice San Hilario, aceptados y sancionados en el cielo; *Cujus terrena judicia celestia sunt;* el soberano Pontífice, el padre, pastor, el maestro universal, no guarda ninguna verdad solamente para él tocante á la fe; no tiene ninguno secreto propio para él solo, y no cree, no sabe nada mas de lo que sabe el último de sus hijos, el mas humilde de sus discípulos, la mas débil de sus ovejas; y la fe de la oveja, del discípulo y del hijo no es perfecta sino en tanto que se halla en todo y por todo conforme á la fe del maestro, del padre. De suerte que en la Iglesia católica no hay mas que una sola fe para todos, una sola y misma revelacion, una sola y misma ciencia de salud, como no hay mas que un solo y mismo Dios, que es el autor de ella; *Unus Dominus, una fides, unum baptismum.* (Ephes., iv, 5.)

En segundo lugar, heredera del espíritu y mandato de los apóstoles, la Iglesia, no solamente enseña *todo*, sino que lo enseña á *todos*.

Los sacerdotes del paganismo conocian los absurdos de él. Predicándole en público, como atestigua Ciceron, se burlaban

de él en particular; habían monopolizado las verdades tradicionales, y las ocultaban á la muchedumbre; jamás tuvieron pensamiento de establecer predicaciones públicas para ilustrar al pueblo; se iba á los templos para ser allí engañado y embrutecido, mas no para ser instruido y mejorado. Muy atentos en explotar la credulidad de los pueblos, estos apóstoles de la mentira le vendian las fábulas de la supersticion y los estímulos al vicio, dejándole corromperse en la ignorancia de toda verdad y en todos los desórdenes morales que eran su consecuencia.

La razon filosófica no ha sido mas caritativa. Habia abandonado los pueblos á la supersticion, verdadera esclavitud en el órden religioso, así bien como á la esclavitud, verdadera supersticion en el órden político. Ella no levantó jamás la voz contra esta doble degradacion de la especie humana; ella no ha sospechado jamás, ni aun de léjos, este órden admirable que el cristianismo ha sido el único en inspirar y cumplir, por el que la verdad ó el conocimiento del verdadero Dios, lo mismo que la libertad civil, son el patrimonio de todo el mundo. Todo al contrario, ella consideró siempre la *ignorancia* y la *servidumbre*, estas dos horribles plagas de la humanidad, como las condiciones esenciales de la existencia de la sociedad. La secta misma de los estóicos, la menos avara y menos corrompida de todas las sectas filosóficas de la antigüedad, profesaba con la misma sangre fria el monopolio de la verdad y de la libertad. Ella habia dicho por una parte que la verdadera filosofía debe contentarse con ser conocida por un pequeño número, y evitar con designio que se revele á la muchedumbre; *Est sapientia paucis contenta iudicibus, multitudinem consulte fugiens* (Cic., *De Nat. Deor.*); y por otra parte, enseñaba con la misma cruel indiferencia, que todo el género humano existe sino para la ventaja y felicidad de un pequeño número; *Humanum paucis vivit genus*. Esta filosofía del orgullo y de la idolatría de sí mismo, léjos de haber hecho jamás el menor esfuerzo para lanzar el error y destruir la esclavitud, ocultó siempre á la sombra del misterio las pocas verdades de que se creía poseedora, y no empleó la elocuencia y el sofisma sino para remachar las cadenas de la humanidad esclavizada. Mirando en su bárbara insensibi-

lidad con un insultante desprecio á la muchedumbre, la veía sin pesar, y aun con un sentimiento de alegría feroz, convertida en el miserable juguete de la tiranía de toda superstición, y de la superstición de toda tiranía.

10. Lo mismo ha sucedido con la razón protestante en los tiempos modernos. La palabra *protestantes* significa hombres que han *protestado*, ó bien que se han *rebelado* contra las tradiciones y las creencias católicas, contra la autoridad de la Iglesia, que enseñaba é interpretaba la revelación cristiana. La palabra *protestantes* significa hombres que han resucitado para el descubrimiento de las verdades cristianas el principio funesto del *libre exámen* del juicio particular que los antiguos filósofos habían adoptado para encontrar las verdades primitivas. Los doctores protestantes nos repiten diariamente en sus libros, que el *protestantismo* no consiste en la *confesión de Augsburgo*, ó en los *treinta y nueve artículos* de la iglesia anglicana, sino en la *libertad de conciencia* y del *juicio particular*. « El protestantismo, nos ha dicho uno de ellos, mas franco y menos escrupuloso, consiste en la *libertad de creer lo que se quiere y de vivir como se cree.* »

Y según este principio, que forma la base de la enseñanza protestante, ¿no deberían dejar los jefes del protestantismo juez á cada uno y señor de las verdades que á su juicio deba creer, de los deberes que deba practicar? Sin embargo, no es así. El uso libre del juicio particular en materia de religión no es mas que el privilegio de un pequeño número; en cuanto á la muchedumbre, al pueblo, se cree, se dice, que no se ha hecho para razonar y decidir, sino para someterse y obedecer. Los jefes pues de las sectas en que el protestantismo está dividido al infinito, los que presiden á la enseñanza religiosa, tienen muchas veces dos doctrinas: la una de arbitrio y la otra de oficio; la una para su casa, la otra para el templo; la una para su propia comodidad, la otra para mantener al pueblo en la mas vergonzosa esclavitud, la esclavitud del error. A ejemplo de los primeros *reformadores*, que, con una intrepidez tan impía como ridícula, después de haber proclamado que se habían equivocado los santos Padres, los concilios, la Iglesia universal, y no eran guías seguros en el camino de la salvación, se dieron ellos mismos como doc-

tores infalibles, se colocaron ellos mismos en el lugar de la Iglesia universal, y sustituyeron á la palabra de esta su propia palabra, y á la de la misma su propia autoridad; á ejemplo, digo, de estos primeros *reformadores*, los doctores y los jefes del protestantismo de estos dias, rechazando toda autoridad para ellos mismos, imponen como una ley al pueblo su autoridad privada. Guardando para ellos solamente el principio, que en materia de religion no se debe creer en la palabra de otro, sino en la Escritura interpretada segun el sentimiento particular, dan á los otros como leyes inviolables sus opiniones y sus palabras, y reservando para ellos solo la doctrina del *libre exámen*, pretenden que el pueblo reciba *sin exámen* su decision. ¡Desgraciados de aquellos que, tomando por lo serio el principio fundamental del protestantismo, quieren hacer uso de él para volver á la verdadera religion! Considerados como apóstatas, son mirados con desprecio, juzgados con severidad, perseguidos con furor.

Asi estas buenas gentes, para quienes no hay crimen en el abuso de las Escrituras santas para reechar la autoridad de la verdadera Iglesia, castigan como un crimen el uso que algunos quieren hacer de las mismas Escrituras para reconocer esta misma autoridad. Les es permitido encontrar en la Escritura el error que no existe; pero no es permitido á los otros encontrar la verdad que allí está. Es permitido á estos hacerse, con la Escritura en la mano, luteranos, zwinglianos, calvinistas, anglicanos, presbiterianos, anabaptistas; y no es permitido á los otros, sobre la autoridad de la misma Escritura, hacerse católicos. Es permitido á los unos reconocer la supremacia eclesiástica aun en un soldado ó en una mujer que tenga el poder político, y no es permitido á los otros reconocer en el Papa esta supremacia, poseyendo, como posee, la plenitud del poder religioso. Les ha sido permitido á unos el separarse de la Iglesia universal para pertenecer á una iglesia particular; ¡no es permitido á los otros separarse de una iglesia particular para volver á la Iglesia universal!

¡Ah! La razon protestante, tolerante hasta la indiferencia hácia toda especie de error, solo contra la verdad es intolerante hasta crueldad; con la condicion de no hacerse católico, se permite á todo el mundo hacerse antitrinitario, cuákero.

metodista, sociniano, y aun ateo. Que el pueblo se embrutezca siempre mas y mas por la pérdida de toda idea religiosa, de todo sentimiento moral, de todo instinto propio del hombre, y por la imitacion de los instintos del bruto (1), nada importa; los ricos prebendados de la herejía no se incomodan por esto; pero si se aparenta volver los ojos hácia el oriente, y abrirlos al sol de la enseñanza católica; si esta luz divina de la verdad avanza, se aproxima y se encumbra para iluminar al pueblo, esto es lo que espanta á la razon protestante, la desueta, la enfurece y la hace exclamar: « ¡A la invasion del papismo! » Esto es lo que cambia á los mas devotos protestantes en verdaderas hienas contra los pobres católicos.

Para la razon protestante pues, solo es permitido rebelarse contra la verdad, y solo de la verdad es de lo que se puede prescindir. No se niega ni se rehusa al pueblo, que se domina, que se explota, mas que la luz de la verdad, el alimento de la inteligencia, con la misma crueldad que se le rehusa el pan, alimento del cuerpo; porque nada iguala la miseria, la desnudez, la degradacion física del pueblo en el país clásico del protestantismo, como nada iguala su embrutecimiento moral.

11. La *razon filosófica* moderna, hija, como se ha visto, del protestantismo, marcha por la misma via, y no es mas celosa que él para distribuir la verdad entre la muchedumbre. Es imposible admitir que personas de talento y de ciencia, tales como ciertos filósofos, crean verdaderamente en lo que dicen, y concedan seria importancia á sus sistemas y opiniones. No, no; esto no sucede, esto no puede suceder. Ellos conocen, ellos sienten mejor que los otros el vacío, el error, el absurdo, el peligro, el ridiculo. Para algun imbécil de las clases humildes, *minorum gentium*, que se coloque de buena fe al lado de la filosofía, encuéntranse centenares de hipócritas para quienes

(1) En Francia, decia no há mucho tiempo un lord inglés á uno de nuestros amigos; en Francia, si hay una conmocion, un poeta, un abogado, podrian hacerla cesar haciendo un llamamiento á los sentimientos de honor, de justicia y de generosidad propios de la nacion; pero si tuviera lugar entre nosotros una conmocion, no habria otro medio de disiparla que arrojar al populacho *carne cruda*: estos hombres famélicos se arrojarian sobre ella como bestias salvajes, y nos dejarian tranquilos. » A los instintos del bruto es pues adonde ha entregado el protestantismo á un pueblo de instintos nobles y elevados, de espíritu profundamente religioso, de virtudes que le habian valido el sobrenombre de PUEBLO DE ANGELES; *Angli angeli*. (San Gregorio, *Epit.*)

la filosofía racionalista no es mas que un negocio de dinero y de vanidad : se puede convencer de ello viendo el cinismo con que rien y se burlan entre sí de sus propias doctrinas, el descaro con que las cambian de la tarde á la mañana, la facilidad con que hacen comercio de ellas y las truecan por plazas lucrativas ó por posiciones que les da el poder. Su sentimiento mas comun es la ausencia de toda conviccion, de toda certidumbre en sus opiniones ; saben muy bien que la verdad no está en su casa, y que si hay verdad en el mundo, la verdadera verdad, la verdad cierta, la verdad inmutable no se encuentra sino en el catolicismo.

Y sin embargo, ¡ ved el celo infernal, la perseverancia, la obstinacion satánica con que se esfuerzan por su parte en destruir por todos los medios posibles en el espíritu y en el corazon del pueblo las creencias universales, el dogma y la moral católica ; las únicas fuentes puras, bien se conoce, las únicas garantías sólidas de moralidad, de orden, de felicidad para todo el mundo !

Ultimamente, espantados del estado de ignorancia, de corrupcion y de delirio en que las malas lecturas de que se le ha alimentado, han hecho descender á una parte de vuestro pueblo, habeis lanzado un grito de alarma. Habeis exigido que se tratase de la instruccion y de la moralizacion del pueblo, para llamarle á las vias del orden y de la verdad. Esta peticion pública ha sido oida ; pero se ha tenido la funesta idea de dirigirse para ello á la filosofía. Y bien, ¿ qué ha hecho esta para responder á tan honroso llamamiento, á este grave é importante cometido que se le ha confiado ? ¿ Se le ha visto descender de su altura hasta el pueblo para predicarle, instruirle y edificarle ? Veamos : semejantes determinaciones son demasiado modestas, demasiado humillantes para que convinieran á la arrogancia filosófica ; ella no hubiera sabido descender tan bajo ; esta es la ocupacion de los sacerdotes y que se deja á los sacerdotes, no sin ponerles trabas ó sin mostrar desconfianza y alarma. La filosofía no ha hecho pues otra cosa que tomar del bolsillo del pueblo el dinero para extraviar al pueblo en vez de instruirle ; porque ella ha hecho reimprimir á expensas del pueblo y distribuir entre el pueblo *la profesion de fe de un vicario saboyano*, el evangelio del deismo, una de

las producciones mas miserables y funestas del último siglo.

Y ¿cómo explicarse de otra manera que por una decidida antipatia, por un odio secreto y calculado de las verdades cristianas, esta eleccion, esta preferencia dada en igualdad de circunstancias á un libro semejante, sobre las inmortales producciones del genio cristiano de los Bossuet, de los Fenelon, de los Pascal, tan propios para esclarecer el espíritu, elevar el alma, inspirar la fe y persuadir el cumplimiento de los deberes? La *razon filosófica* moderna pues rehusa tambien todo conocimiento de la verdad al pueblo : muy activa, muy presurosa para sembrar en medio del pueblo las doctrinas que puedan extravíarle y corromperle, ella le oculta, le oscurece, le arranca con ciego furor las únicas doctrinas que pueden instruirle y mejorarle. El pueblo no es á sus ojos sino materia bruta, á quien se está en el derecho de domar y amaestrar, de explotar, de amoldar á su gusto, y para el que no habria bastante desden y bastante desprecio (1).

12. ; Ah! Es que el hombre, renunciando á la verdad, haciendo la guerra á la verdad, pierde todo sentimiento, todo instinto de caridad, y se hace cruel y bárbaro para el hombre; solo el Criador, el Redentor del hombre, el Dios hecho hombre; únicamente los hombres que este mismo Dios ha llenado de su espíritu; solo la Iglesia católica, tienen compasion del hombre; y teniendo entrañas de misericordia para el hombre, tienen cuidado de procurarle, con los socorros de la caridad, las luces de la verdad.

Así, la Iglesia, y únicamente la Iglesia, ha encontrado y multiplicado los medios de instruccion para el pueblo. « La Sabiduría divina, ha dicho Salomon, profetizando el importante y delicioso misterio de la enseñanza católica; la Sabiduría divina, semejante al sol, no se oculta á la sombra del misterio; ella se manifiesta al público en las campiñas como en las ciudades, en las plazas públicas como en las calles extraviadas, levanta su dulce voz y la hace oír por todas partes, ofrece sus enseñanzas y revela sus oráculos á todo el mundo,

(1) Con la historia de la filosofía en la mano, se podria formar un tratado completo demostrando que la filosofía *racionalista*, en todos los tiempos y en todos los lugares, se ha burlado del pueblo, ha explotado, ha despreciado al pueblo : este tratado seria curioso, y seria además extremadamente útil.

Sapientia foris prædicat, in plateis dat vocem suam; in capite viarum clamitat, in foribus portarum urbis profert verba sua. » (Prov., 1, 20.) Esta magnífica profecía no se ha cumplido sino en la Iglesia y por la Iglesia.

La razón filosófica ha hecho siempre difícil, yo diría casi imposible, el descubrimiento, la posesión de la verdad. Ha establecido su enseñanza con condiciones que el género humano, como Sto. Tomás ha demostrado, no puede cumplir. (Véase la conferencia primera.)

La sabiduría humana no ha pensado jamás en ofrecerse gratuitamente á los hombres. Entre los antiguos, limitada á las escuelas, no iluminaba con su pretendida luz, no admitía á sus lecciones mas que al reducido número de seres privilegiados que tenían bastante talento para comprenderlas, bastante dinero para retribuir las. En la escuela del austero Pitágoras y del divino Platon ella hacia pagar muy caro el derecho de no aprender nada. Léjos de haber imaginado jamás la enseñanza gratuita, tuvo buen cuidado de restringirla, de sofocarla, de abolirla donde se encontraba establecida. La filosofía de nuestros días, cuando se ha hecho legisladora y ha querido sustituirse á la religion, ha sometido á tarifas el pan de las inteligencias como los licóres espirituosos; ha ido mas léjos todavía: ha perseguido como un crimen la instruccion gratuita dada sin su mandato y fuera de su espíritu, y la ha castigado como una usurpacion. La instruccion gratuita ha sido pensamiento y obra de la Iglesia.

Solo la Iglesia ha abierto á todos las escuelas de sus doctrinas, como los brazos de su caridad. Solo la Iglesia ha establecido la enseñanza comun y pública, no solamente en las iglesias y en las ciudades, sino tambien en los colegios, en las campiñas, en las calles públicas y en las casas particulares. Solo la Iglesia ha querido instruir á todo el mundo, á los niños y á los hombres de edad propecta, á los pequeños y á los grandes, á los idiotas y á los sabios, á los pobres y á los ricos, á los pueblos bárbaros y á los pueblos civilizados. Unicamente la Iglesia es la que en materia de instruccion no admite ningun monopolio, no hace ninguna exclusion, no reconoce privilegio, no concede preferencia, ni muestra ninguna parcialidad... Me equivoco: la Iglesia ha tenido tambien su par-

cialidad y su preferencia ; pero ¿sabeis para quién? Para los niños, para los pequeños, para los pobres, para los idiotas, para esa clase de seres humanos á quien la sabiduría humana desprecia y rechaza como indignos de su cuidado y de su instruccion ; estas son las clases que la Iglesia ha tomado particularmente en su corazon, y que le inspiran el mas vivo, el mas tierno interés. Desde que Jesucristo, su maestro, ha dicho : « Dejad á los niños, á los pequeños, acercarse á mi, porque el reino de los cielos les pertenece; *Sinite parvulos venire ad me; talium est enim regnum Dei;* » y hablando así, bendecia á los niños y á los pequeños, los acariciaba, los abrazaba y los oprimia contra su corazon ; *Et complexans eos, benedicebat eos* (Marc., x, 16) ; la infancia, la pequeñez, la pobreza, se han convertido en objetos venerables y sagrados para la Iglesia ; han fijado su atencion, atraído sus cuidados y participado de sus ternuras.

No se ha contentado con hacer, con la instruccion del ignorante y del pequeño, *una de las obras de misericordia cristiana*, sino tambien una especie de religion y de dignidad eclesiástica ; ha establecido sus escuelas junto á las iglesias, y el *scholasticus* (1), encargado de enseñar á los niños los elementos de las letras con los de la fe, era en la edad media un dignatario del cabildo, que disfrutaba la misma retribucion y los mismos honores que los otros canónigos que se ocupaban del culto y alabanza de Dios. En el pensamiento de la Iglesia, esta era una funcion igualmente honorífica, igualmente meritoria, que la de ofrecer á Dios la oracion del hombre, y de hacer descender por la instruccion la luz de Dios sobre el hombre, su pequeña criatura.

15. Ocupándose de una manera tan tierna de la instruccion del pobre y del infante, no ha olvidado al bárbaro y al salvaje, y ha sido pensamiento suyo el enviar almas heroicas para instruirle, civilizarle y hacerle hombre, haciéndole cristiano. Y desde su fundacion hasta nuestros dias no han faltado jamás, ni faltan ahora, en la Iglesia obispos, sacerdotes, religiosos, nobles virgenes, simples legos, que, desterrándose voluntariamente de su familia y de su patria, á través de bor-

(1) Maestrescuela.

rascosos mares, de horribles climas y tierras desoladas, á pesar de las persecuciones de los gobiernos, de la ferocidad de las bestias salvajes y de la barbarie de hombres mas feroces que las bestias, corren á todas partes donde se encuentran infieles que iluminar, ignorantes que instruir, pueblos que civilizar. Y ¡cuán bello y honroso, cuán consolador para vosotros, franceses, que sea la Francia quien se encuentre en primera línea en esta falange de verdaderos héroes que extienden la enseñanza del Evangelio por todo el mundo, y le conservan su admirable carácter de universalidad, indicándole como establecida para todo el mundo! ¡Ah! Con el oro, principalmente de los católicos de la Francia, con el celo de sus misioneros, con el sublime sacrificio de sus vírgenes, con la sangre de sus mártires, es como ahora, para gloria del nombre francés, la religion y la civilizacion cristianas están dando la vuelta al mundo y conquistando al mundo. ¡Ah! Al principio de este siglo vuestra valiente espada ha conquistado casi toda la Europa. Y ¡qué os ha quedado de todas estas conquistas? Nada; porque gloria militar teniais bastante desde largo tiempo, y no necesitábais de estas empresas para que se creyese en el poder de vuestras armas. Las conquistas que haceis ahora sobre la supersticion y sobre la barbarie, bajo la inspiracion de la Iglesia; las conquistas que no cuestan una sola lágrima, una sola gota de sangre á los conquistados; esas conquistas, tan nobles como la cultura de las almas, tan importantes como los intereses del cielo, tan puras como el amor, tan generosas como la caridad; estas son las conquistas que mas os honran, que durarán siempre, que atraerán siempre sobre vuestro hermoso país la admiracion de los hombres y las bendiciones de Dios. ¡Francia, primogénita de la Iglesia, confórtate! Los vientos arrastrarán las lugubres predicciones de los profetas de la desgracia, que auguran tu caída en la barbarie. No, no; tú no perderás la verdadera religion con la verdadera civilizacion, que al precio de tantos esfuerzos y tantos sacrificios trabajas por extender y asegurar en todo el mundo!

Universal en su naturaleza, porque es la única enseñanza religiosa establecida para todo el mundo, la enseñanza católica es tambien universal en su *aceptacion*, porque es la única

enseñanza religiosa libremente aceptada por todo el mundo.

Los cultos idolátricos y el mahometismo no se han propagado sino con la espada. El cisma y la herejía, inventadas por los filósofos ó por los hombres de la Iglesia, el poder láico es quien las ha hecho adoptar. Nacidas del orgullo del espíritu ó de la corrupcion del corazon, no han sido establecidas sino por la persecucion, por leyes bárbaras, por la expoliacion, el patibulo y el tormento. Todas estas falsas enseñanzas religiosas no han sido aceptadas: no han sido sino sufridas por los pueblos á los que se han impuesto por la fuerza bruta. Unicamente la enseñanza católica es la que se ha propagado por el poder de la santa palabra, por la predicacion, que dócilmente se ha oido, que se ha creido con humildad, que se ha abrazado generosamente, y á la que voluntariamente se ha sometido. La Iglesia no ha subyugado á los pueblos por el temor; ella no ha hecho sino atraerlos por el amor. Sus conquistas no son el triunfo de la fuerza, sino el milagro de la gracia. Su propagacion no es el efecto forzado del poder de las armas, sino la germinacion espontánea de la virtud de todos los prodigios, del prodigio de todas las virtudes. La Iglesia no envia escuadras ni ejércitos; ne envia sino sacerdotes, que no poseen otra arma que la cruz, otro código que el Evangelio, otra recomendacion que su carácter, otras riquezas que sus virtudes.

Predican, y encuentran en todo el mundo almas que, aceptando su palabra, se hacen libremente cristianas; solo la Iglesia católica presenta el imponente espectáculo de doscientos á trescientos millones de hombres, de lenguas, de costumbres, de cultura diferentes, y bajo formas diversas de gobiernos, diseminados por todos los puntos de la tierra, que, reunidos al centro comun de la unidad por el único lazo de la obediencia voluntaria, quedan siempre dueños de separarse de ella; no son católicos sino porque quieren serlo; y atestiguan por la libertad de su adhesion que la enseñanza católica es la única enseñanza universal, no solamente porque es libremente aceptada por todo el mundo, sino porque *subsiste* tambien *por si misma* en todo el mundo.

15. Todas las falsas religiones, todas, sin exceptuar una sola, bien consideradas, son, mejor que cultos religiosos, Instituciones filosóficas ingertadas en las formas políticas del

país, y sostenidas por la razón de Estado, de suerte que si el apoyo del Gobierno les falta, si la sancion de las leyes les falta igualmente, si la política les abandona, caen convertidas en polvo y desaparecen ante la acción poderosa de la enseñanza católica. La fuerza política es la que mantiene la idolatría en China, el mahometismo en Constantinopla, el luteranismo en Prusia, el calvinismo en Inglaterra, el cisma en Rusia. Que se les retire esta fuerza enteramente exterior; que el Estado los abandone á sus propias fuerzas, y les veréis caer convertidos en ruinas, como los edificios que no tienen fundamentos. Todos los cultos falsos, dejando de ser oficiales, no son nada. Por eso se ve á estos cultos, produccion monstruosa del delirio de la razón y del desorden de las mas vergonzosas pasiones, siempre de rodillas delante de los poderes del siglo, ofreciéndose á servirles de esclavos á condicion de que extiendan sobre ellos su manto real para cubrir su desnudez, y su espada para sostener su debilidad.

Unicamente la Iglesia católica está siempre de pié por su sola fuerza, por solo el principio de existencia que tiene en si misma. Ella sola no tiembla delante de estos poderes que todo lo hacen temblar: ella sola les habla como señora; se coloca delante de ellos como reina, prescinde de sus caricias, de su apoyo y de su proteccion. Ella sola penetra por todas partes, se establece por todas partes en que hay poderes humanos, sin el concurso de los poderes humanos y á pesar de los poderes humanos.

Cegándose voluntariamente sobre la fuerza innata é independiente de la verdadera Iglesia, confundiéndola con todas iglesias de formacion humana, la *razon filosófica* ha proclamado en estos últimos tiempos el principio de la libertad de conciencia de todo poder civil toda intervencion en los negocios de la religion. Y ¿sabeis para qué? Para que la Iglesia católica, que ha creído no existia, como las otras iglesias, sino por el apoyo de los poderes humanos, privada de este apoyo, cayese convertida en ruinas. Pero ¡cálculos falsos, vanas ilusiones! La Iglesia no pide mas que ser abandonada á sus propias fuerzas; que se la deje arreglar sus negocios, llenar su mision por si misma. Mientras que las otras comuniones religiosas van mendigando proteccion y apoyo de todos los pode-

res, ella sola no pide á los hombres, como á Dios, mas que la libertad de toda traba, la independenciam de toda tutela y de toda proteccion. Esta es su peticion de todos los instantes : *Ut destructis adversitatibus... Ecclesia tua secura tibi serviat libertate...*

Proclamando pues tan alto la independenciam de la Iglesia del poder civil, la *razon filosófica* ha proclamado la primera de sus necesidades, el mas ardiente de sus deseos, una de las condiciones indispensables de su existencia y de su propagacion. Ellá, la razón filosófica, ha hecho el negocio de la Iglesia creyendo trabajar su ruina; creyendo privarla de todo socorro, ha venido en su socorro; creyendo combatir contra ella, ha combatido por ella. Porque, ved lo que ha hecho, ved como se engrandece y se extiende, y se afirma, y prospera en la Oceanía, en los Estados-Unidos, en Inglaterra, por todas partes en que se la deja obrar ó en que se está obligado á dejarla obrar; al punto que, viendo que la Iglesia aumenta el poder de sus medios, el número de sus conquistas en razon de la libertad política de su existencia, de la independenciam de su accion, ahora la misma *razon filosófica*, cuando alcanza el poder, no se avergüenza de renegar de sus principios, de retractar sus promesas, de desmentir su palabra; y su primer pensamiento, sus primeros actos, son pensamientos, actos de intolerancia en perjuicio de la Iglesia, para quitar toda libertad de la Iglesia, para subyugar á la Iglesia. Es que solo la Iglesia católica, estando Dios con ella, tiene todo lo que necesita en sí misma, y no ha menester sino de sí misma para ser ella misma. Así es como la enseñanza católica es universal por su existencia, siendo la única existente por sí misma en todo el mundo. Pero, única necesaria, única universal, como la luz, la enseñanza católica es tambien la única enseñanza católica extremadamente fácil. Esta es su tercera condicion, que vamos á desenvolver en la tercera parte.

TERCERA PARTE.

16. Es muy extraordinario que este grande, este inefable beneficio del Dios Criador, la luz material, sea tan fácil como necesaria es y universal. Basta abrir los ojos para ver, como basta abrir la boca para respirar. El niño, aun antes de haber aprendido á deletrear la palabra *luz*, ve, sin que le sea necesario para esto haber el menor estudio, darse el menor trabajo, vencer la menor dificultad. El hombre grosero, no sabiendo lo que es la luz, goza de ella tanto como el filósofo que se calienta la cabeza y se atormenta el espíritu para conocer su naturaleza y sorprender sus fenómenos.

¡ Oh, qué figura tan bella y tan fiel es esta de la luz espiritual de la enseñanza católica, de la que la Iglesia tiene el depósito, la dispensacion y la gracia ! Esta luz divina no exige ningun esfuerzo, ningun estudio, ninguna aplicacion; el hombre mas ignorante, el obrero, el aldeano, la jóven muchacha, el niño, pueden gozar tanto de ella como el teólogo que pasa toda su vida en contemplar su origen divino, en penetrar sus augustas profundidades, en estudiar sus monumentos y en multiplicar sus pruebas.

Basta tener los ojos sanos y quererlos abrir, para ver; del mismo modo basta tener el espíritu exento de la enfermedad del orgullo y querer someterle, para creer. El filósofo conoce mejor que nosotros el prodigio de la luz; pero no ve por esto mejor que nosotros. Posee la ciencia de la luz; pero la ciencia no aumenta en él por esto la vision. De la misma manera, el teólogo conoce mejor que el creyente las grandezas de la religion; pero no cree por esto mejor que el creyente. Posee la ciencia de la religion; pero la ciencia no aumenta en él la fe. No es el que ha estudiado mejor la física el que ve mejor, sino el que tiene mas sano el órgano de la vista. De la misma manera, no es el que ha estudiado mejor la teología el que cree mejor, sino aquel cuyo espíritu es mas humilde y el corazón mas derecho y mas sincero. Muchas veces el hombre del pueblo, que no fatiga su vista por la lectura, ve mejor que el naturalista, cuyos ojos están debilitados por los estudios. Y

de la misma manera, el simple cristiano extraño al viento de la presuncion, de que le hincha la ciencia muchas veces el espíritu, *scientia inflat* (1 *Cor.*, VIII, 1). cree mejor que el sabio de que habla Tertuliano, al que la intemperancia de la ciencia ha dado una indigestion de orgullo. Lo que ha hecho decir á Lactancio que los hombres de letras creen menos que los hombres sin letras; *Homines litterati minus credunt*. Pero para el sabio que, siguiendo el consejo de San Pablo, no se cuida de profundizar demasiado la ciencia de Dios, ni de saber mas que lo que le conviene saber, y que sujeta su espíritu á las leyes de aquel prudente temperamento que forma la salud del cuerpo; *Non plus sapere quam oporteat sapere; sed sapere ad sobrietatem* (*Rom.*, XII, 3.); para el sabio que ante todo se dedique á la ciencia mas importante y mas difícil, la ciencia de hacerse niño por la sencillez y pequeño por la sumision; para este sabio, el estudio no le impide creer prontamente y aun creer con mas mérito y con mas perfeccion.

17. Ved lo que sucedió al primer ministro de la reina Candaces de Etiopia, de que se habla en los *Actos de los apóstoles* (cap. VIII). Era prosélito, es decir, del número de los gentiles que habían abrazado la religion de los judios; acababa de adorar al verdadero Dios en Jerusalem, se volvía á su país, y sentado sobre su carroza, estudiaba á Isaiás. San Felipe, uno de los discipulos de Jesucristo, por impulsión del Espíritu Santo, se le acerca y le dice: « Hombre, ¿ comprendes lo que lees? *Putasne intelligis quæ legis?* Y el buen etiope responde: « Señor, ¿ cómo puedo comprenderlo si no hay quien me lo explique? *Quomodo possum, si non aliquis ostenderit mihi* (1)? Esta declaracion era ya de su parte un deseo, una súplica de

(1) Véase en este pasaje una prueba sin réplica de la necesidad de la autoridad de la Iglesia, del ministerio doctrinal de la Iglesia para la legítima interpretación de la Santa Escritura. Esto es, por otra parte, lo que el apóstol San Pedro ha enseñado de una manera todavía mas clara por estas palabras: « Ninguna parte de la Escritura se ha dejado á la interpretacion privada: *Omnia prophetia Scriptura propria interpretatione non fit.* » (II, Petr., I, 20.) Así que, muchos doctores protestantes, para desembarazarse de este texto de la Escritura tan patente, tan concluyente contra la doctrina protestante de la inspiracion, del juicio privado en la interpretacion de la Escritura, han tomado el cómodo partido de negar la autenticidad de los libros sagrados en que se encuentra este texto. ¡ Lo mismo que el criminal que niega la existencia ó la autenticidad de la ley que le condena!

conocer la verdad. No se necesitaba mas. Dios es soberanamente bueno, dice la Santa Escritura, hácia aquellos que tienen el corazón recto; *Quam bonus Israel, Deus, iis qui recto sunt corde!* Dios se deja encontrar por las almas sinceras que le buscan; *Bonus est Deus animæ querenti illum.* » San Felipe monta sobre la carroza del etiope, y sentándose á su lado, « voy á explicarte, le dice, lo que no comprendes. » El punto del Profeta en que el etiope se habia detenido en su lectura, era este: « Será llevado al sacrificio como un cordero; *Tanquam ovis ad occisionem ducetur.* » « ; Y bien! decía el prosélito á San Felipe, ¿ cómo debe entenderse este texto? ¿ Habla el Profeta aquí de sí mismo ó de algun otro personaje? *De semetipso dicit hoc Propheta, an de aliquo alio.* » Y San Felipe tomando ocasion de estas palabras, « esta es, le dijo, la profecía por la que Isaías ha predicho el gran acontecimiento que acaba de cumplirse en Jerusalem. Este cordero de que habla aquí el Profeta es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, el verdadero Mesías, el Redentor y el Salvador del mundo; que ha sido, como un cordero, arrastrado á la muerte que ha sufrido por el hombre. » Y de allí en adelante le explicó los misterios de la encarnacion, del nacimiento, de la vida, de la muerte, de la resurreccion, de la ascension al cielo de Jesucristo; le habló del poder de sus milagros, de la extension de sus beneficios, del exceso de su bondad, de la obligacion de sus leyes, de la abundancia de su gracia, de la necesidad y de la eficacia del bautismo y de los otros sacramentos; *Aperiens os suum, et incipiens à Scriptura ista, evangelizabit illi Jesum.*

El piadoso prosélito oia este catecismo nuevo, esta instruccion sublime, con un recogimiento profundo, con una alegría infinita; y á medida que San Felipe le descubria estas grandes verdades, se sentia abrasado del deseo de hacerse cristiano. Deteniendo pues su carruaje cerca de un rio que se encontró en el camino, « Apóstol de Jesucristo, dijo á San Felipe con el tono de una santa impaciencia, que descubria todo el entusiasmo de sus trasportes, toda la viveza de su fe; apóstol de Jesucristo, ahí tienes agua; ¿ qué te impide pues bautizarme y hacerme cristiano? *Ecce aquam; quid prohibet me baptizare?* » « Nada, dijo San Felipe; nada me lo impide, si crees

con toda la sinceridad del corazon lo que acabas de oír; *Si credis ex todo corde, licet.* » « Sí, sí, exclamó entonces el etiope, yo quiero creer, yo lo creo todo, y en particular creo que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo; *Utique credo quia Jesus est filius Dei.* » Diciendo esto, se lanza al agua, y llevando allí á San Felipe, recibe el bautismo; *Et descenderunt ambo in aquam, et baptizavit eum;* y continuó su camino, anegado el corazon en alegría, y alabando y bendiciendo al Señor por la grande misericordia que acababa de recibir de él; *Et revertebatur magnificans Deum.*

Ved ahí pues un hombre que en algunos cuartos de hora de instruccion de uno de los ministros de Jesucristo ha aprendido mas que habia aprendido en toda su vida en las escuelas de la razon humana, y que en algunos instantes se encuentra instruido, iluminado, creyente y cristiano. Así, largos años, inmensas investigaciones, estudios profundos, son necesarios para formar al filósofo, al sabio segun el mundo; algunos instantes y un poco de sinceridad, de humildad y de amor, bastan para formar al cristiano, al verdadero filósofo, al verdadero sabio segun Dios.

En las escuelas de la filosofia racional, partiendo del principio, *que no se debe admitir como verdad natural sino lo que parece á cada uno verdad natural*, después que se ha pasado toda su vida en interminables disputas, no se llega sino á la duda. En las escuelas del protestantismo, partiendo del mismo principio aplicado á la religion, *que no se debe admitir como verdad revelada, mas que lo que parezca á cada uno verdad revelada*; despues que se ha perdido el espíritu en vanos exámenes, no se llega sino á la indiferencia. Unicamente en la escuela de la Iglesia, en poco tiempo y sin tener necesidad de investigar, de razonar, de examinar, de disputar, se encuentra verdadera y sólidamente instruido en la ciencia de Dios y de la salvacion eterna.

En la escuela de la Iglesia no se pide la elevacion de espíritu, sino la sinceridad del deseo y la docilidad del corazon, y pocos instantes bastan para aprender toda verdad. Esto consiste en que en las otras escuelas no se tiene mas que al hombre por maestro, al hombre, que no puede enseñar á los otros lo que él mismo no sabe; en lugar que en la escuela de la

Iglesia, como lo habia dicho el Profeta, y Jesucristo lo ha confirmado, se tiene por maestro al mismo Dios; *Et erunt doctibiles Dei.* (Joan., vii, 45.) Se tiene por maestro al Espiritu Santo, de quien Jesucristo ha dicho que á él pertenece, y solo á él, instruir las almas dóciles en toda verdad; *Cum venerit Paraclitus, ipse docebit vos omnem veritatem.* (Joan., xvi, 13.) « Y se aprende pronto, dice San Leon, todo lo que se aprende en la escuela de Dios; *Ubi Deus magister est, cito discitur quod docetur.* »

En la escuela de la Iglesia basta en rigor conocer el simbolo de los apóstoles y creerle, los mandamientos de Dios y someterse á ellos, los sacramentos y querer practicarlos. La edad mas tierna, el sexo mas débil, el espíritu mas limitado, la mas humilde condicion, son buenos para esto. Nadie pues es rechazado en esta escuela divina como incapaz, ni excluido del beneficio de la luz, de la enseñanza de Dios.

En esta escuela se adelanta, deteniéndose en la consideracion de su propia nulidad, se eleva por la humillacion, se engrandece por la pequeñez, se conoce por el deseo, se comprende por la oracion, se estudia sin libros, se instruye sin discusion, se aprovecha sin exámen, se obtienen resultados tanto mayores cuanto mas humilde se es, y tanto mas rápidos cuanto mas obediente.

¡ Oh bondad inefable, oh generosa misericordia, oh liberalidad inextinguible del Dios Redentor, de haber colocado así á la puerta, y á disposicion de todo el mundo, los preciosos tesoros de su sabiduria infinita, los secretos inefables de su verdad !

19. Está pues demostrado, hermanos míos, que la enseñanza católica es á los ojos del espíritu lo que la luz material á los ojos del cuerpo; que es la única enseñanza necesaria, la única enseñanza universal, la única enseñanza fácil. Es sin duda ninguna, un misterio, un grande y profundo misterio, el de una enseñanza divina ofrecida con tales condiciones. Pero esto es precisamente lo que forma el mérito, la grandeza, la importancia, y demuestra la verdad y la divinidad de este misterio. El hombre no ha ofrecido nunca, no ha podido ofrecer nunca la enseñanza con tales condiciones. Si estas son pues las condiciones de la enseñanza de la Iglesia, es manifies-

to que esta enseñanza no proviene del hombre, sino de Dios; y que la razón católica es muy sabia, obra por inspiración en no querer seguir los extravíos de la razón filosófica, en no querer marchar sola, sino acompañada de la luz de esta enseñanza, porque la lámpara, la luz del Verbo de Dios, es la que únicamente puede iluminar los caminos del hombre, dirigir sus pasos y asegurar su felicidad; *Lucerna pedibus verbum tuum, et lumen semitis meis*. Esto es lo que ha querido inculcarnos Jesucristo, cuando, habiendo elevado un día en presencia del pueblo sus divinos ojos hacia el cielo, dijo en alta voz á Dios, de quien es Hijo: «Padre mio, yo os reconozco tambien padre de los hombres, como sois Señor del cielo y de la tierra, porque habeis ocultado vuestros misterios á los sabios, á los sabios de la sabiduría y del saber humano, y no les habeis revelado sino los pequeños; *Confitebor tibi, Pater Domine coeli et terrae, quia abscondisti haec à sapientibus et revelasti ea parvulis!* » Y después, volviéndose al pueblo, exclamó tiernamente y dijo: «Oh vosotros que en medio de tantos y tan vanos esfuerzos, de estériles investigaciones, buscáis la verdad lejos de aquel que es el único que os la puede enseñar, y, desdichados, gemis bajo el grave peso de tantas supersticiones, de tantos errores, triste patrimonio de la enseñanza del hombre, venid, venid á mi, y mi doctrina, mi luz, iluminando vuestro espíritu, consolará tambien vuestro corazón; *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos*. Someted vuestro entendimiento á mis dogmas, vuestra voluntad á mis leyes, con aquella mansedumbre de espíritu, con aquella humildad de corazón de que os he dado al mismo tiempo lecciones y ejemplo, y encontraréis en mi escuela, en mi séquito, cerca de mí y en mí, esa tranquilidad de espíritu, esa paz del alma que en vano buscáis lejos de mí; y os convenceréis, por una feliz experiencia, de que mi yugo es suave y mi carga ligera; *Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde, et invenientis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.* » (Matth., xi.)

¡Oh doctrina! ¡oh palabra! Jamás se habia oido doctrina semejante; jamás habian salido de la boca del hombre palabras tan dulces, tan tiernas y de tanta bondad. ¡Ah, que solo

él es al mismo tiempo hombre y Dios! ;El solo es el amigo del hombre, el maestro del hombre, el que puede, el que quiere iluminar al hombre, instruir al hombre y salvarle!

20. Tomemos pues, hermanos míos, la resolución de ir á su escuela, que ha abierto y establecido y dirige en su Iglesia; á recibir su luz, á tomar sus doctrinas, á someternos á su enseñanza, si queremos hacer cesar estas dudas, estas incertidumbres del espíritu, esos agudos dolores del corazón, que, siendo nuestro tormento en el tiempo, harán también nuestra desgracia en la eternidad.

Rompamos pronto con los hombres que pretenden darnos la ciencia de Dios; que el hombre no puede recibir nada más que de Dios mismo; y digámosles con el Profeta: «Hombres de ilusiones, cuando no seáis hombres también de iniquidad, yo conozco ahora la naturaleza de vuestras doctrinas, el espíritu de vuestra enseñanza. Todas ellas no son más que un ingerto de fábulas, de mentira, y necesidades. La verdad, la certidumbre, la luz, no se encuentran sino en las doctrinas, en la enseñanza de la Iglesia; allí está la verdadera ley de Dios para la dirección y la felicidad del hombre; *Narraverunt mihi iniqui fabulationes; sed non ut lex tua.* (Psal. cxviii, 85.)

¡Atrás pues, lejos de mí, seudosabios, impostores, charlatanes, comediantes de la ciencia filosófica! Avergonzáos; que ahora ya os conozco en lo que valeis, verdaderos fautores de mi perdición y de mis desgracias. Yo no os quiero ni á vosotros ni á vuestras doctrinas; *Advertantur retrorsum, et erubescant qui volunt mihi mala.* (Psal. cvi.)

¡Ah! Me prometéis la verdad, la certidumbre que no podéis suministrarme, porque no las poseis. Me pedís que crea lo que no creéis vosotros mismos: queréis engañarme para burlaros después de mi credulidad, para reiros de mí, como os reís en vosotros mismos de todos los imbéciles que os han escuchado, de todos los insensatos que os han creído, de todas las nulidades que os han tomado por lo serio.

Queréis atraerme para explotarme; queréis mi adhesión, mis alabanzas, mis aplausos para daros importancia en el mundo de las frivolidades; queréis serviros de mí como de un estribo para subir más allá; queréis engrandeceros á mis expensas y elevaros sobre mi ruina. Vuestra ventaja buscáis,

que no la mia, y solo en interés de vuestra aureola ante el mundo es por lo que me dañais ante Dios. Marchad pues; no quiero servir ni á vuestra diversion ni á vuestras pasiones; *Avertantur retrorsum, et erubescant qui volunt mihi mala.*

Sí, daño, y nado mas que daño, es lo que quereis hacerme; quereis que renuncie á mi religion para abrazar vuestra filosofía; quereis que sacuda el yugo de mi fe para imponerme el yugo de vuestra ciencia; quereis hacerme abjurar mis creencias para hacerme adoptar vuestros delirios; me declarais libre para atarme á vuestro carro, para esclavizarme á vuestra dominacion; quereis que cese de ser el hijo de la Iglesia para convertirme en vuestro discípulo profesando vuestras doctrinas, vuestro criado que use vuestra librea, vuestro esclavo que lleve vuestras cadenas. ¡ Hermoso cambio el que me proponéis ! Hermoso comercio en el que me quereis comprometer !

Ah ! Yo tengo lo que me hace falta en la religion de la verdad; no necesito de vuestras lecciones del error; yo no quiero servir de materia modificable por vuestras manos; yo me contento con llevar conmigo la imágen de mi Dios, y no me cuido en que me forméis á vuestra imágen. Confundiós pues y alejáos de mí. No sois amigos, sino traidores. Bajo pretexto de esclarecer mi inteligencia, quereis llevaros mi alma; *Confundantur et revertantur qui querunt animam meam.*

Para engañarme mejor, me adulais. Semejantes á aquellos abogados que exageran los derechos de sus clientes para comprometerlos en litigios que los arruinan, me hablais de luces que no poseo, para hacerme perder las que poseo. Me exagerais la potencia de mi razon en perjuicio de mi fe, á riesgo de que, perdiendo, como vosotros, la fe, concluya por perder tambien, como vosotros, la razon. Jugais conmigo adulándome, y me matais cuando me haceis caricias. No tengo otro sentimiento que el de haberos conocido demasiado tarde; pero, pues que conoceis que comprendo, en fin, lo que sois, dejadme tranquilo, marcháos con la confusion en la frente y el remordimiento en el corazon; *Avertantur statim erubescences, qui dicunt mihi : euge, euge.*

¡ Dios mio, yo os doy las gracias por haberme iluminado á tiempo sobre el conocimientó de mi naturaleza y de mi con-

dición ! Gracias á vuestras luces, ya no me engaño sobre mí mismo ; yo sé bien que, pobre é indigente, soy débil y ciego por mí mismo. Venid pues en mi auxilio, dadme lo que necesito y lo que vos solo me podeis dar, la fuerza y la verdad : *Ego vero egenus et pauper sum ; Deus, adjuva me !*

Yo os pido este socorro, no solamente para mí, sino tambien para aquellos que, extraviados por la vana y falsa ciencia de estos últimos tiempos, han querido extraviarme. ¡ Ah, ellos son ciertamente mas desgraciados que culpables ! Ellos son lo que les ha hecho una educacion enteramente secular, una instruccion enteramente pagana. Engañados ellos mismos, no es extraño que hayan querido engañar á los otros. Víctimas desgraciadas de una filosofía antireligiosa, no es extraño que hayan querido hacer otras víctimas de esta misma filosofía. Iluminadlos pues, Dios de bondad, como yo mismo deseo ser iluminado. Retraedlos, de las funestas vias en que se han comprometido, á la escuela de vuestra Iglesia. Concededles tambien la gracia de reunirse á todos los hijos de la Iglesia, á fin de que en la unidad de la misma fe y del mismo amor, se consuelen y se gocen en vos, Señor, en compañía de todos los que os buscan, que os siguen, que os escuchan, que os aman como á su Salvador sobre la tierra, para alabaros y para bendeciros un dia en el cielo ; *Exultent et letentur in te omnes qui querunt te, et dicant semper : Magnificetur, Dominus, qui diligunt salutare tuum.*

Conceded la misma gracia á todo este auditorio cristiano ; haced que todos nosotros sigamos la luz de la vuestra doctrina, y que nos conformemos á ella en el tiempo, á fin de que, segun vuestra palabra, evitemos la eternidad de la muerte y la muerte de la eternidad ; *Qui sermonem meum custodierit, mortem non videbit in aeternum.* Asi sea.

CONFERENCIA QUINTA.

HOMOGENEIDAD, INMUTABILIDAD, INCORRUPTIBILIDAD, VERACIDAD,
CERTIDUMBRE DE LA ENSEÑANZA CATOLICA.

Et adduxerunt pullum ad Jesum, et posuerunt vestimenta super eum, et Jesum desuper sedere fecerunt.

« Y los apóstoles trajeron el asno a Jesús, y pusieron encima sus propios vestidos, é hicieron sentar encima á Jesucristo. »

(Evang. del Dom. de Ramos.)

1. El hombre, ha dicho el Profeta hablando particularmente de los pueblos paganos, olvidó la nobleza de su origen, grandeza de su destino, la dignidad de su condicion; y desde entonces, extraviado por los errores, corrompido por los vicios, ha descendido al último grado de embrutecimiento moral, se ha hecho semejante á una impura y estúpida bestia de carga; *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (Psalm. XLIII.)

« No hay duda pues, dice el grande San Hilario, que el animal indómito de que se ha hablado en el Evangelio de hoy, figuraba los pueblos gentiles, que se habian entregado á las licencias de todas las doctrinas, á los desórdenes, á los excesos de todas las pasiones; *Indomite gentes significantur per pullum.* » (In Matth.)

En cuanto á los vestidos de los apóstoles, significan, segun San Jerónimo, la doctrina de las costumbres y la variedad de los dogmas de la Iglesia; *Vestis apostolica est doctrina morum cum ecclesiarum dogmatum varietate.* (In Matth.)

Jesucristo pues, no habiéndose sentado hoy sobre su modesta cabalgadura sino por las manos de los apóstoles, desu-

per eum sedere fecerunt, y esto después que los apóstoles aparejaron la montura con sus propios vestidos, *et posuerunt super eum vestimenta sua*, ha dado á entender, segun el mismo doctor, que no se sienta, no descansa sobre et alma, no reina sobre ella, sino después que el alma, por su fe en la enseñanza de la Iglesia, ha sido cubierta, adornada con las creencias de la Iglesia : *Quibus nisi instructa fuerit anima atque ornata, sessorem habere Dominum non meretur.* (*Ibid.*)

Esto es, mis queridos hermanos, que Dios no puede agrardarse sino de lo que viene de Dios, de lo que emana de Dios, de lo que pertenece á Dios y que tiene alguna cosa del mismo Dios, como la gracia y la verdad. Es que la enseñanza de la Iglesia es la única divina; porque semejante á la luz, es la única enseñanza religiosa necesaria, universal, fácil, como lo hemos visto en nuestra última conferencia. Es que como la luz, siempre es tambien la única enseñanza religiosa homogénea, natural al hombre, inmutable, incorruptible, completa, fiel, cierta, como vamos á verlo en la conferencia de hoy; de donde concluirémos que la razon filosófica es muy insensata en desdeñar, en rechazar esta enseñanza divina, y que, por el contrario, la razon católica es muy avisada, muy prudente, muy feliz en tomarla por su regla, por su guia, en apoyarse sobre ella y entregarse á ella.

Será fácil penetrarnos de estas importantes verdades si la luz divina viene en nuestra ayuda. Implorémosla pues por la mediación de María. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

2. No conocemos los cuerpos sino por sus propiedades, sus virtudes sus fuerzas y sus efectos; pero su naturaleza nos es y nos será siempre completamente desconocida, *Natura corporum nobis ignota est.* Esto es lo que todos los sabios reconocen y confiesan, y esta proposición es uno de

los axiomas de la ciencia física. « Yo conozco, decia Newton, la economía, las leyes de la atraccion; pero no me preguntéis lo que ella es, porque no sabré decirlo; y nadie lo sabe ni lo sabrá mejor que yo. »

De todas las obras de la creacion, la luz, que es lo que mas se estudia, es precisamente lo que menos se comprende. La luz es el mas profundo de los secretos de la naturaleza. Sin embargo, ¡ cosa admirable ! la luz, la mas misteriosa, la mas inexplicable de las criaturas sensibles en cuanto á su esencia, es la mas homogénea, la mas natural relativamente al órgano de la vision. El ojo la apetece, la absorbe tan fácilmente, tan naturalmente, como el estómago absorbe y se apodera del alimento. Ella no fatiga mas que al ojo débil y enfermo; pero el ojo sano la busca, se detiene en ella, descansa con ella, y se complace en ella como en la cosa mas simple y mas natural para él.

« Tal es tambien, dice Orígenes, uno de los caracteres mas propios de la ciencia divina, de la enseñanza católica; *Sicut oculus NATURALITER lucem requirit et visa, et corpus nostrum escas et potus, ita mens nostra scientiam veritatis Dei et rerum causa, cognoscendi proprium ac naturale desiderium gerit.* » (De princip., lib. II, 11.) Esta enseñanza es sin duda *sobrenatural*, es misteriosa, es inefable, es divina con relacion á su origen y á su esencia; pero es al mismo tiempo *muy natural* con relacion al órgano del intelecto; es la sola natural ó conforme á la naturaleza del espíritu humano.

Se oye muchas veces á los imbéciles repetir: « Yo me atengo á la religion *natural*; yo no quiero la religion revelada. » Hablando así creen conducirse como hombres de talento grave y serio, y no son mas que absurdos y ridículos. Este lenguaje supondria que la religion que llaman *natural* no es revelada, y que la religion divinamente revelada no es natural; cuando todo esto es completamente falso, y lo contrario exactamente verdadero.

La religion que se llama natural no es mas que la religion primitiva, que el hombre no ha inventado, que el hombre no ha encontrado por sí mismo, ni en sí mismo; sino que, como se ha visto (conferencia primera, § 4), Dios le ha enseñado desde el primer instante de su creacion, y que, trasmitida por

el lenguaje y la tradicion, se ha extendido y se ha establecido en toda la humanidad. Es tan verdaderamente revelada como la religion que se llama revelada.

De la misma manera, la religion revelada no es una religion excéntrica, fuera de los instintos, de las necesidades, de los sentimientos naturales del hombre; no es una religion que Dios haya impuesto arbitrariamente al hombre. No es mas que la expresion de las relaciones entre el hombre y Dios, entre el hombre y el hombre; y las relaciones de los seres tienen su razon, su raíz en su naturaleza, y están encerradas en ella. La religion revelada tiene pues tambien su raíz y su razon en la naturaleza de Dios y en la naturaleza del hombre; y en este sentido, ella es muy natural. Y pues que la verdadera religion cristiana, la religion católica, explica las relaciones entre el hombre y el hombre, mas íntimas, mas elevadas y mas perfectas que lo explicaba la religion primitiva, ella es mas natural aun que la religion que se llama natural.

5. Véase, con ejemplo, el sacramento de la Eucaristía: nada es mas abstruso ni mas impenetrable que este misterio. Es, segun Sto. Tomás, el mas grande, el mas admirable de los prodigios del Dios Redentor: *Omniun miraculorum maximum*. La razon no la ha inventado; porque la razon no inventa lo que no comprende, lo que está mas allá de los alcances de la razon. Ninguna inteligencia creada pudo sospechar ni aun lejanamente su posibilidad, si Dios no lo hubiese instituido. Ninguna inteligencia creada hubiese podido conocerle, si el Dios que lo ha cumplido no lo hubiese tambien revelado. Es pues una institución *sobrenatural*, divina, inefable, incomprendible. Pero en tanto que este misterio tiene su razon en la inmensidad del amor de Dios para con el hombre, y en la necesidad, en el instinto innato, violento, indestructible que inclina al hombre á acercarse á Dios, no solamente por el espíritu y el corazon, sino tambien por el cuerpo; á tener á Dios cercano de él bajo formas sensibles; á comunicar con la sustancia, con la naturaleza divina; á hacerse semejante á Dios, á asimilarse á Dios, á identificarse con Dios y convertirse en una misma cosa con Dios; en tanto que por este sacramento, el hombre, dice San Juan Crisóstomo, ob-

tiene todo esto (1), la Eucaristia es al mismo tiempo la institucion mas natural, porque nada es mas conforme á la naturaleza del hombre, creada para Dios, y que no puede encontrar mas que en Dios su perfeccion y su felicidad, que unirse por la manducacion á Dios de la manera mas íntima, mas sustancial y mas perfecta. Nada es mas conforme á la naturaleza de Dios que haber querido por este medio inefable tranquilizar el mas noble de los instintos, satisfacer la mas grande y la mas legítima de las necesidades que él mismo ha puesto en el hombre, que ha grabado en la naturaleza del hombre, creando al hombre para Dios mismo.

¡Véase tambien la Confesion! Nadie hubiera imaginado jamás que fuese posible obtener del hombre que confesara todas sus faltas á otro hombre para obtener el perdon de Dios. La Confesion es pues tambien una institucion *sobrenatural*, un sacramento divino que ha instituido el mismo Dios, y que no podia ser imaginado é instituido sino por Dios. Pero en tanto que, como ha observado Origenes, nada es mas conforme á la naturaleza del hombre moral que el desembarazarse por la confesion del crimen que pesa sobre su alma, como nada es mas conforme á su naturaleza física que vomitar la ponzoña que corroe sus entrañas (2); en tanto que nada es mas conforme á la naturaleza del Dios soberanamente bueno que conceder su perdon en recompensa de la confesion voluntaria que hace el hombre de todos sus pecados en presencia de otro hombre, pues que aun entre los hombres el perdon se consigue con el arrepentimiento, acompañado del reconocimiento espontáneo de la falta; la Confesion es tambien el remedio mas propio, el mas homogéneo para el hombre que ha pecado, y la institucion mas natural.

En fin, la resurreccion universal de los muertos en el último dia del mundo será un gran prodigio del poder de Dios, que el hombre no hubiera sospechado jamás si Dios no se lo hu-

(1) « Quot dicunt: Vellem ipsius formam aspicere! Ecce eum vides, ipsum tangis, ipsum manducas. Propterea semetipsum nobis immiscuit et corpus suum in nobis contemperavit, ut unum quid simus tanquam corpus capiti cooptatum; ardentem enim amantium hoc est. » (Homil. 60 y 61 *Ad pop. Antioch.*)

(2) « Sic, qui peccaverit suffocatur flegmate peccati; et dum confitetur delicta, omnem morbi emovit causam. » (Hom.)

biese manifestado. Este será pues un acontecimiento sobrenatural, divino, y que Dios ha revelado, y que no podía revelarse sino por el Dios que lo decretó y que lo cumpliera. « Pero en tanto, dice Sto. Tomás, que es contra la naturaleza que el alma, forma indestructible y eterna, esté separada para siempre de su materia, del cuerpo á que estuvo una vez sustancialmente unida, y que nada de lo que es contrario á la naturaleza puede durar siempre; en tanto que nada es mas conforme á la naturaleza del hombre que sufrir una crisis milagrosa, por la que pueda volver á ser todo lo que ha sido; en tanto que nada es mas conforme á la naturaleza de Dios que esa economía de providencia, por la que será prohibido á la criatura eludir para siempre el designio primitivo del Criador en la formacion del hombre, y por la que la muerte, que no es mas que un accidente, será extinguida, y el orden primitivo, el orden universal restablecido; la resurreccion de los muertos, siendo un grande é incomprensible prodigio, es lo mas sencillo que se puede imaginar, lo mas justo, lo mas razonable y lo mas natural (1).

4. Lo mismo sucede con todos los demás dogmas católicos. Expresion de las relaciones entre el hombre y Dios, y entre el hombre y el hombre, son en la mayor parte inaccesibles á la inteligencia humana. Para comprenderlos seria necesario comprender de una manera clara y precisa la naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre, de dónde derivan y en dónde tienen su fundamento; seria necesario comprender lo mas incomprensible; porque Dios no es perfectamente comprendido sino por Dios, que se conoce perfectamente á sí mismo, y el hombre tampoco es comprendido sino por el mismo Dios que lo ha creado. No solamente Dios, como ser infinito, es un misterio impenetrable para el hombre, sino que tambien el hombre es un misterio impenetrable para el hombre mismo. De la incomprensibilidad de esas dos naturalezas resulta la incomprensibilidad de las relaciones naturales, necesarias, pero íntimas y ocultas en las profundidades de estas mismas

(1) « Contra naturam est animam sine corpore esse. Nihil autem, quod est contra naturam, potest esse perpetuum. Mors per accidens subsecuta est; hoc autem accidens Christi morte sublatum est. Resurrectio, quantum ad finem NATURALIS EST. » (*Sum. cont. Gent.*, lib. iv.)

naturalezas; y por consiguiente, también la incomprensibilidad de los dogmas católicos, que son su expresión.

Semejante pues al hijo que acaba de nacer, *Sicut modo geniti infantes* (1, Petr., II, 2), que tiene el sentido, pero no la conciencia del instinto de su cuerpo, y que conoce menos todavía la manera de tranquilizarlo, el hombre en esta vida no posee mas que sentimiento y nociones confusas de los instintos de su alma, de sus relaciones y de sus deberes; pero no tiene idea clara y distinta de ellos, y menos todavía sabe darse perfectamente cuenta de ellos, formularlos, y encontrar por sí mismo y en sí mismo los medios de satisfacerlos. Como la madre solo, por el instinto inteligente de su amor y de su abnegación, adivina las necesidades de su niño y se apresura á satisfacerlas; de la misma manera Dios solo, por el conocimiento que únicamente él posee de sí mismo y del hombre, por el amor que tiene hácia el hombre, puede revelarse al hombre, y revelar el hombre á él mismo.

A fin pues de que el hombre tuviese el conocimiento pronto, fácil, claro, distinto y sin mezcla de error, de las relaciones que le ligan á su Autor, así como á sus semejantes; relaciones que, entregado á sus propias fuerzas, no hubiera podido jamás descubrir y no hubiera sospechado jamás, ha sido necesario, como ha demostrado Sto. Tomás (1), que Dios revelase al hombre los dogmas que debe creer, los deberes que debe practicar, que le revelase la religion. En este sentido, los misterios, los dogmas, las leyes, los sacramentos, las instituciones católicas, que tienen á Dios por autor y revelador, son sobrenaturales, inefables, divinas. Pero en tanto que esta religion está fundada sobre la naturaleza de Dios y sobre la naturaleza del hombre; en tanto que explica las relaciones necesarias entre estas naturalezas, ó bien las razones soberanamente elevadas y perfectas, fuera y aun sobre la naturaleza de las fuerzas, del mérito y de la condición del hombre, pero siempre elevando, perfeccionando, y deificando en alguna manera el hombre, esta religion es también soberanamente natural.

(1) Véase la magnífica argumentación del Doctor Angélico sobre este objeto, en la conferencia primera, § 9, pág. 40.

5. Todo ser que tiene un principio débil é imperfecto en su nacimiento, en su principio, tiende naturalmente á fortificarle, á perfeccionarle por su desenvolvimiento y su fin. El estado en que nace, en que comienza, es su estado *nativo*; pero el estado á que tiende, y al que se esfuerza por llegar, es su estado *natural*; porque la perfeccion es el estado natural de todo ser perfectible (1). Todo pues lo que eleva el ser y lo perfecciona, aun cuando el ser no pueda alcanzar esta perfeccion por medios puramente naturales, es, sin embargo, conforme á sus tendencias, á sus fines, á su naturaleza; le es natural.

Y no hay duda, particularmente en nuestros dias, en que todos los fautores de nuevas religiones se esfuerzan por hacerlas derivar del cristianismo, por hacerlas salir, hacerlas nacer del cristianismo; no hay duda que el verdadero cristianismo, el cristianismo completo, el cristianismo perfecto, eleva y perfecciona al hombre. Porque el hombre que sigue perfectamente esta religion y conforma á ella toda su vida y todas sus obras, es el único hombre que hace buen uso de todas sus facultades, de todas sus fuerzas; el único que no obra mal nunca, practicando siempre el bien, cumpliendo sus deberes hácia Dios, hácia si mismo, hácia la Iglesia, hácia la patria, hácia la familia, hácia la sociedad; no teniendo ningun vicio, poseyendo todas las virtudes: es el hombre perfecto. Y pues que todos los dogmas, todas las leyes, todos los sacramentos, todas las instituciones del cristianismo tienden á reformar al hombre, á elavarle, á santificarle, á perfeccionarle, á hacerle mas dichoso; en este sentido, son todos conformes á su naturaleza, son soberanamente naturales.

Los cultos idolátricos y el culto mahometano, no teniendo nada de comun con la revelacion cristiana, no explican sino falsas relaciones entre el hombre y Dios, y entre el hombre y el hombre. Los cultos heréticos, *protestando* contra una parte de las verdades cristianas, no explican tampoco mas que una parte solamente de estas relaciones, y aun de una mane-

(1) « Nosotros reconocemos, dice Aristóteles, que el estado de *naturaleza* de todos los seres es aquel á que llegan por su progreso natural y completo; *Illud pro statu naturæ rerum omnium agnoscimus ad quem res naturali et completo progressu perveniunt.* » (*De Repub.*, lib. 1, II.)

ra muy arbitraria, muy incierta y muy imperfecta. Los cultos puramente filosóficos, rechazando enteramente la revelacion cristiana y toda religion positiva, no explican tampoco estas relaciones. Todas las religiones pues, exceptuado el catolicismo, están mas ó menos fuera de la naturaleza, ó contra la naturaleza de Dios ó del hombre, y no son ni pueden ser naturales. Unicamente la religion católica, explicando *todas* las relaciones verdaderas que deben existir entre Dios y el hombre, y los hombres entre sí, y precisándolas de una manera clara, distinta, cierta y perfecta, es, por lo mismo, la única religion perfecta, la única religion natural.

La madre que enseña á andar y á hablar á su hijo, le enseña cosas que no comprende, y sobre todo, que no podria aprender solo abandonado á sí mismo; pero estas son cosas *muy naturales*, porque son cosas conformes á la condicion del hombre perfecto, á que tiende por su naturaleza. De la misma manera la Iglesia, enseñando al hombre profundos misterios, dogmas incomprensibles, leyes sublimes y perfectas, que jamás hubiera podido saber ni descubrir por sí mismo, porque todo esto se halla sobre el alcance de su razon, de la debilidad de su corazon, le enseña cosas soberanamente naturales; porque estos misterios, estos dogmas, estas leyes, son la fiel manifestacion de la naturaleza de Dios y de la naturaleza del hombre y de sus relaciones; y la enseñanza católica, proporcionando el conocimiento de estos misterios, de estos dogmas, de estas leyes, y de los medios de realizarlas por la accion, es por lo mismo la enseñanza mas natural.

6. La gracia misma, la accion divina, inmediata, de Dios sobre el espíritu y sobre el corazon del hombre; la efusion, la expansion del amor de Dios sobre el hombre, es un fenómeno *sobrenatural*, porque supera al mérito, á las fuerzas, á la dignidad de la naturaleza. Pero no es contra la naturaleza, no está fuera de la naturaleza, porque no tenga ninguna relacion secreta, íntima con la naturaleza del hombre. El estado de gracia es un estado á que aspira el hombre, al que tiende el hombre, que el hombre busca por el instinto y la necesidad de su naturaleza (aunque no pueda alcanzarle por sus propias fuerzas), pues que la gracia perfecciona al hombre, *in virum perfectum* (*Ephes.*, iv, 5), le eleva, le santifi-

ca y le hace dichoso tanto como puede serlo sobre la tierra. En este sentido, pues, el estado de gracia le es natural; porque nada es mas natural al ser ni mas conforme á su naturaleza que todo aquello en que encuentra su elevacion, su perfeccion y su dicha.

Esto es lo que hizo decir á Tertuliano que el alma humana es naturalmente cristiana; *Testimonium anime naturaliter christiane*. Ciertamente hay en el espíritu y en el corazón del hombre alguna cosa análoga, simpática, conforme á todo lo que es cristiano. Y esto nos explica en algun modo la facilidad de los triunfos de la gracia de la fe sobre el hombre, la facilidad con que los espíritus humildes, dóciles, entre los infieles, responden á la palabra del apóstol de Jesucristo, del enviado de la Iglesia, de un extranjero, de un desconocido que apenas sabe tartamudear su lengua, y está desprovisto de todos los prestigios sensibles, de todos los recursos, de todos los medios exteriores por los que el hombre se recomienda al hombre, se impone al hombre y se hace señor del hombre.

Considerad el iman: basta separar todo lo que se interpone entre el hierro y él, y le veis atraerse el hierro, cogerle, unirse á él y prenderse á él. De la misma manera la gracia de la fe, unida á la palabra del apóstol cristiano, iluminando al hombre dócil á su accion, santificándole, elevándole sobre sí mismo, desvia los impedimentos de las tinieblas, del orgullo, de las pasiones que se interponen entre el hombre y la verdad; y el hombre, restituído por este medio á la libertad de sus instintos, de sus tendencias, de sus inclinaciones, se apodera al instante de la verdad, se une á ella, se le adhiere, y descanza en ella como sobre alguna cosa que contenta, que tranquiliza, que satisface todas las necesidades de su espíritu y de su corazón; como sobre alguna cosa que está en su naturaleza, que es conforme á su naturaleza, que está en las exigencias de su naturaleza, pero que hace falta á su naturaleza; *Testimonium anime naturaliter christiane*.

Santo Tomás ha definido la verdad, «la ecuacion entre el entendimiento y la cosa; *aequatio rei et intellectus*.» Bella y magnífica definicion. «Se diria, exclama mas arriba un filósofo cristiano (M. de Maistre), que la verdad se ha definido ella misma.» Pero esta definicion de la verdad en general

solo conviene de una manera enteramente particular á las verdades católicas. Estas verdades son las que establecen una verdadera *ecuacion* entre ellas mismas y el espíritu del hombre. Estas verdades son las que, recibidas por el hombre, aceptadas por el hombre, contentan al hombre, le ponen en armonía con Dios, con los otros hombres, consigo mismo, y obtienen sin esfuerzo todas sus simpatías y todas sus afecciones; *æquatio rei et intellectus*.

7. Acordáos de aquella sorda-muda de que no há mucho tiempo hablaron vuestros papeles públicos, huérfana de su madre desde su infancia, y entregada á la voluntad de un padre volteriano y enemigo del cristianismo; habia sido educada en un alejamiento absoluto de la Iglesia, del sacerdote y de la religion. Felizmente la habia enseñado á leer: de suerte que, habiendo caido en sus manos el mas importante de los libros después del Evangelio, un Catecismo católico, pudo leerle enteramente. Y bien: nada mas que esta lectura le bastó para conocer la verdad de la religion católica, para abrazarla, para penetrarse de ella y para amarla. Vedla de rodillas á los piés de su padre, pidiendo á gritos penetrantes que se la llevase á la iglesia, donde no habia puesto jamás los piés. Habiéndosele, en fin, concedido esta gracia, ninguna expresion bastará para manifestar los movimientos, las señales, los trasportes de entusiasmo, de alegría y de felicidad á que se entregó al mirar por primera vez la imágen de Jesucristo crucificado. Unas veces se prosternaba con la frente en tierra adorándola; otras veces con miradas afectuosas parecia enviarle su corazon; otras, tendiendo los brazos y cruzándolos después sobre su pecho, lo abrazaba de léjos, y de léjos le oprimia contra su seno. Sus ojos unas veces manifestaban alegría, otras el dolor. Toda su persona estaba fuera de si misma. Todos sus movimientos explicaban el desórden. Se hubiera dicho: «Está loca, está embriagada.» Sí, sí, lo estaba en efecto; pero era de la santa locura de la cruz, de la inefable embriaguez del amor. Ella pide y obtiene llevar á su casa esta sagrada imágen, y allí renueva sus vivos trasportes por el amor crucificado, y se entrega á ellos toda entera. Nada puede hacerle olvidar ni separarla por un instante de este augusto símbolo de la caridad del Hijo de Dios muriendo por el

hombre. Durante el día, teniéndole siempre en sus manos, unas veces cae de rodillas delante de él para adorarle, otras veces le llena de besos de amor, otras veces le oprime fuertemente contra su pecho; y durante la noche, colocándole á su lado en la cama, duerme amándole, y le ama durmiendo. Esta es la historia de la Esposa de los Cantares, en que han sido predichos y formulados en un estilo misterioso y divino estos cambios de sacrificio y de amor entre Cristo y el alma cristiana.

Testigo de estas escenas conmovedoras el padre de tan noble criatura, reflexionando seriamente en su interior, se dijo: « Es imposible que una religion que, apenas conocida, se apodera de tal manera del espíritu y del corazón del hombre, y de tal manera se hace amar de él, es imposible que no sea la religion simpática al hombre, la religion natural al hombre, y por la misma razon la única religion verdadera. Vedme á mi tambien creyendo en ella. ¡Vedme á mi tambien cristiano! » ¡Dichosa niña, que dando la fe á quien la habia dado la vida, se hizo madre segun la gracia del que era su padre segun la naturaleza, y nos ha dejado una nueva prueba sin replica de que la enseñanza católica es tan natural á los ojos del espíritu como es la luz á los ojos del cuerpo!

8. Pero la luz es tambien inmutable. La luz es la única criatura que no cambia nunca, que no se gasta jamás, que jamás envejece. Vedla seis mil años que hace que fué creada, y en un periodo tan largo ha permanecido siempre la misma. No puede decirse que los hombres hayan visto en un tiempo con la ayuda de una luz, y en otro con la ayuda de otra luz distinta. Los primeros hombres han disfrutado de la misma luz que nosotros, que les sucedemos después de sesenta siglos. La luz de hoy es exactamente la misma luz que brilló en el origen del mundo. Lo mismo sucede con la enseñanza católica.

« Dios no es Dios, dice la Santa Escritura, sino en cuanto no cambia jamás; *Ego Dominus, et non mutor.* » (Malac. III, 6.) Todo perece en la naturaleza sensible; los cielos mismos perecerán. Dios solo es siempre lo que es; *Ipsi peribunt, tu autem permanebis.* (Hebr., I, 11.) Los cielos, como todos los grandes cuerpos que los embellecen, cambian siempre y enveje-

cen, como las vestiduras del hombre. Dios mismo cambia este ornamento de su gloria exterior, como se cambia de vestido. Dios solo es siempre el mismo, y no envejece jamás. *La inmutabilidad* es uno de los atributos propios de Dios; *Omnes sicut vestimentum veterascent, et velut amictum mutabis eos, et mutabuntur. Tu autem idem ipsi es, et anni tui non deficient.* (*Ibid.*) La enseñanza católica participa de este atributo de Dios; es la única enseñanza religiosa que no cambia jamás, que no se gasta jamás, que no envejece jamás. Hace dos mil años que se halla establecida en el mundo, y en todo este tiempo ha sido siempre la misma. No puede decirse que los verdaderos cristianos hayan en un tiempo creído una cosa, y en otro tiempo otra distinta. Los primeros cristianos han tenido la misma fe que nosotros tenemos; nosotros, que les sucedemos después de veinte siglos. La fe cristiana es hoy día exactamente la misma que la fe del origen del cristianismo, y aun en alguna manera, del origen del mundo.

9. Hemos visto (conferencia segunda, § 5) que todas las religiones, fuera de la religion verdadera, se reasumen en estas dos categorías: las *religiones sensuales* (idolatría, mahometismo), y las *religiones del orgullo* (herejías, protestantismo).

Las *religiones sensuales* son, es verdad, siempre las mismas; pero su inmutabilidad no es mas que la inmutabilidad de la muerte. Es la ausencia de todo movimiento, de todo progreso; es la inmutabilidad y la duracion sin la variedad y la vida.

Las *religiones del orgullo* cambian siempre, tienen movimiento; pero es el movimiento de la corrupcion, de la descomposicion, de la destruccion; es la variedad y una vida facticia, sin la inmutabilidad y la duracion.

Solo la religion católica une en su enseñanza la variedad y la inmutabilidad, la duracion y la vida.

Tiene la *variedad*, porque no existe en un solo estado, en un solo pueblo que viva bajo un solo gobierno, como sucede á casi todas las falsas religiones. Se halla en todos los estados, entre todos los pueblos que viven bajo gobiernos diversos. Ella es la única que, como hemos observado (conferencia precedente), habla todas las lenguas, habita todos los climas y se

une á todas las diferentes condiciones de los pueblos. Ella es la única que ha pasado por las manos, por la boca de innumerables pontífices contemporáneos, sucediéndose los unos á los otros, reunidos ó dispersos, tan diferentes por su nacionalidad, su lenguaje, su talento, su ciencia, su temperamento, su moralidad, sus virtudes. Posee al mismo tiempo la *vida*, porque excita y mantiene el movimiento de la ciencia, del desarrollo, del progreso, que mata á todas las otras religiones, y que es, por el contrario, para ella una de las condiciones de su existencia, una de las pruebas de su fuerza y de su fecundidad.

Pero, á pesar de tan admirable variedad y del movimiento de una vida semejante, ella es la única que ha conservado y conserva todavía la uniformidad, la inmutabilidad de su enseñanza. En el periodo de casi dos mil años, de los labios de sus ministros han salido y salen siempre los mismos dogmas, las mismas leyes que han salido de los labios de Jesucristo y de los apóstoles. Los doscientos treinta pontífices que se han sucedido en la cátedra de San Pedro, hablando á la Iglesia, como la boca de la Iglesia, en nombre de la Iglesia, han enseñado, sin embargo, siempre las mismas doctrinas de la Iglesia, han condenado los mismos vicios, atacado los mismos errores. Los pueblos tan diferentes que les han estado y les están sometidos, han creído y creen siempre los mismos misterios, practican el mismo culto, llenan los mismos deberes. El mismo símbolo católico es confesado en muchos millares de lenguas diferentes, como en diferentes ritos se ofrece el mismo sacrificio. ¡Oh, cuán bello es pensar que la enseñanza de nuestra religion, la enseñanza católica, es la única enseñanza religiosa que no se resiente de la mutabilidad propia del hombre, y que participa de la inmutabilidad de Dios!

10. De la inmutabilidad de la luz nace su incorruptibilidad. La luz es la única criatura sensible que no se corrompe jamás. La luz no se deteriora jamás por la longitud del tiempo, no se altera jamás por la extension del espacio, no se mancha jamás por la impureza de los cuerpos intermedios. El agua, el aire se impregnan de los miasmas que se exhalan de los cuerpos corrompidos que tocan, de las regiones infectadas que atraviesan. Solo la luz, atravesando estas mismas regiones

tocando estos mismos cuerpos, no se vicia con ellos, sino que los desinfecta con su calor, léjos de ser atacada por su corrupcion. Hace seis mil años que ha sido creada, y hoy todavia brilla tan viva, tan pura, tan virgen como brilló el día que la vió nacer.

Es lo mismo exactamente que sucede con la enseñanza católica. Por lo mismo que es inmutable, es tambien la única enseñanza religiosa incorruptible. Dos mil años han pasado sobre ella, y nada ha podido alterarla, nada ha podido corromperla. Las blasfemias de tantos impíos no han podido empañarla, las objeciones de tantos filósofos no han podido oscurecerla, los errores de tantos herejes no han podido falsearla, los vicios de tantos malos católicos no han podido contaminarla. Confiada á manos muchas veces muy manchadas, saliendo de bocas mas de una vez impuras, en medio de pueblos algunas veces muy corrompidos, jamás ha perdido nada de su blancura, de su integridad. En lugar de contraer sus baldones, las ha purificado con su calor divino. Desde hace veinte siglos brilla en el mundo con la misma vivacidad, la misma pureza, la misma virginidad con que brilló en los dias en que fué revelada.

¿Qué es lo que nos atestigua la historia de la enseñanza católica? Nos atestigua que de la boca de tantos pontífices que se han trasmitido el depósito que Dios les habia confiado, de la boca de tantos pontífices que se han sucedido en la silla de San Pedro y en las sillas particulares unidas á la de San Pedro, no ha caído jamás una sola palabra errónea capaz de alterar su sencillez primitiva.

Y este hecho tan admirable, tan extraordinario, tan nunca oído, pero tan cierto; este hecho, único en la historia de las Doctrinas profesadas, enseñadas por los hombres, que hombres sometidos á las mismas alucinaciones, á las mismas sorpresas de la razon, á las mismas debilidades, á los mismos trasportes de malas inclinaciones que el resto de los hombres, en medio del choque de tantas opiniones, del combate de tantos intereses, del contraste de tantas pasiones, no hayan, sin embargo, enseñado jamás, en la serie de tantos siglos, nada contrario á la moral ó á la verdad; este prodigio del Dios Redentor, conservando siempre inalterable en su Iglesia por dos mil años

la luz espiritual de su doctrina, es ciertamente mucho mas grande y admirable, á los ojos de los que saben apreciarlo, que el prodigio del Dios Criador, conservando siempre pura por sesenta siglos en el universo la luz material.

11. ¡Oh prodigio verdaderamente grande y admirable! Tratemos, sin embargo, de explicárnoslo. La luz material, segun la bella expresion de San Ambrosio, no es sino el reflejo del semblante del Dios Criador; *Deus vidit lucem et vultu suo illuminavit.* (*Exámer.*) Y de la misma manera, la luz espiritual de la ciencia de Dios, que irradia con tanta claridad en la Iglesia y por la Iglesia, no es, dice San Pablo, sino el reflejo del semblante de Jesucristo, del Dios Redentor; *Ad illuminationem scientiæ claritatis Dei in facie Jesuchristi.* (II. *Cor.*, iv, 6.) El Padre eterno está en el Verbo, como el Verbo está en el Padre; *Pater in me est, et ego in Patre.* (Joan., xiv, 11.) El Padre pues, mirando á su Verbo, se copia perfectamente en él mismo, y por esto el Verbo se llama el esplendor de la gloria y la imágen de la sustancia de Dios; *Splendor gloriæ et imago substantiæ ipsius.* (*Hebr.*, x, 3.) De la misma manera este Verbo divino hecho hombre está en la Iglesia, como la Iglesia en él; *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.* (Matth.) Mirando pues á la Iglesia, él se copia á sí mismo. Y por esto la Iglesia se llama la mujer misteriosa, que, vestida del sol como de su vestido, hace ver en sí misma el verdadero sol de justicia, Jesucristo; *Mulier amicta sole.* (*Apoc.*, xii, 1.) Por esto es tambien por lo que se ha dicho de la Iglesia que es la única ciudad que no necesita del sol ó de la luna materiales para ver, es decir, de la luz de la ciencia ó del razonamiento humanos para saber; porque su lámpara, su sol, es el Cordero divino; *Civitas non eget sole neque luna. Lucerna enim ejus est Agnus.* (*Ibid.*, xxi, 25.) Como pues el Padre eterno no es conocido sino por su Verbo y por aquellos á quienes él quiere manifestarse por su revelacion; *Nemo novit Patrem nisi Filius et qui voluerit Filius revelare* (Matth., xi, 27); así Jesucristo, y en él su Padre, no es conocido sino por la Iglesia y por aquellos á quienes la Iglesia lo manifiesta por su predicacion; *Sacramentum absconditum..... ut innotescat..... per Ecclesiam.* (*Ephes.*, iii, 10.) Y ¿por qué? Porque, como el Dios Criador,

siempre presente en el mundo de la creacion, mantiene siempre en él pura é inalterable, por la irradiacion misteriosa de su semblante, la luz material, como en el primer instante en que la creó; *Deus vidit lucem, et vultu suo illuminavit*; de la misma manera el Dios Redentor, presente siempre en el mundo de la redencion, en la Iglesia, mantiene en ella siempre pura é inalterable, por la reverberacion misteriosa de su faz, la luz espiritual de la ciencia de Dios y de la salvacion eterna, como en los dias en que la reveló; *Ad illuminationem scientiæ claritatis Dei in facie Christi Jesu.*

12. Comprenderéis por esto, hermanos míos, tanto como es posible comprenderle, el misterio de la infalibilidad de la enseñanza de la Iglesia. La infalibilidad de la Iglesia no es la infalibilidad del hombre, sino la infalibilidad de Dios, presente en la Iglesia, iluminando la Iglesia, inspirando, instruyendo la Iglesia, para que ella no pueda engañar al mundo cuando ilumina á su vez, inspira é instruye al mundo. Dios es quien no engaña, quien no puede engañar, diciendo siempre á Pedro y á los pastores de la Iglesia: « Yo estoy con vosotros á fin de que vuestra fe no falte jamás. Yo estoy á vuestro lado. No me veis; pero no por eso estoy menos con vosotros para prevenir todos los extravíos de vuestro espíritu, de vuestro corazón, en materias de religion. Yo no hago esto tanto por vosotros, como por el ganado que os confié, y que debéis alimentar en los pastos de la doctrina, y conducir por las vías de la virtud y por la luz de la verdad al redil de la salvacion eterna. Por mi propio interés me pertenece, está en el interés de mi propia gloria y de mi amor hácia el hombre el vigilar para que no seais infieles al depósito que os he confiado en interés del hombre. Yo mismo pues soy el que guardaré en vosotros lo que os proviene de mí y que no es menos mio porque lo haya depositado en vuestras manos. Así vuestra palabra es siempre mi palabra, vuestra luz siempre mi luz; *Lucerna ejus est Agnus.* »

Creer pues en la enseñanza de la Iglesia no es creer en un hombre ó en hombres reunidos, sino en Dios, que habla en ella y por ella.

Mientras que yo os hablo en este momento, no veis en mí mas que un cuerpo, no oís mas que una voz, palabras y so-

nidos materiales que salen de mi boca. Pero si yo vengo aquí á convenceros, á conseguir vuestro asentimiento á mi predicación, á mi palabra, ¿es á mi cuerpo, es á mi boca, es á mi voz á quien creéis? Ciertamente que no. Creeréis en mi pensamiento, en mi razon, en la doctrina, en la luz que suponeis en mí, en el deseo de que yo estoy penetrado hácia vosotros. Creeréis en lo que pasa en mi alma, que no veis, y que creéis presente en el cuerpo que teneis á vuestra vista.

Jesucristo es el alma y el espíritu de la Iglesia. La Iglesia, segun San Pablo, es el cuerpo de Jesucristo. Cuando ella nos habla pues, y cuando creemos en su palabra, no es á hombres falibles como nosotros, pecadores como nosotros, no es á los hombres que vemos, á quien damos nuestro asentimiento; sino al espíritu que les anima, les informa, les hace hablar; y este espíritu es Jesucristo, á quien no vemos; pero quien, como ha dicho, está en ellos y con ellos y habla por ellos; *Qui vos audit, me audit.* (Luc., x, 16.) *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem seculi.*

Decir pues, « Creo en la Iglesia, » es decir, « Creo en la palabra de Dios sobre el testimonio de una autoridad que Dios mismo hace infalible por su presencia, por su inspiracion; » es decir, « Creo en Dios, y la veracidad de Dios, y la infalibilidad de Dios, y el amor de Dios; son, en último análisis, el verdadero motivo, el fundamento de mi fe. » En cuanto al que rechaza la enseñanza de la Iglesia, la palabra de la Iglesia, la luz de la Iglesia; la enseñanza de Dios, la palabra de Dios, la luz de Dios, es lo que rechaza; es decir, que apaga con su mano sacrilega é insensata la única antorcha que puede iluminar los pasos del hombre marchando por el oscuro desierto de este mundo; *Lucerna pedibus meis verbum tuum, lucerna in caliginoso loco.* En esta situacion, cree ver cuando él no vé nada y no puede ver nada, como en un ensueño se cree ver lo que no se ve. Se aturde, delira, blasfema; no conoce ni á Dios ni á sí mismo; nada comprende; la pretendida vida de su razon no es en realidad mas que muerte, de la misma manera que, segun la grande expresion de Jesucristo, su luz no es mas que tinieblas; *Vide ne lumen quod in te est tenebræ sint.* (Luc., xi, 55.) Se sienta pues en las tinieblas y en la sombra de la muerte; *In tenebris et in umbra mortis sedent.*

(*Ibid.*, I, 79.) Se sumerge, se sepulta en estas sombras, en estas tinieblas, en estas *ceguedades penales*, como las llama Tertuliano, porque ellas son al mismo tiempo el crimen y el castigo del orgullo humano, que se las ha creado. El se convierte, segun una enérgica expresion de San Pablo, en todo tinieblas, tinieblas personificadas, vivientes, no distribuyendo á su alrededor sino tinieblas, las tinieblas de Satanás; asi como el verdadero católico es todo luz, la luz personificada y viviente, derramando al rededor de sí la luz, la luz de Jesucristo; *Eratis aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino.* (*Ephes.*, v, 8.) Hasta que esas horribles tinieblas de su espíritu y de su corazón, tinieblas interiores incurables en esta vida, se cambien, segun la amenaza del Evangelio, en tinieblas exteriores é incurables en la vida del porvenir, que le envolverán todo entero, y se convertirán para él en materia y causa de lágrimas incesantes, de inmortales remordimientos y de eternos dolores; *Mittite cum in tenebras exteriores. Ibi erit fletus et stridor dentium.* (*Matth.*, xxii, 13.) *Et vermis eorum non moritur.* (*Marc.*, ix, 43.)

Pero dejemos estos secretos al infierno; y en lugar de entristecernos con tan horribles ideas, continuemos recreándonos con los inefables caracteres de la enseñanza católica, que hace nuestra riqueza y nuestra dicha; y veamos cómo, siendo la única natural, inmutable, incorruptible, es tambien la única enseñanza religiosa que sea completa, fiel y cierta: este es el objeto de mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

13. A falta de la luz natural, el hombre ha llegado á crearse por mil medios diferentes la luz artificial; pero esta luz de construccion humana no se extiende sino á muy corta distancia, no ilumina sino un pequeño número de objetos, mientras que con la ayuda de la luz natural del sol se ve una infinidad prodigiosa de objetos á inmensas distancias. Esto es lo que acontece tambien en el órden intelectual. A falta

de la enseñanza divina, de la revelacion positiva del Verbo ofrecida por la Iglesia, que se pierde muchas veces rechazándola, y que es la verdadera luz propia y natural de la inteligencia humana, se forma una luz artificial por la reflexion y el razonamiento.

Pero esta luz, cuando se trata de cosas de la religion y de Dios, es muy débil, y no podria apoderarse mas que de un reducido número de verdades; *Ratio humana in rebus divinis est multum deficiens*, ha dicho Sto. Tomás. En prueba de lo que, el mismo santo doctor ha advertido, como ya hemos visto, que los filósofos que por la luz de la razon llegaron á reconocer un solo Dios, han estado muy léjos de alcanzar todos sus atributos y de admitirlo como un ser tal, que sea imposible imaginar nada mas perfecto; *Non omnibus dicentibus Deum esse, Deum est id quo nihil perfectius cogitari potest*. Lo mismo ha sucedido con relacion al alma.

La inmortalidad del alma, como hemos visto tambien, para los que la han admitido no es, segun Ciceron, sino una permanencia mas ó menos larga del alma después de la muerte. *permanere animos putamus*, no un conocimiento exacto del verdadero estado del alma después de la disolucion del cuerpo; pero la luz de la enseñanza de la religion, cuyo domicilio está en la Iglesia, iluminando el objeto mas alto, Dios, y el mas oscuro, el hombre, nos los ha hecho conocer enteramente, en todas sus propiedades, en todas sus relaciones; es decir, que la enseñanza católica es completa.

Fuera de la Iglesia, con largos estudios, se concluye ordinariamente por no saber nada en materia de religion; se concluye por la duda, por la indiferencia, por la incredulidad. Unicamente por la enseñanza católica, un niño, sabiendo su Catecismo, conoce en algunos dias al Dios verdadero, al Dios único, al Dios criador del cielo y de la tierra, al Dios único en su naturaleza, trino en sus personas. Conoce la encarnacion del Verbo, su vida, su muerte, su resurreccion, el precio infinito de su sacrificio, la economia de su gracia, la eficacia de sus sacramentos, la extension de sus promesas; conoce al hombre y su origen, su caída, su rehabilitacion y su último destino; conoce la felicidad del justo durante esta vida, y sus recompensas después de su muerte, así bien

como la miseria y el castigo del culpable en el tiempo y en la eternidad; conoce sus deberes hácia Dios, hácia su prójimo y hácia si mismo. Sabe creer bien, esperar bien, amar bien, vivir bien, morir bien y salvarse; sabe todo lo que le conviene saber; no tiene necesidad de otra ciencia, de otra enseñanza, de otros maestros. Está iluminado de la luz misma de Dios, como es parte en su gracia, esperando ser dichoso en su felicidad.

14. Otra condicion de la luz natural es la de ser la única luz fiel. La luz artificial es muchas veces engañosa; altera los lineamentos, las formas y los colores de los objetos. Solo la grande luz del día, la luz natural, es quien las presenta y las hace ver en sus verdaderas formas, bajo sus verdaderos lineamentos, en sus colores verdaderos. Por esta razon, cuando se trata de ciertos objetos, no se cree conocerlos bien con la ayuda de la luz artificial por la noche, y se dice: « Es menester verlo á la luz del día. » Esta es la figura de lo que tiene lugar en el órden del conocimiento relativamente á la religion. Unicamente la enseñanza católica es fiel, porque es la única que se apoya en el testimonio de Dios, que es fiel, y da la verdadera filosofía aun á los niños; *Testimonium Domini fidele, sapientiam præstans parvulis.* (Psal. xviii, 9.)

La luz del sol en el mundo, reflejándose sobre los objetos, y desde los objetos sobre los ojos, nos los hace conocer exactamente por lo que valen y tales como son en sí mismos. De la misma manera, en la Iglesia, la luz divina de Jesucristo, el verdadero sol de justicia, el oriente aparecido en lo alto, reflejándose sobre los grandes objetos sobre que la Iglesia llama nuestra atencion: « Dios, el hombre, la sociedad; » y de estos objetos, sobre los ojos de los fieles, les hace ver en la verdad de su naturaleza, en la sublime armonía de sus relaciones, en la importancia de su enlace, en el objeto de su destino.

La luz artificial de la investigacion y del razonamiento humano las mas de las veces es falaz, y el error se encuentra en ella mezclado á la verdad; *Investigatione rationis humane plerumque falsitas admiscetur.* ha dicho tambien Santo Tomás, que ha concluido de esto la necesidad de que las cosas divinas fuesen reveladas por la fe, la única luz sincera y fiel

que pueda hacerlas conocer sin mezcla de errores; *Et ideo necesse fuit ut ea per modum fidei traderentur*. Hemos visto, en efecto, en qué errores ha caído la razón filosófica antigua y moderna aun tocante á las primeras verdades de la religión.

Hemos visto que esta razón, no solamente no ha llegado jamás á la verdad completa, sino que no ha podido alcanzar ni aun la verdad pura; que no ha habido verdad de que la razón no haya hecho un error, ni error de que no haya hecho una verdad; como no hay tampoco una virtud que no haya presentado como vicio, ni vicio que no haya erigido en virtud. Únicamente la luz de la enseñanza católica puede hacernos conocer todas las verdades religiosas sin la menor alteración, y las grandes cosas que son su objeto, en toda su verdad. La enseñanza católica es la única fiel, porque ella sola es verdad.

Así como no se ve bien sino con la luz natural, y no con la artificial, así, no por el razonamiento, sino por la fe; no por la filosofía, sino por la religión; no por las vanas doctrinas del hombre, sino por la luz de Dios, de que es depositaria la Iglesia, es por donde el hombre conoce las cosas que debe conocer tales como ellas son realmente en sí mismas. Sin esta luz, que sale de la Iglesia, no se conoce nada de verdadero, como no se ejecuta nada verdaderamente virtuoso y meritorio para la vida eterna fuera de la gracia que dispensa la Iglesia. Es menester que quien busca la verdad, como el que quiere practicar la virtud, venga á acogerse al hogar divino de la Iglesia. Fuera de él todo es tinieblas y pecado, todo es vicio ó error. Toda luz que no se refleje de esa antorcha es falsa; toda virtud que no germine de esta verdad es facticia. Jesucristo ha dicho: « En tanto que estoy en el mundo, soy la luz del mundo; *Quamdiu sum in mundo, ego lux sum mundi*. » (Joan., ix, 5.) Y el lugar del mundo en que se encuentra es la Iglesia, que por esta misma razón San Pablo llama la columna y el baluarte de la verdad; *Columna et firmamentum veritatis*. (Tom. iii, 15.)

15. Ved, en particular, la admirable economía de la enseñanza católica á la primera de todas las verdades, la existencia y la naturaleza de Dios.

El Salvador del mundo, hablando á la mujer de Samaria,

« Vosotros los samaritanos; le decía, separándoos de la Sinagoga, habeis alterado las tradiciones y las creencias de la antigua revelacion, de que era fiel depositaria la Sinagoga. No conocéis al verdadero Dios. Nosotros los judíos somos los únicos que hemos conservado la idea y el culto de él en toda su verdad; *Vos adoratis quod nescitis; nos quod scimus adoramus.* (Joan., ix, 22.)

Y por estas graves palabras, Jesucristo, dice Orígenes, ha profetizado que todos los herejes tambien, separándose de la Iglesia, alterarían las tradiciones y las creencias de la nueva revelacion fielmente guardada por la Iglesia, y que solamente en la Iglesia se conservaría pura la nocion del verdadero Dios y la adoracion verdadera que le es debida; *Dixit hoc de Ecclesia in qua est adoratio Dei et Deo congruat.* (Homil. in Joan.)

En efecto, así como los samaritanos al separarse de Jerusalem, alabándose de adorar á Dios segun el rito de los antiguos patriarcas, no habian hecho nada mas que destruir su verdadera idea con su verdadero culto, de la misma manera los herejes, al separarse de Roma, alabándose de haber reformado el cristianismo y de haberle reducido á la sencillez de los apóstoles, han alterado, dice Teofilastro, mas ó menos profundamente entre ellos la idea de Dios, de Jesucristo, y destruido la verdadera religion; *Multi putant Deum adorare, non rectam de Deo nationem habentes, sicut hæretici.* (In Joan.)

Toda herejía no es en el fondo mas que una alteracion de la nocion de Dios, del mediador, y de la economia de su gracia para la salvacion de los hombres. En los antiguos tiempos los maniqueos negaban la presencia de Dios, los nestorianos negaban su bondad. En los tiempos modernos los luteranos han hecho de Dios un ser estúpido que no sabe lo que se hace; los calvinistas, un ser cruel que envia al hombre por su gusto á los infiernos.

Y; Dios mio! ¿qué dogma cristiano ha respetado la herejía? ¿Qué ley, que consejo evangélico ha economizado? Qué sacramento ha mantenido, qué tradicion ha dejado en pié (1)? se

(1) El famoso director de la *Historia de Inocente III*, el doctor Hurter, que hemos tenido la felicidad de ver en Roma cuando fué á abrazar el catolicismo, nos ha participado una observacion importante que habia tenido ocasion de hacer estudiando los desastres del protestantismo, del que habia

puede pues decir á estos falsos adoradores de Dios y de Jesucristo, cuyos misterios y todas sus doctrinas han procurado alterar : « Vosotros adorais á un Dios, á un Jesucristo que no conoceis. Solo nosotros los católicos adoramos á un Dios que conocemos, porque en la Iglesia católica solamente se conservan las ideas puras de su ser, de sus misterios, de su religion ; *Vos adoratis quod nescitis; nos quod scimus adoramus.* » Si entre las gentes del pueblo, entre nuestros hermanos separados, se encuentra alguno que tenga ideas justas, exactas, legítimas, sobre Dios, sobre Jesucristo, sobre ciertas leyes, sobre ciertos sacramentos, es porque han conservado las tradiciones católicas, y porque á pesar de la herejía y de su enseñanza, no es al Dios desconocido de Lutero y de Calvino á quien adoran, sino al Dios de la Iglesia; y pueden tambien repetir á los verdaderos protestantes, sus correligionarios : *Vos adoratis quod nescitis; nos quod scimus adoramus.*

Los filósofos que han querido formar la filosofía fuera de las tradiciones divinas, fuera de la Iglesia, hemos visto que no han tratado á Dios mejor que los herejes. Han negado sus atributos mas esenciales, le han supuesto formas corpóreas y las imperfecciones del hombre.

Para los filósofos, unas veces Dios no ha sido mas que el hombre, otras el hombre no era sino Dios; unas veces Dios ha sido una parte del universo, otras el universo entero era Dios. Han visto á Dios en todo, excepto en él mismo. El Dios de la filosofía puramente racional ha sido siempre el Dios desconocido del Arcópago; *Ignoto Deo!* Solo nosotros los católicos, iluminados por la luz de la enseñanza de la Iglesia, conocemos á Dios tal como es en sí mismo. Nosotros los católicos reconocemos á Dios como ser único en su naturaleza, trino en sus personas, absoluto en su existencia, independiente en su accion, omnipotente en su palabra, eterno en su duracion. Ser siempre antiguo y que no cuenta edad, siempre nuevo y

sido *antistes* en Suiza; á saber, que si se quitase del *Nuevo Testamento* todo lo que ha rechazado el protestantismo en diferentes tiempos y por diferentes doctores, no quedaria nada mas que el *frontispicio*; porque no hay una sola parte, un solo capítulo, un solo versículo de este divino libro que no haya sido rechazado por algun protestante.

que no conoce principio, siempre libre y que jamás cambia, siempre inmutable y que obra siempre; que compadece, pero sin debilidad; que se arrepiente, pero sin sentimiento; que castiga, pero sin cólera; que recompensa, pero sin parcialidad. Ser siempre subsistente y á quien ningun tiempo mide; presente por todas partes, sin que ningun espacio le circunscriba; previéndolo todo, sin que le turbe ninguna prevision; moviéndolo todo, sin que ningun movimiento le altere; gobernándolo todo, sin que ninguna empresa le ocupe; haciéndolo todo, sin que ninguna accion le fatigue; humillándose á todo, sin que ninguna humillacion le degrade; dándole todo, sin que ninguna donacion le empobrezca; comunicándose todo, y no comunicando jamás ninguna parte de sí mismo.

Solo nosotros los católicos reconocemos la perfeccion de la santidad de Dios, las profundidades de su sabiduría, el abismo de sus juicios, la severidad de su justicia, la abundancia de su misericordia, la economía de su gracia, las riquezas de su bondad.

Solo nosotros los cristianos reconocemos la majestad del Dios Criador, el sacrificio del Dios Redentor, los dones del Dios Santificador; en una palabra, esta entidad absoluta por la que existe todo lo que existe, y que sola lo es toda por sí misma, bastándose á sí misma, siempre dichosa de sí misma, perfectamente infinita, é infinitamente perfecta (1).

¡ Oh, cuán pobre y lastimoso, cuán indigno de nuestros ho-

(1) Será muy fácil que citemos aquí el admirable texto de San Agustín que nos ha inspirado el trozo que se acaba de leer. En el libro primero de sus *Confesiones*, hablando de Dios, el gran doctor se explica así: « Invocat te, Domine, fides mea quam dedisti mihi, quam inspirasti per humanitatem Filii tui per ministerium prædicatoris tui. » (Cap. i.) « Summe, optime, potentissime, omnipotentissime, misericordiosissime et ditissime; secretissime et presentissime, pulcherrime et fortissime; stabilis et incomprehensibilis, immutabilis mutans omnia, nunquam novus, nunquam vetus; innovans omnia et in vetustatem perducens superbos, et nesciunt: semper agens, semper quietus; colligens et non egens; portans et implens et protegens; creans et nutriens et perficiens; queris, cum nihil desit tibi; amas nec æstuas; zelus et securus est; pœnitet te, et non doles; irasceris et tranquillus es; opera mutas, nec mutas consilium; recipis quod invenis, et nunquam amisisti. Nunquam inops et gaudes lucris; nunquam avarus et usuras exigis, superrogatur tibi ut debeas, et quis habet quidquam non tuum? Reddis debita nulli debens; dans debita et nihil perderis. » (Cap. iv.)

menajes, el Dios de la razon filosófica, de la razon protestante! Es un Dios imaginario, un Dios fantástico, un Dios falso, ó por lo menos un Dios incompleto, un Dios imperfecto. ¡Oh, cuán grande, cuán sublime, cuán digno de nuestras adoraciones y de nuestro culto, el Dios de la razon católica, el Dios de la fe! Este es el Dios verdadero, el Dios positivo, el Dios completo, el Dios perfecto. ¡Oh, desgraciados de vosotros los que estáis fuera de la Iglesia, vosotros adorais al Dios del error, al Dios defectuoso, al Dios nulo, á un Dios que no cocoeis, que no podeis conocer, pues que no existe tal como os lo habeis formado; *Vos adoratis quod nescitis*.

Nosotros; que somos de la Iglesia y en la Iglesia, somos los únicos que adoramos al Dios perfeccion, al Dios verdad, al Dios que conocemos, que podemos conocer bien, porque es verdaderamente tal como la enseñanza de la Iglesia nos lo ha revelado; *Nos quod scimus adoramus*.

16. En presencia de tantas negaciones contra todas las verdades reveladas, todos los sentimientos de la naturaleza, todas las creencias de la humanidad; de tantas ruinas que ha amontonado la razon humana siempre que ha querido marchar sola, desde hace cuatro mil años, en el mundo antiguo y en el mundo moderno, en presencia de tantos errores, de tantos absurdos, de tantas extravagancias, de tantos delirios que han divulgado la herejía y el filosofismo desde sus cátedras con una imperturbable desvergüenza, ¡cuán bello, hermanos míos, es ver á la Iglesia católica ser la única que conserva intactas, sin mezcla de error, con todas las verdades del cristianismo (1), todas las verdades primitivas, todas las creencias legítimas del género humano, poniéndolas á disposicion de todos los espíritus dóciles, de todos los corazones sinceros que desean conocer la verdad!

(1) Este admirable, este único privilegio de la Iglesia católica ha sido, no ha mucho, reconocido en fin por la mas sabia de las escuelas protestantes. Del seno de la universidad de Oxford, el mas firme baluarte de la herejía anglicana, el doctor Newman, siendo todavía protestante, en nombre de toda la secta puseista, de la que era el mas noble órgano, siendo su eco, ha pronunciado con un sentimiento de santa emulacion, de admirable franqueza, y ha hecho resonar en el mundo entero estas magnificas palabras: « La Iglesia romana es la única que ha conservado intactas las doctrinas del

En presencia de tantas doctrinas licenciosas, obscenas, degradantes corruptoras, inventadas y predicadas por las pasiones para borrar de la tierra, con la última huella de la verdad, hasta los últimos vestigios de probidad y de pudor, ¡cuán bello es ver á la Iglesia católica enseñando, con todas las verdades, todas las virtudes ! Porque, como no conoce el error en sus dogmas y en su culto, nada favorece el vicio en sus leyes ; como todo es verdadero en ella, todo es tambien en ella santo, y todo tiende al mismo tiempo á iluminar al hombre y á mejorarle, á elevarle al ejercicio de la mas alta justicia, á la santidad mas perfecta.

En presencia de tantas comuniones religiosas, de tantas sectas filosóficas, que no reflejan nada mas que en un solo pueblo, en un solo rincón de la tierra, la sombría luz de los infiernos, que de la cara de Satanás, que permanece en ellas, se refleja sobre ellas ; cuán hermoso es ver á la enseñanza católica reflejando sobre todos los pueblos, en todo el mundo, siempre pura y sin mancha, siempre brillante y serena, la luz del cielo, que de la faz de Jesucristo, habitante en la Iglesia, se refleja sobre la Iglesia ! *In facie Christi-Jesu;*

Pero apresurémonos á considerar el último carácter de la enseñanza católica, la *certidumbre*.

17. De la fidelidad con que la luz material nos presenta todos los objetos, resulta la certidumbre con que los hombres admiten todo lo que han aprendido por el testimonio de los ojos ; porque, segun Santo Tomás, « la vista es el mal *intelectivo* de los sentidos ; » y nada es mas cierto, en el orden natural, que lo que se ve. No hay medio de excitar la duda sobre la existencia y las calidades exteriores de un objeto en el espíritu de un hombre que dice : « Yo lo he visto. »

Esto es lo que sucede tambien en el orden sobrenatural. Desde que el catolicismo sabe que la luz de la enseñanza de la Iglesia es inmutable, incorruptible ó infalible, verídica ó

cristianismo. » Tal es la conclusion que este grande hombre ha deducido de sus profundos estudios, de sus largas y concienzudas investigaciones sobre la religion cristiana. Dios le ha hecho merced de esta bella y valerosa confesion. Tocado de la gracia, después de haber sido iluminado por la luz divina, se ha hecho católico, y es uno de los mas grandes defensores y de las mas brillantes glorias del catolicismo.

fiel, se adhiere á todo lo que conoce con la ayuda de esta luz divina, con una firmeza constante, con una confianza entera, con una seguridad completa; « de suerte que, dice Santo Tomás, la enseñanza por vía de revelacion es la única que excluye toda especie de duda, como es la única al abrigo de toda especie de error; y desde luego produce una certidumbre soberana, inquebrantable, absoluta, perfecta; *Fixa certitudine absque dubitatione et errore.*

¡Oh, qué grande expresion, « con una certidumbre inquebrantable! *Fixa certitudine.* » Ella significa una certidumbre mas completa y mas perfecta que la certidumbre producida por el testimonio de los sentidos tocante las cosas sensibles, y por el testimonio de la evidencia, de la razon, tocante los primeros principios, las verdades *cognoscibles por ellas mismas*, á las que, segun Sto. Tomás, no puede el espíritu rehusar su asentimiento; significa una certidumbre desviando del alma hasta el temor lejano y la pasajera sospecha de que lo contrario que ella cree pueda ser verdadero.

El católico, creyendo en la Iglesia, se apoya desde luego sobre un *testimonio divino*, es decir, sobre la autoridad divina, á quien Dios ha hecho depositaria de sus verdades, y ha encargado enseñarlas á todo el mundo; *Docete omnes gentes.* El católico, creyendo en la Iglesia, sabe que la Iglesia no fabrica por capricho nuevos dogmas y nuevos deberes, sino que ella no repite, no explica á los hombres sino lo que ha aprendido por el mismo Dios, que está en ella. El católico, creyendo en la Iglesia, sabe que el mismo Dios, que en otro tiempo colocó su palabra en la boca hecha profana y sacrilega de los pastores de la Sinagoga, haciéndola salir, sin embargo, de ella enteramente pura, con mayor razon conserva y conservará siempre pura esta misma santa palabra en la boca de su vicario en la tierra, y en la de los pastores de su Iglesia, á quienes ha revestido de un carácter tan augusto y sagrado, como sublimes son las funciones á que los destinó.

18. El católico, creyendo en la Iglesia, se apoya en un *testimonio uniforme, constante, inmutable*, como Dios, que es su autor. Como católico, sabe que su fe es precisamente aquella misma que por cuatro mil años ha sido profesada en germen, en figura, en espectacion, por todos los patriarcas, por todos

los profetas, por todos los justos del tiempo antiguo, por todos los adoradores del verdadero Dios, desde Adán, á quien fué hecha la primera revelacion, hasta Jesucristo, que no ha hecho mas que renovar, desarrollar, perfeccionar, cumplir esta misma revelacion; que su fe es exactamente la misma que desde Jesucristo, desde hace dos mil años, ha sido siempre creida, enseñada por todos los Pontífices, por todos los obispos, por todos los concilios, por todos los santos Padres, por todos los doctores, por todos los fieles que han vivido y han muerto en el seno de la Iglesia. El católico sabe que si pudiera preguntar á sus cenizas, si muertos pudieran responderle desde las tumbas, veria confirmada su fe por tantos millares de hombres como católicos ha habido en el mundo, que se durmieron en el seno de las dulces esperanzas de la Iglesia, y oiria asegurar que lo que él cree es exactamente lo que han creido ellos mismos, lo que durante dos mil años ha sido creido por todos, en todos los tiempos y en todos los lugares: *Quod semper, quod ubicque, quod ab omnibus.*

Fuera de la Iglesia, entre los herejes, entre los protestantes, ninguno puede estar seguro que lo que él cree haya sido creido por los que le precedieron en la misma comunión, en la misma secta, ó por los que ahora forman parte de ella. Ningun luterano, ningun calvinista, por ejemplo, puede afirmar que su creencia remonta ni aun hasta Lutero y Calvino. Desde estos heresiarcas, y siguiendo su ejemplo, en las sectas que llevan sus nombres se ha protestado siempre contra la verdad católica, pero nunca se han creido las mismas cosas. Los mismos discípulos de Lutero y de Calvino adoptaron á sus propios ojos creencias diferentes de las de sus maestros. La fe protestante, — ni entre los verdaderos protestantes puede encontrarse la verdadera fe, — no se remonta á Lutero y á Calvino sino por via de negacion, y no por via de afirmacion. El único punto de semejanza entre los protestantes antiguos y los modernos, es que todos niegan, que todos *protestan*; pero en cuanto á afirmar, á creer, no se encontrarían dos que crean y afirmen la misma cosa. El protestante cree él solo lo que cree, ó bien lo que él *opina*; cree aisladamente, sin apoyo, sin corroborante; es un hombre extraviado en un desierto. De esto el desaliento, la incerti-

dumbre sobre lo que cree ó pretende creer. Es una fe incierta la que tiene, vacilante, débil, provisional, insuficiente para satisfacer la necesidad de su espíritu é inspirar nobles resoluciones á su corazón. Por esta razón entre los protestantes no se cuestiona sobre *dogmas*, sobre creencias, sino sobre *opiniones religiosas*. Todo se reduce á *opiniones* vagas, mudables, estériles, y no hay mas.

Lo mismo sucede con los filósofos. ¿Están, pueden estar jamás *ciertos* de que sus pensamientos sobre Dios, sobre el hombre, producto monstruoso de su razón, sean verdaderos? ¿Creen verdadera y profundamente lo que dicen? Todo entre ellos también es *opinion*, y nada mas que *opinion*. Es que cada filósofo admite solo en las creencias que se ha fabricado él mismo, y esta creencia *solitaria* no puede hacer al hombre cierto de nada en *materia de religion*.

Pero el católico sabe también que lo que él cree es creído como él mismo lo cree por doscientos ó trescientos millones de otros católicos distribuidos en toda la superficie de la tierra.

Estos católicos se diferencian de patria, de nación, de carácter, de talento, de cultura, de costumbres, de lenguaje; sin embargo, sabe con certidumbre que en común, como en particular, todos profesan los mismos dogmas precisamente, y ofrecen á Dios el mismo culto. Sabe que en la Iglesia católica lo que enseña un obispo es enseñado por todos los obispos, lo que un sacerdote predica es predicado por todos los sacerdotes, lo que un cristiano cree es creído por todos los cristianos, porque todos han aprendido en la misma escuela, escuchan al mismo maestro y siguen el mismo camino. Divididos en tantos pueblos y naciones tan diversas, separados por tan grandes distancias por mar ó por tierra, todos profesan la misma fe. De levante á poniente, de norte á mediodía, en todos los puntos del espacio, como en todos los momentos del tiempo, del seno de esta inmensa comunión católica, la única uniforme, la única concordante, la única universal, se eleva hácia el cielo el mismo homenaje de las inteligencias, repitiendo en lenguas diferentes el mismo símbolo y articulando la misma oración.

Hay comunión de luz, comunión de fe en la Iglesia, como

hay comunión de fuerza en un ejército. Como el soldado en batalla es valeroso y fuerte, no solamente por su propia fuerza y su propio valor, sino también por la fuerza y el valor de todo el ejército de que forma parte, de la misma manera el católico cree, no solamente por la gracia de la fe que él mismo ha recibido, sino también por la gracia de la fe derramada en todos los corazones católicos; cree con la fe de toda la Iglesia, de quien es hijo; es decir, que la fe de sesenta siglos, la fe de muchos millares de hombres, la fe de toda la tierra, la fe de toda la Iglesia, desde su nacimiento en Adán y renacimiento en Jesucristo hasta nuestros días, se reúne en su espíritu y lo engrandece en su corazón y lo eleva, añade á la fuerza de la parte, la fuerza del todo; sostiene, afirma siempre más su consentimiento, y lo coloca sobre la base de una certidumbre perfecta.

Mientras pues que el protestante, el filósofo, no dice y no puede decir más que *opino, pienso, me parece*, solo el católico dice y puede decir, *yo creo*.

19. En fin, el católico, creyendo en la Iglesia, se apoya en un testimonio *sostenido por la gracia*. Dios es verdad infinita, y por lo tanto digno de una fe infinita, como es digno de un amor infinito porque es un bien infinito. Pero, finito como soy, y no siendo capaz de nada infinito, yo procuro hacer lo que puedo; quiero ofrecerle lo que está en mi poder, ofrecerle aquello de que su bondad se contenta al punto que no pide más de mi debilidad. Yo le creo sobre todas las verdades, como le amo sobre todos los bienes; quiero añadir una fe soberana á su palabra, y prestar á su ley soberana obediencia, es decir, una fe que me hará creer en el Símbolo sobre todo lo que hay más cierto, y una obediencia que me hará amar el Decálogo sobre todo lo más amable. Dios es bueno, es misericordioso, le conmueven las disposiciones de mi corazón. No me abandona á mi debilidad, á mi miseria natural, á mí, su criatura, que aspiro á elevarme hasta él, á unirme á él por medio de una fe, de un amor sobrenatural y perfecto. Se inclina hacia mí con bondad, me tiende cariñoso su mano; y como él es quien fortifica mi corazón dispuesto á amarle, él es también quien levanta mi inteligencia, deseosa de conocerle.

Es ciertamente grande, maravilloso, admirable, el esfuerzo

del entendimiento humano dando á las verdades sobrenaturales, profundas, misteriosas, incomprensibles; á las cosas que no se entienden, que no se ven, un consentimiento mas firme, mas íntimo, mas constante, mas perfecto que el que se da á las verdades naturales mas sencillas, mas fáciles de comprender, á las cosas que se comprenden ó que se ven.

Pero nada tiene de extraño pues que este prodigioso consentimiento se haya sostenido por un auxilio gratuito, pero sobrenatural, divino; de suerte que el prodigio de un entendimiento creyendo en la verdad infinita sobre toda palabra, es el efecto de la gracia de la fe divina; así como el prodigio de un corazon débil amando la bondad infinita sobre todos los bienes, es el efecto de la gracia de la divina caridad.

Por medio de Dios, segun lo habia dicho el Profeta, es como el hombre se eleva á una alta inteligencia, como á un alto corazon, hasta Dios mismo, con el fin de que Dios, por este acto de sacrificio de todo hombre, sea mejor conocido, amado y glorificado; *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus.* (*Psal.*)

20. El alma verdaderamente católica ve combatida diariamente su fe por tantos incrédulos, desfigurada por tantos herejes, deshonrada por tantos malvados, desdeñada por tantos hombres de mundo, oprimida por tantos tiranos; ve pretendidos amigos de esta misma fe, tambien como sus enemigos; buen número de sus hijos y extraños; á sus protectores, así como á sus perseguidores, trabajar con una energía satánica, con una constancia infernal, unas veces en secreto, otras en público, para poner á esta santa fe, á esta fe preciosa, á esta fe amiga verdadera del hombre y el mas firme apoyo de la sociedad, en descrédito entre la juventud, en desconfianza entre los gobiernos, en odio con el pueblo; ve á todos estos bajos emisarios, á estos innobles satélites del espíritu de las tinieblas, disputándose la horrible gloria de darle el último golpe, ó por las tenebrosas intrigas de la política, ó por la ponzoña ó por el veneno de las doctrinas, ó por el oprobio de las costumbres. ¡Oh, sí! ¡el alma católica ve todo esto, y llora en silencio delante de Dios, derramando lágrimas sobre la pérdida, menos de la religion, que de los hombres que se privan voluntariamente de ella, haciéndose indignos de sus

beneficios! Pero estos ataques de que es objeto la fe católica, estas humillaciones, no la escandalizan, no quebrantan la firmeza de su creencia ni el fervor de su religión. Esta fe, oscurecida por el vapor de tantos errores y de tantas pasiones, como la Esposa de los Cantares, no le parece menos bella, menos atractiva, menos deliciosa; *Nigra sum, sed formosa.* (*Cantic.*, 1.) La cree todavía tanto mas verdadera y mas sólida, cuanto mas desdeñada, mas combatida y mas perseguida la ve. Sabe que todo lo que cree es verdad sobre todo lo que hay mas verdadero, y esto le basta.

Como un nuevo evangelio que le fuese anunciado por demonios trasformados, como dice San Pablo, en ángeles de luz, no podría engañarla, de la misma manera, los escándalos que le ofrecen hombres trasformados en ángeles de las tinieblas, no pueden ni aun quebrantarla, y menos todavía abatirla. Antes al contrario, estos escándalos, haciéndola comprender mejor, sentir mejor la miseria de los que creen mal y obran peor, y la ventaja, la felicidad, la gloria de creer bien y obrar bien, le hacen mas querida esta fe, mas amable y mas preciosa; *Nigra sum sed formosa!*

Las almas católicas que los dias de escándalo y de persecuciones descubren y dan á conocer al mundo, saben muy bien que la fe debe siempre sufrir los ataques del error y de las pasiones; pero saben tambien que semejante al sol, que no abandona un hemisferio sino para iluminar otro, y no se oculta por la tarde sino para reaparecer por la mañana, la luz de la fe, la verdadera luz del mundo, no pierde parte de su esplendor visible, de su externo testimonio en ciertos tiempos, en ciertos lugares, sino para reaparecer mas resplandeciente en otros lugares y en otros tiempos, y que después de haberse ocultado en alguna parte durante algun tiempo como fugitiva, vuelve á mostrarse allí y á reinar como soberana.

Ni los libertinos pues, que la combaten, ni los indiferentes, que la desdeñan, ni los malos católicos, que la deshonoran, ni sus antiguos amigos, que la abandonan, ni sus propios hijos, que conspiran contra ella, pueden desviar á los verdaderos católicos de la resolución de seguirla. Deploran estos escándalos, pero no se dejan prender en ellos. Gimen sobre tan grande ceguedad, y léjos de hacerse ciegos, apren-

den á ver mejor. Se esfuerzan por mantener la pureza de su fe con la ayuda de la pureza de su vida, á fin de no ser arras-trados ellos tambien, por el hábito de mal vivir, á la triste y vergonzosa necesidad de no creer !

Pero la certidumbre de la enseñanza católica en los hijos de la Iglesia se manifiesta tanto por la viveza de sus sentimien-tos y de sus trasportes como por la firmeza de sus convic-ciones.

21. El verdadero católico cree en Dios, como el verdadero justo lo ama con toda la adhesión de un corazón fiel *ex toto corde*; con toda la energía de un alma generosa, *ex tota ani-ma*; con toda la plenitud de asentimiento de una inteligencia subyugada por la evidencia de lo verdadero y el encanto de lo bello, *ex tota mente*; con todas las fuerzas que es posible reunir para obtener el mas completo, absoluto y perfecto ho-menaje y sacrificio del espíritu y del corazón, *ex totis viri-bus*. (Luc., x, 27.)

Se dirá que la fe pierde para el verdadero católico sus mis-teriosas tinieblas : lo que cree por la gracia de la fe es para él tan claro, tan real, tan cierto, como si Dios se lo hubiera he-cho ver por una revelación inmediata, por una visión instin-tiva, por un rayo anticipado de la luz de su gloria. Los hijos de la Iglesia tienen tal certidumbre de lo que creen, que no sabrían tenerla mas grande y mas completa. La gracia, siem-pre creciente, puede aumentar y perfeccionar siempre mas su fe ; pero las pruebas, los argumentos exteriores, nada po-drían añadir á ella. Le dan todo el asentimiento de que es capaz el hombre ; *Absque dubitatione, fixa certitudine*,

Entrad en una iglesia católica al tiempo de la adoración de las Cuarenta Horas ; observad la multitud que allí se reúne de todas las edades, de todas las condiciones, de todos los sexos, tan variada á los ojos de los hombres, pero cuyo sentimiento por la misma fe no hace mas que una sola alma, un solo co-razón delante de Dios. Considerad la compostura, la actitud devota, el recogimiento profundo de todas aquellas personas ; escuchad las fervientes oraciones, las pláticas llenas de con-fianza, los santos trasportes, las aspiraciones amorosas que ar-ticulan en voz baja, y no podréis decidir si esos hombres creen solamente, ó si ven tambien con sus ojos el misterio que ado-

ran; si ellos hablan al *Dios oculto* bajo el velo de sus sacramentos, ó se encuentran delante de Dios manifestado en su gloria; si este es el *misterio de fe* por excelencia, ó bien el objeto de la vision. Ciertamente, si Jesucristo, en vez de estar en la Eucaristía velado bajo la especie de pan, se encontrara sentado visible y manifiestamente sobre su altar, no podrian ser mayores el recogimiento y la confianza, el respeto y el amor de su pueblo.

Este mismo sentimiento de fe viva manifiestan los verdaderos católicos relativamente á los otros misterios de la religion: hablan de ellos, no como de cosas misteriosas y lejanas, sino como de cosas presentes, claras, manifiestas y visibles. De esto resulta ese lenguaje enteramente propio de los hijos de la Iglesia, en que se nombra á cada instante á Dios y sus atributos, á Jesucristo y sus misterios, á la Virgen, los santos, los ángeles, y su proteccion; los dogmas del paraíso, del purgatorio, del infierno: lenguaje en el que todo el que sabe comprenderle encuentra toda la fe del corazon, traducida al exterior en todo su poder, en todo su esplendor; pero una fe fácil, espontánea, segura, desembarazada, convertida puede decirse en naturaleza; pero una fe tan viva, que acerca los objetos lejanos, que quita casi todo el velo á los misterios, y representa como visibles sobre la tierra los mas altos, los mas profundos secretos del cielo.

¡Oh grande y milagroso efecto de la certidumbre de la fe católica, digno de la admiracion del verdadero filósofo; pero el que no comprenden los hombres que piensan con el vientre ó se alimentan con el orgullo! Y porque no comprenden y están desesperanzados de comprenderle, es por lo que toman el partido cómodo y estúpido de ridiculizarle; y por eso llaman imbecilidad, supersticion, fanatismo, á uno de los mas ciertos, de los mas admirables milagros del espíritu de fe, y por eso atribuyen á la debilidad del hombre lo que no es sino la obra del poder de Dios.

Pero ¿qué nos importa lo que dice de nosotros? Nosotros ya sabemos lo que creemos y á quien creemos; *Scio cui credidi*; y dia vendrá en que nuestra sencillez, de que hoy se burlan, parecerá lo que verdaderamente es, verdadera sabiduría, y en que, por el contrario, la pretendida sabiduría, la ciencia or-

gulosos de nuestros censores quedará, como Dios nos lo ha predicho en los santos libros, reducida al silencio y entregada en espectáculo de oprobio al universo entero; y convencida de voluntaria ceguera de mentira, de impostura, será humillada, aniquilada, reprobada y castigada; *Perdum sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo.* (1. Cor., 1, 19.)

Pero solo he expuesto hasta aquí los principales caracteres de la enseñanza católica; ahora os debo algunas palabras siquiera sobre sus inefables efectos en el alma á ella sometida. Este será el objeto de mi tercera parte.

TERCERA PARTE.

22. El Salvador del mundo ha dicho en el Evangelio: «Venirá la noche, y durante la noche nadie puede obrar; andad pues mientras tengais luz, y no os dejéis sorprender por las tinieblas; porque quien anda en las tinieblas no sabe dónde va; *Venit nox quando nemo potest operari* (Joan., XI.); *ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant. Qui ambulat in tenebris nescit quo vadat.* (Ibid., XII.) Y este amable Salvador nos ha dado él mismo la explicación de estas palabras; porque ha dicho también: «Mientras que estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo. Yo he venido como luz al mundo, para que todo hombre que crea en mí no permanezca en las tinieblas; *Quamdiu sum in mundo, ego lux sum mundi.* (Ibid., IX.) *Ego lux in mundum veni ut omnis qui credit in me in tenebris non maneat* (Ibid., XII.) Y por eso nuestro divino Maestro nos ha enseñado que él es en el orden espiritual lo que el sol en el orden de la naturaleza; que su revelación es al alma lo que la luz material es al cuerpo; que, como sin la luz material no se puede ni andar ni obrar, de la misma manera nada se puede hacer santo y perfecto, no se puede marchar por los caminos de la salvación, sin la luz espiritual de su doctrina. Es decir, que la enseñanza católica es

la única enseñanza religiosa con la ayuda de la que se puede practicar el bien, la santidad y la virtud.

Y en efeto, la enseñanza religiosa de los pueblos infieles, poniendo los vicios bajo el patronato de la divinidad, y aun erigiéndolos en divinidades, tiende á destruir, á hacer imposible toda virtud, á corromper, á embrutecer al hombre, en lugar de corregirle y santificarle.

Entre estos pueblos desgraciados, el Profeta lo ha dicho, la negacion del verdadero Dios atrae la negacion de todos los deberes del hombre. La virtud es en ellos tan rara, tan difícil, como la verdad. Las tinieblas de todos los errores producen el desórden de todas las pasiones. Como todo allí es supersticion en las creencias, todo es tambien corrupcion, abominacion, en las costumbres; *Dixit insipiens in corde suo : Non est Deus. Corrupti sunt et abominabiles facti sunt in studiis suis ; non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* (Psalm. xii.)

Las sectas de los herejes, con algunas verdades del cristianismo, han conservado el conocimiento y la práctica de algunas de sus leyes; pero, *protestando* contra un parte de la creencia de la Iglesia, han *protestado* tambien contra un parte de su moral. Su enseñanza, falsa é incompleta con relacion á los dogmas, lo es tambien con relacion á las virtudes del Evangelio. Su enseñanza, en tanto que conserva alguna cosa todavía de la enseñanza católica, produce, es verdad, *hombre de bien*; pero cristianos perfectos, santos que practiquen todas las virtudes, todos los *consejos* evangélicos, no produce ni puede producir. ¿Conoceis, habeis visto, habeis encontrado en alguna parte los santos del protestantismo y de la herejía? Por mi parte yo no conozco ninguno, no he visto jamás ninguno ni le he encontrado jamás. Yo no sé que la herejía, el protestantismo, hayan producido jamás un solo santo. Ahí está su historia para probar que la serie de los santos, de que en otro tiempo se habian contado en sus iglesias un gran número, se ha detenido, ha cesado, ha concluido enteramente apenas se han separado de la comunión de la verdadera Iglesia, y la época de su cisma ha cerrado la de su martirologio.

Se ha querido muchas veces entre los protestantes imitar el convento, remedar al sacerdote, al misionero, á la hija de

la Caridad; pero ¡Dios mio! bien se sabe que el escándalo ha sido tan grande, el éxito tan pequeño, que todo esto ha concluido por convertirse en una cosa irritante ó ridícula.

Entre los verdaderos protestantes la virtud cristiana no es mas que la *honradex*, como las creencias no son mas que opiniones. Con la certidumbre del dogma ha desaparecido tambien el heroismo de la santidad. A través del velo, muy trasparente por otra parte, de una *probidad natural*, que nada tiene de evangélica, y que en las grandes circunstancias se desmiente á sí misma, no se ve muchas veces en estos pretendidos *hombres de bien* sino verdaderos egoistas; como á través del velo de sus *opiniones* no se percibe en ellos sino verdaderos incrédulos.

Han perdido la idea de todas las leyes, de todos los consejos de la perfeccion evangélica. No creen mas en la posibilidad de la práctica de las virtudes sublimes que en la posibilidad de la creencia de los dogmas incomprensibles. Porque ellos se ven imposibilitados de elevarse sobre la naturaleza, han venido á condenar la castidad voluntaria y la profesion religiosa, como cosas contrarias á la naturaleza, y no pueden decidirse á reconocer en los otros ciertas virtudes que desconfian poseer ellos mismos.

La enseñanza puramente filosófica no es maz eficaz que la enseñanza puramente protestante para la represion del vicio, ni mas fecunda en santidades y virtudes. Hemos visto la moral lamentable que los filósofos han enseñado (conferencia primera, § 18, y tercera, § 17), y la no menos lamentable que han practicado. El mundo ha visto muchas veces la sociedad corrompida, arruinada por la filosofía; jamás la ha visto reformada ni mejorada por ella. El mundo ha visto muchas veces á los filósofos sacrificar la felicidad de los otros en su propia ventaja; jamás les ha visto sacrificarse en beneficio de los otros. Es que las frias teorías, triste rebusco de la razon, ahondando ella misma, y abismándose en sí misma, pueden ser admitidas por la razon, pero no pueden descender hasta el corazon ni obrar sobre el corazon, para dominar el corazon; es que la moral del *racionalismo*, así como la moral del protestantismo, muy poderosas para excitar, para vigorizar las pasiones, no tienen ninguna fuerza para contenerlas; es que

toda enseñanza religiosa fuera de la Iglesia no es mas que una débil luz, una luz mentirosa, y aun muchas veces no es mas que tinieblas; con la ayuda de semejante luz, en medio de tales tinieblas no se puede dar un paso, no se puede cumplir ninguna obra santa y perfecta; *Qui ambulat in tenebris, nescit quo vadat. Venit nox quando nemo potest operari.*

23. La enseñanza católica es la única que, predicando la santidad, la inspira, porque es el verdadero precepto del Señor; la única ley inmaculada, encerrando en sí misma la luz que ilumina la razón, y el calor que sofoca el alma y la transforma, la eleva y la perfecciona; *Præceptum Domini lucidum illuminans oculos; lex Domini immaculata convertens animas.* (Psalm. viii.) Lo que ha hecho decir á San Pablo que el fruto de esta luz divina es la práctica de toda santidad y de toda virtud; *Fructus autem lucis est in omni bonitate.* (*Ephes.*, v. 9.)

¡ Ah, el número de los católicos es bien diminuto en nuestros días en Europa ! Pero el *verdadero católico* es siempre lo que ha sido, el hombre de abnegacion y de virtud, el hombre santo y perfecto. Únicamente en la Iglesia católica es donde se encuentra ese desprecio del mundo y de sus ilusiones, esas victorias sobre la carne y sus concupiscencias, ese amor á la humildad, ese espíritu de penitencia, esas prácticas de abnegacion, esas virtudes sublimes que los infieles, los herejes, los filósofos nos envidian en los movimientos lucidos de su razón; que admiran sin comprenderlos, y de que se quedan como arrobados, sin poderlos imitar, y que son, sin embargo, entre nosotros tan comunes y tan populares!

Teneis en Francia cuarenta mil sacerdotes y doscientas á trescientas mil ilustres vírgenes consagradas á la vida de perfeccion, al alivio de todas las miserias de la humanidad. En este tiempo, en que hay una publicidad, muchas veces injusta, y muchas mas indiscreta; en que nada puede permanecer oculto, en que todo se publica á la luz del mediodía, y el mal mejor que el bien, bien sabéis que, queriendo contar el número de las que olvidan sus deberes, entre un número tan grande de almas consagradas á la castidad voluntaria, no podréis dar una sola vez la vuelta á los dedos de ambas manos. Tanta pureza de costumbres con tanta juventud, con

tal libertad, en medio de tan grande corrupcion, es un prodigio, un grande y admirable prodigio para el verdadero filósofo que tiene ojos para ver y buen sentido para apreciar. Sin embargo, entre nosotros pasa desapercibido, nadie se sorprende de ello, y nadie fija en ello la atencion. Y ¿ por qué : Porque en las ideas, en las creencias católicas, todo esto es fácil, todo esto es, yo diria, casi natural, todo este se halla muy en el orden, y solo lo que sale del orden es lo que admira, lo que hace ruido, lo que sorprende y fija la atencion!

Grande y profunda es la expresion que ha salido de la boca de Dios : « El justo vive de mi fe ; *Justus autem meus ex fide vivit.* (Hebr., ix, 38.) Así como el dogma católico, por su inmutabilidad, su uniformidad, su autoridad, su certidumbre divina, inspira una fe sin limites, de la misma manera inspira virtudes sin reserva por la fuerza de la gracia que le acompaña, por la grandeza de las recompenses que promete. Y desde luego nada es mas sencillo que verle producir, en todos los tiempos y en todos los lugares, el espectáculo grandioso, admirable, único, propio únicamente de la Iglesia católica, de tantos hombres que viven una vida celestial en medio de la corrupcion de la tierra, é imitan la pureza de los ángeles en medio de los instintos de los brutos. Esta vida de virtud es el efecto mas natural de una vida de fe. Esta virtud es un reflejo de la santidad de Dios, de la misma manera que esta fe es el reflejo de su verdad ; *Justus autem meus ex fide vivit* ; y el sol de toda luz es quien produce el calor inefable de toda santidad ; *Fructus autem lucis est in omni bonitate.*

24. En fin, la luz natural es la felicidad y la alegría de toda la naturaleza. Todo está triste durante la noche ; todo se alegra y se estremece de gozo apenas aparece el sol sin nubes sobre el horizonte. Este tambien es el efecto de la enseñanza católica : su luz, iluminando al espíritu dócil, siembra la alegría y la dicha en los corazones rectos ; *Lux orta est justo, et rectis corde lætitia.* (Psalm. cxvi, 11.)

Paz y alegría, frutos inefables de la enseñanza católica, yo no me atreveré á retrataros por palabras. El prodigio de la tranquilidad, del reposo, de la alegría secreta que goza el alma católica contemplando las grandezas, las bellezas de su fe, es superior á toda expresion. Es un misterio que el alma

católica misma apenas comprende, y que el hereje, el filósofo, no comprenden de ninguna manera.

Muchas veces, con el fin de aumentar su mérito y afirmar su virtud, Dios permite que las almas fieles tengan tentaciones contra la fe; porque, como Jesucristo ha dicho á San Pablo, la virtud se engrandece en el peligro y se fortifica por el combate; *Quia virtus in infirmitate perficitur.* (II, *Corinth.*, XII, 9.)

La luz divina se eclipsa, y deja estas almas presa de la duda, de agitaciones desgarradoras, en las que no saben distinguir la tentacion que se sufre ó se combate, y la tentacion en que se consiente y se sucumbe. Si se les oye, ellos han perdido su fe, Dios les ha abandonado. Pero estas tentaciones, estas dudas, son sin peligro, como son sin pecado. La lámpara de la fe se ha ocultado entonces bajo el apagador, se ha concentrado en el fundo del alma; pero nada ha perdido de su luz. No la ven ya, ya no la sienten; pero, sin embargo, no les alumbraba menos su luz, su calor, que los sostiene, los hace vivir la vida espiritual y perfecta; *Justus autem meus ex fide vivit.*

¡Oh, cuán bello es para nosotros, ministros de la Iglesia, depositarios del secreto de la conciencia, ver á estas almas verdaderamente cristianas, sublimes, heroicas, en medio de tantos temores, de penas y de angustias, léjos de tratar de aliviarse con los vanos entretenimientos del mundo, separarse siempre mas de ellos, mortificar su carne tanto mas cuanto mas afligidos se ven en su espíritu, dirigirse mas y mas á Dios en un tiempo en que se creen rechazados por Dios, y mostrarse tanto mas fieles y generosos hácia él cuanto mas tristes y desolados se encuentran. ¡Ah! es que estas almas no desean, sino temen, que la fe, que les es tan querida, se les pueda hacer dudosa; no tiemblan sino porque aman. Sus agitaciones y sus espantos son actos de puro amor, y el amor de Dios es la felicidad del alma; *Rectis corde lætitia!*

El filósofo profano, este animal de gloria, este esclavo venal de los aplausos del vulgo, como lo llama San Jerónimo; *Gloriæ animal et auræ popularis venale mancipium* (*Ad. Pammach*); el inepto racionalista, aplaudiéndose en el secreto de su orgullo de saberlo todo, cuando él no sabe verdaderamente nada; el rencoroso hereje; todas esas pobres ca-

bezas, esas almas degradadas, extrañas al espíritu y al sentimiento católico, no sabiendo lo que es creer, y con mayor razón lo que es amar, no comprenden ni aun el significado de esta palabra, y menos todavía comprenden el inefable misterio del alma interior, que ama tanto más á Dios cuanto Dios se muestra más severo; no comprenden el privilegio de una fe, tormento al mismo tiempo y delicia del alma en que reside, el heroísmo de un alma que prefiere ese estado de penas y de agudas dolores á todo lo más seductor y agradable en el mundo. Es que la carne nada ha comprendido jamás de los secretos del espíritu, ni el orgullo, de las maravillas de la fe; *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei.* (1. *Corinth.*, II, 14.) Y como los hombres entregados á todos los extravíos de las pasiones, acostumbrados á contentar su vientre, no pueden explicarse, no pueden comprender; como ha de ser dichoso un corazón que sujeta todas sus inclinaciones á la abnegación evangélica, de la misma manera los herejes, los incrédulos, que han hecho un ídolo de su razón, no saben explicarse ni comprender como una inteligencia que ha renunciado sus luces, su entendimiento, para someterlas en homenaje á la fe, pueda estar tranquila y disfrutar de alegría.

Pero que se comprenda ó no comprenda este doble prodigio de la fe y de la caridad, nada le hace, nada importa; no es menos verdadero, menos cierto y visible entre los verdaderos católicos; porque es visible, es cierto, es verdadero que entre ellos las almas verdaderamente puras, lejos de ser desgraciadas porque se privan de las culpables delicias de los sentidos, tienen horror á estas delicias; y el mismo sacrificio de su carne les consuela, les alegra, les encanta y hace una parte de su felicidad interior; y que de la misma manera, para las almas verdaderamente fieles, lejos de ser un sacrificio el privarse del espíritu de investigación, de curiosidad indiscreta que la fe condena, quieren este mismo sacrificio, les es agradable, les satisface, les trasporta y les hace felices en Dios y en sí mismos.

25. La felicidad del espíritu consiste en el orden de los pensamientos, así como la felicidad del corazón en el orden de las afecciones. Poner orden en la creencia es obra de la

gracia divina, como es obra de esta misma gracia poner orden en el amor; *Ordinavit in me charitatem.* (*Cantic.*, II, 4.) La misma gracia que hace fácil el cumplimiento de los severos preceptos, hace fácil la creencia de dogmas incomprensibles, la misma gracia que hace ligero el peso de la ley, hace dulce y delicioso el yugo de la fe.

Solamente pues en la enseñanza de la verdadera Iglesia es donde se encuentra la doble felicidad del espíritu y del corazón, la felicidad completa del hombre interior. Solamente por la enseñanza de la Iglesia se cumple el delicioso oráculo que Dios ha pronunciado por boca del Profeta: « Mi pueblo se sentará en las hermosuras de la paz, en los tabernáculos de la confianza, en la riqueza del reposo; *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis, in tabernaculis fiducie in requie opulenta.* » (*Isai.*, xxxii, 18.)

Mirad á ese tierno niño que acaba de dormirse en el regazo de su madre. ¡Oh, qué calmosa es su respiracion, qué tranquilo su sueño, porque nada agita su corazón! Oh, qué dichosa la condicion de la inocencia durmiendo en el regazo del amor! « Esta no es, dice el Profeta, sino la imágen de la tranquilidad del alma católica en las creencias de la fe, la inmensa confianza con que se abandona, se reclina en sus brazos, en el seno de la Iglesia, que le habla, bajo el dictado de Dios, de los misterios de Dios. ¡Ah! es que ella sabe que la Iglesia conoce los secretos de Dios, porque ella es su esposa, y no puede engañar al hombre, porque ella es su madre. El católico pues es quien puede repetir con perfecta verdad estas deliciosas palabras: *In pace in idipsum dormiam et requiescam.* (*Psal.*, iv, 9.)

La verdadera fe pues está mas en el corazón que en el espíritu, ó bien ella existe en el espíritu y en el corazón: en el espíritu para inclinarle á creer amando; en el corazón, para obligarle á amar creyendo; y si el principio de la fe es la gracia, la forma y el alimento es el amor. Y del amor nace la confianza, de la confianza la tranquilidad, el abandono en el objeto amado. Por esta razon tambien el católico, en quien la fe no es efecto de un frio razonamiento humano, sino del amor divino, va con emocion al encuentro de la palabra de Dios, que le habla la Iglesia, la recibe con humildad, se so-

mete á ella con felicidad, la guarda en sí mismo con cuidado, abandonándose á ella con una confianza sin límites; descansa en ella con el entendimiento y la voluntad, el espíritu y el corazón, como en un tabernáculo divino de paz, de confianza y de belleza; *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis. in tabernaculis fiduciae, in requie opulenta.* ¡Oh condicion feliz, exclusiva del alma católica en sus relaciones con la enseñanza de la Iglesia!

La enseñanza católica es pues la *única* enseñanza religiosa, *necesaria, universal, fácil*: así lo vimos el domingo anterior. Lo mismo que acabamos de ver hoy que es la *única* enseñanza religiosa *natural, inmutable, incorruptible, completa, fiel*, la *única* que engendra la *certidumbre*, la *santidad*, el *reposo* y la *alegría* del alma que la recibe y se somete á ella.

Estas admirables calidades no provienen, no han podido provenirle sino de lo alto. El hombre no hace ni ha hecho jamás cosa semejante. Jamás se ha ensayado, jamás ni aun se ha imaginado aquí bajo semejante economía de enseñanza. Solo Dios ha podido dar á la enseñanza religiosa tales condiciones y conservarla en ellas; esta enseñanza no es pues invencion humana; los hombres que hubieran inventado esto serian dioses: este es un pensamiento divino, una gracia divina, una institucion divina; y la razon católica desde luego está muy inspirada, es muy sabia, al tomar esta enseñanza por base de sus investigaciones, por guia de su camino, por punto de apoyo en sus progresos, y en no querer marchar sino á su luz, bajo su inspiracion, bajo su tutela, en su compañía. ¡Oh, sí, sí, hermanos míos! Solo con la ayuda de esta enseñanza, estad seguros de ello, es como el hombre, en medio de las tinieblas de este mundo, puede conocer la verdad, alcanzar la certidumbre, evitar el error en materia de religion, poseer una religion clara, precisa, sólida, digna de él y de Dios, en una palabra, la verdadera religion.

26. ¡Ah, ved á la Iglesia depositaria de esta enseñanza tal como el evangelio de hoy la representa á nuestros ojos de una manera sensible!

Jesucristo, sentado sobre una humilde cabalgadura, rodeado de sus apóstoles, se encamina á Jerusalem, figura del cielo;

porque la palabra *Jerusalen* significa la *vision de la paz*. Todo el pueblo que toma parte en este viaje y en este triunfo exclama igualmente : ¡HOSANNA ! palabra que significa ; *salvados, os lo suplicamos!* Este pueblo está dividido en dos partes, la una que precede y la otra que sigue á Jesucristo ; *Turbæ que præcedebant et que sequebantur* ; y por esto mismo representa, segun San Jerónimo, los dos pueblos, el uno de los cuales ha precedido y el otro ha seguido la predicacion del Evangelio, porque ambos han mirado á Jesucristo como Mesías y como Salvador, han confesado los mismos dogmas de él, le han dirigido las mismas alabanzas y las mismas oraciones ; *Significant utrumque populum qui ante et qui post Evangelium Domino crediderunt, concordi Jesum confessionis voce laudantes. (In Matth.)*

Todos se despojaron de sus vestiduras, las pusieron á los piés de Jesucristo, entapizando la ruta que Jesucristo debía recorrer, y con esto han figurado á los justos de todos los tiempos, que se han despojado, ó de sus malos hábitos para ser fieles á Dios, ó de sus bienes para el socorro de los pobres, ó de su vida, de su cuerpo, verdadera túnica del alma, para confesar la verdadera religion. Todos llevan en sus manos la palma, símbolo de la victoria que han alcanzado sobre el mundo y sobre sí mismos, y el olivo, símbolo de la paz que han obtenido por esta victoria.

¡ Ah ! ved pues á la Iglesia militante, iluminada con la luz de Jesucristo, sostenida con su gracia, vigorizada por sus ejemplos, consolada con su uncion, dirigida con sus doctrinas, guiada con su autoridad hácia la celeste Jerusalen. ¡ Oh, cuán noble y cuán santa, cuán feliz la sociedad que tiene á Jesucristo en medio de ella, y á los apóstoles y sus sucesores ! ¡ Oh, qué intenciones tan puras, qué sentimientos tan elevados, qué acciones tan bellas, qué vida tan perfecta, qué paz tan profunda, qué alegría tan sincera ! Todas las esperanzas están aquí mezcladas con todos los sacrificios, todos los consuelos con todas las virtudes.

Hermanos, el tiempo corre, el mundo desaparece, la vida se evapora, la muerte se acerca, la eternidad nos llama.

Apresurémonos pues, mientras que hay tiempo, á unirnos espiritualmente á esta santa sociedad, á confundirnos entre

sus filas, porque ella es la única que conoce la vida del cielo, únicamente con ella se puede conseguirla. Si no podemos ser admitidos en el número de los inocentes, encontraremos al menos en ella una plaza en el número de los arrepentidos. Aprovechémonos de la gracia de éstos santos días para reconciliarnos con nuestros Dios, con Jesucristo, por los sacramentos de la Iglesia, para volver á empezar una nueva vida, una vida verdaderamente cristiana, con el fin de que en el momento de nuestra muerte, encontrándonos en el camino de salud, con la gracia en el corazón, el *HOSANNA* en nuestros labios, y cantando el himno de la esperanza, vencedores de la tierra, podamos hacer nuestra entrada triunfal en el cielo. *Asi sea.*

CONFERENCIA SEXTA.

LA TRINIDAD.

Docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti.

« Id, enseñad á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. »

(De uno de los Evang. de la Resurrec.)

4 « Es error de algunos espíritus perversos, dice el grande Sto Tomás, el afirmar que Dios haya hablado de los ángeles cuando, yendo á crear al hombre, pronunció esta gran locucion; *Non est intelligendum, sicut quidam perverse affirmant, Deum dixisse angelis : Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram... »*

Segun la opinion de los intérpretes y de los Padres de la Iglesia, particularmente desde el gran concilio de Nicea; segun el concilio de Sirmio, que ha establecido tambien sobre las mismas palabras su famoso cánon de la Trinidad contra Photino, la palabra *Dios*, en singular, indica la unidad de la naturaleza divina, y la palabra *hagamos*, en plural, indica la pluralidad de las personas. « Dios pues, dice tambien Santo Tomás, hablando así del hombre que iba á formar, ha querido indicar el misterio de la santísima Trinidad, cuya imagen iba á grabar en el hombre de la manera mas admirable; *Sed hoc dicitur ad signandam pluralitatem personarum, quarum imago expressius invenitur in homine.* » (i, p. q. 91, a. 1.)

Lo mismo acontece con esta grande y deliciosa expresion que ha dirigido á sus apóstoles después de su resurreccion : « Instruid á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; *Docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti.* »

Por la palabra *en el nombre*, Jesucristo ha marcado la unidad de Dios; por las palabras *Padre, Hijo y Espíritu Santo* ha designado las divinas personas por sus nombres propios y particulares.

Ved pues, mis queridos hermanos, el mismo inefable misterio que habia sido indicado de una manera oscura cuando el hombre iba á nacer en el órden natural, revelado por Jesucristo en todo su esplendor, en la época en que el hombre, por la predicacion y el bautismo, iba á renacer en el órden sobrenatural. « Esto es, dice San Pedro Crisólogo, para que sepamos, por esta coincidencia de fechas, que las divinas personas han concurrido á nuestra reparacion con el mismo apresuramiento, con el mismo amor que habian concurrido á nuestra creacion; *Ut quibus, in creandis nobis, una operatio fuerat, una fieret, de nostra reparatione, dignatio.* » (*Ser de Bapt.*)

Es por consiguiente al hombre á honrar de una manera muy particular, este gran misterio con que voy á ocupar hoy vuestra atencion, comenzando por exponeros los tres puntos principales de la enseñanza católica : Dios, el hombre, Jesucristo.

2. Pero entendámonos, hermanos míos; no prometo hacerlos la demonstracion de estos misterios : no se demuestra lo indemostrable. Los misterios de Dios son y serán siempre secretos, incomprensibles á la razon humana. Con relacion al misterio en particular de la Santísima Trinidad, Santo Tomás declara que no es imposible llegar á conocerle por las luces de la razon natural; *Impossibile est per rationem naturalem ad cognitionem Trinitatis divinarum personarum pervenire*; y por lo mismo que la razon sola no puede conocerle, no sabria demostrarlo.

No se deben pues probar las doctrinas de la fe sino por autoridad de la Santa Escritura y de la Iglesia, cuando se trata de personas que admiten estas autoridades; y cuando se trata de personas que la rechazan, es menester limitarse á explicar, á desenvolver, los dogmas cristianos, y probar, lo que es posible y aun fácil de hacer, que no son imposibles, que no son absurdos; pero que, superiores á la razon, son conformes á la razon; *Quæ fides sunt non sunt tentanda probare nisi per auc-*

toritates his qui auctoritates suscipiunt; apud alios vero sufficit defendere non esse impossibile quod prædicat fides. (1. p. q. 52, a 1.)

Esto es lo que voy á hacer; porque, una vez que se mira como demasiado crédula, demasiado imbécil, á la *razon católica* sometiéndose á los dogmas revelados, tomándolos por su guia y por su regla; bueno es que se sepa que lo que cree esta humilde razon en materias de religion es grande, es admirable, es magnífico, es sublime, y que esta creencia en las doctrinas divinas, bien distinta que la creencia que se presta á las doctrinas humanas, la engrandece, la honra, la eleva y la perfecciona.

Seguidme pues, mis queridos hermanos, á través de los cie-
los, hasta el trono del Altísimo. Voy á introducirlos en los do-
minios del Señor: *Introibo in potentias Domini.* Voy á mani-
festaros el mas grande, el mas profundo de los secretos del
Ser infinito, en sus armonías, en sus grandezas, en su mag-
nificencia; porque los cristianos á quienes tengo la satisfaccion
de hablar aquí, de alma noble, de corazon recto, de espíritu
elevado, están en el caso de adoptar, tienen derecho á enten-
der, la alta teología del dogma cristiano.

Sí, santa y augusta Trinidad, vamos á ocuparnos de vos, no
para sondear con temeraria mirada vuestra temible majestad,
á riesgo de ser aplastados por el inmenso peso de vuestra
gloria; *Qui scrutator est majestati, oprimetur à gloria*
(Prov. xxv, 27); sino para hacer de vos el objeto de nuestra
fe, de nuestras adoraciones, de nuestro amor. Y no trataremos
de penetrar por medio de la razon un misterio impenetrable
á la razon, sino que con la ayuda del brillo radiante que os
rodea, de la luz que recibimos de vos, nos atraveremos á fijar
una mirada vacilante en vuestra luz inaccessible; *In lumine
tuo videbimus lumen.* (Psalm. xxxv, 10.) Os pedimos este
auxilio por intercesion de María. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

3. Así como los grandes de la tierra tienen costumbre de poner sus armas en sus obras y en sus propiedades, así Dios, el gran Señor del cielo, con el fin de que se sepa que todas las criaturas le pertenecen, porque él es quien las ha creado todas y las conserva, ha grabado en ellas con su mano omnipotente sus armas, el sello de la Unidad de su naturaleza y de la Trinidad de sus divinas personas.

Escuchad mas arriba á la grande antorcha de la Iglesia y del mundo, San Agustin : « Esta misma Trinidad divina, dice, se manifiesta, se revela á nosotros cuando preguntamos : *¿Quién ha hecho las criaturas? ¿Por qué medio han sido hechas, y á qué objeto han sido destinadas?* El que ha dicho : « Que la criatura sea hecha, » es el *Padre del Verbo*; lo que ha sido hecho en virtud de esta grande palabra, lo ha sido ciertamente por el Verbo. Pero, pues que se ha dicho tambien en el mismo pasaje de la Santa Escritura : « Dios ha visto que todo lo que habia sido creado *era bueno*, » se nos ha demostrado por esto que Dios no ha hecho lo que ha hecho por ninguna especie de necesidad, sino por su sola bondad, porque era *bueno* hacerlo. Y esta *bondad* es el Espíritu Santo. Ved pues á la Trinidad entera descubierta delante de nuestros ojos en todas y cada una de sus obras » (1).

El mismo gran doctor ha dicho tambien en otra parte : « Como hombres, hemos sido creados á imágen de nuestro Criador, cuya eternidad es verdadera, cuya verdad es eterna, cuya caridad es tambien eterna y verdadera, y cuya Trinidad misma es verdadera, es eterna, es amable, y no está ni confundida por, la naturaleza ni separada por las personas. En cuanto á las cosas que están bajo nuestras plantas, es mani-

(1) « Eadem nobis insinuata intelligatur Trinitas, si querimus : UNANQUAMQUE CREATURAM quis fecerit? Per quid fecerit? Propter quid fecerit? Pater intelligitur Verbi, qui dixit : *Ut fiat*. Quod autem, illo dicente, factum est, procul dubio, per Verbum factum est. In eo vero quod dicitur. *Vidit Deus quod bonum est*, satis significatur : Deum nulla necessitate, sed sola bonitate, fecisse quod factum est ; id est, quia *bonum est*, Quæ bonitas, si Spiritus Sanctus, recte intelligitur UNIVERSA NOBIS TRINITAS IN SUI OPERIBUS INTIMATUR. » (*De Civitat. Dei*, lib. XVI, 24.)

liesto que no *hubieran existido jamás*, que no habria *ninguna especie* que les fuera *propia*, que no tendrian *ningun orden* que desear ni que seguir, si no hubieran sido hechas por el que *EXISTE* soberanamente, que es soberanamente *SABIO*, que es soberanamente *BUENO*; así podemos recoger en todas las criaturas, aquí mas, allá menos perfectamente impresos, los vestigios de su divinidad » (1).

Desde la tierra, remontándonos al cielo, á la Jerusalem eterna, á la verdadera *ciudad de Dios*, dice tambien San Agustín : « ¿De dónde procede el *origen* la *informacion*, la *beatitud* de la ciudad santa, que está en los santos ángeles sobre nosotros? Si preguntamos : ¿De dónde *procede*? Dios es quien la *ha construido*. Si preguntamos : ¿De dónde proviene su *sabiduría*? Dios es quien la *ilumina*. Si preguntamos tambien : ¿De dónde proviene su *felicidad*? Ella *goza* de Dios. *Subsistiendo*, se modifica; *contemplando*, se ilumina; *amando*, goza de la felicidad. *EXISTE*, *VE*, *AMA*. Existe en la *eternidad* de Dios, resplandece en la *verdad* de Dios, goza de la *bondad* de Dios » (2).

Así para San Agustín, la imagen de la Santísima Trinidad se encuentra en todos y por todas partes : en el cielo y en la tierra, en los seres materiales como en los seres espirituales ; y todo lo que Dios ha hecho lleva el sello noble y glorioso del Dios TRINO y UNO que lo ha hecho.

Pero después de San Agustín, oigamos á Sto. Tomás, explicando con esa lucidez de principios que le es propia, la hermosa doctrina del grande obispo de Hipona. Conviene no separar jamás á estos dos admirables genios, á estas dos inteli-

(1) « Quoniam homines sumus ad nostri Creatoris imaginem creati cujus est vera *ÆTERNITAS*, æterna *VERITAS*, æterna et vera *CHARITAS*, estque ipsa æterna et vera et chara *TRINITAS*, neque confusa, neque separata ; in iis quidem rebus que infra nos sunt, quoniam et ipse nec aliquo modo *essent*, nec aliqua *specie* *continentur*, nec aliquem *ordinem* *nec appetent* *nec tenerent*, nisi ab illo factæ essent qui summe *EST*, qui summe *SAPIENS* est, qui summe *BOVUS* est ; quasi quedam ejus, alibi magis, alibi minus, *impressa vestigia* colligamus. » (De Civitat. Dei, lib. xi, c. 28.)

(2) « Unde est Civitatis Sanctæ, que in sanctis angelis sursum est, et origo et informatio et beatitudo? Si quæramus : ¿ unde sit? *Deus eam condidit*. Si : unde sit sapiens? *A Deo illuminatur*. Si : unde sit felix? *Deo fruatur*. *Subsistens*, *modificatur*; *contemplans*, *illustratur*; *inherens*, *jucundatur*. *EST* *VIDET*, *AMAT*. In æternitate Dei *viget*, in veritate Dei *luet*, in bonitate Dei *gaudet*. » (De Civitat. Dei, lib. xvi, c. 24.)

gencias monstruos (permitase la expresion), á estos dos hombres, los mas grandes que han existido jamás entre los hombres, y tan semejantes entre sí, tanto por la elevacion de su espíritu como por su sumision á la fe católica y su celo por la verdadera religion.

« Todo efecto, dice el doctor angélico, representa de alguna suerte, pero de una manera diferente, su causa. Hay efectos que representan, es decir, recuerdan solamente la *causalidad*, ó bien la fuerza eficiente de su causa; pero no representan la forma ó la naturaleza de ella: así es como el humo representa el fuego; y esta representacion se llama *representacion de huella ó de vestigio*. Porque la huella, el vestigio, indica que alguno ha pasado por un lugar; pero no indica quien es este alguno que ha pasado por allí. Pero hay efectos que representan su causa tambien por relacion á la semejanza de *forma*. Así es que el fuego engendrado representa el fuego generador, y una estatua de Mercurio representa á Mercurio; y esta representacion se llama *representacion de imagen* (1).

« Y las procedencias de las personas divinas en Dios se refieren al acto de su entendimiento y de su voluntad; porque el Hijo procede, como *Verbo*, del entendimiento divino; y el Espíritu Santo, como *amor*, de la divina voluntad. En las criaturas racionales pues, que tienen un entendimiento y una voluntad, la representacion de la divina Trinidad se encuentra por manera de *imagen*, porque ellas tienen tambien un *verbo concebido* y un *amor que se deriva de él*. Pero en las demás criaturas la representacion de la Trinidad se ve en ellas por manera de *vestigio*, en cuanto en cada criatura se encuentran cosas que se refieren á cada una de las personas divinas, y que la representan ó la recuerdan: porque cada criatura, 1º *subsiste* en su ser; 2º tiene una *forma* que le es propia y que la clasifica en una especie particular entre los

(1) « Omnis effectus aequaliter representat suam causam, sed diversimode. Nam aliquis effectus representat solam causalitatem cause, non autem formam ejus, sicut fumus representat ignem, et talis representatio vestigii. Vestigium autem demonstrat motum alicujus transeuntis, sed non qualis sit. Aliquis autem effectus representat causam quantum ad similitudinem formæ ejus, sicut ignis generatus ignem generantem, et statua Mercurii Mercurium; et hæc est representatio imaginis. » (1, p. q. 44, a 7.)

seres; 3º en fin, cada criatura está *subordinada* á alguna otra cosa. En tanto pues que cada criatura tiene una *sustancia* creada, representa una causa y un principio, y por esto indica la persona del *Padre*, que es un principio que no tiene principio. En cuanto cada criatura tiene una *forma* y pertenece á una especie cualquiera, representa al *Verbo divino*, por el que el grande Artífice concibe la *forma* de la cosa *artefacta*. En cuanto, por último, cada criatura tiene un orden cualquiera, representa al Espíritu Santo como amor, porque una cosa no está subordinada á otra sino por la *voluntad* del que la ha creado (1).

« Por esto ha dicho San Agustín que el *vestigio* de la Trinidad se encuentra en cada criatura, en cuanto es única, en cuanto tiene una *FORMA* específica, y en cuanto tiene un *ÓRDEN*.

« A esto hacen referencia también las tres grandes palabras de la Santa Escritura : *número, peso y medida*; porque la medida indica la *sustancia* de la cosa, limitada por sus propios principios; el número se relaciona á la especie, y el peso al *orden* » (2).

4. Queda, por lo tanto, entendido que, según Santo Tomás, en las criaturas *irracionales* este emblema de la Santísima Trinidad se encuentra solamente por modo de vestigio, *per*

(1) Processiones autem divinarum Personarum attenduntur secundum actum intellectus et voluntatis. Nam filius procedit ut *Verbum intellectus*. Spiritus Sanctus ut *Amor voluntatis*. In creaturis igitur *rationalibus*, in quibus est intellectus et voluntas, invenitur representatio Trinitatis per modum *imaginis*, in quantum invenitur in eis *Verbum conceptum* et *Amor procedens*. Sed in *creaturis omnibus* invenitur representatio Trinitatis per modum *vestigii*, in quantum in *qualibet creatura* invenitur aliqua que *neesse est reducere in divinas Personas*, sicut in causam. Quelibet enim creatura subsistit in *suo esse*, et habet *formam* per quam determinatur ad *speciem*; et habet *ordinem* ad aliquid aliud. Secundum igitur, quod est quedam substantia creata, representat causam et principium, et sic demonstrat *personam Patris* qui est principium, non de principio. Secundum autem quod habet *quandam formam* et *speciem*, representat *Verbum* secundum quod *forma artificiali* est ex conceptione Artificis. Secundum autem quod habet *ordinem*, representat *Spiritum Sanctum* in quantum est *amor*; quia ordo effectus ad aliquid alterum est ex *voluntate* creantis. » (*Ibid.*)

(2) « Et ideo, dicit Augustinus, (lib. vi, *De Trinitat.*), quod vestigium Trinitatis invenitur in *unaquaque creatura*, secundum quod *unum aliquid est*; secundum quod *aliqua specie informatur*, et secundum quod *quandam ordinem habet*. Ad hec etiam reducuntur illa tria : *Numerus, Ponderus et Mensura* quæ ponuntur *Sapientia* u. Nam *Mensura* refertur ad *substantiam* rei limitatam, suis principis; *Numerus* ad *speciem*, *Ponderus* ad *ordinem*. »

modum vestigii, como la huella de los pasos de Dios; *y que en las criaturas racionales es donde el sello de Dios TRINO y UNO se encuentra por modo de IMAGEN y de SEMEJANZA, *per modum imaginis*, como reflejo del semblante de Dios, habiendo dicho el Profeta : *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine.* (Psal. iv, 7.)

Esta imágen no se encuentra en nosotros porque nuestra alma esté unida á un cuerpo. En cuanto somos cuerpo y alma, representamos otro grande misterio que os expodré mas adelante. « No por la forma del cuerpo, dice San Agustin, sino por el alma racional, es por lo que hemos sido realmente criados á imágen de Dios; *Non secundum formam corporis, sed secundum rationalem mentem, homo ad imaginem Dei factus est.* » (*De Trinit.*, lib. XII.)

« Entrando pues en vosotros mismos con la antorcha de la fe en la mano, podeis reconocer, nos dice tambien San Agustin, la imágen de Dios, es decir su Trinidad soberana. Esta imágen no es proporcionada, es verdad; se halla, es verdad, infinitamente distante de la grandeza de su original; no le es coeterna, y para decirlo en una palabra, no es de la misma sustancia que Dios. Sin embargo, en las cosas que Dios ha hecho no hay nada que se acerque mas que el hombre á la naturaleza de Dios. Su imágen puede ser reformada en nosotros y perfeccionada siempre; pero nada hay mas cercano de la semejanza de Dios que esta imágen, porque nosotros *existimos, conocemos* que existimos, nosotros amamos nuestro ser y el conocimiento de este ser. En esta tres cosas no nos asalta el temor de engañarnos. Así como conozco que *existo*, de la misma manera conozco que *tengo este mismo conocimiento, y amando estas dos cosas*, añado una tercera, de la misma importancia de las dos cosas que conozca » (1).

(1) « Et nos quidem in nobis, tametsi non æqualem, imo valde longèque distantem, neque coeternam et quo brevius totum dicam, non ejusdem substantiæ cujus est Deus; tamen, qua Deo nihil sit, in rebus ab eo factis, natura proprius, imaginem Dei, hoc est SUMMÆ ILLIUS TRINITATIS agnoscimus, adhuc reformatione perficienda, ut sit etiam similitudine proxima. Nam et sumus et nos esse novimus; et nostrum esse et nos diligimus. In his autem tribus nulla nos falsitas versimilis turbat. Sicut novi me esse, ita novi etiam hoc ipsum nosse me. Eaque duo cum amo, eundem quoque amorem quiddam tertium nec imparis testimationis eis, quas novi, rebus adjungo. » (*De Civitat. Dei*, lib. XVI, 27.)

« Solo en el cielo, dice San Pablo, podremos, viendo á Dios cara á cara, contemplar en él mismo este gran misterio del ser infinito, la Trinidad en la Unidad, y la Unidad en la Trinidad; al presente no podemos verle y contemplarle sino en nosotros, espejo donde Dios ha trazado como en un enigma su imagen misteriosa; *Videmus nunc per speculum et in enigmate; tunc autem facie ad faciem.* » (1. Corinth., III, 12.) Como pues en ausencia de una persona querida se alegra uno al mirarla, y entretenerse con su retrato, de la misma manera en el alejamiento en que nos encontramos de nuestro Dios, de esta adorable y amable Trinidad, complazcámonos, hermanos míos, en mirarla, en admirarla en el maravilloso retrato que de sí misma nos ha dejado en nosotros mismos.

5. Os he hecho observar muchas veces que la filosofía puramente racional moderna no ha encontrado nada jamás ni inventado nada, ni aun el error que se ha atribuido. Así es como Malebranche se ha llamado inventor del error grosero que ha sido enseñado en las escuelas modernas bajo el nombre de *sistema de las causas ocasionales*. Según este sistema, las *causas secundarias*, las criaturas, no tendrían ninguna acción que les fuera propia, ninguna acción en ellas mismas y por ellas mismas; sino que Dios es quien opera por *ocasion de ellas*; de suerte que no sería el fuego quien quemaría los cuerpos, sino Dios con *ocasion del fuego*; no sería el cuchillo quien cortaría el pan, sino Dios con *ocasion del cuchillo*. Y este sistema es muy antiguo, es simplemente, según Sto. Tomás, uno de los errores del Corán; *Quidam loquentes IN LEGE MAJORUM dixerunt quod res penitus naturalis nihil ageret per virtutem propriam.* (Quest., disp. III, de *Creatione*, a. 7.) Pero la razón por que este gran doctor le rechaza y le combate es digna de su grande espíritu y capaz de iluminar nuestras inteligencias y conmover nuestros corazones. « Porque este sistema, dice, repugna á la bondad de Dios, que, siendo comunicativa y expansiva por sí misma, ha querido que aun las cosas creadas se asemejasen á Dios, no solamente en la manera de existir, sino también en la manera de obrar; *Sed hoc repugnat divine bonitati, que sui communicativa est, ex quo factum est, quod res similes Deo fierent, non solum in esse, sed etiam in agere.* » (Ibid.) Y pues que Dios existe

en sí mismo y *obra* por sí mismo, se ha dignado también formar á las criaturas de manera que ellas *existiesen* casi en sí mismas, operasen por ellas mismas; habiéndoles dado un ser y una operacion que puede mirarse como su propio ser y su propia operacion. Nada pues menos conveniente, decia también San Agustín ocho siglos antes de Sto. Tomás, y citado por Sto. Tomás, que afirmar que Dios es quien opera y lo hace todo en nosotros; *Inconvenienter ergo dicitur quod universa Deus in nobis, sine nobis operatur.*

La teología católica reconoce en Dios dos especies de accion: la accion por la que Dios crea las cosas y las conserva; y esta accion se llama la accion hácia el exterior, la accion que pasa, *actio ad extra, actio transiens*; y la accion por la que Dios se conoce y se ama á sí mismo, que permanece en las profundidades de la naturaleza divina, y que se llama por esto la accion hácia el interior, la accion que permanece, la accion inmanente; *Actio ad intra, actio immanens.*

Con esta doble accion la bondad de Dios ha dotado al hombre. Obramos sobre los objetos exteriores: esta es nuestra *accion al exterior*, nuestra *accion que pasa*. Pero como seres inteligentes, nos conocemos, nos amamos; y esta accion permanece en las profundidades de nuestra alma, esta es *nuestra accion al interior*, *nuestra accion que permanece*.

Pero, por lo mismo que nos conocemos y nos amamos, esta operacion *al interior* es también doble.

Desde luego, como de la accion ejercitada sobre un objeto exterior resulta una especie de procedencia al exterior, de la misma manera, de la accion *inmanente* en el agente mismo resulta una procedencia al interior. Esto es evidente, en particular con relacion al entendimiento, en quien la accion de entender permanece en el que entiende (1).

La economía de esta procedencia consiste en que, « cualquiera que comprende, por lo mismo que comprende, ve reproducirse en sí mismo alguna cosa que no es mas que la concepcion de la cosa comprendida, y que proviene de la fa-

(1) « Sicut secundum actionem que tendit in exteriorem materiam, est aliqua processio ad extra; ita secundum actionem que manet in ipso agente attenditur processio quedam ad intra. Hoc maxime patet in intellectu cujus intelligere manet in intelligente. » (t, p. p. 27, a. 1.)

cultad intelectual y del conocimiento de esta facultad. Esta concepcion es la que explicamos por la palabra, y no es mas que el verbo del corazon, manifestado por el verbo de la voz » (1). Así nuestra inteligencia, volviendo sobre si misma, y considerándose en sus facultades, en sus perfecciones finitas, se conoce y se comprende ella misma (2), produce en si misma la concepcion de la cosa comprendida, y esta concepcion es nuestra palabra interior, nuestro verbo.

Pero, en segundo lugar, engendrando su pensamiento, la inteligencia se complace en él, se ama en él, y de esto nuestro propio deseo, la voluntad, que es el producto de la inteligencia y del pensamiento. Y todo esto no es mas que la *imagen* de lo que sucede en la naturaleza infinita. La inteligencia infinita, mirándose en sus propias perfecciones infinitas, se conoce, se comprende, y por lo mismo engendra una cosa inefable, que es la concepcion de ella misma, conociéndose y comprendiéndose ella misma, y esta concepcion divina es el Verbo eterno, que es su verdadero Hijo; *Filius meus est; ex utero ante luciferum genui te.* (Psal. cix, 5.) Al mismo tiempo él se complace, él se ama en esta concepcion, en este Verbo; *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui.* (Matth., 3, 17); de la Inteligencia y del Verbo se reproduce en Dios el Espíritu Santo, el Amor infinito. Pero desenvolvamos algo mas esta teoría.

6. Cuando hemos hablado del origen de las ideas, hemos visto ser falso que las ideas nos vengan enteramente formadas por los sentidos ó por la palabra, pues que los sentidos y la palabra misma no hacen mas que trazar un fantasma de las cosas exteriores en nuestra imaginacion. Hemos visto que es falso tambien que las ideas sean innatas en el alma, y que se despierten de ella por la reflexion y por la palabra. Hemos

(1) « Quicumque intelligit, hoc ipso quod intelligit procedit aliquid intra ipsum quod est conceptio rei intellectæ, ex vi intellectiva et ex ejus notitia procedens. Quam quidem conceptionem vox significat et dicitur *verbum cordis*, significatum verbo vocis. » (*Ibid.*)

(2) « Porque el alma humana, dice siempre Santo Tomás, por lo mismo que se apercebe de su hecho, se comprende ella misma en todo lo que ella comprende; *Anima percipiendo actum suum se ipsam intelligit quandocumque aliquid intelligit.* » Recomendamos este profundo pensamiento del doctor angélico á la meditacion del filósofo cristiano. Es un sistema de filosofía.

visto que la verdad tocante á esta gran cuestion es un cierto medio entre estos dos sistemas, ambos erróneos; es decir, que en virtud de esta noble facultad que se llama *entendimiento agente* (1), y que no es sino el reflejo del entendimiento increado sobre el entendimiento creado, el alma es quien se forma las ideas, despojando los fantasmas que le presentan los sentidos de todas sus condiciones materiales, singulares, particulares, y extrayendo de ellos una concepcion espiritual, universal, general, que es la idea.

Esta idea es pues el producto verdadero, real, de nuestro *entendimiento agente*; es su pensamiento, su verbo, que engendra verdaderamente, realmente, de sí mismo y en sí mismo (2).

(1) Santo Tomás advierte que los principales errores respecto de la divina Trinidad son dos: el de Ario, que ha admitido en Dios una trinidad de sustancias con la Trinidad de las personas, y el de Sabelio, que ha afirmado que no hay en Dios mas que unidad de persona, como hay unidad de sustancia; *Cum de Trinitate agitur duos oppositos errores cavere debemus: errorem, scilicet, Arii, qui posuit cum Trinitate personarum trinitatem substantiarum, et errorem Sabellii, qui posuit cum unitate essentia unitatem personæ.* (1. p. q. 51, a. 2.) Y lo mismo ha sucedido con relacion al espíritu humano. Los platonícos han admitido en el hombre, con la trinidad de las facultades, una trinidad de las sustancias, diciendo que el hombre tiene tres almas. Los que, de los epicúreos, que han hecho al hombre la gracia de concederle un alma, con esta unidad de alma, no le han concedido mas que una unidad de facultad; porque, estableciendo que las ideas no vienen todas formadas por la palabra, han negado al espíritu la virtud de formarlas, de engendrar las ideas, el pensamiento, y por lo mismo, le han negado *sus* pensamientos y *sus* ideas. Hay pues relacion entre el platonismo y el arianismo, entre el epicureismo y el sabelianismo. Porque, como han advertido los Padres de la Iglesia, por haber desconocido el misterio del hombre se han visto arrastrados muchas veces á desconocer el misterio de Dios; y la falsa teología ha tenido su origen en la falsa filosofía.

(2) El sabio intérprete de los santos libros, Cornelio á Lápide hace advertir que el *logos* de los griegos es el hijo del espíritu; *Logos græcis est proles mentis.* (In Joan., 1.) Y mas arriba ved como explica la semejanza entre la generacion del Verbo humano y la generacion del Verbo divino: « Como cuando pensamos, dice, ó comprendemos, nos formamos una concepcion de la cosa que hemos pensado ó comprendido, y esta concepcion se llama el VERBO DEL ESPÍRITU; de la misma manera, el Padre eterno, entendiendo y comprendiendo su propia esencia y todo lo que en ella se contiene, se forma y produce su Verbo eterno perfectamente igual y semejante á él; de lo que resulta que este Verbo es Dios; *Sicut nos, cogitando vel intelligendo, formamus nobis conceptum rei cogitata vel intellecta, qui dicitur VERBUM MENTIS; ita Pater æternus, intelligendo et comprehendendo suam essentiam et omnia quæ in ea sunt, formavit et produxit hoc Verbum æternum sibi æquatum et simillimum, quo fit ut Verbum hoc sit Deus.* » Tenia pues San Basilio mucha razon en decir: « Nuestro verbo tiene una cierta semejanza con

Luego que nuestro entendimiento ha producido, ha engendrado la idea, su pensamiento, su verbo, la conoce, la comprende; y conociéndola, comprendiéndola, se complace en ella, se inclina hácia ella: así como la idea, el pensamiento, el verbo descansa á su vez en el entendimiento que la ha producido, se une á él y permanece en él. Y el movimiento que se obra en el espíritu es el *amor*. Hay tres cosas, dice San Agustín, en nuestro espíritu realmente distintas: el entendimiento, el pensamiento y el amor; y estas tres cosas no son mas que una sola y misma alma. Y ¿por qué? Porque estas tres cosas no son tres vidas, sino una sola vida; no son tres sustancias, sino una sola sustancia; no son tres espíritus, sino un solo espíritu. Son tres y una al mismo tiempo. Son tres, porque la una procede de la otra, y porque se relacionan mutuamente la una á la otra; y lo que procede y se refiere no es una misma cosa con aquello de donde procede ó á que se refiere; pero ellas son *una* en tanto que no forman mas que una sola vida, una sustancia, un espíritu (1).

Advertid también, hermanos míos, que, siendo simple é indivisible nuestra inteligencia, cuando produce su pensamiento, y con su pensamiento su amor, se reproduce en ellos, en alguna manera, toda entera y sin división. Nuestra inteligencia es nuestro espíritu, nuestro pensamiento es nuestro espíritu, nuestra voluntad es nuestro espíritu; sin embargo, no hay en nosotros tres espíritus, sino uno solo y mismo espíritu, reproduciéndose, puede decirse, casi todo entero en el pensamiento y en el amor.

Con mayor razón la Inteligencia infinita, simple é indivisible, engendrando su Verbo, y con su Verbo el Espíritu Santo, el Amor infinito, se reproduce en ellos, se repite en ellos todo

el Verbo de Dios; porque aquel es toda concepción de nuestro espíritu (así como el Verbo divino es toda concepción del Padre); *Habet verbum nostrum divini Verbi similitudinem quamdam, declarat enim totam menti conceptionem.* (Ap. á Lap., loc. cit.)

(1) « Sicut deo sunt mens et amor ejus, cum se amat; ita quoque duo sunt mens et notitia ejus cum se novit. Igitur ipsa mens et amor et notitia ejus tria quedam sunt, et hæc tria unum sunt. Hæc igitur tria quoniam non sunt tres vitæ, sed una vita, nec tres mentes, sed una mens; consequenter utique nec tres substantiæ sunt, sed una substantia. Tria hæc sunt unum quo una vita, una mens, una substantia eo vero tria quo ad se invicem referuntur. » (De Trinit.)

entero y sin division, de una manera infinitamente mas real y mas perfecta. De suerte que el Padre es Dios; el Hijo es Dios; el Espíritu Santo es Dios; pero no hay tres dioses, sino uno solo; es la misma naturaleza divina del Padre, que se reproduce en el Hijo y en el Espíritu Santo.

El Padre engendrando al Verbo, y el Padre y el Verbo reproduciendo al Espíritu Santo, no se extinguen, no se gastan, no se envejecen; porque la naturaleza divina es incorruptible é inextinguible. Lo mismo sucede en nosotros. El cuerpo es quien nos engaña, los órganos corporales por los que pasan á la imaginacion las palabras y las fantasmas de las cosas sensibles, son los que se debilitan; pero nuestro entendimiento engendrando la razon, y nuestra razon y nuestro entendimiento produciendo la voluntad, ne se extinguen, no se gastan, no se envejecen; porque nuestra inteligencia es incorruptible, y bajo ciertos aspectos es tambien inextinguible.

Otra analogía no menos maravillosa. El alma humana no es conocida al exterior sino por la palabra hablada. Por esta palabra, por este verbo hecho sensible por medio de la voz, es por donde se manifiesta la inteligencia, la razon, el amor del hombre, esta trinidad creada y el alma toda entera. Así que Dios no es conocido por nosotros sino por su Verbo encarnado. Por esta palabra, por este Verbo hecho sensible por medio de la Encarnacion, es como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, esta Trinidad increada, Dios todo entero, se hace conocer; de suerte que se ignora á Dios, la perfeccion de su ser, la Santísima Trinidad de sus personas, allí donde no es conocido, creído, adorado, servido, amado el Verbo hecho hombre; Jesucristo mismo lo ha dicho: « Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel á quien el Hijo quiera revelarlo. El que me ve á mí, ve tambien á mi Padre; *Nemo novit Filium, nisi Pater et cui voluerit Filius revelare.* (Matth., xi, 27.) *Qui videt me, videt et Patrem meum.* » (Joan., xiv, 9.)

7. Para comprender mejor esas inefables analogías entre la Trinidad divina y la trinidad del Espíritu humano, es necesario recordar aquí los principios generales sobre que ha establecido el grande Santo Tomás la exposicion de ese gran misterio de que ahora nos ocupamos.

« En todas las cosas que son engendradas y que se cor-

rompen, la generacion no es mas que la mutacion, el tránsito del no ser al ser; pero en los seres vivos la generacion es otra cosa distinta. Ella es *el origen de un ser viviente, proveniente de un principio conjunto y viviente, él tambien, por via de semejanza, de la naturaleza de la misma especie*; como el hombre procede del hombre y el caballo del caballo. No se dicen los caballos que son *engendrados*; porque, aunque se producen en el cuerpo vivo, no son *seres vivientes* ni se producen por via de *semejanza*. Los gusanos que se engendran en el animal no se dicen tampoco *engendrados* por él ni *hijos suyos*; porque, aun teniendo el mismo *género*, no son de la *misma especie* que el animal en que se producen (2).

« En Dios, la procedencia del Verbo es una generacion verdadera. El Verbo procede del Padre por via de operacion inteligible, que es una operacion de *vida* cumplida por un *principio vivo conjunto*, y *por via de semejanza*, siendo la concepcion del entendimiento una semejanza de la cosa entendida. Esta concepcion es de *la misma naturaleza* que el principio que se la forma, porque en Dios el *entender* es la misma cosa que el *ser*. Por justa razon pues se llama *generacion* la procedencia del Verbo de Dios, y el Verbo mismo se llama el *Hijo de Dios* (1).

« Pero en cuanto á nosotros, el *entender* no es la sustancia misma de nuestro entendimiento. El verbo pues que procede de nosotros tambien por via de la operacion inteligible, no es de la misma *naturaleza* que el entendimiento de que procede, y el modo de *generacion* no conviene á nuestro verbo sino de una manera impropia é imperfecta. Pero el *entender* de

(1) « Generatio in omnibus generalibus et corruptibilibus, nihil aliud est, nisi mutatio è non esse *ad esse*. In viventibus est *origo viventis à principio vivente conjuncto*, secundum rationem similitudinis in natura ejusdem speciei, sicut homo procedit ab homine, et equus ab equo. Capillus non habet rationem geniti quia non procedit secundum rationem similitudinis. Vermes qui generantur in animalibus non habent rationem generationis et filiationis, quia licet sit similitudino secundum genus non habent rationem similitudinis in natura ejusdem speciei. » (1, p. q. 27, a. 2.)

(2) « Processio Verbi in divinis habet rationem generationis; procedit enim per modum intelligibilis operationis, que est operatio vite, et à principio conjuncto, et secundum rationem similitudinis. Quia conceptio intellectus est similitudo rei intellectæ et in eadem natura existens, quia in Deo idem est intelligere et esse. Unde processio Verbi in divinis dicitur generatio, et ipsum Verbum procedens dicitur Filius. » (*Ibid.*)

Dios es la sustancia misma del que entiende; el Verbo divino, que sale de él, procede de él como una cosa realmente *subsistente* y de la misma naturaleza. Por esto el Verbo divino se dice de una manera propia é incompleta engendrado por Dios é Hijo de Dios. Con justa razon, por relacion á nuestro entendimiento, es por lo que hablamos de nuestro verbo como de una concepcion; porque en el verbo de nuestro entendimiento tambien se encuentra la semejanza de la cosa entendida, aunque no se encuentre la identidad de naturaleza (1).

« Todo lo que procede segun procedencia del exterior, es necesariamente diferente del principio de que procede; pero lo que procede por procedencia al interior, no debe ser diverso de él. Léjos de ello, es tanto mas uno con el principio de que procede, cuanto mas perfectamente procede de él; porque es manifiesto que la concepcion intelectual es tanto mas íntima y mas una con el principio inteligente, cuanto es mas perfecto el acto de la inteleccion. Haciéndose el entendimiento mas uno con la cosa entendida, por lo mismo que entiende actualmente. Por consiguiente, siendo el último grado de la perfeccion el *entender* del entendimiento divino es menester admitir absolutamente que el Verbo divino es uno con el Padre, de quien procede (2). Comprenderéis por esto la razon por que Jesucristo ha dicho: « Mi Padre y yo no somos mas que uno; *Ego et Pater unum sumus.* » (Joan., x, 30.)

(1) « *Intelligere, in nobis, non est ipsa substantia intellectus. Unde Verbum, quod secundum intelligibilem operationem, procedit in nobis, non est ejusdem nature cum eo à quo procedit. Unde non proprie et complete competit sibi ratio generationis. Sed intelligere divinum est ipsa substantia intelligentis; et Verbum procedens procedit, ut ejusdem nature subsistens; et propter hoc dicitur proprie Genitus et Filius. Sed in intellectu nostro utimur verbo conceptionis, secundum quod, in verbo nostri intellectus, invenitur similitudo rei intellectæ: licet non inveniatur nature identitas.* » (t. p. q. 27, a. 2.)

(2) « *Quod procedit secundum processionem ad extra, oportet esse diversum ab eo à quo procedit. Sed id quod procedit ad intra non oportet esse diversum. Imo quanto perfectius procedit, tanto magis est unum cum eo à quo procedit. Manifestum est enim quod quanto aliquid magis intelligit, tanto conceptio intellectualis est magis íntima intelligenti et magis unum. Nam intellectus secundum hoc quod actu intelligit, fit magis unum cum intellectu. Unde cum divinum intelligere sit in fine perfectionis necesse est quod Verbum divinum sit perfecte unum cum eo à quo procedit.* » (*Ibid.*, a 2.)

8. « La accion *inmanente* en el agente mismo, no es, en la naturaleza intelectual, sino del entendimiento y de la voluntad. En cuanto á la procedencia del Verbo, no es efecto sino de la accion inteligible. Pero, relativamente á la operacion propia de la voluntad, se hace en nosotros otra especie de procedencia, á saber, la procedencia del amor en tanto que la cosa amada existe en el que la ama, así como, por la concepcion del Verbo, la cosa dicha ó entendida esta en el que la dice ó entiende; por eso, fuera de la procedencia del Verbo, se reconoce en Dios otra procedencia, que es la del amor (1).

9. « Todo lo que está en la voluntad, como la cosa amada en el que ama, tiene cierta relacion con la concepcion intelectual, por la que y en la que el entendimiento la contempla; y también cierta relacion con el entendimiento mismo, que produce la concepcion, que se llama *Verbo*. Porque se ama sin que antes haya sido conocido; y lo que es amado, lo es en sí mismo porque es bueno y por el conocimiento que se tiene de su bondad. Es decir, que todo acto de la voluntad procede igualmente del entendimiento, que produce el conocimiento ó el verbo, y del verbo ó del conocimiento mismo que se tiene de la cosa amada. Es pues de toda necesidad que el amor, por el que Dios existe en la voluntad divina, como el amado en el amante, proceda al mismo tiempo del Verbo de Dios, y del Dios que engendró el Verbo (2); y de esto comprenderéis por

(1) « Actio manens in ipso agente, in intellectuali natura, est actio intellectus et voluntatis. Proceso autem Verbi attenditur secundum actionem intelligibilem. Secundum autem operationem voluntatis, invenitur in nobis quedam alia processio, scilicet *processio amoris*. Secundum quod amatum est in amante, sicut per conceptionem verbi, *res dicta vel intellecta est in intelligente*. Unde præter processionem Verbi ponitur in divinis alia processio, que est amoris. » (*Ibid.*, a. 5.)

(2) « Quod aliquid sit in voluntate, sicut amatum in amante, ordinem quemdam habet ad conceptionem qua ab intellectu conspicitur, et ad ipsam rem cujus intellectualis conceptio dicitur Verbum; non enim amaretur aliquid, nisi aliquo modo cognosceretur. Nec solum amati cognitio amatur, sed secundum quod in se bonum est. Necessè est ergo quod amor quo Deus est in voluntate divina, ut amatum in amante, et à Verbo Dei, et à Deo cujus est Verbum, procedat. » (*Ibid.*)

Y mas adelante dice Santo Tomás: « Ad amorem pertinet non quod ipse amor sit similitudo, sed in quantum similitudo est principium amandi. Unde non sequitur quod amor sit genitus, sed quod genitum sit principium amoris. » Pero sobre estas misteriosas procedencias, Santo Tomás nos advierte que es menester no pensar ni imaginar nada material y corporal; estas pro-

qué Jesucristo ha dicho que el Paráclito procede del Padre, y que es enviado tambien por el Hijo, como procedente tambien de él; *Paracletus qui a Patre procedit, quem ego mittam vobis* (Joan.); y porque en la creencia católica se proclama altamente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; *Qui ex Patre Filioque procedit.* »

En cuanto á la doctrina católica respecto del Espíritu Santo, ved tambien lo que ha advertido el doctor angélico: « Pues que la bondad divina es el objeto propio de la voluntad divina, es de toda necesidad que Dios se ame principalmente y ante todo á sí mismo y á su bondad. Y como la cosa amada existe en cierta forma en la voluntad del que la ama, y Dios se ama á sí mismo, es tambien de toda necesidad que Dios esté en su voluntad como la cosa amada en el amante (1).

« Pero el entendimiento y la voluntad obran de una manera enteramente diferente: el entendimiento es actualmente *inteligente*, porque la cosa entendida se encuentra en él á su semejanza; pero la voluntad no es actualmente *volente* porque la semejanza de la cosa querida existe en la voluntad, sino porque la voluntad tiene cierta tendencia con la cosa querida. La procedencia pues proveniente del entendimiento se verifica segun la razon de la semejanza, y por lo mismo es una verdadera generacion; porque por la generacion es como el generador engendra una cosa que se le asemeja; pero la procedencia proveniente de la voluntad no tiene lugar segun la razon de semejanza, sino segun la razon de una impulsión ó de una mocion de la voluntad hácia una cosa. Es decir, que el entendimiento engendra, la voluntad se inclina. Lo que se *entiende* es hijo del entendimiento; pero lo que se quiere no

cedencias, no teniendo lugar por un movimiento local ni por la accion propia de una causa sobre su efecto exterior, como el calor pasa del cuerpo calentante á la cosa calentada; sino por una emanacion inteligible, como el verbo inteligible es producido por el que le pronuncia, y sin embargo permanece en él; *Non est accipienda processio secundum quod est in corporalibus, vel per motum localem, vel per actionem alicujus causa in exteriorem effectum, ut calor à calefaciente in calefactum: sed secundum emanationem intelligibilem, ut pote verbi intelligibili à dicente, quod manet in ipso.*

(1) « Quia objectum proprium divinæ voluntatis est ejus bonitas, necesse est quod Deus, primo et principaliter, suam bonitatem et seipsum amet. Cùm autem amatum sit aliquo modo in voluntate amantis, ipse autem Deus seipsum amet; necesse est quod Deus sit in sua voluntate ut amatum in amante. »

es hijo de la voluntad. Por esto pues, en Dios, lo que procede por via de amor, no procede en calidad de cosa engendrada, en calidad de hijo, y no puede decirse *hijo*; pero procede mas verdaderamente como *Espiritu*, porque la palabra *espiritu* indica una cierta impulsión ó moción vital en tanto que se es movido ó llevado por amor á hacer alguna cosa (1). Ved pues porque en la creencia católica el Verbo eternose llama el Hijo de Dios; pero este nombre de *Hijo* no se ha dado de ninguna manera al Espíritu Santo.

10. « Pero, por lo mismo que la cosa amada existe en la voluntad, á la cual inclina y lleva en alguna manera al que ama hácia la misma cosa amada, y que la impulsión interior de una cosa viva hácia otra cosa es *Espiritu*, es de toda conveniencia llamar *Espiritu* á la persona divina que procede por via de amor (2): ved pues la razon por que llamándose *Verbo* la segunda persona de la Santísima Trinidad, la tercera es llamada en la Escritura *Espiritu*. Y ved tambien la razon de los nombres inefables, de los nombres magnificos que Jesucristo ha dado hoy á las divinas personas, llamándolas el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*. La primera persona engendra verdaderamente, es pues un

(1) « Hæc est differentia inter intellectum et voluntatem: quod intellectus fit in actu, per hoc quod res est in intellectu secundum suam similitudinem, voluntas fit in actu non per hoc quod aliqua similitudo voliti fit in voluntate, sed ex hoc quod voluntas habet rationem quamdam in rem volitam. Processio ergo secundum rationem intellectus est secundum rationem similitudinis, et in tantum potest habere rationem generationis, quia omne generans generat sibi simile. Processio autem secundum rationem voluntatis non consideratur secundum rationem similitudinis sed magis secundum rationem impellentis vel moventis in aliquid. Et ideo quod in divinis procedit per modum amoris, non procedit ut genitus vel filius, sed magis ut spiritus: quo nomine quedam vitalis motio et impulsio designatur, prout aliquis, ex amore, dicitur moveri vel impelli ad aliquid faciendum. » t. p. q. 27, a. 4. En otra parte el mismo santo doctor dice tambien: « Amatam in amante non est secundum similitudinem speciei, sicut intellectum in intelligente. Omne autem quod procedit ab altero per modum geniti, procedit secundum similitudinem speciei á generante. Processus ergo rei, ad hoc quod sit in voluntate, sicut amatam in amante, non est per modum generationis, sicut processus rei, ad hoc quod sit in intellectu, habet rationem generationis Deus igitur procedens per modum amoris non procedit ut genitus neque filius dici potest. »

(2) « Sed quia amatam in voluntate existit, ut inclinand et quodammodo impeliens intrinsecus amantem, in ipsam rem amatam impulsus autem rei viventis ab interiori ad spiritum pertinet; convenit Deo, per modum amoris procedenti, ut Spiritus dicatur. » *Sum. Cont. Gent.*

verdadero padre; la segunda es verdaderamente engendada, es pues un verdadero hijo; pero la tercera es producida, y no engendada, resulta de la *Espiracion*; es pues un Espiritu Santo.

« Todo lo que existe en Dios es Dios: por toda procedencia pues que sucede en Dios, y que no está en el número de las procedencias del exterior, se comunica toda entera la naturaleza divina » (1).

Amar es querer. El *querer* de Dios es su propio ser, como su voluntad es su ser. El ser pues de Dios en su voluntad por vía de amor, no es un ser accidental, como nosotros, sino un ser esencial; y por lo mismo, en tanto que Dios es considerado como existente en su voluntad, es verdadera y sustancialmente Dios (2); así como es verdadera y sustancialmente Dios en cuanto es considerado como existente en su entendimiento; y desde luego comprendéis que el Verbo es Dios, el Espiritu Santo es Dios, así como el Padre es Dios; y que sin embargo no son tres dioses, sino un solo y mismo Dios; *Deus Pater, Deus Filius, Deus Spiritus Sanctus; et tamen non tres dii sed unus est Deus.*

11. Por la palabra *persona* se entiende lo que hay mas perfecto en toda la naturaleza, á saber, una *cosa* SUBSISTENTE en la naturaleza racional. Y pues que se debe atribuir á Dios todo lo que es perfecto, es de toda conveniencia que se reconozca que hay personas en Dios, y aun de una manera mas excelente que en las criaturas. La persona no explica en Dios sino lo que resalta, sino una *cosa subsistente* en la naturaleza divina; y como hay muchas cosas *subsistentes* en Dios, es necesario de toda necesidad admitir en él muchas personas (3).

(1) « Quidquid in Deo est, Deus est; et ideo per quamlibet processionem, quæ non est ad extra, communicatur divina natura. » (*Ibid.*)

(2) « Amare est autem quoddam velle; velle Dei est ejus esse, sicut et voluntas ejus est ejus esse. Esse igitur Dei in voluntate sua per modum amoris, non est este accidentale sicut in nobis, sed essentielle, unde Deus, secundum quod consideratur in sua voluntate existens, est vere et substantialiter Deus. » (*Ibid.*)

(3) « Persona significat id quod est perfectissimum in tota natura, scilicet subsistens in natura rationali. Cum omne illud quod est perfectionis Deo sit attribuendum, conveniens est ut hoc nomen personæ de Deo dicatur et excellentiori modo. In natura divina sunt plures res subsistentes. Persona in divinis significat rationem ut rem subsistentem in natura divina. » (t. p. q. 29, a. 3; et q. 50, a. 1.)

Las personas en Dios no son pues sino las relaciones que se encuentran en él, no como *potencias reducibles en acto*, á manera que estas relaciones se encuentran en nuestro espíritu, sino como *realidades siempre en accion*, siempre mutuamente subsistentes, pero realmente distintas la una de la otra. Así la *Paternidad* subsistente es la persona del Padre, la *Filiacion* subsistente es la persona del Hijo, y la *Espiracion* subsistente es la persona del Espíritu Santo (1). Véase pues porque se dice que «son tres los que dan al cielo testimonio de la divinidad : el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo. *Tres sunt qui testimonium dant in cælo : Pater, Verbum et Spiritus Sanctus.* (1 *Joan.*, v, 7.)

Pero como en esta Trinidad inefable el nombre de personas significa un individuo distinto de otro individuo con relacion á su naturaleza, en lugar que en Dios la palabra *persona* no indica sino una cosa subsistente en la misma naturaleza (2); como pues las personas son en Dios realmente tres, la naturaleza es siempre una. Y comprenderéis tambien porque en el mismo texto de los santos libros que acabo de citar se dice que el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo son TRES, y que estos tres no son sin embargo, mas que uno; *Tres sunt... Pater, Verbum et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt.*

La procedencia que se cumple al interior en la naturaleza intelectual se termina en la procedencia de la voluntad. Las acciones pues que *permanecen* en el agente mismo no son mas que dos en esta misma naturaleza inteligente : ENTENDER Y QUERER; porque el SENTIR está fuera de la naturaleza intelectual : los brutos *sienten*, y no tienen inteligencia; *Quibus non est intellectus.* El *sentir* no está enteramente separado del número de las acciones del exterior, porque no se siente sino por la accion de la cosa sensible sobre nuestros sentidos. No hay pues otra procedencia en Dios que la del Verbo y del Amor (3).

(1) « Plures personæ sunt plures relationes subsistentes ad invicem sed realiter distinctæ. Paternitas subsistens est persona Patris. Filiatio subsistens est persona Filii. » (t, p. q. 50, a. 2.)

(2) « Nomen personæ non est impositum ad significandum individuum ex parte nature, sed ad significandam rem subsistentem in tali natura. » (*Ibid.*, a. 4.)

(3) « Processio quæ est ad intra in intellectuali natura, terminatur in processione voluntatis. Actiones quæ in agente manent, in natura intellectuali

De lo que se comprende porque las personas divinas son tres, y no son mas que tres; porque la inteligencia finita, su pensamiento y su amor, forman todo el alma, la Inteligencia infinita, el Verbo eterno, el Amor infinito, forman todo el Dios: *Tres sunt qui testimonium dant in caelo: Pater, Verbum et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt.*

En fin, nosotros podemos siempre comprender, siempre querer; pero *actualmente* nosotros no comprendemos siempre, no queremos siempre. Se distinguen en nosotros la *potencia* del *acto*; pero esta distincion no tiene lugar en Dios. Dios es un *acto puro*, todo es en él acto perpetuo y permanente. La generacion del Verbo, así bien como la procedencia del Espíritu Santo, son y han sido siempre en Dios operaciones permanentes, subsistentes, eternas. Mientras que en nosotros *entender, querer*, son actos pasajeros y fugaces (1), en Dios son realidades siempre existentes. En la Santísima Trinidad nada hay que preceda, nada que siga, en el orden del tiempo. Ninguna de las personas divinas es mas perfecta que las otras; sino que son igualmente eternas, como perfectamente iguales; *Et in hac Trinitate nihil prius aut posterius, nihil majus aut minus; sed totae tres personae coeternae sibi sunt et coequales.* (*Symb. Athan.*) Ved, hermanos míos, lo que, esclarecido por la enseñanza de la Iglesia, admite la razon católica; ved lo que cree respecto á la divina Trinidad,

12. Se convendrá pues en que esta doctrina de la Trinidad, sea todo lo incomprendible que se quiera, es en el fondo infi-

non sunt, nisi duae: intelligere et velle. Nam sentire est extra naturam intellectualem, neque totaliter est remotum à genere actionum quae sunt ad extra; nam sentire perficitur per actionem sensibilis in sensum. Nulla ergo alia processio est in Deo, nisi Verbi et amoris.» (1, p. q. 30, a. 2.)

(1) « La accion no es mas que la *actualidad de la facultad* (ó la facultad reducida á acto), así como el ser no es sino la *actualidad de la sustancia ó de la esencia* (ó la sustancia ó la esencia reducidas en acto). Es imposible que lo que, como toda inteligencia creada, no es un *acto puro*, pero tiene algo de potencia, sea su *propia actualidad*; porque la actualidad repugna á la *potencialidad*. Solo Dios pues es un *acto puro*; y por lo tanto, en Dios solo su sustancia es al mismo tiempo su ser y su obrar; *Actio est actualitas virtutis; sicut Esse est actualitas substantiae vel essentiae. Impossibile est quod aliquid, quod non est purus actus, sed aliquid habet de potentia admixtum, sit sua actualitas; quia actualitas potentialitati repugnat. Solus Deus est actus purus. Unde in solo Deo sui substantia est suum Esse et suum Agere.* (1, p. q. 54, a. 1.)

nitamente armoniosa, infinitamente razonable; es el hecho necesario de la naturaleza inteligente, infinitamente perfecta, y perfectamente infinita. Se convendrá en que esta doctrina es de la mas elevada ciencia, delante la cual las insultas teorías de nuestros filósofos ecléticos ó racionalistas no son mas que palabras de niño que carecen de razon y de sentido. Se convendrá en que esta doctrina es tan digna de la fe y de la admiracion del cristiano como del estudio serio del éxtasis científico del filósofo; pero continuemos.

Hay dos especies de imágenes: la imagen *natural* y la imagen *artificial*. La imagen *natural* es la semejanza de la misma naturaleza, como la imagen del Rey, dice Sto. Tomás (1), está en su hijo, que le es connatural, porque todo lo que engendra produce un ser que se le asemeja segun su forma; *Omne ge-*

(1) Ved aquí la bella doctrina de Santo Tomás tocante á la *imagen*. « Imágen no se dice sino de una cosa que se hace á imitación de otra. Un huevo, por semejante é igual que sea á otro huevo, no se dice su imágen, porque no hay expresion de él. La *igualdad* no es absolutamente necesaria para constituir la imágen; aquella no se pide sino cuando se trata de una imágen perfecta; *Imago dicitur ex eo quod agitur ad similitudinem alterius. Ovum quantumque sit alteri ovo simile et æquale, quia tamen non est expressum ex illo, non dicitur IMAGO ejus. Æqualitas non est de ratione imaginis; est tamen de ratione PERFECTE imaginis.*

« Se encuentra en el hombre cierta semejanza con Dios. Esta semejanza está en la relacion en que la cosa *ejemplada* se halla con su *ejemplar*. Pero no hay semejanza adecuada entre Dios y el hombre, porque el *ejemplar* supera infinitamente al *ejemplado*, y por esto se dice *imperfecta*, y no *perfecta*, la imágen de Dios en el hombre. Esta diferencia está explicada por la proposicion *a*, que indica cierta accesion de una cosa distante á otra cosa; *In homine invenitur absque Dei similitudo, quæ deducitur à Deo sicut ab exemplari, non tamen est similitudo secundum æqualitatem quia in infinitum excedit. Exemplar hoc tale exemplatum. Ideo dicitur in homine esse imago Dei non perfecta, sed imperfecta. Præpositio ad significat accessum quemdam, qui competit rei distant.*

« Dios mismo es quien ha trazado en el hombre su imágen espiritual. Jesucristo es imágen perfecta del Padre, y por eso se le dice LA IMAGEN, pero no se le dice A LA IMAGEN (como se dice del hombre, que ha sido hecho á la imágen de Dios). La semejanza perfecta de Dios no puede encontrarse sino en la identidad de naturaleza. La imágen (perfecta) de Dios no existe, por lo tanto, sino en su Hijo promogénito, así como la imágen del Rey existe en su hijo connatural. En el hombre la imágen de Dios se encuentra con una naturaleza diferente, al modo que la imágen del Rey se encuentra en una moneda de plata; *Deus ipse sibi in homine posuit spiritualem imaginem. Christus est perfecta imago Patris; et ideo dicitur IMAGO, et non AD IMAGINEM. Similitudo perfecta Dei non potest esse, nisi in identitate natura. Imago Dei est in Filio suo primogenito, ut imago Regis in filio sibi connaturali. In homine autem sicut in aliena natura, sicut imago Regis in nummo argenteo.* » (5, p. q. 95, p. 2.)

nerans producit sibi simile, secundum formam. La imágen artificial está fuera de la naturaleza, es la imágen del Rey representada en la moneda de plata.

La imágen natural de la naturaleza infinita no puede encontrarse sino en esta misma naturaleza; así, el Verbo eterno es verdaderamente la imágen natural del Padre, como el esplendor de su gloria; *Splendor gloriæ et imago substantiæ ipsius.* (*Hebr.*, 1, 3.)

En nuestro espíritu la imágen de Dios, de las personas divinas, en cierta manera no es mas que una imágen artificial. Las representa como el retrato representa las facciones de su prototipo, sin participar de su naturaleza. Dios se ha complacido en grabar en nuestro espíritu las facciones, las formas de su grandeza y de su divina hermosura; pero no ha formado el hombre de su propia sustancia. Conservándose todo entero en sí mismo, siendo simple é indivisible la naturaleza divina, se ha reflejado solamente en nosotros como el objeto se refleja sobre un espejo; y segun el bello pensamiento de Sto. Tomás, se ha repetido y se repite siempre en todas las inteligencias de los hombres, como un semblante, al mirarse en todos los pedazos de un espejo quebrado, reproduce su imágen entera en todos, y en todos la misma; *Sicut apparent diversæ facies in speculo fracto.* Así, las armonías entre la trinidad humana y la Trinidad divina, tan efectivas como son, porque Dios mismo las ha creado, *faciamus hominem ad imaginem nostram,* están muy léjos de notar en nosotros, seres creados, finitos, y por lo mismo imperfectos, la existencia de la Trinidad tal como existe en Dios, ser increado, infinito y perfecto.

15. Pero, admitido todo esto, no es menos verdadero que, como retrato, nuestras inteligencias representan fielmente el augusto misterio de la Trinidad.

¡Qué bello, por lo tanto, es ver esta inefable Trinidad dibujarse en nosotros de una manera tan admirable; *Cujus imago expressius invenitur in hominem!* Nuestra gloria pues, nuestra grandeza, de que debemos estar santamente envanecidos, no consiste en que marchemos en dos piés, en que nuestra mirada se pueda clavar en el cielo, en que dominemos la tierra, y aun en poseer un alma racional. Nuestra grandeza, nuestra gloria, consiste en que esta alma reasume á Dios en

si misma, lleva en sí misma á Dios en compendio, á Dios en miniatura, y en que es la imágen de la Unidad y de la Trinidad de Dios. *Non distas à pecore, dice San Agustin, nisi intellectu. Unde ergo melior es? Ex imagine Dei. Ubi imago? In mente, in intellectu. (In Joan., tract. 3.)*

En el divino libro de la *Sabiduria* se dice que Dios dispone del hombre con grande reverencia; *Cum magna reverentia disponis nos*. Ved pues la diferencia: el hombre odia al hombre, desprecia al hombre, trata de enseñorearse del hombre, de tiranizar al hombre, de explotar al hombre; pero Dios, autor, criador, señor natural del hombre, ama al hombre, respeta al hombre y le trata con la mayor reverencia; *Cum magna reverentia disponis nos. (Sapient., XII, 18.)*

Y aun cuando obra sobre la voluntad del hombre de la manera eficaz que le hace pasar del amor del vicio al amor de la virtud, no lo hace esto sino con los mayores miramientos, con la mayor delicadeza, con la mayor suavidad, sin herir su libertad; *Attingit à fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter. (Psal. VIII, 1.)* Y ¿por qué esto? Porque Dios ve en el hombre algo que le es caro y divino; ve en él su propia imágen, que él mismo ha dibujado; *Ad imaginem quippe Dei factus est homo. (Gen., IX, 6.)*

Y lo que solamente concilia al hombre el respecto, la veneracion de Dios (es palabra de la Santa Escritura) debe tambien conciliarle el respeto de los hombres. Un retrato, cuando se ignora el gran personaje que representa y el gran artista que lo ha trazado, no tiene ningun precio. Esto es lo que sucede al hombre cuando se olvida que es la imágen de Dios trazada por Dios mismo. Se hace despreciable, se convierte en materia explotable por la fuerza brutal. Y en efecto, recorred con vuestra imaginacion la tierra: por todas partes en que se ignora que el hombre es imágen de la Trinidad de Dios, se desconoce al hombre, se desprecia al hombre, se oprime al hombre.

Si entre nosotros observamos hombres que respetan al hombre, que aman al hombre, que se sacrifican por el hombre: si encontramos entre nosotros la verdadera civilizacion, que no es otra cosa que EL AMOR Y EL RESPETO DEL HOMBRE HACIA EL HOMBRE, consiste en que somos cristianos, en que sabemos,

en que creemos que el hombre es imagen preciosa del mismo Dios; y Dios, dignándose estar representado en el hombre, es quien hace nuestra gloria, nuestra dignidad y nuestra dicha.

Seamos pues agradecidos, bendita sea esta Trinidad amable, esta indivisible Unidad, que ha ejercitado en nosotros su misericordia y su bondad á punto de haber querido reflejarse, dibujarse, reproducirse en nosotros como en un espejo, como en un retrato, con toda su magnificencia, con toda su hermosura; *Benedicta sit sancta Trinitas atque indivisa Unitas quia fecit nobiscum misericordiam suam.* (*Offic. San Trin.*)

Acabamos de ver cuan admirable es en su imagen el augusto misterio de la Trinidad; veamos ahora cuan digno es de fe, aun por sus incomprensibilidades. Este es el objeto de mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

14. Es menester distinguir en la economía de la trinidad humana el *hecho* y el *cómo*. En cuanto al *hecho*, no hay medio de ponerlo en duda: algunos instantes de reflexion sobre las operaciones de nuestro propio espíritu bastan para convencernos de que todo acontece allí como lo acabo de exponer. Pero en cuanto al *cómo*, es muy diferente: no se sabe, no sabrá explicarse uno jamás á sí mismo *cómo* la inteligencia engendra el pensamiento, y como el amor se produce del pensamiento y de la inteligencia. No se sabrá jamás explicar *cómo* una sola y misma alma está al mismo tiempo toda entera en la inteligencia, en el pensamiento, en el amor. De suerte que siendo, como es, la trinidad humana un hecho incontestable, es y será siempre un profundo é impenetrable misterio. Son muy simples pues, muy inconsecuentes, los que se admiran de no comprender la Trinidad divina, cuando se ven obligados á confesar que nada entienden de la trinidad humana; y no comprenden á Dios, cuando se ven obligados

á reconocer que no se comprenden ellos mismo. No temamos pues reconocer y proclamar muy alto que el misterio de la Santísima Trinidad es incomprendible. Y ¿cómo comprender, en efecto, una naturaleza única, simple, indivisa é indivisible, que tiene tres personas, sin que la unidad de esta naturaleza confunda las personas, sin que la trinidad de estas personas divida la naturaleza? Cómo comprender este grande enigma de un solo Hijo agotando una fecundidad infinita, de un solo Espíritu Santo concluyendo un infinito amor? Cómo comprender en esta Trinidad divina al Padre engendrando á su Hijo sin serle anterior en el tiempo, al Hijo engendrado por el Padre sin relacion de dependencia, al Espíritu Santo procediendo del Padre y del Hijo sin inferioridad de condicion? Cómo comprender la misma generacion del Verbo, siempre perfecta y repitiéndose siempre; la misma procedencia del Espíritu Santo, cumplida siempre é incesantemente renovada?

¿Cómo comprender que en esta Trinidad se encuentran misiones sin salida, relaciones sin sujecion, oposiciones sin contrariedad? Cómo comprender, en fin, que cada una de las divinas personas tiene sus propiedades personales, y que, sin embargo, ninguna de ellas no es mas ni menos perfecta que las otras; que cada una de estas personas es eterna, omnipotente, inmensa, es Dios, y que, sin embargo, no son tres eternos, tres omnipotentes, tres inmensos, tres dioses, sino un solo y mismo Dios omnipotente é inmenso?

¡Ah! aquí el teólogo mas instruido no comprende mas que el cristiano mas ignorante; el eclesiástico, nada mas que el lego; el hombre formado, nada mas que el infante; el genio mas elevado, nada mas que la mujercilla mas idiota.

¡Ah! con relacion á este misterio todo entendimiento es obtuso, toda razon débil, toda capacidad limitada, toda luz oscura, toda ciencia insuficiente, todo esfuerzo impotente, toda tentativa es vana, é infructuosa toda temeridad. Los profetas, á quien Dios habia revelado este misterio, le han representado siempre como una luz inaccesible, como un enigma impenetrable, como un abismo sin fondo, un océano sin playas, una extension sin límites, un camino sin término; como un misterio en que Dios es el Dios profunda-

mente oculto en sí mismo; *Vere tu es Deus absconditus.* (Isai., xlv, 15.)

15. Pero admitido y confesado todo esto, digo que, léjos de que la incomprendibilidad de este misterio pueda debilitar su verdad, se presenta á todo espíritu razonable, tanto mas verdadero, tanto mas creible cuanto mas incomprendible es. Su incomprendibilidad misma es la prueba mas grande de que no es de la tierra, sino que proviene del cielo; que no ha sido inventado por el hombre, sino revelado por Dios. Los antiguos filósofos, segun advierte Sto. Tomás, han conocido ciertos atributos esenciales de Dios, que la fe católica apropia á las personas divinas, como el poder, la sabiduria y la bondad; *Philosophi non cognoverunt nisi quedam essentialia que appropriantur personis, scilicet potentia, sapientia, bonitas*; pero no han sospechado jamás la existencia del misterio de las personas divinas ni de lo que lo constituye; es decir, que no han conocido jamás nada de lo que es propio de este misterio: la Paternidad, la Filiacion, la Espiracion; *Sed non cognoverunt misterium divinarum personarum per propria que sunt Paternitas, Filiatio et Spiratio.* El *Logos* de Platon no era una persona *engendrada*, sino la razon ideal por la que Dios ha hecho todo.

Es que la razon no inventa lo que la razon no comprende.

La razon rechaza todo lo que la humilla, como el corazon aleja de sí todo lo que le mortifica. Por esto todas las religiones de formacion humana son mas ó menos accesibles á la razon, mas ó menos favorables á las pasiones, y no han propuesto jamás dogmas incomprendibles que creer, deberes severos que practicar. Por esta razon toda herejía no es mas que la negacion de un misterio que confunde la razon ó de una ley insoportable á las pasiones; y la incredulidad no es mas que la negacion completa de todo misterio y de toda ley en interés del orgullo del espíritu ó de la corrupcion del corazon. Dios, y Dios solo, ha podido revelar é imponer al hombre dogmas incomprendibles y leyes severas, y ser obedecido. La incomprendibilidad es uno de los admirables caracteres de la religion divina. Porque lo que es incomprendible al hombre no ha podido ser imaginado, inventado por el hombre, y por consiguiente es necesariamente é incontestablemente revelado por Dios.

Por lo mismo que el misterio de la Trinidad es incomprendible, y que el hombre no lo ha inventado, Dios es quien lo ha revelado, y desde luego es evidente é incontestablemente verdadero. Porque Dios, verdad infinita, no puede revelar mas que lo que es verdadero; « y es menester creer en Dios, dice San Hilario, en todo lo que él mismo se digna revelar-mos; *Ipsi Deo, de Deo, credendum est*. Por lo mismo que asombra nuestra pobre inteligencia, este misterio la sostiene. Sus mismas santas oscuridades, sus mismas augustas tinieblas, son una prueba sin réplica de su verdad. Es tanto mas creible, cuanto mas incomprendible es.

En segundo lugar, la razon reconoce que el finito no puede contener ni comprender lo infinito, y que si el hombre pudiera comprender á Dios, que es necesariamente infinito, ó el hombre seria Dios, ó Dios no seria mas que hombre. Un Dios que el hombre comprendiera en todo su ser y en su manera de ser, debería por lo mismo serle sospechoso y desconfiar de él; un Dios á quien el hombre comprendiera, no seria mas que un Dios que el hombre hubiera podido inventar; un Dios enteramente aceptable por la razon, podria ser muy bien obra de la razon. A fuerza de ser demasiado razonable, seria un Dios contrario á la razon.

La dignidad, la grandeza de la razon humana exige que ella no pliegue sus alas ante lo que le es igual ó inferior. La dignidad, la grandeza, la razon humana exigen que no adore sino lo que le es superior, lo que no comprende. Por lo mismo pues que el misterio de la Trinidad ó del ser divino supera los alcances de la razon y es incomprendible á la razon, es un misterio conforme á la razon, digno de los homenajes y del culto de la razon. Delante de tales misterios es donde se puede humillar la razon sin degradarse.

En fin, este misterio ha sido negado por los herejes, por los incrédulos, entre los que fácil es encontrar hombres de espíritu, de espíritu sutil, falso, y sobre todo, corazones corrompidos.

Pero hombres de verdadero genio yo no conozco ninguno; cuando este misterio incomprendible ha sido creído por los Dionisios, los Tertulianos, los Orígenes, los Ciprianos, los Lactancios, los Ireneos, los Atanasios, los Gregorios Nacian-

ceno, los Cirilos, los Basilio, los Crisóstomos, los Hilarios, los Ambrosios, los Jerónimos, los Agustinos, los Leones, los Gregorios, los Bernardos, los Anselmos, los Alberto el Grande, los Tomases, los Belarminos, los Suarez, los Leibnitz, los Newton, los Bossuet, los Fenelon, los Pascal, los mas grandes genios del mundo cristiano; cuando ha sido creído en el período de diez y ocho siglos por todo el mundo; cuando es creído en nuestros dias por trescientos ó cuatrocientos millones de cristianos diseminados por la superficie de la tierra, es decir, por lo mas elevado, lo mas notable que hay sobre la tierra en cultura, en virtud, en ciencia y en razon. Solo pues la voz de Dios ha podido extender esta creencia por el mundo; solo su mano omnipotente ha podido mantenerla y sujetar á ella los espíritus; solo su dedo ha podido escribirla en los corazones, hacerla aceptar con la fe mas humilde y hacerla amar con el mas perfecto amor. Por lo mismo pues que es incomprendible, es soberanamente creible este gran misterio: *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.* (Psal. xcii, 5.)

Así acabamos de ver algo de la inefable economía de la Trinidad en su imágen, de su credibilidad en su misma incomprendibilidad; réstanos decir todavía algunas palabras de su grandeza, de su magnificencia en sus efectos. Voy á hacerlo en mi última parte.

TERCERA PARTE.

16. Grande es aquella expresion por la que Dios mismo, al crear al hombre, ha revelado que grabó su imágen y su semejanza en el hombre; *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Las tres divinas Personas son las que han hablado así, las que parece en alguna manera haberse entendido entre sí, y las que han conferido al espíritu humano cada una de ellas lo que le es propio, habiéndose dibujado y reproducido en él ellas mismas: el Padre dándole el entendimiento, el Hijo la razon, el Espíritu Santo la voluntad. De suerte que el hombre, desde el primer instante de su crea-

cion, fué fiel imágen de la Trinidad de Dios y acabado retrato de su Criador.

Pero el hombre no supo guardar largo tiempo la alta nobleza de su origen, la inefable dignidad de su ser, que solo á el habia concedido Dios, segun San Agustin, de una manera exclusiva; *Deus nulli allii creature dedit quod sit ad imaginem suam, nisi homini.* (*Apud Santo Tomás.*, loc. cit.)

Entregándose al pecado, su entendimiento se hizo impotente para engendrar pensamientos santos y elevados, y ya no representó al Dios Padre. Su razon, abusando de su luz contra el que se la habia concedido, en lugar de complacerse en Dios, se contrajo á complacerse y enorgullecerse en sí misma, y ya no representó al Dios Hijo. La voluntad, corrompida y degradada por la perversidad con que se dirigió al mal, no representó ya al Dios Espíritu Santo. El hombre era fortaleza, sabiduría y amor, y se convirtió en debilidad, sinrazon y egoismo. La augusta imágen de la Trinidad, aun conservando sus facciones esenciales, quedó en él alterada, descolorida y deteriorada. El Dios trino y uno ya no pudo reconocerse en el hombre, dice el Profeta, en lugar de representar á Dios, de unirse á Dios y de vivir de la vida, de la inteligencia y del amor de Dios, no representó mas que al bruto, se asoció al bruto, participó de la vida, de la condicion del bruto, se apreció y se convirtió él mismo en bruto; *Homo cum in honore esset non intellexit comparatus est jumentis insipientibus similis factus est illis.* (*Psal.*)

Y esta imágen augusta, así desfigurada, no podia ser restaurada sino por el mismo divino Artista que la habia formado, no pudiendo nada ninguna fuerza, ninguna sabiduría creada para reformar la obra de la fuerza, de la Sabiduría creada. Ved pues á esta Santa Trinidad que se compadece del hombre, que descende hasta el hombre, y por medio del bautismo, en el que, revelando su naturaleza, manifiesta su obra, renueva su propia imágen en el hombre y borra la parte envejecida y extraña que habia en él, y restaura su obra, que habia alterado una mano enemiga; porque el bautismo, administrado de la manera que Jesucristo lo ha ordenado hoy, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; *Baptizantes eos in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*, nos

dice bastante que en nuestra regeneracion, llamada por San Pablo creacion nueva, *sed nova creatura* (*Galat.* vi, 15), las divinas personas nos dan algo que se les asemeja para la vida sobrenatural, así como en nuestra creacion nos habian dado algo que se les asemeja en la vida natural.

¡Oh, cuán grande, cuán sublime, cuán bello, cuán tierno es el misterio de la bondad de Dios en la restauracion del hombre! Tratemos de comprenderle en lo que nos sea posible, á fin de apreciarlo mejor.

17. Habiendo dicho Jesucristo : « Nadie viene á mí si mi Padre no lo conduce ; *Nemo venit ad me, nisi Pater meus traxerit eum* » (*Joan.*, vi, 44), nos ha revelado que la fe, el principio de toda vida espiritual, de toda religion, es donativo particular del Padre. Diciendo San Pedro : « Jesucristo nos ha regenerado en la esperanza viviente ; *Qui regeneravit nos in spem vivam* » (*1. Petr.*, i, 3), nos ha enseñado que la esperanza es el don particular del Hijo. Diciendo San Pablo : « La caridad de Dios está distribuida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos la ha concedido ; *Charitas Dei diffusa in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis* » (*Rom.*, v, 5), nos ha manifestado que la caridad es don particular del Espíritu Santo.

Y pues que por el bautismo recibimos la fe, la esperanza y la caridad, y el hábito de cada una de estas virtudes teologales, de estas virtudes divinas, es don particular de las personas divinas, ved á estas amables personas trabajando de concierto y dedicándose las tres á nuestra regeneracion, como concurrieron en otro tiempo las tres tambien á nuestra creacion ; y como el Padre nos dió entonces el entendimiento, el Hijo la razon, y el Espíritu Santo la voluntad, ved ahora al Padre dándonos la fe que ilumina nuestro entendimiento, al Hijo, la esperanza que eleva nuestra razon, y al Espíritu Santo, la caridad que purifica, que dirige, que coordina nuestra voluntad. Y por este hecho las tres potencias que forman la inteligencia del hombre son restauradas, los tres caracteres principales por los que las personas divinas están en el representadas, son retocados y aun embellecidos ; porque el entendimiento es iluminado por la luz de las verdades mas sublimes, la razon levantada por la fuerza de las mas nobles espe-

ranzas, la voluntad dirigida por el auxilio de las leyes mas perfectas, y la imágen de Dios en el hombre es vuelta al esplendor de su belleza, de su perfeccion primitiva, por la comunicacion mas íntima, por la efusion mas amplia en el hombre de los dones particulares de la Santísima Trinitad. A esta restauracion inefable es á la que hace alusion San Pablo cuando dice : « Despojáos del hombre antiguo ; revestíos del hombre nuevo, que ha sido de nuevo creado, segun Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad ; *Expoliantes veterem hominem, et induentes novum, qui renovatur in imaginem ejus qui creavit illum in justitia et sanctitate veritatis.* » (Col., III. ; Eph., LV.) Y ved tambien como la inefable Trinidad de personas está representada en nosotros por esta trinidad de virtudes en el órden sobrenatural, como ha sido representada en el órden natural por las facultades de nuestro espíritu. En el espíritu increado, en Dios, por el Padre es por quien está engendrado el Verbo, y del Padre y del Verbo procede el Espíritu Santo ; así como en nuestro espíritu creado el entendimiento es quien engendra la razon, y del entendimiento y de la razon es de quien procede la voluntad ; y de la misma manera en el espíritu restaurado, de la fe es de quien nace la esperanza, y de la fe y de la esperanza resulta la caridad. De suerte que, como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas, no son mas que un solo y mismo Dios, como el entendimiento, la razon, la voluntad, tres facultades distintas, no son mas que una sola en el hombre, de la misma manera la fe, la esperanza y la caridad, tres virtudes distintas, no son mas que un solo y mismo cristiano. Tres personas, ved á Dios ; tres facultades, ved al hombre ; tres virtudes, ved al cristiano. Así es, hermanos míos, como todo se coordina, se armoniza en la enseñanza católica, porque no es mas que la fiel expresion de la misma naturaleza, del mismo pensamiento divino reflejándose sobre el hombre por la creacion, reproduciéndose en el cristiano de una manera todavía mas elevada y mas perfecta por la redencion ; ved toda la doctrina católica, ved toda la creencia, toda la moral, todo el culto, toda la religion.

Y en efecto, el misterio de la Trinidad es tambien la base de todos los sacramentos. En el nombre de la Santísima Tri-

nidad, no solamente se bautiza al catecúmeno, sino que se confirma al cristiano, se absuelve al pecador, se dispensa la Eucaristía, se unge al enfermo, se consagra al sacerdote, se estrechan, se santifican los vínculos del matrimonio, « para que se sepa, dice San Agustín, que los dones, la gracia, la virtud no nos provienen sino de la Santísima Trinidad. » La fe y la gracia de la Trinidad es la que ilumina al infiel, convierte al hereje, justifica al malvado, santifica al justo. Esta fe y esta gracia es la que vigoriza al tímido, consuela al desgraciado, sostiene al tentado, calienta al tibio y hace progresar al fervoroso. Esta fe, esta gracia, es la que suministra celo al apóstol, fuerza al mártir, espíritu de oración al solitario, fervor al penitente, pureza á la virgen, y la generosidad del sacrificio al alma caritativa. Esta fe y esta gracia es la que dirige al hombre viajero en esta tierra, la que consuela al moribundo, que hace ligera la muerte, que recompensa al elegido y corona al santo.

¡Oh santa y amable Trinidad! No comprendemos bien lo que sois, pero vemos muy bien lo que obráis. Adivinamos pues la excelencia, la grandeza, la amabilidad de vuestra esencia, por la efusión de vuestras misericordias, por el esplendor de vuestras obras. Os reconocemos tres veces divina, porque ilumináis á todos vuestros creyentes; tres veces poderosa, porque fortificáis á todos vuestros confesores; tres veces santa, porque mejoráis y santificáis á todos vuestros adoradores.

Pero ¿cómo honraremos este grande é inefable misterio? Cómo testificaremos á Dios nuestro reconocimiento por habérsenosle revelado, por haberle grabado en nuestro espíritu, por habérsenosle hecho tan eficaz? En tres maneras correspondientes á estos tres beneficios.

18. Dios se ha dignado revelarnos este grande é inefable misterio; debemos pues creerle con una fe humilde, sumisa y generosa. En testimonio de que Dios es el señor de nuestro tiempo, debemos consagrarle una parte del tiempo, y de esto la observancia del domingo; en testimonio de que Dios es el dispensador de nuestros alimentos, debemos consagrarle una porción de estos alimentos; y de esto la práctica de la abstinencia y del ayuno, y de la misma manera, en testimonio de que Dios es el autor de nuestra razón, debemos consagrarle

una parte de nuestra razon, y de esto el culto de la fe en su palabra, en sus doctrinas, en sus misterios, y ante todo, en el misterio de la Santísima Trinidad. Y ¿por qué? Porque este es el primero de los misterios cristianos, en el que están comprendidos todos los demás; porque es la base del cristianismo, el fundamento de toda religion; porque, por lo mismo que es el misterio mas incomprendible, con nuestra fe en este misterio tributamos á Dios el homenaje mas honorífico.

La razon, el pensamiento, es lo mas grande que tiene el hombre, lo mas noble, lo mas elevado, lo que mas ama, y de lo que está mas envanecido y mas celoso. Por la fe pues humilde y generosa en este misterio, sacrificando á Dios esta razon y este pensamiento, le ofrecemos la mas noble ofrenda, el mayor sacrificio, el holocausto mas perfecto, el culto mas glorioso que criatura inteligente pueda ofrecer á su Creador. Como en la aplicacion que Dios hace de este misterio le concede lo mas grande que puede concederle; por lo mismo, por su fe en este misterio, el hombre ofrece á Dios lo mas precioso que ha recibido de él. Es Abraham ofreciendo á Dios lo que mas ama, lo que forma sus delicias y su gloria, su propio hijo. No me preguntéis pues, hermanos míos, por qué Dios ama tanto la Iglesia. Pues es porque, por la fe de la Iglesia en este misterio, recibe el mas brillante, el mas sublime homenaje, el mas digno de su majestad.

En este dia pues, consagrado en particular por la Iglesia al recuerdo, al culto de este gran misterio, unámonos á todos los cristianos esparcidos por la superficie de la tierra, y en la unidad de la misma fe y del mismo amor, prosternados al pie del trono de la Majestad infinita, digamos con una profunda humildad de espíritu, con una grande generosidad de corazon: « Creemos en vos, adoramos en vos, oh Trinidad una y verdadera, oh Deidad soberana, oh santa, unica é inefable Unidad ! Honor, gloria, alabanzas, bendiciones, acciones de gracias, os sean dadas por todos los siglos de los siglos. »

19. Dios ha querido grabar tambien el misterio de la Trinidad en nuestro espíritu. No debemos pues contentarnos con honrarle por la humildad de nuestra fe; debemos respetarle, rendirle homenaje en nosotros por la santidad de nuestras costumbres. Después que la fe en este misterio le haya some-

tido nuestra razón, debe también someterle nuestro corazón; después de haberle confesado con nuestras palabras, debemos confesarle también con nuestras obras y mostrarnos sus dignos adoradores. « No podemos asemejarnos más á Dios, dice San Ambrosio, que huyendo del mal. La imagen de Dios no se restablece en nosotros sino por la práctica del bien; porque al crearnos el divino Artífice se ha retratado el mismo en nosotros con los colores de la virtud; *Fuga malorum similitudo Dei est, et virtutibus imago Dei acquiritur. Itaque qui nos pinxit virtutum coloribus.* » (*De Bono mortis*, 11.) San Crisóstomo, San Cirilo, San Pedro Crisólogo y Clemente de Alejandría hablan del mismo modo.

Si tenemos un cuadro de gran precio, un cuadro de un grande artista, ¿ con qué cuidado no lo conservamos! ¡ Cuántas precauciones no tomamos por temor de que el contacto del aire no le ocasione grietas, el polvo no lo altere, la humedad no lo deteriore! Nosotros tenemos en nosotros el grande, el magnífico cuadro de la Santísima Trinidad, que Dios mismo se ha dignado trazar en nosotros con su divina mano. ¿ Con qué cuidado no debemos pues garantizar esta pintura tan noble, y al mismo tiempo tan delicada, del aire funesto de la ciencia profana, del polvo del mundo, de las manchas de la carne, del desorden de todas las pasiones, que podrían borrar sus facciones, alterar los colores, y dejar desconocido el divino original? Esto nos advierte la Santa Escritura cuando nos dice: « Guardad con todas las precauciones posibles vuestro corazón; *Omni custodia serva cor tuum.* » (*Proverb.*, iv, 23.)

Mirando Jesucristo una moneda con la imagen del César, dijo: « Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo.* » (*Matth.*, xxii, 21.)

Hombre cristiano, echa una mirada en tu corazón, y dime de quién es esa augusta imagen que encuentras grabada en él; *Cujus est imago hæc?* ¿ Podrás engañarte? ¿ Representa la criatura? ¿ No ves en ella expresada por altos relieves, por brillantes colores, al Dios trino y uno? No representa á Dios, y nada más que á Dios? Dad pues á las criaturas del mundo lo que les pertenece; pero reservad siempre para Dios, entregad á Dios, vuestro corazón, vuestro espíritu, que pertenece

á Dios, y que no pertenece sino á él; *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo.*

20. En fin, Dios ha hecho el misterio de la Trinidad soberanamente eficaz, lo ha establecido como el origen de todas las gracias, la razon de todo mérito, el titulo de toda recompensa. Debemos pues recurrir á él con invocacion frecuente.

Este es el ejemplo que nos da la Iglesia. Todo lo empieza por la señal de la cruz, acompañada de las mismas palabras que Jesucristo nos ha revelado hoy: *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, y que son la confesion, y la invocacion al mismo tiempo, de la Santísima Trinidad. Por esta confesion y por esta invocacion concluye tambien todos los himnos, termina todos los salmos, ofrece todas las oraciones. Mas de cien veces al dia obliga á sus ministros á confesar, á invocar, á alabar las tres divinas Personas; y todos sus oficios, todo su culto; ¿no es una confesion, una invocacion, una alabanza continua, afectuosa, confiante, de la Santísima Trinidad? Es porque sabe muy bien la Iglesia que no podemos decir nada que sea mas agradable á Dios, nada mas útil á nosotros mismos; es porque sabe muy bien que esta oracion, honrando á Dios, santifica al hombre; es porque sabe muy bien que todo lo que se hace sin la invocacion de la augusta Trinidad, cuando no vicioso y culpable, es vano y estéril para el hombre y para la sociedad.

En efecto, si en el orden político y civil está la Europa actualmente en una situacion de malestar, de embarazo, de incertidumbres y de espanto, es porque desde hace mucho tiempo se ha comenzado y seguido la accion civil y política en nombre del egoismo, en nombre de los intereses materiales, en nombre de un progreso absurdo en sus principios, mentiroso en sus promesas, ineficaz en sus operaciones, nulo, ó quizá funesto, en sus resultados. Pero no se ha pensado en comenzar este hecho inmenso *en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*; no se ha apoyado sino sobre el hombre, no se ha consultado mas que al hombre, no se ha llamado á Dios; *Non proposituerunt Deum ante conspectum suum*. No se ha invocado la poderosa Trinidad, en nombre de la cual solamente todo comienza bien, todo se mantiene.

todo se afirma, todo prospera, todo tiene consistencia y duracion.

No imitemos, hermanos míos, este olvido, insensato á los ojos mismos del verdadero filósofo, escandaloso á los ojos del cristiano. Que la invocacion de la Santísima Trinidad presida á todos nuestros designios, á todos nuestros proyectos, á todas nuestras acciones. Recordemos que esta confesion, esta invocacion frecuente, durante la vida será nuestra esperanza, nuestro consuelo en el supremo momento de la muerte; porque el ministro de la Iglesia, hablando en nombre de la Iglesia, inspirándose con la caridad de la Iglesia hácia nosotros para inclinar la justicia de Dios y atraer sobre nosotros sus misericordias, dirá entonces á Dios : « Señor, derramad sobre esta alma cristiana vuestras bondades, porque si ha tenido la desgracia de pecar, al menos no ha negado jamás, pero si creído y honrado, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; *Qui licet peccaverit Patrem, Filium et Spiritum Sanctum non negavit, sed credidit.* » (*Ordo commendat anim.*) Y después de haber dirigido á Dios tan fervorosa oracion, volviéndose hácia nosotros, nos dirá con confianza : « Alma cristiana, partid de este mundo en el nombre del Padre, que os ha creado; del Hijo, que os ha redimido, y del Espíritu Santo, que os ha santificado; *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo, in nomine Patris, qui te creavit; in nomine Filii, qui te redemit; in nomine Spiritus Sancti, qui te sanctificavit.* » (*Ibid.*) Y si nuestra última partida tiene lugar con estas disposiciones, nuestra salud eterna no es dudosa, habiéndolo hoy dicho Jesucristo : « Dichosos los que hayan creído sin haber visto : *Beati qui non viderunt et crediderunt.* » (*Evang. del domingo QUASIMODO.*)

Dulce y amoroso Jesús, divino Salvador de nuestras almas, os tomamos la palabra. Vos sois quien ha pronunciado esa grande y consoladora expresion, no podeis retractarla. Nosotros nos complacemos en creer sin comprender, queremos someternos á ese misterio sin verle. Sí, creemos, nos complacemos en creer como se debe creer, explicando nuestra fe por la confesion de la lengua y la práctica de buenas obras, y por lo tanto, no podeis excluarnos de vuestra beatitud; ella nos pertenece, es para nosotros, segun vuestra promesa, y nadie

puede arrancarnos este derecho ni dificultarnos su posesion ; *Beati qui non viderunt et crediderunt.* ; Ah ! concedednos la gracia de vivir en ella y morir en ella. No permitais que nos separemos jamás de esta fe, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. *Así sea.*

CONFERENCIA SÉTIMA.

EL HOMBRE.

Mercenarius autem, qui non est pastor ovium, videt lupum venientem, et dimittit oves et fugit, et lupus rapit et dispergit oves.

« El hombre asalariado que no es el verdadero pastor de las ovejas, viendo acercarse al lobo, las abandona y huye, y el lobo dispersa y destroza el ganado »

(Evang. del 2º Dom. después de Pascua.)

1. ESTE retrato que hace hoy el Salvador del mundo de los falsos pastores, de los pastores asalariados que se hallan al lado de los verdaderos pastores, de los pastores que se sacrifican por su Iglesia, conviene también perfectamente á ciertos hombres que están encargados de la alta é importante función de la enseñanza pública.

Hay en esta clase, lo reconozco con gusto, un número bastante grande de verdaderos pastores, animados del mas puro celo, de la mas valerosa abnegacion en favor de sus ovejas, de las tiernas inteligencias que las familias y el Estado les confían.

Pero hay, desgraciadamente, gran número de pastores mercenarios que, no ocupándose mas que de su aureola y de su provecho, no se curan del verdadero progreso de sus discípulos; que los abandonan, no, dice San Gregorio, variando de domicilio, sino privándoles de los socorros que necesitan; *Mercenarius fugit non mutando locum, sed subtrahendo solatium.* (*Homil. in Evang.*) No enseñan precisamente lo falso, pero no vigorizan bastante la juventud con una enseñanza sólida contra los destrozos de lo falso; y de esto lo que se ve, lo que se deplora generalmente, es que de ciertas es-

cuélas salen todos los días mas incrédulos que filósofos, mas victimas desgraciadas del error que discípulos á la verdad; *Et lupus rapit et dispergit oves.*

Esto consiste en que la carrera de la enseñanza se pone tambien muchas veces fuera de la ciencia cristiana, de la enseñanza de la Iglesia, donde solamente puede el hombre aprender lo que mas le importa conocer y practicar.

Expusimos ya la ventaja propia exclusivamente de la razon católica con relacion á la ciencia de Dios; hoy debemos consignarla con relacion á la ciencia del hombre. Vamos pues á ver por qué el alma humana está unida al cuerpo, y cuál es el destino del hombre en el órden natural y en el órden sobrenatural.

No salimos pues del objeto que nos hemos propuesto en estas conferencias. Continuarémos haciendo ver cuan injusta es la *razon filosófica* en vituperar á la razon católica el que no quiera abandonar las vias de la humilde sumision con respecto á la enseñanza de la Iglesia, pues que la razon católica por este medio está siempre en la realidad y en lo verdadero, cuando aquella, la razon filosófica, marchando fuera de estas vias, está siempre en lo vacío y en lo falso con relacion á lo que el hombre debe ante todo saber. Yo cuento mucho con la elevacion de vuestra inteligencia para haceros comprender las doctrinas abstractas con que voy á ocuparos, y mucho mas todavia con la luz del Altísimo, que imploro para vosotros y para mí por la intercesion de María. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

2. La filosofía puramente racional, la filosofía pagana antigua y moderna, nada ha comprendido nunca de la condicion del alma humana de estar unida al cuerpo, ni del destino del hombre desde luego en el órden natural.

Los pitagóricos, los platónicos, seguidos mas tarde por los origenianos, han soñado que el alma, en castigo de crímenes cometidos en un estado anterior, ha sido encerrada, como

en una prision, en el cuerpo. Los racionalistas, que llevan lo mas léjos posible el atrevimiento del absurdo, han venido á predicarnos en nuestros dias que solo hay un alma en el mundo, que encierra todos los seres animados, y de la que todos los cuerpos no son sino terminaciones accidentales, modificaciones pasajeras.

Los teistas, que no tienen valor para suscribir á semejantes doctrinas de una parte, ni dirigirse por otra á pedir á la ciencia cristiana la luz que les falta, se han visto reducidos á afirmar que el alma no está unida al cuerpo sino porque Dios lo ha querido así, sin que sepan por qué. Solo la razon católica, iluminándose con la antorcha de la fe y de las tradiciones humanitarias, ha conocido y revelado al mundo científico, que la ha olvidado desgraciadamente, la verdadera razon de la union del alma con el cuerpo, el destino del hombre en el orden natural, y ved cuáles son mas arriba sus profundas é importantes doctrinas.

3. Apoyándose en la parábola del Evangelio, del buen pastor que ha dejado sus noventa y nueve ovejas en el desierto (los ángeles en el cielo), para ir á buscar la centésima oveja, que se habia extraviado (la humanidad sobre la tierra), la razon católica ha concluido de esto que los ángeles son noventa y nueve veces mas numerosos que todos los hombres desde el principio hasta el fin del mundo.

« Los espíritus superiores, dice San Dionisio, forman una multitud tan grande de ejércitos de bienaventurados, que exceden enteramente en número los débiles y limitados cálculos de nuestros números materiales; *Multi sunt beati exercitus supernarum mentium infirmam et constrictam excedentes nostrorum materialium numerorum commensurationem.* » (*De Cœlest. Hierach.*, 14.) (1).

(1) No hay que admirarse de que Dios haya criado los ángeles en una multitud tan grande. « Dios, dice Santo Tomás, no tiene por objeto en la creacion de las cosas sino la perfeccion del universo; *Perfectio universi est illud quod præcipue Deus intendit in creatione rerum.* Cuanto mas perfecta es una cosa en la naturaleza, tanto mas se la debe multiplicar; *Quanto aliquid est perfectius in natura, tanto magis debet multiplicari.* Para esto ha creado Dios las cosas en un número tanto mas excesivo, cuanto son mas perfectas. En los simples cuerpos el exceso de la magnificencia está en la GRANDEZA, en las cosas incorporeales, en el NUMERO; *Sicut in corporibus attenditur excessus secundum magnitudinem; ita in rebus in corporeis attendi potest*

En esta inmensa multitud de espíritus celestes cada uno tiene un grado de inteligencia diferente, que le constituye en una especie diferente; no siendo los ángeles individuos de la misma especie, sino cada uno una especie del mismo género.

Ved la razón que da el doctor angélico de este grande hecho de la creación, del hecho de que entre los ángeles no hay muchos individuos de la misma especie, sino que cada individuo forma una especie por sí solo. Entre las sustancias incorpóreas, dice, no puede haber diversidad con relación al número, sin que haya también diversidad con relación á la especie, y desigualdad con relación á la naturaleza; *In substantiis incorporeis non potest esse diversitas secundum numerum absque diversitate secundum speciem, et absque naturali inæqualitate.*» (1, p. q. 75, a 7.) Las cosas que se asemejan en la especie y difieren entre ellas por el nombre, como los hombres entre sí, se asemejan por la *forma* y difieren por la materia; pero los ángeles no son compuestos como el hombre, de materia (el cuerpo) y de forma (el alma). Es imposible pues que dos ángeles sean de la misma especie (1).

Pero ¿qué es lo que constituye esta diferencia específica, por consecuencia de la cual cada ángel forma una especie diferente de la del otro? Sto. Tomás va á decirnoslo. « En Dios, dice, toda la plenitud del conocimiento intelectual se contiene como en uno, á saber, en la ciencia divina, por la que Dios conoce todas las cosas. En las criaturas intelectuales esta ple-

excessus secundum multitudinem. Los cuerpos incorruptibles (los cuerpos celestes) siendo los mas perfectos entre los cuerpos simples, exceden incomparablemente en grandeza á los cuerpos corruptibles (los cuerpos terrestres). Era pues razonable que las sustancias inmateriales excediesen incomparablemente, con relación al número, á las sustancias materiales; *Corpora incorruptibilia que sunt perfectiora inter corpora, excedunt quasi incomparabiliter, secundum magnitudinem, corpora corruptibilia. Unde rationabile est quod substantiæ immateriales excedant, secundum multitudinem substantiæ materiales incomparabiliter.*» (1, p. q. 50, a. 5.)

(1) *Ea quæ conveniunt specie et differunt numero conveniunt in forma, sed distinguuntur materialiter. Angeli non sunt compositi ex materia et forma. Ergo impossibile est esse duos angelos unius speciei.* (1, p. q. 50, a. 4.) La perfeccion de la naturaleza angélica exige la multiplicacion de las especies, y no la multiplicacion de los individuos de la misma especie; *Perfectio naturæ angelicæ requirit multiplicationem specierum, non autem individuum in sua specie.* (*Ibid.*)

nitudo inteligible se encuentra de una manera muy inferior y menos simple. Por lo tanto, lo que Dios conoce por un solo *acto*, los espíritus inferiores no lo conocen sino por *muchos actos*, y aun por actos tanto mas numerosos cuanto mas inferiores son estos espíritus. La superioridad pues de un ángel respecto de otro consiste en que abraza la universalidad de las cosas inteligibles por un número menor de especies que el ángel inferior á él (1).

Es tambien muy razonable creer que el Criador haya diversificado por un número tan grande de especie la naturaleza angélica, pues que vemos que ha diversificado tambien por infinidad de especies la naturaleza animal (2), desde los animales mas grandes y mas perfectos, hasta los mas pequeños y mas imperfectos animales.

El orden perfecto no admite diferencias sin gradaciones. Quitad las gradaciones entre los seres, y no abrá mas que disonancia y desorden. El orden resulta del escalafon de los seres, colocados de manera que el punto menos perfecto del ser que precede toque al punto mas perfecto del que le sigue. Esta es la condicion necesaria, la ley inmutable del orden.

Con el fin pues de que hubiese orden en la naturaleza animal, Dios ha diferenciado gradualmente las especies de los animales, desde el águila, el orangutan y la ballena hasta el mosquito mas pequeño, hasta el gusano y el molusco, donde concluye *la vida sensitiva*. De la misma manera, con el fin de que hubiese orden en la naturaleza espiritual, Dios ha diversificado las especies de los espíritus, desde el primero de los ángeles hasta el espíritu del hombre, el mas débil y el mas imperfecto entre los espíritus, y donde concluye *la vida intelectual*. Esta doctrina se halla contenida en estas palabras de Santo Tomás, que será nuestro guia y nuestra luz en discus-

(1) « In Deo tota plenitudo intellectualis cognitionis est in uno, scilicet in essentia divina, per quam Deus, omnia cognoscit. Quae intelligibilibus creaturis, inferiori modo, minus simpliciter invenitur. Unde quae Deus cognoscit per unum, inferiores intellectus cognoscunt per multa, et tanto amplius per plura quanto amplius intellectus inferior fuerit. Quanto angelus est superior, tanto per pauciores species universalitatem intelligibilium apprehendere potest. » (1, p. q. 54, a. 5.)

(2) « Sicut non omnia sensibilia sunt ejusdem speciei, ita nec omnia intelligibilia. » (1, D. Th., p. q. 75, a. 7.)

sion tan grave : *Manifestum est (dice) inter substantias intellectuales, secundum naturæ ordinem infimas esse animas humanas. Hoc autem perfectio universi exigebat ut diversi gradus essent in rebus.* (1, p. q. 59, a 1.)

4. Pero es preciso ver en qué consiste esa debilidad del alma humana, por la que está colocada en último grado en el orden de las inteligencias.

El ser *universal* es el objeto del entendimiento, como el ser *singular* lo es del sentido. El entendimiento increado concibe lo universal por su propia esencia ; pero los entendimientos creados no lo conciben sino en tanto que el entendimiento divino refleja en ellos su luz eterna ; *In omnibus intellectualibus substantiis invenitur virtus intellectiva influentiam luminis divini.* (*Ibid.*)

Esta luz inefable, una y simple en su primer principio, no se refleja de la misma manera sobre todos los entendimientos creados : segun que se hallan mas inmediatos ó mas lejanos del entendimiento divino, reciben una luz mas ó menos intensa ; un grado mas ó menos perfecto de inteligencia, que constituye su diferencia específica ; *Quod lumen in primo principio est unum in simplex ; et quanto magis creature distant à primo principio, tanto magis lumen illud diversificatur.* (*Ibid.*)

Así pues como el primero de los ángeles recibe, en algun modo, en todo su esplendor la luz divina, por su proximidad al entendimiento divino, de la misma manera, á causa de su alejamiento de este mismo entendimiento, el alma humana no recibe mas que un pálido resplendor de la misma luz, que constituye la facultad intelectual de la inteligencia creada.

Se sigue de esto que el alma humana, á causa de la debilidad de su virtud intelectual, no puede comprender lo universal de una manera clara y directa, como los ángeles, y que si se la hubiera dejado en el estado de *sustancia separada* de toda organizacion corporal, no podría conocer lo *universal* sino en general y de una manera confusa é imperfecta ; *Non haberet cognitionem perfectam, sed confusam in communi.* (*Ibid.*)

El hombre corto de vista necesita de anteojos para ver á mayor distancia y mas distintamente los objetos ; de la misma

manera el cuerpo ha sido entregado al alma con el fin de que, recibiendo esta por medio del cuerpo imágenes claras y determinadas de los objetos sensibles y singulares, y abstrayendo de estas imágenes concepciones intelectuales y generales, pueda elevarse también á comprender lo espiritual y lo universal, y obtener un conocimiento propio, claro y perfecto de estas cosas: *Ad hoc ergo ut perfectam et propriam cognitionem de rebus haberent, sic naturaliter animæ humanæ sunt constitutæ ut corporibus uniantur, et intelligant per conversionem ad phantasmata, et sic à rebus sensibilibus, de his (rebus insensibilibus) cognitio accipiant.* (*Ibid.*)

« No es cierto, por lo tanto, concluye Sto. Tomás, que el cuerpo sea un pesado fardo, una *prision* oscura para el alma (*como ser intelectual*). Es, por el contrario, un instrumento por medio del cual, solamente durante la vida, puede ejercer su operacion especifica, la operacion de entender y de conseguir uno de los fines de su ser; y es manifiesto, por lo mismo, que el alma está unida al cuerpo para su mayor ventaja; *Sic ergo patet quod propter melius animæ est, ut ea corpori uniatur.* » (*Ibid.*) (1).

5. Pero desenvolvamos mas todavía esta importante doctrina.

« Conviene al orden del universo, dice también Sto. Tomás, que la suprema criatura intelectual sea *enteramente* intelectual, y no solamente en parte, como lo es nuestra alma (que es también sensitiva); *Convenit ordini universo ut suprema creatura intellectualis sit totaliter intellectiva, et non secundum partem, ut anima nostra.* » (I, p. q. 35, a 5.)

Porque por todas partes y en todo género de seres, cuan-

(1) « El alma humana, dice en otra parte Sto. Tomás, no es por sí sola todo el hombre; no constituye por sí sola la naturaleza humana; no es mas que una parte de ella; y por consiguiente, es claro que no tiene y no puede tener su perfeccion natural sino en tanto que se halla unida al cuerpo; *Anima cum sit pars humanæ naturæ non habet naturalem perfectionem, nisi secundum quod est corpori unita.* » (I, p. q. 90, a. 4.) « El cuerpo, dice también el mismo doctor, no es de la esencia del alma; pero el alma tiene por la misma naturaleza de su esencia el deber de estar unida al cuerpo, por esto no el alma sola, sino todo el compuesto de alma y cuerpo, es lo que forma precisamente la especie humana: *Corpus non est de essentia animæ. Sed anima ex natura suæ essentia habet quod sit corpori unibilis. Unde nec proprie anima est in specie, sed compositum.* » (*Ibid.*, p. q. 75, a. 7.)

do existe algun ser imperfecto, es necesario que exista otro ser perfecto en el mismo género. Es cierto pues que existen en la naturaleza intelectual sustancias perfectas que no necesitan adquirir la ciencia por medio de cosas sensibles. Se sigue de esto que no todas las sustancias intelectuales están unidas á un cuerpo, sino que las hay que están absolutamente separadas del cuerpo; y estas son las sustancias que llamamos ANGELES (1).

Estos ángeles tienen entre las sustancias espirituales el mismo rango que los cuerpos celestes entre las sustancias corporales. Los cuerpos celestes difieren de los cuerpos terrestres en que estos obtienen por la mutacion y el movimiento su última perfeccion, cuando los cuerpos celestes adquieren su última perfeccion de una vez y por su propia naturaleza. Del mismo modo los entendimientos inferiores, ó de los hombres, no obtienen la perfeccion de su operacion intelectual en el conocimiento de la verdad sino por una especie de movimiento, es decir, por el *discurso*, en tanto que proceden de una cosa conocida á otra desconocida.

Si, por el contrario, en el conocimiento mismo del principio conocido lo vieran todo de seguida, como las cosas conocidas, todas las conclusiones y las consecuencias de este principio, el discurso no tendria lugar en ellos. Esto es precisamente lo que sucede en los ángeles, porque en todo lo que conocen naturalmente desde el principio, lo ven todo de una vez, con todo lo que se relaciona con ello y puede ser conocido. Así, el ángel, entendiendole *lo que es una cosa*, entiende al mismo tiempo todo lo que se refiere ó no se refiere á ella; y por una sola y simple cosa entendida, entiende todo lo que pertenece ó no pertenece á la cosa, y conoce de seguida todas sus relaciones, que nosotros no podemos conocer sino discurrendo, ó bien por la via de composicion ó de descomposicion (1).

(1) « In quocumque genere invenitur aliquid imperfectum oportet præexistere aliquid perfectum in genere illo. Sunt igitur aliquæ substantiæ perfectæ intellectuales in intellectuali natura, non indigentes acquirere scientiam à sensibilibus rebus. Non igitur omnes substantiæ intellectuales sunt unitæ corporibus, sed aliqua sunt à corporibus separatæ, et has dicimus *angelos*. » (1, p. q. 51, a. 1.)

(2) « Angeli illum gradum tenent in substantiis spiritualibus quem cor-

Las sustancias intelectivas inferiores (las almas humanas no tienen la potencia intelectual *naturalmente* completa (en su ejercicio); pero esta potencia se completa sucesivamente en ellas á proporcion que reciben las especies inteligibles de las cosas. En las sustancias espirituales superiores (los ángeles) la potencia intelectual está naturalmente completa con las especies inteligibles que le son connaturales, en tanto que tienen especies inteligibles connaturales para comprender todo lo que ellas pueden conocer naturalmente (1).

Las sustancias espirituales inferiores, en tanto que son *forma* del cuerpo, tienen alguna afinidad con el cuerpo; les conviene pues, en razon de este mismo modo de su existencia, obtener su perfeccion inteligible de los cuerpos y por los cuerpos. De otra manera no habria ninguna razon para que estuviesen unidas al cuerpo. Las sustancias superiores están absolutamente separadas de los cuerpos, y subsisten de una manera inmaterial y en el ser puramente inteligible. Obtienen pues su perfeccion intelectual por una infusion intelectual, por la cual han recibido del mismo Dios las especies de las cosas conocidas, al mismo tiempo que han recibido su naturaleza intelectual (2).

pora cœlestia in substantiis corporalibus. Est autem hæc differentia inter cœlestia et terrena corpora quod corpora terrena per mutationem et motum adipiscuntur suam ultimam perfectionem corpora vero cœlestia statim ex ipsa sua natura suam ultimam perfectionem habent. Sic igitur et inferiores intellectus, nempe hominum, per quemdam motum et discursum intellectualis operationis perfectionem in cognitione veritatis, adipiscuntur; dum, scilicet, ex uno cognito in aliud cognitum procedunt. Si autem statim, in ipsa cognitione principii, ipsi inspicerent, quasi notas, omnes conclusiones, consequentias, in eis discursus locum non haberet. Et hoc est in angelis, quia statim in illis, quæ primo naturaliter cognoscunt, inspiciunt omnia quæcumque in eis cognosci possunt. Angelus, intelligendo quod quid est alicujus rei, simul intelligit quidquid ei attribui potest vel removeri ab ea. Unde intelligendo quod quid est, intelligit quidquid nos intelligere possumus componendo et dividendo, per unum suum simplex intellectum. » (1, p. q. 58, a. 3.)

(1) « Inferiores substantiæ intellectivæ habent potentiam intellectivam non completam naturaliter, sed completur in eis successive per hoc quod accipiunt species intelligibiles à rebus. Potentia intellectiva, in substantiis spiritualibus superioribus, naturaliter completa est per species intelligibiles connaturales; in quantum habent species intelligibiles connaturales ad omnia intelligenda quæ naturaliter cognosci possunt. » (1, p. q. 54, a. 2.)

(2) « Substantia spirituales inferiores habent esse affixæ corpori in quantum sunt corporum formæ; et ideo, ex ipso modo essendi competit eis ut à corporibus et per corpora suam perfectionem intelligibilem consequantur:

Todo lo que acontece en alguna naturaleza no se encuentra *universalmente* por esto en la misma naturaleza. Así es como, encontrándose individuos de la naturaleza animal que tienen alas, no todos los animales, sin embargo, las tienen, porque no conviene á todo animal tener alas, y el tener alas no es de necesidad en la naturaleza del ser animal. Y pues que *el entender* no es un *acto* propio del cuerpo, no es de necesidad en la naturaleza de la sustancia inteligente, como tal, el estar unido al cuerpo. Esto no sucede pues sino á cierta sustancia intelectual, no á causa de su naturaleza, sino á causa de algunas circunstancias particulares, como, por ejemplo, al alma humana, á la que conviene estar unida al cuerpo porque es imperfecta, porque existe en el género de las sustancias intelectuales en estado de potencia de entender; pero no es siempre *actualmente inteligente*, porque no posee en su naturaleza la plenitud de la ciencia, sino que la adquiere de las cosas sensibles por medio de los sentidos corporales (1).

Ya veis, queridos hermanos míos, como la razón católica se ha explicado la debilidad natural del alma humana como ser inteligente.

Toda esta doctrina se reduce á éstas dos proposiciones :

I. « La ley general del orden que exige gradaciones de toda especie en la serie de los seres inteligentes, es la razón natural de la debilidad de la virtud intelectual del alma humana. »

II. « La debilidad natural de la virtud intelectual del alma humana es razón natural, por la que el alma está unida al cuerpo. »

alioquin frustra corporibus unirentur. Substantiæ vero superiores sunt à corporibus totaliter absolute immaterialiter et in esse intelligibile subsistentes et ideo quasi perfectionem intelligibilem consequuntur per intelligibilem effluxum quo à Deo species rerum cognitarum acceperant simul ac intellectuali natura, » (t. p. q. 54, a. 2.)

(1) « Quod accidit alicui nature, non invenitur universaliter in natura illa, sicut habere alas, quia non est de ratione animalis non convenit omni animali. Cum intelligere non sit actus corporis, habere corpus unitum non est de ratione substantiæ intellectualis, in quantum hujusmodi, sed accidit alicui substantiæ intellectuali propter aliquid aliud, sicut animæ humanæ, cui competit uniti corpori quia est imperfecta, et in potentia existens in genere intellectualium substantiarum, non habens in sua natura plenitudinem scientiæ, sed acquirens eam per sensus corporis à sensibilibus rebus. » (t. p. q. 54, a. 5.)

Estos no son los principios de la verdadera doctrina respecto de la union del alma humana con el cuerpo. Pero la naturaleza de una causa se conoce lo mismo en sus efectos que en ella misma. Veamos pues ahora las principales consecuencias de esta misma doctrina : ellas nos harán conocer mejor su importancia y su verdad. Esto es lo que harémos en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

6. Segun lo que acabo de establecer sobre la necesidad de la union del alma con el cuerpo, podrá suceder que alguno de vosotros diga en voz baja : « Si fuera verdad que el alma es un ser imperfecto, y no puede pensar sin el cuerpo, ¿ cómo haria para entender, y cuál seria su estado cuando la muerte la hubiera separado del cuerpo ? Por sólida, por razonable que pueda aparecer esta doctrina, y fundada sobre los principios de Sto. Tomás, no es menos cierto que se podria abusar de ella en favor del sensualismo y del materialismo. »

A lo que podria yo responder desde luego que una verdad no es menos verdad cuando es de derecho, y aun de deber, del ministro de la Iglesia predicarla, porque espíritus falsos ó malvados pueden abusar de ella en favor del error. Pero independientemente de esta advertencia general, me considero dichoso en poderos demostrar que, léjos de que la doctrina que acabo de exponeros pueda suministrar pretextos al sensualismo y al materialismo, es, por el contrario, una doctrina cuya primera consecuencia consiste en suministrar nuevos argumentos en favor de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma.

7. Digo pues, de acuerdo con Sto. Tomás, que el alma, separada del cuerpo por la muerte, no concebiria menos el ser universal, sea en virtud de los hábitos que ha contraído durante esta vida, sea por la luz de la gloria que se refleja en ella por el Verbo, en el cual las almas de los bienaventurados verán tambien, segun Sto. Tomás, un número tanto mas

grande de cosas, cuanto mas perfectamente completen al Verbo; *Beati tanto plura vident in Verbo, quanto perfectius intuentur Verbum.*

« Pero durante su union con el cuerpo, es tal, dice este grande doctor, la condicion del entendimiento humano, que no puede ver nada sino por medio de imágenes; *Intellectus humanus in statu presentis vite nihil videt, sine phantasmate.* » (*De Anima.*) (1).

Sin embargo, es menester no olvidar que la virtud intelectual, por medio de la que el alma extrae de las imágenes sensibles que le trasmite el cuerpo, concepciones intelectuales, se forma ideas y se eleva de lo sensible á lo espiritual, de lo singular á lo universal, es menester no olvidar que esta virtud le proviene de lo alto, no siendo el entendimiento agente sino la participacion de la luz intelectual que el alma extrae de la fuente de toda luz, es decir, de Dios; *Intellectus agens nihil aliud est, nisi participatio intellectualis luminis, quod anima habet à fonte totius luminis nempe Deo.* (1, p. q. 79, a. 4.)

El entender no puede ser acto del cuerpo ni de ninguna virtud corporal, porque todo cuerpo está determinado para lo que existe en un cierto lugar y en un cierto tiempo, mientras que el entender mira lo general y lo universal; *Intelligere non potest esse actus corporis nec alicujus virtutis corporee, quia omne corpus determinatur ad hic et nunc.* (1, p. q. 50, a. 1.)

No se atiende á que el entendimiento, siendo una facultad espiritual, no puede comprender ni aun lo corporal, sino por una operacion por la que lo espiritualiza y se lo asimila, y

(1) Pero estas imágenes ó fantasmas no son la causa de que nosotros comprendamos. « La imagen ó el fantasma, dice Sto. Tomás, está con el entendimiento en la misma relacion que los colores con el sentido de la vista. Como las especies de los colores se trazan en la vista, así las especies de los fantasmas se trazan en el entendimiento *potente* (ó en potencia). Está pues manifiesto que de que los fantasmas ó las imágenes de los objetos exteriores se produzcan en el entendimiento, no se debe atribuir á estos objetos la accion de entender, lo mismo que porque los colores que están en la muralla produzcan su semejanza en la vista, no se atribuye á la muralla la accion de ver; *Sic se habet phantasma ad intellectum sicut colores ad visum, sicut species colorum sunt in visu, ita species phantasmatum sunt in intellectu possibili. Patet autem quod ex hoc quod colores sunt in pariete, quorum similitudines sunt in visu actio visus non attribuitur parieti.* » (1, p. q. 76, a. 6.)

entonces solamente es cuando se lo hace inteligible. Esta es la operacion propia del *entendimiento agente*. « La operacion de los seres, ha dicho Sto. Tomás, es conforme á su sustancia. *Entender* es una operacion absolutamente inmaterial. Nada pues (material) puede ser comprendido sino en cuanto ha sido abstraído de la materia. El entendimiento no concibe las cosas segun *la naturaleza de ellas*, sino segun *su propia naturaleza*. Las cosas materiales que están sobre nuestro entendimiento se encuentran pues en él (después de haber sido comprendidas) de una manera mas simple que lo son en sí mismas (1). »

En el grande y profundo misterio de la inteleccion no se trata pues de una simple *atencion* que, como ha pretendido la escuela sensualista, ejecuta el espíritu en la fantasma de los objetos exteriores que la sensacion pinta en la imaginacion, sino que se trata de una operacion inmensa, por la cual, despojando el espíritu esta fantasma, de todas sus condiciones materiales, la espiritualiza en algun modo, formando de ella una concepcion intelectual; y después de esta operacion inefable es cuando el objeto material se hace inteligible, ó bien abstracto de la materia, y se hace de este modo conforme á la naturaleza del entendimiento (2).

Las imágenes que le vienen por los sentidos son la materia sobre que se ejerce la operacion del entendimiento agente; pero no son el principio y la causa de esta operacion; asi como el mármol es la materia sobre que el artista ejercita su talento y forma la estatua, pero no es el principio, la causa de este talento; asi como los objetos sensibles son la materia sobre que se ejercita la facultad de ver, pero no son el principio, la causa de esta facultad.

(1) « Operatio cujuslibet rei est secundum modum substantie ejus. Intellegere est operatio penitus immaterialis. Unumquodque intelligitur in quantum á materia abstrahitur. Intellectus non apprehendit res secundum modum earum, sed secundum modum suum. Res materiales, que sunt infra intellectum nostrum, simpliciori modo sunt in intellectu quam sint in se ipsis. » (1, p. q. 90, a. 2.)

(2) En este sentido Condillac hubiera tocado una gran verdad, sin comprenderla, cuando ha definido las ideas *de las sensaciones transformadas*. Pero la escuela del Locke era demasiado grosera para poderse elevar á semejantes concepciones, y nada ha comprendido de la naturaleza del espíritu humano, porque ella ni aun ha dudado siquiera de esta facultad divina del espíritu que se llama *entendimiento agente*, sin la cual nada se explica ni nada se comprende de las operaciones de la inteligencia.

El alma humana pues, aun dependiendo del cuerpo para *sentir*, no depende de él para *comprender*. Independientemente de su organizacion corporal, lleva en sí misma desde su creacion la noble y sublime facultad de comprender, y la ejercita con plena independencia del cuerpo sobre las imágenes que le son presentadas por el cuerpo.

« La operacion propia del hombre, como tal hombre, es, dice Sto. Tomás, la operacion de comprender; porque por esta sublime é inefable operacion es por lo que se distingue de todos los seres animados; *Propria operatio hominis, in quantum homo, est intelligere: per hoc enim ab omnibus aliis differt.* » (*Metaphis.*, lib. 1.)

Toda sustancia independiente en su *operacion*, es tambien independiente en su *existencia*. Toda sustancia que obra por sí misma, subsiste por sí misma; porque las sustancias subsisten en las mismas condiciones en que obran; *Quod per se operatur, per se subsistit. Operatio sequitur esse.* Estos son axiomas de la filosofía cristiana.

Y pues el alma humana no depende del cuerpo en su operacion esencial, específica, la operacion de comprender, pues que comprende por sí misma, ella existe tambien porque Dios así la ha creado, en sí misma y por sí misma. Y desde luego tiene una *subsistencia* que le es propia, es un ser subsistente en sí mismo; porque todo ser que no existe en otro ser, sino en el mismo, es un ser subsistente en sí mismo; *Illa subsistere dicimus que non in alio, sed in se existunt.* (D. Thom.) El cuerpo es el instrumento de esta operacion; pero no es la causa, y es menos todavia causa de la subsistencia del alma.

« Si la forma, dice Sto. Tomás, subsiste en su ser, no puede perder este ser. Todo lo que obra no obra sino segun la manera con que está en accion; su operacion indica pues su ser, y la especie y el modo de la operacion se comprende por su objeto. Lo inteligible que es el objeto del entendimiento, siendo superior al tiempo, es eterno. Por consiguiente toda sustancia intelectual es incorruptible por su naturaleza, pues que, siendo su operacion, así como su objeto, eterno, ella es tambien un ser eterno (1).

(1) « Si ipsa forma subsistat, non potest amittere esse. Unumquodque operatur secundum quod est actu. Operatio rei indicat esse ipsius. Species

« Separada pues del cuerpo el alma inteligente, pierde el instrumento de su operacion perfecta, que puede ser substituido, que es substituido en efecto por otros medios; pero ella no pierde la independencia de su existencia ni la independencia de su operacion. En ausencia del cuerpo, subsiste siempre, así como opera siempre. Ella sobrevive á la disolucion del cuerpo, ella es inmortal (1). »

8. Véase, por lo tanto, cuán importante es la primera consecuencia de la doctrina que acabo de exponer. Es quizá una de las pruebas mas directas y mas sólidas en favor del dogma de la inmortalidad del alma. Pero véase la segunda consecuencia que dimana de la misma doctrina, y que no es menos grave ni menos importante.

Platon, seguido en los tiempos modernos por Descartes, habia dicho que el alma humana no está unida al cuerpo sino como el motor al movido ó el barquero á su barquilla. Nada es mas falso, como he demostrado en mi segunda conferencia; porque el motor y el movido, el barquero y su barquilla, son dos seres completos, que tiene cada uno su existencia, su manera de ser, independientemente el uno del otro, y unidos en su conjunto del modo mas accidental y pasajero; cuando, segun lo que acabamos de establecer sobre la necesidad que el alma tiene del cuerpo para ejercitar su accion intelectual durante esta vida, y de la necesidad que el cuerpo tiene del alma para existir, el alma y el cuerpo del hombre son incompletos, completándose y teniendo una operacion única y perfecta por su union y en su union; estos dos seres están unidos en su conjunto de una manera sustancial, como la forma está unida á su materia y constituye un compuesto sustancial (2).

et ratio operationis ex objecto comprehenditur. Objectum intelligibile, cum sit supra tempus, est sempiternum. Unde omnis substantia intellectualis est incorruptibilis secundum suam naturam. » (1, p. q. 50, a. 5.)

(1) Un filósofo inglés ha definido la muerte, NUESTRA separacion de nuestro cuerpo. No se puede decir nada mejor; porque el yo en nosotros permanece siempre después de la muerte.

(2) La razon de esto es, segun Sto. Tomás, que la sustancia incorporea que tiene relacion de existencia con una sustancia corporal, la contiene, y no está, sin embargo, contenida en ella. El alma humana está pues en el cuerpo como el *conteniente*, y no como el *contenido*. Ella es quien contiene ó hace existir al cuerpo; pero no está contenida en el cuerpo y no existe por el cuerpo; *Substantia incorporea, sua virtute contingens rem incorpo-*

Luego repugna á las leyes naturales que una forma siempre subsistente esté siempre separada de la materia que le habia sido destinada y á la que ha estado sustancialmente unida.

Desde el punto pues que el alma humana está unida al cuerpo, no como el motor al movido, el señor al esclavo, el barquero á su barquilla, como habia soñado la razon filosófica, sino, como la Iglesia lo habia declarado en el concilio general de Viena, como *forma* (1) sustancial del cuerpo; *Qui affirmare præsumpserit animam intellectivam non esse formam essentialem corporis, hæreticus censendus est*; desde el punto que el alma humana está así unida al cuerpo en virtud de una ley natural, por una necesidad de su esencia, que la ha unido al cuerpo, como la forma á su materia, es manifestado, dice tambien Sto. Tomás, que es contra la naturaleza del alma el que esté siempre separada del cuerpo; *Manifestum est quod anima corpori naturaliter unitur; es enim, secundum suam essentialiam, forma corporis: est igitur contra naturam animam sine corpore esse.* (*Summa contra Gentil.*, lib. iv, c. 8).

Pero nada de lo que es contra la naturaleza puede ser perpetuo ni puede durar siempre; no sucederá pues, no será: no puede suceder, no puede ser, que el alma humana esté para siempre sin su propio cuerpo; *Nihil autem quod est contra naturam potest esse perpetuum. Non igitur perpetuo anima sine corpore erit.* (*Ibid.*)

Dios, dice la Santa Escritura, habia creado al hombre de modo que no pudiera ser exterminado bajo ningun concepto; *Creavit Deus hominem inexterminabilem.* » (*Sap.*, II, 23.) « Instituyendo la naturaleza humana Dios, dice tambien Santo Tomás, habia conferido aun al cuerpo una especie de in-

ream, continet ipsam, et non continetur ab ea. Anima enim est in corpore ut continens, et non ut contenta. (1, p. q. 5^a, a. 1.)

(1) El P. Peteau advierte que es una opinion general que el alma racional, aunque puede existir, y existe en efecto, fuera del cuerpo y sin el cuerpo, no es, sin embargo, por sí sola ni una sustancia perfecta ni una persona; *Animam rationalem nec perfectam esse substantiam sive personam, quævis extra corpus existat, inter omnes convenit.* Esto es lo que demuestra ampliamente el sabio teólogo en el libro 4, cap. 8 del tratado *De Trinitate*.

corruptibilidad, á fin de que el cuerpo del hombre, diferente del del bruto é indestructible en su germen, se convirtiese en materia conveniente y apta de una forma indestructible é inmortal; *In institutione humane nature, Deus dedit quamdam incorruptibilitatem corpori, ut convenienter cooptaretur sue formæ.* » (*Ibid.*) La muerte no es obra de Dios; *Deus mortem non fecit.* (*Sap.*, I, 15.) La muerte, no ha entrado en el mundo sino como consecuencia y en compañía del pecado; *Per peccatum mors.* (*Rom.*, v, 12.)

« La muerte, dice también Sto. Tomás, no es más que un accidente, y este horrible accidente ha sido abolido en principio, en derecho, por el principio de vida, por el derecho á la vida, que el Redentor ha adquirido para el cuerpo del hombre por su muerte; *Hoc autem accidens Christi morte sublatum est.* » (*Loc. cit.*) Así, el orden primitivo del Criador no será echado nunca por tierra por la malicia de la criatura, y el hombre no podrá jamás destruir los designios de Dios.

« Es pues de toda necesidad, exclamaba San Pablo, que este cuerpo corruptible recupere un día la incorruptibilidad que le es propia, y que este cuerpo mortal sea vuelto á su inmortalidad; *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem.* » (I, *Corinth.*, xv, 53.) Sí, hermanos míos, volveremos un día á recobrar nuestros propios cuerpos; resucitaremos un día al estado perfecto de nuestra primitiva creación. De suerte que el dogma importante, magnífico, de la resurrección de los cuerpos, el último de los dogmas católicos, que los completa á todos y que los prueba y los confirma á todos, es un dogma que tiene su raíz y su razón en la naturaleza misma del alma, tal como ella verdaderamente es en sí misma, y como solo la ciencia cristiana la ha conocido y la ha manifestado.

La resurrección de los cuerpos no será, pues un acontecimiento excentrico, sin ningún enlace, sin ninguna relación con las leyes naturales; ella será ciertamente en cuanto al hecho un prodigio, un gran prodigio de la omnipotencia de Dios; pero en cuanto á su fin, á su objeto, será, concluye Santo Tomás, el acontecimiento más conforme á las leyes naturales, reclamado por las leyes naturales del orden universal; *Resurrectio, quantum ad finem, naturalis est.* (*Loc. cit.*)

9. Esta es la segunda consecuencia de la doctrina que hemos establecido sobre la razon por la que el alma está unida al cuerpo. Ved aquí la tercera :

« El órden mutuo de las cosas, dice Sto. Tomás, hace el bueno del universo. Ninguna parte de él es perfecta cuando se le considera separada del todo ; *Ordo rerum ad invicem est bonum universi. Nulla pars est perfecta, à suo toto separata.* » (1, p. q. 61. a 3.) Para conocer bien el hombre, es necesario, por lo tanto, considerarle en sus relaciones con el todo, con la universalidad de los seres.

Todas las sustancias intelectuales é inteligibles, dice San Dionisio, no subsisten sino como emanaciones de la bondad divina ; *Propter radios divinæ bonitatis, subsistunt omnes intelligibiles et intellectuales substantiæ.* » (*De Div. Nomin.* 4.) Así, el ser material está sometido al ser intelectual, porque se acerca todo lo posible á la naturaleza de Dios.

El universal encierra pues el singular ; pero el singular no encierra el universal. El ángel, comprendiendo el universal, comprende por lo mismo tambien el singular ; pero el bruto, que no conoce nada mas que el singular, no puede elevarse al universal.

No se comprende sino por el entendimiento, así como no se siente sino por el cuerpo. El ángel comprende, porque tiene entendimiento ; pero no siente, porque no tiene cuerpo. El bruto, por el contrario, siente, porque tiene cuerpo ; pero no comprende, porque no tiene entendimiento ; *Quibus non est intellectus.*

El hombre es únicamente, de toda la creacion, quien al mismo tiempo conoce directamente el singular, como el bruto, y comprende el universal, como el ángel ; únicamente el hombre siente, porque tiene cuerpo, y comprende, porque tiene inteligencia.

El ángel tiene su operacion completa sin ninguna relacion á la materia. El bruto no obra sino con la materia y dependiendo de la materia. Solo el hombre obra sobre la materia de una manera independiente de la materia.

La inteligencia angélica es una forma *sin* la materia, el alma del bruto es una forma *con* la materia, el alma humana es una forma *en* la materia.

Esta doble condicion del hombre es la que le hace el ser singular, el único ser de la creacion que reúne en sí la virtud de comprender y la virtud de sentir, la operacion indeterminada y universal, y la operacion singular y determinada, la facultad de comunicar con el órden intelectual por las ideas, y la facultad de comunicár con el órden material las sensaciones; inteligencia y materia, razon y órganos, espíritu y cuerpo, naturaleza inteligente y naturaleza sensitiva; así como el bruto tiene en sí mismo la naturaleza sensitiva y la naturaleza vegetativa, así como la planta reúne en sí misma la naturaleza vegetativa y la naturaleza inanimada.

Mientras que los filósofos pues, según que se inclinan más hácia el *idealismo* ó hácia el *materialismo*, ó atribuyen al alma humana la perfeccion sin ninguna relacion con la materia, y hacen del hombre un ángel; ó niegan al alma todo hecho, aun el de comprender, fuera de la materia, y hacen del hombre un bruto; mientras que los filósofos, digo, por estas dos vías diferentes llegan al mismo término de quitar al hombre de su sitio y desfigurar al hombre, de confundir y hechar por tierra todo órden intelectual y físico, véase á la ciencia cristiana que, explicándonos la debilidad de la virtud intelectual del alma por la ley del órden, y su union con el cuerpo por esta misma debilidad de la virtud intelectual, no exalta al hombre ni lo humilia sino en lo que es razon; pero nos señala el lugar que Dios ha destinado al hombre en la serie de sus criaturas, á saber, de ser el punto intermedio entre el ángel y el bruto; así como el ángel lo es entre Dios y el hombre, así el bruto lo es entre el hombre y la planta, así la planta lo es á su vez entre el bruto y el ser inorgánico.

Véase á la ciencia cristiana indicándonos al hombre como ser que reúne en sí los principales atributos de la naturaleza angélica y de la naturaleza sensitiva; como ser que representa el justo medio, y que liga en su conjunto las dos naturalezas más lejanas una de otra, los extremos más separados de la creacion, las sustancias espirituales y las sustancias materiales, el mundo invisible y el mundo visible, la tierra y el cielo; como ser que forma el eslabon que une y prolonga la cadena de todos los seres, desde el más miserable de los seres creados hasta el ser increado; como ser, en fin, que completa el órden

general y concilia todos los seres entre sí de modo que hace resaltar las sublimes armonías del universo.

Tal es el fin, el destino del hombre, en el orden puramente natural; réstanos ver su fin y su destino en el orden sobrenatural. Este es el objeto de mi última parte.

TERCERA PARTE.

10. « El fin, decia Aristóteles, es la regla de todas las operaciones; *Finis et regula ceterorum.* » A lo que Ciceron añadía « que la cuestión del fin del hombre, como ser moral, es la mas importante de todas las cuestiones, porque toda la conducta de la vida depende de él; *In quibus tota vitæ ratio continetur.* »

Y en esta importante cuestión, como en todas las demás, la filosofía puramente racional no ha hecho sino marchar á tientas y tropezar; nada ha comprendido ni decidido, y ha permanecido en la duda y en la contradicción. Varron enumera á centenares las diversas opiniones de los filósofos sobre el destino del hombre. Yo no tengo ni tiempo ni valor para exponer aquí todos estos absurdos, estos delirios de la razón humana, marchando sola y no consultándose sino á sí misma. Os diré en una palabra que todas esas diferentes opiniones se reducen á no proponer para el hombre otro fin, otro destino, que el hombre mismo.

Lo mismo sucede con las doctrinas de los filósofos de nuestros dias, que forman la filosofía fuera de la religión, fuera de la Iglesia. El hombre, para estos pretendidos oráculos de la humanidad, no dependiendo sino de sí mismo, no ha sido colocado en el mundo mas que para gozar del mundo todo lo que le sea posible, refiriéndolo todo á sí mismo, haciéndose centro y fin de sí mismo, disputando á los brutos los restos de su felicidad, hasta que va á perderse en la naturaleza panteíca, en la naturaleza infinita, en la nada, después de haber pasado sobre la tierra un reducido número de dias, miserable juguete unas veces de ilusorios placeres, otras de llantos, de disgustos y de agudos dolores.

« Pero desgraciados, decia San Agustin á los filósofos de su tiempo, que proponian al hombre un destino semejante, si vuestro fin no es mas que este : con una naturaleza infinitamente superior á la de una bestia de carga, vuestra condicion no será mas noble que la suya; *Si hic esset finis tuus, quid amplius iumento haberes?* »

El hombre no tiene mas que mirarse á si mismo, considerarse á si mismo, para sospechar que su destino es muy distinto, es muy diferente; y sobre todo, mucho mas noble y mas elevado. ¿ No es cierto que nosotros queremos conocerlo todo y para siempre, gozar de todo y para siempre? « El entendimiento humano es para todo, dice Sto. Tomás; *Intellectus est ad omnia.* » Lo mismo sucede con la voluntad. En nuestra naturaleza finita encontramos tendencias, disposiciones, deseos infinitos. Nada de lo que es mortal y finito puede, por lo tanto, ser el fin de un ser que tiene condiciones inmortales é infinitas. Tenemos tendencias pues á la verdad infinita y eterna, al bien eterno : este es Dios.

Tenemos tendencias pues naturalmente hácia Dios, y Dios es nuestro fin natural, nuestro único y último fin. « Nosotros no permanecemos sobre la tierra, concluia San Agustin, sino para conocer á Dios; para, conociéndole, amarle; amándole, poseerle, poseyéndole, ser felices en él y con él; *Creatus est homo ut Deum intelligeret, intelligendo amaret, amando possideret, possidendo frueretur.* » « No hemos sido criados, dice San Pablo, sino para servir á Dios como á nuestro dueño y gozar de Dios como nuestro remunerador; para santificarnos en el tiempo y alcanzar la dicha en la eternidad; *Servi facti Deo, habetis fructum in sanctificationem, finem vero vitam aeternam.* » ¡ Oh, cuán noble es este fin! Tan noble como nuestro origen. Viniendo de Dios, no tenemos otro fin que Dios. Dios, que es nuestro principio, es tambien nuestro fin. Tenemos á Dios por los dos extremos de nuestra existencia; pertenecemos á Dios con todo nuestro ser; todo lo que está á nuestro alrededor es para nosotros; solo nosotros existimos para Dios; y no existimos sino por él y para él.

11. ¡ Oh, cuán sublime es este fin! ¡ Pero tambien! ¡ cuán dichoso y encantador!

Dios nos ha revelado los dogmas ó las leyes de nuestra in-

teligencia y la moral ó las leyes del corazón. Sometiéndonos á esta doble serie de leyes, cumplimos su voluntad y le obedecemos y le amamos, y por lo mismo entramos con él en sociedad de amor. Viene la muerte, y no destruye, sin embargo, esta sociedad; antes, dice San Ireneo, la perfecciona. Pasamos del Dios que creemos al Dios que vemos; del Dios esperado, aguardado, al Dios poseído, al Dios que se entrega á nosotros, que se pone con nosotros en comunión íntima de todo su ser y de todas sus perfecciones. Esta comunión es la luz y la vida y el goce de todos los bienes de que Dios es origen y que reúne en sí mismo; *His qui custodiunt dilectionem, dabit, communionem; communio Dei est lux et vita et fructio bonorum omnium quæ sunt apud Deum.* «Estarémos pues, decia San Pablo, siempre con el Señor; *Et sic semper cum Domino erimus.*» (1, *Thess.*, iv, 16.) ¡Qué palabra tan encantadora, hermanos míos: «Estarémos siempre con el Señor, y el Señor con nosotros para siempre! *Semper, semper cum Domino erimus!*» «Así que, consoláos, añadía San Pablo, consoláos mutuamente con esta expresión; *Itaque consolamini invicem in verbis istis.*» (*Ibid.*) Sí, consolémonos, hermanos míos, por las esperanzas de la fe, de los disgustos, de los trabajos de esta vida, de las contradicciones del mundo, de los sacrificios que se nos piden para el cumplimiento de nuestros deberes.

La tierra, pensemos bien en ello, es el lugar del combate; el cielo el lugar del triunfo. La tierra el lugar del trabajo, el cielo el lugar del descanso. La tierra el lugar de los merecimientos; pero el cielo el lugar de la recompensa. La tierra es el lugar del destierro; el cielo es nuestra verdadera y eterna patria. Habitemos pues en el cielo por la fe, la esperanza y el deseo, con el fin de que un día tengamos la dicha de habitar en él por nuestras personas. Que Dios nos lo conceda á todos, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. *Asi sea.*

CONFERENCIA OCTAVA.

LA ENCARNACION.

Mulier, cum parit, tristitiam habet... Cum autem peperit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est Homo in mundum.

« La mujer que pare se entristece... Pero despues de haber dado à luz à su hijo, olvida todos sus dolores, y se alegra de que haya nacido el Hombre en el mundo. »

(*Evang. del dom. 3º despues de Pascua.*)

1. Tal es, mis muy queridos hermanos, la inefable fecundidad de la palabra divina del Evangelio, que aun las mas sencillas semejanzas históricas de este divino libro encierran al mismo tiempo grandes misterios é importantes instrucciones.

Así que, segun la opinion de los Padres, por este símil de la mujer que pare, el Salvador del mundo, aun habiendo querido consolarnos de los sufrimientos de la tierra por la esperanza de la felicidad que nos aguarda en el cielo, ha hecho alusion à un gran misterio de su persona y de su religion.

Esta mujer misteriosa, sin nombre, en el colmo de la tristeza en el momento de su parto, es la antigua Iglesia; es la humanidad llena de pesadumbre à causa de la tardanza del Redentor, que debia nacer de ella.

Este hombre, misterioso tambien, y tambien sin nombre, cuyo nacimiento hace olvidar à la humanidad sus sufrimientos y sus miserias, y la colma de alegría, es el hombre de quien Balaam habia dicho dos mil años antes: « Nacerà un hombre del pueblo de Israel; *Surget homo de Israel.* » (*Num., xxxiv, 17 Septuag.*) Este es el hombre de quien David habia dicho tambien « que Sion, desconsolada, lo pediria à cada instante al

cielo y á la tierra, hasta que naciese del seno de sus esperanzas y de sus dolores; *Num quid Sion dicet: Homo? et homo natus est in ea.* » (Psalm. LXXXVI, 5.) Este es el hombre que en cada página de su Evangelio se complace en llamarse EL HIJO DEL HOMBRE; FILIUS HOMINIS. Este es el hombre á quien Pilátos, representante del mayor poder de la tierra, ha anunciado á la tierra por esta misteriosa palabra: VED AQUI AL HOMBRE; ECCE HOMO. (Joan., XIX, 5.) Este es, en fin, el hombre, el padre mas tierno, el hermano mas afectuoso, el amigo mas íntimo del hombre, muerto por el hombre, por salvar al hombre. Este es Jesucristo, el hombre por excelencia, el hombre modelo, el hombre perfecto, porque es el único hombre que es al mismo tiempo Dios.

¡Oh grande y delicioso misterio del HOMBRE-DIOS! Con este misterio voy á ocupar vuestra atencion. Es decir, que después de haber visto cuán razonable, cuán grande y cuán sublime es el misterio de la union del alma con el cuerpo en el hombre, vamos á ver cuánto mas razonable, cuánto mas grande y mas sublime, es tambien el misterio de la union de la divinidad y de la humanidad en Jesucristo, y cuán honroso, por consiguiente, para la razon católica el aceptar este misterio, y formar con él el principio y la base de sus investigaciones, de sus progresos y de sus trabajos. Como ya lo hemos hecho hablando del misterio de la Santísima Trinidad, vamos á considerar tambien el misterio de la Encarnacion en la imágen que le representa, en la economia que le hace mas creible, en los sentimientos que inspira.

No tenemos hoy tiempo suficiente para considerarle en sus maravillosos efectos. Este será el objeto de la próxima conferencia, en la cual expondré este misterio como el misterio de la restauracion del universo. Entre tanto ya conoceis el objeto de la conferencia de hoy.

Pero en la mas pura de todas las criaturas, en la virgen por excelencia, en María, es donde se ha obrado este inefable misterio. Roguémosla pues, á fin de que ella, que ha desempeñado una mision tan importante en el cumplimiento de este misterio, nos conceda su inteligencia y su amor. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

2. Nadie ignora que el Cielo, con los inmensos é innumerables cuerpos luminosos que constituyen su ornamento; que la tierra, con la infinita variedad de animales y de plantas que la embellecen; que aun los millones de millones de ángeles que forman la corte de la Majestad infinita al redor de su trono, no han sido sacados de la nada sino en virtud de un mandato general; de una palabra pronunciada por el Criador con una especie de indiferencia; *Ipsé dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt.* (Psal. xxxii. 9.)

Solo el hombre, en toda la creacion, es el que ha sido creado de una manera especial.

Al tiempo de crearle Dios, pareció llamar á consejo su sabiduría y su poder; *Dixit Deus: faciamus hominem.* El mismo es quien formó el limo con que organizó la admirable estructura del cuerpo humano; *Formavit Deus hominem de limo terre.* Del fondo de su divino corazon es de donde sacó el sople vivificante que lo animó; *Insufflavit in faciem ejus spiraculum vite.* (Gen., ii.) «Y advertid, dice un Padre de la antigüedad, que la Santa Escritura no dice simplemente que hizo al hombre, sino que lo formó, para darnos á entender con qué atencion, con qué cuidado nos ha creado Dios, pues que la palabra formar denota la perfeccion, la belleza, la elegancia, la gracia que un artista se esfuerza en dar á su obra; *Non dicit simpliciter fecit, sed formavit, porro formatio elegantiam ac venustatem indicat.*» (Severianus, homil. 5.) «De suerte que solo al hombre, dice Tertuliano, solo á esta imágen, ha formado la bondad divina, como la principal y mas delicada de sus obras, no con la palabra imperiosa de un maestro, sino con la tierna y afectuosa mano de un amigo, con la cariñosa palabra de un padre; habiéndose dicho á sí mismo: hagamos al hombre á nuestra imágen; *eam imaginem bonitas et quidem operantior, operata est, non imperiali verbo, sed familiari manu, verbo blandiente præmisso faciamus hominem.*» (Lib. ii, contr. Marcion.) (1).

(1) San Gregorio el Grande ha escrito tambien sobre el mismo objeto el

Y ¿cuál ha podido ser la razon de esta parcialidad de cuidados y de amor de parte de Dios en la creacion del hombre?

San Pablo ha levantado la punta del velo que oculta este misterio, diciendo que el primer Adan no ha sido mas que la forma, el modelo, el tipo del segundo Adan, que es Jesucristo; *Adam, qui est forma futuri.* (Rom., xv, 14.)

«Es claro, por esta profunda expresion de San Pablo, dice tambien Tertuliano, que Dios, al crear al hombre, ha obrado como un estatuario, que, poseyendo en su espíritu el perfecto ideal de la estatua que quiere esculpir, comienza su obra por la parte menos delicada. De suerte que apenas se puede reconocer en los primeros trazos que dibuja sobre el papel, ó en las primeras formas que da á la arcilla, el gran personaje que trata de representar en el mármol.

Así Dios, al crear al hombre, no ha hecho mas que bosquejar á Jesucristo; la creacion del uno no ha sido mas que el modelo, el boceto en pequeño de la encarnacion del otro; y la circunstancia de que Dios obraba entonces á la vista del grande original, Jesucristo, es quien nos explica los cuidados y la afiecion especiales con que Dios procedió á la formacion del hombre; *Quidquid limo exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus.* (Contr: Prax.)

Pero véase mas arriba otro bello pensamiento de Tertuliano: «De esta manera, dice, este limo (de que fué creado el hombre), representando desde el primer momento la imágen de Jesucristo, que debia estar en la carne, no era solamente una obra de Dios, sino una promesa tambien de la Encarnacion; *Limus ille jam tunc imaginem induens Christi futuri in carne, non tantum Dei opus erat, sed pignus.* (De resur. carn., 6.) (1).

bello y elegante trozo que sigue: «*Quamvis per coeternum Patri Verbum cuncta creata sint, in ipsa tamen vel actione creationis ostenditur quantum cunctis animalibus, quantum rebus caelestibus homo praefertur. Cuncta, quippe, dixit, et facta sunt. Cum vero hominem facere decernit, hoc, quod reverenter est pensandum praemisit dicens: Faciamus hominem; ut videlicet, quia rationalis natura condebatur, cum consilio facta videretur. Quasi per studium de terra plasmatur et, inspiratione Conditoris, in virtute spiritus vitalis erigitur: ut, scilicet, non per jussionis vocem, sed per dignitatem operationis existeret qui ad Conditoris imaginem fiebat.* » (Moral., ix, 29.)

(1) Tal es tambien el pensamiento de Theodoro, que dice: «*Deus*

5. ¡Oh, cuán admirables son estas armonías, y cómo enlazan en un todo maravilloso los mayores misterios de nuestra religion!

Antes que Dios hubiese creado al hombre habia en el universo espiritus, los ángeles; habia cuerpos, todos los seres materiales. Pero el espíritu y el cuerpo son dos sustancias tan opuestas la una á la otra, que su union en su solo compuesto parecia imposible, de imposibilidad natural. Pero Dios quiso hacer ver que nada es imposible á la energía de su palabra, y véase que en el sexto día de la creacion encierra un espíritu en un cuerpo, y forma al hombre, en el que el espíritu y el cuerpo están sustancialmente unidos en una unidad de naturaleza.

De la misma manera antes de la venida del Redentor existian en el universo Dios y el hombre. Pero estas dos naturalezas, lejanas la una de la otra por la distancia sin límites que separa lo infinito de lo finito, estaban mas alejadas todavía por la distancia que separa el pecado de la santidad; no siendo el hombre mas que pecado, y estando el mal mas lejano de Dios que la nada. La union pues de Dios con el hombre parecia imposible, de absoluta imposibilidad. Pero, como ha dicho el arcángel evangelista de la Encarnacion, véase que Dios, para mostrar que su sabiduría puede combinarlo todo, que su poder puede todo cumplirlo, *quia non est impossibile apud Deum omne verbum* (Luc., II), en la sexta edad del mundo encierra á su propio Hijo, su Verbo, en una humanidad pura de todo pecado, aunque poseyendo la semejanza exterior con la carne del pecado; *In similitudinem carnis peccati* (San Pablo); Jesucristo nace en el seno de una virgen; *Quod in ea natum est* (Matt., I); y en Jesucristo el Dios y el hombre están sustancialmente unidos en una unidad de persona.

Dios pues, por la creacion del hombre, el mas inefable de los misterios del Dios creador, porque es espíritu y cuerpo en una sola naturaleza, ha querido preparar de antemano la

Pater cum hominis illius, quem moliebatur, naturam ac substantiam Filium aliquando suum assumpturum esse prævideret, uti par erat, Adamum tanquam primum illius generis fundamentum majori prosecutus honore est, ac suis illum manibus fabricavit. » (Quæst. 19, in *Genes.*)

razon humana á reconocer la posibilidad, la conveniencia de la encarnacion del Verbo, del mas incomprendible de los misterios del Dios Redentor, porque es Dios y hombre en una sola persona; y en el hombre y por el hombre quiso presentar al cielo y á la tierra la figura viva, la imágen de Jesucristo; *Adam, qui est forma futuri.*

4. Los Santos Padres han insistido siempre sobre este misterio de la union del alma con el cuerpo en el hombre, para explicar la union de la divinidad y de la humanidad de Jesucristo. « Así como el hombre, dice San Atanasio, compuesto de espíritu y de carne, es una persona y un solo ser animado, así debemos entender que Jesucristo es una sola persona, y no dos » (1). San Agustín dice también: « Se busca la razón de este gran misterio (de la Encarnación), que no ha sido obrado mas que una sola vez, cuando no se puede uno dar cuenta de este otro misterio que se hace y se renueva á cada instante, es decir, el misterio del alma unida al cuerpo por la formación del hombre. Fácil es reconocer que, así como una cosa incorporeal, el alma se une incorporealmente á la carne, y de esto se forma el hombre, de la misma manera el hombre ha sido unido á Dios, resultando de ello Jesucristo » (2). En otra parte dice también el mismo gran doctor: « Así como en cada hombre el alma racional y la carne son una persona, así también en Jesucristo, Dios y hombre, solo hay una persona » (3). « El hijo del hombre, dice también San Epifanio, tiene alma y cuerpo; el Hijo de Dios, que es el Verbo de Dios, es hombre, como el alma humana es cuerpo. Y como el alma siendo cuerpo no hace dos personas, sino un solo hombre, así el Verbo siendo hombre no hace dos personas, sino un

(1) « Sicut homo persona est una et animal unum è spiritu et carne concretum, ita Christus intelligi debet unus esse et non personæ duæ. » (*Lib. de Incarn.*)

(2) « Quærent rationem hujus mysterii quod semel factum est cum ipsi nequaquam possint reddere rationem ejus quod fit semper, id est, quomodo anima miscetur corpori, ut fiat homo. Ergo sicut incorporea res corpori conjungitur, ut homo efficiatur, ita homo conjunctus est Deo, et factus est Christus. » (*Apud. Petav.*)

(3) « Ut quemadmodum est una persona quilibet homo anima scilicet rationalis et caro, ita sit Christus una persona Verbum et homo. » (*Enchirid., cap. 36.*)

solo Jesucristo » (1). Así que los Padres nos invitan á mirar al hombre, á fin de elevarnos después hasta Jesucristo (2).

Y en efecto, estudiando al hombre como espíritu y como cuerpo, podemos reconocer en él las facciones fieles de Jesucristo como hombre Dios; y por medio del hombre, que es el mas grande de los misterios de la naturaleza, llegar á explicarnos en lo posible á Jesucristo, uno de los mayores misterios de la fe, y á darnos cuenta de la doctrina de la fe relativamente á la Encarnacion.

¿Qué es el hombre? Es un espíritu unido al cuerpo, encarnado en alguna manera en el cuerpo; es el espíritu hecho cuerpo, habitante en el cuerpo, en la plenitud de sus facultades. ¿Qué dificultad hay pues en admitir que Jesucristo es el Dios unido al hombre, el Verbo encarnado en el hombre; el verbo hecho hombre; *Verbum caro factum est*; habitando en el hombre corporalmente en la plenitud de su divinidad? *In ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter.* (Coloss., II, 9.)

El espíritu y el cuerpo está íntima, sustancialmente unidos en el hombre; de suerte que el hombre no es mas que un solo compuesto, un solo ser, á pesar de la dualidad de sus sus-

(1) « Filius hominis habet animam, habet corpus; Filius Dei, quod est Verbum Dei, habet hominem *tanquam anima corpus*. Sicut anima habens corpus non facit duas personas, sed unum hominem; sic Verbum habens hominem non facit duas personas sed unum Christum. » (Ap. Petav.)

(2) Pero que se advierta, con un autor antiguo, que esta comparacion entre el hombre y Jesucristo, tan verdadera bajo muchos conceptos, no lo es en todo y por todo; *Ita in quibusdam congruit similitudo ista hominis, ut in plurimis discordet.* (Auctor libri expositionis fidei, sub nomine Justinii.) Otro autor antiguo dice tambien que no podia ser de otra manera. Porque si el ejemplo conviniese en todo con el prototipo, no seria un ejemplo, sino la repeticion del prototipo mismo. No hay, no debe haber, pretension de hacer ver que el hombre sea otro Jesucristo siendo Jesucristo único, sino que hay relaciones de semejanza con Jesucristo y que es su imágen. Y entre la imágen y el original, como hemos hecho observar con ocasion de la Trinidad, hay siempre una inmensa diferencia; *Non recte faciunt qui vim adhibent, ut sic se habeat exemplum ut prototypum, non enim esset jam exemplum, nisi haberet aliquid dissimile.* (Leontius, contra Nestorium.) Esto de que se trata consiste, como lo cantaba la poesia cristiana en los antiguos tiempos, en que el hombre es la imágen y la forma de Jesucristo, y Jesucristo la imágen y la forma de Dios; *Christus forma Patris nos Christi forma et imago.* (Prudentius, in Apotheos.) Véase, por último, la nota A, al fin de esta conferencia, en que principalmente la semejanza de la union del alma y del cuerpo en el hombre no es concordante con la union de la divinidad y humanidad en Jesucristo.

tancias. ¿Qué dificultad hay pues en admitir que en Jesucristo la divinidad y la humanidad están íntima, sustancialmente unidas, de suerte que Jesucristo no es mas que un solo *supuesto*, un solo individuo, á pesar de la dualidad de sus naturalezas? *Sicut anima rationalis et caro unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus.* (Symb. San Athanas.)

« Así como en el hombre, dice Vicente de Lerins, una cosa es la carne y otra el alma, y sin embargo el mismo hombre es al mismo tiempo alma y carne, subsistente por una doble y diferente naturaleza de alma y cuerpo; así en Jesucristo la divinidad no es un individuo, y otro individuo la humanidad, sino que ambas son un solo y mismo Cristo; *Deitas et humanitas non et alter, sed unus idemque Christus; sicut in homine aliud caro, aliud anima; sed unus idemque homo, anima et caro, ex duplici diversaque subsistens, animi corporisque natura.* » (Apud. Petav.)

Aunque el espíritu esté tan íntimamente unido al cuerpo en el hombre, que no forme mas que un solo ser con el cuerpo, sin embargo, estas dos sustancias permanecen en él enteramente separadas. El alma no está desleída en el cuerpo, confundida con el cuerpo, como ni el cuerpo está absorbido en el alma ni destruido por el alma. ¿Qué dificultad hay pues en admitir que en Jesucristo tambien, aunque la divinidad y la humanidad estén en él tan íntimamente unidas que no sean mas que un solo Jesucristo, sin embargo, estas dos naturalezas estén siempre separadas; que la divinidad no esté allí mezclada, trasformada en la humanidad, ni menos que la humanidad esté concentrada en la divinidad y anonadada por ella; habiéndose hecho la union, no por la conversion de la divinidad en la humanidad, sino por la asuncion de la humanidad por la divinidad? *Non conversione substantie... Non conversione divinitatis in carnem, sed asumptione humanitatis in Deum.* (Symb. San Athan.)

« En la union de Dios con la criatura, dice Sto Tomás, no es la divinidad atraída á la naturaleza humana, sino que la naturaleza humana es *asumida* por Dios; no para convertirse en Dios, sino para *adherirse* á Dios; y el alma y el cuerpo asumidos en esta forma se convierten en *alguna manera* en alma y cuerpo de Dios; como *en* el hombre las partes del cuer-

po asumidas por el alma se convierten en alguna manera en miembros del alma» (1).

5. En el hombre el espíritu es un espíritu verdadero y de la misma naturaleza (no de la misma sustancia) que el espíritu de Dios, habiéndolo criado Dios semejante (no igual) á sí mismo; *Ad imaginem et similitudinem nostram*. Y el cuerpo del hombre es también un verdadero cuerpo, habiéndole formado Dios del mismo limo de la tierra, de que todos los cuerpos organizados se formaron; *De limo terræ*. ¿No es razonable pues reconocer que en Jesucristo el Dios es Dios verdadero porque es de la misma sustancia que el Padre, que le ha engendrado antes de todos los tiempos, y que el hombre es también hombre verdadero porque es de la misma sustancia de la madre que le ha engendrado en el tiempo? *Deus est ex substantia Patris ante sæculæ genitus; et homo est ex substantia matris in sæculo natus*. (Symb. S. Athanas.)

Por positivo, por perfecto que sea el cuerpo del hombre, no es completo como cuerpo, en el sentido de que el cuerpo del hombre no es un *ser* propio de él, como todos los seres corporales que están fuera de él. El cuerpo del hombre no subsiste sino en el alma y por el alma. «El alma, dice Sto. Tomás, contiene el cuerpo y LO HACE EXISTIR mejor que ella es contenido por el cuerpo; *Magis anima continet corpus et facit ipsum esse, quam è converso*.» (1, p. q. 76, a 9.) El ser del alma, comunicado al cuerpo, es quien hace subsistir al cuerpo. La prueba de esto es que, separado del alma, el cuerpo pierde su ser como cuerpo humano, se descompone, se convierte en polvo, como todo cuerpo que acaba de perder su forma *sustancial*. No es irracional pues reconocer que en Jesucristo, como nos enseña la teología católica, la humanidad,

1) «In unione Dei ad creaturam, non trahitur deitas ad humanam naturam, sed humana natura á Deo assumitur: non quidem ut convertatur in Deum, sed ut Deo adhaereat, et sunt quodammodo anima et corpus sic assumpta, anima et corpus ipsius Dei. Sicut partes corporis assumptæ ab anima, sunt quodammodo ipsius animæ membra. — «Pero advertid, dice mas adelante el sabio P. Petau, que aun cuando el alma sea mas perfecta que el cuerpo, sin embargo, no abraza en sí misma la perfeccion entera de la naturaleza humana. El cuerpo pues le esta unido de manera que del alma y del cuerpo resulta la naturaleza humana completa, lo que no tiene lugar en Jesucristo; y por esto Sto. Tomás, en el texto que acabamos de citar, se ha servido de la palabra *quodammodo*, EN ALGUNA MANERA.» (*De Incarnatione* vi.)

aun siendo una humanidad real, una humanidad verdadera, una humanidad perfecta como la nuestra, no está, sin embargo, completa *en ella misma*, en el sentido de que no posee una personalidad puramente humana; la humanidad en Jesucristo, no subsistiendo sino en el Verbo y por el Verbo, supliendo la persona del Verbo lo que falta de la persona del hombre, y no habiendo existido un solo instante la humanidad en ella misma separadamente del Verbo. De otra manera habria en Jesucristo dos personas : la persona divina y la persona humana; cuando la fe católica es que hay en Jesucristo dos naturalezas, dos voluntades y una sola persona, así como en el hombre hay dos sustancias y un solo ser; *Non confusione substantiæ, sed unitate personæ.*

6. Es un misterio el de la humanidad sin la persona humana en Jesucristo, y el de la persona del Verbo supliendo la persona humana. Pero véase como lo han explicado los Padres : « No se debe pensar, dice San Leon, que la naturaleza humana haya sido creada, y después hay sido asumida por el Verbo; porque no ha sido creada sino en el mismo instante y al mismo tiempo que ha sido asumida; *Natura nostra non sic assumpta est, ut prius creata, postea assumeretur; sed ut ipsa assumptione crearetur.* » San Fulgencio dice tambien : « La misma asunción de la carne es la que en Jesucristo fué una concepción virginal. No se debe pues admitir el mas pequeño intervalo de tiempo entre el principio de la existencia de la carne concebida, y la acesión de la majestad divina que debia, ser concebida; *Ipsa acceptio carnis fuit conceptio virginalis. Non est igitur aliquod intervallum temporis cestimandum inter conceptæ carnis initium et concipiendæ Majestatis adventum.* »

« En Jesucristo, dice San Anselmo, el Dios es persona, el hombre es persona; sin embargo, no hay dos personas, sino una sola; porque la persona del Verbo es en Jesucristo de tal manera propia de la divinidad, que á causa de la intimidad hipostática de las dos naturalezas, es tambien la persona propia de la humanidad, y le confiere lo que le conviene conferir á la persona, es decir *subsistencia* y el último complemento. Y véase como entendemos esto : aquí hay una hipóstasis no humana y creada, sino increada y divina, que natural-

mente no conviene sino solamente á la divinidad; pero de manera que la naturaleza del hombre tambien, fuera del órden y fuera de su alcance y de su condicion, y de la manera mas excelente que sea posible, se apoye sobre ella; es decir, que subsiste por una propiedad que le es comun con la naturaleza divina. »

Así la persona del Verbo se ha hecho persona de la naturaleza humana en Jesucristo, de manera que la naturaleza humana no ha existido *absolutamente* y de la manera que es propia de la sustancia, sino en el Verbo y por el Verbo. Porque el Verbo, por su propiedad de subsistir, le concedió que pudiese subsistir y hacerse desde luego un ser en acto (*ens actu*, y subsistente tambien en acto humano. Aunque la humanidad tenga en Jesucristo su propia *existencia*, sin embargo, ella no ha estado en acto, no ha existido ni aun un solo instante sino *subsistiendo* en el Verbo. Partiendo la naturaleza humana en Jesucristo antes de haber sido asumida por el Verbo, no tuvo ninguna existencia, y no existió en las cosas de la naturaleza.

Se concibe por esto que la humanidad en Jesucristo, aunque no teniendo una personalidad puramente humana, no ha existido, por decirlo así, en el aire; no ha estado sin personalidad, sino que no habiendo comenzado á subsistir sino en la persona del Verbo, y habiendo realmente existido la persona del Verbo desde el primer instante, la persona del hombre, el hombre ha tenido una verdadera persona tambien, pero una persona divina, la persona del Verbo, en la que *subsistian* realmente las dos naturalezas.

Todo esto es muy profundo, es verdad; pero por lo mismo es tambien manifiestamente verdadero. Porque si no fuera verdadero, y si Dios no lo hubiera revelado, jamás hubiera inventado el hombre un misterio tan profundo. De suerte que esta simple exposicion dogmática del misterio de la Encarnacion es una de las pruebas de su verdad, y el sello de la divinidad de Jesucristo.

7. Pero de que el cuerpo del hombre no tenga un ser propio de él, independientemente del ser de alma, ¿se sigue que sea menos perfecto que los demás cuerpos que tienen cada uno su propio ser? Por el contrario, por lo mismo que no tie-

ne un ser propio de él, el alma sola es quien le comunica su propio ser: hay algo de espiritual, de inteligente, en su actitud, en su postura, en sus movimientos. Esto es lo que hace que el cuerpo del hombre sea el mas noble, el mas perfecto de todos los cuerpos animados. No es razonable pues reconocer que la humanidad de Jesucristo, aunque no posea una personalidad puramente humana, independiente de la personalidad del Verbo, sea por eso menos perfecta, y que por el contrario, por lo mismo que la persona del Verbo la sostiene y la hace subsistir, le comunica su divinidad; de suerte que en JESUCRISTO el hombre es el mas noble, el mas augusta, el mas perfecto de los hombres, porque el hombre allí es Dios, así como Dios es allí hombre: *Perfectus Deus, perfectus homo ex anima rationali, et humana carne subsistens.* (Symb. San Athan.)

« Porque la *forma sustancial*, dice tambien Santo Tomás, es la que da propiamente el ser. Y por eso se dice que una cosa está engendrada por la accesion de esta forma, y que se corrompe por su separacion; así que, ninguna parte del cuerpo tiene la funcion que le es propia desde que el alma se ha separado de él; *Forma substantialis dat esse simpliciter; et ideo per ejus adventum aliquid dicitur generari et per ejus recessum corrumpi. Nulla pars corporis habet proprium opus, anima recedente.* (1, p. q. 76, 4 et 8.)

Véase lo que nos demuestra el hombre con relacion à Jesucristo, de quien es imágen. Véase al hombre constituido como el tipo viviente de Jesucristo, como la prueba siempre subsistente, siempre visible, siempre en accion, de la encarnacion del Verbo; *Adam, qui est forma futuri.* Hemos visto que el hombre, como ser inteligente, lleva en sí mismo, por via de imágen, *per modum imaginis*, como se explica Santo Tomás, el augusta misterio de la Trinidad; porque es inteligencia, razon, ó pensamiento y amor, como Dios es Padre. Hijo y Espíritu Santo. Pero él participa de este honor con los ángeles, que en su naturaleza de seres inteligentes mas perfectos que el espíritu del hombre, son tambien *inteligencia, pensamiento y amor*, y representan tambien la Trinidad de una manera mas perfecta. Pero el ángel, no teniendo cuerpo, no pudiendo articular de una manera sensible su pensamiento, su Verbo,

no tiene sino la imágen de la Trinidad como es en sí misma. Solo el hombre, espíritu y cuerpo, inteligencia y órganos, como Jesucristo es hombre y Dios, representa el misterio de la Trinidad, no solamente en su economía interior, sino tambien en su manifestacion exterior, con relacion á la mas grande, á la mas maravillosa, á la mas brillante de sus operaciones; con relacion á la mas misteriosa, á la mas íntima, á la mas perfecta de sus relaciones con la criatura, con relacion á la ENCARNACION. Solo el hombre representa al mismo tiempo en sí mismo al Dios trino y uno y al Dios hecho hombre, á la Trinidad y á la Encarnacion, los dos misterios mas grandes del ser infinito, fundamento de toda ciencia y de toda religion.

Solo pues el hombre es el retrato mas verdadero, la semejanza mas completa, la imágen mas perfecta de Dios; solo el hombre reasume, puede decirse, casi todo el Dios, y le representa todo entero en su ser y en sus inefabes operaciones; lo que ha hecho decir á un Padre de la Iglesia que, propiamente hablando, los ángeles no son imágenes de Dios; *Neque enim angeli sunt imagines Dei*; y á San Agustín, que Dios no ha concedido á ninguna otra criatura mas que al hombre el honor de ser su verdadera imágen; *Deus nulli alii creature dedit quod sit ad imaginem suam nisi homini*; y lo que nos explica el por qué solo del hombre ha dicho Dios al crearle: « Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. »

¡Qué hermoso, mis queridos hermanos, es ver que Dios, al crear al hombre, ha hecho un templo, un tabernáculo, un relicario viviente de sus misterios; un profeta que los predice, un evangelista que los anuncia, un apóstol que los persuade, un mártir que los confiesa, un apologista que los defiende, que los venga del charlatan insolente, de las impías sutilezas del orgullo de la razon humana! Esto es lo que vamos á ver considerando el misterio de la Encarnacion en la economía que le hace mas creible, después de haberle considerado en la imágen que le representa. Este es el objeto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

8. Con la misma franqueza, con el mismo aplomo, y puede decirse con la misma impertinencia que han negado el gran misterio de la Trinidad, han negado tambien los racionalistas modernos el delicioso misterio de la Encarnacion, y se han atrevido á dar un mentís á la fe de diez y ocho siglos de todos los pueblos cristianos.

Ellos dicen : Pues que Dios no es mas que la razon general, y la razon se encuentra unida al cuerpo en el hombre ; esta union de la razon y del cuerpo en el hombre es lo que constitúye la encarnacion, y no otra cosa. En cuanto á *Jesucristo*, no es mas que un personaje mítico, un personaje ideal, un ser fantástico, expresion abstracta de toda la humanidad idealizada, de quien la ignorancia y el fanatismo han hecho mas tarde un personaje histórico, un personaje real, el fundador del cristianismo.

Así, para decirlo de paso, todos los escritores contemporáneos, no solamente cristianos, sino judíos y gentiles, que nos han trasmitido la historia de la vida y de la muerte de *Jesucristo*, se han engañado, y sin conocerse, sin saber nada uno de otro, han estado acordes para engañar al mundo, que se ha dejado prender en sus lazos.

Así que los doce apóstoles son quienes, un día que estaban de buen humor, han tenido el capricho de reasumir toda la humanidad en *Jesucristo*, de crear esta brillante idea, de hacer de ella una realidad, y de edificar sobre este personaje ideal el inmenso edificio del cristianismo, que encierra los misterios mas profundos y mas inaccesibles á la razon humana, las verdades mas importantes, las leyes mas perfectas que el mundo conoció jamás. Y lo que ni á Platon, ni á Aristóteles, ni á Ciceron, ni á ningun otro de de los genios del mundo pagano se habia ocurrido jamás, ha sido imaginado, arreglado y desempeñado por doce hombres los mas ignorantes y mas groseros.

Así que por un personaje ideal han tenido el valor de sufrir las privaciones mas crueles, los sufrimientos mas atroces,

y han sacrificado sus bienes, sus vidas y sus familias diez y ocho millones de mártires, de todas las edades, de todos los sexos, de todas las condiciones, de todas las partes de la tierra.

Así tambien ante un personaje fantástico es ante quien los Padres, los doctores de la Iglesia, los genios mas grandes de la humanidad, que se han sucedido por diez ocho siglos en el mundo cristiano, se han extasiado y han consagrado su talento, su ciencia, su vida, en profundizar sus misterios, en practicar sus leyes, en exponer sus grandezas, en defender su religion.

Así que un personaje poético es quien durante diez y ocho siglos tambien se ha hecho reconocer, creer, adorar por las naciones mas ilustradas y mas civilizadas del mundo; quien ha dado nacimiento á una Iglesia inmortal, inmutable, que ha triunfado de todas las fuerzas del mundo reunidas para destruirla, y ha cambiado la faz del mundo.

Véanse los enormes absurdos que seria necesario admitir para suscribir al sistema de los racionalistas, y véase lo que estos grandes razonadores, estos espíritus tan orgullosos de su razon, han tenido valor de admitir con una sencillez infantil (¡ignorantes!), en vez de doblar su frente ante el misterio de la Encarnacion. Pero no nos admiremos, hermanos míos, de este prodigio de sinrazon y fatuidad; porque ¿quién no sabe que el hombre, dejando de ser religioso, se hace supersticioso, y dejando de ser creyente, se hace fanático? En cuanto á mí, y pienso que sucede lo mismo con todos vosotros, hermanos míos, porque os creo al mismo tiempo hombres de sentido comun; en cuanto á mí, digo, á pesar de la debilidad con que creo todo lo que enseña la religion, no sintiéndome con bastantes fuerzas para tragar estos incomprendibles errores de la filosofía, me atengo al misterio de la Encarnacion, me arreglo á esta incomprendible verdad.

9. Pero el error que acabo de señalar no es ciertamente nuevo. Los arrianos, que no eran sino los racionalistas de los primeros siglos de la Iglesia, como los racionalistas no son mas que los arrianos de nuestros dias; los arrianos en tiempo de San Agustin decian á su vez: « No podemos admitir la Encarnacion, porque no podemos creer que el Verbo

de Dios, que se supone el Dios mismo, haya podido reducirse, reasumirse en la carne de una virgen, y se haya encontrado al mismo tiempo en el seno de su Padre en el mas alto de los cielos, y en el seno de su Madre en un rincon de la tierra; *Quomodo fieri potuit ut Verbum Dei, per quod facta sunt omnia, coarctaret se Virginis carnem, et habitare in cælis.* »

Pero, desgraciados de vosotros, les decia San Agustin en sus profundos y admirables *Comentarios sobre San Juan*, que ningun teólogo ignora; y nosotros podemos decir otro tanto á nuestros pretendidos filósofos: Miserables, ¿cómo no veis que en los mismos términos de vuestra objecion se encuentra su solucion? El Verbo de Dios es el Dios mismo. El Verbo de Dios es, por lo tanto, omnipotente, y ha podido tambien encarnarse. El Verbo Dios es infinito é indivisible, y ha podido encontrarse al mismo tiempo todo entero en lugares diferentes; *Quid mireris? Deum tibi loquor. Verbum Dei omnipotens est. Verbum Dei totum ubique est.* (Serm. 119 et 20 de verb. Joann.)

Y con relacion á los misterios cristianos en general, « es menester admitir siempre, ha dicho tambien San Agustin, que Dios puede hacer cosas que nosotros debemos confesar no penetramos. En semejantes casos toda la razon del hecho es el poder del que lo ha hecho; *Demus Deum aliquid posse, quod nos fatemur investigari non posse. In talibus rebus tota ratio facti est potentia facientis.* » (Epistol. ad Volusian.)

Peró San Agustin no se contentaba con estas respuestas generales, y nosotros tampoco debemos contentarnos con ellas, para convencer de inconsecuencia y de absurdo á los enemigos de nuestra fe. Podemos obligarles mas de cerca; podemos, siguiendo las huellas del mas grande de los Padres de la Iglesia, combatirlos con sus propias armas. No ven mas que al hombre en el hombre. Y bien: nosotros encontramos aun en el verbo del hombre alguna cosa semejante, aunque infinitamente desigual, que nos sirve de admirable auxilio para explicarnos el misterio del Verbo de Dios; *Verbum humanum aliquid simile potest quamvis, longe impar.* (Serm. 119 de verb. Joann.) (1).

(1) Se ha oído decir á San Basilio: « Habet verbum nostrum divini Verbi

Mas para comprender bien la bella doctrina de San Agustin, que voy á exponeros, es menester antes haer dos observaciones.

La primera, que el misterio del verbo del hombre, como ha advertido el filósofo mas cristiano de nuestros dias, se resume en esta proposicion : « El hombre piensa su palabra antes de hablar su pensamiento ; » y que lo mismo sucede con el misterio del Verbo divino, está tambien en esta proposicion : « Dios ha pensado su palabra antes de hablar su pensamiento. » Sí, Dios ha *pensado su palabra*, engendrando su Verbo divino de toda eternidad. Dios ha *hablado su pensamiento* cuando, como ha dicho la Santa Escritura, ha enviado su Verbo á hacerse hombre para salvar al hombre ; *Misit Verbum suum, et sanavit eos.* (Psal. cvi, 20.)

La segunda observacion preliminar á la exposicion de la doctrina de San Agustin sobre el verbo del hombre, es que nada es mas falso que esta proposicion enseñada en ciertas escuelas : « La palabra es el signo del pensamiento. » El signo es el indicio de la cosa ; pero no es la cosa misma. El humo es indicio del fuego, pero no es el mismo fuego. En vez de que la palabra es el pensamiento mismo, encerrado en la palabra, hecho sensible por la voz, y pasando del espíritu del que la habla al espíritu del que la oye.

10. « Esto establecido, observad bien, decia San Agustin, que mientras mi pensamiento está en mi espíritu, es una cosa enteramente intelectual, enteramente espiritual, muy diferente de la palabra y del sonido de la voz ; *Verbum quod est in corde meo aliud est quam sonus.* » (Loc. cit.)

« Cuando este pensamiento quiere manifestarse fuera de espíritu, ¿qué hace? Busca un vehículo en el sonido de la voz ; porque el sonido de la voz es el vehículo del pensamiento, del Verbo ; *Vehiculum querit ; vehiculum verbi sonus est vocis* ; y llevado sobre este vehículo, es como mi pensamiento atraviesa el aire, y de mi espíritu pasa al vuestro ; *Imponit se in vehiculum, transeurrit aera, et pervenit ad vos.* » (Tract. 37, in Joann.)

similitudinem quamdam declarat enim totam mentis conceptionem. » (Ap. A Lap in 1 Joann.) Y San Crisóstomo dice tambien : « Sicut ratio à mente sic Filius à Patre procedit. » (Ibid.)

« Mi pensamiento pues, mi verbo, queriendo darse á conocer á vosotros, pasa á la voz, se une á la voz, se encarna en cierto modo en la voz, *se hace voz*. Y de esta manera es como el Verbo de Dios, queriendo darse á conocer al hombre, ha pasado á la carne, se ha unido á la carne, se ha encarnado en la carne, SE HA HECHO CARNE; *Verbum meum apud me est, et transit in vocem: Verbum Dei apud Patrem erat, et transit in carnem.* » (Serm. 119 y 120.) Este es el primero de los prodigios del verbo humano; ved el segundo:

« Comunicándoos mi pensamiento por la palabra, yo no me desprendo de él. Pasando á vuestro espíritu, no se separa del mío; *Pervenit ad vos, et non recessit à me*. Antes que yo hubiese hablado, tenia este pensamiento en mí mismo, y vosotros no lo teniais. He hablado, y habeis empezado á tenerle en vosotros; os lo he dado, y nada he perdido, conservándole en mi espíritu tan completo como antes; *Antequam dicerem, ego habebam, et vos non habebatis. Dixi, et vos habere coepistis, et ego nihil perdidi*. Así pues el pensamiento, el verbo de que acabo de hablar, se ha hecho sensible á vuestro oído, y sin embargo no se ha separado de mi espíritu. Y de esta manera es como el Verbo de Dios se ha hecho sensible á nuestros ojos, y sin embargo no se ha separado de su Padre; *Sicut Verbum meum prolatum est sensui tuo, et non recessit à corde meo; ita Verbum Dei prolatum est sensui nostro, et non recessit à Patre suo.* » (*Ibid.*)

Véase además el tercer prodigio:

« Si en lugar de administraros el pan espiritual de la palabra de Dios, no hiciese yo mas que distribuiros un número de panes materiales inferior al número de los que me escuchais, sucederian dos cosas: una, que muchos de vosotros no recibirian su pan, cuando otros lo recibirian; en segundo lugar, el pan seria de la misma masa, pero ninguno tendria idénticamente el mismo pan ni la totalidad del pan; en vez de que, hablando mi pensamiento, aquellos á quienes llega mi voz reciben todos idéntica y totalmente el pensamiento; y si yo hablase un idioma capaz de ser comprendido, si yo dispusiera de un órgano bastante fuerte para hacerme oír en los ochocientos millones de hombres que habitan la tierra, toda esta masa de hombres recibirian mi pensamiento, y lo

recibirian todos idénticamente, sin particion, sin division, en su misteriosa é incomprendible integridad; *Si proponerem vobis panes, si ad unum pervenirent, cæteri nihil haberent. Ecce loquor, et omnes habetis: et parum est quod omnes habetis, omnes totum habetis: parvenit ad omnes totum.* ¡Oh maravilla! Oh prodigio de mi palabra! *Oh miraculum verbi mei!* (*Ibid.*)

Véasenos pues á todos nosotros, pobres y frágiles criaturas como somos, capaces de dar á nuestro verbo una extension tan grande, y tan grande potencia, de multiplicarle por todas partes el mismo en el espíritu de todo el mundo, de obrar con este verbo tantos prodigios en nuestro espíritu, en nuestra lengua, en nuestra voz, y en los oídos, en el espíritu y en el corazón de los otros; *Creaturæ sumus, et tanta miracula fiunt de verbo meo, in corde meo, in voce mea, in auribus vestris, in cordibus vestris.* » (*Ibid.*)

« De lo que sucede en pequeño podemos inferir con mayor razon lo que puede suceder en grande. Por lo que hace el hombre tantas veces y á cada instante, inferimos que Dios ha podido hacer, con mayor razon, siquiera una sola vez el mismo prodigio de una manera mas real y mas perfecta. Considerando los prodigios que nosotros mismos ejecutamos en la tierra, debemos admirar y someter nuestra razon á los prodigios del cielo; y al ver de lo que es capaz el verbo del hombre, exclamemos diciendo: ¿De qué no será capaz el Verbo de Dios? *De parvis magna conjicite. Considerate terrena, laudate cælestia. Quid est ergo Verbum Dei.* » (*Ibid.*) (1).

11. Ved ahora, hermanos míos, lo que debéis pensar de este extravío intelectual, de este cretinismo orgulloso, de esta desvergüenza de la razon no razonadora, de la abjuracion entera, del suicidio de la razon, que se atreve á llamarse *racionalismo*, y que se revela contra la fe de la Encarnacion so pretexto de que no puede admitir su misterio. ¡Ah! podemos

(1) Estas admirables analogías han sido reconocidas por el concilio de Efeso. En las *actas* de este concilio se dice: « Así como nuestra palabra interior, cuando está revestida del sonido de la voz en el lenguaje, ó del signo de la letra en la escritura, se hace visible y tratable; de la misma manera el Verbo de Dios se ha hecho sensible por la encarnacion; *Ut cum sermō induerit elementa et litteras, visibilis fit atque tractabilis; sic Verbum Dei tractabilis invenitur.* » (*Apud A Lapid. in cap. 1, Joann.*)

decir tambien nosotros, con San Agustin, á los hombres vanos, miserable juguete de ese sistema mas vano que ellos mismos : « ¡ Ah, qué estúpidos sois y qué inconscuentes ! Antes de comprender como Dios se ha hecho hombre, comenzad, si podeis, por comprender como el pensamiento se hace palabra ; como es que el pensamiento, que es una cosa viva, una concepcion enteramente espiritual, se trasmite al espíritu por la lengua, por el sonido, por la oscilacion del aire, por los oidos, cosas todas materiales ; como es que por esos medios materiales llevo á depositar mi inteligencia en vuestra inteligencia, mi corazon en vuestro corazon ; *Humana comprobemus, si possumus ; ad aurem hominum sonum vocibus perducimus ; et per mortue vocis sonum intellectum quodammodo per aurem in corde ponimus.* » (*Ibid.*)

Antes de comprender como ese mismo Verbo de Dios ha podido hallarse á un mismo tiempo con su Padre en el cielo, y sobre la tierra en el seno de su Madre, comenzad por explicaros á vosotros mismos como es que vuestro pensamiento, sin separarse del espíritu que lo engendra, se reproduce exactamente él mismo, por la palabra articulada ó escrita, en tantos millares de hombres que la oyen ó que la leen, y convenid en que sois tan ignorantes como impios al blasfemar contra el misterio del Verbo de Dios, porque decis no poder comprenderle, cuando admitis, sin comprenderle mejor, el misterio de la palabra del hombre ; *Cur verbum Dei contemnis, qui verbum hominis non comprehendis ?* (Tract. 57.)

Estas son las ideas que nos suministra el misterio de la encarnacion del Verbo, considera en su imagen y en su economia ; veamos ahora, en pocas palabras, los sentimientos que debe inspirarnos.

TERCERA PARTE.

12. De dos especies de parto espiritual se habla en la Santa Escritura ; la una es la que explica David en estos términos : « Véase que, consumando la injusticia, el hombre ha conce-

bido el dolor y *parido* la iniquidad; *Ecce parturiit iniquitiam, concepit dolorem et peperit iniquitatem.* » (Psal. vii, 15.) Este es el parto del mal. El otro es aquel de quien ha dicho Isaías : « Como una mujer que pare grita en sus dolores, así nosotros hemos gemido marchando á la presencia del Señor, hasta que hayamos parido las obras de salvacion que habiamos concebido; *Sicut quæ appropinquat ad partum, clamat in doloribus suis, sic facti sumus a facie tua, Domine: concepimus et quasi parturibimus spiritum salutis.* » (Is., xxvi, 18.) Este es el parto del bien.

Pero ; qué diferencia, hermanos míos, entre estas dos especies de parto ! Los malvados se glorifican, se complacen cuando obran el mal; *Gloriantur cum male fecerint, exultant in rebus pessimis.* (Prov., ii, 14.) Pero pasada la corta embriaguez del placer, caen en la tristeza, en el disgusto, no conocen ni aun el camino de la paz y de la felicidad que se lisonjaban alcanzar; *Contritio et infelicitas in vis eorum, et viam pacis non cognoverunt.* (Psal. xiii, 5.) Esto consiste en que el desórden en las creencias es la duda, y el desórden en las costumbres es el remordimiento, así como el desórden en la política es la anarquía. La duda es la destruccion del corazon, así como la anarquía es la destruccion de la sociedad. « Todo ser destruido, desgarrado en si mismo, dice San Agustin, es su propio suplicio y su verdugo; *Pœna sua sibi est omnis animus inordinatus.* » (Confess.)

Es bien distinto por cierto lo que sucede en la práctica del bien. Se padece en cautivar el entendimiento bajo el yugo de la fe, en renunciar á sí mismo, en imponerse el peso de los mandamientos de Dios. Pero desde que el espíritu está sometido, desde que la virtud ha sido practicada y el deber cumplido, el yugo de la fe se hace suave, el peso de la ley se hace ligero, y se alcanza la tranquilidad del espíritu y la alegría del corazon. Y esto es lo que Jesucristo ha querido persuadir á sus discípulos, concluyendo por estas expresiones la parábola de la mujer que pare : « Lo mismo sucede con vosotros : en la actualidad vivís en la tristeza y el sufrimiento; pero yo os volveré á ver, y entonces estaréis en la alegría, y nadie podrá arrancaros esta alegría de vuestro corazon; *Et vos igitur nunc tristitiam habetis; iterum autem videbo vos, et gau-*

debit cor vestrum, et gaudium vestrum nemo tollet a vobis. » (Joann., xiv, 22.)

Así, la alegría que se prometen y que disfrutan por algunos instantes los malvados ejercitando el mal, se cambia en dolor; *Ecce parturivit injustitiam, et peperit dolorem*; en lugar de que la repugnancia, la pena que padecen los buenos en obrar bien, semejante, dice San Isidoro, á los dolores del parto, se cambia en alegría; *Sunt dolores parturientis fructum gaudii afferentes*. Por este medio penoso en el tiempo es como se consigue la salvacion en la eternidad; *Concepimus et parturibimus spiritum salutis*.

13. Esto es lo que particularmente sucede con relacion á la fe en el misterio de que hoy os he hablado. En un principio no es fácil, no carece de tortura para la razon esta fe santa.

En cuanto á mí, os confieso que cuando me detengo á considerar en Jesucristo al Dios-Hombre, es decir el infinito e lo finito, la grandeza en la pequeñez, la majestad en la miseria, el ser en la nada, el Dios vivo en el hombre sin ser degradado por él, el hombre vivo en Dios sin ser por él destruido; el Dios permaneciendo siempre Dios en la humanidad, que lo encubre; el hombre permaneciendo hombre en la divinidad, que se ha apoderado de él; el Dios que sufre, que muere en cuanto hombre; el hombre que es todopoderoso, que resucita, que sube al cielo en cuanto Dios: estos extremos tan separados, estas distancias tan lejanas, estos términos tan contradictorios, estas dos naturalezas, estas dos voluntades tan diversas en la misma persona: cuando considero todo esto, mi razon, desvanecida, magullada, humillada, abatida, quisiera retroceder ante enigmas tan augustos, pero tan complicados; ante incomprendibilidades tan inaccesibles! Pero viniendo en mi socorro la gracia de la fe, aun no he concluido de decir *creo*, cuando mi inteligencia experimenta una calma inexplicable, mi corazon una verdadera alegría; y libertado de los destrozos de la duda, me siento en un perfecto bienestar, y me entrego con felicidad á los encantos inefables de esta fe del Dios-Hombre y del Hombre-Dios, principio, fundamento, prenda de mi salvacion; *Parturibimus spiritum salutis*.

¡Oh, cuán crueles, cuán enemigos del hombre son los se-

dosabios que se esfuerzan por arrancar del corazon del hombre la fe del Dios hecho hombre!

¡Oh grande y delicioso misterio! Tengo necesidad, tengo grande necesidad de tí. Si estas dos palabras *Dios* y *Hombre* se separan de la persona de Jesucristo, ya no es mi redentor, ni mi riqueza, ni mi esperanza, ni mi fuerza, ni mi felicidad. Vuelvo á caer en la miseria y en la debilidad, en la desconfianza y en el espanto. Un Dios que no es hombre, por su grandeza misma abruma mi espíritu, aplasta mi imaginacion, destroza mi corazon. Un hombre que no es Dios no me inspira sino indiferencia y desprecio. Un Dios que no es hombre no me inspira confianza; un hombre que no es Dios no me salva. Solo el Dios-Hombre me consuela, solo el Hombre-Dios me reanima. Yo amo pues al Hombre-Dios, yo no puedo pasar sin el Hombre-Dios. ¡Solo en el Hombre-Dios puedo esperar, solo en él puedo descansar! Si este misterio no existiese, tendria que inventarlo: tan grande es la necesidad que tiene de él mi corazon, tan grande el consuelo que le proporciona. Pero es el hecho que si este misterio no fuera una verdad divina, no hubiera podido ser una invencion humana. Ya lo hemos visto: no se encuentra lo inconcebible, no se imagina lo incomprensible; la razon no inventa lo que la razon no puede alcanzar. Si lo conocemos, es porque nuestra razon lo ha aprendido, es porque este misterio, desconocido, oculto á las sabidurias de las inteligencias decaidas: « Dios, dice San Pablo, nos lo ha revelado por medio del Espíritu Santo; *Mysterium absconditum, quod nemo principum hujus sæculi cognovit, nobis autem revelavit Deus per Spiritum suum.* » (1, *Corinth.*, II, 10.)

¡Oh grande y dulce misterio! Todos nosotros somos aquí cristianos y queremos serlo; esto constituye nuestra grandeza, nuestra gloria, nuestra riqueza, nuestro consuelo y nuestra felicidad. Recibe pues, santo y religioso misterio, los homenajes de nuestra razon, de nuestra fe, de nuestro amor. Nosotros te creemos amándote, nosotros te amamos creyéndote. Nuestro amor es fe, nuestra fe es amor. ¡Oh, sí! Nosotros queremos, nosotros prometemos, nosotros juramos respetar en nosotros, mismos, por la pureza de nuestras costumbres, la celeste alianza, el parentesco divino que por el

bautismo, aplicándonos los merecimientos del Hombre-Dios, ha contraído nuestra humanidad con la divinidad; *Divina consortes naturæ.* (II, Petr., I, 4.) Nosotros queremos reformar nuestras costumbres, realzar la miseria de nuestra naturaleza por las obras de la gracia, con el fin de alcanzar un día la suerte de obtener la eterna felicidad de la gloria. *Así sea.*

Nota A (Párrafo 4.º de esta conferencia.)

No se insistirá bastante en el principio que Sto. Tomás ha establecido, de acuerdo con los antiguos teólogos, de que, siendo el alma del hombre una *parte* de la naturaleza humana, no tiene su perfección natural sino en cuanto se halla unida al cuerpo; *Anima cum sit pars humana naturæ, non habet naturalem perfectionem nisi secundum quod est corpori unita.* (I, p. q. 90, a. 4.) Y si el alma es imperfecta sin el cuerpo, con mayor razón el cuerpo es imperfecto sin el alma. El hombre está pues formado de dos naturalezas imperfectas, que son las verdaderas partes de un todo; pero no sucede lo mismo en Jesucristo, en quien la divinidad y la humanidad son absolutas y perfectas; *Homo ex duabus imperfectis naturis vere quæ dictis partibus constat; Christus, ex perfectis et absolutis.* (Petav., *Incar.*) Porque lo perfecto es aquello en donde no falta nada de lo que en él se debe encontrar. Y las dos naturalezas de Jesucristo son perfectas porque no falta nada á su esencia respectiva; pero las dos sustancias que constituyen al hombre, consideradas separadamente, no son perfectas por su naturaleza, porque no son sino *partes* de un todo que es el solo perfecto; *Perfectum est illud cui nihil deest eorum quæ debent inesse. Naturæ Christi ambæ perfecte sunt, quia nihil ad earum essentiam deest. Ad illæ, quibus homo constituitur, natura sua minime sunt perfectæ, quia non nisi partes sunt totius et perfecti.* (*Ibid.*) Por esto, es por lo que San Atanasio llama á Jesucristo los DOS PERFECTOS DUO PERFECTA.

Se sigue de esto que en Jesucristo no hay composición tal como existe en el hombre. «Una naturaleza se dice compuesta de diferentes naturalezas, decía San Juan Damasceno, cuando de su unión se forma una tercera cosa diferente de las dos naturalezas que se han unido en ella, y cuando esta tercera no es ni una ni otra de las dos partes; *Natura una composita ex differentibus naturis tunc dicitur, quando copulatis inter se naturis aliud quiddam, præter eas quæ copulatæ sunt, efficitur, ad quod est effectum neque hoc est neque illud, sed diversum.* » (*Apud Petav.*) Esto es lo que sucede en el hombre. Del alma y del cuerpo se forma el hombre, de manera que el alma separada no es el hombre, ni el cuerpo separado es tampoco el hombre. Pero en Jesucristo las dos naturalezas perfectas que en él se encuentran no constituyen una tercera naturaleza compuesta. Y los Santos Padres están todos de acuerdo en alejar de Jesucristo toda idea de composición. San Atanasio en particular, ese gran teólogo del misterio de la Encarnación, repite muchas veces que en Jesucristo ni la carne es *parte* del Verbo, ni el Verbo es parte de la carne, como el alma y el cuerpo son verdaderas partes

del hombre; y que la divinidad y la humanidad se han unido en una sola persona, no por una *composicion* cualquiera de dos partes, sino por la *union* de dos naturalezas perfectas, que no hace de ningun modo de estas dos naturalezas una sola naturaleza ni una sola esencia; *Hic neque caro est pars Verbi, neque Verbum pars carnis, atque illi quidem partes hominis sunt anima et corpus... Ambo in una persona junguntur, non compositione aliqua ex partibus, sed unitione perfectarum naturarum, quæ unam essentiam illa duo non facit.* (De Incarn.) El hombre es pues un compuesto, porque todo lo que se forma de partes imperfectas, dice San Juan de Damasco, es un verdadero compuesto; *Quidquid coalescit ex imperfectis est omnino compositum.* Pero en Jesucristo, siendo perfectas las dos naturalezas, no hay compuesto de ningun modo. Por eso en la teología católica Jesucristo se dice *UXO*, pero no *UNA COSA* (*unus, sed non unum*), porque es un individuo, pero no un compuesto; en vez de que el hombre se dice no solamente *uno*, sino tambien *una cosa* (*unus et unum*); porque, siendo un individuo, es tambien un verdadero compuesto.

Véase otra diferencia. El hombre es una persona; pero la personalidad humana ni es del alma ni del cuerpo; de suerte que ni el alma sola es una persona, ni el cuerpo solo tampoco. La personalidad humana resulta de la union de las dos sustancias. La razon de esto es que las dos sustancias que forman el hombre, consideradas separadamente la una de la otra, siendo las dos imperfectas, no podrian ser una persona; siendo la persona una *sustancia individual perfecta de naturaleza racional*. Pero estas dos sustancias, separadamente imperfectas, perfeccionándose la una por la otra por su union, y formando un *individuo perfecto de naturaleza racional*, por lo mismo constituyen una persona. Pero en Jesucristo la única persona que se encuentra no es el resultado de la union de la divinidad con la humanidad porque la persona del Verbo existia y era perfecta antes de unirse á la humanidad, ó, segun la bella expresion de San Epifanio, antes de haberse formado en sí misma la naturaleza del hombre; *Naturam hominis in se ipsa formavit.*

En fin, véase tambien la tercera diferencia, que sale de la precedente. En Jesucristo la persona preexistente del Verbo, habiendo *asumido* la naturaleza humana, y habiéndose la intimamente unido en sí mismo, la misma persona de Dios es tambien la misma persona del hombre. De aquí lo que la teología llama la *comunicacion de los idiomas*, que tan inoportunamente escandaliza á los ignorantes de esta ciencia divina, es decir, las expresiones: *el hijo de Dios ha muerto, el hombre es todopoderoso*, etc., que sin embargo, son de rigorosa verdad en cuanto en Jesucristo, á causa de la unidad de la persona, el Dios es verdaderamente hombre y el hombre es verdaderamente Dios. Pero en el hombre, en quien la persona resulta de la union de dos sustancias, y no es propia ni de la una ni de la otra, aunque el alma y el cuerpo formen un hombre, no se puede decir sin caer en el absurdo, como ha advertido San Bernardo, y no se dice que el alma es cuerpo y el cuerpo alma, como se dice de Jesucristo que el Dios es hombre y el hombre es Dios; *Si duo illa de se invicem prædices non erraveris: Deum, videlicet HOMINEM; et hominem DEUM pronuntians. Non autem similiter vel CARNEM de anima, vel ANIMAM de carne, nisi absurdissime prædices: etsi similiter anima et caro unus est homo.* (Apud. Petav.)

Concluyamos pues, con Petavio, que los Padres y los teólogos católicos, estando todos conformes sobre el ejemplo del hombre para explicar el misterio de Jesucristo, no han tenido otro pensamiento sino el de consignar que en el hombre, compuesto de alma y de cuerpo, se encuentran relaciones de semejanza con Jesucristo, formado de Dios y de hombre; advirtiendo que estas relaciones se hallan realizadas en Jesucristo de una manera mucho

mas elevada y perfecta, y que la semejanza que se encuentra entre el hombre y Jesucristo cuadra exactamente en que, como el hombre es la union de dos sustancias, Jesucristo es la union de dos naturalezas, y que, como el alma y el cuerpo conservan en su union su diferencia, así en Jesucristo la divinidad y la humanidad están unidas sin confundirse, pero conservan tambien sus diferencias y sus propiedades; *Theologi in eo conspirant, ut sint quædam in hominis structura ex anima et corpore, quæ longè secus se habent in Christo, ex Deo et homine constituto. Ad id vero accommodatam esse hanc similitudinem, quod utrobique cernitur, quemadmodum unus homo ex diversis naturis componitur quæ propriam servant in unione differentiam sic etiam unus Christus Deique Filius ex naturis ambabus existit, quæ proprietates sine ulla confusione retinent.* (De Incarn.)

« Sin embargo, no es menos cierto, dice San Agustin, que como nuestro verbo se hace voz sin cambiarse en voz, así el Verbo de Dios se ha hecho carne sin cambiarse en carne; *Sicut verbum nostrum vox fit, nec mutatur in vocem, sic Dei Verbum caro factum est nec mutatur in carnem.* » (De Trinit., lib. xv, c. 2.) Y que, bajo este aspecto, la encarnacion del verbo humano nos ofrece una bella imágen de la Encarnacion del Verbo divino.

CONFERENCIA NOVENA.

RESTAURACION DEL UNIVERSO POR LA ENCARNACION DEL VERBO.

*Cum venerit ille Spiritus veritatis, ipse
docebit vos omnem veritatem.*

« Cuando venga el Espíritu de verdad,
os enseñará toda la verdad. »

(*Evang. del 4º dom. después de Pascua.*)

1. El día de Pentecostés es cuando se cumplió esa grande expresión, esa importante promesa de Jesucristo.

Ese día es cuando del Espíritu Santo, descendiendo de una manera sensible sobre los apóstoles y sobre los primeros fieles, les reveló, les enseñó toda la verdad.

Pero pues que, según la advertencia que ha hecho el mismo historiador sagrado, el Espíritu divino, una vez descendido sobre la Iglesia, ha permanecido en la Iglesia con toda la verdad de que es revelador, intérprete y maestro; *Stetit super singulos* (*Act.*, II); esta circunstancia es el fundamento de nuestra fe, el motivo de nuestra confianza completa, de nuestra seguridad perfecta en la enseñanza de la Iglesia. Porque por esto mismo estamos ciertos de que, al escuchar á la Iglesia, no es al hombre á quien escuchamos, al hombre, por demás parlero, y que no nos enseña jamás nada de lo que mas importa saber; el hombre no nos ofrece mas que palabras sin significacion, razonamientos sin certidumbre, doctrinas sin consistencia, sistemas sin solidez, con relacion á la ciencia de Dios, del hombre y de la salvacion eterna. Estamos ciertos, por lo tanto, que escuchando á la Iglesia, escuchamos el Espíritu de Dios, el Espíritu de verdad, residente en la Iglesia; y que desde luego, sometiéndonos á la enseñanza de la Iglesia, estamos en la verdad, poseemos la verdad, podemos ex-

pliearnos y darnos cuenta de toda verdad; *Cum venerit ille Spiritus veritatis, ipse docebit vos omnem veritatem.*

En efecto, fortalecida con este apoyo, iluminada por esta luz divina, es como la razon católica se ha explicado, se ha dado cuenta de una manera tan amplia, tan elevada, tan sublime como ya hemos visto, de los grandes misterios de Dios y de la Trinidad, del hombre y de su destino, del Verbo y de su encarnacion; y así tambien, fuerte con el mismo apoyo, iluminada por la misma luz, es como se ha explicado tambien de una manera admirable el gran misterio de la restauracion del mundo por el mismo misterio de la encarnacion del Verbo; lo que debemos ver en el dia de hoy.

Así, después de haber considerado la Encarnacion en su verdad, vamos á considerarla en sus mas extensas relaciones con el órden universal, en sus efectos mas generales respecto de la creacion entera; y después de haber consignado su conveniencia, su homogeneidad con el misterio del hombre, vamos á admirar su grandeza, su importancia, su majestad. Deseo pues con esta exposicion haceros conocer siempre mas y mas la injusticia, la estupidez de la razon filosófica, que vituperara nuestra razon católica por la docilidad con que se somete, y por la felicidad con que conserva su fe en los misterios cristianos. Pero invoquemos ante todo el auxilio celestial por la mediacion de María. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

2. Todas las excepciones en la creacion de las cosas han tenido lugar en favor de la humanidad.

Hemos visto la manera particular con que ha sido creado el primer hombre. Y bien: la primera mujer ha sido tambien creada de una manera particular.

La hembra de todos los animales no ha sido producida sino por la misma palabra, al mismo tiempo y del mismo elemento que el macho. Pero la primera mujer de la especie humana no ha sido creada así; Eva no ha sido formada sino de la cos-

tilla de Adan, dormido en sueño misterioso. Y ¿cuál ha podido ser la razon de una creacion tan singular? Sto. Tomás, ese gran genio, que se encuentra siempre en el camino cuando se busca la razon de cualquiera misterio del cristianismo, ha dicho que Dios ha creado así la primera mujer, en primer lugar, por miramientos á la dignidad del hombre, para que fuese él el único principio de toda su especie, como Dios es el único principio de todo el universo; *Ut dignitas hominis servaretur, ut esset principium suae speciei, sicut Deus est principium totius universi*. En segundo lugar, la mujer no ha sido creada de la cabeza del hombre, para que no se infiera que debe dominar al hombre y ser la señora del hombre; *Non de capite, ut non dominetur viro*. En tercer lugar no ha sido creada de los piés del hombre, para que no se deduzca que deba ser despreciada por el hombre como siervo y esclava del hombre; *Non de pedibus, ne despecta sit a viro*. Sino que ella ha sido creada del costado del hombre, del corazon mismo del hombre, para que se sepa que la mujer debe ser amada por el hombre, como mitad del hombre é igual al hombre; *Ut magis vir diligeret uxorem suam*. (I. p. q. 91, a. 1.)

Pero independientemente de las razones de órden histórico, de órden natural, la mujer, dice tambien Sto. Tomás de acuerdo con San Agustin, ha sido así creada por una razon misteriosa, profética y sacramental; *Postrema ratio est sacramentalis*. Es decir, que por Eva y con Eva nacida del corazon abierto de Adan, dormido al pié de un árbol, ha querido figurar Dios de antemano y poner en accion el grande y delicioso misterio de la Iglesia, que debia nacer un día del corazon traspasado de JESUCRISTO, dormido en el sueño de la muerte sobre el árbol de la cruz; *Ut figuraretur quod Ecclesia a Christo sumit principium*.

Así, Adan, único principio de toda vida natural, aun con relacion á su mujer, de la que debian nacer todos los hombres, ha figurado á JESUCRISTO, que debia ser el principio de toda vida sobrenatural, aun con relacion á la Iglesia, de la que debian nacer todos los fieles.

Es mucho decir, mis queridos hermanos, que el misterio de la restauracion universal en el órden de la gracia por la encarnacion del Verbo, ha debido ser tambien representado,

figurado de antemano, en el misterio de la restauracion parcial en el órden de la naturaleza por la creacion del hombre.

Estudiemos pues en esta imágen animada, en esta profecia viviente, el grande original, la grande realidad del misterio magnífico, inmenso, de la restauracion del mundo por JESUCRISTO, para convencernos mas siempre de que la filosofia de la Iglesia vale mas que la vana charla de la filosofia de escuela, que no enseña al hombre ninguna verdad, ya que no le enseñe algun error.

3. Al crear el cielo y la tierra, Dios habia creado dos mundos en un solo mundo : el mundo invisible, celeste, la ciudad de los espíritus ; y el mundo terrestre y visible, la patria de la materia, de los cuerpos. Pero ; cuán diferente la condicion de esos dos mundos ! No habiendo aparecido el hombre sobre la tierra, existia en ella la vida sensitiva, la vida vegetativa ; pero ; no existia la vida inteligente ! Cuando pues Dios era conocido, adorado, amado por millones de millones de sustancias angélicas en el cielo, sobre la tierra todo lo que no estaba inerte, era mudo, era estúpido ; nada comprendia allí á nada ; nada ofrecia homenaje al que lo habia creado.

Pero ¿ es esto lo que debia, es esto lo que podia suceder siempre ? El culto de Dios, reservado á la creacion espiritual, ¿ podia estar desterrado para siempre de la creacion corporal ? Cuando la sustancia inteligente bendecia y adoraba en los cielos, ¿ hubiera podido la sustancia material permanecer siempre muda y desconocida sobre la tierra ? Y ¿ habia de permanecer el Artista supremo extraño para siempre á esta parte de las obras de sus manos ?

Pero ¿ y el medio de hacer cesar este inconveniente ? ¿ El medio de asociar la materia al culto de Dios, de hacerla entrar en el gran corazon de las inteligencias, para que viniese tambien á mezclar, á confundir su voz con las otras en un himno comun de reconocimiento y de amor ?

Tranquileémonos. Este medio lo ha encontrado Dios, lo ha puesto por obra creando al hombre. Por esta admirable creacion, que ha asombrado á los ángeles cuando la vieron aparecer por primera vez sobre la tierra, Dios ha unido en el hombre el espíritu al cuerpo en una unidad de ser ; de suerte que el mismo y único ser del alma es tambien el ser del cuer-

po; y por consiguiente, en esta obra maravillosa, así como el espíritu ha empezado á poseer un ser corporal, así tambien el cuerpo ha comenzado á poseer, en cierta manera, un ser espiritual, una vida espiritual; así como la inteligencia ha comenzado á tener una especie de personalidad material, así la materia ha sido elevada á una especie de personalidad inteligente: véase pues á la materia, al cuerpo, hablando, obrando en el hombre como el espíritu, al que están unidos sustancialmente sin estar confundidos; ved á la materia, al cuerpo, asociados en el hombre al culto de Dios, á la religion.

« Porque, recordad bien, nos dice Tertuliano, que en el hombre, el cuerpo, la carne, la arcilla es quien eleva la mirada al cielo en la oracion, se prosterna en la adoracion, desata su lengua en alabanzas, abre los ojos á las lágrimas del arrepentimiento, arma los brazos con los instrumentos de la penitencia, ofrece las manos para las obras de la caridad. El cuerpo, la carne, la arcilla es en él mártir víctima de Jesucristo, y sacerdote que la inmola en su obsequio; el cuerpo, la carne, la arcilla es el apóstol de la religion, el confesor que la atestigua, el soldado que la defiende; *Testimonii sui miles, religionis sacerdos.* »

« El hombre, dice Sto. Tomás, es en cierto modo un compuesto de todas las cosas. Por su alma racional pertenece al género de las sustancias espirituales. Tiene la extremidad de los contrarios, propio de los cuerpos celestes, á causa de la desigualdad perfecta de su complexion. Posee en sí mismo los elementos de los demás cuerpos en cuanto á su sustancia. Por esto el hombre se llama el *mundo menor*, por encontrarse en cierto modo en él todas las criaturas del mundo (1). » « Ha sido necesario, dice tambien Sto. Tomás, que el cuerpo del hombre fuese formado de la materia de los cuatro elementos, para que el hombre tuviera relaciones con los cuerpos inferio-

(1) « Homo est ex rebus omnibus quodammodo compositus, dum de genere spiritualium substantiarum habet in se animam rationalem, de similitudine vero celestium corporum habet elongationem à contrariis per maximam equalitatem complexionis. Elementa vero secundum substantiam. Et propter hoc dicitur *mixta mixtus*; quia omnes creature mundi quodammodo inveniuntur in eo. » (1, p. q. 91, a. 1.)

res, y existiese como un cierto medio entre las sustancias espirituales y las sustancias corporales (1). »

Así que, según Sto. Tomás, el hombre no solamente se halla en relación con el orden intelectual por su inteligencia, y con el orden material por sus sentidos, sino que, como espíritu y como cuerpo, reasume en él solo las condiciones de todos los cuerpos y de todos los espíritus. Es, como Dios, independiente de todo ser creado; es inteligente como los ángeles, y tiene y posee al mismo tiempo la vida sensitiva del bruto, la vida vegetativa de la planta, la vida aumentativa de los minerales, y la existencia inerte de los seres inorgánicos; y reuniendo en sí los elementos de todas las sustancias, las condiciones de todos los seres, las fuerzas de todas las vidas de la creación, produce todos sus efectos, abraza todas sus armonías, y él es, por sí solo, el mundo entero en pequeño, el resumen, el compendio del mundo; *Mundi summa et compendium.* (A Lap.)

Piedra angular pues, centro misterioso, representante real de todo lo que ha sido creado; el hombre, dice San Gregorio Nacianceno, es el ángel celeste y terrestre al mismo tiempo, en el que todas las criaturas que viven están personificadas, y se elevan también con él y en él para rendir homenaje al Criador. Su ministerio es transmitir al cielo el culto de la tierra, las adoraciones de la naturaleza material y sensible; él es el adorador universal, el gran pontífice de la creación; *Angelus alter, terrenus pariter et celestis, mysticus adorator.*

Así es como Dios, en el hombre y por el hombre, ha restaurado, ha elevado toda la naturaleza material, y la ha asociado á las funciones propias del espíritu, al homenaje que solo los espíritus podían tributar, y ha armonizado á todos los seres en un solo y único concierto para culto y gloria del Criador.

4. Pero esta restauración real de la naturaleza, por noble que sea en su objeto é inmensa en sus efectos, no es, sin embargo, mas que pálida imagen de una restauración todavía mas noble y mas extensa, no es mas que una restauración en

(1) « Oportuit autem ut ex materia quatuor elementorum fieret corpus humanum; ut homo haberet convenientiam cum inferioribus corporibus, quasi medium existens inter spirituales et corporales substantie. » (*Ibid.*)

cierto sentido incompleta, que tiene necesidad de ser ella misma á su vez restaurada y completa.

Acabamos de ver que antes de la creacion del hombre, la materia en el estado primitivo de su creacion no podia elevarse hasta el espíritu y participar de sus funciones. Y de la misma manera, si el hombre y el ángel hubieran sido dejados en su estado primitivo, el estado que se llama de *pura naturaleza*, no hubieran podido elevarse hasta Dios, hasta agradar á Dios y rendirle un culto digno de él; no pudiendo Dios encontrar sino en sí mismo ninguna cosa que sea digna de él. Sea cual fuere la excelencia de una criatura, su pureza, su inocencia, su perfeccion, estará siempre alejada de Dios toda la distancia que separa lo infinito de lo finito, el ser de la nada, á causa de la imperfeccion nativa é inseparable de su condicion de criatura.

Ella no puede honrar jamás á Dios tanto como merece ser honrado, y atraer sobre sí sus miradas, sus complacencias, y merecer su amor. Dios hubiera pues criado todavía millares de criaturas nuevas, mil veces mas nobles y mas perfectas que todas las que habia creado; pero, no pudiendo hacer dioses, no podia jamás hacer una siquiera capaz de ofrecerle culto proporcionado á la grandeza infinita de su majestad, á la infinita perfeccion de su ser, y este ser infinitamente perfecto y perfectamente infinito, digno de un culto, de una adoracion infinita, hubiera permanecido para siempre privado de la gloria exterior de ese culto y de esa adoracion.

Y ¿podia suceder esto siempre así? Podia la naturaleza infinita, aunque infinitamente feliz en sí misma, estar privada para siempre de la gloria accidental del culto que le conviene?

Pero ¿y el medio de conciliar términos tan separados, de acerear extremidades tan lejanas, de hacer rendir un culto infinito á un ser finito? Este medio inefable, que ninguna inteligencia creada hubiera podido imaginar jamás, le ha encontrado Dios en las profundidades de su sabiduría infinita, y lo ha cumplido por la fuerza de toda su omnipotencia, por el misterio que el profeta llama la obra de Dios por excelencia, *opus tuum* (*Habac.*, III, 2); y San Pablo, la obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios, *Dei virtutem et Dei sapien-*

tiam (1, Corinth., 1, 24), Dios lo ha encontrado por el misterio de la Encarnacion del Verbo.

En este misterio, el Verbo de Dios, Dios mismo, habiéndose unido al hombre del modo mas íntimo, mas sustancial, mas perfecto, la misma y única persona del Verbo es tambien la persona del hombre. El Dios es allí verdaderamente hombre, como el hombre es verdaderamente Dios. En JESUCRISTO pues, que suplica, que adora á su divino Padre, y que se sacrifica á su justicia divina en el exceso de su divina caridad, las acciones siendo *theandricas* ó humano-divinas, el Dios ofrece el culto del hombre, porque este Dios es hombre; pero el hombre ofrece un culto de una excelencia, de una dignidad, de una majestad, de una perfeccion infinita, un culto divino, porque el hombre es allí Dios. Véase pues á Dios, que recibe en JESUCRISTO y por JESUCRISTO un culto digno de él, un culto infinitamente perfecto y perfectamente infinito, un culto proporcionado á la grandeza, á la majestad del Ser infinito.

5. Acabamos de ver que el hombre es el mundo en pequeño, el compendio de todo el mundo, el resumen de toda la creacion espiritual y material. «Luego el Verbo no se ha hecho hombre, dice San Juan Damasceno, sino para unir á él, en el hombre y por el hombre, todo el mundo, y elevarle y vivificarle; *Deus hominem assumpsit, ut in eo totum mundum sibi uniret et quasi vivificaret. Homo est enim microcosmos, totius mundi summa et compendium.*» (*Apud A Lapide in 1 Joan.*) Por este misterio pues, habiendo descendido el Criador á la creacion, y habiendo sido elevada la creacion entera hasta el Criador, Dios ha recibido en JESUCRISTO y por JESUCRISTO el homenaje unánime, el culto universal de todas las criaturas. Este culto universal, que es tributado por todos los seres representados en el hombre y divinizados en JESUCRISTO, es tambien un culto eterno con relacion á su duracion. «JESUCRISTO, dice San Pablo, no es solamente de ayer y de hoy, sino de todos los siglos y antes de todos los siglos; *Christus heri et hodie, ipse et in sæcula.*» (*Hebr., XIII, 8.*) El Verbo era al principio; *In principio erat Verbum*; es decir, antes que nada hubiese comenzado, al principio de todo principio, antes de todo principio, de toda eternidad y por la eternidad.

No hay para Dios ni pasado ni futuro : todo le está siempre presente en un solo y mismo instante. Por consiguiente, la economía inefable de la encarnacion del Verbo, habiendo sido decretada de toda eternidad, para cumplirse en el tiempo, ha estado siempre presente á Dios, como cumplida antes de todos los tiempos y de toda eternidad ; así Dios ha recibido en el Verbo y por el Verbo encarnado el culto perfecto y el culto infinito de toda eternidad ; y de toda eternidad este Dios infinito y perfecto ha sido reconocido y honrado de una manera completamente digna de él.

Esta es, hermanos míos, una de las razones con que la escuela católica tan célebre de Escoto ha sostenido que, aun cuando Adán no hubiera pecado, no hubiese por eso tenido menos lugar el misterio de la Encarnación, á causa de la excelencia y de su gloria infinita que ha resultado de él hácia el Ser infinito ; *Hoc excellentiam mysterii*. Tanto mas cuanto la felicidad de la criatura racional no estaba menos interesada que la gloria exterior y accidental del Criador. Esto lo vamos á ver en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

6. « La mayor bienaventuranza de la criatura racional, dice Sto. Tomás, consiste en la vision de Dios en su esencia; pero esta beatitud está sobre la naturaleza de todo entendimiento creado ; *Videre Deum per essentiam in qua beatitudo ultima rationalis creaturæ consistit, est supra naturam intellectus creati*. Ninguna criatura racional puede tener pues un movimiento de la voluntad ordenado á la adquisicion de esta beatitud, á menos que no sea ayudada por un agente sobrenatural ; y la accion de este agente, dirigida hácia este objeto, es lo que nosotros llamamos el auxilio de la gracia ; *Unde nulla creatura rationalis potest habere motum voluntatis ordinatum ad illam beatitudinem, nisi mota a supernaturali agente ; et hoc dicimus auxilium gratiæ*. » (I, p. q. 62, a. 2.) Es decir, añade Sto. Tomás, que el ángel no ha podido elevar-

se á desear, á querer, á merecer la bienaventuranza, sino por el auxilio de la gracia; *Angelus in beatitudinem voluntate converti non potuit, nisi per gratiam. (Ibid.)*

La gracia no es sino el reflejo de la naturaleza increada sobre la naturaleza creada, es la vestidura celestial con que Dios se digna revestir á la criatura racional, y que la ennoblece, la eleva del orden natural al orden sobrenatural, al estado deífico en que ella se hace en cierto modo semejante á Dios, participante de la naturaleza de Dios; *Divinae consortes naturæ. (II, Petr., I, 4)* Objeto de las complacencias y del amor de Dios, mereciendo la sociedad, la vision, la beatitud de Dios.

« Este es el inefable misterio, dice Tertuliano, del ennoblecimiento, de la elevacion de la criatura racional y de su asociacion á la naturaleza divina, por la gracia que Dios ha querido figurar de una manera sensible, cuando, después de haber revestido á Adan con una túnica de piel, exclamó: Vease como Adan se ha hecho semejante á una de nuestras personas; *Dixit Deus: Adam factus est sicut unus ex nobis, de futura scilicet assumptio hominis in divinitatem.* » (*Contra Marcion., II, 25*).

Pero estas pieles de cordero con que Dios formó la nueva vestidura, la túnica misteriosa de Adan, indicaron los méritos, los privilegios, las gracias del Cordero divino, de JESUCRISTO, de quien ha dicho San Juan que ha sido sacrificado desde el origen del mundo; *Agnus occisus ab origine mundi*; significaron los méritos, los privilegios, las gracias de JESUCRISTO, las únicas que pueden adornar á la criatura, hacerla agradable á Dios, y merecer ser admitida á la presencia y á la sociedad de Dios, habiendo dicho Jesucristo que nadie puede llegar hasta su Padre sino por medio de él; *Nemo venit ad Patrem nisi per me*; y San Juan y San Pablo, que la gracia ha venido por Jesucristo, y en él es en quien se encuentra todo, de él es de quien todo deriva, por él es por quien se obtiene todo; *Gratia per Jesum Christum (Joan., I, 17); Ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia. (Rom., XI, 36.)*

Los mismos ángeles no pudieron pues obtener la gracia que los santificó, que los elevó hasta Dios, sino por Jesucristo; y por consiguiente, ha sido necesario, dice Sto. Tomás, que el

misterio de la Encarnacion fuese revelado en comun á todos los ángeles en el momento de su creacion ; *Oportuit de mysterio incarnationis omnes a principio communiter edoceri.* « Esto es lo que sucedió, dice tambien Sto. Tomás, porque, en efecto, todo lo que los profetas conocieron después por revelacion divina respecto al misterio de la gracia, ha sido revelado á los ángeles de una manera mucho mas excelente y mucho mas perfecta ; *Quidquid prophetæ cognoverunt per divinam revelationem de mysterio gratiæ, multo excellentius est angelis revelatum.* » (1, p. q. 57, a. 5, ad 2 et 3.)

Habiendo conocido de antemano los ángeles á la luz de esta revelacion el gran misterio del Verbo que debia unirse en la plenitud de los tiempos á la naturaleza humana y hacerse hombre, ellos lo entendieron entonces y lo adoraron, colocaron en sus merecimientos toda su confianza y su amor ; y por esta fe, esta esperanza y este amor fueron confirmados en la gracia, y fueron admitidos á la vision beatifica de Dios. Lo que ha hecho decir á San Bernardo que el mismo Jesucristo, que ha sido el salvador del hombre, ha sido tambien el salvador del ángel : del hombre desde el momento de la encarnacion, del ángel desde el momento de la creacion ; *Idem quippe et angeli salvator et hominis : sed hominis ab Incarnatione, angeli ab initio creaturæ.* (Serm. de Circum.)

7. Es menester admitir con mayor razon que la misma revelacion ha sido hecha al hombre aun antes de que hubiese pecado. Ni él ha podido tampoco recibir sino por Jesucristo la gracia santificante que le elevaba al órden sobrenatural, al órden deífico, y que le hizo desear merecer la última beatitud, la vision de Dios, á la que Dios se habia dignado destinarle. « Por consiguiente, Adán, dice Sto. Tomás, antes todavía de levantarse contra Dios, ha conocido por revelacion el misterio de la Encarnacion, y ha tenido explícita fe en Jesucristo ; no fe en Jesucristo como que le hubiera de rescatar del pecado del que Adán no sospechaba hubiese de hacerse culpable, sino fe en Jesucristo como el medio necesario, el medio único de alcanzar la última bienaventuranza en la gloria ; *Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi Incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ.* » (n. 2, q. 2, a. 7.)

Y San Pablo mismo, presentándonos, en el capítulo quinto de su *Epistola á los Efesios*, á Adán todavía inocente, revelando por primera vez al mundo el grande y tierno misterio de la union de Jesucristo con su Iglesia; San Pablo, digo, en este admirable texto, no deja ninguna duda de que el misterio de la Encarnacion ha sido revelado al primer hombre antes de su caída, durante el sueño misterioso que procedió á la formacion y al nacimiento de la primera mujer.

Esta magnífica doctrina, léjos de disminuir el peso inmenso del reconocimiento que debemos á Jesucristo, lo aumenta y lo eleva.

Habiendo decidido el Verbo descender á la creacion, y unirse á ella sin confundirse con ella, podia tomar muy bien, segun San Pablo, la naturaleza angélica; pero no lo ha hecho así. Ha preferido la raza de Abraham, la naturaleza humana; *Nusquam angelos apprehendit, sed semen Abrahæ.* (*Hebr.*, II, 16.) Y ¿por qué? Porque ha querido tener miramientos con el hombre, porque ha amado al hombre.

Hemos visto, hermanos míos, que los ángeles, noventa y nueve veces mas numerosos, segun el cálculo de Sto. Tomás, que todos los hombres que han vivido, viven y vivirán sobre la tierra hasta el fin del mundo, no se distinguen entre sí por individuos, sino por especies; porque teniendo cada ángel un grado de diferencia específica de inteligencia, es por sí solo una especie.

Hemos visto que esta inmensa multitud de espíritus forma, con Dios y el hombre, una inmensa escala de seres inteligentes, á la cabeza de la cual está la inteligencia increada, reflejando su luz sobre todas las inteligencias creadas; y por bajo, en el último grado, se encuentra la inteligencia del hombre, la mas imperfecta de todas las inteligencias, al punto que necesita del cuerpo, de las fantasmas singulares que le trasmite el cuerpo, para elevarse á lo universal, para comprender.

Y si el Verbo eterno al descender á la creacion se hubiera detenido en uno de los grados intermedios de la interminable escala de los seres inteligentes, los grados inferiores, y el hombre, que es su último grado, hubieran permanecido fuera de su accion restauradora. Las últimas especies de los ángeles,

y el hombre en particular, hubieran permanecido en el estado puramente natural, privados de la gracia, de ese misterioso reflejo, de esa comunicacion inefable de la perfeccion divina, que es la sola que trasforma, que eleva el ser creado hasta el Ser increado, y le hace digno de parecer en su presencia, de permanecer en su compañía. El hombre hubiera sido excluido de la última bienaventuranza de la criatura inteligente, de la vision del Ser infinito en su esencia.

¿Qué ha hecho pues ese Verbo divino? Ha recorrido toda entera, hasta su última escala, la inmensa gradacion de los seres inteligentes. Ha llegado hasta el hombre, se ha hecho hombre, y por lo mismo, ha comprendido, ha encerrado en su accion restauradora todas las especies superiores al hombre, todos los ángeles, todos los espíritus que se encuentran en los diversos sistemas celestes de que cada estrella es sol y centro, así como el sol es la estrella y el centro de nuestro sistema; pero ha comprendido, ha encerrado tambien al hombre, y lo ha puesto en estado de poder aspirar tambien á la bienaventuranza que le es propia como ser inteligente, y merecer la vision y la asociacion á Dios.

Para ventaja pues del hombre, por amor al hombre, por la felicidad eterna del hombre, es por lo que el Verbo de Dios ha descendido del cielo y se ha hecho hombre; *Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis, et homo factus est.* Y así es que, aun independientemente del pecado del hombre, todo el órden intelectual ha sido restaurado por el misterio del Dios que se ha hecho hombre, todo ha sido restaurado por Jesucristo; *Instaurare OMNIA in Christo.* (Ephes., 1, 10.)

8. Pero en la condicion enteramente particular á que se habia reducido el hombre, necesitaba de una intervencion divina enteramente particular; necesitaba, no solamente ser levantado de su miseria como el ángel, de su impotencia natural como ser imperfecto, sino tambien ser reconciliado, rescatado como ser culpable. Creado y establecido en el estado de gracia, y revestido por la gracia del derecho á la gloria, no supo guardar su felicidad y su dignidad. Dejándose engañar por Satanás, y mas todavia por su orgullo, quiso llegar por medio de la ira y de la rebelion á su última biena-

venturanza, á la ciencia perfecta de Dios, que no debia ser sino el precio de su obediencia y de su amor.

Cayó en un pecado que reunió en él un haz, una multitud de pecados. Se hizo odioso á Dios, que le habia creado y llamado de todas sus misericordias; cayó en una verdadera esclavitud con relacion á Satanás, por quien se habia dejado vencer, por razon al pecado, al que se habia entregado por un desórden de su voluntad, cuya culpabilidad nada podia atenuar.

Desde este momento su constitucion fisica, así como su constitucion moral, quedó alterada. Se encontró corrompida en todas sus tendencias, herida en todas sus facultades, echada por tierra en todo su ser.

Padres enfermos no pueden engendrar hijos sanos. Adán, pecador y corrompido hasta la médula de sus huesos, no engendró mas que una raza pecadora y corrompida, y el pecado original del padre, reproduciéndose por la generacion en todos sus hijos, infestó la especie humana.

A la desgracia de su nacimiento no tardaron los hombres en añadir otros excesos por la perversidad de su voluntad. Olvidaron al Criador, su religion tradicional y sus leyes, y se entregaron casi generalmente á la idolatría y á las pasiones.

El insulto es tanto mas grave cuanto mayor es la dignidad de la persona objeto de él. En razon pues de la Majestad infinita, á quien el hombre habia insultado con su rebelion, sus pecados tenian algo de infinitos en su malicia, y no podian ser perdonados sino en virtud de una satisfaccion infinita.

« ¡ Triste condicion del hombre! exclama San Agustin. Siendo el pecado cometido por el hombre, el hombre es quien debia expiarle. Pero habiendo sido cometido contra la majestad infinita de Dios, que no puede encontrar sino en sí misma una satisfaccion digna de ella, no podia ser expiado el pecado sino por un Dios; *Peccatum Adæ tantum erat, ut illud non deberet solvere nisi homo, sed non posset nisi Deus.* »

Pero ¿y el medio de que el hombre, entregado á sí mismo, pudiese elevarse á un mérito infinito, á una santidad infinita, para poder presentar á Dios por el pecado de su origen y

por sus pecados actuales una satisfaccion infinita? La reconciliacion pues del hombre pecador con su Dios parecia imposible, de absoluta imposibilidad : su pérdida era sin recurso, su muerte sin remedio ; su vida era sin esperanza, su muerte sin consuelo.

Pero lo que era imposible á la miseria del hombre, ha sido posible á la caridad infinita de Dios, por medio del gran misterio del Verbo de Dios, que se hizo hombre.

Este Verbo divino no ha tomado la humanidad completamente sana, impasible, inmortal ; no ha tomado la humanidad tal como era en el estado de inocencia del hombre ; ha tomado la humanidad débil, enferma, sujeta á los sufrimientos y á la muerte ; ha tomado la humanidad tal como habia quedado después del pecado del hombre. « Ha tomado, dice San Pablo, una carne que, sin estar manchada por el pecado, tenia toda la semejanza exterior con la carne del pecado ; *In similitudinem carnis peccatis.* » (*Rom.*, VIII, 3) ; y por lo tanto, capaz de sufrir, de morir por el pecado y de expiar el pecado.

Pero bajo la piel odiosa de Esau, bajo el velo de esta carne del pecado, el verdadero Jacob, el Verbo eterno, ha conservado su voz divina, la santidad, los méritos, los derechos, la dignidad del Hijo de Dios. Por la unidad de la persona, en la que están en Jesucristo sustancialmente unidas las dos naturalezas, Dios, como acabamos de advertir, es verdaderamente hombre, y el hombre es verdaderamente Dios. Verdaderamente hombre, ha podido ser humillado, sufrir, morir como todo hombre ; pero, verdaderamente Dios, ha podido dar á estas humillaciones, á estos sufrimientos, á esta muerte, el valor, el mérito infinito de las acciones de Dios, y ofrecer á Dios una satisfaccion infinita.

Así que, como habia predicho David, la verdad de los decretos de Dios, y la paz y la reconciliacion del hombre, la justicia infinita de Dios y su misericordia infinita, al encontrarse en Jesucristo, se han abrazado, se han dado un ósculo, se han unido, y han triunfado ; *Misericordia et veritas obviaverunt sibi justitia et pax osculatæ sunt.* (*Psal.* LXXXIV, 11.)

9. Recordemos el grande y profundo misterio que San Pablo nos ha revelado respecto á Jesucristo crucificado, dicién-

do : « ¿Veis el divino cuerpo suspendido en la cruz? Pues bien; sabed que no es el cuerpo de un hombre solo. Estamos ciertos de que es nuestro hombre antiguo, el hombre del pecado, es toda entera nuestra humanidad culpable la que ha sido crucificada en Jesucristo y con Jesucristo, á fin de que por este medio el cuerpo del pecado, la inmensa deuda que la humanidad ha contraído por el pecado, fuese borrada, destruida y anonadada; *Nos scimus quia vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruat corpus peccati.* (Rom., VI, 6.)

« Se sigue de esto, dice San Leon, que, como pertenece á todos nosotros lo que ha engendrado la santa virginidad de la Madre, tambien pertenece á todos nosotros lo que la impía rabia de los judíos ha suspendido en la cruz, lo que ha descansado en el sepulcro y lo que al tercer dia resucitó de la muerte; *Nostrum est quod peperit materna virginitas; nostrum est quod hebraica crucifixit impietas; quod exanime jacuit; quod tertia die resurrexit.* (Serm. 13 de Pass.) Y porque Jesucristo ha representado, ha reunido, ha llevado en sí mismo la naturaleza de todos sin el pecado, es por lo que ha podido llevar la causa de todos, tomar con empeño los intereses de todos, y satisfacer por todos los pecados; *Per cum agebatur omnium causa in quod erat omnium natura sine culpa.* (Serm. 8 de Pasc.)

Es decir, que Jesucristo, habiendo obrado en calidad de segundo Adán, de segundo padre de toda la humanidad, todos sus misterios son misterios personales comunes á toda la humanidad.

No tenemos pues mas que unirnos á Jesucristo por nuestros pensamientos, por nuestros sentimientos y nuestras obras; por la fe, la esperanza y la caridad; no tenemos mas que hacernos miembros de Jesucristo, incorporarnos á Jesucristo por el bautismo y por la penitencia; no necesitamos, segun la expresion de San Pablo, sino ser en Jesucristo y de Jesucristo; *Iis qui sunt in Christo Jesu.* (Rom., VIII, 9.)

Con esta sola condicion, nuestro pecado original, así como todos nuestros pecados actuales, dejan de sernos imputados, quedan borrados como si no los hubiéramos cometido; *Non reputans illis delicta ipsorum,* (II, Cor., V, 19.) Con esta sola

condicion, crucificado y muerto con Jesucristo nuestro hombre antiguo, no existiendo ya, no habrá ya ningun acto de condenacion contra nosotros, como que no tiene efecto tampoco ningun acto de la justicia humana desde el momento que muere el culpable á quien persiguia; *Nihil nunc damnationis est iis qui sunt in Christo Jesu. Rom., viii, 9.*)

Con esta condicion, convirtiéndose tambien la resurreccion de Jesucristo en un misterio personal para cada uno de nosotros, nosotros serémos nuevas criaturas y seres renovados, *sed de nova creatura*; criaturas, seres participantes de todos los privilegios, de todas las gracias, de todos los derechos, de todas las calidades de Jesucristo, pudiendo llamarnos, considerarnos como verdaderos hijos de Dios, y por lo tanto herederos legítimos del reino de Dios, de la felicidad de Dios, con los mismos títulos que Jesucristo; porque nosotros quedaremos convertidos por gracia en lo que Jesucristo es por naturaleza; *Si filii, et hæredes, hæredes quidem Dei cohæredes autem Christi. (Rom., viii, 17.)*

Desde que estemos unidos á Jesucristo por los sacramentos, que son las condiciones necesarias para hacernos un solo cuerpo con Jesucristo y participar de todos sus derechos, *multi unum corpus sumus in Christo, (Rom., xii, 5.)*; en virtud del espíritu de adopcion de hijos de Dios que habrémos recibido, podrémos con santo atrevimiento decir en alto y llamar á Dios nuestro padre; *Accipistis spiritum adoptionis in quo clamamus: Abba, Pater. (Rom., viii, 15.)* Nada tenemos ya que temer, todo lo podemos esperar. Podemos presentarnos á la justicia de Dios y decirle: Justicia eterna, ¿qué pretendéis de mí? Yo habia contraido, es verdad, con vos enormes deudas por mis pecados: pero ahora, que me he unido á mi Redentor, á Jesucristo; que yo me he hecho Jesucristo, ya nada os debo. En él y por él he pagado todo, he satisfecho todo, y mas aun de lo que os debia; *Copiosa apud Deum redemptio. (Psalm. cxxix, 7.)*

Por faltas cuyo número es infinito acabo de daros una satisfaccion infinita. El cuerpo de mis iniquidades está abolido, está destruido. Descended pues, inclináos hácia mí, tendedme vuestra mano y perdonadme; porque el hombre antiguo, el hombre culpable, el deudor insolvente que perseguiais en mí

ya no existe; ha muerto con Jesucristo en la cruz; *Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est, ut destruat corpus peccati*. En adelante soy hombre nuevo. Pertenezco á Jesucristo; estoy en él, estoy con él, soy él, y por lo tanto, soy como el hijo de Dios, tengo derecho con él á la misma herencia, á la misma gloria que él, y no podeis negármela; *Si filii, et hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi*.

Así pues la satisfaccion de Jesucristo es comun por extension á todos los hombres que quieren aplicársela. Añademos que por su duracion es tambien comun á todos los siglos.

10. Acabamos de ver que el Cordero de Dios ha sido inmolidado desde el origen del mundo; *Agnus occisus ab origine mundi*. (*Apoc.*, XIII, 8.) Es decir, que la misericordia de Dios, no queriendo dejar al hombre durante cuatro mil años que han precedido á la Encarnacion del Verbo, sin esperanza, sin el único medio de su reconciliacion, de su perdón, de su salvacion, reveló al hombre desde el origen de los tiempos el gran misterio del sacrificio del Hijo de Dios en favor del hombre, que debia cumplirse en la plenitud de los tiempos; y este misterio, creído, esperado, amado, y segun la bella expresion de San Pablo, saludado de léjos, *A longe salutantes* (*Hebr.*, VI, 13), por los hombres, tuvo la misma eficacia, produjo los mismos saludables y deíficos efectos como misterio futuro, que ha producido después como misterio pasado.

Así que, como ha dicho la Santa Escritura, la Sabiduria divina, que debia hacerse hombre, levantó del abismo del pecado, en que habia caído, al primer hombre; *Sapientia illum qui primus formatus est a Deo, eduxit a delicto suo*. (*Sap.*, X, 2.) Así es como todos los antiguos patriarcas, todos los profetas, todos los justos del tiempo antiguo, que se encontraban en mayor número de lo que se piensa, no solamente entre el pueblo de Israel, sino tambien entre los pueblos gentiles, han sido salvados. Los sacrificios que ofrecian en todos los tiempos y en todos los lugares no eran sino la confesion pública de la caída del hombre, de la necesidad que tenia el hombre de una reconciliacion por medio del sacrificio del Redentor; no eran mas que la figura de ese gran sacrificio, el solo que, realizándolos de una manera infinitamente perfecta, debia hacerlos cesar; no eran mas que un acto solemne de

fe y de esperanza en el mérito infinito del sacrificio del Mesías.

Y por esta fe mas ó menos explícita, por esta esperanza mas ó menos viva, unidas al arrepentimiento, el misterio de la Cruz, aun antes de cumplirse, santificó, salvó á los justos, á los penitentes que le han precedido, así como ha santificado y salvado después de haberse cumplido, á todos los justos y á todos los penitentes que le han seguido.

« Así es, dice San Pablo, como por una sola y misma oblation que Jesucristo ha hecho en un tiempo, ha santificado y salvado los hombres de todos los tiempos que han querido aprovecharse de ella; *Una oblatione consummavit in sempiternum sanctificatos.* (Hebr., x, 2.) Y su accion reparadora, expiatrix, ha comenzado para el mundo desde el origen del mundo, para no cesar jamás en el mundo; *Agnus occisus ab origine mundi.* »

44. Esta es, hermanos míos, la economía inefable del misterio de la Encarnacion, estos los efectos tan separados obtenidos por un solo y único medio, esta la multitud de misterios cumplidos por un solo misterio, esta la restauracion universal del mundo en todas sus partes y con aplicaciones diferentes, esta sublime filosofia de la religion es la que San Pablo exponia cuando, elevando el estilo á la altura del pensamiento, decia: « Todas las cosas visibles é invisibles, terrestres y celestes, han sido creadas por Jesucristo, y no subsisten sino por él y en él; *Universa visibilia et invisibilia in coelis et in terra, per ipsum creata sunt, et in ipso constant.* » (Colos., 1, 17.) « Porque el Verbo, dice el grande San Agustin, explicando este pasaje de San Pablo, es una cierta forma; pero una cierta forma que no ha sido formada; pero una forma formando todo lo que ha sido formado, una forma incommutable, una forma que no conoce decadencia, que no tiene defecto, que no está medida por ningun tiempo que no está restringida á ningun lugar; sobrepasando á todo, existiendo en todo, como fundamento sobre el cual todo existe, y cimientto sobre el cual está todo ordenado. Si dices que todo existe en el Verbo, dices la verdad; sí, todo está en él; pero, puesto que es Dios, todo está tambien debajo de él » (1).

(1) « Est enim (Verbum) forma quædam, forma non formata, sed forma

« Y por consiguiente tambien, dice asimismo San Pablo, todas cosas que están en el cielo ó en la tierra han sido pacificadas, reconciliadas, reunidas á Dios por Jesucristo por medio de la sangre que ha derramado en la cruz; *Et per eum reconciliare omnia in ipsum; pacificans per sanguinem crucis ejus sive quæ in cælis, sive quæ in terris sunt.* » (*Ibid.*, 20.) Y apoyándose en esta magnífica teología de San Pablo, es como la Iglesia tambien en uno de sus himnos canta, confiesa y anuncia la gran verdad de que, no solamente la tierra y el mar, sino tambien las estrellas, el cielo y el universo entero han sido lavados, purificados, ennoblecidos, divinizados por el baño misterioso de la sangre de Jesucristo: *Ferra, pontus, astras, mundus, hoc lavantur flumine.*

No es esto decir que el pecado original haya infestado aun á los cielos y á los habitantes de los astros, si es verdad que en los astros hay tambien habitantes. La culpa de Adán no ha podido penetrar donde no está la generacion y la raza de Adán. Así, ni los ángeles, ni las otras criaturas inteligentes que pueden encontrarse en los globos celestes no han tenido necesidad de ser rescatados del pecado. Pero los ángeles y los demás espíritus, cualquiera que sea su naturaleza y su condicion de existencia, han tenido necesidad tambien de ser elevados del estado de naturaleza al estado de gracia, de ser santificados, de ser transformados y colocados en el orden sobrenatural, con el fin de agradar á Dios, y entrar en sociedad de amor y en comunión de gloria y felicidad con Dios; y ellos no han obtenido todo esto por sí mismos, sino por Jesucristo; lo que ha hecho decir á San Bernardo: « El mismo Jesucristo, que con su caritativa mano ha levantado al hombre de su caída, ha impedido caer al ángel. El mismo Jesucristo, que ha roto las cadenas de la esclavitud del hombre, ha sostenido al ángel para que no se hiciese esclavo. El mismo Jesucristo, que ha libertado al hombre, ha salvado tambien al ángel; de suerte que el ángel, como el hombre en diferente manera, ha tenido

omnium formatorum; forma incommutabilis, sine lapsu, sine defectu, sine tempore, sine loco, superans omnia, existens in omnibus, et fundamentum quoddam in quo sunt, et fastigium sub quo sunt. Si dicis « Omnia in illo sunt », non mentiris. In illo sunt omnia, et tamen, quia Deus est, sub illo sunt omnia. (*Sermo 117 de Verb. Evangel.*)

parte en la misma redencion; *Qui crexit hominem lapsum, dedit angelo no laberetur; sic illum a captivitate eruens, sicut hunc a captivitate defendens solvens illum, servans istum, et hac ratione fuit œqua utrique redemptio.* (Serm. 22 in Cant.)

12. Pero como en esta redencion única la mayor parte ha sido hecha para el hombre, al hombre es á quien ha sido aplicada con mas abundancia, con mayor amor.

Sea pues verdad que sin el pecado del hombre, Jesucristo, como lo enseña la escuela que acabo de citar, no hubiera llegado hasta el hombre como redentor del hombre; *Si Adam non peccasset, Christus non venisset ut redemptor.* Que sea verdad que hubiera venido únicamente como santificador, como divinizador de toda la creacion, atendido á que un mediador divino era siempre necesario á todas las inteligencias creadas, aun á las inocentes, con el fin de poderse elevar al estado de gracia y merecer la gloria; ello no es menos cierto que del Hijo de Dios se ha hecho verdaderamente y de una manera enteramente particular el mediador del hombre, la víctima del pecado del hombre, el redentor del hombre, que se ha unido al hombre, se ha sacrificado por el hombre, y ha muerto por el hombre y por salvar al hombre.

En primer lugar porque la condicion del hombre, desterrado á los últimos límites de la creacion intelectual, exigia que el Restaurador universal viniese hasta el hombre, á fin de comprender tambien al hombre en su accion restauradora; en segundo lugar, porque en el estado deplorable en que habia caido el hombre á causa de sus pecados, tenia necesidad de las humillaciones, de los sufrimientos, de la muerte del Dios-Hombre, para ser rescatado, reconciliado y salvado. Las humillaciones pues, los sufrimientos, la muerte de Jesucristo, son obra de los pecados del hombre y de la misericordia de Dios; y á nosotros hombres nos toca, en las emociones de nuestra admiracion y de nuestro amor reconocido, repetir siempre que por el hombre es por quien ha muerto Jesucristo, y que su sacrificio sangriento no ha sido ofrecido sino por la salvacion del hombre; *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis et homo factus est, crucificus, mortuus et sepultus est.*

Pero por el misterio mismo por el que la naturaleza humana ha sido reconciliada, rescatada, porque era culpable:

la naturaleza angélica y las demás inteligencias que pueden existir en el universo han sido glorificadas, porque eran imperfectas.

Así Jesucristo es todo, todo existe por Jesucristo; nada hay verdadero, ni bueno, ni santo, ni divino, ni perfecto sino de él y por él; *Ex ipso et per ipsum et in ipso sunt omnia*. Los otros seres inteligentes, en diferentes maneras y según la necesidad que tenían de él, han participado todos de su acción divinizadora. Habiendo sido todo creado por él, como causa ejemplar de todo, *omnia per ipsum facta sunt*, todo ha sido restaurado, elevado por él como causa eficiente de todo; *Instaurare omnia in Christo*.

El misterio de los oprobios, de las penas, de la muerte de Jesucristo, es nuestro propio misterio, pues teníamos necesidad de un remedio semejante. Pero en cuanto á la unión del Verbo con la naturaleza humana, y por lo mismo, con toda la creación entera de los espíritus y de los cuerpos, que ha sido reasumida, representada en el hombre mismo, este misterio único, ha comprendido á todas las naturalezas creadas en la extensión de sus efectos divinos, ha sido el sacrificio de todos los tiempos, de todos los lugares; la acción inmensa, las estrellas y los mares, los ángeles y los hombres, el universo entero, han sido restaurados, purificados, ennoblecidos por la sangre de Jesucristo; *Pacificans per sanguinem crucis ejus, sive que in caelis, sive que in terra sunt. Terra, pontus, astra, mundus hoc lavantur flumine*.

13. ¡Oh grande y sublime misterio! Oh misterio inmenso, misterio infinito! Oh grande antorcha, que reflejas sobre todo el orden universal! Oh cuán fácil es, con la ayuda de esta luz, coger el vínculo entre el orden material y el orden espiritual, entre la naturaleza y la gracia, entre la creación y la redención, entre las criaturas y el Criador! Esta teología sublime del misterio del Dios encarnado es lo que San Pablo reasumía en tres palabras, como en una maravillosa fórmula, diciendo: « Todo es vuestro, vosotros sois de Jesucristo, Jesucristo es de Dios; *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei*. (1. Corinth., III, 25.)

Como el hombre, reasumiendo en su personalidad humana todos los cuerpos y todos los espíritus, en el orden natural

es el vínculo de todos los elementos, de todos los cuerpos y de todos los espíritus; así Jesucristo, reasumiendo en su personalidad divina, unida á la humanidad, todos los cuerpos, todos los espíritus y al mismo Dios, es en el orden sobrenatural el vínculo necesario entre todos los cuerpos, los espíritus y Dios. Como en el hombre y por el hombre Dios recibe los homenajes hasta de la naturaleza corporal, de la misma manera en Jesucristo y por Jesucristo recibe, pero de un modo mas noble, mas sublime y mas perfecto, los homenajes de toda la naturaleza inteligente.

Por la creacion del hombre, el orden material ha sido elevado á orden espiritual; por la encarnacion del Verbo, el orden divino. En el hombre y por el hombre la materia es elevada hasta la inteligencia; en Jesucristo la inteligencia y la materia son elevadas hasta Dios. Todo se diviniza en Jesucristo. El hombre es el mediador entre la naturaleza material y la naturaleza espiritual; Jesucristo es el mediador entre la naturaleza espiritual y la naturaleza divina, y Dios es el fin último de todos los seres, para hacerlos felices en él y con él.

La naturaleza sensible está ennoblecida en el hombre por la creacion; la naturaleza espiritual está realizada en Jesucristo por la Encarnacion; la naturaleza santificada está unida á Dios por la beatitud. Así, el mundo de la naturaleza elevado al mundo de la gracia, el mundo de la naturaleza y de la gracia absorbido en el mundo de la gloria; la creacion, la redencion, la beatitud; la naturaleza, la gracia, la gloria; ved los tres términos que encierran toda la accion divina; ved los tres misterios que reasumen todos los misterios; ved el vínculo de todas las verdades, el objeto de toda la religion, las armonias de todo el universo; *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei.*

Ha tenido pues razon este Hijo de Dios hecho hombre y muerto por el hombre, en el momento en que se cumplia ese gran misterio que debia cambiar la condicion del mundo, en pronunciar aquella grande y profunda expresion que, estremeciendo el universo, ha derramado en él la esperanza y el consuelo: « Todo está consumado; *Consummatum est.* » (Joan., xix, 30.)

¡Oh, que es, no solamente impío, sino tambien insensato,

estúpido, el hombre que rechaza el misterio del Dios hecho hombre, el misterio único que explica á Dios, al hombre y al universo, el misterio de la restauracion del universo, de la gloria de Dios, de la grandeza, de la felicidad verdadera del hombre! ¡Qué impío y qué insensato es y qué estúpido el hombre que, rechazando este misterio, se aísla del cielo y de la tierra, para unirse al infierno, y blasfema contra el que recibe homenajes de toda la creacion!

Porque, como en todos los puntos del tiempo y del espacio, en las regiones superiores como en las mas bajas de la creacion, se toma parte en la mediacion de Jesucristo y se aprovecha de su sacrificio; así tambien en presencia de Jesucristo, en nombre de Jesucristo, dice San Pablo, en el cielo, en la tierra y en las profundidades del abismo, toda eminencia se humilla, toda grandeza se empequeñece, toda ciencia se inclina, toda frente se encorva, toda rodilla se dobla, toda inteligencia cree, todo espíritu adora, toda alma espera, todo corazón ama, toda lengua bendice, toda boca confiesa que nuestro señor Jesucristo, aun siendo hombre, verdadero no es por eso menos Hijo de Dios; y que aun habiendo sufrido tantos trabajos y humillaciones sobre la tierra, no por eso reina menos en lo mas alto de la gloria, á la derecha de su divino Padre, en el cielo; *In nomine Jesu omne genua flectatur caelestium, terrestrium et infernorum; et omnis lingua confitetur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.* (Philip., II, 10.)

Tal es hermanos míos, como explica la razon católica el misterio de la Encarnacion en sus relaciones con la creacion entera. Yo me atrevo á esperar que reconoceréis en esta última prueba la inmensa superioridad de la razon católica sobre la razon filosófica, su solidez, su grandeza en todo lo que toca á la religion. No tengo ahora sino que dirigiros dos palabras, después de un momento de reposo. Algunos minutos no mas de vuestra benévola atencion.

TERCERA PARTE.

CONCLUSION DE LAS CONFERENCIAS DE 1854.

14. Llegado al fin de las conferencias religiosas que se me habia encargado presentar aqui, me siento, mis queridos hermanos, en la necesidad de manifestaros mi mas vivo reconocimiento por el favor con que me habeis oido, por la indulgencia con que me habeis juzgado.

Pero al daros las gracias, me veo tambien en la necesidad de felicitaros con todo mi corazon por los sentimientos que en esta ocasion he tenido la felicidad de descubrir en vosotros, por la edificacion que me habeis dado.

San Pablo decia á los fieles de la primitiva Iglesia : « Nosotros los cristianos tenemos el sentimiento de Jesucristo, y por eso conocemos la grandeza y el mérito de los dones que Dios nos ha hecho : *Nos autem sensus Christi habemus sciamus que à Deo donata sunt nobis.* » (I. *Corinth.*, II, 16.)

Y con mi mayor satisfaccion en el Señor, he debido convencerme en el curso de mi predicacion que poseeis verdaderamente, hermanos míos, el sentimiento precioso de Jesucristo.

Extranjero en Francia por nacimiento, aunque casi tan francés como italiano por mis simpatías y por mis afecciones, y no poseyendo bastantemente vuestro bello idioma, yo no he podido atraeros por esas bellezas de lenguaje y de estilo que constituyen uno de los recursos mas poderosos de vuestros mas grandes oradores sagrados, tan justamente célebres. ¿Qué pues ha podido interesaros en mi predicacion, severa como la religion, sencilla como el Evangelio? Nada mas que el fondo de las doctrinas que he expuesto, y no otra cosa.

No he tenido contemplaciones ni con el orgullo de la razon, que se coloca como el único origen, el único juez de lo verdadero y de lo bueno en materia de religion, ni con la corrupcion del corazon, aplaudiendo las interpretaciones del Evangelio, que lisonjean las pasiones á expensas de la verdad.

Solo he insistido en la necesidad de someterse al yugo de la fe de Jesucristo y al peso de sus leyes. No he insistido sino en la felicidad, que no se encuentra mas que en la

grandeza del dogma y en la severidad de la moral cristiana.

Y los hombres que encuentran aliciente en una predicacion semejante son á mis ojos espíritus severos, almas de nobles y elevados instintos, cristianos que poseen el sentimiento de Jesucristo, y que pueden, sin hacerse ilusion, darse el testimonio que se daba San Pablo, y repetir con él: *Nos autem sensus Christi habemus, ut sciamus quæ à Deo donata sunt nobis.*

No olvidaré jamás el entusiasmo de santa alegría en que habeis prorrumpido el último domingo al oír la exposicion del misterio de Jesucristo, que ha hecho pasar á mi corazon la profunda emocion del vuestro.

15. ¿Qué os diré pues en el momento de retirarme de vosotros por este año, sin que sepa si está en los designios de Dios el que vuelva á evangelizaros en el año próximo? ¡Ah! yo no puedo menos de suplicaros, de conjuraros, que no dejéis extinguir, que guardéis cuidadosamente en vosotros ese espíritu, ese sentimiento de Jesucristo; *Spiritum nolite extinguere*; porque este, y no otro, es el verdadero medio de la restauracion de vuestra patria y de vosotros mismos.

Digo de vuestra patria en primer lugar, hermanos y amigos: yo he podido ser desconocido y aun calumniado en estos últimos tiempos; pero declaro en presencia de Dios y de los hombres que en la parte que, á mi pesar, he tomado en los últimos acontecimientos de mi país, no he tenido otro objeto que las verdaderas ventajas del pueblo, que amo; de la religion, que adoro; de la Iglesia, á que estoy profundamente consagrado. He podido equivocarme en la eleccion de los medios para conseguir este objeto; pero no me he engañado en mis sentimientos ó intenciones, y la inmensa mayoría de talentos distinguidos y almas generosas que París encierra ha hecho justicia á estas intenciones, á estos sentimientos. Me he convencido de ello por las simpatías que he tenido la dicha de encontrar entre vosotros, y de que estoy profundamente conmovido y sinceramente reconocido; y en los testimonios de estimacion que me han rodeado, y que me han indemnizado con exceso de los ataques parciales de la ignorancia ó de la mala fe.

Mis palabras no pueden pues seros sospechosas cuando os digo, hermanos y amigos: Permaneced sometidos á la ense-

ñanza de Jesucristo, unidos á su Iglesia; trabajad en la propagacion de esta enseñaanza, en el aseguramiento de la Iglesia en vuestra patria, si quereis restablecer en ella, con la solidez del órden, la dicha de la paz.

Las cosas no se conservan sino por los mismos medios que las han producido. La Francia no es la nacion mas civilizada sino porque es la nacion cristianísima, y porque ha desenvuelto el cristianismo en todas sus consecuencias. La Francia debe al cristianismo su fuerza, su grandeza y su gloria. Solo pues por la fidelidad al cristianismo es como puede conservar sus ventajas, asegurarse la supremacia moral, y el poder de su accion civilizadora en el mundo.

Leo en todas las calles, en el frontispicio de todos vuestros establecimientos públicos, estas tres palabras: *Libertad, igualdad, fraternidad*. Pero, Dios mio, la verdadera libertad no es mas que la justicia para todos; la verdadera igualdad no es mas que la humildad, la verdadera fraternidad no es mas que la caridad; y la justicia, la humildad y la caridad no son más que las tres virtudes en que se reasume toda la moral cristiana; no son mas que tres plantas que han nacido al pié de la cruz, regadas y fecundadas por la sangre de Jesucristo; son tres hermanas salidas del costado de Jesucristo, en compañía de la Iglesia.

Trasportadas lejos de la cruz estas plantas divinas, se secarán; separadas de Jesucristo estas tres hermanas, pierden todo el poder de su vitalidad, todos los encantos de su belleza. Fuera de la influencia, de la tutela de la Iglesia, la fraternidad no es mas que conspiracion, la igualdad no es mas que destruccion, la libertad no es mas que anarquía; y las tres hermanas, en vez de producir la felicidad, convertidas en verdaderas furias, no serán sino el azote de la sociedad.

¡Ay de mí! experiencias demasiado funestas han debido enseñaros que querer mantener el órden por la fuerza, la civilizacion por la ciencia, la felicidad por los intereses, la sociedad sin Dios, es una locura tan grande como impía.

Tratad pues, cada uno en la esfera de los medios que están en su poder, de excitar y confirmar el espíritu de Jesucristo en el pueblo, y llamad las doctrinas y las virtudes del Evangelio á la política para que no sea loca, á la legislacion para

que no sea injusta, á la administracion para que no sea opresiva, á la educacion para que no sea profana, á la ciencia para que no sea impia.

16. Digo, en segundo lugar, necesidad de permanecer fiel al espíritu de Jesucristo para la restauracion y felicidad del alma.

Cuéntase en el *Génesis*, que Adan, después de haber pecado, temiendo la cólera de Dios, espantado por la voz de Dios, que le buscaba, fué á ocultarse con su compañera en la cavidad de un árbol. Los incrédulos, que, extraños á la verdadera ciencia de Dios y del hombre, blasfeman de lo que ignoran, han hecho esta narracion objeto de complacencias, de mal gusto y de necia impiedad.

Pero el grande Orígenes nos dice : « Por instinto profético es por lo que Adan, pecador, fué á abrigarse en el árbol. Por este hecho Adan ha figurado el grande y delicioso misterio, que el hombre que ha pecado no puede defenderse de los rayos y de los golpes de la justicia de Dios sino ocultándose detrás del árbol de la cruz ; *Non sine misterio post peccatum abscondit se Adam, et uxor ejus, in medio ligni : significans jam tunc nullum aliud peccatoribus perfugium futurum nisi in arbore crucis.*

El primer sentimiento que se apodera del hombre que ha hollado la ley de Dios, es el del temor y la desesperacion.

Hermanos míos, el temor y la desesperacion, que degradan al hombre y le hacen esclavo en el órden político, le abaten muchas veces y le hacen impío en el órden religioso.

El primer medio pues para la restauracion del alma horro-
rizada por la multitud y gravedad de sus faltas, es el de no desesperar de la misericordia de Dios, y esta esperanza no se consigue sino al pié de la cruz. « Hijitos míos, decia S. Juan, yo os suplico que no pequeis, *Filioli mei, h-ec scribo vobis ut non peccatis.* Pero si teneis la desgracia de caer, acordáos que tenemos por abogado cerca del Dios Padre á Jesucristo, su Hijo, cuya justicia infinita es la propiciacion para todos nuestros pecados ; *Sed si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum, et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.* » (1. Joan., II, 1.)

Si pues el número de nuestros pecados, si la malicia de

nuestra voluntad, si las consecuencias de nuestros escándalos, si la fuerza de nuestros culpables hábitos, nos espantan y amenazan llevarnos al abismo de la desesperacion, que concluye por el desprecio de toda práctica religiosa y por la impiedad, vamos á ocultarnos detrás de la cruz de nuestro Salvador: á la sombra de los brazos de este sagrado madero, detrás de las desgarradas espaldas de Jesucristo, como habia predicho David, encontraremos la esperanza; *Scapulis suis obumbrabit tibi, et sub pennis ejus sperabis* (Psal. xc. 4); y la esperanza, primer recurso de la restauracion del alma, nos dispondrá al arrepentimiento, el cual nos asegurará el perdón.

Pero esta restauracion, comenzada por la esperanza, no puede ser concluida sino por el amor. Esperemos pues en Jesucristo; pero procuremos tambien amarle. Digamos, con Tertuliano: « Sí, Jesucristo es mio como yo soy de Jesucristo; yo le quiero para mí y conmigo. Quiero amarle, quiero abrazarle, oprimirle contra mi pecho. Yo le defenderé en mi mismo contra las blasfemias de los impíos, con el valor y el celo de mi confesion, contra las exigencias del mundo y de la carne, por la obediencia de la de Dios, por la práctica de la religion; *Meus est Jesus; mihi vindico Jesum.* »

Con estas condiciones tendremos parte en esta restauracion universal por la que el Verbo de Dios hecho hombre lo ha restaurado todo; *Instaurare omnia in Christo*. Volveremos á encontrar la paz del alma durante la vida, la tranquilidad en el momento de la muerte, y la felicidad de Dios en la eternidad, que yo os deseo, y que imploro para vosotros y sobre vosotros, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Así sea.

CONFERENCIA DÉCIMA.

IMPORTANCIA DEL DOGMA DE LA CREACION, PROCEDENTE DE LOS
EXTRAVIOS DE LA FILOSOFIA ANTIGUA.

1852.

*Miserere mei, Domine, filii David: filia
mea male a demonio vexatur.*

Señor, Hijo de David, ten lástima de mí,
mi hija es cruelmente atormentada del de-
monio.

(*Evang. del primer jueves de cuaremas.*)

1. Esta madre desolada que, en el día de hoy, pide con tantas lágrimas á JESUCRISTO la cura de su única hija cuyo cuerpo había invadido el demonio : *Miserere mei; filia mea male a demonio vexatur*, es segun, la opinion de los Padres, el tipo y figura de la Iglesia de los Gentiles que clama incesantemente al Señor que liberte á los pueblos sus hijos de la enfermedad del error, verdadera invasion diabólica del alma : *Typus est haec mulier Ecclesiae gentium, quae pro filia, id est, pro plebe et pro populis divinae supplicat pietati, et ab errore salventur.* (*S. Hilarius et V. Beda. Commentar. in Matth.*)

Y hoy principalmente, hermanos míos es cuando la Iglesia nuestra tierna madre dirige á Dios esta súplica, pues nunca hizo estragos tan horrendos el espíritu del error entre los mismos pueblos cristianos : *Filia mea male a demonio vexatur.*

2. Rico y engreído por las ventajas de toda especie que, en lo tocante á la mejora de su condicion material deriva de sus descubrimientos recientes, nuestro viejo mundo es pobre de bienes verdaderos, de bienes espirituales. Si ha hallado el medio de suprimir las distancias, ha olvidado el camino del

cielo ; razonando en demasia, ha cesado de ser creyente, la filosofía le impide casi et ser cristiano, é, idolatrando la ciencia, casi ha perdido la religion : *Filia mea male a demonio vexatur.*

Para colmo de desgracia, ufano de lo que debiera confundirlo, envaneido de lo que debiera humillarlo, no habiendo sabido producir despues de tantos siglos de disputa, mas que el *racionalismo*, — verdadera anarquía en el órden intelectual, como la anarquía no es mas que el *racionalismo* en el órden político, — nuestro siglo ni aun siquiera sospecha lo grave de su dolencia, ni la grandeza de sus pérdidas, y, por una via sembrada de ruinas, marcha, con estólida tranquilidad, al encuentro de otras nuevas.

Véase en particular la indiferencia, la intrepidez, la insolencia con que la razon filosófica de nuestros días niega el gran dogma de la CREACION, y escarniza la razon católica fiel á este mismo dogma.

¡ Ay! bajo este aspecto parece que la ciencia ha apostasiado la fe. Nuestros pretendidos sabios, salvo algunas excepciones, no creen que Dios haya criado el mundo por el solo poder de su palabra, y tal es el origen de la serie espantosa, si bien lógica, de todos los errores que han arrastrado nuestra sociedad á orillas del abismo : *Filia mea male a demonio vexatur.*

3. Dogma divino es este hermanos míos, que merece la pena que de él nos ocupemos. El demostrarlo, es confundir la razon filosófica que se niega á admitirlo; es vengar la razon católica que en él se complace, es afianzar de mas en mas, los espíritus serios y almas dóciles, y acrecentar su creencia en los dogmas de nuestra santa religion.

Tal es, queridos hermanos míos, lo que me propongo hacer con la predicacion que en este día emprendo.

Despues de haberos hablado de la razon filosófica y de la razon católica, de sus principios respectivos, de sus métodos y sus resultados relativamente á la verdad en general, habia empezado á considerar ambas estas razones en su relacion con los principales dogmas del cristianismo; y, caminando en la misma senda, os haré asistir actualmente á su trabajo con respeto al dogma de la CREACION.

Y desde luego me propongo hablaros de la importancia de este dogma agusto; importancia que atestigua la horrenda

historia de los errores en los cuales ha naufragado la razon filosófica de todos los tiempos por haberlo negado. Mas adelante trataré de los ataques dirigidos á este dogma augusto, de los principios racionales en que estriba, de la magnificencia con que ha sido revelado, y, en fin, de la resurreccion de los cuerpos humanos que es su complemento adecuado.

Hoy debemos ocuparnos de las divagaciones de la filosofia antigua que ignoraba, ó ignorar queria, el dogma de la CREACION. En la Conferencia próxima trazaremos el cuadro de los desbarros en que ha caido la razon filosófica moderna por haber negado este mismo dogma.

Ya veis, hermanos míos, que me propongo volver á tomar mis conferencias en el mismo punto en que quedaron interrumpidas la primavera pasada, para continuarlas con el mismo metodo; y, — me atrevo á esperarlo de la proteccion superior y de vuestra docilidad, — con el mismo éxito y con el mismo provecho para vuestras almas.

Dichoso me reputo al volveros á ver aquí rodeado de vuestra afeccion y benevolencia, que no pueden menos de engrañarme, y excitar mi reconocimiento. Inútil juzgo pedir os que me continueis concediéndomelas; pero necesito pedir á Dios, y vosotros tambien, que vos ilumine con su luz, y os mueva con su gracia, mientras que os dirijo mi palabra, palabra muy sencilla, pero muy sincera, muy afectuosa, muy interesada en vuestra felicidad espiritual. Imploremos pues este socorro por la intercesion de María. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

4. Las cosas de la tierra, los hechos del hombre pueden ser conocidos en los archivos del hombre por el testimonio del hombre; pero las cosas del cielo, los hechos de Dios, solo pueden ser conocidos, dice Lactancio, por la revelacion de Dios: *Scientia rerum cælestium non potest esse in homine, nisi Deo docente, percepta.* (*Instit.*, lib. VII., c. XII.)

Ahora bien, de todos los hechos divinos, el mas grandioso,

el mas imponente, el mas magnífico, despues del de la ENCARNACION DEL VERBO, — que ha sido el objeto de nuestras dos últimas Conferencias, — es el hecho de la CREACION DEL MUNDO. Este hecho precede, por otra parte, al origen y nacimiento del hombre, y nunca hubiera podido llegar á conocerlo este, si Dios no se lo hubiese manifestado: *Non potuit esse, nisi Deo docente, perceptum.*

A los que tienen la dicha de conocer, por medio tan divino, esta admirable verdad: *Que todo lo que existe fuera de Dios, no existia anteriormente y solo empezó á existir por la voluntad y poder de Dios*, fácil es darse cuenta de esta misma verdad, fácil les es ver su conveniencia, su necesidad, al considerarla en sus relaciones con los atributos del Ser infinito; fácil les es demostrarse á sí mismos esta misma verdad; y, como mas adelante veremos, fácil les es, en cierto modo, el comprenderla.

Pero nunca podrá penetrarse de ella, por mero raciocinio, una persona que no participe de la divina revelacion de este dogma. Careciendo de toda idea sobre un agente que pueda hacer la menor cosa de la nada, el hombre, entregado á sí mismo, ni por asomo acierta á comprender, ni aun siquiera á sospechar, que haya podido criar Dios, y que efectivamente haya criado el mundo de la nada; é imaginase discurrir con rectitud al aplicar á la operacion divina, al poder infinito, el axioma: *Nada puede salir de la nada*, axioma que tan solo es verdadero cuando se aplica al poder finito, á la operacion humana; axioma que, como lo demostraré mas adelante, no pasa en la cuestion que nos ocupa, de un sofisma, de una sandez. Fuera de la enseñanza divina, solo puede formar el hombre conjeturas mas ó menos arbitrarias, hipótesis mas ó menos quiméricas, sistemas mas ó menos absurdos; pero jamás llegó la criatura humana, jamás llegar podrá á alcanzar la verdad precisa, la verdad cierta sobre el origen de las cosas; verdad tan sencilla en sí misma, y, al mismo tiempo, tan sublime, tan elevada, tan superior á todas las ideas y concepciones hermanas; *Non potest esse, nisi Deo docente, percepta.*

5. Tal es cabalmente lo que sucedió á los filósofos antiguos.

El mismo Dios habia revelado á los primeros hombres que el universo, con todos los seres que contiene, es obra suya, y

que de la nada los sacó la divina palabra por la sola energía de su voluntad, por el solo poder de su Verbo. Y por esta revelacion, esparcida en el mundo por medio del lenguaje y de la tradicion, se habia establecido en el mundo la fe en un Dios criador y gobernador del mundo.

Alterado y oscurecido habia la idolatría tradicion tan grande, como habia alterado y oscurecido todas las demás verdades de la revelacion primitiva; pero no habia podido destruir las enteramente. Sumergidos en las tinieblas de la supersticion, jamás habian cesado los antiguos pueblos (1) de reconocer, de creer en un Dios supremo, el cual todo lo ha criado por su virtud, y todo lo gobierna por su sabiduria. En medio de tantas creencias sandias, esta fe permaneció intacta en el espíritu y conciencia de los humanos; y la madre de los Macabeos, al animar á sufrir el martirio al menor de sus hijos, cuyo hermanos mayores lo habian arrostrado impávidos, con las siguientes palabras: « Ruégote, hijo mio, que mires al cielo y á la tierra, y á todas las cosas que en ellos se contienen; y que entiendas bien que Dios las ha criado á todas de la nada; » *Peto, nate, ut adspicias ad cœlum et terram et ad omnia que in eis sunt, et intelligas quia ex nihilo fecit illa Deus* (II, Machab., 7); si esta madre heróica, mas fuerte que todos lo conquistadores (Prov. XVI, 32), mas sabia y esclarecida que todos los filósofos, al hablar en estos términos, expresaba, confesaba en cierto modo la fe de la humanidad en el dogma de la creacion.

Pero como aspirase á constituirse en ciencia la razon filosófica antigua, no solo fuera de todas las creencias, y todas las tradiciones *constantes* y *universales* del género humano, esto es, de la verdad; sino como quisiese asimismo la razon filosófica antigua, tentar lo imposible, segun justamente la censura Lactancio; en otros términos, marchar sin guía, aprender sin maestro, buscarlo todo y todo hallarlo en sí misma, medirlo todo con relacion á sí misma, comprenderlo todo por sí misma, no

(1) « Los conocimientos primitivos de las verdades morales pronto se alteraron pero nunca llegaron á borrarse completamente. La idea grande de la CAUSA PRIMERA y del origen de las cosas, jamás saltó de la sociedad; y siempre atormentó al género humano el anhelo, ó, por mejor decir, la necesidad de conocer este principio de toda verdad primera, objeto de toda filosofia. » (DE BONALD, *Recherches*, vol. I, c. 1. — Véase tambien la nota P:1 fin de esta conferencia.)

solo la verdad sobre el *origen de las cosas*, sino igualmente las demás verdades : *Ea vero proprio sensu et interna intelligentia non potest comprehendi, quod illi sine doctore facere voluerunt* (Instit., lib. VII, c. II.); era natural y consecuente, hermanos míos, que esta misma razon filosófica ni aun pudiese sospechar que el mundo ha sido criado de la nada. En todos los monumentos que nos ha dejado de sus trabajos en esta materia, no hay una palabra de la cual se pueda colegir que haya abrigado la menor idea de esta grande y primera verdad, tan comun en la razon popular; al paso que nos consta que se precipitó en un abismo de opiniones diversas y contradictorias, sin poder nunca salir del atolladero; *Itaque in varias sibi que contrarias opiniones incederunt, ex quibus exitum non haberent* (Ibid.); y se engolfó en uno ú otro de los tres grandes sistemas del error; los solos imaginables desde el mero hecho que se ignora ó se niega que el mundo procede de la nada : tales son el DUALISMO, el PANTEISMO, y el ATEISMO.

Pues si Dios no ha criado el mundo de la nada, resulta forzosamente una ú otra de estas tres hipótesis : ó lo ha formado con una materia preexistente y por consiguiente eterna y no criada como él mismo, y tal es la doctrina de los *dos principios eternos*, ó el DUALISMO; ó bien Dios ha sacado al mundo de su propia sustancia, y tenemos el PANTEISMO; ó bien Dios no entra por nada en la creacion del mundo, y este existe desde toda eternidad por sí mismo y se ha constituido sin ayuda de Dios, y resulta el ATEISMO. Estos tres son efectivamente los tres grandes sistemas de impiedad que formaron las tres grandes escuelas ó sectas entre las cuales dividióse la antigua filosofía, desde que empezó á concebir dudas ó á negar el origen del mundo, tal como lo atestiguan la creencia universal y la antigua tradicion.

6. Al principio, dice el grande Santo Tomás, no dejaron de titubear los filósofos al dudar de un corto número de cosas, en las cuales no acarreaba grandes inconvenientes la duda. *A principio admirabantur dubitabilia pauciora*. Pero en lo sucesivo, obstinándose en querer elevarse por sí mismos del conocimiento de lo manifiesto al conocimiento de lo oscuro, y no pudiendo lograr su intento, se acostumbraron poco á poco, por incremento sucesivo de osadía, á dudar de las cosas mas

importantes, por la sola razon de que eran incomprendibles: *Sed postea, ex cognitione manifestorum, ad inquisitionem occultorum paulatim procedentes, cæperunt dubitare de majoribus et occultioribus.* Así algunos de ellos afirmaron que el mundo es el producto de una inteligencia obrando con la materia; otros opinaron que es el resultado del amor obrando en sí mismo; y los demás admitieron, sin mas exámen, que el universo debe únicamente su origen al acaso: *Et de totius universi generatione, quod quidam dicebant generatum a casu, quidam ab intellectu, quidam amore.* (In *Metaphysic. Arist.*, lib. 1.)

Reparad bien, hermanos míos, en este pasaje del *ángel de la escuela*, estas palabras: « Titubearon, *admira!antur*; — comenzaron poco á poco; *paulatim cæperunt*; » palabras que nos indican la tímidez y la especie de recelo que presidieron en los primeros tiempos á las dudas concebidas sobre las primeras y mas importantes verdades. Dudar de estas verdades es negarlas, y la negacion de una verdad general repugna tanto al espíritu humano, como el violar una ley general repugna al corazon. En efecto, el espíritu humano cree naturalmente, del mismo modo que el corazon humano siente una necesidad natural de ser virtuoso; y es tan costoso al espíritu el pasar de la fe á la negacion, como al corazon de la inocencia al crimen. No, no es posible dejar de creer sin quebranto interior, como tampoco pecar sin remordimiento. La apostasia de toda fe es tan insoportable, tan contraria á la naturaleza humana, como la apostasia de toda virtud. Por último, la fe, antes de apagarse en el espíritu, del mismo modo que la inocencia antes de escaparse del corazon, despide un grito intenso que atemoriza la conciencia del hombre. Así no debe sorprender que tiemble este al negar una verdad imponente, del mismo modo que no es de estrañar que se entregue al desórden sin espanto.

Pero en fin á fuerza de rebelarse contra sí misma, de violentarse á sí misma, de renegarse á sí misma, la razon filosófica llegó á aislarse de la humanidad, á atrincherarse en sí misma, á pastar de su propio pensamiento, á extasiarse, segun la expresion de San Pablo, en sus propias luces: *Evanuerunt in cogitationibus suis* (Rom. 1.); y tuvo la desfachatez de desmentir insolamente la fe del género humano, al negar audazmente el dogma primitivo de la creacion.

¡O triste valor! ¡o negacion insensata! exclama Lactancio, pues á época semejante remontan las divagaciones y errores de la razon humana descarriada. Por esta negacion se colocaron los filósofos en la imposibilidad de conocer la verdad *sobre el origen de las cosas*, verdad que es en sí sola toda ciencia y toda filosofía; y tal fue el impulso que arrastró á estos mismos filósofos á desbarros miles: *Causa errorum omnium philosophis hæc fuit: quod rationem mundi, quæ omnem sedentium continet, non comprehenderunt.* (Instit., lib. VII, c. II.) Oigamos igualmente á Bossuet: « Los mas groseros errores de la antigüedad derivan de la ignorancia en que se hallaban estos mismos filósofos en lo tocante al dogma de la creacion, enseñada en nuestros libros sagrados. » Verdad de un ingenio vigoroso, que harto justifica la historia de los sistemas y doctrinas de la antigua filosofía.

7. Lo primero que vemos es la razon filosófica de los *fisicos* ó filósofos *naturalistas*.

Al desconocer el principio evidente, que mas adelante explicaré, que *todo ser contingente*; — y el universo no es mas que contingente, — *ha sido nada antes de ser algo*, creyeron conceder mucho á Dios; creyeron llegar al ascetismo, y aun á la devocion, al establecer que Dios ha criado el mundo pero de una materia preexistente de toda eternidad en su compañía, y como otro Dios.

Veamos ahora le que era esta materia eterna con que habia formado Dios el mundo: en el concepto de Anaxágoras, era un conjunto infinito de particulas de suma pequeñez y semejantes entre sí, las cuales se hallaban al estado de caos ó confusion, y que solo se ciñó á poner en orden el espíritu divino: *Anaxagoras materiam infinitam, sed ex ea particulas similes inter se, minutas, cas primum confusas, postea in ordinem adductas a mente divina.* (CICERO, *Academ.*, II, 37.) Tales opinaba que esta materia primera era el *agua*; Ferécides, la *tierra*; Parménides, el *aire*; Heráclito, el *fuego*.

¿El *fuego*? ¿Qué decis, Heráclito? exclamo Hipon. ¿Cómo hubiera podido manejar Dios el *fuego* no teniendo mas que *agua*? ¿Acaso no hubiera corrido riesgo de quemarse? Luego hizo á la vez el *agua* y el *fuego*.

¿Qué estais diciendo del *agua*? prorumpió Enipodo? Os

aseguro que en nada ha cooperado este en la formacion primitiva del mundo, pues tan solo con *fuego* y *aire* formó Dios todos los seres.

¿De veras? dijo Jenófanes, ¿con *aire* y *fuego* hizo Dios tantas cosas tan bonitas? ¿Crees, con todas veras, Enípodo, que la tierra, por ejemplo, con todos los sólidos que contiene, haya podido salir de sustancias tan tenues y sutiles como el aire y el fuego? Todo eso me parece erróneo, y yo opino, al contrario, que la tierra fué la que produjo el *fuego* y el *aire*, y que Dios todo lo produjo con *tierra* amasada con *agua*. (Véase EUSEBIO, *Præparat. evang.*, lib. VIII, c. 1.)

No habia medio de entenderse, y la guerra en estado de permanencia hubiera eternamente durado en estas siete escuelas diferentes entre las cuales se hallaba dividida la razon filosófica de los *fisicos*, cuando ocurrióle á la índole pacífica de Empédocles el hacer cesar el escándalo, y establecer la paz entre estos filósofos que pugnaban á porfía, para asegurar, cada uno á su elemento predilecto, el honor de haber suministrado la materia del mundo. Empédocles imaginó un sistema que los reunia á todos, una razon que á todos daba razon: « Decis muy bien todos, les decia, pero no abrazais la verdad entera, pues esta enseña que el agua y la tierra, asi como tambien el aire y el fuego, son los cuatro elementos, las cuatro naturalezas diferentes de la materia eterna, y que de estas cuatro naturalezas, de estos cuatro elementos, diferentemente combinados entre sí, formo Dios el universo. »

Vaya pues por idea tan peregrina, respondieron Platon (1) y Aristóteles. Aceptamos esta solucion, y somos del parecer de Empédocles. « Solamente Platon añadió que Dios, antes de formar los cuerpos, habia tenido la precaucion de darse un cuerpo á sí mismo, en otros términos, de volverse cuerpo, para poder formarlos con mas comodidad, y obrar mas eficazmente en ellos (2). En cuanto á Aristóteles, esta opinion de

(1) « Plato ex materia in se omnia recipiente mundum censet esse factum a Deo sempiternum. » (CICERO, *Academ.*, II, 37.)

(2) Véase el *ESSAYO SOBRE LA FILOSOFÍA*, § 4, al fin de las Conferencias. Para los filósofos estóicos, herederos de la doctrina de Platon, este cuerpo de Dios no era mas que un cuerpo semejante al del hombre, pues es curiosa, á no poder mas, la manera de discurrir de estos grandes razonadores del paganism, cuyo espíritu grosero se nota aun en las cosas mas intelectuales, y

Platon le pareció grosera en demasia, y la rechazó como indigna de Dios, que juzga Aristóteles una inteligencia infinita y perfecta, poseyendo en sí misma la manera de existir de los cuerpos, pudiendo operar en estos, sin participar de su esencia; y se contentó el filósofo de Estagira con despojar á Dios de su libertad, en compensacion de la unidad que le dejaba, afirmando que la necesidad mismo de su ser obligó á Dios á hacer el mundo desde toda eternidad, no pudiendo permanecer durante una eternidad en la inaccion: *Aristoteles dicit non ortum esse unquam mundum, quod nulla fuit, novo consilio inito, tam præclari operis inceptio.* (Academ., II.)

Tambien los estoicos siguieron la doctrina de Empédocles: «Opinan estos filósofos, nos dice Séneca, que el universo es

que admiran ciertos cristianos como grandes filósofos: «Dios, dicen, es el ser animado mas perfecto; luego debe tener la figura mas perfecta. Ahora bien, la figura mas perfecta es la del hombre; luego Dios debe tener, y efectivamente tiene la figura humana. Tampoco admite duda que los dioses son muy dichosos. Mas no hay dicha sin virtud, ni virtud sin razon, ni razon sin figura humana. Luego es necesario admitir que los dioses tienen un cuerpo, y que este es completamente semejante al cuerpo del hombre; *Quod si omnium animantium vincit hominis figura, Deus autem animans est: ea figura profecto est, quæ pulcherrima sit omnium; quoniamque deos beatissimos esse constat, beatus autem esse sine virtute nemo potest, nec virtus sine ratione constare, nec ratio usquam inesse, nisi in hominis figura: hominis esse specie deos confitendum est.* » (CICERO, De Nat. Deor., lib. II.)

Hay una cosa imposible de comprender en esta doctrina de un Dios corporal, y es que Epicuro, por un exceso de sofisteria y sutileza inconcebibles, haya dicho que esta figura de un Dios no es un cuerpo, sino casi un cuerpo, y que Dios no es sangre, sino casi sangre. *Nec tamen ea species corpus est, sed quasi corpus; nec habet sanguinem, sed quasi sanguinem. Hæc inventa sunt acutius, et dicta subtilius ab Epicuro quam ut quis ea possit agnoscere.* (CICERO, *ibid.*)

Por lo concerniente á la doctrina de los epicúreos que los dioses tienen las formas y cuerpo del hombre, tambien es la nuestra, decian los estoicos y estriba en tres razones cuya solidez nadie podrá negar: la primera, que es una costumbre innata del espíritu humano, el representarse á Dios bajo la forma humana: la segunda, y es la recientemente mencionada, que, siendo la naturaleza divina la mas perfecta de todas las naturalezas, y consiguientemente debiendo poseer la figura mas perfecta, siguese que debe ser esta la del hombre, pues nada es mas bello y perfecto que la figura de este: la tercera razon es que el sitio y habitacion propia del espíritu solo pueden residir en la figura y forma del cuerpo del hombre: *Non deest hoc loco copia rationum quibus docere velitis, humanas esse formas deorum; primum quod ita sit informatum anticipatumque mentibus nostris, ut homini, cum de Deo cogitet, forma occurrat humana. Deinde, ut, quoniam rebus omnibus excellat natura divina, forma quoque esse pulcherrima debeat; nec esse humana ullam pulchriorem. Tertiam rationem affertis quod nulla in alia figura domicilium mentis esse possit.* (CICERO, *ibid.*)

obra de dos principios : la materia, y Dios operando en esta misma (1). »

Ciceron igualmente, en sus momentos de buen humor durante los cuales dignábase admitir un Dios único, no lo reconocia como un artifice que, para formar el mundo, se dirige al caos de los poetas, ó á la materia no criada. Ciceron, bajo este punto de vista, era del dictámen de Platon. En efecto, así como los peripatéticos, eran *dualistas* los académicos (2); y en general la mayor parte de los antiguos filósofos que promulgaron sistemas filosóficos fuera de la tradicion, los cuales, sí bien escribieron páginas hermosas y elocuentes sobre un Dios único, causa primera del movimiento, del orden, de la belleza y admirable armonía del universo, cayeron no obstante en el error de sostener que este Dios único no pudo formar el mundo sino mediante una materia que presta halló á su lado, ni mas ni menos que un arquitecto que edifica una casa con los materiales de que echa mano.

8. Pero si la materia con que ha sido criado el mundo, nunca fue criada; si, desde la antigüedad mas remota, existe en compañía de Dios; siguese que la materia, como dice Pitágoras, es un ser *por sí*, ni mas ni menos que Dios: un ser independiente, un ser eterno, en una palabra, un ser-Dios

(1) « Dicunt stoici nostri duo esse in rerum natura ex quibus omnia sint : causam et materiam. Materia jacet iners, res ad omnia parata, cessatura, si nemo moveat. Causa autem, id est, ratio materiam format et quocumque vult versat; ex illa varia opera producit. Universa ex materia et Deo constant. Deus ista temperat, quæ circumfusa motorem sequuntur et ducem. Potentius autem est quid facit quod est Deus, quam materia patiens Dei. » (Epist. II, 64.)

(2) « Peripatetici et academici... de natura ita dicebant, ut eam dividerent in res duas : ut alterat esset efficiens, altera autem quasi huic se præbens, ex qua efficeretur aliquid. In eo quod efficeret vim esse censebant, in eo quod efficeretur materiam quamdam; in utroque tamen utrumque; neque enim materiam ipsam coherere potuisse si nulla vi contineretur, neque vim sine aliqua materia. » (CICERO, Academ., I.)

Así ambas estas escuelas filosóficas las mas doctas de la antigüedad, la de los peripatéticos y académicos, engreidas ambas con sus respectivos jefes Platon y Aristóteles, no acertaban á comprender la posibilidad de la creacion de la nada, como tampoco que la materia hubiese podido llegar á ser el mundo sin Dios, y que Dios hubiese podido crear el mundo sin la materia; y lo mas increíble es que ambas estas escuelas admitian *in utroque utrumque*, esto es que hay materia en Dios, y Dios en la materia. Tal es lo mas racional que la razon filosófica mas esclarecida supo inspirar á los sabios con respecto á Dios y al origen de las cosas.

tanto como el mismo Dios. Luego hay dos Dioses en el universo : el *Dios-Dios* y el *Dios-materia*.

Solamente si hay que reconocer en ambos estos Dioses la igualdad en la *asciudad* del absoluto, de la independencia, de la eternidad, no es necesario considerarlos iguales bajo el punto de vista de la bondad. Evidente es á mi razon, continuaba discurrendo Pitágoras, que uno de estos Dioses es esencialmente bueno, y el otro esencialmente malo; que el primero es origen de todo bien, y el segundo de todo mal; y esto nos explica la coexistencia del bien y del mal en el universo, coexistencia que no se puede atribuir á un solo y mismo principio sin caer en contradiccion.

Así, en el concepto de Pitágoras, el Dios-bueno es el que ha criado la *luz*, el *reposo*, el *hombre*; y al contrario el Dios malo es el autor de las *tinieblas*, de la *agitacion*, y de la *mujer*. (S. Thom., q. *disp. de Creat.*)

Mujeres, desconfiaos de la filosofía y de los filósofos, pues nunca dignáronse estos ocuparse de vosotros sino para manciillaros y degradaros. Aun cuando parecen interesarse en vuestro favor, tal como se observa en los últimos tiempos, solo os tributan halagos fementidos con el objeto de perderos. Bien os consta lo que ha llegado á ser, en cierta secta, la mujer proclamada *libre*. Acordaos incesantemente, y jamás lo olvidéis, que la verdadera libertad civil, la igualdad de derechos de que gozais, la deferencia, los miramientos, el respeto que os rodean en la familia y sociedad cristiana, todo lo debeis al cristianismo y á la Iglesia, que acudieron en ayuda de vuestra flaqueza, realzaron vuestra condicion, vengaron vuestra dignidad, é hicieron de vosotras lo que en nuestra sociedad sois, lo que nunca fuisteis ni nunca seréis fuera del cristianismo y de la Iglesia, las compañeras del hombre, el simbolo vivo de la religion, de la piedad, de la gracia, de la abnegacion, del sacrificio.

9. Pero no tan solo entre los griegos, dedujo la razon filosófica esta horrorosa doctrina del *Dualismo*, de la ignorancia ó negacion del dogma de la creacion. Lo mismo efectuó esta misma razon filosófica entre los Chinos, entre los Persas, entre los Egipcios; en términos que, bajo el nombre de *maniqueismo* ú otras denominaciones, esta teoría de los dos dioses, uno *bueno* y otro *malo*, formó siempre la base de la filo-

sofia en el Oriente pagano, antes y despues del establecimiento de la religion cristiana; tal es la doctrina, y conste bien esta verdad, que impelio á los pueblos paganos á sumirse cada vez mas en el fango y en el sacrilegio de la idolatria.

Ciceron afea á los estóicos diciéndoles que la filosofia que profesaban, lejos de haber librado á los pueblos de los horrores de la supersticion, los habia confirmado y como enclavado en ellos: *Hæc vestri non modo non tollunt, verum etiam confirmant.* (*De Nat. Deor.*)

Nunca vituperio fue mas justo y mas merecido. En efecto, Zenon y su escuela habian hecho del aire, de las estrellas, del sol (1), de los planetas, hasta aun del año, estaciones, meses y dias, una república de dioses; y consiguientemente se habian ceñido á poner todas las supersticiones populares bajo la proteccion de la filosofia. Pero este horrible crimen de los estóicos, como se le llamaba (2), no era á lo menos contrario á la lógica. Al proceder del error que Dios habia criado al mundo de una materia tan eterna como él mismo, y que á la materia cupo entrar, tanto proporcionalmente como el mismo Dios, en la formacion y conservacion de los seres y del hombre mismo, nada hay mas lógico que la doctrina que reconocia á la materia acreedora al culto humano y á los honores religiosos, ni mas ni menos que el mismo Dios (3). En efecto, si al par que Dios la materia es un ser divino, criador y conservador, síguese que debe ser honrada como Dios. Así pues la doctrina del dualismo era la apoteosis de la materia en su conjunto y en sus partes; y esta consideracion basta para comprender la funesta influencia que debió ejercer en el espíritu de los pueblos, ya descarriados en las vias de los errores y

(1) « Zenoni et reliquis stoicis æther videtur summus Deus. Cleantes Zenonis auditor solem dominari, et rerum potiri putat... Stoicis est persuasum solem, lunam, stellas omnes, terram, mare, deos esse, quod quedam animalis intelligentia per omnia ea permeat et transeat. » (CICERO, *Academ.*, II.)

(2) « Utrum poetæ stoicos depravaverint, an stoici poetis dederint auctoritatem, non facile dixerim. Portenta enim et FLACTIA ab utrisque dicuntur. » (CICERO, *Academ.*, II.)

(3) « Sed tamen, his fabulis spretilis ac repudiatis, Deus pertinens per naturam cujusque rei, per terras Ceres, per maria Neptunus, alii per alia, poterunt intelligi, qui qualesque sint quoque eos nomine consuetudo nuncupaverit, hos Deos et VENERARI ET COLEVI DEBEMUS » (*De Nat. Deor.*)

de los vicios, y cuanto debió contribuir á afianzar la idolatría. Fácilmente se comprende que, arrastrados por las lecciones y ejemplos de los filósofos, y bajo la garantía del santuario de la filosofía, hubiesen adorado los pueblos paganos los astros, el cielo la tierra, los hombres de toda condicion y aun los malvados; los animales de toda especie, hasta el gato y la araña; las plantas de todas las familias, incluidas las coles y las cebollas; todos los elementos, todas las fuerzas de la naturaleza, en una palabra, todos los seres materiales, pues no hay ninguno entre ellos de que no reciban el mundo y el hombre alguna ventaja ó modificacion dichosa, y aun una porcion de su ser.

Por lo tocante á la tempestad, el rayo, el trueno, los terremotos, las calenturas, la peste, la muerte, el infierno, las fieras, serpientes, monstruos, plantas venenosas y ponzoñas de toda especie, los pueblos paganos los adoraban con culto de temblor y odio, siempre bajo la influencia que ejercian en el templo las doctrinas de la escuela, en vez de tributarles un culto de reconocimiento y amor, con el objeto de volverlos propicios ó impedir toda accion maléfica de su parte: *Ne noccant* (1). Y de ahí procede la idolatria mas rastrera y ridicula; de ahí las supersticiones mas obscenas y mas necias; de ahí los mas abominables ritos y los mas crueles sacrificios.

10. Pero esta concurrencia de Dios y de la materia en el culto humano, no pudo mantenerse mucho tiempo en proporciones iguales. ¡Es tan buena la materia, tan dócil, tan resignada! dijéronse los pueblos paganos, saciados de las doctrinas del *dualismo*. Atormentada, despedazada por el hombre nunca se queja, antes bien abastece de alimentos, vestidos, de todos los medios de conservarse, de todos los medios de defenderse, volviéndole cómoda la existencia, y ofreciéndole todos

(1) « Ipsi, qui irridentur, Ægyptii, nullam belluam, nisi ab aliquam utilitatem, quam ex ea caperent, consecraverunt. Velut ibes maximam vin serpentium conficiunt, cum sint aves excelse, cruribus rigidis, corneo proceroque rostro: avertunt pestem ab Ægypto, cum volucres, angues ex vastitate Lybie vero Africo invectos interficiunt atque consumunt. Ex quo fit, ut illa nec morsu vite noceant, nec odore mortua. Possem de ichneumonum utilitate, de crocodilorum, de felium dicere, sed nolo esse longus. Ita concludam, tamen belluas a barbaris propter beneficium consecratas: vestrorum deorum non modo beneficium nullum exstare, sed ne factum quidem omnino. » (*De Nat. Deor.*)

los goces y amenidades de la vida. Si se debe considerar como malo uno de ambos estos principios, uno de estos dos Dioses que formaron el universo y se disputan su posesion é imperio, no es seguramente el *Dios-materia*; y no admite duda que no cabe iniquidad al *principio materia*. Por otra parte, nos dicen que el *Dios-espíritu* es el que impuso leyes al hombre, leyes cuya ejecucion reclama bajo la pena de juicios sin misericordia, de castigos interminables; mientras que la materia, naturalmente tan dulce é indulgente, no impone leyes, ni amenaza, ni castiga. Así solo el *Dios-espíritu* es el ser exigente, el ser severo, el ser feroz, el ser implacable, el ser zeloso; él es el solo que al hombre envidia los goces mas inocentes, mas legítimos, mas naturales; él es el que se debe abandonar, olvidar, maldecir, aborrecer, expeler del mundo si es posible; y si no lo fuere, procurar aplacarlo por toda especie de sacrificio, aun el humano, pues el hombre es particularmente el blanco de su saña.

Tales eran las consecuencias que la desapiadada lógica de los pueblos deducia de la doctrina del *dualismo*. Ahora bien, toda doctrina que el espíritu admite, engendra sentimientos análogos en el corazón, y en accion se traduce. Ya comprendéis, hermanos míos, porque el sentimiento del temor servil de Dios, constituyó siempre, y por do quier, el fondo de los cultos idólatras; ya comprendéis porque, entre los pueblos paganos, un sacerdocio atroz no les hablaba nunca de la Divinidad, sino para inducirlos á aplacar á esta misma Divinidad con hecatombas de víctimas humanas; ya comprendéis enfin porque se esforzaron continuamente los pueblos paganos, con una especie de rabia y furor, en convertirlo todo en Dios, en hacer de todo Dios, en desdoro de Dios, en baldon de Dios; y porque, segun la gran palabra de Bossuet, « todo era Dios para esos pueblos salvo el mismo Dios. »

Todo esto es, y fácilmente convendréis conmigo hermanos míos, espantoso y horrible sobremanera. Pero la razon filosófica antigua sacó de la ignorancia voluntaria ó de la negacion del dogma de la creacion, otras consecuencias aun mas horribles y espantosas, cuyo cuadro presentaros quiero en mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

11. La inconstancia y la variedad son los atributos distintivos del error; de la misma manera que la inmutabilidad y uniformidad son los caracteres propios de la verdad. La filosofía antigua, considerada en su conjunto, no era mas que error, á lo menos en sus principios y en su objeto; y así no podia menos de ser inconstante y variable. Obra tan útil como excelente pudiera hacerse sobre la *Historia de las variaciones de las sectas filosóficas*, como se hizo una obra tant útil como excelente sobre la *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes*.

Ciceron no paraba en sus censuras contra Platon, Aristóteles y Zenon, á causa de la ligereza é inconstancia de sus opiniones sobre las mas graves materias de la filosofía (1). Pero el mismo Ciceron, que afeaba la conducta ajena, incurria él mismo en la misma falta y de un modo mas escandaloso. Vemos en sus escritos filosóficos, el *sí* y el *no*, el *pro* y el *contra*, la defensa y ataque de toda verdad (2).

(1) Véanse conferencia primera, § 14. pág. 62.

(2) Efecto que debe atribuirse á que Ciceron, como casi todos los demás filósofos, cultivaba la filosofía segun el humor que momentáneamente lo agitaba, con increíble ligereza, por vanidad, recreo, ó, como vulgarmente se dice, para *pasar el tiempo*, sin dar mas importancia á sus escritos filosóficos que la que exigia su anhelo de fama, pues querian los filósofos, por este medio, labrarse la reputacion de grandes escritores. El mismo Ciceron nos dice que tal era, poco mas ó menos, el fin que se proponian los ingenios filosóficos: « A fe mia, dice el orador romano, si, por un lado, se considera los actos de los filósofos y la mayor perfeccion que presenta su vida, y, por otro, sus disputas sobre materias especulativas, mucho me temo que se diga que todas estas certámenes fueron emprendidos, menos por el deseo de utilidad general en vista de los hombres, que con el objeto de proporcionar recreo ameno y ocupacion á los mismos filósofos, que nada que hacer tenian: *Profecto omnium istorum disputatis cum horum actibus perfectisque vetus collata vereor ne tantum videatur attulisse negotii hominum utilitati quam quamdam oblectationem otii.* » Y, comentando este pasaje que cita, nos dice Lactancio: « ¡ Ah! Ciceron no debia decir *mucho me temo*, pues sabia que decia la verdad; pero el miedo que tenia de que lo acusasen los filósofos de haber hecho traicion á la filosofía discutiendo su secreto misterioso, lo impidió pronunarse con franqueza sobre lo que era verdad, esto es, que los filósofos no disputaban para instruir á los demás sino para divertirse á si mismos: *Verreri quidem non debuit, cum verum diceret; sed quasi timeret ne proditi mysterii reus a philosophis accusaretur; non est ausus confidenter pronun-*

Pero ninguno varió tanto de opinion como Pitágoras sobre la gran tésis de la *causa primera* y origen del mundo, Pitágoras, el gran maestro, el MAESTRO por excelencia, cuyas palabras eran oráculos, y esos mismos signos órdenes (1).

Durante algun tiempo, se ciñó á ser, como recientemente lo hemos visto, el caluroso defensor del *dualismo*; pero mas adelante, su alta inteligencia comprendió que esta doctrina de *dos principios opuestos que habian criado y gobernaban el mundo*, era contraria á la razon; pues, ¿cómo, se decia Pitágoras á sí mismo, hubiera podido conservar el mundo el órden admirable que en el vemos, bajo la fuerza opuesta y tirante de dos principios contrarios, bajo la accion de dos dioses zelozos, uno de otro, batallando entre sí por el imperio del mundo? No, no, tal cosa no es posible; tal cosa no sucede efectivamente. Ninguna familia que reconozca á dos jefes puede vivir en paz; ningun Estado, con dos poderes soberanos puede durar. De la misma manera que no hay mas que un solo jefe en cada familia, y un solo poder soberano en

ciare quod est rerum; Illos non disputare ut doceant, sed ut se oblectent in otio. Mas sincero fue Séneca cuando, sin disfraz ni miramiento nos dice: « La filosofia no fue inventada para la ventaja del alma sino para la diversion del ingenio; *Non ad remedium animæ, sed ad oblectationem ingenii, philosophia inventa est.* » (*De Benefic.*) Y el mismo Ciceron, en otro párrafo, se pronuncia en estos términos: « Si alguno me pregunta la causa que me decide á escribir tan tarde en estas materias (filosóficas), mi respuesta es presta y fácil; me consumia de pereza *no pudiendo ocuparme de politica desde que el estado de la república es tal, que es de toda necesidad que todo sea dirigido por los consejos y accion de uno solo.* En consecuencia he querido ocupar mi tiempo esplicando la filosofia á mis conciudadanos, pues mucho importa al honor y gloria de Roma que materias tan graves sean tratadas en lengua latina: *Sin autem quis requiret, quæ causa nos impulerit, ut hæc tam sero litteris mandaremus, nihil est, quod expedire tam facile possimus. Nam cum otio langueremus, et is esset reipublicæ status, ut eam unius consilio atque cura gubernari necesse esset, primum ipsius reipublicæ causa philosophiam nostris hominibus explicandam putavi, magni existimans interesse ad decus et ad laudem civitatis, res tam graves tanque præclaras Latinis etiam litteris contineri.* » (*De Nat. Deor.*, lib. I, c. 1.)

Así no admite duda que, para la mayor parte de los filósofos antiguos, (y lo mismo podria decirse para con muchos modernos), el principal impulso de sus trabajos era menos el amor de la verdad que el celo de la vanidad, su propio honor ó el de su país; y han sido honrado en demasia, al ser tratados como hombres serios.

(1) *Nec vero probare soleo id, quod de Pythagoreis accepimus: quos ferunt, si quid affirmarent in disputando, cum ex iis quereretur, quare ita esset, respondere solitos: Ipse autem erat Pythagoras. Tantum opinio præjudicata poterat, ut etiam sine ratione valeret auctoritas!* » (*De Nat. Deor.*)

cada Estado; no hay ni puede haber mas que un solo principio, un solo Dios, autor y gobernador del universo.

Solamente, como Dios no ha podido criar el mundo de la nada, — porque *nada puede salir de la nada*, ni tampoco de una materia preexistente, — lo que sería volver á la doctrina de ambos principios, — es claro que Dios ha criado el mundo de sí mismo; pues, ¿quién podrá impedir á la naturaleza inmensa, á la naturaleza infinita, de modificarse á sí misma de diferentes modos y formar seres de sí misma? Así no hay mas que una sola sustancia en el universo, y todos los seres no son mas que modificaciones ó partículas de esta sustancia única, que por sí misma produce, que por sí misma se forma, que en sí misma conserva. ¿Quiérese saber lo que es Dios? concluía Pitágoras; Dios es un alma esparcida en toda la naturaleza, identificada con todas las partes del universo, y de él, y en él, tienen el ser y la vida todos los seres, todos los vivientes: *Deus est animus, per universas mundi partes omnemque naturam commeans et insuper ex quo omnia quæ nascuntur animalia vitam capiunt.* (Apud Lactant., Instit., lib. I, c. v.)

Este misma doctrina de los pitagóricos es la que expone Virgilio en versos cuya gracia y armonía hacen resaltar lo absurdo é impío del pensamiento, cuando dice el citado poeta. «Segun la opinión de estos filósofos, las mismas abejas poseen una parte del espíritu divino y aun de la vida celestial de Dios. Dios es todo, y en él todo está: en el cielo, en la tierra, en el mar; en él subsisten los hombres, los ganados, las fieras; y en él aspira todo lo que nace hasta el menor soplo de vida. Pues Dios es el gran espíritu que todo lo alimenta de sí mismo; el alma universal infundida en la inmensa mole del universo como en un cuerpo; en todas sus partes como en sus diversos miembros, y que mezclada á todo, todo lo pone en movimiento y á todo da su existencia (1).

12. Así en el concepto de los pitagóricos, Dios, unido sus-

(1) «Esse apibus partem divinæ mentis et haustus. — Æthereos dixere. Deum namque ire per omnes. — Et terras tractusque maris cælum profundum. — Hinc pecudes, armenta, viros, genus omne ferarum. — Quemque sibi tenues nascentem arcessere vitas. — Spiritus intus alit, totamque infusa per artus. — Mens agitat molem, et magno se corpore miscet.» (Georg., l. iv, Æneid., lib. vi.)

tancialmente á la materia que de sí mismo extrajo, es el universo; del mismo modo que el alma, unida sustancialmente al cuerpo, al cual comunica ser y vida, es el hombre. El mundo sensible es el *cuerpo* de Dios, que él mismo se dió, y de sí mismo, de la misma manera que el cuerpo es el mundo sensible del hombre. El universo es el hombre en grande, del mismo modo que el hombre es el universo en miniatura, el *microcosmos*. Y como todo es humano en el hombre, todo es divino en el universo. Dios es todo, y todo es Dios: y tal es el PANTEISMO, procedente asimismo de la negacion del dogma de la creacion, y al cual adherió la razon filosófica pagana no solo en Grecia sino en todo el Oriente, no queriendo aceptar la doctrina del *dualismo*; y al cual fija permaneció hasta nuestros dias esta misma razon.

No obstante, al apoyarse siempre en el mismo principio de *un Dios que todo lo habia criado de sí mismo*, la escuela de Pitágoras adoptó otra nueva consecuencia. Si no hay mas que una sustancia única en el universo, y si todos los seres materiales vienen á ser partículas fraccionarias de esta misma sustancia, con mayor razon deberá suceder así con respecto á los seres espirituales, á las almas (1). Así las almas no tienen individualidad propia. Partículas momentáneamente desprendidas del alma grande, del alma universal del mundo, si salen de un cuerpo es para introducirse en otro; y si dejan el cuerpo del hombre es para animar el cuerpo de un bruto ó de una planta, hasta que, fastidiadas, exhaustas, rendidas, de estas continuas metamorfosis, van á reposarse en el *receptáculo* comun, en la sustancia infinita, de la que primitivamente emanaron, para con ella identificarse y en ella absorberse y perderse. Tal es la metemecosis que fue y aun es, particularmente entre los Indios orientales, la doctrina de la razon filosófica *panteística*.

13. Absurdos sois, decian á los panteistas los discipulos de la Academia; absurdos sois, y distais mucho de notarlo. Segun

(1) El hombre, decian tambien los estóicos segun Ciceron, aunque nacido para contemplar é imitar al Dios mundo, no es un ser perfecto, sino una partícula del ser perfecto. *Ipse autem homo ortus est ad mundum contemplandum et imitandum, nullo modo perfectus, sed est quedam PARTICULA perfecti.* (De Nat. Deor.)

vuestra doctrina, Dios no es mas que espíritu *Deus animus est*; ahora bien de una sustancia espiritual solo puede salir espíritu, como de una sustancia material, tan solo materia. ¿Cómo no acertais á ver que, si Dios, como vosotros mismos propalais, todo lo formó de su propia sustancia la cual es enteramente simple, espiritual, inmaterial, incorpórea, invisible, nunca pudo formar seres compuestos, materiales, corpóreos, visibles: y que, por consiguiente, semejantes seres nunca pudieron proceder de la sustancia única de Dios? ¡Pobres filósofos! Esta observacion no deja de apuraros. ¿no es verdad? Mucho os cuesta salir del atolladero. Pues bien, lástima nos causais y queremos venir en ayuda vuestra, pues solo en nuestras doctrinas podreis encontrar el medio de salir del apuro.

« Nosotros afirmamos que la materia y los cuerpos son meras palabras sin significacion, ideas sin realidad; pues ¿quién es el que llega á comprender lo que viene á ser materia, lo que viene á ser cuerpo? Separadamente nadie. Luego no existen, pues no existe lo que no se comprende.

« En vano me opondreis que la materia se ve y se palpa, que los cuerpos afectan nuestros sentidos. ¿Acaso, durante el sueño, no nos parece ver y tocar lo que seguramente ni vemos ni tocamos? Pues bien lo mismo cabalmente sucede durante la vigilia, porque continuamente dormimos, con la sola distincion que, durante la noche, dormimos tendidos, y durante el día dormimos de pié; en otros términos que, durante la noche, somos durmientes, y durante el día, sonámbulos; y no hay mas diferencia. La vida entera de un hombre no es mas que un sueño continuo que se prolonga hasta la muerte. Los que apellidamos *loco*, ¿por ventura no se figuran tener tanta razon como los que se creen cuerdos? ¿Pensais acaso que los únicos locos en el mundo son los que llevan este nombre? Los que llaman *locos* á los demás, lo son á menudo en igual grado, y el mundo entero es una casa de locos. Ello es cierto que el hombre carece de todo medio para distinguir la sabiduría de la locura, la verdad del error, la ilusion de la realidad, y este mundo es un teatro de fantasmas que escarnizan y engañan á los mortales. Lo que estos denominan *cuerpos* son meros sueños de la razon, juegos de la imaginacion, ilu-

siones de los sentidos. Lo solo real, lo solo sustancial (1), lo solo divino, es la idea. Mas la idea es un puro espíritu. Luego solo el espíritu, solo la idea tiene existencia. Todo es espíritu é idea, y fuera del espíritu y la idea, todo es sueño é ilusion. » Asi discurrían los académicos, y tal es el IDEALISMO.

14. Pero aun no habian concluido su argumentacion en apoyo del PANTEISMO, por medio del sueño y la locura, cuando héteme que acuden los *atomistas* ó filósofos *corpusculares*, los cuales interrumpen á los académicos y, con aire fisgon y despreciador, les dicen : « En verdad no sois mas que pobres ilusos que deliran, locos de atar, pues osais propalar y sostener semejantes extravagancias. Si, como sosteneis, no puede el hombre conocer cosa alguna de un modo cierto, ni llegar á una comprension clara en una materia cualquiera, ¿cómo podeis saber, como teneis el valor de afirmar que Dios existe, y que forma las ideas y los espíritus con su propia sustancia? ¿y qué viene á ser ese pobre Dios que condenais á cortarse á sí mismo en pedazos, á despedazar su ser, si quiere hacer la menor cosa fuera de sí misma? »

Si la coexistencia de *dos principios eternos* choca vuestra razon, sabed que tambien choca la nuestra. Pero en la necesidad de negar uno de estos dos principios, uno de estos Dioses, no titubearemos por cierto. La materia se ve, se toca, se imagina, mientras que el espíritu ni se ve, ni se toca, ni se imagina. ¿Cuándo y en dónde encontrasteis lo que denominais *espíritu*? Y vosotros que negais la existencia de la materia y de los cuerpos porque no la comprendéis, sed francos y decidnos si comprendéis mejor el espíritu y la idea ¿Podeis acaso decir lo que son? Os concederemos que no se puede comprender la materia; pero, á lo menos, nos consta que existe, que por do quien nos rodea, que continuamente nos impresiona y domina, en términos que es tan imposible negarla como negarse á sí mismo; al paso que el espíritu, no solamente no es mas fácil de comprender que la materia, sino que al mismo tiempo, no es sensible: solo devanándose los

(1) « Vult Plato esse quasdam *substantias* invisibiles, incorporatas, supermundiales *divinas*, quas appellat *ideas*, id est, formas exemplares et causas naturarum istarum, et illas quidem esse *veritates*, hæc autem *imagines* earum. » (TERTUL., de *Anima*, 18. Véase ENSAYO, § 13, al fin de esta conferencia.)

sesos y violentándose la razón se quede probar su existencia, sin poder nunca conseguir que la razón la acepte.

Cesad de hablarnos de vuestro Dios espíritu, que produce toda sustancia corporal de su propia sustancia enteramente espiritual, y que se burla, así como suena, de sus criaturas inteligentes, con continuos engaños, induciéndolos á creer, como si verdaderamente existiesen, en la materia y en el espíritu, que en realidad no existen.

La materia no tuvo necesidad de una fuerza exterior para constituir el mundo. ¿Acaso no se halla en un movimiento perpétuo? ¿Por ventura no es de por sí activa y enérgica? (Véase ENSAYO, § 5.)

Bien nos consta que Sócrates preguntó en casa de Jenofonte. ¿De dónde puede venir nuestra alma, si no hay un alma cualquiera en el mundo? Pero si es permitido hacer semejante pregunta, también se podrá hacer la siguiente: ¿De dónde procede el lenguaje, la armonía, el canto? A menos que creamos que todo esto lo hemos aprendido del sol y de la luna que entre sí dialogan cuando se hallan cercanos ambos estos astros; ó bien por el ejemplo del mundo que, según Pitágoras, canta continuamente con la más pura armonía. ¿Cómo es posible no ver que todo esto se verifica por la materia que compone la naturaleza, la cual no procede por paseos artificiosos é inteligentes, como lo había soñado Zenón, sino por la fuerza de sus variaciones y movimientos, fuerza que, por su continua agitación, todo lo forma (1)?

Aun menos se puede afirmar que el mundo es un Dios, aunque nada sea más perfecto que el mundo, pues nada es tan hermoso en sí mismo, ni más saludable para los hombres, ni más opulento y adornado, ni más regular en sus movimientos. Y si el mundo entero no es Dios, aun menos lo serán las estrellas,* por más que plazca á los estóicos considerarlas como un senado de dioses. Esa buena gente, á lo que dicen,

(1) « At enim querit apud Xenophontem Socrates, unde animam arripuerimus, si nulla fuerit in mundo. Et ego quero, unde orationem, unde numeros, unde cantus? Nisi vero loqui solem cum luna putamus, cum propius accesserit, aut ad harmoniam canere mundum, ut Pythagoras existimat. Naturæ ista sunt, Balbe, naturæ non artificiose ambulantis, ut ait Zeno, sed omnia cientis et agitantis motibus et mutationibus suis. » (CICERON, *De Nat. Deor.*, lib. II.)

queda absorta y arrebatada de placer, al ver el curso perennemente igual y perpétuo de los astros; y en esto, seguramente no van errados, pues la regularidad y constancia de los cuerpos celestes, es cosa verdaderamente portentosa. Pero no hay razon para atribuir á la intervencion de un Dios este curso regular y constante, mas bien que á la operacion de la naturaleza.

Al sostener que todo movimiento y todo lo que sigue un órden cierto é invariable debe ser atribuido á la intervencion divina, debieran reparar que el principio que adoptan los obliga á sostener que fenómenos divinos son igualmente las tercianas y cuartanas; pues nada hay mas regular y constante que su vuelta y su curso. ; Vaya unos filósofos! no sabiendo ni comprender ni explicar los admirables fenómenos del mundo que presencian, recurren á la intervencion de Dios, como esos desgraciados perseguidos por la justicia que, no sabiendo do guarecerse, se refugian en los templos y al lado de los altares (1).

15. De este modo acribillaban el panteismo los filósofos *corpusculares*, pero para sustituirle el ATEISMO; pues tales principios profesaba Anaximendro cuando dijo: « No hay mas que un solo INFINITO, la materia (2). Esta, al principio, afectaba tan solo la forma de una esfera de fuego, la cual, habiendo llegado á romperse por uno de sus lados, hizo brotar el sol, la luna, las estrellas; y estos astros, mas adelante, por su fecundacion y revoluciones perpétuas, engendraron la tierra y todos los seres que abriga, incluso el hombre mismo.

(1) « Non est igitur mundus Deus: et tamen nihil est eo melius, nihil est enim eo pulchrius, nihil nobis salutaris, nihil ornatus adspectu motuque constantius. Quod si mundus universus non est Deus, ne stellæ quidem, quas tu innumerabiles in deorum numero reponebas. Quarum te cursus æquabiles æternique delectabant: nec mehercule injuria. Sunt enim admirabili incredibilique constantia. Sed non omnia, Balbe, quæ cursus certos et constante habeant, ea Deo potius tribuenda sunt quam naturæ.

« Vide, quæso, si omnis motus, omniaque quæ certis temporibus ordinem suum conservant, divina ducimus, ne tertianas quidem febres et quartanas divinas esse dicendum sit, quarum reversione et motu quid potest esse constantius? Sed omnium talium rerum ratio reddenda est. Quod vos cum facere non potestis, tanquam in aram, confugitis ad Deum. » (CICER., *De Nat. Deor.*, lib. II.)

(2) « Anaximander infinitatem naturæ dixit esse, a qua omnia gignerentur. » (CICER., *Acad.*, I.) Véase tambien á Eusebio, al lugar citado.

Es un error, le dijo Anaximenes : todo lo que decís del *fuego*, deberíais decirlo del *aire* (1); pues este solo es Dios infinito en su género, si bien definido y determinado, por sus propias calidades. Este principio universal, este *AIRE*, de rarefiado que estaba, llegó á condensarse por su propio movimiento eterno, y produjo la tierra, su hija predilecta; de cuyo seno salieron el sol, la luna, los astros, los cuales lanzándose en el vacío, llegaron á colocarse en el cielo.

Esta misma doctrina, salvo poca diferencia, fue lo que adoptó Jenófanes, en sus *variaciones* de opinion sobre el origen del mundo. Sin ocuparse del verdadero Dios, dijo el citado filósofo : Todas las cosas no son mas que una sola y un todo inmutable; y este todo es el mundo, que es un ser que tiene la figura de un globo, al cual se da el nombre de Dios. El mundo solo es eterno, pues no tiene principio, ni puede tener fin (2). El sol se formó, andando el tiempo, de ciertas partículas de fuego, emanadas no se sabe de dónde, las cuales se encontraron y reunieron en un paraje del espacio en que se dieron cita y formaron el astro. La tierra es tambien infinita, y todo ser vivo procede de la vegetacion, solo por el calor innato, por la sola energia inagotable de la tierra.

Soy de ese dictámen, replicó Cleanto, pues, ¿quién ignora cuan inmensa es la fuerza del calor en todo cuerpo? No hay alimento, por más duro y sólido que sea, que no disuelva el calor en una noche ó en un dia. Las mismas venas y las arterias, si aparecen protuberantes en la superficie del cuerpo, es en virtud de un movimiento inflamado. Tambien se ha observado que el corazon de un animal, recientemente arrancado, imita por sus palpitaciones, el movimiento rápido del fuego. Asi pues, todo lo que vive, sea animal, sea planta emanada de la tierra, vive tan solo por el calor que en sí con-

(1) « Anaximenes infinitum aera, sed ea que ex eo oriuntur definita; gigni autem terram, aquam, ignem, tum ex his omnia... Ex æthere innumera-biles flammæ siderum existunt quorum est princeps sol, omnia clarissima luce collustrans, multis partibus major atque amplior quam terra universa; deinde reliqua sidera, magnitudinibus immensis. » (CICER., *ibid.* et lib. II *de Nat. Deor.*) Véase tambien á Eusebio.

(2) « Xenophanes unum esse omnia, neque id esso mutabile, et id esse Deum, neque natura usquam et sempiterna, conglobata figura. » (CICER., *Acad.*, lib. II.) Véase tambien á Eusebio.

tiene. De todo esto puede deducirse que la fuerza vital que en sí misma posee la naturaleza, y que por todo el mundo difunde, es únicamente el calor. Concluyamos diciendo que solo, por el calor se sostienen las diferentes partes del mundo, y que, por este solo medio, se conserva este entero hace tanto tiempo; verdad que es tanto mas forzoso admitir, cuanto que es manifiesto que este calor ó este fuego en la naturaleza esparcido, es el agente que goza de la virtud de procrear, engendrar, y que tan solo por él nacen, crecen y se perfeccionan, todos los seres animados y todas las plantas (1).

Que sea el aire el que haya engendrado el fuego, ó el fuego el que haya producido el aire; que del sol procede la tierra, ó que esta haya dado origen al sol, nada asegurar puedo decía Leucipo. Todo lo que se, añadía, todo lo que me parece evidente á no poder mas, es que el universo es el resultado de combinaciones fortuitas de los átomos ó *partículas* infinitamente pequeñas de la materia primera. Los átomos terminan en ángulos con puntas agudas. Dotados de un movimiento perpétuo desde toda eternidad, y arrastrados en continuo torbellino, se encontraron un dia en el espacio, y se engancharon al acaso unos con otros, formando concreciones diferentes y aglomeraciones llamadas cuerpos. Tal es el origen de todos los cuerpos terrestres y celestes.

Teneis completamente razon, respondió Demócrito. Los átomos lo forman todo, y todo lo que existe debe su formacion y nacimiento al movimiento de los átomos. Así el mundo no tiene mas principio ni mas autor que á sí mismo. Llámese,

1. « Quod quidem Cleanthes his etiam argumentis docet, quanta vis insit caloris in omni corpore. Negat enim ullum esse cibum tam gravem, quin is die et nocte concoquatur. Jam vero venæ et arteriæ micare non desunt, quasi quodam igneo motu: animadversumque sæpe est, cur cor animantis alicujus evulsum, ita mobiliter palpitalet, ut imitaretur igneam celeritatem. Omne igitur, quod vivit, sive animal, sive terra editum, id vivit propter inclusum in eo calorem. Ex quo intelligi debet, eam caloris naturam vim habere in se vitalem per omnem mundum pertinentem.

« Ex quo concluditur, cum omnes mundi partes sustineantur calore, mundum etiam ipsum simili parique datura in tanta diuturnitate servari: eoque magis, quod intelligi debet, calidam illud atque igneum ita in omni fusum esse natura, ut in eo insit procreandi vis et causa gignendi, a quo et animalia omnia, et ea, quorum stirpes terra continentur, et nasci sicut necesse, et augescere. » (Cic., *De Nat. Deor.*, lib. II.)

si se quiere, esta hipótesis *las perversidades de Leucipo y Demócrito*, que nada hay mas cierto (1).

¡Magnífica doctrina! prorumpió tambien Epicuro en un éxtasis de admiracion y júbilo, que mas adelante invadió á Lucrecio. Eso sí que se llama filosofar. Despues de tantos cuentos para explicar el origen del mundo, por fin viene su historia verdadera. Nada mas racional conozco yo que esta teoría, la cual, al paso que satisface á la razon, asegura la infalibilidad á los sentidos, sus testigos fieles que nunca se engañan (2); pues si estos nos dicen que la materia es la sola realidad posible, es que en efecto nada hay real fuera de la materia; si nos aseguran que el sol es un globo de dos pies de estension, es que en efecto su tamaño no es mayor. Esta teoría todo lo explica mientras que las precedentes en este punto, nada demuestran. Si, el mundo ha sido formado de este modo, y solo él es inmutable, eterno é infinito. Hay mas: apoyado en la autoridad de Demócrito mi maestro, y sostenido por el imponente voto de Metrodoro, el primero de mis discípulos, creo que este mundo infinito contiene innumera-

(1) «Ista enim flagitia Democriti, sive etiam ante Leucippi, esse corpuscula quedam lævia, alia aspera, rotunda alia, partim autem angulata, curvata quedam et quasi adunca, ex his effectum esse cœlum atque terram, nulla cogente natura, sed concursu quodam fortuito.» (Cic., *De Nat. Deor.*, lib. II.)

(2) Esa ciega confianza de Epicuro en el testimonio de los sentidos, es tan rara é increíble en un hombre, y lo que es mas en un filósofo, que háy autores que han sostenido que tal no es su verdadera doctrina en lo tocante á la *certidumbre*. Pero Ciceron, que, al paso que combate la filosofia de Epicuro, conserva secretas simpatías por su persona, no nos permite duda alguna en lo tocante á la credulidad de Epicuro en la certidumbre sensible; pues estas son las palabras de Ciceron: Nada es mayor que el sol; los matemáticos nos aseguran que es diez y ocho veces mayor que la tierra. No obstante, ¿no es verdad que esté astro no parece á nuestra vista exceder la dimension de un pié? Epicuro cree que tal vez es algo mayor ó menor de lo que parece, pero no mucho mas, ó bien que su tamaño es exactamente tal como parece. Al sostener esta opinion, pretende asegurar Epicuro á los sentidos una infalibilidad absoluta, y confirmar su doctrina, que los sentidos nunca ó apenas mienten. Pero dejemos á un lado este crédulo que tal certidumbre atribuye al testimonio de sus ojos. — «Quid potest esse solè majus? quem mathematici amplius duodeviginti partibus confirmant majorem esse quam terram. Quantulus nobis videtur? Mihi quidem quasi pedalis. Epicurus solem posse putat etiam minorem esse quam videatur, sed non multo. Ne majorem quidem multo putat esse, vel tantum esse, quantus videtur: ut oculi aut nihil mentiantur, aut non multum mentiantur. Sed ab hoc credulo, qui nunquam sensus mentiri putat discedamus.» (Cic., *Acad.*, lib. II.)

bles mundos en su conjunto, cuyo espacio es inmenso, y que todos fueron formados del mismo modo (1).

Tales son, dice Eusebio, al acabar el espantoso cuadro que traza de los diferentes sistemas de los mayores filósofos de la Grecia en general, y de los físicos en particular, sobre el origen del mundo; tales son las opiniones de estos filósofos, tales son las extravagancias calenturientas que resultaron de haberse negado á admitir que Dios lo ha criado todo, y de haber excluido á Dios de ese grande hecho de la formacion de las cosas. Así no es de extrañar que, despues de haber batallado entre sí, despues de haber disputado tanto sin entenderse, despues de haber atolondrado el mundo por la diversidad y contradiccion de sus opiniones, se hayan visto forzados á detenerse en este aserto absurdo: que el universo debe su constitucion, su órden, su armonía, su perfeccion, á la agitacion estúpida de la materia, á las combinaciones fortuitas de los átomos, al movimiento ciego del acaso: *Talis fuit sapientissimorum Græciæ philosophorum, saltem qui physici vocabantur, de universi constitutione disputatio, in qua nullum rerum omnium effectorem posuerunt, imo ne Dei quidem mentionem fecerunt; sed temerariæ cuidam agitationi et fortuito motui hujus universitatis causam assignarunt; ac tanta quidem inter se dissentio ut eadem nulla prorsus in re pronuntiaverint, sed contentione ac sententiarum diversitate omnia compleverint.* (*Præp. Evang.*, lib. I, c. VIII.)

16. Pero entonces, dijéronse entre sí esos grandes pensadores de la antigüedad, ¿qué haremos de Dios, de ese Dios que en nada entra en la existencia del mundo, pues este mundo se ha organizado por sí mismo, y existe en sí y por sí? ¿Y quién ha visto á ese Dios? dijo Protágoras. ¿Quién sabe donde está, ó si está en parte alguna? Y si de estas mis palabras sobre los dioses, argüis que estos no existen, os dejo la libertad de creer lo que quisierais (2).

(1) « Democritus, Epicurus eorumque discipulus Metrodorus, innumera- biles in infinito mundos per omnem ejus complexum, in immensum expan- tiantem, dixerunt. » (*PLUTARCHES, in Placitis, lib. II, c. IV.*)

(2) « Neque vero Protagoras qui sese negat de diis habere quod liqueat sint, quodque sint, an sint, quidquam videtur de natura deorum suspicari. » (*CIC., De Nat. Deor.*, lib. I.)

En mi concepto, dijo Simónides, Dios no es mas que un enigma; y mientras mas se piensa mas oscuro é incomprendible aparece (1).

¿Cómo es posible que nada comprendais de la naturaleza de Dios,? respondió Crisipo; ¿no veis que lo que se llama Dios no es mas que lo ideal, lo abstracto, la personificación de diferentes cosas expresadas por una sola palabra?

Yo opino, añadió Crisipo, que Dios es todo lo que se quiere; y sin escrúpulo se puede aventurar que Dios no es mas que la razon, el alma, el espíritu de toda la naturaleza; tambien se puede decir que Dios es el mismo mundo, en fusion entera con el alma difusa del universo. Igualmente podrá tal vez ser que Dios no sea en sustancia mas que este principado del mundo mismo residente en el espíritu y en la razon; ó bien la naturaleza comun de las cosas que todo lo forma y todo lo conserva. Si alguien piensa que Dios no es mas que la sombra fatal del destino sempiterno que todo lo domina, y la verdadera razon de todo lo que puede acontecer, ese tal vez tendra razon. Tambien podrá tenerla el que diga que Dios es el fuego, ó el eter, ó todo lo que brota y mana de la entrañas de la naturaleza, como, por ejemplo, el agua, la tierra, y, con mayor motivo, el sol, la luna, las estrellas, y la universalidad de las cosas que todo lo contiene. Por último se puede asegurar, sin temor de engañarse, que los hombres que alcanzaron la inmortalidad en la tierra, son verdaderos dioses en el cielo (2). Así mismo yo pienso que lo llamado *Jupiter* no

(1) « Simonides : Quanto, inquit diutius considero, tanto mihi res videtur obscurior. » (CICER., *De Nat. Deor.*, lib. I.)

(2) « At enim (Chrysippus) vim divinam in ratione esse positam, et universe nature animo atque mente: ipsumque mundum Deum dicit esse, et ejus animi fusionem universam; tum ejus ipsius principatum, qui in mente et ratione versetur, communemque rerum naturam, universa atque omnia continentem; tum fatalem umbram et necessitatem rerum futurarum: ignem preterea et eum, quem antea dixi, aethera: tum ea, quae natura fluere atque manarent, ut et aquam, et terram et aera: solem, lunam, sidera universitatemque rerum, qua omnia continerentur; atque homines etiam eos, qui immortalitatem essent consecuti. » (CICER., *De Nat. Deor.*, lib. II.)

Este pasaje de Ciceron, relativo á la opinion de Crisipo sobre la naturaleza de Dios, es el resumen de todo lo que pudo imaginar la razon filosófica pagana sobre asunto tan grave é importante, si se puede aplicar á los filósofos antiguos la gran sentencia pronunciada por Bossuet sobre las horribles

es mas que la fuerza de la ley perpetua y eterna que es guía de la humanidad y fundamento de todos los deberes. Pero en esto, bien lo veis, nada hay que se parezca á la idea generalmente formada sobre Dios (1).

Amplia libertad os cabe de no entender nada acerca de la naturaleza de Dios, exclamó Diágoras, ó bien de figurároslo como una realidad cualquiera; en cuanto á mí, me parece comprender tan claro como si lo viese, que Dios no es mas que una palabra que nada significa, y que nada serio arguye.

Eso es cabalmente, respondió Teodoro; igual dictámen profesó yo, tal es mi creencia (2).

Igualmente es la mia, y mi conviccion no va en zaga á la de Teodoro, dijo sonriendo Epicuro. Siempre he considerado á Dios como una pura chanza; si bien para no chocar con las preocupaciones populares, y no tener que ver con la justicia, importa que conservemos la palabra, al paso que hacemos befa de la cosa (3).

Escusad mi atrevimiento, ó grande é incomparable maestro mio, si, en este punto, no soy completamente de vuestro parecer, dijo á Epicuro respetuosamente Lucrecio; al tratarse de Dios creo que debemos esforzarnos en destruir hasta la palabra. La humanidad no podrá ser dichosa hasta que desaparezca ese fantasma, inventado por el miedo, impuesto por la fuerza, mantenido por el fanatismo, y explotado por la impostura, por la tiranía, por la supersticion. Os confieso que no puedo menos de regocijarme al pensar en el momento en que, mediante nuestros esfuerzos para abatir y hollar toda religion y todo Dios, llegaremos á lograr esa grande victoria sobre las preocupaciones, que nos mostrará como genios bajados del cielo (4).

17. Teneis razon, le dijo Epicuro, y no puedo admirar su-

divagaciones del paganismo, y decir que, tambien para los filósofos, TODO ERA DIOS, SALVO EL MISMO DIOS VERDADERO.

(1) « Idemque etiam legis perpetue et æternæ vim, quæ quasi dux vite magistra officiorum sit, Jovem dicere esset... Quorum nihil tale est, ut in eo vis divina inesse videatur. » (Cic., *De Nat. Deor.*, lib. II.)

(2) « Quid? Diagoras, atheos qui dictus est, posteaque Theodorus, nonne aperte deorum naturam sustulerunt. » (Cic., *De Nat. Deor.*, lib. I.)

(3) « Epicurus re tollit, oratione relinquit Deus. » (Cic., *de Nat. Deor.*, lib. I.)

(4) * Quare religio pedibus subjecta vicissim
 * Obteritur, nosque exæquat victoria celo. » (Lib. I, v. 80.)

ficientemente vuestro zelo y vuestro interes por el bien de los hombres. Pero permitidme que os diga que ese zelo y ese interes se resienten del ardor é inconsideracion de vuestra edad. Aun sois demasiado jóven, mi querido Lucrecio, para comprender que, para ser útil á sus semejantes bajo el punto de vista que nos ocupa, hay que andar con mucho tiento, y guardar muchos miramientos para con los objetos de su veneracion, tan injusta y cruel como estúpida; y, sin estas precauciones que sugiere la experiencia, las solas que pueden asegurar la tranquilidad del filósofo y el triunfo de la filosofía, se corre el riesgo de echarlo todo á rodar, y todo comprometerlo y perderlo. ¿Os figurais acaso que no tengo yo tanto empeño como vos, y tal vez mas en libertar al hombre de los temores insensatos de la supersticion? Lo juro por Hércules: toda mi vida no he querido, no he hecho otra cosa, tanto en el interes ageno como en el propio. Pero me he amañado para cumplir mi deseo sin atraerme sinsabores: así, he fingido reconocer á los dioses, y aun venerarlos y amarlos; pero, al paso que conservaba el nombre, demolia la realidad.

Comprended bien el espíritu y la marcha de mi filosofía. Es cosa fuera de duda que todos tenemos naturalmente en nosotros la idea innata que los dioses existen, y que estos son eternos y dichosos. Semejante idea es una desgracia, lo reconozco; pero ¿qué remedio nos queda? No soy yo el que así ha formado al hombre, sino la naturaleza, los átomos; y en verdad no se por qué capricho. En vano diremos y repetiremos que esta idea no es real; pues no hay ninguna mas tenaz, mas esculpida por la misma naturaleza en el espíritu de todos los humanos. Y siendo así las cosas, para no lastimar la opinion general, he creído oportuno formular así la doctrina de los dioses:

« Todo lo que es eterno y feliz no puede experimentar fatiga ni desazon, como tampoco puede fatigar ni desazonar. »
 « Contento de sí mismo, de nada se ocupa fuera de sí mismo. »
 « Nada pues se debe esperar de su indulgencia, nada que temer de su ira. La indulgencia y la ira son sentimientos propios de los necios, y que no pueden residir en Dios. »
 Ahora bien esta doctrina basta y sobra para el doble fin que debe proponerse la verdadera filosofía en tan importante materia,

esto es, deja subsistir el culto de los dioses, porque se desea ese culto á todo precio, y al mismo tiempo librar al hombre de vanos temores. Por esta doctrina, por un lado, dejamos á los hombres la libertad de venerar esta naturaleza divina que juzgan excelente, feliz y eterna, y consiguientemente digna de un culto cualquiera, — porque se debe tributar un culto cualquiera á lo que perfecto se reputa; — y al mismo tiempo se aniquila todo sentimiento de temor que pueden hallar los hombres en la fuerza y enojo de los dioses; pues, segun los principios que he establecido, una naturaleza inmortal y dichosa no es susceptible de hacer gracia ni irritarse; y resulta que nada hay que temer de los dioses bajo este punto de vista. Mis sectarios que mi filosofía han profundizado, han visto la solucion clara y fácil de este gran problema que hace tanto tiempo se habia propuesto la filosofía sin poder resolverlo, esto es, « hallar el medio de dejar el « culto de los dioses, el culto de naturalezas excelentes y perfectas, para el recreo de los devotos; y al mismo tiempo libertar al hombre del temor de los castigos divinos, persuadiéndolos que los dioses no quieren darse á sí mismos la menor molestia, ni causarla á los demás. » Y mis amados discípulos me han dado gracias, me han glorificado, llamándome el primer filósofo que supo redimir á los hombres del terror venidero, y darles la libertad entera de pensar y vivir, libertad que tanto necesitan (1).

Pero reparad igualmente que este mismo culto de los dioses

• (1) « Hanc πρόκλησιν habemus, ut deos beatos et immortales putemus. « Quæ enim nobis natura informationem deorum ipsorum dedit, eadem insculpsit in mentibus, ut eos æternos et beatos haberemus. Quod si ita est, « vere exposita illa sententia est ab Epicuro: « Quod æternum beatumque « sit, id nec habere ipsum negotiū quidquam, nec exhibere alteri. Itaque « neque ira, neque gratia teneri, quod, quæ talia essent, imbecilla essent « omnia. » Si nihil aliud quæreremus, nisi ut deos pie coleremus, et ut superstitione liberaremus, satis erat dictum. Nam et præstans deorum natura « hominum pietate coleretur, cum et æterna esset et beatissima. Habet enim « venerationem justam quidquid excellit: et metus omnis a vi atque ira « deorum pulsus esset. Intellegitur enim, a beata immortalique natura et « iram et gratiam segregari: quibus remotis, nullos a superis impendere « metus.... His terroribus ab Epicuro soluti et in libertatem vindicati, nec « metimur eos, quos intelligimus nec sibi fingere ullam molestiam, nec « alteri quærere, et pie sancteque colimus naturam excellentem atque præstantem. » (Cic., de Nat. Deor., I.)

que parece fundar con una mano, lo destruyo yo mismo con la otra: pues ¿qué hombre sensato podrá persuadirse que le cabe obligación á venerar á dioses, los cuales, segun mis principios, no solo no se cuidan de los hombres, sino de cosa alguna y nada hacen (1). ¿Esta tendencia de mi filosofía, añadía Epicuro, no ha escapado á los amigos de la superstición y del fanatismo; y de ahí proceden tantas invectivas, tantas injurias contra el pobre Epicuro. Así no es de extrañar que me llamen impostor, que me achaquen el querer burlarme de los hombres, menos para chancearme sobre sus inclinaciones, que para dar libre vuelo á sus apetitos (2).

Al mismo tiempo me llaman impío anheloso de destruir, por mis doctrinas, el culto de los dioses y aun los dioses mismos; pues, dicen, desde que está reconocido que los dioses no intervienen en los negocios de los hombres, se debe admitir igualmente que estos no deben culto alguno á aquellos; y, desde el mero hecho que se admite que los dioses de nada se inquietan, siguese que estos nada son; y efectivamente, ninguna persona dotada de razon querrá admitir que seres incapaces de tener el mismo cuidado, sean seres animados, inteligentes, y verdaderamente existentes (3).

Para colmo de desgracia, se ha visto entre mis sectarios y admiradores á ese imprudente de Posidonio, amigo íntimo, como bien os consta Lucrecio, de todos los sabios de Roma, el cual, en un arrebato de zelo tan indiscreto como el vuestro, en el libro quinto de su obra *sobre la Naturaleza de los dioses*, ha dado á luz, no solo mis doctrinas, sino mis intenciones,

(1) « Quid est enim, cur deos ab hominibus colendos dicas, cum dii non modo homines non colant, sed omnino nihil curent, nihil agant? » (*Ibid.* II.)

(2) « Ludimur ab homine non tam faceto quam ad scribendi licentiam libero. Quæ enim potest esse sanctitas, si dii humana non curant? Quæ autem animans natura, nihil curans? » (*Ibid.*)

(3) « Quis enim istas imagines comprehendere animo potest? quis admirari? quis aut cultu, aut religione dignas judicare? Epicurus vero ex animis hominum extraxit radicibus religionem, cum diis immortalibus et opem et gratiam sustulit. Cum enim optimam et præstantissimam naturam Dei dicat esse, negat idem esse in Deo gratiam; tollit id, quod maxime proprium est optimæ præstantissimæque naturæ. Quid enim est melius, aut quid præstantius bonitate et beneficentia? Qua cum carere Deum vultis, neminem Deo nec Deum nec hominem carum: neminem ab eo amari, neminem diligi vultis. Ita fit, ut non modo homines a diis, sed ipsi dii inter se ab aliis negligantur. » (*Ibid.*)

probando que, en el fondo, no soy yo mas que un ateo que niega completamente la existencia de los dioses; que las pocas palabras que he proferido en favor de su existencia son una mera concesion hecha á las preocupaciones populares, para ponerme al abrigo de las persecuciones y furor del pueblo. Aun no para aquí el indiscreto, y ha hecho saber á todos, grandes y chicos, que mi pretendido Dios, el Dios de mi creacion, en otros términos, un Dios semejante al mas ruin de los hombres por su aspecto exterior, careciendo de toda solidez, con todos los miembros del hombre pero sin poder hacer uso de ellos; que este Dios, digo, siendo una cosa tenuísima y trasparente, incapaz de hacer gracia ni justicia, no pasa de una broma, y no existe ni existir puede; concluyendo de todo esto, en los términos mas claros, que yo, Epicuro, si bien aparento admitir á los dioses por las palabras, los destruyo por el hecho (1). A fe de filósofo, todo esto es muy cierto, todo esto no admite duda; pero Posidonio hace muy mal en decirlo, pues ha levantado el fanatismo contra mi doctrina que, en el silencio y sin ruido, progresaba admirablemente.

Ya veis, querido Lucrecio, que no hay medio de negar que mis doctrinas tienden realmente al fin al cual quereis llegar vos mismo; y tanto mis amigos como mis enemigos han sabido á que atenerse. La única diferencia que media entre mi método y el vuestro es que el mio exige mas tiempo, y es menos directo, si bien mas prudente y pacífico que el vuestro; pero por este mismo motivo es menos peligroso para los filósofos que lo siguen, y mas cierto en sus resultados. Os lo repito, Lucrecio, los hombres se indignan contra quienes atacan cara á cara sus preocupaciones, y prefieren ser engañados. Engañémoslos pues, ya que no hay otro medio de hacerles bien. Finjamos ser de su opinion, si queremos que adopten la nuestra. Seamos condescendientes para con su errores, si aspira-

(1) « Posidonius disseruit in libro quinto de *Natura Deorum*, nullos esse « deos Epicuro videri; quæque is de diis immortalibus dixerit, invidiæ de- « testandæ gratia dixisse, neque enim tam desipiens fuisset, ut hominibus « similem Deum fingeret, lineamentis duntaxat extremis, non habitu solido, « membris hominis præditum omnibus, usu membrorum ne minimo qui- « dem: exilem quandam atque perlucidum, nihil cuiquam tribuentem, nihil « gratificantem, primum nulla esse potest: idque videns *Epicurus*, re tollit « oratione relinquit deos. » (*Ibid.*)

mos á que acepten nuestras verdades. Con esta conducta comedida, con estos procederres mañosos, ha conseguido insinuarse por do quier mi filosofía, invadirlo todo, ganando hasta las mujeres, sin alarmar á nadie. Dejadle libre la vereda que le he abierto, y vereis que la misma plebe acabará por burlarse de Jupiter, y se demaronará la supersticion, sin riesgo alguno.

Os lo pronosticó, todo filósofo bienhechor de la humanidad, que en los siglos venideros, deseoso de libertar al hombre del vano temor de los dioses, procederá del modo directo y atropellado que aconsejais, no hará mas que provocar tremendas reacciones que comprometerán los efectos benéficos de su enseñanza. Pero los filósofos cuerdos y prudentes tomarán un rumbo muy diverso. Lejos de declararse abiertamente como enemigos de toda divinidad y de toda religion, finjirán enojarse, y ponderarán la intolerancia, la injusticia, la calumnia de sus adversarios, si los devotos los acusan de ateismo ó impiedad, protestando que los anima el zelo por la religion verdadera y la fe en Dios, y sosteniendo que solo abrigan una ojeriza lejitima contra las falsas creeneias y los excesos supersticiosos. Al mismo tiempo se descubrirán delante de las estatuas de los dioses, pronunciando fervorosamente sus nombres, y afectarán en público la religion de que harán mofa en secreto. Por estos medios conseguirán que, cuando menos, dude el público de las verdaderas tendencias de sus doctrinas y del verdadero objeto de su intencion, mientras que ellos continuarán su camino. Así acabará por insinuarse la filosofía dominándolo todo; y pueblos enteros, sin ruido, sin saudimiento, por la fuerza del progreso lento y oculto de la verdad, se hallarán libres de ese farrago de ritos tan absurdos como molestos, que se llama religion.

18. Este discurso de Epicuro pareció á sus amigos el lenguaje de la misma sabiduría hablando por la boca del filósofo; y todos los filósofos epicúreos de todos los países y de todos los tiempos se aprovecharon de las máximas del maestro, conformando á ellas su conducta y logrando los mismos resultados que el filósofo fundador. Pero Lucrecio era *teofobo*, y el solo nombre de Dios le hacia hacer contorsiones horribles y le daba ataques de nervios. Este nombre no podia oirlo, y

aun menos pronunciarlo él mismo, aunque fuese por pura broma, sin hallarse indispuerto. Así continuó, cada vez mas furioso, declamando contra toda religion, contra todo Dios, arrojando los rayos del cielo vengadores y los castigos de la tierra.

Esta franqueza de Lucrecio no era del gusto de Ciceron. Hombre de Estado al mismo tiempo que filósofo, imitó, en su conducta, la reserva, la prudencia, la hipocresía de Epicuro (1). Ciceron que, en presencia del público sabia desempeñar perfectamente el papel de teísta y aun de devoto, se recreaba, como justamente lo vitupera Lactancio, entregándose al epicureismo en secreto: *Quoties epicureus est*; pues, al paso que escribe páginas muy lindas sobre Dios, parece burlarse de la divinidad, cuando al hablar de un Dios criador del universo, pone en boca de uno de los interlocutores estas palabras de un cinismo espantoso y de fria impiedad: « Quisiera saber quien ha dado á Dios manos tan grandes? ¿Dónde pudo encontrar tan grandes máquinas? ¿Dónde pudo forjar tantas palancas? ¿Dónde pudo reclutar tantos trabajadores para edificar y acabar esta fábrica inmensa del universo? *Quero: quibus manibus, quibus machinis, quibus vectibus, qua molitione hoc tantum opus fecerit.* (De Nat. Dios., I.)

Así el ATEISMO, emanado tambien de la negacion del dogma de la creacion, se hallaba mas esparcido y reunia mas partidarios de lo que se cree, contando prosélitos aun entre los filósofos de mas nombradía; pues, aunque el DUALISMO y el PANTEISMO fuesen los sistemas mas generalmente seguidos, y los mas antiguamente admitidos en el gremio filosófico, es necesario reconocer que no contó menos sectarios el sistema de los ATOMOS, sistema en el cual se abrigaba el ateismo, im-

(1) Aunque ostentaba una moral estóica en algunos de sus libros, Ciceron no dejaba de ser un verdadero epicúreo en el fondo de su filosofía y en su conducta. El mismo nos revela sus torpezas con respeto á los jóvenes. (Véase el ENSAYO, § 9.) Ciceron elogia sobremanera á los epicúreos, intitulándolos los hombres mejores del mundo, los que *se profesaban recíprocamente el mayor cariño*; y al mismo nos confiesa que entre ellos contaba el mayor número de sus amigos. Citemos sus palabras: *Sustinuero epicureos, tot meos familiares, tam bonos et tam inter se amantes viros.* (Acad., II.)

Esto basta y sobra para concluir que tal panegirista, tal amigo de los discípulos de Epicuro, adoptaba los sentimientos, las doctrinas y opiniones de este filósofo. (Por lo concerniente al ateismo de Ciceron, véase ENSAYO, § 3, pág 426.)

portado de Egipto por Leucipo, aclimatado en Grecia por Demócrito y Epicuro, cantado en buen latin y esparcido en Roma por Lucrecio. Solamente hay que advertir que, aun en esa época, veíase obligado el ateísmo á ocultar su horroroso rostro, y solo mostrábase tal como es en medio de los adeptos iniciados á los misterios de impiedad de la escuela y del templo. Bien se habia notado que sus acentos funestos, sus ecos, sus mugidos infernales contra Dios excitaban el horror y provocaban la indignacion de las masas, por mas que saliesen de los jardines de Epicuro, ó de las amenas quintas de Ciceron, Mecenas, Horacio ó Lucrecio; pues, si bien deprovista de inquisicion, el mundo pagano era mas intolerante que el mundo cristiano contra los filósofos ateos, ó tan solo sospechados de ateísmo, á quienes no escaseaba el pueblo su execracion y sus anatemas, al paso que las leyes les reservaban el ostracismo y la cicuta (1).

Ahí teneis, hermanos míos, el origen del DUALISMO, del PAN-

(1) Bien sabido es que Sócrates fue condenado á beber la cicuta nada mas que por haber emitido dudas acerca de la existencia de los dioses. A este ejemplo Ciceron añade otro que tuvo lugar en la misma Atenas, y por el mismo motivo: « Acordaos dice, de ese pobre Protágoras, el mayor y mas hábil de los sofistas cuando florecia la libertad filosófica. Al principiar su hermoso trabajo sobre los dioses, dice estas palabras: « Por lo que toca á los dioses, nada asegurar puedo, y no sé si los hay ó si no los hay. » Pues bien, esta proposición tan moderada y tan circunspecta bastó para amotinar contra Protágoras al populacho de Atenas. El filósofo fue expelido de la ciudad y tierras pertenecientes, y sus libros quemados por manos del verdugo en la plaza pública. Este y otros ejemplos, continua Ciceron, han vuelto á los pueblos muy cautos y circunspectos, é impedido á muchos de declararse francamente ateos; pues ¿ qué medio quedan á los filósofos, prosigue, con pueblos tan porfiados en la creencia de la existencia de Dios, que no solamente la negacion de esta existencia, sino hasta la menor duda en este punto atraia sobre los filósofos la saña de la multitud y la venganza de las leyes? » — « *Protagoras, cujus a te modo mentio facta est, sophista temporibus illis vel maximus, cum in principio libri sic posuisset: « De divis neque ut sint, neque ut non sint, habeo dicere. » Atheniensium jussu urbe atque agro est exterminatus, librique ejus in concione combusti. Eo quo equidem existimo, tardiores ad hanc sententiam profertendam multos esse factos, quippe cum pœnam, ne dubitatio quidem effugere potuisset. » (De Nat. Deor., lib. I.)*

En cuanto á Epicuro, no admite duda, pues el mismo Ciceron nos lo asegura, que solo al temor de una acusacion capital lo impidió negar abiertamente la existencia de los dioses: *Quia mihi videtur Epicurus vester de diis immortalibus non magnopere pugnare. Tantummôdo negare deos esse non audeat, ne quid invidie sibi, aut criminis.*

Este notable pasaje del filósofo romano prueba evidentemente cinco cosas: primera, que todos los pueblos han adherido con energía al dogma de

TEISMO y ATEISMO, esos tres vastos sistemas de errores que, en tres grandes sectas correlativas, dividieron la antigua filosofía; sistemas, como veis, procedentes de la negacion del dogma de la creacion.

19. Pero no se detuvo en tan buen camino la razon filosófica, sino que, continuamente arrastrada en tan funesto declive, á la lóbrega luz de la misma negacion, impelida por la lógica del error, tan inexorable é irresistible como la lógica de la verdad, acogió numerosas otras divagaciones que se agruparon en torno del ateismo, ayudándolo á degradar al hombre y destruir la sociedad.

Aun dado caso que exista un Dios, proseguia la razon filosófica de los antiguos, desde el mero hecho que no ha criado el mundo, nada debe este á Dios, ni de él depende.

Así, emanando de sí mismo, existiendo por sí mismo, es claro que por sí mismo se gobierna el mundo. Dios ni puede ni quiere meterse en los negocios de este mundo, como tampoco este en los de Dios: *Quod supra nos, nihil ad nos*. La Providencia, esa noble señora á la cual se atribuye el gobierno del mundo, no pasa de un personaje poético, en una palabra, de un ser fantástico; y, como todo se verifica por las leyes necesarias y eternas de la naturaleza, estas causas necesarias y eternas producen consiguientemente efectos necesarios y eternos. Lo que cree hacer libremente, el hombre, lo efectua de un modo necesario, impelido por una fuerza ciega á la que, sin saberlo, obedece. Todo es necesario en este mundo, nada es libre, nada es contingente. La necesidad es la verdadera señora, la verdadera reina del mundo. Tal es el FATALISMO.

la existencia de Dios, y profesado la mayor execracion para con los ateos, con los cuales han ejecutado severos castigos; segunda, que casi todos los filósofos antiguos no eran mas que ateos disfrazados; tercera, que los testimonios que han rendido al dogma de la existencia de Dios, les han sido sugeridos por la tradicion y la fe universal de los pueblos, y arrancados por la fuerza de la opinion pública; cuarta, que al crimen del ateismo, estos mismos filósofos agregaron el de la hipocresía, hablando de Dios y de la religion á los pueblos para evitar el odio y persecucion de estos; quinta, que este temor no les impidió esforzarse por vias apartadas y medios indirectos, en pulverizar la fe de los pueblos en la Divinidad, y en establecer el ateismo; y que tales son, poco mas ó menos, los verdaderos servicios que de la razon filosófica ha recibido la humanidad. (Véase, fuera de esto, el *Ensayo*, primera parte, §. 4, 5 y 6.)

Si es cierto que Dios no ha criado el mundo, y por consiguiente el *gran mundo*, el universo ha podido prescindir del Dios espíritu para existir; y con mayor motivo podrá prescindir de un *alma-espíritu* para sus operaciones, el *microcosmos*, el *mundo pequeño*, el hombre, pues ¿porqué no podrá ser el hombre lo que es, hacer lo que hace, no siendo mas que cuerpo, cuando, no siendo mas que materia, existe el mundo y se conserva en un orden tan admirable? El mundo no es mas que un conjunto de átomos bien arreglados. ¿Porqué no será tambien el hombre un agregado de átomos bien organizados? No conocemos suficientemente, decia Ciceron, la fuerza de los nervios y de las venas para poder afirmar que no pueden servir de alma. No sabemos lo que es alma, donde está, ni si existe, ni si no existe, segun la opinion de Dicaarco. Y si existe, no nos consta que sea única, ó bien triple, como piensa Platon; y en caso de ser simple, tampoco nos consta si es ó no espiritual ó corporal, perecedera ó inmortal, pues no estan de acuerdo los filósofos en este último punto (1). ¡Ah! decia la escuela de Epicuro, con la aprobacion de la Academia, lo llamado alma no es mas que el principio enérgico de la materia de que se compone el hombre; pues ¿quién pudo conseguir ver al alma al introducirse en el cuerpo, dentro del cuerpo mismo, ó al salir de este? Así el alma no es mas que una gota de sangre, una chispa de fuego, ó un número, ó una armonía, ó una palabra hueca que no expresa realidad alguna (2). Tal es el MATERIALISMO.

20. Puesto que Dios no ha criado al mundo, continuábase diciendo á la escuela de Epicuro, por consiguiente, tampoco al hombre; ni nada deben á Dios el hombre y el mundo, aun dado caso que Dios exista. Luego ninguna obligacion cabe al hombre de tributar á Dios testimonio alguno de reconocimiento, culto alguno de servidumbre, ó sentimiento de amor. Luego

(1) « Satisne ea nota sunt nobis, quæ nervorum natura sit, quæ venarum? Tenemusne quid animus sit? ubi sit? Denique, sit ne aut, ut Dicaarcho visum est, ne sit quidem ullus? Si est, tresne habet partes, ut Platoni placuit, an simplex unusque sit? Si simplex, utrum sit ignis, an anima, an sanguis, an, ut Xenocrates, mens nullo corpore? Quod intelligi quale sit vix potest et quidquid est, mortale sit an æternum? nam utraque in parte multa dicuntur. » (Cic., *Acad.*, I.)

(2) Véase la Conferencia primera, § 15, pág. 67.

la religion no pasa de una creacion fantástica, ó de un medio de policia inventado por la impostura para explotar á los bobos, en ventaja de los grandes y opresion de la plebe; pero de ningun modo es una obligacion. Nunca pudo Dios imponer leyes al hombre ni reclamar su obediencia, ni castigar su trasgresion. No hay penas ni recompensas en la otra vida, si es que hay otra vida. El hombre solo se debe á la naturaleza y á sí mismo (1), y su espiritu no debe doblegarse bajo el peso de la creencia, ni su corazon subir el yugo del deber alguno; pues él mismo es su ley, como él solo es su principio y su fin; de él mismo únicamente depende, y es dueño de creer lo que le antoje y vivir segun lo que crea. Su razon, base de todas sus facultades, sea cual fuere su principio, es tambien la regla única de todas sus operaciones. El hombre no es racional sino en tanto que todo lo refiere á su razon, todo lo sujeta á su razon, y solo á su razon se rinde. ¿No reconocéis, hermanos míos, en este cuadro al RACIONALISMO, el cual tambien fue una de las devanéos de la razon filosófica de la antigüedad?

Si se admite que Dios no ha criado al mundo ni al hombre, y que no ha revelado á este verdad alguna, ni impuesto obligaciones, resulta que el hombre, el hombre solo llegó á imaginar la idea de lo justo y de lo injusto, así como tambien de lo verdadero y de lo falso. Él fue el que inventó el derecho, instituyó la familia, fundó la sociedad. Los derechos absolutos no existen, como tampoco las verdades absolutas. Lo solo justo es lo útil, como lo solo verdadero es lo que concuerda con la razon. El único fin del hombre es su bienestar personal, el instinto es su ley, las pasiones su regla, el placer su recompensa (2). Solamente conviene para aumentar los goces individuales, que todo sea comun y de todos; conviene trabajar en comun, y vivir en comun, para gozar en comun. Y ahí teneis el comunismo, doctrina que, si bien permaneció en proyecto y en idea en la república de Platon, no fue menos una de las consecuencias que de la negacion del dogma de la creacion dedujo la razon filosófica.

(1) Platonicæ primam philosophiæ partem bene vivendi á natura petebant, eique parendum esse dicebant. » (VARRON, ap. CIC., lib. I., *Acad.*)

(2) Véase el *ENSAYO*, al fin de esta conferencia, § 11.

¿ Pero cuáles son los medios de que disponeis, objetábase á los platónicos, para someter á una regla, á una vida comun, las familias y los individuos que no quieran prestarse á ello? — A la comunidad, al Estado toca el ponerlos en razon; pues, ello es cierto que á la comunidad, al Estado pertenece todo derecho, y al individuo solo deberes. El Estado es todo, el individuo nada. Todo debe ceder á la razon de Estado, al interes del Estado. Solo él es dueño, porque él solo es independiente. Todo lo pertenece, y en particular los niños y mujeres, asi como el territorio y la propiedad; y al él toca el distribuirlos. Solo el Estado tiene el derecho de imponer los trabajos, emplear las capacidades, suministrar recursos, conceder premios, promulgar leyes, establecer obligaciones y exigir su cumplimiento. Nada puede oponerse al Estado, y nadie tiene razon contra él. En sus manos está la suerte de las familias, de todos los individuos, y todo estriba en su voluntad. Y tal es la doctrina del DESPOTISMO SOCIAL, del privilegio de la fuerza, de la omnipotencia del Estado, que, apoyado en los sublimes descubrimientos que ha hecho prevalecer la razon filosófica moderna, ha conseguido restablecerse en los países y en el seno de los pueblos cristianos entre los cuales, gracias á las doctrinas del cristianismo, era antiguamente enteramente desconocida.

21. Pero espongamos la última consecuencia, la mas monstruosa á la vez y funesta que llegó á deducir la razon filosófica antigua de la negacion de un Dios criador.

Como el *dualismo*, el *panteísmo* y el *atomismo*, por los cuales habia querido explicar el origen del mundo la razon filosófica, habia oscurecido cada vez mas este grande enigma, en lugar de aclararlo, llegaron por último los pirrónicos, á los cuales acabaron por agregarse los académicos, que clamaron en alta voz :

Puesto que no se puede conocer con certidumbre la causa primera, ninguna seguridad se puede establecer racionalmente con respeto á las causas segundas. Inciertos sobre el origen de las cosas, necesariamente lo somos en todo lo demás. Despues de tantas disputas, de tanta cháchara, desde los siglos primeros, sobre las verdades mas importantes y necesarias, los mayores ingenios que ha visto el mundo, no han podido ponerse de acuerdo, ni nada han podido decidir,

nada asegurar; es verdad que han destruido muchos errores, pero para sustituir otros nuevos; pues, si bien para demolerse se pinta sola la razon, es no menos impotente para edificar. Cesad de hablarnos de la demostracion, del silogismo, en que nunca pudieron entenderse los grandes maestros. La dialéctica es como Penélope que continuamente deshacia su propio trabajo (1); es un vasto arsenal que surte de armas al sofista para combatir y no para establecer la verdad. Demostrar es proceder de lo conocido á la desconocido; y antes de demostrar, es necesario conocer, es indispensable estar de acuerdo sobre ciertos principios y entenderse sobre las verdades primeras; y tal no es el caso en que nos hallamos. La verdad, si hay verdad en la tierra, oculta está en los misterios del cielo, ó en los arcanos de la tierra, y ningun medio tiene el hombre de llegar á ella. Todo es ignorancia, incertidumbre, tinieblas. La verdadera filosofia consiste en no seguir ninguna, y la verdadera razon no debe contar con esta, sino opinar sobre todo, no admitir nada y no creer en nada. Tal es el ESCÉPTICISMO que, con aire tímido habia inaugurado Sócrates cuando profirió estas palabras: « Todo lo que sé es que nada sé: *Hoc scio me nihil scire*, » y que, de un modo mas desesperante, proclamó Ciceron en estos términos: « En presencia de la oscuridad tan profunda que á toda la naturaleza envuelve, en presencia de la discrepancia, de la discordia, de la contradiccion de la mayor parte de los hombres que sobre todo discurren y en nada pueden entenderse, me veo obligado á fijarme en este principio: que el hombre ninguna certidumbre puede atesorar, nada de cierto saber: *In tanta obscuritate naturæ, dissentionibus tantis summorum virorum, qui inter se tantopere discrepant, assentior ei sententiæ: Nihil percipi posse.* (Acad., II.)

Así pues el escépticismo, ó la duda universal, sistemática, absoluta, que justifica todas las extravagancias, todas las locuras del espíritu humano, y despoja á la recta razon, á la razon sana, de toda fuerza, de todo derecho, de toda esperanza; el ESCÉPTICISMO, manantial funesto de todos los errores.

(1) Véase en el *Ensayo*, Escépticismo de los antiguos, § 15, al fin de esta conferencia.

espantoso naufragio de todas las verdades, fue la última conclusión de la razón filosófica agonizante, agotada y exhausta, por tantos esfuerzos abortados para explicar el origen del mundo por sus propias luces, fuera de la creencia universal y las tradiciones (1).

Ahora bien, todas estas doctrinas que dedujo la razón filosófica de la negación del dogma de la creación, son á la verdad, chabacanas, groseras, contradictorias, mezquinas, absurdas, no menos que impías, horribles, espantosas, funestas; pero, lo repito, son al mismo tiempo lógicas, legítimas, necesarias, desde el mero hecho que se ignora ó se quiere ignorar que el mundo es la obra de Dios, y que esta obra ha salido de la nada.

Así como no se puede impedir que un gran río que rompe sus diques, salga de madre en direcciones opuestas, inundándolo y destruyéndolo todo; del mismo modo, desde que la razón humana se negó á admitir el dogma divino de la creación, no hay medio que pueda detener sus divagaciones en sentido contrario, ni impedirle precipitarse en los sistemas mas extravagantes, mas temerarios, mas absurdos, mas opuestos á la razón y á la conciencia universal, y cuyo resultado, si pudieran prevalecer, sería la destrucción entera de la conciencia y de la razón, y consiguientemente de toda ciencia, de toda religión, de toda moral, de toda ley, de todo orden, de toda sociedad.

Pero, ¿cuáles son las consecuencias prácticas, que, de tan importante discusión debemos sacar nosotros? Tal es el objeto de mi última parte.

TERCERA PARTE.

22. El Génesis, el primero de los libros inspirados con que se dignó Dios, en su misericordia, dotar y enriquecer nuestra pobre humanidad, empieza, como bien os consta, her-

(1) Véase en el *Ensayo*, Escepticismo de los antiguos, § 22.

manos mios, por estas graves y profundas palabras, cuya belleza y magnificencia procuraré daros á comprender mas adelante (1). « En el principio crió Dios el cielo y la tierra ; *In principio creavit Deus cœlum et terram.* »

¿ Pero, qué quiere decir ese dogma de la creacion, que abre la serie inefable de las revelaciones divinas, colocado al frente del tomo sagrado de la santa Escritura, como una antorcha en la extremidad de un gran camino para alumbrar al caminante ?

¿ Qué significa el símbolo cristiano, ese admirable resumen de toda verdad, al comenzar, lo mismo que el Génesis, por la confesion del dogma de un Dios Padre, todopoderoso, criador del cielo y de la tierra ; *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, creatorem cœli et terre?*

¿ Qué quiere decir igualmente la sagrada Escritura, al dirigir tan á menudo bendiciones á Dios como criador del cielo y la tierra ; *Benedictus Deus qui fecit cœlum in terram* (*Pas-sim*) ; y al implorar, en nombre de Dios criador del cielo y la tierra, bendiciones en los hombres ; *Benedicti vos a Domino, qui fecit cœlum et terram?* (Psalm. xv.) ¿ Qué quiere decir en fin la misma Iglesia, al no comenzar oracion alguna, ni implorar el auxilio, la proteccion, la gracia de Dios, sino invocándolo bajo el nombre de Dios criador del cielo y de la tierra ; *Adjutorium nostrum in nomine Domini, qui fecit cœlum et terram?* (Ps. cxxiii.)

Es que, como nos dice Tertuliano, la calidad de criador es el titulo mas propio, la calidad mas digna de Dios, como que da testimonio de su existencia, y resume todos sus atributos y perfecciones ; *Nulla conditio tam propria et tam Deo digna nisi creatoris* (*Contr. Hermogen.*) ; y que, por consiguiente, la fe y la confesion en Dios, como ser único y omnipotente, es la sola regla, la regla única é inmutable, la regla irreformable y universal, el fundamento de toda religion : *Regula fidei una omnino est sola immobilis et irreformabilis credendi scilicet in unum Deum omnipotentem.*

San Ireneo nos dice tambien : « La Iglesia ha recibido de los Apóstoles esa fe que empieza por la confesion de un Dios

(1) Este será el asunto de la conferencia décimasexta.

Padre todopoderoso : *Ecclesia ab apostolis eam fidem accepit quæ est in unum Deum, Patrem omnipotentem.* » Y el mismo Novaciano reconoce cuan alto é inmenso es el efecto de esta confesion cuando dice . « La regla constante de *toda verdad* es que creamos, antes que todo, en un Dios padre y señor, cuyo poder no tiene limites : *Regula exigit veritatis ut primo omnium credamus in Deum patrem et dominum omnipotentem.* »

En efecto, para comprender esa grande importancia que da la Iglesia, desde los primeros siglos á la fe y confesion del dogma de Dios criador, no teneis mas que acordaros de lo que acabais de oir. Recoged pues vuestros pensamientos, fijad vuestra imaginacion, y medid el inmenso camino que habeis visto recorrer esta noche á la razon filosófica antigua. Su punto de partida, fue la negacion del dogma de la creacion ; sus altos de algunos instantes, los sistemas mas insostenibles ; su curso, desbarros continuos en las sendas de todos los errores ; y, de consecuencia en consecuencia, de ruina en ruina, hundióse en el término de su viaje en el abismo del ESCEPTICISMO, en que la impelió, precipitó, anonadó y aniquiló la desesperacion.

¡ Cuán grande, cuán inmensa es la extension de esta verdad : que Dios solo es la causa primera y única de todo lo que es y puede ser ! Verdad en que estriba todo órden intelectual, moral, civil, religioso, político ; y, desde que se niega, todo se hunde y desploma, como un edificio al cual faltan los cimientos.

¡ Cuán grande, cuán inmensa es la fuerza de esta verdad, pues su negacion es la germinacion, el incremento de todos los errores, y la demolicion de todas las verdades ! Verdad tan fundamental, que, si fuese posible realizar todas las consecuencias que su negacion acarrea, si fuese posible que fuese desconocida por los hombres como fue rechazada por todos los filósofos puramente *racionalistas*, seria la destruccion de la humanidad !

¡ Oh ! ¡ Cuanta necesidad tiene el hombre de reconocer y creer que Dios solo ha criado el mundo de la nada, pues no puede abandonar esta creencia sin volverse loco, imaginándose ser cuerdo ; sin caer en la esclavitud, figurándose ser

libre ; sin degradarse creyendo ennoblecerse ; sin ponerse al nivel de los brutos, por mas que sueñe su orgullo igualar á Dios !

Podeis ahora calcular la estension de la desgracia de esos desventurados que, descarriados por una enseñanza filosófica anticristiana, no creen en el dogma de la creacion ; y al mismo tiempo medir la grandeza del crimen de esos maestros de impiedad, que se encarnizan en combatir y derribar este mismo dogma. Pero quisierais tambien conocer la causa secreta de esta horrible divagacion del espíritu humano. Voy á satisfaceros sin salir del Evangelio de hoy.

25. La conciencia, y aun mas la inteligencia, es la hija querida del hombre. Asi todo aquel, dice San Jerónimo, cuya conciencia dominan los vicios, y, con mayor razon, todo aquel cuya inteligencia está sujeta al error, tiene, como la madre del Evangelio, á su hija bajo la tiranía del demonio. *Si quis habet conscientiam vitii sorde pollutam, filiam habet a demonio vexatam. (In. Matth.)*

Para comprender esta doctrina, hay que no perder de vista que el *Evangelio* reconoce dos especies de invasion diabólica, una *corporal*, y otra *espiritual*. La invasion *corporal* es aquella de la cual pide hoy la Cananea á Jesucristo que libre á su hija única : *Filia mea male a demonio vexatur*. La invasion diabólica *espiritual* es la que indujo á Judas á entregar á su Divino Maestro : *Cum diabolus introisset in Judam ut traderet eum*, despues de haberlo inducido á negar la doctrina de la Eucaristia ; negacion que le valió, de parte del Salvador, el horrible apellido de *demonio* en cuerpo humano : *Unus ex vobis diabolus est. (Joan, vi.)*

La invasion corporal es la de los *poseidos* ó *endemoniados* ; la invasion espiritual es la de todos los malvados é impíos ; pues, como Dios, segun el Evangelio, habita por su gracia en toda alma justa ; de la misma manera, dice Santo Tomás, acude Satanás, por su malicia, á morar en todo espíritu perverso : *Dæmon inhabitat hominem peccantem, per effectum suæ malitiæ.*

La invasion corporal, muy frecuente en los países infieles, es muy rara en las comarcas cristianas, á causa del incremento de la gracia del cristianismo, que, al paso que santifica las almas, purifica igualmente los cuerpos y la carne

cristiana. Al contrario la invasion espiritual es muy comun en nuestros dias, aun en las regiones católicas, efecto del horrible acrecentamiento de todos los errores y vicios.

La invasion corporal es á menudo fingida en interes de vergonzosas pasiones; mas la invasion espiritual en las almas prostituidas al crimen y al error es siempre una realidad funesta.

La invasion corporal puede existir sin culpa del paciente, siendo una enfermedad como otra; mas la espiritual es siempre la consecuencia del pecado.

La invasion corporal, si atormenta horriblemente al cuerpo, deja al alma justa en la paz y en la gracia de Dios; la invasion corporal, sin alterar la salud del cuerpo, ejerce en el alma estragos profundos y lamentables ruinas.

Así como Dios, residiendo en el hombre justo, santifica todas sus potencias y eleva todos sus sentimientos; del mismo modo Satanás, cuando mora en el hombre perverso é impío, profana todas las potencias, corrompe todos los sentimientos, y acaba por volverlo un malvado ó un hombre endemoniado.

Así como segun San Pablo, las sublimes virtudes de los santos son los prodigios de la gracia de Dios que los posee: *Non ego sed gratia Dei mecum*; del mismo modo, segun el Evangelio, los crímenes de los malvados son fenómenos de la maldad de Satanás que en ellos domina: *Cum diabolus introisset in Judam, ut traderet eum*.

Pero, como la operacion de Dios en el alma del justo, no destruye, sino al contrario extiende y perfecciona la libertad del bien; del mismo modo la operacion satánica, en el alma depravada, ensancha y afianza la libertad del mal. Y en consecuencia, como la operacion de Dios en el hombre justo le deja por entero, juntamente con su libertad, el mérito de sus virtudes y el derecho al premio, y en esto consiste el incomprendible misterio de la gracia; del mismo modo la operacion del demonio, en el hombre del pecado, le deja sin menoscabo de su voluntad, la culpabilidad de sus vicios, y la necesidad del castigo; y en esto consiste el misterio no menos incomprendible del pecado.

Extraña tal vez os parecerá esta doctrina; y no obstante,

no hay ninguna mas verdadera. Así como es imposible explicar, por todo otro medio que la efusion extraordinaria del espíritu de Dios en el hombre, los prodigios de santidad que exceden á todas las fuerzas de la vida humana; del mismo modo es imposible demostrar, salvo por la efusion extraordinaria del espíritu de Satanás en el hombre, esos horrorosos prodigios del crimen que sobrepujan completamente las exigencias y las formas de la perversidad humana.

Así, no os engañéis hermanos míos, todos los grandes perseguidores de la Iglesia, todos los grandes heresiarcas, todos los grandes impostores, todos los grandes opresores de la humanidad, todos esos impíos del siglo pasado cuya contraseña, concerniente al cristianismo, era : « Aniquilad al infame y la supersticion ; » todos esos pretendidos filósofos de nuestro siglo que encubren en secreto la misma rabia infernal contra todo lo que es cristiano, y conspiran, por todos los medios, á realizar la misma palabra ; todos esos hombres profundamente inicuos cuyo libertinaje raya en la crueldad, cuya avaricia degenera en suicidio, cuya ambicion llega á la tiranía ; todos esos monstruos desálmados que parecen amar solo el crimen en el crimen, y cuya maldad alambicada y cinica excitan la estupefaccion y el horror ; sí, todas esas almas perversas, esas naturalezas horrorosas, cuya ojeriza sistemática, encarnizada, implacable contra la verdad, contra la virtud, contra Dios, contra Jesucristo, contra el hombre, contra la Iglesia, es un misterio inexplicable, no pudiendo explicarse por la furia y cebo de las pasiones humanas ; todos obedecen, sin notarlo, á las inspiraciones del genio del mal, de ese huésped infernal, de ese tirano obscuro, que, morando en su corazon, los gobierna, segun nos dice Jesucristo, como sus propios hijos, volviéndolos órganos de sus deseos, satélites de su dominacion, ministros de sus voluntades : *Vos ex patre diabolo estis, desideria ejus vultis perficere.* (Joan, viii.)

Ahora bien, á esta generacion infame, perversa y adúltera, pertenecen, de un modo especial, esos espíritus nebulosos que por medio de una ciencia tan grosera como la materia, tan trivial como su ignorancia, tan vacía como la nada, tan loca como el orgullo, no creyendo ellos mismos el dogma de la creacion, trabajan con un zelo satánico en destruirlo en el

espíritu del pueblo, de la juventud, de las mujeres. No, no, no es solamente la vanidad la que los empeña en este horrible apostolado, contra la verdad primera, fundamento de toda verdad, y en favor de un error, padre de todos los errores; sino el mismo Satanás el que los impele y los hace obrar, pues el espíritu de Satanás es el que forma los maestros y propagadores de errores; del mismo modo que el espíritu de Cristo es el que forma los apóstoles y mártires de la verdad.

24. ¿Pero carece acaso de remedio la invasion espiritual de esos infelices endemoniados? ¿Hay por ventura que desesperar completamente de su cura? No, no; el ejemplo de la Cananea, que logra, por la humildad y constancia de su oracion, el ver libre á su hija de la obsesion diabólica del cuerpo, ahí está para dar testimonio que esos desventurados tambien pueden alcanzar, por los mismos medios, su propio libramiento de la obsesion diabólica del alma. Mas no se lisonjeen de recibir instantáneamente esta gracia; pues Dios, que es tan indulgente para con las víctimas desventuradas del error, es en extremo severo para los inventores de sus propios males. Pero, á fuerza de insistir, acabarán por obtener lo que imploran, pues nada será negado al espíritu que se humilla, al corazón que suplica, y todo lo consigue la oracion, de todo triunfa la humildad.

Pero, para que abran por fin los ojos esos infelices endemoniados sobre la gravedad y horrible condicion de su dolencia, el peligro de su situación, la miseria de su condicion; prestémosles nuestro auxilio orando por ellos, en tanto que no se deciden á orar por sí mismos. Nosotros á quienes cabe la dicha inmensa de conocer, de profesar la fe en el dogma de la creacion, y en todos los dogmas que de él emanan, no debemos contentarnos con atesorarlo cuidadosamente en nuestro corazón, y ponerlo al abrigo de todos los ataques de parte de los emisarios de la impiedad; sino al mismo tiempo, procurar alcanzarlo y afianzarlo por la oracion en nuestros hermanos que lo han perdido. Unámonos á la Iglesia, penetrémosnos de los sentimientos de solicitud y amor de esta santa madre que ora por sus hijos; oremos tambien nosotros por nuestros hermanos dominados por el espíritu del error; *Filia mea male à daemónio vexatur.* ¡Dichosos si nuestras oraciones, sosteni-

das por nuestros ejemplos, alcanzan para nuestros hermanos descarriados la gracia de la fe! Contribuyendo así á su felicidad futura, aseguraremos igualmente la nuestra en el tiempo y la eternidad. Amen.

Nota B (Pag. 375.)

En el principio de nuestras Conferencias, hemos insertado (pág. 84), un largo extracto de *Teología dogmática* del docto cardinal Gousset, que prueba la creencia de los pueblos en la unidad de Dios, aun despues de haber caido en la idolatría. Ahora vamos á poner á la vista de nuestros lectores otros fragmentos de la misma obra, en favor de la existencia de la *revelacion primitiva*, origen de todas las verdades religiosas que, desde el origen del mundo, han cundido entre los hombres, sin llegar nunca á borrarse completamente de la memoria humana.

« Entiéndese por revelacion primitiva, dice el docto Arzobispo, la que recibieron los patriarcas, y especialmente nuestros primeros padres. Y esta revelacion no puede ser objeto de duda. » Siguen las pruebas sacadas de la Escritura sagrada, especialmente del magnífico pasaje del capítulo xviii del *Eclesiástico*, que hemos reproducido y comentado en nuestra primera Conferencia, § 4 (pág. 83 y sig.); y mas adelante continua el gran teólogo: « Podriamos ir mas lejos, y seguir la historia de los patriarcas que recibieron, de distancia en distancia, hasta Moisés, las comunicaciones del omnipotente; pero basta lo dicho para probar la existencia de las revelaciones divinas anteriores al legislador de los Hebreos.

« Se puede probar además la revelacion primitiva por la imposibilidad en que se hubiera hallado el espíritu humano entregado á si mismo, de llegar á conocer, no diremos las *verdades de un orden sobrenatural*, sino tan solo los dogmas de la religion llamada *natural*. En efecto, ¿de qué conocimientos, de qué raciocinio, podia ser capaz el hombre al nacer, aislado, sin educacion, sin instruccion, sin experiencia? Es constante que ni los sordos-mudos de nacimiento, que no recibieron una educacion particular que supla á la palabra; ni los salvajes que, abandonados desde su mas tierna infancia, crecieron lejos del trato de los hombres, tienen idea alguna, la menor nocion distinta en materia de la religion; efecto de que carecen de todo trato con la sociedad, que es depositaria de las *verdades tradicionales, religiosas y morales*. ¿Cómo hubiera podido Adán, solo en el mundo, si no hubiere tenido comunicacion alguna con el Criador, conocer su origen, su naturaleza, su último fin? ¿Cómo hubiera podido llegar á saber que fue formado á la imagen de Dios? ¿Cómo le hubiera podido constar que criado fue para conocer á Dios, amarle, servirle, y merecer poseerlo eternamente? Y si á ello no bastaba él mismo, con mas sobrada razon no hubiera podido llegar á aprender de sus hijos tan imponentes verdades, no hallándose aquellos, como es natural, en estado de instruir á su padre. Lo que sus descendientes llegaron á saber en lo tocante á verdades religiosas, emanaba de los padres de familia, ó del mismo Dios cuando se revelaba á los patriarcas.

« ¿Diráse acaso que Dios, al criarlo, dotó á nuestro primer padre de la capacidad de un hombre maduro, de toda la habilidad de un filósofo consu-

mado? ¿Pero, por ventura, dejaria de ser *sobrenatural* esta manera de instruir al hombre? ¿No equivaldria acaso á una revelacion de viva voz?

« Por otra parte, si, á pesar de los libros sagrados, cuya enseñaanza ha pasado á la sociedad, no han podido ponerse de acuerdo los filósofos ni sobre la naturaleza de Dios, ni sobre los deberes del hombre, ni sobre la estension de nuestros obligaciones para con el Criador; si se han precipitado en los errores á la vez mas groseros y contradictorios relativamente á los principales puntos de la religion y moral, ¿cómo se podrá suponer que, en la primera edad del mundo, hayan sido capaces los hombres de formarse una religion tan sabia, tan pura, que la que se les atribuye por los libros de Moisés? Si, tan solo por las *solas luces de la razon*, pudieron nuestros primeros padres redactar el código mas perfecto que la antigüedad nos ofrece, ¿cómo pudo llegar á suceder que mientras mas se alejaron del origen de las cosas, mas llegó á alterarse la religion, aun la natural, en casi todos los pueblos de la tierra, á medida cabalmente que tomaba incremento la razon por la experiencia, la observacion y el fomento de las artes?

« El culto del verdadero Dios precedió á la idolatría y á la supersticion en la tierra .. Mas las verdades de la religion, esto es, las verdades que se hallan menos al alcance del hombre, aparecen desde luego en el horizonte del espíritu humano, y se ofrecen en la cuna de todos los pueblos antiguos, cuando apenas eran conocidas las cosas mas necesarias á la vida: prueba manifiesta que estas verdades fueron primitivamente reveladas al hombre, pues, si hubiesen sido efecto de sus indagaciones y descubrimientos, léjos de flaquear con el tiempo, hubieran naturalmente tomado incremento con el progreso de las ciencias humanas.

« No hay término medio: ó hay forzosamente que reconocer que la religion fue primitivamente revelada á nuestros primeros padres, ó que estos vivieron completamente desprovistos de todo sentimiento religioso; ó que la religion de los patriarcas, no fue mas que una idolatría estúpida, el paganismo mas grosero, como lo pretenden, ciertos racionalistas de nuestros dias. Mas estas últimas hipótesis son tan absurdas como contrarias á la historia. »

Ya hemos hecho justicia de semejantes hipótesis en nuestra Conferencia primera, §§ 5 y 6 (págs. 26-35), en la cual hemos combatido la teoria degradante de ambas escuelas estoica y epicúrea, atestiguada por Ciceron y Horacio, escuelas que establecian que el estado salvaje fue el *estado primitivo y original del hombre*; tambien hemos refutado esta teoria de los antiguos filósofos por los propios testimonios que tributan, en tanto como teólogos y de acuerdo con los poetas, á la creencia antigua, constante, universal, de un *Dios solo y único criador y señor del mundo; del origen divino del hombre, y de la ley natural*. Pero, volvamos á oír al sabio cardenal, que, despues de citar el pasaje de una obra excelente, que va á continuacion, continua en estos términos.

« ¿Cómo es posible admitir que, al criarla, pudo Dios condenar á la humanidad á quedar estancada, durante siglos enteros, en una ignorancia invencible de las verdades mas esenciales? Solo el hombre, en este mundo, ha recibido las facultades necesarias para amar y servir á su Criador, ¿y no hubiera sido formado su ojo desde un principio para ver, y su corazon para no amar á aquel que es la verdad y la vida? ¿Fuéronle dadas para vivir en las tinieblas esas alas anchurosas que pueden elevarlo sobre las cosas percederas, y esa mirada de águila que busca en el fondo de los ciclos al sol divino? ... ¿Cómo hubiera podido el hombre inocente, el hombre al salir de las manos de esa misma Providencia (que *estiendo en todas las criaturas sus maternales cuidados*), ser el solo abandonado por esa misma Providencia? No ha recibido la criatura humana, no ha sido su patri-

monio esos maravillosos instintos que espontáneamente se desarrollan, como los del castor ó la abeja, para conducirla de un modo infalible al cumplimiento perfecto de su destino. Perfectible es el hombre, pero con la condicion de ser enseñado, y, sin el socorro de una buena educacion religiosa, estériles yacarán sus mas sublimes facultades, atrofiándose por los mas torpes desvíos. ¿Y hubiérale faltado un auxilio semejante cabalmente en el momento mas urgente? Condenado en masa, ¿hubiera vivido millares de años el género humano sumido en los mas hediondos errores, en las mas viles supersticiones? ¿Cómo puede ser verosímil semejante aserto? ¿Quién podrá suponerlo *à priori* si tiene fe en un Dios bueno y sabio? Nadie evidentemente. Solo los ateos y panteistas pueden admitir semejante idea. Pero que acojan hipótesis como las del estado de la naturaleza, y de la idolatría primitiva, personas que creen con sinceridad en la sabiduría y bondad de la Providencia, es cosa que no acierto á comprender. » (De Valroger, *Estudios criticos sobre el racionalismo contemporáneo*, lib. II, sec. II, cap. IV, § 5.)

« Estas mismas hipótesis, añade el cardenal Goussset, son, por otra parte, contrarias á la historia, al testimonio de los monumentos mas auténticos.

« En efecto, tenemos una prueba de la *revelacion primitiva*, en la creencia de todos los pueblos; todos, en efecto, la han reconocido en principio, admitiendo, como procedentes de Dios, las principales verdades de la religion, aun las que son de un orden natural. Una creencia general y constante, cuyo origen solo se puede asignar remontando al origen de las cosas, forma necesariamente parte de la religion de los patriarcas. Los dogmas que fueron siempre objeto de la creencia de los pueblos son: la existencia de un Dios, de un ser eterno, único, autor de todas las cosas; la divina Providencia y el culto de Dios; la distincion de los ángeles buenos y los ángeles malos; la caida del primer hombre, seguida de la desgracia del género humano; la esperanza de un libertador, y la existencia en una vida futura. Estos dogmas, es verdad, fueron alterados por los errores y supersticiones de la idolatría, en términos que, sin las tradiciones consignadas en los libros santos, seria imposible desentrañar las tradiciones de los pueblos paganos del farrago de supersticiones, y formar un cuerpo de doctrina. Pero, si tomamos por guías los autores sagrados, podemos seguir las trazas de la enseñanza primitiva desparramada, por la dispersion de los hombres, en las diferentes partes del mundo. » (*Teologia dogmática*, por Su Emin. el cardenal Goussset; tom. I, 5ª parte, cap. I.)

Estas consideraciones, que apenas se encuentran indicadas, son sin embargo de un efecto y fuerza increíbles para probar la existencia de la revelacion primitiva; y seria suficiente extenderlas y desarrollarlas en el mismo orden para hacer una obra irrefutable contra los materialistas ateos ó panteistas. La *Teologia* del cardenal Goussset tiene por atributos especiales el ser una obra sustancial, sólida, en la cual cada capítulo presta amplia materia para un trabajo importante; y tal es el sello que llevan los escritos de los varones verdaderamente doctos, que solo toman la pluma cuando poseen completamente la ciencia que profesan; de esos varones que bebieron en el manantial mismo, en el manantial puro y abundante; de esos varones, que tienen el *espíritu lleno de discursos*, esto es, de verdades.

ENSAYO

SOBRE LA FILOSOFIA ANTIGUA

EN SUS RELACIONES

CON EL DOGMA DE LA CREACION.

INTRODUCCION.

§ 1. Objeto y division de este escrito.

Bien consta que, entre los antiguos, la filosofía se dividía en tres partes : la física, la moral y la dialéctica, y que la física, en particular, abrazaba las grandes cuestiones sobre Dios, el alma, y el origen del mundo.

Ahora bien, con la historia de la filosofía en la mano hemos demostrado, en nuestra primera Conferencia sobre la creación, que la ignorancia ó negación de este gran dogma arrastró los antiguos filósofos á los sistemas mas extravagantes, á las sandeces mas chocantes á los mas deplorables errores; que la filosofía antigua, observada de cerca, no era en el fondo mas que ATEISMO y MATERIALISMO con respecto á la física, EPICUREISMO en lo tocante á la moral, y ESCEPTICISMO relativamente á la dialéctica; y que la mayor parte de los sabios que nos han dejado páginas tan lindas sobre Dios, el alma y los deberes, no eran en sustancia mas que ateos, mas ó menos disfrazados; verdaderos epicúreos, escépticos en el fondo.

Esta conclusion, por mas evidente que sea para aquellos que no fijándose en la letra penetran en el espíritu de esta filosofía, es sin embargo demasiado grave para ser admitida sin pruebas posteriores.

Tales son las pruebas que vamos á poner á la vista de nuestros lectores en este corto trabajo sobre la *antigua filosofía en sus relaciones con el dogma de la creación*, que en este sitio colocamos con el objeto de dar á entender mejor la gran tesis que hemos establecido en la Conferencia que precede, y que será aun desarrollada en las ulteriores.

Dividiremos este corto ensayo en tres partes : en la primera trataremos del ateísmo; en la segunda del epicureísmo; y en la tercera del escepticismo de los filósofos.

Bien se echa de ver que todo esto no es mas que un bosquejo, la muestra de una obra que seria fácil hacer sobre este punto; pero bastará para que se convenza el lector de que, de la ignorancia ó negación del dogma de la creación siguen como consecuencias lógicas, necesarias é inevitables, el ateísmo, el epicureísmo y el escepticismo.

§ II. Autoridad de Ciceron en materia de filosofía. Pretension inadmisibile de los naturalistas modernos de conocer mejor que Ciceron á los filósofos antiguos, y resultados de sus investigaciones filosóficas. La movilidad del espíritu de los antiguos filósofos, causa única de la diversidad de los fallos de los autores sobre sus opiniones. Miseria de la filosofía alemana. Genio filosófico de los pueblos del norte y del mediodía.

Antes de entrar en materia, conviene que haga una observacion relativa á Ciceron, sobre cuyo testimonio me he apoyado principalmente y continuaré apoyándome en lo concerniente á la antigua filosofía.

En mi primera Conferencia, §§ 15 y 19 (págs. 57 y 79), por consideraciones cuyo efecto no me parecia fácil atenuar, habia establecido la competencia del filósofo romano y la exactitud de sus juicios en lo tocante á los sistemas de la antigua filosofía. Pero estas consideraciones — que por otra parte no me ha sido posible explicar circunstanciadamente, — no han logrado la aprobacion de algunos ingenios difíceles, los cuales se obstinan en afirmar que no siendo Ciceron un pensador tan profundo como ameno escritor, no hay que fiarse en su manera de juzgar algunos de los sabios de la antigüedad; y que hago yo mal en apoyarme en su testimonio en lo tocante á las doctrinas de las escuelas antiguas.

Los racionalistas modernos, particularmente los de la escuela alemana, tienen la pretension de que, á consecuencia de sus profundos estudios, é investigaciones inmensas sobre los documentos que nos quedan de la filosofía antigua, aumentadas por descubrimientos recientes, conocen mejor esta filosofía en su conjunto que los antiguos, y que el mismo Ciceron.

No es mi intento examinar hasta qué punto puede ser admisible semejante opinion. No examinaré si es posible creer que los modernos, nacidos dos mil años despues de Ciceron, poseyendo apenas algunos retazos de ciertos libros de los filósofos antiguos, y pudiendo tan solo conocer sus doctrinas por citaciones incompletas, por textos esparcidos aquí y acullá, pueden comprender mejor estas mismas doctrinas que en el tiempo mismo de Ciceron, cuando constaban los libros de los antiguos en toda su integridad, y eran estudiadas sus doctrinas desde la infancia, en los lugares mismos en que fueron promulgados, esto es en la misma Grecia, en que la tradicion de los antiguos sistemas, vivian aun en las diferentes escuelas, y agitaban aun la sociedad. No quiero discutir si es posible que los modernos comprendan á Platon, por ejemplo, mejor que Ciceron que poseia la lengua griega no menos que la romana, y que, como él mismo nos lo asegura, habia pasado toda su vida en la compañía de Platon: *Cum eo vitam duxisse videor*; tanto habia leído, estudiado, profundizado las doctrinas de este filósofo, que se habia asimilado y trasformado en segunda naturaleza.

Lo que parece estar fuera de duda, es que las apreciaciones ciceronianas de los antiguos sistemas, son, salvo algunas ligeras excepciones, que atañen á cosas de poca monta, conformes á las que nos han dejado Aristóteles, Laercio, Plutarco, los antiguos Padres de la Iglesia, y muchos otros autores que precedieron ó siguieron de corto intervalo la época de Ciceron.

Pudiera añadir igualmente que estas apreciaciones del filósofo romano han sido últimamente confirmadas por el cotejo entre sí y pretendidos descubrimientos de los mismos racionalistas modernos. Es verdad que Ciceron no distinguió con toda precision el panteísmo *idealista* del panteísmo *materialista* de ciertos filósofos, los cuales formaban dos sistemas y dos grandes escuelas diferentes, tanto entre los griegos como entre los Indios Orientales; pero, como en el panteísmo *materialista*, Dios no pasaba de una palabra, y, como este sistema no venia á ser en sustancia mas que puro materialismo, esto es, al ateísmo de las escuelas de Democrito, Leucipo y Epi-

curo, Ciceron pensó que no valia pena de distinguirlo; y con tanto mas motivo, cuanto que el panteismo idealista de los antiguos, así como el de nuestros tiempos, no pasaba de un ateismo disfrazado, perdiendo en consecuencia toda importancia como sistema á parte; y tal vez por este motivo no insiste mucho en este punto la sensatez de Ciceron, que lisa y llanamente, ó poco se falta, coloca á sus partidarios entre los ateos.

En el fondo, ¿cuál es el resultado de los trabajos de los modernos sobre la filosofía antigua? Basta consultar los cursos del señor Cousin, en que los trabajos filosóficos de las escuelas inglesa y alemana se hallan resumidos con admirable claridad. Segun el filósofo citado, estos trabajos no han hecho mas que reproducir las cuatro períodos ó fases que, en la India Oriental, en la China, en la Persia, en Egipto, en Grecia, en Roma, siguió constantemente la filosofía antigua. Su primer paso fue separarse del dogma religioso y querer proceder por sí misma: mas adelante se dividió y subdividió en una infinidad de sectas y sistemas que batallaban entre sí, se establecian unas sobre las ruinas de otras, sin llegar á conseguir establecer la menor verdad, la menor certidumbre, sin poder entenderse en cosa alguna. En su tercer período, desalentada y encervada por sus encarnizadas guerras intestinas, la filosofía se refugió en el ateismo y escepticismo; pero esto es la nada, y la razon humana necesita fijarse á algo: tal fue la razon que indujo á la filosofía, en su cuarto período, á inventar una especie de panteismo místico, con que apuntaló la idolatria: tal fue su postrer descubrimiento, su última doctrina. Ahora bien, los trabajos de Ciceron sobre la filosofía antigua, cabalmente acusan las mismas fases por lo concerniente á la filosofía, cuyos resultados formuló el orador romano casi en los mismos términos que los modernos. ¿Cómo se hubiera equivocado engañado en sus juicios sobre la filosofía y los filósofos?

Mas de una vez, al apreciar á su manera ciertas doctrinas, Ciceron parece hallarse en contradiccion con otros escritores de la antigüedad y consigo mismo; pero este efecto debe únicamente atribuirse á la inconstancia proverbial de los antiguos filósofos en las opiniones que profesaban. ¿Acaso no observa ingeniosamente el mismo Ciceron, que se puede hacer una obra entera sobre la movilidad de Platon y la ligereza de Aristóteles? *De Platonis inconstantia longum esset dicere. Aristoteles multa turbat.* El mismo nos ha dado un resumen sobre las variaciones de las sectas filosóficas antiguas, como se puede ver (pág. 62 á 64). Tal como los protestantes de nuestros dias, é impelidos por la misma fuerza, no poseyendo, ni habiendo podido llegar á formular un sistema uniforme y único, un sistema de doctrinas que hubieran podido seguir toda la vida, cambiaban á cada instante de opinion los antiguos filósofos, en las mas graves cuestiones. A menudo vemos en sus escritos la afirmacion y la negacion, la apologia y la censura de la misma doctrina. De ahí proviene la imposibilidad de ponerlos de acuerdo cada uno consigo mismo, y de ahí la diversidad de los juicios pronunciados por diferentes autores sobre sus sistemas y personas; mas esta diversidad de juicios se explica por los escritos y acciones de estos mismos filósofos en épocas diferentes; y todos estos fallos, por mas contradictorios que parezcan, son todos igualmente exactos.

Por último, lleno de estimacion por la noble y generosa nacion alemana, no deliro por sus filósofos, salvo Leibnitz. ¿Qué han conseguido con tan afanosas investigaciones, con tan inmensos trabajos? Tan solo el demoler las pocas verdades cristianas, verdades primitivas, tradicionales, que habian dejado intactas tres siglos de protestantismo. Léos de haber descubierto una verdad nueva, ni siquiera han inventado un nuevo error. Los filósofos modernos alemanes se han tenido á desenterrar el dualismo, el panteismo, el ateismo, el materialismo, el escepticismo de la antigüedad, y presentarlos

con vestidos nuevos que no valen los antiguos. Al leer sus escritos, se cree leer los de los filósofos paganos, salvo la franqueza, la claridad y el estilo de estos últimos.

La filosofía alemana, si se examina con atención, no es mas que el esfuerzo de ánimos dolientes de la enfermedad del orgullo, para hacer aceptar palabras sin significacion, ideas sin realidad, doctrinas sin importancia, cuando no funestas; y este esfuerzo tiene y debió tener buena acogida en un pueblo en el cual la parte especulativa puede mas que la parte práctica, lo ideal mas que lo real, lo abstracto mas que lo concreto. Confundiendo lo oscuro con lo profundo, lo ininteligible con lo verdadero, el pueblo alemán acepta y admira como filosofía tan solo lo que no comprende, y en su concepto únicamente son filósofos los que no se dan á comprender, ni se comprenden ellos mismos. Tal es el origen de esa gerigonza incomprensible para todo el mundo, incluso los que la emplean, gerigonza que constituye la base de la filosofía alemana. Los libros de los filósofos alemanes continuamente tratan del *yó*, de la *razon pura*, de la *razon reflexa*, de la *razon trascendente*, del *subjetivo*, del *objetivo*, del *absoluto*, de lo *finito*, del *infinito*, del *indefinido*, y de tantas otras palabras tomadas en sentido contrario, y con tan detestable abuso. Pero, despójese esas doctrinas huecas, esas ficciones de imaginaciones calenturientas, mas que de inteligencias ciegas, de todo esa gerga tan insoportable al gusto como tenebrosa á la razón; traduzcase en lenguaje inteligible ese idioma embrollado; ¿qué resultará en sustancia? Nada original, salvo la osadía de la paradoja y el valor de lo absurdo; pero, eso sí, todas las vulgaridades chabacanas, todas las sandeces groseras, todas las contradicciones, todos los debarros de la filosofía antigua, como, en el fondo de un vaso de vinagre, solo insectos rastreros.

La índole meridional comprendió siempre de un modo muy diverso la filosofía. Lo que busca ansiosa en todo escrito filosófico, es la forma positiva del pensamiento, la claridad de estilo, y la elegancia si es posible. A estas calidades debieron su brillante acogida y nombradía universal, Platon y Ciceron entre los antiguos, y Malebranche entre los modernos. Pero la claridad y elegancia de Ciceron en nada obstan á que sea, despues de Platon y Aristóteles, el mayor de los metafísicos antiguos; como, á pesar de sus errores, lo es Malebranche entre los modernos, incluso Vico, Leibnitz y Descartes.

Así no hay razon para desconfiarse de las apreciaciones de la filosofía y filósofos antiguos por Ciceron, cuya gracia y elegancia peculiar en la exposicion de los sistemas, no excluye el que los haya profundizado; al paso que, en sus discusiones filosóficas, nos ha representado fielmente el espíritu, la naturaleza, la marcha, los resultados de la filosofía antigua.

Una vez establecido esto, veamos en Ciceron, y por Ciceron, cual fue la verdadera lógica y la verdadera moral de esta misma filosofía, y las consecuencias resultantes en favor del dogma de la creacion.

PRIMERA PARTE.

ATEISMO DE LOS ANTIGUOS.

§ III. Ateísmo de Cicerón.

En nuestra Conferencia primera, §§ 12 y 15 (pág. 54 y 67); y en la décima, § 16 (pág. 397-405), hemos producido los diferentes artículos de fe de la escuela atomista y epicúrea, relativamente á la primera y mas importante de todas las verdades, la existencia de Dios; y, segun su manera de expresarse en este grave asunto, en la cual lo absurdo del pensar, se halla en armonía perfecta con la intrepidez sacrílega de una impiedad fría y cínica, resulta evidentemente la convicción de que estos filósofos eran ateos verdaderos. Así no se trata de esa escuela, cuyo ateísmo nadie pone en duda, sino de reducir á su justo valor las opiniones, acerca de Dios, de otras escuelas y otros filósofos que pasan, en el concepto de muchas personas, por TEÍSTAS, mientras que, en el fondo, son verdaderos ateos. A este número pertenecía Cicerón. Excepto Platon, ninguno, entre los antiguos, habló mejor de Dios, y, no obstante, ninguno tal vez tuvo menos fe en Dios que Cicerón. Este hecho deplorable del ateísmo del filósofo romano, ya lo hemos demostrado, por sus propias declaraciones, en nuestra primera Conferencia, §§ 16 y 17 (pág. 70 y 74); pero este mismo hecho resulta de un modo aun mas notable de otros pasajes de sus escritos que vamos á citar.

En sus libros sobre la *Naturaleza de los Dioses*, parece aplicarse Cicerón, con un empeño particular, á pulverizar el dogma de la existencia de Dios; pues obsérvasa que, en sus diálogos, *Veleyo*, el epicúreo, que niega completamente la existencia de los dioses, es el personaje en cuya boca pone Cicerón mas fuerza de raciocinio, mas erudicion y elocuencia, que á los demás interlocutores; personaje que á menudo interviene, y con largos discursos, y á quien presta Cicerón una gracia especial. Este proceder, que salta á los ojos de todo lector que recapacita, bastaria, sin otra prueba, á dar á conocer el pensar impío, si bien secreto del filósofo romano; y su intencion latente se vuelve mas explícita, cuando vemos quedar perfectamente de acuerdo *Veleyo* el ateo y el sabio y juicioso *Cotta*, de la misma secta académica á que pertenecía Cicerón, el cual tambien sostiene que nada de cierto se puede saber sobre Dios; y en cuanto al mismo Cicerón, solo habia notado una sombra de verdad en la sentencia de *Balbo*, que probaba la existencia de Dios: *Hac cum essent dicta ita discessimus ut Vellejo Cotta disputatio venior, mihi Balbi ad veritatis similitudinem videretur esse propensior.* Hay que convenir que nunca hubo un trabajo mas artificioso y páfidamente entretreído para establecer el ateísmo. Cicerón era el d'Alembert de los tiempos antiguos, al dejarse vencer por los incrédulos en las disputas públicas en que aparentaba defender la religion.

Pero, en sus libros académicos, Cicerón procede con menos disfraz, habla de un modo mas explícito, y, lo que es mas, habla en su propio nombre. ¿Qué recurso queda para poner en duda que todo lo que dice sobre Dios, es su opinion propia, su opinion determinada en tan grave asunto? Digamos sus propias palabras:

« ¿Qué quieres que te diga, querido *Lúculo*? Todo lo que concierne á Dios y al origen del mundo, se halla profundamente oculto y rodeado de tan

espesas tinieblas, que ni el espíritu mas penetrante, ni la mas luminosa inteligencia aciertan averiguar tales arcanos. Para comprender semejantes cosas, sería preciso subir al cielo, y bajar despues á lo mas profundo de la tierra, lo que no es posible al hombre: *Latent ista omnia, Luculle, crassim occultata et circumfusa tenebris, ut nulla acies humani ingenii tanta sit, qua penetrare in caelum, terramque intrare possit.*

« Bien sabes que Zenon se complacia en acribillar con sus maldiciones, injurias y sarcasmos, no solamente á Apolodoro, Sila y demás filósofos contemporáneos, sino el mismo Sócrates, padre de la filosofía, que llamaba, empleando una palabra latina: EL BUFON DE LA GRECIA. En cuanto á Crisipo le había aplicado el apodo de *Chésipo* para ridiculizarlo. Tú mismo, hace un instante, pasabas en revista los sistemas filosóficos que forman como el senado de filósofos, y reconocistes que estos grandes varones fueron *insensatos, locos, victimas de un delirio continuo*. Luego, si segun tu propio dictámen, ninguno de esos insignes ingenios llegó á conocer cosa alguna acerca de la naturaleza de los dioses, ¿no es natural admitir que los dioses CAREGEN ABSOLUTAMENTE DE TODA EXISTENCIA? » *Zeno quidem non eos solum, qui tum erant, Apollodorum, Syllam, ceteros fagebat maledictis; sed Socratem ipsum, parentem philosophiæ, latino verbo utens « Scurram Atticum » fuisse dicebat. Chrysippum numquam nisi Chesippum vocabat. Tu ipse paullo ante, cum tamquam senatum philosophorum recitares, summos viros desipere, delirare, dementes esse dicebas. Quorum si nemo verum videt de natura deorum, verendum est, ne ulla sit omnino.*

Por otra parte el mismo pensamiento había puesto en boca del sabio Cotta, el académico: « Para alejar de mí, le hace decir, toda acusacion odiosa, voy á reproducir las opiniones de los filósofos sobre la naturaleza de los dioses; á este espectáculo debieran asistir todos los que creen poder decidir cual es la verdadera entre esas mismas opiniones; y si me prueban que estos filósofos estan de acuerdo, ó que uno solo entre ellos haya descubierto la verdad en materia tan importante, no titubearé en condenar á la Academia, y llamarla como vosotros mismos queréis, insolente y absurda: *Sed jam, ut omni me invidia liberem, ponam in medio sententias philosophorum de natura deorum. Quo quidem loco convocandi omnes videntur, qui, qua sit eorum vera, judicent. Tum demum mihi proca Academia videbitur, si aut consenserint omnes, aut erit inventus aliquis, qui, quid verum sit, invenerit.*

Al volver á hablar de los libros académicos, Ciceron insiste con fuerza en la variedad, ineptia y absurdidad de las opiniones de los filósofos sobre Dios, y en lo imposible que es á la razon el llegar á la certidumbre y uniformidad de creencias por sí sola. Despues de haber recordado las opiniones extravagantes y contradictorias de Thales, Anaximandro, Anaxágoras, Jenófanes, Parménides, Empédocles, Heráclito y Meliso, sobre el origen de las cosas (véase Conferencia primera, § 12), añade lo siguiente hablando con Lúculo, que sostenia el sistema de Zenon sobre el poder de la razon, para establecer el dogma (*decretum*) de la existencia de Dios y la formacion del mundo. Opina Platon que el mundo fue criado por Dios desde toda eternidad, de un modo preexistente, conteniendo todo en sí mismo. Los pitagóricos afirman que todo procede de los números y de los principios matemáticos. — *Plato ex materia in se omnia recipiente mundum esse factum censet à Deo sempiternum. Pythagorici, ex numeris et mathematicarum initiis profisci volunt omnia.*

Entre tantas autoridades diferentes, creo que vuestro sabio, no pudiendo seguir las todas, se fijaría en una sola. Luego ya tenemos que el sabio, al escoger por guia y maestro uno solo entre tantos grandes hombres, rechaza y condena sin ningun derecho á los demás. — *Ex his eliget vester sapiens unum aliquem credo quem sequatur, cæteri tot ac tanti repudiati ab eo damnantique discedent,*

« Imaginémosnos que, apoyado en la autoridad de Zenon, llega á persuadirse este sabio que el sol, la luna y todas las estrellas son otros tantos dioses. Concedámosle que sea esta opinion la verdadera; solamente yo niego que pueda llegar jamás á comprender y asegurarse que lo sea; pues, apenas habrá terminado su penoso aprendizaje nuestro estoico, cuando héteme aquí que acude Aristoteles probándole con todo el aureo peso de su elocuencia que es loco. — *Erit persuasum etiam solem, lunam, stellas omnes deos esse... Sint ista vera; comprehendi ea tamen et percipi nego. Cum enim stoicus iste tuus syllabatim ita didicerit, veniet flumen orationis auræum fundens Aristoteles, qui eum desipere dicat.*

« Tu sostienes, añádese con un tono sacrilégamente irónico, que nada es posible sin Dios; pero Estraton de Lampsaco te se pone de por medio, y afirma que es necesario evitar á Dios una faena tan abrumadora como la de hacer el mundo; pues si los mismos sacerdotes de los dioses disfrutan de vacaciones, ¿porqué no los mismos dioses? Y, partiendo de este principio, prueba Estraton que no hay necesidad de Dios para explicar la construccion del mundo, el cual muy bien se explica admitiendo que todo lo que existe ha sido producido por la naturaleza. No quiere decir esto tampoco que todo haya sido formado por átomos ásperos, lisos, ó retorcidos á manera de ganchos, hipótesis que con justicia condena Estraton llamándola *un sueño de Democrito*; mientras que, en el concepto del mismo Estraton, todo lo que es y sucede, es efecto de los movimientos diversos y pesos equilibrados de la naturaleza. De esa manera, ese buen hombre, al paso que libra á Dios de todo trabajo en la formacion y conservacion del mundo, me libra á mí mismo de todo temor de Dios; pues, en tanto que cree, que de él se cuida Dios, no puede menos el hombre de temblar noche y dia, y tener horror de Dios; y si algun acontecimiento siniestro le acaece, le es igualmente imposible no dejar de creer que es castigo de sus culpas. Es verdad que, ni á tal parecer ni al de Estraton adhiero; y solo afirmo que ora me parece probable la opinion de Platon; ora la tuya; y de ahí no salgo: « *Negas sine Deo posse quidquam. Ecce tibi e transverso Lampsacenus Strato qui dat isti Deo immunitatem. Cum sacerdotes deorum vacationem habeant, quanto est æquius habere illos deos? Negat se opera deorum uti ad fabricandum mundum; quæcumque sint, omnia docet esse effecta natura. Nec ut ille qui asperis et levibus et hamatis concinnatisque corporibus concreta hæc esse dicat: somnia censet hæc esse Democriti. Ipse quidquid aut sit aut fiat naturalibus fieri aut factum esse docet et ponderibus et motibus: sic ille et Deum opere magno liberat, et me timore. Quis enim potest, cum existimet a Deo se curari, nonne et dies et noctes divinum nomen horrere? Et si quid adversi acciderit, extimescere ne id jure evenerit. Nec Stratonis tamen assentior, nec vero tibi. Modo hoc, modo illud probabilius videtur.*

En cuanto á la opinion de Ciceron sobre el origen del mundo, Lactancio observa que el filósofo romano se obstinaba en negar que fuese la obra de Dios, y si no retaba á los filósofos á que le dijese como habia procedido Dios para formarlos, era porque sabia que, fuera de la revelacion, ninguno podia darle una respuesta categórica: *Quia confidebat neminem id dicere posse. (Instit., lib II, c. 9.)*

Si se quiere saber la opinion de Ciceron sobre el origen del mundo, no hay mas que leer el pasaje siguiente que pone en boca de Varron, el mas docto de los Romanos, haciéndoselo aprobar, y aprobándolo él mismo: « Hay calidades en la naturaleza, algunas de las cuales son primeros principios, y otras efectos de estos mismos principios. Los primeros principios son simples y de la misma naturaleza; pero variados y uniformes las cosas que de estos mismos principios emanan. Los primeros principios son el aire, el fuego, el agua, la tierra; y de ellos derivan su origen y existencia todos los

seres animados y todo lo que sale de la tierra. De estos cuatro principios solo el aire y el fuego tienen la fuerza de mover, y por esto mismo de formar las cosas; y, con respecto al agua y la tierra, poseen únicamente la facultad de recibir, y estoy por decir de padecer. Se puede añadir á estos un quinto principio imaginado por Aristóteles, completamente diferente de los citados, el cual es el elemento propio de las estrellas, y de las almas de cada hombre.

— *Earum igitur qualitatum sunt alia principia, alia, ex iis orta. Principes sunt unius modi et simplices. Ex iis autem orta varia sunt et quasi multiformes. Itaque aer quoque ignis, et aqua et terra, prima sunt. Ex iis autem orta animantium forma earumque rerum, quae gignuntur e terra; e quibus aer et ignis movendi vim habent et efficiendi: reliqua partes accipiendi et quasi patiendi: aquam dico et terram. Quintum genus, e quo essent astra mentesque; singulare, eorumque quatuor, quae supra dixi, dissimile Aristoteles quiddam esse rebatur.* »

Estos pasajes son de los mas explícitos, y no hay medio de engañarse. Así queda demostrado que, en el concepto de Ciceron, es cosa clara que nada se sabia, que nada podia saberse de cierto sobre Dios, y que las probabilidades eran iguales en favor y en contra de su existencia. Pero opinion semejante sobre Dios, opinion vaga, incierta, meramente filosófica, especulativa, intelectual, y por esto mismo indiferente y desprovista de toda importancia como las demás opiniones de los filósofos, tal opinion no era una creencia que se reflejaba en el corazon para hacer brotar de él el culto y el amor de Dios; y aun menos en la vida, para prescribirle como regla de conducta, la voluntad, la razon, la ley de Dios.

Así, en el fondo, Ciceron no pasaba de un ateo, de un ateo práctico; y en cuanto al origen del mundo parece hasta haber desertado la doctrina del DUALISMO, sin querer ni aun siquiera haber dejado á Dios el honor de haber arreglado el mundo con una materia preexistente, y era completamente atomista. Es verdad que hablaba á menudo al pueblo de Dios, pero era para conformarse á su máxima que nos ha conservado Lactancio: QUE ERA NECESARIO CREER EN FILOSOFIA Y VIVIR COMO HOMBRE POLITICO; *sentendum philosophice vivendum politice*; y, como ya lo hemos probado en nuestra primera Conferencia, § 47 (pág. 76), al crimen del ateísmo agregaba el de la hipocresía.

Ahora bien, tal era el modo de opinar de todos los antiguos filósofos, y aun tambien, como no tardaremos en verlo, de todos los modernos que han seguido el mismo rumbo. Así Ciceron era el verdadero tipo de la filosofia antigua; y la razon filosófica de la antigüedad ha sido el tipo verdadero de toda razon filosófica que ha tenido la pretension de marchar sola, desdeñando la luz de la fe y la revelacion de Dios.

§ IV. El Dios corporal y el alma del mundo de los estóicos no eran mas que ateísmo.

Pero Ciceron, diráse tal vez, pertenecía á la secta académica que de todo dudaba; y así nada tiene de extraño que haya dudado de la existencia de Dios. Mas no se puede decir lo mismo de la secta estóica y sus adeptos que admitian todos un Dios. Sí, la secta de los estóicos admitia un Dios, y aun muchos Dioses, de palabra; pero, en el hecho, era tanto ó mas chabacanamente atea que la secta de Epicuro, pues todas sus doctrinas sobre Dios eran destructivas de la verdadera idea de Dios. Ya hemos visto precedentemente (pág. 375, nota 2), que, en el concepto de los estóicos, Dios era un cuerpo en todo semejante al del hombre. Platon habia ya primitivamente admitido

que el cuerpo de Dios era un globo, *conglobata figura*; porque, según Platon, la forma esférica es la mas perfecta, y debe atribuirse á Dios la mas perfecta de todas las formas. (Véase Conferencia primera, § 15, pág. 59.) Pero esta razon no satisfacía á los estóicos, que sostenían y probaban que Dios no tenía ni podia tener mas que un cuerpo formado de las mismas partes que las que componen el del hombre, siendo el cuerpo humano el mas perfecto de todos los cuerpos. Ahora bien, hacer de Dios un ser espiritual contenido en un cuerpo, era destruirlo, era negarlo. Así los estóicos no admitían en sustancia mas que seres diferentes, mas ó menos grandes y perfectos, pero todos corporales; cuerpos formados por el espíritu; mientras que los epicúreos admitían cuerpos sin espíritu. Pero, en cuanto á una naturaleza espiritual y perfecta, al Dios supremo, autor y señor del mundo, y distinto del mundo, los estóicos no lo reconocían; en términos que, bajo este punto, eran verdaderos atëos, pues todo lo que llamaban Dios distaba mucho de serlo.

Igualmente admitían el *alma del mundo*; pero veremos lo que entendían por esta alma del mundo. Zenon, según Balbo su discípulo, que introduce en la escena Ciceron, Zenon afirma que, como la naturaleza del mundo reúne y contiene todo en sí misma, no solamente es productiva, sino tambien el artífice supremo que de todo dispone, que todo lo preve del modo mas útil, mas propio y mas oportuno; y que, como todas las naturalezas inferiores crecen y subsisten en virtud de sus propias semillas, de sus gérmenes peculiares, del mismo modo la naturaleza del mundo tiene de sí misma y en sí misma la razon de todos sus movimientos, y distribuye todos sus esfuerzos é instintos que los Griegos llaman *ormas*, á los cuales se acomodan todas sus acciones, como nosotros, hombres, que nos movemos porque estamos dotados el espíritu y sentidos, disponemos de nuestros esfuerzos, de nuestros instintos y de nuestras acciones. Tal es, según Zenon, el alma del mundo, que puede llamarse con justo título, la *prudencia* ó providencia (los Griegos la llaman *pronoia*); y esta alma del mundo es lo que acaude particularmente á ambas estas dos cosas, las cuales forman su ocupacion: primera que el mundo tenga lo necesario para subsistir eternamente, y segunda que nada le falte bajo ningún punto de vista, principalmente para mantener siempre su exquisita belleza, y los adornos que á esta acompañan: *Ipsius vero mundi, qui omnia complexu suo coerces et continet, natura non artificiosa solum, sed plane artifex ab eodem Zenone dicitur, consultrix et provida utilitatum opportunitatumque omnium. Atque ut cetera natura suis seminibus queque gignuntur, auferunt, continentur, sic natura mundi omnes motus habet voluntarios, conatusque et appetitiones, quas ὄρμας Græci vocant, et his consentaneas actiones sic adhibet, ut nosmetipsi, qui animis movemur et sensibus, Talis igitur mens mundi cum sit, ob eamque causam vel prudentia, vel providentia appellari recte possit (Græce enim πρόνοια dicitur), hæc potissimum providet, et in his maxime est occupata, primum ut mundus quam aptissimus sit ad permanendum, deinde ut nulla re egeat, maxime autem ut in eo eximia pulchritudo sit atque omnes ornatus.* » (De Nat. Deor.)

Por estas palabras podría creerse que los estóicos consideraban al alma del mundo como un ser espiritual é inteligente; pero error sería, porque no era mas que *materia*, y la prueba es lo que Zenon entendía por naturaleza.

Opima Zenon, continua diciendo Balbo, que la naturaleza es un *fuego productivo* que incesantemente progresa por la vía de la generacion; pues, según Zenon, criar y engendrar son cosas propias del arte; y, puesto que nosotros los hombres eso solo hacemos en nuestras obras de arte, con mas sobrada razon se debe admitir que la naturaleza, ó en otros términos el *fuego productivo*, lo mismo efectua y con mayor maestría, siendo como es señor de todas las artes. Así toda la naturaleza opera como un artífice, pues se adapta siempre á una vía, á una regla. *Zeno igitur ita naturam definit, ut*

eam dicat, ignem esse artificiosum ad gignendum progredientem via. Censet enim artis maxime proprium esse creare et gignere, quodque in operibus nostrarum artium manus efficiat, id multo artificiosius naturam efficere, id est, ut dixi, ignem artificiosum, magistrum artium reliquarum. Atque hac quidem ratione omnis natura artificiosa, quod habet quasi viam quandam et semitam, quam sequatur.

El mundo, añadia Zenon, es el sembrador, el cultivador, estoy por decir el padre, el alimentador, el educador de todas las cosas que administra la naturaleza, cosas que nutre y mantiene, como si fuesen sus miembros y sus partes: *Omnium autem rerum, quae natura administratur, seminatur, el sator, el parens, ut ita dicam, atque educator et altor est mundus omniaque, sicut membra et partes suas, nutricatur et continet.*

Ahora bien ¿puede darse una doctrina menos clara, menos precisa? ¿Hay medio alguno de divisar la menor idea de un Dios, aun corporal? Tal era no obstante la doctrina de los estoicos sobre el alma del mundo, de lo que tristemente resulta que cabe error en creer que los estoicos admitian la *Providencia* de que habian conservado tan solo la palabra (*pronoia*). Segun estos filósofos, que resumian las creencias de todos los que no eran completamente ateos, la *Providencia* de la naturaleza, era la naturaleza misma, ó el alma del mundo, ó el mundo mismo Dios; de modo que esta misma doctrina de la *Providencia*, tal como la habia soñado la razon filosófica, no venia á ser mas que el *ATEISMO* ó *PANTEISMO*, ó á lo menos prestaba nuevo apoyo á ambas estas sectas.

§ V. ¿Incluia tambien el ateismo la doctrina del mundo Dios de los estoicos?

Pero no se ceñian los estoicos á profesar las ideas destructoras de la verdadera idea de Dios, sino que tambien admitian la horrible doctrina que habian derivado de los pitagóricos: que el mundo es Dios, y que todas las partes del mundo Dioses son tambien; doctrina que excluia completamente la noción de un Dios verdadero.

Oigamos, dice Balbo el *estoico* que introduce en sus obras Ciceron, oigamos primeramente á Platon, el Dios de los filósofos. Hay dos especies de movimiento, uno propio y espontáneo, y otro exterior. Es así que no cabe duda que el moverse á si mismo es mas divino que el ser movido por una causa extraña. Luego el movimiento interior es el propio de los espíritus; luego de estos emana todo movimiento. Mas todo movimiento del mundo procede de su calor, y, siendo espontáneo este calor, es consiguientemente espíritu; luego es cierto que el mundo es animado: *Audiamus enim Platonem, quasi quandam deum philosophorum: cui duo placet esse motus, unum suum, alterum externum: esse autem divinius, quod ipsum ex se sua sponte moveatur quam quod pulsus agitetur alieno. Hunc autem motum in solis animis esse ponit, ab hisque principium motus esse ductum putat. Quapropter, quoniam ex mundi ardore motus omnis oritur, is autem ardor non alieno impulsu, sed sua sponte movetur: animus sit necesse est. Ex quo efficitur, animantem esse mundum.*

« De esta doctrina de Platon, continua Balbo, se deduce con facilidad que el mundo tiene inteligencia, y que es la naturaleza mas perfecta; pues, del mismo modo que todo miembro de nuestro cuerpo es menor como volúmen, é inferior como perfeccion al hombre completo, del mismo modo cada parte del mundo es menos perfecta que el mundo entero: y siendo así, no se puede negar que el mundo este dotado de sabiduría, pues si así no fuese, si fuese posible negar al mundo la razon y la inteligencia que posee el hombre, el cual en sustancia no es mas que una parte pequeña del mundo, se seguiria que la parte es mas noble y perfecta que el todo, lo que es absurdo:

Atque ex hoc quoque intelligi poterit, in eo inesse intelligentiam, quod certe est mundus melior quam ulla natura. Ut enim nulla pars corporis nostri est, quæ non sit minor quam nosmetipsi sumus: sic mundum univèrsam pluris esse necesse est quam partem aliquam universi. Quod si ita est, sapiens sit mundus necesse est; nam si ita esset, hominem, qui est mundi pars, quoniam rationis est particeps, pluris esse quam mundum omnem oporteret.

« En efecto, proclama el sentido íntimo que la noción mas cierta y general que tenemos de Dios, es que Dios es un espíritu, y al mismo tiempo el ser mas noble y perfecto de cuantos existen en la naturaleza; y nada hay mas conforme á esta noción, á este sentimiento que se tiene universalmente de Dios, que el pensar que este mundo es Dios, como que posee el espíritu que lo anima, y es lo mas noble y perfecto que imaginar puede la mente humana: *Cum talem esse Deum certa notione animi præsentiamus, primum ut sit animans, deinde ut in omni natura nihil eo sit præstantius: ad hanc propensionem notionemque nostram nihil video quod potius accomodem, quam ut primum hunc ipsum mundum, quo nihil fieri excellentius potest, animantem esse et Deum judicem.*

« Pero esta divinidad perfecta, una vez admitida y reconocida como esencia del mundo entero, tambien hay que admitirla y reconocerla como esencia de las estrellas, que constan de la parte mas noble y pura del aire, sin mezcla de otra naturaleza, y todas ardientes y fulgorosas: *Atque hac mundi divinitate perfecta, tribuenda est sideribus eadem divinitas: quæ ex nobilissima purissimæque ætheris parte gignuntur; neque ulla præterea sunt admixta natura, totaque sunt calida atque perlucidæ: ut ea quoque rectissime et animantia esse, et sentire atque intelligere dicantur.*

« Por lo tocante al sol, no cabe duda, pues su calor es completamente semejante al de los cuerpos animados; luego el sol es un ser animado como los demás astros formados en el ardor celeste, llamésele aire ó cielo: *Quare cum solis ignis similis eorum ignium sit, qui sunt in corporibus animantium: solem quoque animantem esse oportet et quidem reliqua astra, quæ oriuntur in ardore cælesti, qui æther vel cælum nominatur.*

« Observad igualmente que hay animales que nacen en la tierra, otros en aire, otros en el agua; y, tal siendo el caso, absurdo le parece á Aristóteles el pensar que ser alguno animado no pueda ser engendrado en la parte del universo mas apta á la generacion de los seres animados. Es así que las estrellas ocupan la parte acreea mas sutil, y se hallan en continuo movimiento y en continuo vigor. Luego es forzoso admitir que ellas principalmente precreean seres animados, y que estos se hallan dotados de una inteligencia mas audaz y un movimiento mas rápido. Puesto que los astros se forman en el aire, nada hay mas conforme á la razon que el creer los otros están dotados de sentido é inteligencia, y que por este motivo merecen tambien ser colocados en el numero de los Dioses: *Cum igitur aliorum animantium ortus in terra sit, aliorum in aqua, in aere aliorum: absurdum esse Aristoteli videtur, in ea parte, quæ sit ad gignenda animalia aptissima, animal gigni nullum putare. Sidera autem æthereum locum obtinent: qui quoniam tenuissimus est, et semper agitur et viget: necesse est, quod animal in eo gignatur, id et sensu acerrimo et mobilitate celestissima esse. Quare cum in æthere astra gignatur, consentaneum est, in iis sensum inesse et intelligentiam; ex quo efficitur, in deorum numero astra esse ducenda.*

Pero he aquí otro argumento en favor de la misma tesis: Una cosa se halla tanto mas provista de razon, cuanto mejor es, y cuanto mas el grado de la razon de todo lo que existe se encuentra en proporcion de la excelencia de su naturaleza. Es así que nada hay mas excelente que el mundo; luego es el ser que mas razon posee. Con una argumentacion análoga se puede concluir que el mundo es sabio, dichoso, eterno, pues la sabiduría, la felicidad, la eternidad, son con-

diciones más perfectas que las contrarias, y deben existir en el ser mas perfecto que existe, y por consiguiente el mundo es Dios. — *Quod ratione utitur id melius est quam id quod ratione non utitur. Nihil autem mundo melius. Ratione igitur mundus utitur. Similiter effici potest, sapientem esse mundum: similiter, beatum: similiter, æternum. Omnia enim hæc meliora sunt quam ea, quæ sunt his carentia: nec mundo quidquam melius: ex quo efficitur, esse mundum Deum.*

« ¿Qué es lo que vemos en ciertas partes del mundo (pues todo lo que en el mundo se encuentra parte de él es)? Vemos que poseen el sentido y la razon. Es así que la razon y los sentidos deben especialmente predominar en la parte del mundo en que reside la soberanía del mundo; luego hay que admirar de toda necesidad que esta naturaleza que contiene en sí misma y hace fructificar todas las cosas, es tambien la mas excelente bajo el punto de vista de la perfeccion de la razon; luego por consiguiente, se debe tambien reconocer forzosamente que el mundo es *sabio*, que es Dios, y que toda la fuerza del mundo es el resultado de un poder enteramente divino. — *Videmus autem, in partibus mundi (nihil est enim in omni mundo, quod non pars universi sit) inesse sensum et rationem. In ea parte igitur, in qua mundi inest principatus, hæc inesse necesse est, et aciora quidem atque majora. Quocirca sapientem esse mundum necesse est: naturamque eam, qua res omnes complexa teneat, perfectione rationis excellere, eoque Deum esse mundum, omnique vim mundi natura divina contineri.*

« Toda la fuerza de esta argumentacion resulta del grado de fuerza que se atribuye á la naturaleza universal. Se reconoce que esta naturaleza preside á todo, que nada puede impedir su accion, nada estorbarla; luego el mundo no es solo inteligente, sino tambien *sabio*; pues nada es mas sandio que el decir que la naturaleza, que todo lo abraza, que en sí contiene los seres mas perfectos, no posee, en grado supremo, la razon, el consejo y la sabiduria, pues seria decir que la naturaleza es el ser mas perfecto, y al mismo tiempo que no lo es. — *Is autem est gradus, in quo rerum omnium natura ponitur: quæ quoniam talis est, ut præsit omnibus, et eam nulla res possit impedire, necesse est, intelligentem esse mundum, et quidem etiam sapientem. Quid autem est inscitius quam eam naturam, quæ omnes res sit complexa, non optimam dicit: aut, cum sit optima, non primum animantem esse, deinde rationis et consilii compotem, postremo sapientem? Qui enim potest aliter esse optima?*

« Nada es mas perfecto que el mundo, y, siendo la virtud la perfeccion, si-guese que la virtud es el atributo propio del mundo. ¿Acaso no vemos que el hombre, cuya naturaleza dista mucho de ser perfecta, es sin embargo capaz de virtud? Luego si el hombre imperfecto y parte del mundo es virtuoso, con mayor razon será capaz de virtud el mundo, que es el todo, el todo perfecto. Luego el mundo es *sabio*, y por consiguiente es Dios. — *Est autem nihil mundo perfectius: nihil virtute melius. Igitur mundi est propria virtus. Nec vero hominis natura perfecta est: et efficitur tamen in homine virtus. Quanto igitur in mundo facilius? Est ergo in eo virtus. Sapiens est igitur: et PROPTEREA DEUS.* »

Ahora bien, este panteismo grosero, este mundo-Dios, principio y fin de sí mismo, dotado de virtud y sabiduria, ¿qué otra cosa era sino la exclusion formal y necesaria de la existencia del verdadero Dios?

§ VI. Exámen de la precedente doctrina: la mayor parte de los filósofos profesaban el panteísmo y el ateísmo. Como concuerda la profesion de semejante doctrina con las hermosas páginas que nos han dejado sobre Dios estos mismos filósofos. El pueblo creía en Dios mas que los filósofos.

Pero procuremos comprender mejor esta argumentacion de los estóicos. En primer lugar, es de notar que tal era la doctrina reputada mas racional, la mas elegantemente expuesta y la mas universalmente seguida; y no obstante hemos visto cuan grosera y absurda era. Tambien hemos visto con qué seguridad la razon filosófica del Pórtico, que pasaba por la mas sólida y elevada, reconocia la inteligencia, la razon, la sabiduría, y hasta la virtud y santidad, en una palabra, la divinidad, en seres tales como el sol, la luna, las plantas; seres materiales, inanimados, y, á pesar de su sorprendente magnitud, mas insensibles que el menor de los insectos. Así bajo este punto de vista la razon filosófica era tanto y mas chabacana y rastrera que la razon popular.

En segundo lugar, toda esta argumentacion estriba en los principios de autoridad de Pitágoras, Platon, Aristóteles y Zenon, argumentacion á que adhiere el mismo Ciceron, cuando dice al fin de la disputa de la *Naturaleza de los dioses*: Por mi parte opino que el dictámen de Balbo es el que me parece mas cercano á la verdad: *Mihi quidem disputatio Balbi videretur ad veritatis similitudinem esse propensior*. Así tenemos que los mayores filósofos de la antigüedad admitian á la vez un Dios y muchos dioses, todos humanos, y aun todos corporales y materiales; pues no es posible citar uno solo de estos filósofos, sin exceptuar al mismo Sócrates, que admitiendo un Dios único, no haya reconocido y honrado á los dioses. Todos los filósofos mas teístas, eran segun San Pablo (Rom., I.) idólatras en el fondo; y los que se burlaban de los falsos dioses, se burlaban, con igual cinismo del Dios verdadero.

En tercer lugar, al recorrer estos pasajes en los cuales la razon filosófica antigua se descubre á los ojos del mundo en todo su diformidad, obsérvase que, para los filósofos, ya era Dios el mundo solo, ya Dios estaba con el mundo, y en el mundo, como alma de este, el cual era tan solo su cuerpo; y todos los seres no eran mas que modificaciones de las partes de los miembros de este mismo cuerpo habitado por esta alma inmensa. De modo que todos estos filósofos eran mas ó menos panteístas; y el panteísmo constituia el fondo de la filosofia antigua, que no tuvo el triste valor de negar abiertamente á Dios.

En cuarto lugar, el Dios alma del mundo, mezclado á la materia como á un gran cuerpo, *et magno se corpore miscet*, era un mer sinónimo de esa *energía* inherente á la materia eterna, único y verdadero Dios de los epicúreos. Resulta pues que ese panteísmo tan grosero, tan oscuro, tan contradictorio de los mas eminentes filósofos, no era en el fondo mas que un ateísmo disfrazado, ó bien una doctrina que conducia en recto camino al ateísmo. En el primer libro de las *Académicas* de Ciceron, Varron formula en los términos siguientes la doctrina panteística antigua, la de Dios alma del mundo y el mismo mundo, « El aire, el fuego y la tierra son los primeros elementos de los cuales emanan las formas de todos los seres animados y de todos los seres inanimados que engendra la tierra. Todos los seres que residen en el mundo, partes de este son, partes en el mundo conservadas por el sentido de la naturaleza. En la naturaleza reside la razon eterna y perfecta, y todo esto constituye lo que es Dios para los filósofos. — *aer, ignis, aqua et terra prima sunt; ex iis autem ortæ animantium formæ earumque rerum que gignuntur a terra. Partes mundi sunt omnia quæ insunt in eo quæ na-*

tura sentiendi teneantur, in qua ratio perfecta insit, quæ sit eadem sempiterna, quam isti animam esse dicunt mundi, eandemque esse mentem, sapientiamque perfectam, quam Deum appellant. »

Ahora bien, al hablar de esta teoría que era en el fondo la de Platon y la de todos los filósofos que admitían á Dios, oigamos las palabras del epicúreo Veleyo al estóico Balbo, en la disputa de Ciceron *sobre los dioses*: « Vuestra escuela, Balbo, la cual, á lo que pienso, sigue el dictámen de Heráclito, atribuye como este filósofo, al fuego el origen de todas las cosas, aunque los partidarios de Heráclito no lo explican siempre del mismo modo; y tal vez la oscuridad del filósofo depende de una intencion determinada de su parte de no darse á comprender. Así dejémoslo á un lado. Pero lo cierto es que vosotros opináis que toda fuerza reside en el fuego, y en prueba de ello, observais que todo ser animado cuando pierde el calor, perece; y al contrario, que todo lo que tiene vigor en la naturaleza, es cálido. — *Sed omnia vestri, Balbe, solent ad igneam vim referre, Heraclitum, ut opinor, sequentes: quem ipsum non omnes interpretantur uno modo. Qui quoniam, quid diceret, intelligi noluit, omittamus. Vos autem ita dicitis, omnem vim esse ignem. Itaque et animantes, cum calor defecerit, tum interire: et in omni natura rerum id vivere, ad vigere, quod caleat.* »

Luego manifiesto está, añadia Veleyo, que el orden y armonía del mundo subsisten tan solo por las leyes de la naturaleza, y no por la virtud de los dioses; y que, mientras mayor y espontánea es esta fuerza de la naturaleza, menos atribuirse debe á una voluntad divina. — *« Illa vero cohæret et permanet naturæ viribus non deorum... sed ea, quæ sua sponte major est eo minus divina ratione fieri existimanda est. »*

De este modo obligaba Epicuro á la razon panteística á tragar el ateísmo, y así en tan horrible secta, iban á fenecer todas las teorías meramente filosóficas de los mayores ingenios relativas á Dios y al mundo. Solamente, como ya lo hemos observado (Conferencia décima, § 18. pág. 406), bien se guardaban los filósofos de acarrear en sus personas la tacha afrentosa del ateísmo, para no malquistarse con los magistrados y el pueblo.

Es verdad que cosas sublimes sobre Dios vemos en Platon y Ciceron, especialmente en este último; pero, y no nos cansaremos de repetirlo, era en esos momentos en que, ascéticos mas bien que razonadores, se entregaban al sentimiento innato, indeleble que de Dios tiene el alma humana; en esos momentos en que, teólogos mas que filósofos, se ceñían á explicar el dogma fundamental y consolador de la existencia de Dios, creencia universal é indestructible de la humanidad, que descuella eternamente en toda sociedad, y que esta misma sociedad les inspiraba; en términos que todas las verdades que, en tales momentos, dijeron de Dios, no eran como nos lo asegura Lactancio, el resultado de sus indagaciones filosóficas ni la conquista de su razon; sino el efecto de la fuerza divina de esa gran verdad que todo lo domaña y avasalla, aun los ingenios mas rebeldes; efecto de la luz divina de esa misma verdad que por do quier irradia y todo lo alumbraba, aun los corazones mas voluntariamente ciegos. — *Non quod illi habuerint cognitam veritatem, sed quod veritatis ipsius tanta vis est ut nemo possit esse tam cæcus; qui non videat ingerentem se oculis divinam veritatem.* (Institut., lib. I, c. 5.)

Ya hemos visto que San Agustin y Tertuliano hacen la misma observacion. (Conferencia primera, § 12.)

Pero, cuando, prescindiendo de la fe en Dios que le habian inspirado sus padres, del conocimiento de Dios que le habia enseñado la sociedad, de las ideas mas justas de Dios que, segun nos dice San Pablo, les habia revelado la consideracion del mundo, y que saltan á los ojos de todo hombre que el universo contempla, quisieron estos mismos filósofos filosofar sobre Dios,

apoyándose únicamente en la vanidad de sus pensamientos, en las concepciones de su razón, *Eviduerunt in cogitationibus suis*, dijeron cosas verdaderamente ridículas; lejos de elevarse sobre las groserías del paganismo, cayeron mas bajo que el vulgo mismo; lejos de aclarar el dogma de la *unicidad*, de la inmaterialidad de Dios, lo oscurecieron continuamente, lo hicieron bambolear y lo combatieron; lejos de establecer la verdad, esparcieron y acreditaron el error; y todos sus trabajos, todas sus disputas, todas sus indagaciones tocante la primera y mas importante de las verdades, la existencia de Dios, remataron en la negacion de Dios; y su dualismo y panteísmo fenecieron en ateísmo á que nunca quiso adherir el vulgo; pues, como ya lo hemos observado (pág. 406) castigaba á los ateos, y nunca lo fue el mismo.

El mismo vulgo de las naciones paganas sabia á lo menos á que atenerse con respeto á Dios. Así como lo ha demostrado el docto cardenal Gousset (vease *Conferencia primera*, nota A), nunca fue el politeísmo la creencia y culto de muchos dioses igualmente infinitos, independientes y eternos, sino la creencia y culto de un solo Dios supremo, omnipotente, infinito, eterno, independiente, dominador y gobernador de todo; y al mismo tiempo la creencia y culto de muchos dioses subalternos, sometidos al Dios supremo en el gobierno del mundo. Tal es á lo menos el Dios de Homero y Virgilio, y es de notar que el Dios de los poetas, á pesar de las fábulas que lo desfiguran, se aproxima mas del Dios verdadero que el Dios de los filósofos. El vulgo pagano habia multiplicado á lo infinito esos dioses subalternos, y habia acabado por divinizarlo todo, hasta los brutos, hasta el mal, hasta el vicio, y todo esto con la autoridad y salvo conducto de la filosofía; pero jamás confundió esos dioses subalternos de la creacion, con el Dios único, el Dios supremo que era siempre el mismo; al paso que, al leer los filósofos, es imposible formarse una idea adecuada de lo que entendian por Dios, cuando dignábanse admitir *uno*. La teología de estos se reducía, como ya hemos visto, á un hacinamiento de ideas confusas, de principios arbitrarios, de argumentos sofisticos, de conclusiones absurdas. Jamás sobre punto alguno abrigó su razón pensamientos mas vagos, mas inconstantes, mas contradictorios, mas inciertos, mas extravagantes, mas groseros, mas funestos.

Acordémosnos de la doctrina de Crisipo sobre Dios, que, como lo hemos notado (§ 16, p. 598), resumía las diversas opiniones de todos los filósofos, y puede traducirse en estos términos: « Todo era Dios para los filósofos salvo el Dios verdadero. » Y á causa principalmente de este modo de filosofar sobre Dios, llamaba Ciceron á los sistemas de los filósofos: *Sueños calenturientos*. *Exposui delirantium somnia*; y el mismo Sócrates segun el testimonio de Jenofonte, los llamaba niños que jugaban á adivinar las cosas ocultas, ó locos maníacos que pasaban la vida entera á delirar. — *Istos omnes vaticinari ostendebat Socrates; nihilque omnino ab insanis et furiosis discrepare.*

§ VII. Conclusion contra los racionalistas.

Por el resumen que hemos hecho en nuestra primera y tercera conferencias, de las opiniones de los filósofos antiguos y modernos sobre Dios; por lo que hemos dicho en esta conferencia y en sus notas, y por lo que diremos en la siguiente, probado está, tal así creemos, que la historia de la filosofía no es mas que la historia de las divagaciones del espíritu humano que pretende adivinar, conocer á Dios, al hombre, al mundo por su sola razón. Es imposible sacar una conclusion diferente del estudio serio de la filosofía.

Se ha dicho que todo esto llegó á suceder porque los filósofos no racionaron como debian, y porque abusaron de su razón. Pero, como la historia de la filosofía no nos muestra un solo filósofo que haya discurrido de un modo debido,

ni uno solo que no haya abusado de su razon al discurrir sobre Dios, ¿no debemos concluir de este hecho universal y constante, que es casi imposible á la razon individual, que marchar sola pretende, el discurrir bien y no abusar de sí misma? Tal opina Santo Tomás en aquel magnífico pasaje de la *Suma contra los Gentiles*, por el cual establece la *necesidad de la revelacion* para llegar á conocer aun esa parte de las cosas divinas que no exceden al alcance de la razon: *De rebus divinis ad que ratio pertingere potest*. En este pasaje que hemos transcrito y comentado en nuestra primera conferencia (§ 9), el doctor angélico prueba que los desbarros de la razon relativamente al conocimiento de Dios, y su impotencia en alcanzar la verdad en este punto sin mezcla de error, *sine miscela erroris*, dependen, menos del desórden de la voluntad, que de la debilidad del entendimiento humano, cuyos medios son escasísimos cuando quiere llegar á los cosas divinas: *Ratio humana in rebus divinis est multum deficiens propter imbecillitatem intellectus humani*. Y, apoyado en estos principios, demuestra Santo Tomás la imposibilidad en que se halla la razon humana de llegar al conocimiento claro, puro, preciso, cierto sobre Dios, sin el socorro de la fe: *Et ideo oratur est ea per modum fidei traderentur*. Ahora bien de esta misma imposibilidad, cuya prueba racional nos da el Angel de la escuela, la historia de la filosofia nos suministra las pruebas irrecusables ó los hechos. Y, si esta imposibilidad acusan la razon de acuerdo con la experiencia, experiencia universal y constante de todos los tiempos y lugares, aun en nuestros dias, ¿puede darse pretension mas increíble, mas incomprendible, mas sandia que la de ciertos racionalistas: que el hombre, por su sola razon, sin el menor apoyo en la fe y en las tradiciones, puede elevarse al conocimiento puro, cierto y perfecto de Dios? ¿Qué viene á ser asercion semejante sino una reheldia contra la misma razon, y un descarado embuste contra la historia? ¿No es una ceguedad voluntaria, no solamente con respeto lo que tuvo lugar en otro tiempo en el mundo, sino tambien con respeto lo que pasa á nuestra vista?... Y sin embargo tal es lo que sostienen ciertos hombres de talento, y aun ciertos hombres que se intitulan teólogos y filósofos.

SEGUNDA PARTE.

EPICUREISMO DE LOS ANTIGUOS FILÓSOFOS.

§ VIII. La doctrina del ESTADO SALVAJE, consecuencia necesaria de la negacion del dogma de la creacion del hombre por Dios. Esta misma doctrina, causa necesaria del epicureismo especulativo y práctico de los filósofos antiguos.

Ya hemos visto (nota de la conferencia que precede, pág. 419) que, una vez que se admite que Dios ha criado al hombre, se sigue de toda necesidad que el Criador se reveló á sí mismo, desde un principio á su criatura, y le enseñó su origen, su destino y los medios de llegar á él, esto es, la religion y la ley llamadas naturales.

Pero, al contrario, una vez desconocido ó negado este dogma del origen divino de nuestro ser, el solo modo de explicar al hombre y la sociedad, era el de la hipótesis del estado *salvaje ó brutal* como estado primitivo y original del hombre, aborto monstruoso de la razon filosófica antigua, que sin rubor hemos visto desenterrar á la filosofia antigua, y propalar en alta voz; error

inmenso, en oposicion flagrante con los monumentos de la tradicion, con la fe universal y constante de la humanidad; hipótesis vergonzosa y baldon de la razon humana.

Es verdad, como ya hemos visto (Conferencia primera, § 5, notas, páginas 26 y 30), que los principales filósofos, Platon y Ciceron en particular, en los momentos ó intervalos lucidos de su razon, y cuando, de acuerdo con los poetas, traducian en lenguaje elevado las creencias comunes, rindieron tambien un homenaje completo al origen divino del hombre y á su alianza con Dios. Pero tambien es fuerza confesar que, en tanto como filósofos, al querer adivinarlo todo por la razon, no hubo uno que no desconociese, ó negase el dogma de la creacion del hombre por Dios, y abrazase la doctrina del *estado salvaje*; y ya hemos visto que las dos grandes sectas entre las cuales se hallaba dividida la filosofia antigua, la estoica y epicúrea, profesaban, segun podemos colegir por los testimonios de Ciceron y Horacio, la misma doctrina.

Segun esta doctrina, el hombre, despues de haber brotado de la tierra por el movimiento y energía de la naturaleza, ni mas ni menos que los animales y las plantas, inventó de por sí y sin recurso ageno, el lenguaje, las ideas, lo verdadero, lo falso, lo justo, lo injusto; formó su propia razon, imaginó las leyes, *Ne quis fur esset aut adulter*, como se expresa Horacio, y fundó la sociedad.

Ahora bien, como todo hecho humano puede ser modificado y aun destruido por el hombre mismo, para recibir nueva forma, síguese que las leyes, aun las que son naturales, y la sociedad cuyo fundamento son, no tienen mas base ni sancion que la voluntad y antojo del hombre mismo.

Por lo tocante á los pueblos que habian conservado la fe en el origen divino de la ley, al par que humano, como esta ley tenia su principio y su fundamento fuera del hombre, en la voluntad y revelacion de Dios, en Dios mismo tenia la fuerza de su sancion, así como tambien la razon de su uniformidad y la prenda de su estabilidad; y tal es el motivo á que debe atribuirse que la ley natural, mas ó menos alterada y aun mas ó menos corrompida por las pasiones de los hombres, en sus consecuencias prácticas y en su aplicacion, siempre y por do quier fue la misma, como lo prueba Santo Tomás, con respeto á sus principios; y nunca pudo llegar á borrarse del corazon de los hombres.

Pero en el concepto de los filósofos que habian desertado la creencia de la intervencion divina en el hombre, la ley natural no pasaba de ser un hecho ó invencion del hombre: así esta ley llegó á ser un manantial inagotable de disputas, aun con respeto á sus principios; y, privada de todo fundamento sólido y toda sancion divina, quedó reducida á ser un juego variable de la inteligencia, en lugar de ser una regla inmutable de la vida humana.

Bien consta que nunca pudieron ponerse de acuerdo los filósofos sobre la gran cuestion del *SOBERANO BIEN*, del fin inmediato y posirero del hombre; y así no es de extrañar que no hayan podido entenderse sobre las leyes, las cuales no son mas que los medios para llegar á este fin; pues, como observa Aristóteles, el fin es la regla de los medios: *Finis est regula caterarum*, lo que los da á conocer y reclama su aplicacion. Por esta razon desconocieron y combatieron los mayores filósofos los principios de la mas vulgar moralidad, al paso que ampararon y protegieron los mas vergonzosos crímenes sin descuidar su práctica. (Véase conferencia primera, § 16, pág. 70.)

Tal es lo que vamos á ver en esta segunda parte de nuestro resumen de filosofia antigua; esto es que, habiendo negado el dogma de la creacion la moral especulativa y práctica de los filósofos, no fue esta moral en sustancia mas que el epicureismo mas inmundo y divergonzado.

§ IX. Moral de Ciceron. El vicio contra naturaleza comun entre los filósofos.
La moral de los estóicos.

He aquí una muestrcita de la moral que la antigua razon filosófica sacó de la negacion del dogma de la creacion. Ciceron, que pasa por uno de los hombres mas honrados de la antigüedad, decia á Lúculo : « ¿ Acaso hay muchos hombres hermosos en este mundo? Cuando estaba yo en Atenas, me acuerdo que apenas habia uno solo en esos numerosos ganados de mancebos destinados al deleite. Bien veo que lo que me concierne en este particular, que tan perfectamente me iba, tu lo consideras como un vicio. Pero ¿ qué quieres que te diga? La cosa era así y no de otro modo. Vicio será si en ello te empeñas: pero los ejemplos que hemos recibido, las *concepciones* que nos hacen los antiguos filósofos, todo coopera á alentarnos á amar á los jóvenes mancebos, y volvernos agradables aun los vicios. Alceo encuentra un placer singular en la lenteja de su criado; y, no obstante, una lenteja es una mancha en el cuerpo; pero, para Alceo, es un punto luminoso. Q. Catulo, padre de este colega y amigo comun que está aquí, gustaba sobremanera de Roscio, su conciudadano; y el fue el autor de estos versos en honor de Roscio : « Me habia detenido un momento para saludar tal vez la aurora que despuntaba, cuando, de repente á mi lado izquierdo, divisó á Roscio que se me presenta. No puedo explicaros la impresion que me hizo; baste decir (permítidme, ó deidades celestiales que, sin ofenderos, la verdad ingenuamente declare), baste decir que este jóven me parecio sobrepujar en beldad á un dios mismo : *Quotus enim quisque formosus est? Athenis cum essem, egregibus epheborum vix singuli reperiebantur. Video, quid arriseris. Sed tamen ita res se habet. Deinde nobis, qui, concedentibus philosophis antiquis, adolescentulis delectamur etiam vitia saepe jucunda sunt. Nevus in articulo pueri delectat Alcæum. At est corporis macula nervus. Illi tamen hoc lumen videbatur. Q. Catulus, hujus collegæ et familiaris nostri pater, dilexit municipem tuum Roscium : in quem etiam illud est ejus :*

Constiteram, exorientem auroram forte salutans,
Cum subito e læva Roscium exoritur.
Pace mihi liceat, coelestes, dicere vestra,
Mortalis visus pulchrior esse deo.

Tal es lo que ese *hombre de bien* llamado Ciceron no titubea en escribir; tal es lo que, con un cinismo asqueroso, confiesa practicar, á ejemplo y con el permiso de los antiguos filósofos y de personajes tales como Catulo, reputados los mas morales de Roma. Fuera de esto, al llamar *vicios* tales relaciones, se expresa Ciceron de un modo irónico.

Otros horrores afea la historia á ese *hombre de bien* llamado Ciceron : entre otros, el haber contraido divorcio con su primera mujer, que tanto cariño y abnegacion le profesaba, que tanto se afaná para que pudiese regresar de su destierro, por la cual afectaba él mismo tanta ternura; y esto para contraer nupcias con la hermana de Pompeyo, movido únicamente por miras políticas; como mas adelante, despidió á esta segunda consorte, para enlazarse con otra tercera muy rica, y poder pagar así sus deudas. Igualmente se le acusa de haber pasado á cuchillo un número considerable de prisioneros, despues de la batalla que ganó á los Partos, con el fin de tener el número exacto de enemigos muertos exigidos por la ley para poder ser el general acreedor al triunfo. Por otra parte, como ya queda demostrado (Confer. x, § 18, pág. 405), Ciceron era amigo y panegirista de los epicúreos, y así no es de extrañar que siguiese y practicase su moral.

Pero otras muchas pruebas tenemos de que el vicio contra naturaleza era comun á todos los filósofos, y el testimonio de Plutarco, que mas adelante insertaremos, no nos permite duda sobre la certidumbre de que esta infame práctica fue aprobada y seguida por los sabios conceptuados como mas decentes y decorosos.

Cornelio Nepoté, en la vida de Alcibiade, (cap. II), nos cuenta: *Ineunte adolescentia, amatus est a multis, MORE GREGORUM, in eis a SOCRATE... namque Plato eum induxit commorantem se PERNOCTASSE COM SOCRATE; robustior factus non minus multos adamavit.* El mismo historiador nos dice que, gracias á estos ejemplos de filósofos celebérrimos, *Laudi in græcia ducitur adolescentulis QUAMPLURIMOS habere amatores (Præf.).* Ni otra significación puede darse á estos pasajes de Virgilio: *Formosum pastor Corydon ARDEBAT Alexim DELICIAS DOMINI... O CRUDELIS Alexi, nil NOSTRI MISEBERE; MORI me denique cogis, o FORMOSE PUER! TE CORYDON, o Alexi! trahit sua quemque VOLUPTAS. mo tamen ERIT AMOR: quis enim modus adsit AMORI? (Eclog. II.) Ipse Nearam dum fovet ac, ne ME sibi præferat ipsa veretur novimus et qui TE... DELCE mihi SOLUS Amyntha (Eclog. III.).*

Así Virgilio mismo, el casto Virgilio, es reo convencido de no haber respetado la dignidad humana. En cuanto á las relaciones de Sócrates con Alcibiades, á que aluden Cornelio y Plutarco, no hay motivo de sorpresa. El divino Sócrates, cuya moral, vida y muerte han sido objeto de tantos encomios, era el mismo que juraba por el alma de un perro y de un ánade; el mismo que, en la hora postrera de su vida, recomienda á sus amigos que den cumplimiento á un voto que habia hecho de sacrificar un gallo á Esculapio; el mismo que sostenia que las cosas del cielo nada tienen que ver con las de la tierra, y que la moral préscinde de los dioses; el mismo en fin que, no los Padres de la Iglesia, sino Zenon el filósofo, llamaba el bufon de la Grecia, «*Scurram Atticum.*» Ahora bien un hombre semejante, tan supersticioso como incrédulo, figson en materia de religion, é idolátra en la práctica; un hombre que negaba á Dios y adoraba á Esculapio, un hombre que profesaba doctrinas semejantes, pudo muy bien practicar semejante moral.

Parece que tan abominable torpeza habia llegado á ser una especie de recreo que se ofrecia al público con un descaró horroroso, al cual entregábanse los encenegados en este vicio con la misma indiferencia y aficion con que, en nuestros dias, comen los postres los convidados y saborean despues el café; pues leemos lo siguiente en Pausanias: *Hic puer, stuprum ab Attalo passus fuerat, quid eum ebrius postea tanquam vile scortum LIBIDINI CONVIVARUM SUBIECIT.* (Quint. CERT., lib. I, c. IV.)

Bien conocidos son estos versos de Saint-Évremond.

L'indulgent et sage nature
A formé l'âme de Ninon
De la volupté d'Épicure
Et de la vertu de Caton.

(Naturaleza sabia é indulgente formó el alma de Ninon con los deleites de Epicuro y la virtud de Caton).

Pero lo que no se observa es que, al pintar en estos versos á una de las mas famosas cortesanas del siglo décimo-séptimo, el poeta filósofo ha pintado tambien al natural la moral de los antiguos. Esta moral no era en sustancia mas que un barniz de virtud, tal como la virtud de Caton, que perfectamente se aliaba á la *doctrina voluptuosa de Epicuro.* Independientemente de otros pasatiempos aun mas torpes, el virtuoso y severo Caton, si hemos de creer el testimonio de Horacio su panegirista, hallaba su virtud en el vino: *Narratur et magni Catonis sæpe mero coluisse virtus; ó en otros*

términos, ese santo de la filosofía no pasaba de un borracho, cuyos grados en la virtud señalaba el número de los vasos de Falerno que tragaba.

El estoicismo, objeto de loores tantos, no era una disciplina de virtudes, sino el arte de afectar la virtud en medio de los mas vergonzosos vicios; el arte de vivir encenagado en los deleites sin comprometer en demasía la reputacion y la vida, y entregarse al doble goce resultante de los placeres sensuales y la embriaguez del orgullo; el arte de sofocar, de apagar todo humano instinto, todo sentimiento natural, para sustituir una naturaleza enteramente artificial, que sujetaba y compelia á las facciones del rostro y á los movimientos corporales, á disimular todo resabio de dolor y satisfaccion del alma. Esa pretendida virtud no excluía el libertinaje mas cínico, la crápula mas impúdica, la avaricia mas ruin la ambicion mas desenfrenada, la crueldad mas atroz, y si no, que lo digan los vomitorios y esos millares de esclavos de ambos sexos que servían á los placeres del amo y de sus hijos, y que tanta abundaban en las opulentas viviendas de los mismos filósofos; que lo diga el estóico Séneca, únicamente afanoso en acumular tesoros por la usura y el robo; que lo diga el virtuoso Plutarco, que mandaba azotar á los esclavos en su presencia, para disfrutar del divertido espectáculo de ver sus llagas, sus convulsiones y sus dolores; que lo diga el mismo gran Caton, mandando á un esclavo suyo que se matase en su presencia, para saber como debía amañarse para darse él mismo la muerte, y como hubiera caído al suicidarse.

Los antiguos Romanos, esos sí que tenían virtudes; pero era porque en ellos se habia conservado intactas, como entre los antiguos Germanos, las tradiciones primitivas sobre la ley natural y la indisolubilidad del matrimonio. En todos casos, esos grandes varones que daban al mundo el ejemplo de todas las virtudes morales, nunca fueron filósofos. Pero desde que, por la conquista de la Grecia, invadieron á Roma las doctrinas y costumbres de los Griegos, arruinadas quedaron las creencias y costumbres antiguas, y la virtud llegó á ser un nombre vano, aun entre los filósofos; nombre que, cuando mas llegó á expresar los esfuerzos dirigidos á adquirir una fuerza material, una fuerza facticia, para domeñar los movimientos del cuerpo, y no una fuerza moral para avasallar las pasiones del alma.

§ X. Elogios hechos de esta moral de la filosofía pagana. Pasaje de Plutarco que la confirma.

Ahora bien, despues de declaraciones tan explícitas, hechas por los mismos filósofos, relativamente á su moral, ¿quién se atreverá, sin abjurar todo sentimiento cristiano y todo asomo de pudor, á jactarnos la moral de Sócrates y Ciceron, como una moral sana, pura, capaz de formar al hombre y al ciudadano, y servir de fundamento á la moral del Evangelio? y no obstante, tal es lo que se ha propalado recientemente, sin temor de la reprobacion pública, y aun con aplausos de cierto mundo filosófico.

Citemos el siguiente pasaje de un periódico cotidiano que, por otra parte, no carece de talento, ni de esa dignidad y respeto á que graves escritores son acreedores para consigo mismos.

« ¿Qué ilusion es esa de reformadores tales, y qué concepto forman de los libros que proscriben y de los que recomiendan? ¿Por ventura se pretende que los grandes escritores de Grecia y Roma hayan enseñado doctrinas morales, contrarias á la religion evangélica? Pero no hay nadie que no pueda responder que Sócrates y Zenon, Ciceron y Séneca profesaron principios de la mas sana y pura moral. Entre esta moral á la cual se da el nombre de pagana, y la moral cristiana, entre la moral de Sócrates y la del Evangelio, ¿qué diferencia cabe esencial y característica?

« La moral de Sócrates es la moral humana por excelencia, la moral de este mundo y de esta vida; la moral del Evangelio es la moral sobre humana, la moral del otro mundo y de la otra vida. Una se propone la virtud *seglar*, la otra la perfección mística; la primera forma hombres, la segunda santos, ¿y son acaso todos los hombres vasos de elección? ¿Estamos todos predestinados á morir en olor de santidad? No, y el mismo Evangelio nos dice: Muchos son llamados, y poco elegidos. La consecuencia que naturalmente emana de esta diferencia es que la educación común tiene por base necesaria la moral común y natural. A los seglares, los deberes, y virtudes seglares, á los místicos los deberes, y virtudes místicas.

« ¿Pretendemos acaso decir por esto que el estudio y meditacion de los Padres y doctores de la fe no deben formar parte de la educación pública? Léjos de nosotros semejante pensamiento. Nuestra creencia es que la moral pura y sublime del Evangelio es el coronamiento y sancion de la moral natural. Las virtudes trascendentes que enseña y respira, la caridad, la paciencia, la resignacion, la humildad, son, en cierto modo, el ideal, la flor de la vida cristiana. Desgraciadamente este ideal, esta flor, no están al alcance de todos; y es necesario poseer lo necesario antes de adquirir lo *superfluo*, por mas preciso y apetecible que parezca. Las virtudes que forman al hombre, son el pan cotidiano de esta vida, la condicion primera y el fundamento de las virtudes mas difíciles y escarpadas, que forman el patrimonio del verdadero cristiano y el trigo de los elegidos. *A los fuertes, el pan de los fuertes* » (Diario de los Debates.—*Journal des Débats*, 30 de abril de 1852).

A la verdad, al leer pasaje semejante, se cubriria de rubor la frente, si un sentimiento de piedad no prevaleciese en favor de la ligereza del que semejantes ideas emite en un periódico en que hubiera sido de esperar el no hallarlas. Lo cierto es que el autor del fragmento citado parece ignorar tanto la moral de los filósofos como la del Evangelio.

Al apoyo de esta observacion no se oirá sin interes el grito de una noble indignacion que se escapa de un alma profundamente honrada, porque es profundamente cristiana, á la lectura de los modernos apologistas de la moral de los antiguos filósofos: « Es necesario reconocerlo, dice M. Champagny: pronto serán tan comunes las apologías de la política de la antigüedad y de sus costumbres, como los panegiristas de su teología y estética. Uno de los escritores *mas funestos y depravados* de nuestra época, entre los que han escrito algo mas que novelas, ha dejado caer palabras, de alabanza sobre un ente tal como Antinoo. Así, vicios que rechaza con tanto asco como energía no solamente la religion y la moral, sino un resto de hombría de bien popular, profundamente arraigada en la poblacion, por otra parte, corrompida de nuestras grandes ciudades; vicios tan abominables empiezan á hallar apologistas entre nuestros escritores. En efecto, y no tengo necesidad de decirlo, pero es preciso recordar cuan ligado se hallaba ese desórden y cuan inmediatamente dependia del sistema de estética y teología carnal tan blasonadas. Ni Sócrates, ni Platon, ni Virgilio, ni Ciceron, ni un solo filósofo, ni un solo sabio llegar á escapar á tan horrendo contagio. Al contrario de él se engrien: Platon, en su *Banquete*, teoriza vicio tan nefando; Esparta, Tebas y casi todos los Estados lo hacen intervenir en su política; y el ingénno Plutarco, el buen Plutarco, el honrado Plutarco, como es costumbre llamarlo, al escribir sobre la educación de los niños, añade estas palabras que hacen estremecer, y parecen exceder á todo cuanto citarse pudiera: « Sobre lo que me queda que decir, apurado me hallo; me encuentro como en una balanza que un peso ligero inclina á derecha ó á izquierda. Cuando veo, en efecto, padres de familia tan duros y rígidos, únicamente llenos de confianza en sí mismos, que injuria reputan relaciones semejantes, y pretenden libertar de ellas

« á sus hijos entonces es cierto que no me atrevo á aprobar lo que con tanta energía condenan; pero cuando veo á Sócrates, Platon, Jenofonte, Esquines, Cebes y todo el coro de esos sabios que tales costumbres aprobaron, sin que esto les impidiese el conducir á la juventud á la verdadera sabiduría, á la vida política, á la virtud, entonces cambio enteramente de dictámen y cedo al deseo de imitar tan ilustres varones. » Pido al lector que excuse esta citacion, añade M. de Champagny; pero conviene mostrará veces, en toda su desnudez, esa vergonzosa embriaguez de la naturaleza humana, que hay quien pretende dar por el colmo del genio y la razon. (*Correspondant*, 10 de noviembre de 1850, págs. 135 y 134.)

§ XI. Observaciones sobre este pasaje de Plutarco. Cuadro que hace San Pablo de la vida de los antiguos filósofos. Sacrilegio estúpido de alabarlos bajo el punto de vista de la moral.

El pasaje de Plutarco, precedentemente transcrito, da lugar á dos observaciones: la primera es que, del testimonio del mismo Plutarco se deduce que el desórden en cuestion, que justificaban por su doctrina y autorizaban por su conducta Sócrates, Platon, Jenofonte y Plutarco, como cosa lícita en sí ó indiferente, era muy desaprobado, y mirado con horror y asco por los padres de familia, los cuales, á todo precio, querian libertar de él á sus hijos, como de una injuria, de una tacha, de una afrenta que hubiera mancillado su vida: nueva prueba de que hasta la época misma de Plutarco, habia conservado el pueblo, mejor que los filósofos, los instintos de pudor y los sentimientos de la ley natural; y que la entera destruccion de estos instintos, de estos sentimientos, de estas ideas fue la obra infernal del libertinaje filosófico. Coligese igualmente del testimonio de Plutarco, que mejor que los filósofos, habia conservado el pueblo las nociones de las verdades mas importantes, de las verdades primitivas propagadas y perpetuadas por la tradicion; y que el filosofismo fue el que se esforzó en hacer desplomar estas mismas verdades en el espíritu de las masas, predicándoles el ateismo, el materialismo y el escepticismo ó la duda universal y absoluta de toda verdad.

La segunda observacion á que da lugar la citacion de Plutarco, es que, segun este extraño moralista, la filosofia, al mismo tiempo que impelia á la juventud, por las teorías y ejemplos de inclitos varones, á los excesos mas torpes y lúbricos, pretendia no obstante ser la verdadera maestra de la vida, y guiar á los hombres á la sabiduría y la virtud. De lo cual es fácil concluir, como ya lo hicimos en nuestra primera Conferencia (§ 16), que los nombres de virtud y sabiduría eran muy elásticos entre los antiguos filósofos, pues esta virtud y esta sabiduría toleraba, en los que hacian alarde de profesarlas, toda clase de vicios; resultando que no pasaba de una virtud y una sabiduría de vana ostentacion, desmentidas por la conducta de la vida entera.

Lo vuelvo á repetir, pues no cabe demasia en repetirlo: si bien se examina, la sabiduría y virtud filosófica no eran en sustancia mas que el arte de entregarse á toda especie de desórden, pero de un modo tal que no se gastase la vida y se evitase la reprobacion pública ó la venganza de las leyes; en otros términos, es el arte de ser impúnemente vicioso, y el mayor tiempo posible, salvando las apariencias. Mas en esto comentaban de un modo práctico la máxima de Ciceron, máxima destructiva de toda moral; « conviene pensar como filósofo y vivir como político; *Sentiendum philosophice, vivendum politice* » (Véase conferencia primera §. 16).

Tal es la mentida sabiduría, la virtud tan equívoca de los antiguos filósofos que proclaman ufanos los modernos bajo el nombre de moral de Sócrates, de Platon y de Ciceron, la misma que apellidan moral seclar, moral de la

vida presente, la sola necesaria á los *hombres*, mientras que la del Evangelio solo conviene á los *ascéticos* y *elegidos*. A menos que, en escusa de los sujetos que tales asertos proclaman, se diga que no consideran ni comprenden lo que dicen, es necesario convenir que la moral que tienen siempre en la boca y bajo la pluma aniquila toda moral; del mismo modo que la religion que predicán prescinde de toda religion; en una palabra que la moral filosófica que desean substituir á la moral cristiana no es mas que un vicio, así como la religion filosófica con que pretenden reemplazar el cristianismo, es la incredulidad. Todo esto no admite duda despues de los escritos de Proudhon; y bien sabemos á qué atenernos sobre la moral y religion de ciertos escritores filosóficos, que llevan el nombre de progreso.

Por lo que toca á aquellos que aun no han abjurado completamente el cristianismo, si quieren saber de un modo cierto é infalible á que se reducía la moral de la antigüedad, no tienen mas que leer el cuadro horrible que con tanta maestría hace el apóstol San Pablo: ¡O admiradores estúpidos, ó pagnegiristas sacrilegos de la moral filosófica pagana, leed este elocuente pasaje del gran apóstol, y avergonzaos al ver que, al émitir tales discursos, os mostrais tan ignorantes del cristianismo como de la filosofía: «*Propterea tradidit illos Deus in passionibus ignominie. Nam femine eorum immutaverunt naturalem usum in eum usum qui est contra naturam. SIMILITER AUTEM ET MASCULI, relicto naturali usu femine, exarserunt in desiderii suis in invitum, erroris sui in semetipsis recipientes. Et sicut non probaverunt Deum habere in notitia, tradidit illos Deus in reprobum sensum, ut faciant ea que non conveniunt, repletos omni iniquitate, malitia fornicatione, avaritia, nequitia; plenos invidia, homicidio, contentione, dolo, malignitate; susurrones, detractores, Deo odibiles, contumeliosos, elatos, inventores malorum, parentibus nos obedientes, insipientes, incompósitos, sine affectione, absque fœdere, sine misericordia. Qui cum iustitiam Dei cognoverunt, non intellexerunt quoniam qui talia agunt digni sunt morte, et non solum qui ea faciunt, sed etiam qui consentiunt facientibus. (Rom. 1, 24-32.)*»

No es mi ánimo acusar á esos desventurados, pues bien sé que, si hubiese nacido en época tan aciaga, en medio de naciones corrompidas no menos por la filosofía que por la idolatría, hubiera sido tal vez peor que ellos, ó cuando menos, tanto. Lo que yo acuso es la jactancia, la insolencia sacrilega y estúpida de los que se extasian á la vista de moral semejante que se obstinan en llamar virtuosa, mintiendo á la historia y á sí mismos, moral que pretenden substituir á la del Evangelio para formar buenos ciudadanos, y un estado social sólido y perfecto.

Ello es cierto que esas torpezas, esas monstruosidades, esos horrores, no son de extrañar en hombres que desconocen ó que niegan el dogma de la creacion; pues, si Dios no ha criado al hombre, es consecuencia rigurosa admitir, como ya hemos visto (conferencia precedente, § 20, pág. 408), que Dios no pudo dictarlo leyes. En este caso, la ley natural, invento y obra del hombre, solo puede depender del albedrío y voluntad del hombre, y no puede obligarlo sino en tanto que le place el someterse. Toda ideal de moralidad absoluta desaparece por el hecho mismo, y la utilidad es la única medida de la justicia y honradez. En efecto, la utilidad civil, doméstica é individual, es la base de todos los tratados morales que nos han dejado los filósofos paganos y todas las legislaciones paganas que sobre este punto de vista han visto la luz. El uso de las mujeres, el divorcio, la poligamia, y todo lo que en estos tratados concierne las costumbres, no pasa de un asunto de convención, de policía y propiedad.

En ellos vemos que hay que vivir de un modo conforme á la naturaleza,

que hay que obedecer á la naturaleza ; pero, fuera de la revelacion, si es posible sospechar la caída del hombre, no es posible formarse una idea clara y distinta de esta verdad ; y síguese como consecuencia natural, que no es fácil distinguir, de un modo exacto, las inclinaciones legítimas y verdaderas, naturales al hombre y conformes á su naturaleza primitiva y perfecta, de las inclinaciones desordenadas ó contra naturaleza, resultado funesto de su caída é inherentes á su naturaleza degenerada ; y, por este motivo, autorizó la filosofía las más infames relaciones, las que más ultrajan la naturaleza, las que al pueblo inspiraban horror, y que la filosofía aprobaba como cosas indiferentes ó conformes á la naturaleza.

Pero aun admitiendo que la razón, alumbrada por la conciencia, sostenida por las creencias universales, hubiese podido discernir y diferenciar las tendencias contra naturaleza de las tendencias legítimas que la naturaleza inspira, esta misma filosofía, al negar la creación, no hubiera dado un paso en la senda de la moralidad ; y en efecto, ¿ qué vendría á ser esa naturaleza, y qué obligaciones morales pudiera imponer, si hubiese podido formarse independientemente del Dios criador y señor de la naturaleza ? Vuélvase la tésis como se quiera, y tanto como se quiera : ello es cierto y fuera de duda que, fuera del dogma del origen divino del hombre, no se puede establecer ninguna regla de moral uniforme, estable y obligatoria para la conciencia humana ; y todos los vicios y crímenes á ser llegarán prácticas legítimas é indiferentes para toda filosofía que niegue el dogma de la creación.

Los modernos han arreglado de otro modo el principio de la ley moral, sin preocuparse de un Dios legislador. « El bien, dice M. Jouffroy, el verdadero bien, el bien en sí, el bien *absoluto*, es la realización de la ley *absoluta* de la creación, el orden universal. . El bien de cada ser es un fragmento del bien *absoluto* ; y tal es el título que lo constituye un bien ; de ahí le viene su carácter ; y si el bien absoluto es respetable y sagrado para la razón, el bien de cada ser y el cumplimiento de la destinación de cada ser, llegan igualmente á ser sagrados y respetables para la misma.

« Desde que concibe nuestra razón la idea del orden, hay entre ella y dicha idea una *simpatía* tan profunda, tan verdadera, tan inmediata, que en presencia de esta se prosterna aquella ; la reconoce sagrada y *obligatoria* para consigo, la adora como su *legítima soberana*, y á ella se somete como á su *ley natural y eterna*. Violar el orden es una indignidad á los ojos de la razón : *realizar el orden*, en tanto como es compatible con nuestra flaqueza, es acción *buen*a, es acción *bella*. Un nuevo motivo de obrar aparece, una verdadera regla, *verdaderamente regla*, una nueva ley, *verdaderamente ley*, a un motivo, una regla, una ley que por sí misma se legítima, que *obliga inmediatamente*, que, para darse á respetar y reconocer, no tiene más que « no invocar nada que le sea extraño, nada que le sea anterior y superior. Si, mas allá del orden, no hubiese un Dios para nuestra razón, no sería el orden menos sagrado para esta ; pues los vínculos que ligan nuestra razón, y la idea del orden, subsisten independientemente de toda idea religiosa. » (CURSO DE DERECHO NATURAL, lección II.)

Así, en el concepto de M. Jouffroy, el fin absoluto de la ley moral es el *orden universal* del mundo como igualmente el orden particular de los seres que lo componen ; y del conocimiento de este orden emana una *regla verdadera*, una *verdadera ley* que obliga por sí misma, independientemente de todo ser anterior ó superior, esto es, de Dios. Principio es este que, como bien se ve, es el mismo tan conocido de Grocio, que sostenía que las leyes morales serían siempre *leyes verdaderas*, aun cuando Dios no existiese. Pero desde luego resulta que el orden universal del mundo no podrá ser absoluto, sino en tanto que el mundo fuese Dios, poseyendo los atributos propios de Dios ; y tal es el panteísmo estoico.

Si se admite que el mundo ha sido criado, el mundo es, con todos los seres que contiene, contingente, relativo, mutable, temporal, finito; y el orden de semejante ser no puede ser nunca *absoluto*; la idea del orden universal y particular no puede constituir obligaciones *absolutas*, deberes *absolutos*; y por consiguiente no puede constituir un fundamento á la moral. Para admitir doctrina semejante seria necesario admitir el panteísmo, ó bien seria necesario quitar á la moral el fundamento del *absoluto*, de que ha de menester para producir verdaderas obligaciones, verdaderos deberes.

Así muy bobos, muy tontos, y, digámoslo sin rodeos, muy ridículos, son nuestros filósofos al pretender lograr del hombre el sacrificio de sus intereses, de sus gustos, de sus placeres, de sus pasiones, en nombre de la *simpatía* que tiene la razón con el *orden universal*, en nombre de la *belleza* del orden universal, en nombre del orden universal mismo. Las pasiones humanas no ceden á semejantes consideraciones; y, fuera de la idea de un Dios legislador, cuya autoridad *absoluta* puede tan solo criar deberes *absolutos*, obligando la conciencia, en vano se hablará al hombre de la *necesidad* y *belleza del orden*; el orden no será para él mas que una palabra; el solo que admitirá es el de satisfacer sus apetitos y sus propensiones por todos los medios posibles; y por consiguiente, inútil será pronunciar excelentes discursos sobre la virtud pues nunca podrá esto formar *hombres virtuosos*, á menos que lo sean como los antiguos filósofos, los cuales tenían siempre la virtud en los labios al paso que se encenagaban en todos los vicios.

TERCERA PARTE.

EL ESCEPTICISMO DE LOS ANTIGUOS.

§ XII. CUESTIONES ACADÉMICAS de Cicerón. Su primer argumento en favor del escepticismo. El ejemplo de los mas célebres filósofos.

El escepticismo ó desesperacion de encontrar la verdad, es seguramente la consecuencia mas horrorosa y mas funesta de la ignorancia ó negacion del dogma de la creacion; pero, al mismo tiempo, su consecuencia mas lógica. Para convencerse de esta verdad, no hay mas que leer el libro segundo de las *cuestiones académicas* de Cicerón, tratado el mas completo que nos queda de la razón filosófica antigua en favor del escepticismo.

No tan solo por pasajes aislados, por palabras escapadas á su pluma en sus momentos de mal humor, se revela al mundo filosófico el filósofo romano como el escéptico mas consumado de toda la antigüedad; sino que, con una voluntad premeditada, fija, con toda la fuerza de su inteligencia, de su alma, de su palabra, pulveriza, en este libro, todas las razones, todos los indicios, todos los criterios de certidumbre, estableciendo que nada puede saber con seguridad el hombre, y que la duda universal es su condicion inevitable, su estado natural.

Los principales personajes de este triste diálogo, son Lúculo y el mismo Cicerón, que disputan, en presencia de Catulo y Hortensio *sobre la certidumbre*; sosteniendo el primero, Lúculo, el dogmatismo del Pórtico ó de los

antiguos; y el segundo, Ciceron, las *Epochen* de la Academia, ó la suspension de todo consentimiento á las percepciones recibidas.

Nada de un modo mas victorioso demuestra la importancia del dogma de la creacion que esta discusion en que la razon filosófica antigua, por haber ignorado ó negado el verdadero origen del hombre y su creacion por Dios, se ve reducida á guarecerse bajo el escepticismo, como conclusion postrera de toda ciencia; bajo el escepticismo, esto es, la imposibilidad del hombre de llegar á poseer la verdad.

Aquí solo presentamos un ligero compendio de esta famosa disputa, traduciendo, menos segun la letra que segun el espíritu, los pasajes mas notables; coordinándolos entre sí, y añadiendo algunas observaciones propias para que resalte esta lúgubre y lamentable verdad: que al negar la creacion del hombre, tal como nos la enseñan los Libros santos, no hay medio de escapar al horrendo precipicio del escepticismo, y es forzoso negarse á sí mismo despues de haberlo negado todo.

Para que no cupiese duda en el punto principal de la cuestion, habia dicho Lúculo: « Toda la doctrina de los académicos se resume en esta conclusion: de las cosas que creemos ver con certeza, las unas son verdaderas las otras falsas. Es así que lo falso evidentemente no puede ser percibido, luego la evidencia de lo falso es falsa en sí, y no obstante á menudo nos parece verdadera. Al contrario, la evidencia de las cosas verdaderas es verdadera en sí misma: pero mas de una vez nos parece falsa, y no hay medio de distinguir la evidencia falsa de las cosas falsas, de la verdadera evidencia de las cosas verdaderas. Resulta pues que no existe certidumbre alguna ni en lo falso, ni en lo verdadero, y por consiguiente hay que concluir que nada se puede percibir de un modo seguro, y que de nada se puede estar cierto: *Composita ea conclusio sic est: Eorum quæ videntur, alia vera sunt, alia falsa: et, quod falsum est, id percipi non potest: quod autem verum visum est, in omne tale est, ut ejusdemmodi falsum etiam possit videri. Et, quæ visa sint ejusmodi, ut in iis nihil intersit, non posse accidere, ut eorum alia percipi possint, alia non possint. Nullum igitur est visum, quod percipi possit* (Cap. xxiii). »

« Pues bien, responde Ciceron, eso es cabalmente de lo que se trata, y tal el núcleo de la conferencia. Así voy á demostraros que el hombre se halla en situacion tal, que nada puede percibir de un modo que sea conforme á la verdad; *Nitatur igitur, nihil, posse percipi? etenim de eo omnis est controversia* (Cap. xxi). »

Establecida en estos términos la cuestion, empieza Ciceron á demostrar su tesis, por el ejemplo de los mas ilustres filósofos, los cuales, en el concepto de orador romano, no pasaron de verdaderos escépticos, esto es, hombres que desesperaban poder llegar á alcanzar la verdad de un modo indubitable.

« Podria empezar por citaros á Demócrito. ¿Quién puede compararse á este filósofo por la elevacion de su ingenio y la grandeza de su corazon? Y sin embargo, estas son las palabras con que se atreve á principiar su disputa sobre la certidumbre: « De todas las cosas afirmo que inciertas son. » Ya lo veis bien: nada exceptua Demócrito sobre la incertidumbre de la mente humana, pues el que dice *todo*, nada omite. Y no olvidéis que nosotros los académicos, al negar la certidumbre subjetiva, admitimos la objetiva; pues admitimos que hay muchas cosas verdaderas, solamente decimos que el hombre no puede distinguirlas de las falsas; al paso que, mucho menos reservado y mas concluyente que nosotros, declara Demócrito que la verdad no existe en parte alguna, y que nada absolutamente es verdadero. *Quid loquar de Democrito? Quem cum eo conferre possumus non modo ingenii magnitudine, sed etiam animi? qui ita sit ausus ordiri: Hæc loquor de universis. Ni-*

híl excipit, de quo non profiteatur. Quid enim esse potest extra universa?... Atque is non modo hoc dicit quod nos, qui veri esse aliquid non negamus, percipi posse, negamus: ille verum plane esse negat (Cap. XXIII). »

« Metrodoro de Chio, al principiar su libro sobre la *Naturaleza*, dice: « Yo niego que sepamos saber algo ó no saber nada: niego que ni aun siquiera sepamos lo que es saber ó no saber; niego en fin que sepamos si algo existe ó no existe; *Chius Metrodorus initio libri, qui est de natura: Nego, inquit, scire nos, sciamusne aliquid, an nihil sciamus, ne id ipsum quidem nescire, aut scire, nec omnino: sit ne aliquid, aut nihil sit. (Ibid.) »*

« Hace poco deciais que Empédocles os parecía un loco; pero, en mi concepto, habla de un modo admirable y digno de la materia que trata. ¿Es acaso justo, de parte vuestra, acusarlo de volernos ciegos, y privarnos enteramente de nuestros sentidos, porque opina que la fuerza de los sentidos no es suficientemente grande para juzgar de los objetos sometidos á su accion? *Furere tibi Empedocles videtur; ut mihi dignissimus iis, de quibus loquitur, sonum fundere. Num ergo is excæcat nos, aut orbat sensibus, si parum magnam vim censet his esse ad ea quæ sub eos subjecta sunt judicanda?* »

« Parménides y Jenócrates se encolerizan y motejan de arrogantes todos aquellos que, sabiendo que nada se puede saber con certidumbre, se atreven á sostener que saben la menor cosa: *Parmenides, Xenocrates, quasi irati, increpant arrogantiam eorum qui, cum sciri nihil possit, audeant se scire dicere.* »

« Pretendeis que hay que exceptuar á Sócrates y Platon del catálogo de los filósofos escépticos. ¿Y porqué? *Ab his aiebas removendum Socratem et Platonem. Cur?* ¿Queréis enseñarme lo que pensaron Sócrates y Platon, á mí que he pasado con ambos toda mi vida, y que por consiguiente, puedo mas que nadie, hablar en la materia? *An de ullis certius possum dicere? Vixisse cum his equidem videor.* »

« Pues bien, yo conozco una multitud de discursos de Sócrates, de los cuales resulta, sin dejar cabida á la menor duda, que su opinion era que nada se puede saber con certidumbre; y solo una cosa exceptua el filósofo de este axioma: una sola cosa le constaba, saber: que nada sabia; y nada mas: *Ita multi sermones perscripti sunt, e quibus dubitari non possit quin Socrati nihil sit visum sciri posse. Excipit unum tantum: scire se nihil scire: nihil amplius.* »

« ¿Qué diremos de Platon? ¿Acaso no ha seguido esta misma doctrina de la ignorancia socrática, como lo acreditan la multitud de libros en que establece y explica este principio? ¿Cómo hubiera podido escribir tantos libros en favor de esta doctrina si no la hubiese aprobado? A menos que se crea que Platon haya querido siempre burlarse de Sócrates, y hablar irónicamente de su maestro, lo que ninguna razon puede dar á suponer. *¿Quid dicam de Platone? Qui certe tam multis libris hæc persecutus non esset, nisi probavisset. Ironiam enim alterius, perpetuam præsertim, nulla fuit ratio persequendi.* »

« Por lo tocante á los Cirenáicos, filósofos que distan mucho de merecer desprecio, ¿podeis acaso negar que hayan profesado la misma doctrina? Pues bien lo sabeis: afirman los cirenáicos que ningun medio tenemos de asegurarnos de lo que está fuera de nosotros; que solo nos consta aquello de lo cual el sentido íntimo nos da testimonio, relativamente á los hechos interiores, que pasan en nosotros mismos, de las impresiones agradables ó dolorosas que experimentamos; pero que la causa que las produce nos es completamente desconocida. Así no podemos decir: tal objeto posee tal color, tal otro tal sonido; sino que nuestros ojos se hallan afectados de tal color, nuestras orejas de tal sonido: *Quid Cyrenæici videntur, minima contempti philosophi? Qui negant esse quidquam quod percipi possit extrinsecus ea; re sola*

percipere que tactu intimo sentiant, ut dolorem et voluptatem: neque se quò quid colore aut quo sono sit scire, sed tantum sentire et affici se quodam modo.»

Al acabar este triste catálogo de los escépticos, en que no falta ninguno de los príncipes de la filosofía antigua, exclama Ciceron: «¿Es posible que un número tan considerable de filósofos ilustres, de ingenios culminantes, al anhelar alcanzar sinceramente la verdad, hayan osado sostener doctrina semejante, si no les hubiese enseñado la experiencia que el hombre, entregado á sí mismo, nada puede saber de cierto? Y si tan ínclitos varones, á pesar de tantas y tantas investigaciones afanosas, durante repetidos siglos, no han podido saber mas, necio y temerario es pensar, como pronto te convenceré de ello, que en los siglos venideros algo mejor ó mas seguro pueda encontrar el pensamiento humano: «*Satis multa de auctoritatibus... Num putarem post illos veteres, tot seculis, potuisse, tot ingeniiis, tantisque studiis quarentibus inveniri? Quid inventus sit paulo post videro, te ipso quidem iudice.»*

§ XIII. Segundo argumento de la razon filosófica antigua en favor del escepticismo: la imposibilidad en que se halla el hombre de asegurarse de la fidelidad del testimonio de los sentidos.

Pero despues de haber establecido el escepticismo por la autoridad, veamos como continua alianzándolo Ciceron por el raciocinio:

Los filósofos antiguos establecian el dogmatismo sobre este principio: que la percepcion clara y distinta es la que resulta con tanta exactitud de la cosa percibida, que no pueda ser producida por otra cosa, y por esto mismo es un signo de verdad: *Visum est impressum, effectumque ex eo unde esset, quale esse non posset ex eo unde non esset.* Esta definicion de Zenon, añadian los estóicos, es de la mayor exactitud, porque hay un vinculo necesario entre la cosa existente y la percepcion á que da lugar; en términos que es imposible tener una percepcion clara y distinta de una cosa que no existe, ó que existe de un modo ageno al modo percibido: *Id nos a Zenone rectissime definitum dicimus. Qui enim potest quiddam ita comprehendere ut plane confidas id perceptum esse quod est tale quale vel falsum esse possit?*

Reconocen empero los estóicos que si esta definicion pudiese vacilar, desplomariase, por el hecho mismo, todo el edificio de la certidumbre; que la negacion de este principio acarrearía como consecuencia inevitable la imposibilidad total de discernir lo verdadero de lo falso, y resultaría la necesidad rigorosa de convenir con los académicos que no hay ni puede haber certidumbre en cosa alguna. Por este motivo, no escaseaban medio alguno los estóicos para defender este principio ó esta definicion, como la primera base de la filosofía estóica; base que, deseosa de producir el efecto contrario, afanábase Filon en derribar: *Hoc cum infirmat Philo, iudicium tollit incogniti et cogniti. Quare omnis oratio contra Academiam suspicitur a nobis, ut retineamus definitionem, quam Philo voluit evertere, quam nisi obtinemus, principi nihil posse concedimus.*

Ahora bien, para pulverizar este principio, bastaba probar, por el testimonio del mismo Zenon, que se puede tener ó creer tener una percepcion clara y distinta (*visum*) de una cosa que no existe, ó que existe de un modo diferente al modo en que es percibida; esto es, que hay evidencias falsas como las hay verdaderas; y si pudiese probarse este aserto, presto hallábase Zenon á confesar que la percepcion clara de la cosa no es el signo infalible de la verdad: *Vidit Zeno acute nullum esse visum quod percipi posset, si id tale est ab eo quod est, ut ejus modi ab eo quod non est, esse posset.*

Reducida la cuestion á estos términos, Ciceron se empeña en demostrar, como ya lo habia intentado anteriormente Arcesilao su maestro, que hay evidencias falsas que producen en la mente una impresion tan viva y tan fuerte como las evidencias verdaderas, sin que posea el hombre en sí el medio de asegurarse si se equivoca ó no : *Incubuit ergo Arcesilas in eas disputationes, ut doceret, nullum esse tale visum a vero ut non ejusdem etiam esse possit a falso.*

Y, empezando por los sentidos : Vosotros mismos reconocéis, dice Ciceron á los estóicos, que el testimonio procedente de los sentidos, unas veces es ilusorio y engañoso, otras verdadero y fiel ; pues bien, os ruego que me digais, ¿ qué medio tenéis para distinguir con certeza el caso en que los sentidos son testigos falaces, y el caso en que son testigos sinceros de la verdad ? — *Tu qui visa, sensibus, alia vera, alia falsa esse dicebas, qui ea distinguis ?*

« Vosotros afirmáis que, para distinguir estos casos, basta un poco de reflexion sobre el estado en que se halla el espíritu en el momento de sentir, y sobre la impresion mayor ó menor de la sensacion ; porque las impresiones, añadís, que experimenta el hombre durante el sueño, la demencia ó la embriaguez, son mas débiles que las que le asaltan durante la vigilia, y en el estado de la mente humana cuando se halla esta en estado de sobriedad perfecta. Alegáis el ejemplo de Ennio, el cual, al despertarse no dice que ha visto á Homero, sino que le parecía haberlo visto ; y la misma observacion haceis con respeto al hombre ebrio ó de potencias enagenadas ; mas olvidáis que ni á mí ni á ningun otro académico ha podido ocurrirle el negar que, al despertarse, un hombre crea soñar aun ; ni que, al recobrar la razon, persista un loco en su tema. Pero no se trata de eso. Lo que se desea saber es si las cosas que soñamos durante el sueño, nos parecen, ó no, tan evidentes como las que vemos despiertos : « *Dormientium et vinolentorum et furiosorum visa imbecilliora esse dicebas quam vigilantium, siccorum, sanorum. Quomodo ? Quia, cum experrectus esset Ennius, non diceret se vidisse Homerum, sed visum esse. Similia de vinolentis. Quasi quisquam neget, et qui experrectus sit eum non somniare, et cujus furor consederit, putare non fuisse vera quæ essent sibi visa in furore. Sed non id agitur. Tum cum videantur, quomodo videantur ? Id queritur.* »

Poco despues, insistiendo siempre en el mismo argumento, repite Ciceron la misma observacion. « Sosteneis, dice, que los que sueñan pueden notar las falsas evidencias que, durante el sueño, experimentan cuando despiertos y en estado de salud. Pero os lo repito, nada prueba eso ; pues bien sabido es que es cosa admitida por todo el mundo. Lo que nos importa establecer en la cuestion de que se trata, es que las fantasmas ó representaciones que nos asaltan durante el sueño, embriaguez ó locura, son tan vivas y tan fuertes como las que experimentamos durante la vigilia, y en estado de sobriedad ó salud de espíritu. *Vos autem nihil agitis cum falsa illa somniantium recordatione ipsorum refellitis : non enim id queritur : qualis recordatio fieri soleat eorum qui experrecti sunt, aut eorum qui furere destiterint ; sed qualis visio fuerit, aut furentium aut somniantium cum commovebantur.*

« Ahora bien, todo esto es cosa indubitable, pues creemos en las cosas que soñamos, mientras que las soñamos, con una persuasion íntima, tan fuerte y completa como la que tenemos de las cosas que vemos cuando estamos despiertos. Lo mismo sucede con los locos, que á menudo creen ver lo que no ven, con tanta emocion y tanta seguridad en las cosas que no existen, como las personas cuerdas en las que existen : *Num videtur minorem habere visis quam vigilantes fidem ? quid loquar de insanis ? qualis tandem fuit affinis tuus Tuditanus ? Quisquam sanissimus tam certe putat quæ videt quam is putabat quæ videbantur ?*

« Siendo pues cierto, concluía Ciceron, que nos hallamos igualmente impresionados por las emociones falsas y las verdaderas, en términos que con la misma fe adherimos á las primeras que á las segundas, síguese como consecuencia evidente que no tenemos medio alguno de distinguir las evidencias falsas de las verdaderas: *Omnia autem hæc proferuntur, ut illud efficiatur, quo certius nihil potest esse: inter visa vera et falsa ad animi assensum nihil interesse.* »

Todo este razonamiento de Ciceron se reduce á lo siguiente: Es cosa cierta, pues los mismos estóicos lo reconocen, que muy á menudo nos parece ver lo que no existe, ó ver las cosas de otro modo del que existen; y que estas falsas apariencias se presentan á nosotros con el mismo grado de caridad, excitan una seguridad tan entera y completa, ó impresionan tan vivamente nuestro espíritu como las percepciones verdaderas.

Cuando tales juegos de la imaginacion, tales ilusiones de los sentidos nos asaltan durante el sueño, la embriaguez ó la locura, tenemos medio de comprender su insuficiencia, porque el sueño, la embriaguez ó la locura son estados accidentales, pasajeros, excepcionales del hombre; y cuando este vuelve en sí mismo ó, en otros términos, recobra su razon, puede convenirse de la ilusion. Pero, cuando acuden estas mismas ilusiones al hombre despierto, en estado de sobriedad de cuerpo de salud perfecta de espíritu, no tiene medio alguno de notar que ha sido engañado; para esto, seria preciso cambiar de estado, pues solo, por el cambio de estado, se puede saber la vanidad de las visiones que experimentamos durante el sueño. Pero, cuando se engaña estando despierto, mientras que se halla en estado de sobriedad ó con el ánimo sano, pregunto yo, ¿á qué estado mas natural y mas perfecto puede pasar para cerciorarse de que se equivoca?

En segundo lugar, debiera el hombre reflexionar, examinar, comparar; pero, para decidirse á ello, seria necesario haber concebido dudas sobre la realidad de sus percepciones. Mas las evidencias falsas impresionan la mente ni mas ni menos que las verdaderas; y, como en el estado de verdadera evidencia, no solamente no duda el hombre sino que le es imposible el dudar; del mismo modo tampoco duda ni le es posible dudar cuando la evidencia es falsa; y por consiguiente ni aun siquiera le ocurre que debe reflexionar, examinar, comparar; luego permanece en su error, pues lejos de tener el medio de salir de él, ni aun siquiera tiene el medio de conocerlo.

En vano se objetará « que el error, la equivocacion cuando se trata del testimonio de los sentidos es accidental, y que solo existe en algunos hombres no sanos ó que hacen una mala aplicacion de sus sentidos á los objetos que pretenden conocer; y que su error, su equivocacion puede muy bien llegar á ser patente por el testimonio de la mayoría en los cuales es fiel el testimonio de los sentidos, porque los tiene sanos, y hace de ellos un uso, legítimo, natural, tal como conviene. » Pero se puede responder que esta mayoría se compone de hombres capaces de engañarse y desprovistos de toda clase de medio para conocer sus errores; y, si no puede conocer los propios, con mayor razon los ajenos. Así no hay medio de distinguir entre si las verdaderas y falsas evidencias que de los sentidos resultan. Tal es la argumentacion de Ciceron contra la certidumbre y evidencia sensible.

§ XIV. Tercer argumento en que establecian los antiguos el escepticismo: la impotencia de la lógica y la discordia de los filósofos relativamente al criterio de certidumbre.

En el concepto de Ciceron, si cabe al hombre impotencia completa para discernir las verdaderas y falsas evidencias que resultan del testimonio de los

sentidos, no es más feliz la criatura humana por lo tocante al testimonio de la razón ó del discurso.

« Cuando se trata de discurrir, decís, ponéis en la lógica toda vuestra confianza. ¿ Pero qué socorro se puede esperar de una ciencia sobre cuyos principios no están de acuerdo las diferentes sectas filosóficas?

« Oigamos el criterio de Protágoras : *que cada uno debe mirar como verdadero lo que verdadero le parece.* El criterio de los Cirenaicos era enteramente diferente, pues, para distinguir lo verdadero de lo falso, no conocían más regla que los movimientos interiores del alma. Epicuro difiere completamente de ambas estas doctrinas; y solo admite como verdadero lo que como tal representan los sentidos y las imágenes sensibles y halagüeñas de las cosas. En cuanto á Platon, siguiendo una senda enteramente contraria, sostiene que ninguna verdad nos enseñan ni los sentidos ni las concepciones ú opiniones que cada uno se forma; pero que la verdad reside única y enteramente en las ideas de las cosas que por sí mismas, se insinúan y penetran en nuestra mente : *Judicia dialecticæ nulla sunt. Aliud judicium Protagoræ est qui putat id cuique verum esse quod cuique videatur. Aliud Cyrenaicorum, qui, præter permoções intimas, nihil putant esse judicii. Aliud Epicuri, qui omne judicium in sensibus, et in rerum notitiis, et in voluptate constituit. Plato autem omne judicium veritatis, veritatemque ipsam abductan sensibus, et ab opinionibus, cogitationis ipsius et mentis esse voluit*

Ahora bien, no siendo posible adoptar como criterio de verdad el conjunto de todos estos principios, pues contradictorios son entre sí, te ruego que me indiques, cuál es el que debo preferir como el solo verdadero, el solo legítimo, el solo natural. Pero antes de responderme á esta pregunta, te prevengo que no tienes derecho alguno de obligarme á tomar por guía uno ó varios de esos grandes maestros cuya autoridad se halla contrabalanceada, destruida, aniquilada de antemano por sus discordias mutuas : *Cur cogimus eos sequi, qui inter se tantopere dissident?* »

Por lo que concierne á los estoicos, su criterio para distinguir las evidencias verdaderas de las falsas, era este : Debemos mirar como existente toda proposición en la cual el predicado se refiere al sujeto de un modo tan íntimo y necesario como en esta proposición. ES DE DIA, LUEGO VENOS. A lo cual responde Ciceron en estos términos : « ¿ Cómo os atreveis á apoyaros en semejante criterio? ¿ Habéis acaso olvidado las disputas y contiendas que mediaron con motivo de este mismo criterio, entre los filósofos mismos que lo admitían? Diodoro sostiene una cosa, Filon sostiene otra, Crisipo difiere de ambos; y ¿ acaso no se halla en oposición flagrante este mismo Crisipo, en este punto como en los demás, no solamente con los demás filósofos, sino con el mismo Cleanto que habia sido su maestro? ¿ Qué os diré de esos dos grandes príncipes de la dialéctica, de esas dos inteligencias tan robustas, Antipater y Arquidemo? ¿ En cuántos puntos, sin salir de este mismo quomodo, se hallan en plena disension? *In hoc ipso quod in elementis dialecticæ docent quomodo judicare oporteat verum falsumne sit, si quid ita connexum est ut hoc. SI DIES EST. LUCET; quanta contentio est? Aliter Diodoro, aliter Philoni, Chrysippo aliter placet. Quid? cum Cleante, auctore suo, quam in multis rebus Chrysippus dissidet? Quid duo vel principes dialecticorum Antipater et Archidemus opinionissimi homines? nonne in multis rebus dissentiunt?*

« Y, si todo esto es verdad, ¿ de qué derecho, Lucillo, te atreves á volverme odioso á tu secta, y apelarme, en cierto modo, á los tribunales como culpable de un gran crimen, porque en materia de certidumbre, yo no soy ninguno de esos filósofos de tu gremio, que ni entre sí siquiera se entienden : *Quid me itgiur, Luculle, in invidiam et tanquam in concionem vocas?* »

Volviendo despues á los jefes de escuela, Platon, Aristóteles y Zenon, veamos lo que observa Ciceron con respeto al criterio que asignan para el conocimiento de la verdad: «Opinan los Platónicos, dice, que el espíritu es el que debe juzgar por sí mismo, y con la mayor independencia de las percepciones que nos vienen por los sentidos; pues, en el concepto de estos filósofos, en el espíritu mismo residen las concepciones verdaderas, simples, abstractas, constantes, las que expresan la naturaleza verdadera de las cosas sensibles; y por consiguiente el espíritu solo es el juez legítimo de lo verdadero, y únicamente á su testimonio debemos referirnos. Estas concepciones de las cosas, los Platónicos, segun el uso de su maestro, las llaman *ideas*, y nosotros Latinos las denominamos *Especies ó imágenes* de las cosas: *Platonicis non est iudicium veritatis in sensibus. Mentem volebant verum esse iudicem, quem solum censebant idoneum cui crederetur. Quia solus cerneret id quod semper est et simplex et uniusmodi, et tale quale esset. Hanc illi IDEAM appellabant, jam a Platone ita nominatam, nos recte SPECIEM possumus dicere.*

«Así pues, segun la doctrina platónica, de nada pueden asegurarnos los sentidos: y por consiguiente, en las cosas sensibles, podemos tener opiniones mas no certidumbre (Entretanto, era el IDEALISMO). No hay certidumbre para los Platónicos, fuera de las cosas propiamente intelectuales, que son del dominio del sentimiento y la razon; y por este motivo respetan tanto las definiciones que á cada momento producen, y en toda clase de materia en que traban discusiones: *Sensus autem omnes hebetes et tardos esse arbitrabantur; nec percipere ullo modo res eas que subjecte sensibus viderentur. Itaque hanc omnem partem rerum OPINABLEM appellabant. Scientiam autem nusquam esse censebant, nisi in animi notionibus atque rationibus. Qua de causa definitiones rerum probabant et has ad omnia, de quibus disputabatur, adhibebant.*

«Y pasémosnos al ver cuán liviano y flaco es el espíritu humano. Era tan grande la fe de Platon en esta doctrina de las ideas innatas, que habia llegado á adorarla, y creia ver en ella algo de divino; pero Aristóteles que la reputaba un sueño y la consideraba como un delirio humano, la combatió con vigor y la redujo á la nada: *Aristoteles primus species labefactavit quas mirifice Plato fuerat amplexatus, ut in his quiddam divinum esse diceret.*

Pero volvamos á la razon.

§ XV. Continuacion del argumento de la impotencia de la lógica: Lo vano y arbitrario de sus principios.

«¿Qué verdad puede asir la razon? Vosotros sostenéis que puede llegar á poseer la verdad por medio de la dialéctica, regla en vuestro concepto infalible y juez supremo de la verdad y el error. Pero os ruego que me digais ¿Cuál es esa verdad y ese error? ¿Podrá tal vez decidir la dialéctica de lo verdadero y lo falso en la geometria, en la literatura, en la música? Pero nada entiende en todo esto. ¿Será acaso en la filosofia? ¿Pero qué puede decirnos esta misma filosofia sobre la naturaleza y magnitud del sol? ¿Posee acaso medio alguno para juzgar de la cuestion importante del bien soberano? ¿Cuáles serán las materias de su competencia? ¿Fallará únicamente en la verdad de la razon componente y de la razon dividente? ¿Se pronunciará sobre lo que repugna á un principio, ó sobre lo que de él emana como consecuencia? Pero si solo puede fallar en estos casos ú en otros análogos, solo juzga de sí misma; sin embargo mucho mas nos habia prometido, y sus sentencias en semejantes materias no tienen importancia ni relacion con las grandes y numerosas cuestiones de la filosofia: *Quid*

est quod ratione percipi possit? Dialecticam inventam esse dicitis, veri et falsi disceptatricem et judicem, cujus veri et falsi? Et in qua re? in geometriane quid sit verum vel falsum dialectica judicabit? an in literis, aut in musicis? At ea non novit. In philosophia igitur. Sol quantum sit, quid ad illum? Quid sit summum bonum, quid habet, ut queat judicare? Quid igitur judicabit? Quæ conjunctis, quæ disjunctis vera sint, quid ambigue dictum sit, quid sequatur quamque rem, quid repugnet? Si hæc et horum similia judicat, de se ipsa judicat. Plus autem pollicebatur. Nam hæc quidem judicare ad ceteras res, quæ sunt in philosophia multat atque magnæ, non est satis.

« Pero cuidado que ese arte de la dialéctica en que tanta confianza teneis, ne se vuelva contra vosotros mismos, y que vuestros adversarios no os ataquen con vuestras propias armas.

« Al principio viene la dialéctica á presentaros, con mil zalamerías y con un aire satisfecho, los elementos del lenguaje; luego os enseña á desenredar las ambigüedades de las palabras y la manera de concluir y probar; y, despues de haberos dado otros preceptos poco numerosos y aun menos importantes, llega al sorites, á ese modo de argumentacion tan resbaladiza y peligrosa, que, hace poco la caracterizábais diciendo que es un modo vicioso de preguntar, y no otra cosa: *Sed quoniam tantum in ea aste ponitis: videte, ne contra vos tota nata sit. Quæ primo progressu festivè tradit elementa loquendi et ambiguum intelligentiam concludendique rationem: tum, paucis additis, venit ad sorites, lubricum sane et periculosum locum: quod tu modo dicebas esse vitiosum interrogandi genus.*

« ¿ No has observado, querido Lúculo, que, tal como Penélope que continuamente hilaba y deshacia la misma tela, la dialéctica destruye en el fin lo que habia establecido en el principio? ¿ Y á quién debe achacarse tamaño inconveniente? ¿ A mí, á ti, ó á la naturaleza del espíritu humano? « *Quid quod eadem illa ars, quasi Penelope, telam retexens, tollit ad extremum superiora? Utrum ea vestra, an nostra culpa est.* »

Y, en efecto, Lúculo habia reconocido que no habia medio de concluir cosa alguna sino por premisas tan bien probadas, que no fuese posible dudar de la verdad: *Concludi argumentum non potest nisi iis, quæ ad concludendum sumpta essent, ita probatis, ut falsa ejusmodi nulla possint esse.*

Pues bien, teniendo bien presente este principio de los estóicos, lo empleaba Ciceron contra sus adversarios del modo siguiente:

« El principio fundamental de la dialéctica, dice, es el siguiente: Todo lo que por palabras se expresa, ó es verdadero, ó es falso. Mas una proposicion, para servir de principio, debe ser verdadera y evidente, sin asomo de duda. En consecuencia preguntaré yo: ¿ Cómo probais que aun este principio de la contradiccion es verdadero y no falso? Respondeis que, siendo un principio esta proposicion, y no dependiendo de otro principio, no se la puede replicar ni demostrar; y en esto decis la verdad. Pero entonces, ¿ cómo puede servir de base para prueba de otras verdades, este principio, de cuya verdad no hay medio de asegurarse? ¿ Y cómo puede servir de criterio para distinguir la verdadera de la falsa evidencia, un principio cuya evidencia, verdadera ó falsa, no es posible, averiguar. « *Fundamentum dialecticæ est: Quidquid enunciat, aut verum esse, aut falsum. Quid igitur? Hæc vera an falsa sunt? Si ista explicari non possunt, nec eorum ultimum judicium invenitur, ut respondere possitis vera ne an falsa sint; ubi est illa definitio: Effatum esse id quod aut verum aut falsum sit? »*

Asediados por esta demostracion, quejábanse los estóicos de la impudencia y locura de los académicos, que se atrevian á revocar en duda y exigir la prueba de una proposicion tan evidente en sí: *At imprudentes sumus qui quod tam perspicuum est non concedamus.* Pero replicaban los académicos

impertérritos : « Vosotros queréis que nosotros admitamos vuestro primer principio, porque, en vuestro concepto, es evidente en sí ; pero ¿ en virtud de qué derecho exigis de nosotros tamaña concesion ? Sin duda en virtud del principio siguiente : *Que se debe admitir como verdadero todo lo que es evidentemente verdadero*. Pero este segundo principio es evidentemente falso, pues no podeis negar que el número de las evidencias falsas es incomparablemente mayor que el de las verdaderas. Así pues reclamais que os sea concedido el principio fundamental de vuestra dialéctica, en virtud de un principio falso, en virtud de un principio sobre el cual no podemos estar de acuerdo ; y empezais por suponer resuelto en vuestro favor lo que está en cuestion, y lo que forma toda la cuestion ; pues, en efecto, toda la cuestion de la certidumbre se reduce á estas palabras : ¿ Hay, ó no, un signo, un criterio cierto, seguro, para distinguir las evidencias verdaderas de las que no lo son ? *Quid est perspicuum ? Esse vera quæ clara videntur. Quid quod multo plura falsa ?*

« Fuera de esto, vuestro modo de discurrir, añadia Ciceron, me parece tan peregrino como el de los geómetras, que se jactan no solo de persuadir, sino de forzar al espíritu á consentir ; porque, dicen, probamos todo lo que afirmamos. ¿ Pero en qué se fundan sus demostraciones ? Sobre principios matemáticos : un punto que carece de toda extension, una línea desprovista de toda latitud y espesor, una superficie sin profundidad. Mas estos principios los establecen sin prueba alguna, en términos que el no concedérselos es detenerlos en el principio de su carrera, y esa pobre gente se ve reducida al apuro, sin poder dar un paso. *Geometra provideant qui se profitentur non persuadere, sed cogere ; et qui omnia que vobis describunt, probant. Non quæro ex his illa initia mathematicorum, quibus non concessis digito progredi non possunt ; punctum esse quod magnitudinem nullam habeat ; extremitatem et quasi libramentum in quo nulla omnino crassitudo sit, lineam autem sine ulla latitudine currentem.*

« Lo mismo exactamente sucede con vosotros. Afirmais que solo dais por verdadero, lo que, mediante las reglas de la dialéctica, habreis probado ser tal. Y, sin embargo, admitis como verdaderos principios de vuestra dialéctica proposiciones desprovistas de toda prueba ; y si alguno no las admite como verdaderas, y si vosotros mismos no empezais á admitirlas como tales, independientemente de toda prueba, imposibilitados quedais para discurrir ; y desplómase el edificio entero de la dialéctica, abatido por las mismas manos que lo habian erigido. »

No habia medio de escapar á argumentacion semejante ; y, no pudiendo replicar, recurrían los estoicos al misterio, diciendo que habia, en efecto, cosas que prescinden de toda demostracion, y que á este gremio pertenecian los principios de la argumentacion. Por consiguiente, reducidos á esta última extremidad, intercedían en favor de estas cosas inexplicables, y querían que estas les fuesen concedidas sin exámen, sin discusion, sin combate. *Sed hoc extremum eorum est : postulant ut excipiantur hoc inexplicabilia.*

« Pero no será así, replicaba Ciceron ; semejante concesion podréis tal vez recibirla de algun tribuno indulgente ; mas nunca de mi parte : *Tribunum ali quem censeo adeant ; a me istum exceptionem nunquam impetrabunt.* »

O en otros términos : « Vosotros que no queréis admitir cosa alguna sin una razon evidente, ¿ cómo podeis pretender que yo os conceda, que yo mismo admita vuestros principios sin razon ? Del mero hecho que vuestra dialéctica estriba únicamente en principios tales, que exigis que los admitamos sin razon, siguese que pretendéis que se acepte como el arte verdadero de demostrar, un arte que se apoya en principios no demostrados ; pues, en efecto,

no solamente no sabeis demostrar estos principios, sino que ni aun siquiera acertais á defenderlo contra las sandeces que de ellos resultan.

Así es claro que vuestra dialéctica, al rebelarse contra sí misma, se destruye á sí propia por sus propios principios, y abate con una mano lo que con la otra construye; pues una de dos: ó concedéis que se debe admitir, aunque redunde en mengua de la dialéctica lo que de estos principios deducir se puede, y en este caso queda postrada por sus propias armas; ó bien no opináis que los principios de la dialéctica sean principios universales y ciertos, y en este caso llega á ser un arte inútil, como un arte incierto en sus propios principios: *Aut quidquid igitur eodem modo concluditur?*

Tal así combatía igualmente Ciceron la teoria de la evidencia intelectual, y la confianza de los dogmatistas en el razonamiento.

§ XVI. Cuarto argumento que impelió al escepticismo á la filosofía antigua: La discordia de los filósofos sobre los principales puntos de la filosofía, y su impotencia en definir una sola verdad.

Ninguna escapatoria dejó Ciceron á los dogmatistas.

Despues de haber combatido el dogmatismo por la autoridad de los mas célebres filósofos y por la fuerza del raciocinio, demostró su flaqueza, su insuficiencia, su peligro, por los resultados mismos de la filosofía. «Pues si el hombre, decia, tiene en sí un criterio de certidumbre, ¿á qué debe atribuirse que los mayores filósofos, á lo menos, los que tanto se afanaron en busca de la verdad, no hayan llegado á algo de cierto? ¿Y qué es lo que han llegado á conocer de positivamente cierto los mayores filósofos por la evidencia ó el discurso?»

«No haré la enumeracion de las infinitas cuestiones que dejaron al estado de problemas.

«Solo os preguntaré ¿qué descubrieron y llegaron á conocer de cierto sobre la cuestion capital de la formacion de los seres y del origen del mundo? ¿Podeis negar que, aun bajo este punto de vista, hay entre los mas egregios varones tantos sistemas contradictorios, tanta discordia de opiniones, que no sabe uno á que atenerse? *«Non persequar questiones infinitas, tantum de principiis rerum, e quibus omnia constant, videamus quem probet? Est enim inter magnos viros summa dissentio.»*

Y en apoyo de esta observacion, Ciceron empieza por Tales, y acaba por los filósofos de su tiempo, para pintar el cuadro mas lúgubre, la historia mas lastimera de todos los sistemas mas contradictorios, de todas las horribles extravagancias, de todas las necedades estúpidas, de todas las groserias indecentes, de todas las sandeces escandalosas que sucesiva ó simultáneamente profesó la razon filosófica sobre Dios, el hombre y el mundo, y que hemos expuesto en nuestra primera conferencia, en esta, y en las notas que la acompañan. Luego continua así Ciceron: «Entre tantas opiniones, entre tantas sentencias contradictorias y tan varias, una sola puede ser verdadera. Y, pregunto yo, ¿Cuál será esta para que un hombre cuerdo y sabio pueda seguirla con toda seguridad? ¿Se dejará acaso arrastrar por la autoridad del nombre del filósofo, autor de tal ó tal sistema? ¿Pero cómo podra tener valor, y cuál será su fundamento para adherir al parecer de uno de estos filósofos, condenando, consiguientemente, todos los demás cuyo número es tan crecido, y cuyos miembros son no menos ilustres que aquel filósofo cuyas opiniones se decidirá á seguir? *Ex his eligit vester sapiens unum atiquem, credo, quem sequatur; ceteri, tot viri et tanti, repudiati ab eo damnatique discedent?*

«Bien sé que, sea cual fuere la opinion que adoptará vuestro sabio, dirá

siempre que la ha adoptado porque le parece ser la mas cierta y la mas verdadera; y porque le parece ser tan evidente como las cosas que se ven y se tocan con las manos. Y, siendo el sabio en cuestion de la secta de los epicúreos, dirá que, en su concepto es tan cierto que el mundo es *sabio* como es cierto que este mundo tiene un alma procedente de si misma, la cual ha fabricado al mundo, alma que, moviéndolo todo, todo lo rige y gobierna; y que para él todo esto es tan cierto, como lo es que se ve en este momento, pues es de dia: *Quamcumque vero sententiam probaverit, eam sic animo comprehensam habebit, ut ea que sensibus. Nec magis approbabit nunc lucere, quam, quoniam stoicus, hunc mundum esse sapientem, habere mentem que et se et ipsum fabricata sit, et omnia moderatur, moveat et regat.*

« Dirá igualmente, con desfachatez no menor, que el sol, la luna y las estrellas son dioses. No es mi intento decidir en la ocasion presente que sean falsas estas cosas; y aun os concedo que sean verdaderas. Pero que vuestro estóico posea la inteligencia, la evidencia que de tener se jacta, que tenga la seguridad que blasona de tener, es cosa que no puedo admitir de modo alguno; pues, ¿ cómo es posible que su evidencia sea una evidencia verdadera en presencia de una evidencia contraria, de un Aristóteles por ejemplo, que, con un torrente de argumentos, y una fuerza de raciocinio irresistible, cae sobre el pobre estóico, destruye todo lo que, sílaba á sílaba, aprendió durante un largo aprendizaje, y le prueba evidentemente que está loco? *Erit persuasum etiam solem, lunam, stellas omnes deos esse. Sint ista vera. Comprehendi ea tamen et percipi nego. Cum enim stoicus iste tuus syllabulim ista didicerit; veniet, flumen orationis aureum fundens. Aristoteles, qui eum desipere dicat.*

« En una palabra, concluye Ciceron, de todas las hipótesis imaginadas por la mente humana sobre Dios, el mundo y el hombre, tal vez acabará el sabio en cuestion por hallar una que le parezca evidente, y en consecuencia la adoptará como verdadera; pero el nuestro, el verdadero sabio, tal cual nos lo representamos nosotros, en tal hacinamiento de dictámenes extravagantes, contradictorios, absurdos, cada uno de los cuales ofrecé tantas razones para ser admitido como para ser desechado, no hallará uno solo que presente el menor grado de probabilidad: *Horum aliquid vestro sapienti verum videtur, nostro ne quid maxime quidem probabile sit occurret, ita sunt, in plerisque, contrariarum rationum paria momenta.*

« Pero estoy presto á creer, Lúculo, que tu modestia te impide el acusarme de no ceder á tus razones, y que si me condenas, es tan solo por no admitir opinion alguna. Pues bien, para libertarme de esta acusacion, quiero hacermé violencia á mí mismo, y, entre tantos filósofos, hay uno cuyas doctrinas abrazar pretendo. ¿ Pero cuál de ellos será el objeto de mi elección? Será Demócrito, pues bien te consta que siempre me he inclinado á la nobleza. *Sin agis verecundius et me acusas non quod tuis rationibus non assentiar, sed quod nullis; deligam. Quem potissimum? Democritum: semper enim, ut scitis, studiosus nobilitatis fu.*

« Mas... ¿ Qué es lo que diviso? Apenas acabo de pronunciar ese nombre, cuando os veo espeluzados, mirándome de reojo, y anenazándome de aniquilarme bajo vuestros vituperios y sarcasmos. ¿ Pero porqué esa ira contra mí? ¿ Porqué tal ojeriza? ¿ Porqué he llegado á ser odioso á vuestra secta? ¿ Podeis achacarme como un crimen el adoptar el principio que emitis de la evidencia como regla única de mis juicios, y declarar con franqueza que lo que es evidente para vos no lo es para mí? ¿ En qué es culpable una criatura humana al decir que no sabe lo que efectivamente no sabe? *Urgebtor jam omnium vestrum convicio... Sed cur rapior in invidiam? Licet ne, per vos, nescire quod nescio?*

« Qué inconsecuencia, Lúculo ! ¡ Cómo ! ¿ será permitido á vosotros estóicos, en virtud de vuestro principio de la evidencia, el no estar de acuerdo entre vosotros y estar en continua pugna ; y no me será permitido á mí el pensar diferentemente de todos vosotros ? En el concepto de Zenon, como en el de casi toda la escuela estóica, es evidente que el aire es el Dios soberano, dotado de inteligencia, que todo lo gobierna. Mas segun Cleanto, el cual, en su calidad de discípulo de Zenon, consideran los estóicos como una divinidad de primer orden, el sol es el Dios soberano, el señor y dominador del mundo. Así, aun cuando quisiésemos sujetarnos á la escuela estóica, apurados nos hallaríamos para decidírnos, en vista de tal disension entre los jefes, y no podríamos menos de ignorar nuestro verdadero señor, pues aun no habeis podido entenderos sobre si es al aire ó al sol á quien debemos tributar nuestras adoraciones y homenajes : *An stoicis ipsis inter se disceptare licet. mihi cum iis non licebit ? Zenoni et reliquis fere stoicis æther videtur summus Deus, mente præditus quo omnia regantur. Cleantes, qui casi majorum gentium est stoicus. Zenonis auditor, solem dominari et rerum potiri putat. Itaque cogimur, dissentione sapientum, dominum nostrum ignorare, quippe qui nesciamus sotí an ætheri serviamus.* »

Con la misma vena irónica y la misma fuerza de razonamiento continua Ciceron demostrando la discordia que reinaba entre los filósofos, y por consiguiente la imposibilidad absoluta en que hallábanse de pronunciar fallo alguno sobre los grandes problemas del bien soberano, de los fines postreros del hombre, la ley natural y los deberes. *Quid habemus in rebus bonis et malis explorati ? Nempe fines constituendi sunt ad quos et bonorum et malorum summa referatur. Qua de re est igitur inter summos viros, major dissensio ?*

Y, despues de haber enumerado los diversos dictámenes de los filósofos sobre este grave asunto, se fija en la opinion de los estóicos y de los peripatéticos ; y, poniéndolos en contradiccion unos con otros, se resume de esta manera : « Reducida á estos términos la cuestion, ó el estóico, ó el discípulo de la antigua academia ha conseguido acertar ; mas ambas á la vez no pueden tener razon, porque se contradicen, y la contradiccion no estriba tan solo en las palabras, sino en las doctrinas y las cosas. Luego hay que concluir que las evidencias respectivas que cada uno de ellos invoca, para afirmar que su opinion es la verdadera, no son ambas legítimas y verdaderas. Uno de ellos discurre con tino en la cuestion actual, y el otro es un necio que divaga y delira. No pudiendo decidir cual de ellos tiene razon, porque la autoridad de la evidencia en la cual ambos se fundan es la misma, y no pudiendo prestar fe á ambos, el solo partido que me queda es no creer ni á uno ni á otro, y tal es el rumbo que sigo. ¿ Quién podrá achacarme de carecer de prudencia ? *Erit igitur res jam in discrimine. Nam aut stoicus constituat sapiens aut veteris Academia ; uterque non potest ; est enim inter eos, non de terminis sed de tota possessione contentio. Non potest igitur uterque sapiens esse quoniam tantopere dissentiunt ; sed alter, Si Polemonius, peccat stoicus, rei falsæ assentiens. Vos quidem nihil dicitis a sapiente tam alienum esse. Sin vera sunt Zenonis, eadem in Peripateticos dicenda. Hic igitur neutri assentiatis. Sin utrique, uter est prudentior ?*

« Por consiguiente, en la cuestion de la malicia de los pecados, que, en el concepto de los estóicos, es siempre la misma, mientras que Antioco sostiene con obstinacion la opinion contraria, yo me detengo para cavilar cual de ambos estos dictámenes es el mas seguro ; y ¿ acaso no es lícito obrar así ? *Placet stoicis omnia peccata esse paria ; at hoc Antioco vehementer displicet, liceat tandem mihi considerare utram sententiam sequar ?*

« Pero, ¿ acabarás de una vez ? Me direis tal vez al oído ; ¿ acabarás con tus hesitaciones y suspensiones de juicio interminables ? Dinos de una vez cual

de estas dos opiniones te parece evidente, y adopta uno ú otro de estos sistemas; pero, á lo menos, decidete por una cosa ú otra: *Procede, inquis, et statue aliquando quodlibet.*—Mas, ¿qué recurso me queda para ello? ¿Cómo puedo decidirme por una ú otra de dos opiniones que se me presentan rodeadas de pruebas igualmente fuertes, igualmente concluyentes, y, por consiguiente, con igual grado de evidencia? ¿Por ventura, no decis vosotros mismos los estóicos, que es una verdadera iniquidad el adoptar una opinion que no parece evidentemente verdadera? Pues bien, este dogma nos es comun con vosotros. Cabalmente lo mismo pensamos y decimos nosotros los académicos. Y, para no que me sea achacado el caer en falta tan enorme, ¿sabeis cuál es el partido que tomo? Me cño á seguir vuestro propio dogma: QUE NADA DEBE ADMITIR UN SABIO SIN QUE LE SEA PERFECTAMENTE CONOCIDO. Así no extrañeis que suspenda mi juicio, y no admita ni una ni otra opinion de vuestros grandes moralistas: *Quid ¿dicuntur quidem, et acuta mihi videntur, in utramque partem et paria. Nonne caveam ne scelus faciam? Scelus enim dicebas esse, Luculle, dogma prodero. Contineo igitur me, ne incognito assentiar, quod mihi est et tecum dogma commune.*

« Tal vez me dirás que conviene que adopte un solo sistema, como siendo el solo verdadero. Seguramente será solo, si es el verdadero; pues dos sistemas contradictorios no pueden ser dos sistemas verdaderos. Pero, dejando aparte toda broma, ¿merecemos acaso el ser motejados de imprudentes nosotros los académicos, porque el temor del error hace que nos confiemos en nuestra propia evidencia? ¿No sería mas justo creer que vosotros los estóicos sois los que mereceis ser llamados espíritus arrogantes y temerarios, porque, no sabiendo cosa alguno de un modo irrecusable, os atreveis á sostener que sois los solos que sabeis con certidumbre tales cosas? *Nostra, inquis, sola vera sunt. Certe sola, si vera: plura enim vera discrepantia esse non possunt. Utrum igitur nos imprudentes qui labi nolumus? an illi arrogantes qui sibi persuadent scire se solos omnia?*

« No cabe duda que vosotros los estóicos llevais al colmo la arrogancia. Vuestra pretension es nada menos que ofrecernos el verdadero cuadro de la ciencia universal, indicarnos la verdadera naturaleza de todas las cosas, y, antes que todo, la naturaleza del bien soberano; establecer los principios que distinguen el bien del mal; enseñarnos los verdaderos fines del hombre, con las verdaderas reglas de los deberes, de las costumbres y de todas las acciones de la vida entera. Además nos prometéis comunicarnos la doctrina del arte de disputar, y darnos el verdadero criterio de la verdad. Ahora bien, en el conjunto tan infinito de objetos tan diversos, de cuestiones tan complicadas como las que contiene estos diferentes órdenes de cosas, ¿cómo es posible que no caiga yo en el error? ¿Cómo es posible que llegue á alcanzar una certidumbre absoluta en cosas tantas? Tal no es tu pretension: tú sostienes que tan solo se debe reputar por cierto aquello que se muestra con una evidencia verdadera y sincera; en todo lo demás pasas condenacion y me permites no creer, y tener tan solo una opinion. Pero, ¿por qué medio, por qué sistema llegaré yo á distinguir los casos en los cuales no debo opinar? Mucho me temo que, con esa pretension arrogante, no aspireis tú tácitamente á imponer tu sistema, tu medio, tu criterio soberano de certidumbre; y no puedes menos de obrar así, pues estás convencido que este sistema, este medio, este criterio es el solo legítimo, el solo sincero, el solo verdadero. Pero si accedo á tu deseo, ¿cómo haré para librarme de la importunidad, de la persecucion de los demás filósofos, que, persuadidos no menos que tú, de que su sistema, su medio, su criterio de certidumbre es el solo legítimo, el solo sincero, el solo verdadero, pretenden igualmente imponerlo? *Tu tantum tibi arrogas ut exponas disciplinam sapientiae, naturam rerum omnium evolvas, mores fingas, fines bonorum*

malorumque constituas, officia describas quam vitam ingrediari, definias. Idemque etiam disputandi et intelligendi iudicium dices te et artificium traditurum. Perficies ut ego, ista innumerabilia complectens, nunquam laborar? Quæ tandem ea est disciplina ad quam me deduces, si ab hac abstraxeris. Vereor ne subarroganter facias, si dixeris: Tuam, atque ita dicas necesse est; neque vero tu solus, sed ad suam me quisque rapiet.

« Esta discordia de los filósofos, cada uno de los cuales pretende, contra los demás, que su criterio de la verdadera evidencia es el solo legítimo, me vuelve incierto sobre cual de estos criterios debo yo escoger, y me impide elegir uno ú otro. Esto arguye que carezco de todo medio para distinguir la verdadera evidencia de la falsa, y por consiguiente admitir cosa alguna como cierta. Así, toda la diferencia entre mi modo de filosofar y el vuestro consiste únicamente en esto: que vosotros, al atrincheraros en la legitimidad de vuestro criterio para distinguir las verdaderas evidencias, admitís, como perfectamente percibido y comprendido, todo lo que llegáis á descubrir por medio de un criterio; y, yo, como no puedo admitir ninguno de los diferentes criterios de los filósofos como signo cierto de la evidencia, no admito ninguna evidencia como ciertamente verdadera, ninguna cosa como ciertamente evidente; en otros términos, nada reconozco como cierto; pero lo que vosotros declarais tal, solo lo admito yo como probable, si es verdad que hay grados en la probabilidad. En todos los casos en que vosotros dais un consentimiento pleno y entero, yo solo doy uno vago, incierto é incompleto; en todos los casos en que vosotros decís: YO CREO, — YO COMPRENDO, yo me ciño á decir: YO OPINO, — A MÍ ME PARECE. Todo lo que vosotros adoptais como dogma (*decretum*), yo lo acojo como opinion, y no hay mas: *Et quæ vos percipi comprehendique, eadem, si modo probabilia sunt, nos videri dicimus.*

« ¿Querrás acaso condenarme por eso? A menos de ponerte en contradiccion contigo mismo no podrás verificarlo. Segun tu dictámen, se debe admitir como cierto todo lo que es evidente. Pues, en nuestro concepto, es evidente que nada es cierto, sino todo mas ó menos probable. Así vuestros propios principios os obligan á tolerar el sistema académico, el sistema probable, desprendido de toda prevencion, suelto de todo deber, sin reconocer obligacion alguna, libre de todo yugo de autoridad: así ya veis vuestro sistema de evidencia desmoronado por las mismas manos que lo habian fundado: *Sic igitur, inducto et constituto probabili, et eo quidem expedito, soluto et libero, nulla re implicato vides profecto jacere jam illud tuum perspicuitatis patrocinium.* »

§ XVII. Refutacion de la objecion de los estóicos: Que el PROBABLE ACADÉMICO impedia todas las operaciones de la vida material. Observaciones sobre los resultados funestos de este PROBABLE en el orden moral.

« Pero, ¿cómo no llegas á ver, respondia Lúculo á Ciceron, que, una vez admitido este sistema de la Academia: « Que el hombre no está, ni puede estar cierto de cosa alguna, y que nada sabe de cierto; » como no ves que una vez adoptado este principio, nada se puede hacer, y que la suspension de todo consentimiento completo (*epoche*), aun en las cosas que nos parecen mas evidentes, nos obligaria á la suspension de toda accion? Pues obrar es creer. Una persona que hace tal ó tal operacion, ó de ella se abstiene, es porque la cree buena ó mala, útil ó funesta, conforme ó contraria al fin que se propone. El que nada cree, nada puede obrar; y de este modo, la *epoche* académica, si pudiese ser universalmente seguida, seria la suspension de toda accion de la vida humana, y la destruccion de la sociedad: *Qui visum aut assensum tollit, omnem actionem tollit e vita.* »

«Nada de eso, respondia Ciceron apoyándose en la autoridad de Carneades, el reformador de la Academia; ese peligro, por el cual pretendéis espantar-nos é imponernos el dogmatismo, no es real. Al negar que, en materia alguna, se pueda llegar á una certidumbre absoluta, capaz de determinar un consentimiento completo, no pretende la Academia negar que se pueda llegar, en una multitud de cosas, á certidumbres mas ó menos aproximativas, y consiguiientemente á determinarnos á obrar. Si la Academia negase la posibilidad de llegar á lo probable á falta de lo cierto, entonces, y solo en este caso, se la podria motejar, como hace un momento tú mismo la motejabas, de que su sistema es contrario á la naturaleza, y que podria aniquilar el mundo, paralizando toda regla de vida y toda operacion. Pero, al guardar el principio todo lo que se nos presenta como evidentemente verdadero, puede ser radicalmente falso, no deja por esto la Academia de sostener que basta el testimonio de los sentidos para admitir muchas cosas, sino como verdaderas, á lo menos como mas ó menos probables, cuando nada milita contra estas probabilidades. Así pues nuestro sabio puede servirse de estas probabilidades, y dejarse conducir por ellas en todas las condiciones de la vida: *Ita Carneadi placebat: Tale visum nullum esse, ut perceptio consequeretur; ut autem probatio, nulla. Etenim, contra, naturam esset, si probabile nihil esset, sequeretur enim omnis vitæ ea, quam tu commemorabas, eversio. Itaque et sensibus probanda multa sunt. Teneatur modo illud: Non inesse in his quidquam tale quale non etiam falsum, nihil ab eo differens esse possit. Sic quidquid acciderit, specie probabile, si nihil se offert probabilitati contrarium, utetur eo sapiens, ac sic omnis ratio vitæ gubernabitur.*

« ¡Y bien! ¿puedes reputar absurda y funesta esta doctrina, mientras que vosotros mismos los estóicos la adoptais? Pues aun el sabio que formais á vuestro antojo, se ve obligado de admitir mil cosas que no son mas que exteriormente probables, sin evidencia alguna exterior, sin certidumbre, cosas que considera como mas ó menos verosímiles, y á las cuales ni da, ni puede dar un consentimiento entero y perfecto. Pero, ¿qué viene á ser todo esto sino admitir que, á falta de certidumbre hay que contentarse con la probabilidad, y que solo, negando toda probabilidad, no podria el hombre vivir en medio de los hombres? *Etenim, is quoque qui a vobis inducitur sapiens nonnulla sequitur probabilia non comprehensa neque percepta neque assensa, sed similia veri, quæ nisi probet, omnis vita tollitur.*

« Y en efecto, cuando vuestro estóico se embarca en un navío, ¿comprende acaso, de un modo evidente, se halla completamente seguro de que su travesía será rápida y dichosa? No, ciertamente no. Solamente, si parte de este puerto, por ejemplo, para Puzolo, en una buena embarcacion, con un hábil piloto, y con un tiempo magnífico, cree que es probable que llegue, sin novedad mayor, al término de su viaje. De la misma manera que, en este caso, la falta de certidumbre no impide al sabio el partir; de la misma manera, en todos los demás casos, este defecto de certidumbre no impedirá al sabio de obrar; y aunque nada considere como cosa cierta, y solo cuente con mayores ó menores probabilidades, esto le basta para obrar y vivir: *Quid enim conscendens navem sapiens, num comprehensum animo habet atque perceptum se ex sententia navigaturum? Qui potest? Sed si jam ex hoc loco profisciscetur Putcolos, probo navigio, bono gubernatore, hac tranquillitate, probabile videatur se illuc venturum esse salvum. Hujusmodi igitur visis consilia capiet et agendi et non agendi.*

« No digais, pues, Lúculo, que el que nada como cierto admite, y tan solo se atiene á lo probable, no puede decidirse á hacer cosa alguna; no digais que paralizado se verá en sus decisiones por eso mismo que nada de evidente ve, ni aun lo probable. La falta de certidumbre no nos es un impedimento, como no lo es tampoco para vosotros: pues, ¿deja de ser verdad que os aven-

turais en plena mar, que combatis, que os casais, que os decidis á hacer mil otras cosas, en las cuales procedeis sin mas guia ni esperanza que una débil probabilidad, lo cual no obsta para que las hagais? *Quid impedit actiones ejus qui probabilia sequitur, nulla re impediente? Hoc, inquis, ipsum impeditur quod statuet ne id quidem quod probet posse percipi. Jam istud te quoque impedit in navigando, in conserendo, in uxore ducenda, in liberis procreandis, plurimisque in rebus, in quibus nihil sequere, præter probabile.*

« ¿Pero cómo sucede, respondia Lúculo, que vosotros los académicos, al paso que sostenéis que no hay certidumbre, admitis empero ciertas cosas como absolutamente ciertas; y que, cuando tenéis que comparecer ante los jueces, afirmáis con juramento que la cosa se ha pasado segun lo atestiguais? — Nada es mas cierto, replica Ciceron; tambien yo admito todo lo que se presenta á mi inteligencia rodeado de señales de evidencia, todo lo que hace mella profunda en mis sentidos. A menudo me acontece ceder á lo que me produce una percepcion clara y distinta, porque hay en mí una fuerza que me obliga, y á la cual yo no puedo resistir; pero con esta diferencia; y es que vosotros los estóicos mirais como absolutamente ciertas en simismas las cosas de las cuales teneis evidencia; mientras que nosotros, que no nos creemos sabios y nos desconfiamos de nosotros mismos, no admitimos como cierto sino la percepcion clara y distinta que en nuestro sentido íntimo experimentamos, pero no la relación necesaria entre esta percepcion y la cosa; y, en lo tocante á la naturaleza y calidades de los objetos que se hallan fuera de nosotros, sostenemos que no podemos estar seguros de su existencia, sea cual fuere la impresion que en nosotros causen: *Visa ista cum acriter mentem sensusque pepulerunt, accipio, hisque interdum assensio; nec percipi tamen, nihil enim arbitror posse sciri; non sum sapiens. Itaque visis cedo, nec possum resistere.*

« En cuanto á los juramentos, proseguia Ciceron, cuando afirmamos por juramento una cosa como cierta, nos ceñimos á atestiguar, con una confianza perfecta, la impresion que hemos experimentado en nosotros mismos, pues, bajo este punto de vista no podemos engañarnos; pero no la verdadera causa que hace que experimentemos tal impresion, pues esta puede diferir sobremanera de la que creemos. Por este motivo, segun el uso de nuestros antecesores, los testigos solo deben afirmar, por juramento, delante de los tribunales, la impresion que en ellos produjo lo que pasó en su presencia; y solo admítase que se perjuran, cuando, engañándose á sabiendas, dan un testimonio contrario á su sentimiento interior. Por eso nuestros antecesores, convencidos que la vida entera presenta casos en que el hombre se engaña, aun en las cosas que mas ciertas le parecen, establecieron que en los juicios criminales, aun al tratarse de las cosas que parecen mas seguras, de las cosas vistas con los propios ojos, no debe decir el testigo: « Yo lo vi, » sino: « *Me parece haberlo visto.* » Y aun exigieron que, al pronunciarse por la afirmativa, con respecto al hecho, los miembros del jurado, no digan: « Nos consta que la cosa es de este modo, » sino: « *Nos parece que tal es la cosa; Quam rationem majorum comprobat diligentia, qui primum jurare ex sui animi sententia quemque voluerunt; deinde ita teneri, si sciens falleretur; quod inscientia multa versaretur in vita; tum qui testimonium diceret ut arbitrari se diceret, etiam quod ipse vidisset, quæque jurati iudices cognovissent, ut eadem non esse facta, sed ea videri, pronuntiarent.* »

De este modo refutaba Ciceron la objecion de los estóicos: que el probable académico acarrea la suspension de todos los actos de la vida humana. Pero si bien se observa se verá que, si este escepticismo no se oponia enteramente á las operaciones de la vida material del hombre, paralizaba todas las

operaciones de su vida moral. Fundado en lo probable, puede un hombre contraer matrimonio, viajar, cultivar su campo, entrar en negociaciones; pero no podrá domeñar sus pasiones, combatir sus vicios, practicar la virtud, hacer sacrificios para cumplir sus deberes, sin estar *cierto* que hay una ley moral que obliga la conciencia, y un Dios que reclama la obediencia á esta ley moral, y amenaza de un castigo al que la quebranta; sin estar *cierto* de las diferentes obligaciones que impone esta ley en las diversas circunstancias de la vida, de las relaciones del hombre con el hombre, y del hombre con Dios y consigo mismo. Y mientras no quepa *certidumbre* en estas cosas, mientras que tan solo existan *probabilidades*, mas ó menos fuertes, mas ó menos claras, nadie se creará obligado á someterse á prácticas repugnantes y sujeciones difíciles, á someterse á esfuerzos penosos, á un repugnante sacrificio. En el órden moral el solo impulso es la *creencia* y no la *opinion*; y la primera se adquiere por medio de la *certidumbre*, como la segunda por medio de lo *probable*. Así el probable académico, ó el escepticismo antiguo, al abastecer al hombre físico de motivos suficientes para obrar en el órden puramente material, entregaba al hombre moral á sus inclinaciones, á sus antojos, á sus caprichos, á sus pasiones. Bajo este punto de vista, el escéptico era el hombre creyente como queria, viviendo como creía; verdad que el mismo Ciceron reconocia al pronunciar las siguientes palabras: « La probabilidad que hemos adoptado como fundamento de nuestra doctrina y regla de nuestra vida, se halla exenta de toda obligacion, absuelta de todo deber, libre de todo yugo de autoridad: *Indute et constituto probabili, eo quidem expedito soluto et libero*. Y, como nos consta que este probable habia acabado por establecerse en todas las sectas filosóficas, esto nos explica la desverguenza de doctrina y torpeza de vida de los antiguos filósofos.

§ XVIII. Conclusion de la apología del escepticismo por Ciceron. Los jefes de las diversas sectas concuerdan en la admision de esta doctrina. Sus consecuencias funestas á la sociedad, Ciceron las confirma por su muerte. El tratado de Ciceron es irrefutable por los estóicos que no admiten la creacion.

Por último oigamos las tristes y lastimeras palabras con que termina Ciceron esta grave é importante discusion: « Creo, dice, haber dicho lo bastante para probar que harto cierto es que de nada se puede estar seguro; y ahora que he llegado al fin de mi demostracion, solo añadiré una palabra: otra vez, cuando nos ocupemos de esta cuestion, en lugar de pasar el tiempo en señalar las ilusiones y engaños que nos vienen de los ojos y demás sentidos, ó bien las formas falaces de la dialéctica, verdaderos lazos del espíritu humano, que han entretejido los estóicos y en los cuales ellos mismos se enredaron y quedaron presos, solo nos quedará que deplorar las numerosas y profundas disensiones de los mas ilustres varones relativamente á los mayores asuntos, las tinieblas espesas que envuelven toda la naturaleza, los errores lastimeros de tantos filósofos cuyos sistemas relativos al bien y al mal batallan entre sí; y, puesto que, en medio de tantos sistemas y opiniones tan diversas, no pudiendo ser mas que una la verdadera opinion, uno el verdadero sistema, no es posible saber cual, ni donde encontrar el sistema y opinion que lleva únicamente, y con exclusion de los demás sistemas ú opiniones, el carácter de la verdad, debemos reconocer y confesar que esta disciplina tan noble que se intitula de filosofía, nada es en sí misma, ni de nada puede servir: « *Quoniam satis multa dixi, es mihi perorandum. Post hæc tamen, cum hæc quaeremus, potius de dissentionibus tantis summorum virorum disseremus, de obscuritate naturæ, deque errorum tot philosophorum qui de bonis contrariisque rebus inter se tantopere discrepant, ut cum plus*

uno verumque non possit, jacere necesse sit tam nobiles disciplinas; quam de oculorum sensuumque reliquorum mendaciis et de sorite quas plagas ipsi contra se stoici texuerunt. »

A esta argumentacion de Ciceron, solo respondió Lúculo por estas palabras: « No me sabe mal que hayamos platicado así, y podriamos reunirnos á menudo para demostrar lo que juzgamos la verdad: *Non moleste fero nos hæc contulisse. Sapius enim congregantes nos, si que videbuntur requiremus.* » Lo que, en otros términos, equivalia á decir que estaba vencido.

« En cuanto á mi, replicó Catulo, vuelvo á ser del parecer de mi padre, que decia ser el mismo que el de Carneades, esto es, creo que nada se puede saber de cierto, y que nada se puede percibir, nada comprender como ciertamente verdadero; « *Ego ad patris revertor sententiam, quam quidem ille Carneadeam esse dicebat: ut percipi nihil putem posse.* »

« Por lo que toca á Hortensio, opino, añadió riendo, que se debe suspender y aplazar siempre este juicio: *Tum ille (Hortensius) ridens: Tollendum.* »

« Muy bien, replicó Ciceron; tal es cabalmente la doctrina de la Academia la cual siempre he sostenido yo, que se debe suspender y aplazar toda clase de fallos; *Teneo te, inquam. Nam ista Academia est propria sententia.* »

De modo que Catulo y Hortensio, los cuales casi no han abierto la boca en este diálogo, parecen no haber sido introducidos sino para ser testigos de la derrota del dogmatismo estóico en la persona de Lúculo; aplaudir al triunfo de la duda académica en la de Ciceron; alistarse bajo su mando; en una palabra, para atestiguar y cerciorar á la posteridad que los celebérrimos varones que en aquel entonces habitaban la ciudad eterna, eran en el fondo verdaderos escépticos.

« Al ver acreditarse opiniones tan peligrosas, dice el último traductor « francés de este libro de Ciceron, asistese á la *disolucion de la sociedad antigua*, y prevése que el mundo será atrocemente despedazado, hasta que « del medio de tantas ruinas, brote un órden nuevo de cosas. Añádase que, « si por las *perpetuas hesitaciones* de su vida, nos presenta Ciceron un *comentario vivo de sus tristes doctrinas*, á lo menos su heroica muerte los « desmintió de un modo brillante. » (DEL CASSO, *Introduccion al libro segundo de las Académicas de Ciceron*. Así uno de los mas fogosos admiradores de la filosofía antigua y de Ciceron en particular, nos confiesa que la razon filosófica antigua habiéndose estrellado contra el escepticismo, entregó la sociedad antigua á la disolucion, y el mundo á ser *atrocemente despedazado*; que las doctrinas de Ciceron eran realmente *tristes*, que su vida fue un flujo perpetuo de hesitaciones entre el bien y el mal, como su filosofía fue un flujo perpetuo entre la verdad y el error. Por lo concerniente al heroísmo de su muerte, hecho es este que dista mucho de ser completamente demostrado. Al presentar su cuello al verdugo, Ciceron parece haber obedecido al mismo principio que diariamente impele al musulman estúpido á doblegar la cerviz bajo la cuchilla: *que hay que resignarse á su suerte*. Al morir nada parece haber sabido relativamente á la vida venidera; y, así, lejos de haber *desmentido brillantemente* las doctrinas de toda su vida, les agregó un nuevo comentario por su muerte.

La apología de Ciceron, precedentemente expuesta, es la mas completa y sólida que han visto los siglos en favor del escepticismo. Ni el mismo Piron entre los antiguos, ni Bayle, ni Hume, ni Rousseau, ni Kant, ni Jouffroy, entre los modernos, no han hablado con mas vigor y de un modo mas patente contra la imposibilidad de llegar á la certidumbre en una materia cualquiera. Por lo que toca á los escépticos modernos, no han hecho mas que beber en este manantial envenenado, explotarlo, engalanarse con él, sin inventar, sin añadir nada de nuevo en esta materia, y sin haber podido conseguir

ignalar á ese triste maestro de la ciencia de la duda, á Ciceron, en lo vigoroso del discurso, ó en la elegancia del estilo.

Pero hay un punto que no ha sido suficientemente observado en la gran cuestion de la certidumbre, punto que, durante siglos enteros, ha sido objeto de largas y serias disputas del antiguo mundo; y es que todo lo dicho y todos los argumentos mas ó menos vigorosos, mas ó menos seductores que en favor del escepticismo podrá darse, estriban únicamente en la negacion explicita y subentendida del dogma de la creacion.

Ciceron, como hemos visto, y lo mismo pudiera decirse de casi todos los filósofos escépticos, no niega la existencia de la verdad, sino que el hombre posea en sí mismo los medios propios de percibirla, de llegarla á alcanzar de una manera cierta y suficiente para darle un consentimiento pleno y entero, y conformar en consecuencia todas sus operaciones.

Los estóicos se atrincheraban en la evidencia resultante del testimonio de los sentidos en las cosas físicas, y en el testimonio de la razon en las intelectuales; pero los académicos sostenian con razon, que, para que la evidencia, resultante del testimonio de los sentidos y la razon fuese recibida como un criterio sincero y fiel de la verdad, era necesario probar que los sentidos y la razon son medios adecuados y testigos tan sinceros como fieles de la naturaleza de las cosas, lo cual no siendo probado, ni pudiendo serlo por los estóicos á causa de la ignorancia real ó afectada en que se hallaban relativamente á las relaciones entre Dios y el hombre, era consecuencia fatal que el edificio entero de la certidumbre que fundaban, descansase en una base incierta, mal segura, en un terreno movedizo, bastando para desplomar toda la construccion, un leve soplo del viento del escepticismo.

§ XIX. Nada puede afirmarse sobre el testimonio de la razon, sin admitir á Dios como autor de esta. Los mayores filósofos han tributado homenaje á este principio, sobre todo Descartes. Despues de haber establecido la EVIDENCIA como criterio de la verdad, y el SENTIDO COMUN como criterio de evidencia, Descartes acabó por establecer, en la VERACIDAD DEL DIOS AUTOR DE LA RAZON, el fundamento de la certidumbre, evitando de este modo, á pesar de su duda universal, el escollo del escepticismo.

Efectivamente no se puede considerar el testimonio de la razon y de los sentidos como criterios propios y naturales de la verdad, á menos de empezar por admitir desde luego, que el mismo Dios, al criar al hombre para conocer la verdad por su inteligencia, y realizar esta misma verdad por su voluntad libre y sus acciones, le dotó de los sentidos y de la razon como medios propios y naturales para llegar á este mismo conocimiento.

Este vínculo necesario entre la creencia de un Dios autor y criador del hombre, y la competencia natural del testimonio de la razon y de los sentidos en favor de la verdad, ha sido mas ó menos distintamente apercibido por los grandes ingenios que se ocuparon de tan grave asunto. Platon entre los antiguos, Descartes, Vico, Malebranche, y Leibnitz, entre los modernos, al colocar en Dios el origen de las ideas, esto es, el principio de toda certidumbre y de todos los conocimientos humanos, se inclinaron, de buen ó mal grado, ante tan grande é importante verdad: « Que en lugar de empezar por el hombre para explicar á Dios, hay que empezar por Dios para explicar al hombre; y que, á menos de empezar en creer en un Dios que ha criado al hombre para la verdad, que es el fin de todo ser inteligente, no cabe seguridad de si el hombre posee realmente en sí facultades naturales aptas para llegar con certeza á la verdad. »

Pero ningun otro filósofo llegó mejor que Descartes á demostrar la impo-

sibilidad en que se halla el hombre de llegar á tener certeza alguna, si no comienza por admitir un Dios, como criador y señor del hombre, y autor de su razon y inteligencia.

Este elevado ingenio, al querer tambien fundar el dogmatismo, siguió los mismos trámites que los antiguos estóicos, con sola diferencia que estos, siempre groseros, partian del orden físico : « Es de día, luego se ve, *Si dies est lucet*; » porque eran paganos y porque eran filósofos; mientras que Descartes, siempre espiritualista como cristiano, y á pesar de ser filósofo, estableció su punto de partida en esta verdad del orden intelectual : « Pienso luego existo; *Cogito, ergo sum*. »

El estóico se preguntaba á sí mismo : ¿ qué es lo que me hace prestar fe á esta conclusion : « se ve? » El hallarse contenida en esta premisa : « Es de día. » De lo cual concluía igualmente : que todo lo que al hombre se presenta con la misma evidencia, con la misma ligazon natural, necesaria entre una premisa y su consecuencia, entre un predicado y su sugeto, se puede admitir como irrecusablemente verdadero. Pues bien, cabalmente es la pregunta que se hizo á sí mismo Descartes con motivo de su : « Pienso, luego existo; » y llego á las mismas conclusiones, diciendo : Desde ahora, creo poder admitir como ciertamente verdadero, todo lo que á mi razon se presenta con la misma evidencia que esta proposición : « Pienso, luego existo. »

Pero, para todo hombre que raciocina, dos cosas son evidentemente claras en esta argumentacion : 1º que toda su fuerza reposa en este principio : *Mi razon no me engaña, porque hay una relacion necesaria entre aquello de que tiene una idea clara mi razon, y la verdad de la cosa que se presenta de este modo á mi misma razon*; 2º que no se puede admitir sin razon este principio fundamental de toda razon, y antes de todo, conviene estar cierto de la verdad de este principio, del cual deriva la verdad de todas nuestras percepciones claras y distintas, y aun la verdad de este enfimema : « Pienso, luego existo. »

Ahora bien Descartes era ingenioso en demasía y demasiado buen lógico para no ver todo eso, y, por consiguiente, poniendo manos á la obra, he aquí como procedió para demostrarse la verdad del citado principio : *que hay una relacion natural necesaria, entre las percepciones claras y distintas que se tiene de las cosas, y la verdad de las cosas en sí mismas* : « Si se me pregunta las razones que me inducen á creer que mis principios son verdaderos, puedo alegar dos que me permiten prescindir de otras : la primera de estas razones de la certidumbre de mis percepciones claras y distintas, deriva de su claridad misma y su distincion : pues ¿ cómo puede creerse que una percepcion soberanamente clara y distinta de una cosa no sea el reflejo natural, el testigo fiel de esta misma cosa? La segunda razon de la certidumbre de mis percepciones claras y distintas es que por ella puedo probar todos los demás principios y todas las demás verdades : *Rationes proponere voluissem quibus probaretur illa ipsa principia esse vera, duæque ad illud probandum sufficient : prima est : Ea maxime clara esse. Secunda : Ex iis omnia alia deduci, posse.* » (PRINCIP. PHILOSOPH. Prefatio.)

« Pero, tratándose con los filósofos, de todos los humanos los mas exigente y quisquillosos, y siendo de esperar que vuelvan á preguntarme : ¿ Cómo puedo asegurarme que mis principios son verdaderamente claros, y que su evidencia no me engaña? A cuya objeccion tengo dos pruebas : la primera es : la facilidad maravillosa con la cual yo los he encontrado, habiendo, por decirlo asi, acudido por sí mismos á mi encuentro. La segunda prueba de la evidencia de mis principios es esta : que han sido conocidos en todos los tiempos, y considerados siempre como ciertos por todos los hombres. Pero aunque estas mismas verdades, que he adoptado yo como mis primeros principios, hayan sido siempre reconocidas por todos los hombres, nadie, á lo que

creo, ha observado *hasta ahora*, que cabalmente por estos mismos principios se puede llegar al conocimiento de todas las cosas de este mundo : *Ea autem valde clara esse facile probat : primo Ex modo quo illa inveni... Altera ratio quæ principiorum evidentiam probat, hæc est : illa OMNI TEMPORE cognita; quin imo pro veris et indubitatis a cunctis hominibus habita fuisse. Verum, etiam si omnes veritates illæ, quas pro principiis meis habeo, SEMPER ET AB OMNIBUS cognita fuerint, NEMO tamen, quod sciam, HACTENUS fuit qui cognoverit : omnium aliarum rerum, quæ in mundo sunt, notitiam ex his deduci posse (Ibid). »*

No es, mi intento detenerme actualmente en examinar la afirmacion de Descartes emilida con decision tan arrogante, y estoy por decir tan pretenciosa y ridicula : que *nadie habia observado* que, mediante los primeros principios, se puede *discurrir* sobre todo lo que es racional, y descubrir la verdad; en otros términos : que, antes de Descartes, *nadie habia, desde el origen del mundo, sabido raciocinar*. Conviene perdonar tal palabra á tan poderoso ingenio, que, trocado de soldado en filósofo, no habia completamente olvidado el tono marcial y desabogado del militar francés, que todo lo presume y no sabe lo que es precaverse.

Pero no puedo menos de pararme un instante en esta evolucion súbita, en esta retirada prudente á la vez y hábil que efectua Descartes del terreno peligroso de la filosofia exclusiva y absoluta y del sentido privado, en que ha rotamente derrotado como lo fue el mismo Platon. Lo repito, no puedo menos de detenerme un momento en este movimiento retrógrado de Descartes para cobijarse bajo los muros de la filosofia del sentido comun, de las creencias universales y constantes de la humanidad, pues reconoce que la prueba de la verdadera evidencia es esta : que á todos impresiona del mismo modo.

En su carta á Gassendi, que Descartes llama CARNE, mientras que Gassendi habia llamado á Descartes ESPÍRITU, lo que, y sea dicho de paso, no arguye gran cortesía de parte de Descartes; en su carta á Gassendi, digo, Descartes habia dicho, es verdad; que se consideraba como una inteligencia tan aislada de todo lo que fuera de si existia, y tan concentrada en si misma, que no sabia si habia hombres que habian existido antes de él, ni aun si siquiera existian contemporáneamente; lo cual prueba, de un modo manifiesto, que ningun caso hacia Descartes del consentimiento universal, de las creencias comunes de todos los hombres : *Meminisse debes, o CARO, te hic affari mentem a rebus corporeis sic abductam, ut ne quidem sciat ullos unquam homines ante se existisse, nec proinde ipsorum auctoritate moveatur.*

Pero errado iria el que este pasaje considerase con toda formalidad, y concluyese que Descartes habia pretendido buscar la verdad con sola su razon, y colocarse fuera de todas las leyes de la humanidad. Todo lo contrario nos es atestiguado por el mismo filósofo. En el concepto de Descartes, el criterio propio de la verdad es la percepcion clara y distinta de la cosa percibida, porque hay un vínculo necesario entre la percepcion clara y distinta de la cosa y la verdad de la cosa en si misma: pero tambien en el concepto del mismo Descartes, la prueba verdadera, la prueba formal de la verdad de esta doctrina es que, DESDE EL ORIGEN DEL MUNDO. TODOS LOS HOMBRES CONOCIERON ESTA DOCTRINA, SIEMPRE Y POR DO QUIER, Y LA ADMITIERON COMO INDEBITABLEMENTE VERDADERA : *Ratio quæ principiorum evidentiam probat, hæc est : illa omni tempore cognita; quin imo pro veris et indubitatis a cunctis hominibus habita fuisse.*

Y, para que no quepa la menor duda de que, en esta materia, Descartes ha seguido la antigua doctrina, la doctrina de los escolásticos, aun en las palabras, conviene observar que él mismo denomina *nociones comunes* estos mismos principios de evidencia que llamaban los escolásticos LAS CONCEPCIO-

NES COMUNES DEL ESPÍRITU, *conceptiones animi communes*; pues es de notar que en su *Método*, Descartes se expresa en estos términos: « Por lo tocante á esas nociones comunes, no admite duda que todo el mundo puede apereibir-las de un modo claro y distinto; y, si así no fuere, no podrían ser denominadas NOCIONES COMUNES: *Quantum ad has COMMUNES NOTIONES non dubium est quin clare et distincte percipi possint, alioquin enim COMMUNES NOTIONES non essent dicendæ.* »

Pero no se crea que se contentó Descartes con haber edificado sobre esta base el edificio de la certidumbre. Ese varon extraordinario, tan raro si se quiere, tenia mas sagacidad en el espíritu, y mas rectitud en el corazon, de la que suponen sus adversarios. Mas de una vez le sucede el descarriarse, pero apenas penetra en la senda del error, cuando lo hacen regresar á la verdad la fe y los nobles instintos de su alma.

Así notó este gran filósofo, ó, por mejor decir, sintió que su demostracion procedente del consentimiento constante y universal de todos los hombres, admitiendo *siempre y por do quier* una cosa como indubitablemente verdadera, no demostraba de un modo absoluto la verdad de la cosa: pues ¿acaso no pudiera engañarse la raza humana por entero, como á menudo se engañan los individuos que la componen? Para reconocer en todos los hombres que afirman la misma cosa la infalibilidad que no se puede conceder á algunos individuos; para admitir que el hombre se engaña sin que la humanidad pueda engañarse, y que el error, posible en la evidencia privada, no lo es al tratarse de la evidencia comun, es necesaria una razon, una gran razon; y esta razon, que asegura la infalibilidad á la razon universal de los hombres, debe ser hallada fuera de la humanidad. Ahora bien, esta razon la halla Descartes en estos principios de la fe universal: habiendo criado al mundo Dios, y al hombre en el mundo, este mismo Dios ha dado al hombre la razon y los sentidos, como medios naturales, legitimos de conocer la verdad; pues no pudiendo Dios engañar á sus criaturas, ni querer que estas se engañen, no pudo dar al hombre la razon y los sentidos como medios de error. Luego es claro que existe, que existir debe, en virtud de un Dios infinitamente todopoderoso, veridico y bueno, un vínculo necesario entre la verdad y las percepciones claras y distintas del espíritu humano.

« Apenas se presentará la ocasion, dijo Descartes, conviene que examine: Si existe un Dios que me ha criado, y si este Dios puede ó no puede engañarme, y si me ha dado, si ó no, la razon como medio de engañarme; pues mientras tales cosas ignore, no puedo tener fe en mi razon, no puedo, aun con percepciones claras y distintas, estar seguro de la menor cosa: *Quam primum occurrat occasio examinare debeo an sit Deus? an possit esse deceptor? Itacem re ignorata, non videor de ulla alia plane certus esse unquam posse.* »

Pero no hay que creer que sea este uno de esos pensamientos de Descartes, efectos de la movilidad de su espíritu, y que, enunciados en un paraje, son desmentidos por otro. Al contrario es su idea fija, su principio inmutable, en que estriba su método y su filosofia. Así, léjos de retractar ó negar este mismo principio en otra cualquier parte de sus escritos, lo propala al contrario y lo afirma con la misma fuerza de conviccion, la misma claridad de expresion, el mismo abinco. Y, en pueba de esta asercion, citemos algunos pasajes en que repite siempre Descartes la misma doctrina: que sin la fe en un Dios criador, no hay certidumbre.

En su discurso *sobre el Método* se expresa en estos términos: « Eso mismo que acabo de establecer por regla, á saber que las cosas que muy clara y distintamente comprendemos son todas verdaderas, NO NOS CONSTAN SINO A CAUSA DE QUE DIOS ES Ó EXISTE, QUE ES UN SER PERFECTO, Y QUE TODO LO QUE EN NOSÓTROS RESIDE VIENE DE DIOS. Síguese de este principio que nuestras ideas ó nociones, siendo cosas reales y emanando de Dios, en todo lo que las

constituye claras y distintas, no pueden menos de ser, por el hecho mismo, verdaderas. Pero, si no nos constase que todo lo real y verdadero que existe en nosotros, procede de un ser perfecto é infinito, POR CLARAS Y DISTINTAS QUE FUESEN NUESTRAS IDEAS, CARECERIAMOS DE RAZON ALGUNA QUE NOS ASEGURASE QUE EN SÍ CONTENTARIAN LA PERFECCION DE SER VERDADERAS. » (Obras, tomo I.)

Con motivo de este teorema : *Los tres ángulos de un triángulo rectángulo son iguales á dos rectos*, se expresa Descartes en estos términos :

« Puedo yo dudar de esta verdad, si ignoro que hay un Dios, pues puedo figurarme haber sido hecho tal por la naturaleza, que pueda fácilmente engañarme. AUN EN LAS COSAS QUE CREO COMPRENDER CON MAS EVIDENCIA Y CERTIDUMBRE. Pero, despues de haber reconocido que hay un Dios, y al mismo tiempo que todas las cosas de él dependen, y que no puede engañarme, y además de esto, que todo lo que concibo clara y distintamente no puede menos de ser verdad; aunque no piense en las razones por las cuales he juzgado que todo esto es verdad, no se me puede alegar ninguna razon contraria que me obligue á dudar de ella, y por consiguiente poseo una ciencia cierta y verdadera. Así muy claramente reconozco que LA CERTIDUMBRE Y LA VERDAD DE TÓDA CIENCIA DEPENDEN DEL SOLO CONOCIMIENTO DEL DIOS VERDADERO, DE MODO QUE ANTES DE CONOCERLO, NO PODIA SABER ALGUNA OTRA COSA. » (Medit., 5 tom. I.)

En la misma meditacion añade Descartes lo siguiente : « ¿ Hay algo mas claro y manifiesto que el pensar que hay un Dios, esto es, un ser soberano y perfecto? La seguridad que de esta verdad tengo, no es como la que poseo en otros puntos; sino que, además observo que LA CERTIDUMBRE EN TODAS LAS COSAS, DEPENDE TAN ESTRECHAMENTE DE ESTA MISMA VERDAD, Y DE UN MODO TAN ABSOLUTO, que sin este conocimiento, ES IMPOSIBLE SABER COSA ALGUNA CON CERTEZA. »

Resulta de este principio que no hay certidumbre posible para el ateo, conclusion que no deja de sacar el mismo Descartes. « Por lo tocante, nos dice, á la ciencia de un ateo, fácil es demostrar que nada puede saber con certidumbre y seguridad; pues tanto menos poderoso será el que reconocerá por autor de su ser (la natura ciega), tanta mayor ocasion tendrá de dudar, de si su propia naturaleza no es de tal modo imperfecta que se engañe aun en las cosas que muy evidentes le parecen; y NUNCA PODRA LIBRARSE DE ESTA DUDA. SI PRIMERAMENTE NO RECONOCE QUE HA SIDO CRIADO POR UN DIOS, PRINCIPIO DE TODA VERDAD Y QUE NO PUEDE ENGAÑARSE » (Obras, t. II.)

En otra parte nos dice Descartes : « Siguese de este principio (de la veracidad divina) que la facultad de conocer que nos ha sido dada, y que llamamos luz natural, no apercibe jamás objeto alguno que no sea verdadero en lo que apercibe, esto es en lo que conoce clara y distintamente, pues tendríamos derecho de creer que Dios nos engaña, si nos la hubiese dado tal, que tomásemos lo falso por lo verdadero cuando de ella hacemos un buen uso. » (Obras, t. III.)

Por último, en este pasaje que sigue, Descartes parece hacer un círculo vicioso, si bien se nota que, en último analisis, establece la veracidad divina como única prueba de la autoridad de las percepciones claras y distintas : « Como me sucede á veces el juzgar que los demás se engañan en las cosas que creen saber mejor, ¿quién sabe si yo mismo no me engaño cada vez que sumo dos y tres? He tomado el ser ó la existencia de este primer pensamiento de cuyo primer principio he deducido con claridad los siguientes : á saber que hay un Dios que es autor de todo lo que en el mundo existe, y siendo este Dios manantial de toda verdad, no ha criado nuestro entendimiento de tal naturaleza que se pueda engañar en el juicio que hace de las cosas de las cuales tiene una percepcion clara y distinta. » (Los PRINCIPIOS DE LA FILOSOFÍA, III.)

Descartes era cristiano, y nunca había dudado seriamente de la existencia de un Dios criador del hombre, de un Dios tan infinitamente verídico y santo, como poderoso y perfecto. Apoyado en esta fe, admite que la razón humana obra de este Dios que ha criado al hombre para conocer la verdad, es, *en ciertas condiciones y en ciertos límites*, un medio natural, un testigo sincero y fiel de la verdad.

Sobre tan sólida base fundó el edificio de la certidumbre y de todos los conocimientos humanos. Mas de una vez se le ha vituperado, porque, por su modo de restablecer el dogmatismo filosófico, cayó en un círculo vicioso, habiendo querido probar el poder de la razón por la verdad y existencia de un Dios verídico y autor de la razón; y la existencia de un Dios verídico y autor de la razón, por el poder de la razón en alcanzar esta verdad. Achaque es este que desgraciadamente no deja de tener fundamento, y emana necesariamente de los principios del método cartesiano. Pero, si bien se observa, se verá que, a pesar de la duda universal que, como filósofo, dió á su método Descartes, ni un momento de duda tuvo como cristiano; y una infinidad de causas supusimo verdades de hecho de las cuales no es permitido dudar. Entre ellas, lo repito, admite la existencia de Dios, autor de la razón, verdad que había aprendido en la escuela de la fe y la tradición, si bien demostró mas adelante esta gran verdad por pruebas de otro género y ajenas de su método inquisitivo. Por este medio supo evitar el círculo vicioso de que se le acusa, ó á lo menos el escepticismo.

§ XX. La misma doctrina de Descartes sobre la VERACIDAD DE DIOS considerada como último fundamento de la certidumbre, profesada por la FILOSOFIA DE LEON (en Francia).

Esta manera de filosofar de Descartes se mantuvo siempre en su escuela. La *filosofía de Leon* (en Francia), ese repertorio de todos los principios cartesianos, arregló del mismo modo la doctrina de la certidumbre. El autor de esta filosofía, dogmatista encarnizado, había empezado por admitir que la evidencia de cada hombre es un indicio infalible de la verdad, indicio que nos asegura la certidumbre de esta misma verdad; que, para distinguir la verdadera evidencia de la falsa no hay necesidad de otro signo, de otro criterio; pues la verdadera evidencia se basta á sí misma para darse á conocer, y su luz es la única prueba, siendo juez infalible de sí misma. Esta es la doctrina de Zenon y Lúculo, en otros términos, el dogmatismo de los antiguos renovado por Descartes.

Después de este preludeo, era natural esperar que el autor, para no ponerse en contradicción consigo mismo, no hubiera nunca invocado otro testimonio para probar la fidelidad del testimonio de la evidencia. Bien así lo hubiera deseado, pero conoció que era imposible; pues apenas había pronunciado en último recurso para fijar los derechos imprescriptibles de la evidencia, y proclamar su infalibilidad, que, con motivo del testimonio de los sentidos, que establece como el segundo criterio de la verdad, y al pretender combatir los idealistas que niegan la existencia de los cuerpos, se siente detenido por su propia flaqueza, y se percibe que, con sola la evidencia, no puede continuar la lucha. Es verdad que, á ejemplo de Zenon y Lúculo, había dicho: que, para que la evidencia, resultante del testimonio de los sentidos, sea un criterio eficaz de la verdad, debe tener estas tres condiciones: 1º que debe ser conforme á la razón; 2º que debe ser perpetua y constante; 3º que debe ser uniforme, de modo que lo que un sentido asegure, no lo contradiga otro: *Ut sensuum relatio tanquam efficax veritatis argu-*

mentum habeatur, triplex conditio requiritur: 1º ut sensuum relatio cum ratione consentiat; 2º ut constans perpetuaque sit; 3º ut sit uniformis sive et unus sensus alteri non contradicat. (PHILOSOPHIA LUGDUNENSIS, *Logicæ, dissert.*, II, § 11.)

Pero, al llegar á la aplicacion de este criterio, esto es, al tratar de averiguar si realmente tienen existencia los cuerpos, el filósofo leones confiesa francamente que este criterio, que tan *apto* y *eficaz* habia proclamado, y lo que es mas, poseyendo las tres condiciones necesarias de su verdad, cesa de ser *apto* y *eficaz* para juzgar con certidumbre de la realidad, de la naturaleza y del estado de los cuerpos; *Quæres: An testimonia sensuum idoneam subministrant regulam qua possimus de statu et natura corporum certo judicare? Respondeo: CERTA NON SUNT REGULA.* (*Ibid.*)

¿Qué hace pues? A ejemplo del maestro vuelve á la filosofía de las almas sencillas; invoca el testimonio de la evidencia universal en apoyo de la evidencia particular; prescinde del dogmatismo privado para refugiarse en el dogmatismo comun; pues dice que la prueba del testimonio de los sentidos no nos engaña al dar testimonio que los cuerpos existen, es porque, como cada uno puede notarlo, todo hombre siente en sí mismo, durante su vida entera, una propension, una tendencia firme y constante que lo arrastra á creer que los cuerpos existen en realidad; y es claro que tal propension, tal tendencia no puede ser impostora: *Proclivitatem qua pertrahimur existere corpora quisque, per totum vitæ suæ stadium, in se deprehendit, ergo firma et constans est propensio.* (*Ibid.*)

Si se quiere saber cómo y porqué esta tendencia, esta propension firme y constante no puede engañar, sino al contrario, poseer una verdad incontestable, el mismo autor añade: que es porque arrastra á todos los hombres; pues el modo de obrar de todos los individuos que componen el género humano, prueba que están todos obligados, de buen ó mal grado, á obedecer á esta impulsión que los obliga á creer que los cuerpos existen; y una propension que reside en todos los hombres solo puede ser inspirada por la naturaleza, la cual no puede engañar: *Hæc propensio vim habet ineluctabilem cui OMNES PATENT HOMINES; atqui huic naturæ impulsioni qua credimus existere corpora, OMNES OBSEQUI HOMINES satis probat eorum agendi ratio; ergo est invincibilis.*

¿Pero qué es lo que nos asegura que una propension comun á todos los hombres procedente por el hecho mismo, de la naturaleza del hombre, no puede ser impostora? Nos lo asegura esta misma propension invencible, nos responde la citada filosofía, que arrastra á los hombres á creer que los cuerpos existen, la cual no puede menos de tener su origen en Dios AUTOR DEL HOMBRE. Si viene de Dios, debe tener un vínculo, una relacion necesaria con la verdad y la existencia de los cuerpos; pues, si esta propension *universal de la humanidad* á creer que los cuerpos existen, si esta evidencia universal de la cual resulta esta propension, pudiese engañarnos, se podría decir con razon que el autor del error es Dios mismo: *Quæ nobis inest invideta proclivitas ad judicandum existere corpora, suam AB IPSE DEO ORIGINEM TRAHIT. A Deo autem esse non potest quin necessariam habeat cum veritate, id est cum existentia corporum, connexionem; non potest enim nos decipere quin error ille in Deo MERITO refunderetur.* (*Ibid.*)

§ XXI. La misma doctrina conservada hasta nuestros días por la escuela cartesiana. Incremento dado á esta doctrina en el último curso de filosofía salido de esta escuela. Toda la doctrina de la escuela cartesiana, relativo á la certidumbre, se reduce á este principio: que, sin la fe en un Dios criador, inevitable es el escepticismo.

Para acabar de probar la existencia de esta doctrina tradicional en la escuela cartesiana, voy á citar las *Prælectiones philosophicae*, impresas en Clermont-Ferrand, en casa de Thibaud-Landriot, sin nombre de autor, en el año de 1849. Es el curso filosófico mas reciente y el mas grave que ha salido de esta escuela.

El autor de este curso, espíritu analítico y sutil, lleno de vena filosófica, y, lo que es mas, de zelo cristiano, si bien cartesiano á todo trance, establece como tesis, « que la percepción en tanto como constituye el sentido íntimo ó la evidencia, es el verdadero criterio de toda verdad: *Thesis: Perceptio, quatenus sensum íntimum vel quatenus evidentiam constituit, est verum omnis certitudinis criterium* (tom. II, p. 395). Lo cual, como fácil de ver, es la percepción clara y distinta que habia establecido Descartes como primera señal de verdad.

Peró, tan poco apurado como el mismo Descartes en el criterio de la percepción que denomina *certidumbre primaria*, cree el citado autor que esta *certidumbre primaria* exige otro criterio llamado *certidumbre secundaria*, y cuyos orígenes son el *sentido comun* y la *revelacion divina*.

En cuanto al sentido comun, oigamos como fórmula su tesis: « El sentido comun, ó sea una propension fundada verdaderamente en nuestra naturaleza, es un motivo cierto de juzgar bien: *Thesis: Sensus communis, seu propensio vere in nostra natura fundata, est moticum, certum judicandi.* » Ni mas ni menos procede el profesor de Clermont que la filosofía de Leon, la cual como hemos visto, para probar que no nos engaña el testimonio de los sentidos el cual acusa la existencia de los cuerpos, alega la *propension natural* que tienen todos los hombres en creer la existencia de estos cuerpos; y de este mismo modo buscó Descartes, en el consentimiento universal de los hombres, la prueba de que la percepción clara y distinta es un signo de verdad.

¿Pero, quiérese saber en que estriba ese consentimiento universal de los hombres que afirman la misma cosa, esa propension universal de la *naturaleza humana*, en creer con certidumbre ciertas cosas que no pueden engañarnos? En el concepto del profesor de Clermont, como en el de la filosofía de Leon, y del mismo Descartes, efecto es este que debe atribuirse á la veracidad de Dios, autor de la naturaleza humana. Oigamos en prueba de ello la tesis del filósofo de Clermont: « Debemos colocar, con Descartes, en la *veracidad divina*, el principio de la certidumbre secundaria: *Thesis: Principium certitudinis secundariæ in veracitate divina, cum Cartesio, est reponenda.* »

El mismo autor nos asegura tambien que, segun Descartes, la veracidad divina es el principio de la certidumbre secundaria, en tanto que es el fundamento *único* en el cual reposa esta certidumbre, y que, por la veracidad divina, se reduce tambien la certidumbre secundaria en criterio universal: *Veracitas divina, juxta Cartesium, est certitudinis secundariæ principium; est enim fundamentum cui hæc unice innititur, et cujus ope ad criterium universale redigatur.* Esto es, que, en último análisis, la veracidad divina es el fundamento de toda certidumbre.

Por último, el autor de las *Prælectiones* nos atestigua que este principio

de la veracidad divina, que sirve de base única à la certidumbre secundaria, ha sido admitido como legítimo, mas ó ménos explícitamente, por todos los discípulos de Descartes, si bien todos no lo proponen del mismo modo; y que, en general, todos los que, de acuerdo con el filósofo de Clermont, colocan el criterio de la certidumbre en la percepción tomada en su sentido mas riguroso, son, en el fondo, del mismo parecer que Descartes: *Idem principium (veracitatis divinæ), tamquam legitimum admittitur, plus minusque explicitè, ab omnibus Cartesii discipulis, licet ab omnibus in eadem forma non proponatur. Imo cum Cartesio, in hac parte, consentiunt quotquot criterium certitudinis nobiscum reponunt in perceptione in sensu stricto intellecta. (Ibid., p. 404.)*

Así, según lo reconocen los mismos cartesianos, todo el sistema de Descartes y de su escuela por lo tocante à la certidumbre, se reduce à esto:

1º Todo aquello de lo cual tenemos una idea tan clara y distinta como la idea que tenemos de esta proposición: *Yo pienso, luego existo*, es verdadero;

2º Pero, como sucede à menudo que las cosas de que tenemos una idea clara y distinta no son verdaderas; para asegurarnos de la verdad de nuestras ideas claras y distintas, es necesario ver si los demás hombres, colocados en las mismas condiciones que nosotros, tienen igualmente una idea clara y distinta de la misma cosa, pues, si todos los hombres perciben la misma cosa y de la misma manera que nosotros, no hay duda que nuestra idea clara y distinta es verdadera, no pudiendo ser impostora una percepción que todos los hombres reciben del mismo modo, como que es el testimonio sincero y fiel de la relación que media entre la verdad de la cosa y la percepción de ella formada.

3º ¿Pero, qué es lo que nos asegura que todo lo que los hombres perciben del mismo modo es verdadero; y que la idea clara y distinta de todos los hombres en una misma cosa, es el testigo sincero y fiel de un vínculo tan estrecho entre la percepción y la cosa? La veracidad de Dios; pues Dios, habiendo dado al hombre la razón y los sentidos como medios de conocer, y, como un Dios verídico solo puede dar al hombre estos medios para que conozca lo que es verdadero, este mismo Dios debió establecer una relación esencial, necesaria, entre la verdad de las cosas y las ideas claras y distintas que todos los hombres se forman por los medios que Dios les ha dado.

Según esta teoría cartesiana, sin admitir que Dios existe, que ha criado al hombre, que le ha deparado medios que, en ciertas condiciones, le atestiguan la verdad de las cosas, de nada se puede estar cierto; ni aun siquiera de la aptitud de las propensiones y de las evidencias universales de todos los hombres, y menos aun de las propensiones y evidencias particulares de cada hombre para asegurarnos la verdad. Y esta consecuencia es la que, del modo mas explícito, ha reconocido Descartes, con estas palabras: «Antes de saber que Dios existe, y que no puede engañarnos, no hay cosa alguna de que pueda estar yo cierto, ni aun siquiera de la verdad de mis percepciones: *Examinare debeo an Deus sit et an possit esse deceptor. Hac enim re ignoranta, non videor de ulla alia plane certus esse unquam posse.* O, en otros términos, que, sin la fe en un Dios criador, inevitable es el escepticismo.

§ XXII. Desarrollo del mismo principio: Que, sin la fe en un Dios criador, inevitable es el escepticismo. La naturaleza, á menos que por esta voz, se entienda al Dios criador, no ha podido establecer vinculos necesarios entre la percepcion y la verdad de las cosas.

Entre los filósofos modernos que, á ejemplo de Descartes, no abjuraron el cristianismo para promulgar la filosofía, y que, con las doctrinas del filósofo francés, heredaron igualmente su fe, fácil les fue evitar el escepticismo; pues la base de la razon universal de todos los pueblos cristianos la forma la fe en un Dios criador del hombre y autor de sus facultades, como igualmente la fe en esto principio: *Que hay un vinculo necesario, esencial, entre las facultades que tiene el hombre de conocer, y la verdad de las cosas conocidas*; base sobre la cual los cristianos fundan toda la filosofía práctica, aun cuando parecen no considerarla.

Pero no sucedía así, ni tal podia suceder con los filósofos que pretendian establecer el dogmatismo. Ya hemos visto cuales eran sus ideas sobre Dios y el hombre. Cuando escribian como historiadores de la tradicion, las creencias universales de la humanidad, y prescindian de sus propios sueños filosóficos, dejaban escapar, es verdad, de su espíritu y corazon, nobles y magníficos pensamientos, sublimes sentimientos relativos á la Divinidad, el origen de la razon humana y de la ley natural. (Véase Conferencia primera, §§ 5 y 6, notas.) Pero, como bien lo observa Lactancio, todo esto no pasaba de ideas fugitivas, de sentimientos pasajeros, que la fuerza y la luz de la verdad les arrancaban; y lo que es no menos cierto es que, como filósofos, y al hablar de filosofía, eran ruines sus ideas habituales sobre Dios y el hombre, y mucho mas groseras, mas absurdas, mas estúpidas que las de los pueblos mas bárbaros y supersticiosos.

Para esos grandes racionadores de la antigüedad, cuando oidos de cerca, Dios no pasaba, unas veces de una inteligencia unida á un cuerpo, ó combinada con el mundo como con un cuerpo; ó bien era el alma del mundo, la naturaleza, la energía de la materia, el fuego, el movimiento, la fatalidad; en otros términos, Dios no existía. Aun los filósofos que tuvieron á bien conceder á Dios la gracia de haber arreglado el mundo con una materia preexistente, nunca pensaron en atribuirle la formacion del hombre, ni haber dotado á este de la razon para conocerle, del corazon para amarle, del instinto para poseerle.

Para los panteístas, la razon humana siendo una partícula de la razon divina, el hombre no podia llegar á comprender ni amar la verdad; y enteramente pasivo, hallábase sujeto á todas las modificaciones del ser infinito de que formaba parte. Para los demás filósofos, el alma humana era homogénea con el aire ó el fuego, habiendo salido de la tierra como todo lo que en esta existe. La horrible hipótesis del estado salvaje (que, pudiera, con mayor razon, denominarse «brutal,» como el estado primitivo y natural del hombre), era cosa admitida por la escuela de Zenon, como igualmente por la de Epicuro. (Véase Conferencia primera, § 5.) El mismo Aristóteles, el filósofo que mejor trató de las operaciones del entendimiento humano, creyó honrarlo sobremanera, concediéndole, segun Varron que hemos citado precedentemente, el haber sido formado de un quinto elemento particular, esto es, del *éter sutil*, de que están formados los astros: *Quintum genus singulare Aristoteles quoddam esse rebatur e quo essent astra*, MENESQUE.

Ahora bien, con ideas semejantes sobre la naturaleza del alma, no se la concebía, ni se la podia concebir sino como el resultado ciego de la ma-

teria, el juego del acaso y combinacion fortuita de los elementos y fuerzas de la naturaleza, ni mas ni menos que los animales y plantas. La inteligencia divina no intervenia en la formacion de la inteligencia humana, como tampoco en su naturaleza, y en el orden y fin de sus facultades. Estas facultades carecian de objeto fijo, natural, preestablecido, entre la existencia de sus percepciones y la realidad de las cosas que las producen; el hombre privado estaba de toda razon para creer en la verdad de lo que atestigua su razon, de medio alguno para distinguir las verdaderas evidencias de las falsas, y la verdad del error.

En otros términos, con las ideas que se habia formado la razon filosófica antigua sobre el origen y naturaleza del alma, cuyo origen divino por la creacion desconocia ó negaba, imposible le era el reconocerle facultades naturales de llegar á la verdad, ni tener criterio para asegurarse de la certidumbre; y el escepticismo debia rigorosamente salir de todo esto como una consecuencia natural, necesaria, inevitable.

Se ha visto en efecto, á Ciceron apoyado en estos principios, y sobre tal base no vacila el escepticismo de Ciceron, así como el dogmatismo de Lúculo es una sandez, una contradiccion, una necesidad.

Lo mismo se nota en la razon filosófica moderna, así como lo veremos, la cual, habiendo adoptado los principios de Descartes sin la fe de Descartes, ha negado la creacion del hombre, y particularmente la creacion del alma de la nada. Admitida ó supuesta tal negacion, imposible ha sido á la razon filosófica, establecer que las facultades humanas tienen por objeto natural el conocimiento y amor de la verdad; y, procurando esta misma razon filosófica discutir la cuestion de la certidumbre fuera de toda creencia en Dios, se ha visto obligada, así como evidentemente resulta del proceder de Kant, á negar toda especie de certidumbre, de verdad absoluta; pues, fuera de la fe en un Dios criador del hombre, en un Dios autor de la razon y de los sentidos del hombre, nunca se conseguirá establecer de un modo cierto y seguro que hay un vínculo esencial entre la verdad y lo que se conoce por la razon y los sentidos.

En vano se objetará que, de un modo invencible, nos vemos impelidos por la misma naturaleza á creer en algo cierto.

Si, por la palabra « naturaleza » se entiende un ser inteligente, que ha dotado al hombre de las facultades de que goza, es lo mismo que asegurar que existe un Dios criador, ordenador de sus facultades, dueño soberano de sus acciones, y término postrero de su felicidad. Pero si, por la palabra « naturaleza » se entiende un ser privado de inteligencia, un conjunto de las leyes de la materia, el juego del movimiento; como, en casos semejantes, las facultades del hombre carece de toda causa inteligente, carecerán igualmente de un fin inteligente, y no guardarán conexion racional ni en armonia ni en verdad. En esta hipótesis, la naturaleza habrá hecho un juego y no una operacion al criar al hombre; pues una operacion arguye un fin, y este implica un ser inteligente. Tales como las monedas de oro y plata, que, despojadas de la efígie del soberano, no tienen curso en el público, las facultades de conocer, juzgar, raciocinar, consideradas en el hombre fuera del gran privilegio de tener al mismo Dios por autor, despojadas del sello sublime de la Divinidad, nada son, ó son objetos desprovistos de todo valor, que nada indican, que nada se proponen, con los cuales nada se puede probar ni asegurarse de nada; y el escepticismo será siempre la consecuencia inevitable, la última palabra de la negacion del dogma de la creacion.

§ XXIII. Otro desarrollo del mismo principio. La cuestión relativa à la certidumbre se reduce à la certidumbre objetiva. Los argumentos de los escépticos modernos son insolubles como los de los antiguos, si no se tiene fe en un Dios criador.

En efecto, en los términos en que la cuestión de la certidumbre ha sido hoy día reducida por los racionalistas, y según los principios de Kant; no se trata de saber, si un hombre puede estar ó no estar cierto de lo que en sí mismo pasa, de las modificaciones diversas de su espíritu y su cuerpo, en ciertas ocasiones; esto es, no se niega la *certidumbre subjetiva* — y, en cuanto á mí, dudo que haya sido negada. — Se trata solamente de saber: si estas diversas modificaciones de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo, cuya existencia no puede ponerse en duda, son ó no producidas por las causas á que las atribuimos: ó, en otros términos: si existe un vínculo necesario, una relación esencial entre nuestras percepciones y nuestras sensaciones, y la realidad de las cosas que parecen atestiguarlas nuestras percepciones y nuestras sensaciones. Así toda la cuestión atañe la *certidumbre objetiva*.

Ahora, en materia semejante, reproduciendo los argumentos de los antiguos, nos dicen los escépticos modernos: La historia de la filosofía no es mas que la demostración completa de este hecho: Que los mayores filósofos, al creer haber evidentemente conocido por su razón la verdad en muchas cosas, no han hecho mas que asir el error. Durante el sueño y la locura, cree el hombre ver, oír, existir, lo que en realidad no ve, no oye, ni existe; y no hay hombre que, aun en estado de vigilia y en estado de salud perfecta, no abandone como erróneas en un tiempo, creencias que en otro admitió como evidentemente verdaderas. Todo esto prueba que, impresionado el espíritu humano por lo falso como por lo verdadero, y con la misma viveza y fuerza, no puede establecerse una relación natural, necesaria, esencial, entre nuestras percepciones, nuestras sensaciones, nuestros raciocinios y la realidad de las cosas exteriores; y este solo dato nos autoriza á negar que sobre los falaces testimonios de la razón y los sentidos, se pueda afirmar cosa alguna como existente, ni estar cierto de nada.

« Cuando una de las cuatro facultades que concurren, dice Jouffroy, á la « formación de nuestros conocimientos, viene á aplicarse y á darnos la noción « que le es propia, es evidente que, solo mediante una condicion primera « podemos creer en la verdad de esta noción: y es la fe en la *verdad nativa* « de esta facultad, esto es, la propiedad de ver las cosas tales como son: « pues, por poca duda que en este punto abriguemos, no hay verdad ni « creencia posible. Sin embargo nada prueba ni probar puede esta *veracidad* « nativa de nuestras facultades. Luego el principio de toda creencia es un « acto de fe ciega en la *veracidad natural de nuestras facultades*. Así pues, « cuando dicen los escépticos: *nada nos prueba, que nuestras facultades vean* « *las cosas como son, y nada nos demuestra que Dios no las haya organizado* « *para engañarnos*, los escépticos dicen una *cosa incontestable y que im-* « *posible es negar.* » Un poco mas adelante nos dice: Me doy prisa en repe- « tirlo: á esta objecion de los escépticos, *ninguna respuesta categorica* « *conozco, y no existe medio alguno de probar la veracidad de nuestra inte-* « *ligencia.... Esta objecion es irrefutable.* » (CURSO DE DERECHO NATURAL, leccion IX.)

Así, para Jouffroy, que no admite la creación del hombre por Dios, é ignora (! pobre hombre!) si Dios puede engañarnos, ni mas ni menos que para Ciceron y demás escépticos que se negaban á admitir un Dios criador del hombre, y para el mismo Descartes antes de reconocer un Dios esencialmente

verídico y autor de la razon humana; para Jouffroy, digo, ninguna certidumbre existe, que nuestras facultades hayan sido organizadas para ver las cosas como son, y no para transmitir imágenes infieles. El escepticismo es irrefutable; ó bien todo ateo, como lo observa justamente Descartes, debe ser escéptico; y el escepticismo universal, absoluto, es la última consecuencia de la negación del dogma de un Dios criador, y la última palabra del ateísmo. Ahora bien, á estas objeciones se ha creído responder con las consideraciones siguientes:

« Quereis que, antes de creer en la verdad, demuestre la veracidad de
 « las facultades que se la apropian. Con mucho gusto lo haria, si, prescindiendo
 « diciendo de la misma verdad, supiese yo que existo, que conozco, que poseo
 « ciertas facultades, instrumentos de mi conocimiento. Pero todo esto no lo
 « se sino en virtud de *la verdad que me alumbrá*. Mi espíritu no sube de sí
 « propio á la verdad, sino *desciende de la verdad á sí propio*. No es mi in-
 « teligencia la que asigna la autoridad á lo verdadero, sino lo verdadero,
 « *la misma verdad, es la que cria mi inteligencia, la actualiza al criarla*, la
 « pone en ejercicio, y á ella se manifiesta. La verdad no es *subjectiva*, sino
 « *objectiva*; y no es el efecto, sino *la causa de mi existencia y de mi pensa-*
 « *miento*. Y nótese que, al establecer tales cosas, no las apoyo sobre mis
 « pobres y frágiles potencias, sino sobre *la autoridad misma de la verdad*
 « *cuya voz las proclama*; y me cino á repetir, al pensar y al hablar, *al Verbo*
 « *ideal que habla á mi espíritu*. Esta voz de la verdad que me habla á mí, á
 « vos, á todas las inteligencias, con autoridad irrefragable, es la voz de la
 « EVIDENCIA. La evidencia es *objectiva* y no *subjectiva*, es *creatrix* y no crea-
 « tura del pensamiento; el pensamiento es la vision del espíritu, la eviden-
 « cia es su luz... No toca al espíritu el probar la verdad, sino á *la verdad el*
 « *probar la autoridad del espíritu*. ¿Y cómo la prueba? *La prueba criando*
 « *el espíritu y manifestándose á sus miradas*. Nuestro espíritu no establece
 « la primera verdad, y así no puede demostrarla ni confirmarla. Pero la
 « primera verdad *confiere á nuestro espíritu todo su valor, porque le da la*
 « *existencia*. Cesad pues de argumentar contra la verdad, presuponiendo
 « que vuestra facultad de conocer puede ser errónea; pues no podeis hacer tal
 « suposición, no abrigar la menor duda, emitir el menor juicio, pronunciar
 « una palabra, sin creer en la verdad. Así vuestra objecion, al suponer esta
 « realidad que combatis, se destruye á sí misma. » (GROBERT, *Restauracion*
de las ciencias filosóficas, tom. I, pág. 585.)

Este raciocinio es elocuente si se quiere, pero dista mucho de ser concluyente contra los escépticos; á menos que se añada la gran palabra: « Dios. » Sin esta palabra que todo lo alumbrá, que todo lo explica, que todo lo vivifica; sin comenzar por creer que la inteligencia humana es la obra de Dios y de su VERBO, que alumbrá á todo hombre que viene en este mundo, ¿qué viene á ser la verdad que me alumbrá y mi espíritu que descende de la verdad? ¿Qué viene á ser la verdad que cria mi inteligencia y la actualiza al criarla? ¿Qué viene á ser la autoridad de la verdad proclamando mis potencias por su voz? ¿Qué viene á ser el Verbo ideal que habla á mi espíritu, y esa voz de la verdad que habla á todas las inteligencias? ¿Qué viene á ser la evidencia *creatrix* de mi pensamiento, y la verdad que debe criar la autoridad del espíritu, y probándola al criar el espíritu y manifestándose á sus miradas? ¿Qué viene á ser, y sobre qué fundamentos reposa esa *verdad primera que confiere á nuestro espíritu tanto valor, porque le da la existencia*? ¿Quién puede comprender una palabra en todo este farrago? ¿A qué se reduce todo esto, sino á un hacinamiento de palabras huecas, y de frases desprovistas de pensamiento y verdad? ¿A qué se reduce sino á un paralogismo en lugar de un razonamiento? ¿A qué van á parar tantas palabras sino á decir á los escépticos: « Hacedis mal en ser escépticos porque sois escépticos? » Así no creo yo que

tal razonamiento, desprovisto de razon, pueda hacer en los escépticos la impresion que se lisonjea su autor de lograr, y que los haga cesar de argumentar contra la verdad, *presuponiendo que su facultad de conocer pueda ser errónea*; ó en otros términos: sin verdad, no hay certidumbre para el ateo.

En cuanto á las últimas palabras de esta argumentacion (que no es tal, á menos que el autor haya querido *presuponer á Dios*): « No podeis abrigar la menor duda, emitir el menor juicio, pronunciar la menor palabra, sin creer en la verdad, » venablos son estos que siempre ha lanzado la dialéctica á la cara de los escépticos sin alcanzarla; en otros términos, son banalidades que hace dos mil años, habia justamente juzgado Ciceron, y que no pueden terminar la cuestion.

Fuera de esto, el mismo autor, en una nota intitulada: *Del Ontologismo cristiano*, parece retroceder, pues se expresa en estos términos: « El método « fundamental del cristianismo es *ontológico* y no *psicológico*. El cristianismo « no dice con Descartes. El hombre es, luego Dios existe; sino: Dios es, luego « el hombre existe; esto es, el hombre es en Dios, y su existencia viene de « Dios. »

« No dice el cristianismo con los psicólogos de nuestro tiempo: El espíritu del hombre saca de sus facultades la idea del ser necesario, y cria á « Dios á su imagen; sino que enseña lo contrario, esto es que Dios ha criado « el hombre á su imagen y semejanza. »

« No nos dice: « El hombre lleva en sí mismo una ley moral, ley de bondad « y de justicia, luego Dios es justo y bueno; » sino nos dice: « Dios es justo « y bueno, luego el hombre debe ser justo y bueno imitándolo. »

« No dice: « El hombre es libre, luego sometido está á la ley del deber; » « sino: « El deber y la ley moral existen, luego el hombre es libre... »

« No dice: « Raciocina, examina y cree, » sino: « Cree, examina y raciocina. »

« No dice: « Busca la verdad en la duda, » sino: « Busca la verdad en la « enseñanza. »

« No dice: « Enseña á la Iglesia, » sino: « Aprende de la Iglesia. »

« No dice: « Parte de tí para llegar á Dios; » *sino parte de Dios para llegar « á tí*; no empiezes por la filosofia para llegar á la razon, sino al contrario. »

« Sin embargo no hay que concluir que el cristianismo rechaze el método « psicológico; al contrario admite y prescribe algunos de los principios « enunciados; pero los considera como un método secundario, que debe seguir « y nunca preceder al método ontológico. »

« El señor Lamennais, en su teoría sobre la certidumbre, confunde estos « dos métodos, desechando ambos y substituyéndoles el de la *autoridad*. Pero « el método de autoridad es imposible sin un fundamento ontológico, y es « una manifiesta peticion de principio establecer la ontología sobre la autoridad. » (*Restauracion*, tom. I, pág. 90.)

Ahora bien, este *ontologismo cristiano* es el del autor; el cual, por la palabras citadas, refuta él mismo la argumentacion por la cual pretendia combatir el escepticismo moderno sin la fe en Dios; antepone la fe al raciocinio, la religion á la filosofia, establece la creencia en Dios como único medio de explicar el hombre; y, á imitacion de Descartes, considera á Dios como manantial de toda verdad, prueba de toda evidencia, fundamento de toda certidumbre y base de toda autoridad.

Otras respuestas, si bien no mejores, alegan contra el escepticismo sus adversarios, fuera del principio de la *veracidad divina* de Descartes, las cuales consisten en decir, con el autor de las *Prælectiones philosophicæ*, que se afana en combatir el escepticismo: que se debe admitir la certidumbre *objectiva*, ó la existencia de la relacion entre la percepcion y cosa percibida.

del mismo modo que se admite la certidumbre *subjectiva*, como un hecho *primitivo*, cuya existencia es cierta, aunque no pueda ser demostrada: *Admittenda est igitur certitudo objectiva eodem modo ac subjectiva, scilicet velut factum primitivum cujus existentia constat, sed demonstrari non potest.* (Tom. II, pag. 569.)

¿Pero como niños asaso? responden los escépticos. ¿Cómo podeis, supónernos capaces de admitir como un hecho cierto, un hecho que ni está ni puede ser demostrado? ¿Por ventura se puede admitir sin demostración una doctrina de tanta importancia? ¿De qué derecho pretendéis que estribe sobre la incertidumbre, sobre la nada, el fundamento de toda certidumbre, de toda verdad? ¿Quereis que, sin prueba alguna, os sea concedido lo que debe servir á probarlo todo? ¿Qué como cierto se acoja lo que ni aun siquiera se puede dar como probable? ¿Qué se considere fuera de toda cuestion lo que constituye la misma cuestion? ¿Es eso discurrir? ¿Es eso filosofar?

Si, sin duda, insisten los dogmatistas. Por eso cabalmente se debe principiar. Si, conviene que supongais como demostrado, como un hecho evidente, la existencia de toda certidumbre, y esta suposicion debe preceder á toda disputa, á toda discusion filosófica: *Existencia certitudinis admittenda est ut factum indemonstrabile, cujus suppositio omnem disputationem philosophicam precedere debet.* Pues titubear en admitir este hecho, es dudar de la inteligencia humana. Exigir del hombre que pruebe su inteligencia es el colmo de lo absurdo, porque, para ello, seria necesaria otra inteligencia distinta de la primera: *Quicumque circa illum factum ambigeret, intelligentiam humanam in questionem revocaret; porro a nobis exigere ut nostram intelligentiam probemus existentiam, cumulus foret absurditatis: ad hanc enim demonstrationem nobis necessaria foret intelligentia a priori distincta.*

¿Cómo os atreveis á decir, responden los apologistas de la duda, vosotros cartesianos, que es el colmo de lo absurdo exigir que se pruebe la inteligencia antes de creer en la inteligencia; cuando os consta que tal fue el objeto del mismo Descartes, cuando, procurando probar la inteligencia humana por la inteligencia divina, declaró que, antes de estar seguro que Dios no dotó al hombre de la inteligencia como medio de error, de nada podia estar cierta la inteligencia humana, ni aun siquiera de la claridad y distincion de sus propias ideas?

En vano se dice que el escepticismo repugna; que sus sectarios se contradicen al admitir la realidad de los fenómenos de la conciencia y del pensamiento, las nociones, las ideas, los juicios, los razonamientos; y al rechazar, al mismo tiempo la realidad *objectiva* de estos mismos fenómenos; pues los escépticos replican que admiten estos hechos interiores del hombre como enigmas inesplicables ó inesplicados de su existencia, como juegos incansantes de su espíritu ó ilusiones perpetuas de los sentidos, sin alimar teoría alguna relativa á su causa; y que, por consiguiente, ne se contradicen al afirmar que no saben si todo esto tiene ó no tiene una relacion necesaria con las realidades exteriores que existen en realidad.

En vano se repite que el escepticismo repugna á todas las inclinaciones de la naturaleza, la cual obliga, á pesar de toda clase de argumentacion capciosa, á admitir como ciertas muchas cosas, por mas que se esfuerce el hombre en probar que de nada puede haber certidumbre. «¿Qué viene á ser la naturaleza? contestan los escépticos? ¿Acaso sabemos cosa alguna sobre la esencia de los seres? ¿Quién puede asegurar que las inclinaciones de la naturaleza son reglas legítimas que hay que seguir, y tienen en sí un fin que hay que lograr? ¿Quién puede haber dado semejante fin á los instintos humanos? Nada se puede saber, nada comprender en este punto; y ¿cómo no ven los apologistas, que entre las inclinaciones ó instintos que dicta la misma

naturaleza, existe el instinto de rechazar todo lo que no comprende la inteligencia humana? Por otra parte, ¿acaso obra el hombre porque esté cierto de algo? ¿tiene acaso necesidad de certidumbre para obrar? « Y en consecuencia, constituyéndose eco de los antiguos, prueban los nuevos académicos que, las mas de las veces, obra el hombre movido por meras probabilidades; que puede la criatura humana prescindir del porvenir y atenerse al día de hoy, persiguiendo lo que, de un modo mas ó menos probable, debe acarrear la dicha; y que, entretanto, exento de toda obligacion de admitir ninguna verdad absoluta ni obligacion cierta, dueño perfecto de sí mismo, el hombre es dueño de pensar como quiere y vivir como piensa; y que, reduciéndose á esto la vida de los escépticos, no por eso dejan de vivir, sin ser mas desdichados que los demás hombres.

En vano, enfin, se alega que el escepticismo seria la destruccion de toda religion, de toda moral, de toda ley, de todo deber, y por consiguiente de toda sociedad; los escépticos no se inquietan por tan poca cosa; pues, al paso que admiten las consecuencias de la doctrina que profesan, ven, en estas destruccioncs, en vez de un inconveniente, una ventaja para la humanidad, un progreso.

Por consiguiente, si no se empieza por admitir la fe en un Dios criador del mundo en general y del hombre en particular, sola fe que explica las relaciones entre las facultades del hombre y los objetos exteriores, como igualmente las relaciones de todos los seres entre sí que constituyen el universo, no hay medio alguno de probar á los escépticos que son absurdos al admitir la duda como un hecho primitivo é indemostrable; mientras que los dogmáticos se ven reducidos á admitir como hecho primitivo é indemostrable la existencia de la certidumbre. Así no hay medio de combatir los argumentos de los escépticos, y hay que cejarse al dicho de Descartes, que de nada se puede estar cierto: *Non video de ulla re certus esse unquam posse.*

§ XXIV. Siendo admitido universalmente, en materia de certidumbre, que hay que admitir algo como un hecho, y sin demostracion, antes que admitir la relacion ó vínculo de la razon con la verdad, es mucho mas racional comenzar por admitir como un hecho primordial el dogma de la creacion del hombre por Dios, dogma que profundamente se halla grabado en el corazon del hombre, y puede unicamente explicar su razon y destinacion.

Nada es, por otra parte, mas racional que admitir *á priori*, como un hecho primitivo é indemostrable, la existencia de un Dios criador.

Ya hemos visto que la misma escuela cartesiana exige que se admita la certidumbre como un hecho primitivo é independiente, pretendiendo igualmente que esta *suposicion* debe preceder á toda discusion filosófica, sopena de no poder darse un paso en filosofia.

Tampoco debemos olvidar que la escuela de Lamemais tambien pretende que debemos admitir como un hecho primitivo é indemostrable la autoridad del *sentido comun*, sopena de no poder estar cierto de nada, ni aun siquiera de nuestra propia existencia.

Consta igualmente que las demás escuelas filosóficas, que combaten el escepticismo, están de acuerdo en este principio: que hay que creer en la razon sin razon, sopena de no poder raciocinar.

Oigamos las palabras del autor de la *Legislacion primitiva*:

« Buscamos el principio de nuestros conocimientos en nuestras *ideas* y en « nuestras sensaciones; pero estas *ideas* y estas sensaciones son *nosotros* « *mismos* que pensamos y que sentimos. Así nuestras ideas y nuestras sen-

«saciones las juzgamos con nuestras ideas y nuestras sensaciones; y, para «apercibir, distinguir, clasificar, las diversas operaciones de nuestro espíritu «sobre las ideas y las sensaciones, no tenemos mas medio que nuestra «alma, nuestro espíritu que las recibe, ó, por mejor decir, que es el mismo «unas y otras. Pero nuestro espíritu no pasa de un instrumento que nos ha «sido dado para conocer lo que está fuera de nosotros; cuando lo empleamos «para estudiarse á sí mismo, lo hacemos servir á la vez de instrumento «para operar, y de materia de operacion: labor ingrato y sin resultado po- «sible.

«En lugar de fijar el primer anillo de la cadena de nuestros conocimientos «en algun punto fijo fuera del hombre, tenemos asido con una mano este «anillo, y estendemos con la otra la cadena, la cual nos figuramos seguir, «cuando ella es la que nos sigue. Tomamos en nosotros mismos el punto «de apoyo sobre el cual queremos alzarnos; en una palabra, nos pensamos «á nosotros mismos, lo que nos hace asemejar á un hombre que quisiera «pesarse á sí mismo sin balanza ni contrapeso. JUGUETES de vuestras pro- «pias ilusiones, nos preguntamos á nosotros mismos, y tomamos el eco de «nuestra propia voz por respuesta de la verdad. NUESTRAS INDAGACIONES «DEBIERAN EJERCERSE FUERA DE NOSOTROS.» Ahora bien este FUERA DE NOS- «OTROS en que debieran ejercerse nuestras indagaciones, son las creencias so- «ciales, las creencias universales que, en el concepto del señor Bonald, se «debe admitir antes de la razon.

De modo que es cosa universalmente reconocida que, en materia de cer- tidumbre, hay que comenzar por admitir un principio cualquiera, una doctrina cualquiera como un hecho que no se puede demostrar; que hay que admitir que tenemos una razon, que tenemos sentidos; y que esta razon, cuando de ella hacemos un uso legítimo, y que estos sentidos, cuando los aplicamos á objetos que son de su competencia, nos dan testimonio de la verdad. En otros términos, hay que creer antes de raciocinar, y, tanto el filósofo que no quiere descarrarse, como el mismo teólogo, deben empezar por un acto de fe.

Ahora bien, una vez reconocido este menester, á lo menos de un modo implícito y práctico para todo el mundo, ¿es acaso absurdo el cambiar el objeto de este acto inevitable de fe, y comenzar por creer en Dios sin demostracion, en lugar de creer sin demostracion en sí mismo?

Siendo tal mi condicion que no puedo prescindir de creencia para llegar al raciocinio, ¿no es mas racional principiar por la fe en Dios que por la fe en el hombre?

Hallándome obligado de admitir algo como un hecho primitivo é inde- mostrable, ¿no es mucho mas racional admitir como un hecho primitivo é inde- mostrable á priori, la existencia de los atributos de Dios para expli- carme las facultades del hombre, que admitir como un hecho primitivo é inde- mostrable las facultades del hombre, para explicarme la existencia y atributos de Dios?

Primeramente es de notar que nada es mas universal, mas constante, nada que con mas profundidad sienta la criatura humana, que la propension, el instinto que la impele á admitir un Dios criador y señor del hombre. No solo Ciceron reconoce que la creencia de Dios es inspirada é impuesta al hombre por la naturaleza: *Quo omnes, natura duce, vehimur (De Nat. Deor. lib. I, c. 1)*; sino el mismo Epicuro, ese gran ateo de la antigüedad, ese maestro del ateísmo, tanto mas funesto, cuanto mas hipócrita, ese enemigo encarnizado de toda religion y toda divinidad, reconoce y confiesa que la misma naturaleza es la que da al hombre la idea de la existencia y eternidad dichosa de Dios, profundamente esculpida en el espíritu y corazon de la raza humana: *Que enim nobis natura informationem decum ipsorum dedit,*

eodem insculpsit in mentibus, ut deos æternos et beatos haberemus (loc. citat.)

Ahora bien, si la propension, el instinto que impele á todos los hombres á admitir la certidumbre, es un motivo suficiente para admitirla como hecho y sin demostracion; con mas sobrado motivo debe serlo el instinto, que, segun los mismos ateos, tienen todos los hombres de admitir la existencia de un Dios criador y señor del hombre, para acoger como hecho primitivo, y sin mas demostracion, esta gran verdad.

Ello es cierto que el hombre deriva el conocimiento de Dios de la sociedad, la cual conserva en depósito este conocimiento, como base primera de su existencia y condicion inevitable de su duracion. Pero tambien es cierto que, apenas se muestra á la inteligencia humana este conocimiento, cuando encuentra en ella una maravillosa simpatia, un instinto violento que hace que acogida con ansiosa solicitud y atesorada con júbilo. Sucede con el hombre moral, en presencia de la primera revelacion que recibe tocante á la idea sea de Dios, lo que sucede con el hombre físico en presencia de su madre cuando por primera vez le ofrece el seno. Al oír, por la primera vez, el nombre del Dios vivo, todo su ser se estremece; su cuerpo mismo, así como su espíritu y corazón, vibra de júbilo: *Caro mea et cor meum exultaverunt in Deum vivum*. La criatura humana recibe con un sentimiento que no basta á explicar el lenguaje humano, esa primera noción, la mas importante de todas las que le abastece la sociedad: él mismo la depone en sí mismo como una cosa preciosa; la aspira, se la asimila, la trasforna en el primer manjar de su inteligencia, la base de su razon, el principio de todos sus conocimientos, el primer elemento de su ser moral, que nada consigne arrancar, ni hacerle perder ó olvidar enteramente.

Luego si, en materia de certidumbre, hay que comenzar por admitir un hecho, un principio cualquiera, sin demostracion previa, ¿no es mil veces mas racional, mas sencillo, mas natural que este hecho, este principio sea la fe en un Dios criador y señor del hombre, mas bien que todo otro principio, ó todo otro hecho? A lo menos, este hecho, este principio, tiene una ventaja sobre los demás y es que lleva su demostracion, su prueba, su verdad consigo y en sí mismo, por la prontitud y adhesion que logra, por la energia del sentimiento que inspira, por el imperio con el cual se establece en el hombre: imperio poderoso, absoluto, inmole, que resiste á la rebeldía de la razon y al tumulto de las pasiones.

En segundo lugar: Santo Tomás observa que, con respeto á la causas segundas, siendo todo efecto proporcionado á su causa, la revela enteramente; pero que no sucede así con respeto á la causa primera, á Dios. Las criaturas sensibles son verdaderos efectos con respecto á Dios; pero, como estos efectos finitos, ni son, ni pueden ser proporcionados á Dios causa infinita, no lo manifiestan, ni pueden manifestarlo por entero. Así no hay medio de llegar, por el mundo sensible, al conocimiento de toda la virtud de Dios, de todos sus atributos; y, por consiguiente, no es posible formarse, por este medio, una idea justa de la esencia de Dios: *Creatura sensibiles sunt effectus Dei, virtutem causam non adæquantes. Unde ex sensibilibus cognitione non potest tota Dei virtus cognosci, et per consequens nec ejus essentia videri* (I, p. q. 12 av. 12). Pero, como las criaturas, continua Santo Tomás, son efecto que tienen una relacion necesaria con la causa primera, que es Dios, podemos, por la existencia de las criaturas, elevarnos al conocimiento que Dios existe, que es un ser omnipotente y eterno; esto es, podemos elevarnos al conocimiento de todos los atributos que convienen á Dios, en tanto como es causa primera, la cual, en virtud, excede todo lo causado: *Sed quia sunt effectus a causa dependentes, ex eis in hoc perducti possumus ut cognoscamus de Deo AN EST? et ut cognoscamus de ipso ea quæ*

necesse est ei convenire, secundum quod est prima omnium causa, excedens omnia sua causata.

Así, según Santo Tomás, por la consideración de las criaturas, se puede llegar á lo que denomina San Pablo lo *cognoscible* de Dios: *γνωστόν τῷ Θεῷ*, *quod notum est Dei*, ó bien á lo que es posible conocer con respecto á Dios como autor de la creación; pero no hay medio de llegar á un conocimiento puro, entero y perfecto de Dios. Tal conocimiento, como el mismo Santo Tomás lo ha demostrado en su famoso pasaje de la *Suma contra los Gentiles*, citado precedentemente, solo puede lograrse por la revelación que Dios dignóse hacer de sí mismo; de ahí la necesidad de que el hombre haya recibido este conocimiento por la instrucción de la fe: *Et ideo necesse fuit ut ea per modum fidei traderentur*. Por este motivo nos dicen todos los apologistas de la religión, y últimamente el señor de Bonald, que «solo el cristianismo da ideas verdaderas de Dios.

Observa igualmente Santo Tomás que, por esta misma razón, el corto número de filósofos antiguos que admitieron la idea de un solo Dios, no tuvieron la idea de que Dios es el ser mas perfecto que se puede imaginar: *Non omnibus concedentibus Deum esse, Deus est id quo nihil magis cogitari potest*. Y la historia de la filosofía, al transmitirnos todas las sandeces, todas las groserías, todos los errores propalados por los mayores filósofos relativamente á la idea de Dios (véase mas arriba la nota 18), nos da la prueba histórica del aserto cuya prueba racional nos da Santo Tomás: Que no se puede por el hombre explicar á Dios.

Pero la tesis contraria es certísima: esto es, que, por Dios, se puede explicar perfectamente al hombre.

Efectivamente, si se admite que el hombre no es el producto del movimiento ciego de las fuerzas mecánicas de la materia, sino la obra admirable del mismo Dios, y que este Dios es tan verdadero como *próvido*, omnipotente y perfecto; fácilmente se comprende que Dios ha dotado al hombre de la inteligencia y de los sentidos para conocer los seres exteriores y el mismo Dios, y hay ecuación entre los manantiales del conocimiento humano y la realidad de las cosas; compréndese que una ley doble existe como regla del espíritu y corazón del hombre; en otros términos, como regla de las verdades que debe creer, y de los deberes que debe cumplir; compréndese que el hombre, venido al mundo para conocer á Dios y cumplir su voluntad, debe, despues de su muerte, recibir un premio de su fidelidad, ó un castigo de su desobediencia á esta doble ley de Dios; y que esta recompensa solo puede ser la posesión, y este castigo la separación ó la pérdida del bien soberano, que es el mismo Dios; compréndese, en una palabra, todo el hombre, su origen, su estado en la tierra, el uso que debe hacer de sus facultades, su grandeza, su fin, y su última destinación.

§ XXV. Plan admirable de la Providencia al establecer que el hombre comience por la fe. Facilidad por la cual puede el hombre, mediante este proceder, llegar á la verdad y aun á la Iglesia. Miseria del hombre que comienza por decir: Creo en mí mismo. El dogma de la creación, principio de toda filosofía.

¡Oh! ¡cuán admirable es el plan, la economía de la providencia de Dios con respecto al hombre!

Dios, así como lo prueban la sagrada Escritura, la razón y las tradiciones, al criar al hombre, se le reveló como su criador, su padre y su maestro; y, aun despues de sumergido en las tinieblas de la idolatría, nunca olvidó enteramente el género humano estas nociones de Dios. Los pueblos mas

bárbaros y supersticiosos, conservaron siempre, mas ó menos puras estas mismas nociones, creyendo siempre al origen divino del hombre, á la creacion del hombre por Dios, y á todas las consecuencias que de este principio derivan. Esta fe, sin la cual no podria existir sociedad alguna, siempre ha permanecido intacta en la sociedad.

El hombre, al nacer, recibiendo únicamente incremento de la sociedad y por la sociedad, en ella halla, de ella deriva la idea de Dios su criador. Anidado con esta idea, con esta fe en un Dios autor de su inteligencia, su razon y sus sentidos, cree la criatura humana que esta misma inteligencia, esta razon y estos sentidos, tienen, en virtud del mismo Dios, un vinculo ó relacion necesaria con la realidad de los seres, de cuya existencia le dan testimonio estos medios de conocimiento. Así cree con la misma fuerza á la existencia de los cuerpos, á la verdad de todo lo que fuera de sí existe, como en la verdad de todo lo que en sí mismo pasa. Por lo concerniente á las verdades primeras, á los primeros principios, á las ideas de mera percepcion, cree, á pié juntillas, en este axioma de Santo Tomás: Que su razon nunca lo engaña: *Intellectus simpliciter percipiens semper est verus*. Cree que sus sentidos le son tambien testigos sinceros y fieles de todo aquello que se halla bajo su competencia: *Sensus circa sensibile proprium semper est verus*. Así, bástanle los testimonios de su inteligencia propia, de su propia razon, de sus sentidos, para creer invenciblemente que piensa, que siente, que verdaderas son las meras percepciones de su razon ó inteligencia; como igualmente las sensaciones que le atestiguan la existencia de los demás hombres y de los demás seres.

La experiencia le enseña que, cuando, mediante su razon, compone, divide ó deduce, esto es cuando juzga ó ratiocina, le es posible engañarse con respecto á las cosas meramente intelectuales: *Error est in intellectu componente vel dividente*. Igualmente le enseña la experiencia que puede ser engañado por sus sentidos con respecto á las cosas físicas, cuando dolientes ó mal aplicados se hallan sus sentidos. En estos casos, para asegurarse que ha ratiocinado con cordura, ó que en estado de salud se hallan sus sentidos, ó que adecuado es el uso que de ellos ha hecho, lo queda por recurso el acudir al sentido comun, que no necesita *supponer como un hecho*, pero cuyas simples percepciones le dan un testimonio infalible de su existencia.

Y si ve que estos razonamientos producen en los demás hombres la misma evidencia, la misma certidumbre que en sí mismo; si ve que el fallo de los demás hombres relativos á los objetos físicos con el suyo concuerda; entonces no le queda duda alguna de que sus evidencias son verdaderas, y que ha hecho un uso legitimo de su razon y sus sentidos; pues, para convencernos, decia Aristóteles, que son verdaderas nuestras evidencias intelectuales ó físicas, basta el ver, por medio de la simple percepcion que nunca engaña, que obran en los demás como en nosotros mismos, que son aprobadas por los demás como por nosotros mismos, esto es, *por todos*, cuando se trata de juicios accesibles á todo el mundo: por el *mayor número*, cuando se trata de juicios de un orden mas elevado; por los *espíritus mas sabios, distinguidos y probos*, en la profesion de ciencias particulares, cuando se trata de juicios científicos: *Probabile est quod probatur omnibus, vel plurimis, vel sapientibus, vel optimis*.

Por este proceder, si cabe al hombre la dicha de ser miembro de la verdadera Iglesia cristiana, depositaria infalible de todas las verdades, que al hombre importa y le es necesario conocer, puede este, mediante su razon, explicar, demostrar estas mismas verdades á sí mismo y á los demás, dar á conocer su necesidad, su importancia y su conformidad con la razon, vengarlas de las injurias del espíritu del error, la razon calenturienda, ó las

pasiones desenfrenadas; puede esparcir nuevas luces en torno de estas verdades que empieza por creer; puede cada vez conocerlas más á fondo por el estudio y la meditacion, elevarse á una altura cada vez mayor por la inteligencia, descubrir los vínculos latentes de estos principios con otras verdades, con la felicidad del hombre, con el progreso social; en una palabra, puede llegar á ser filósofo, cultivando una filosofía verdadera, útil, alta y sublime. Por este proceder eleváronse con vuelo tan raudo los tres más incólitos varones del cristianismo, San Augustin, Santo Tomás y Bossuet.

Si, al contrario, se encuentra fuera de la Iglesia, en medio de una sociedad que mas ó menos ha alterado por fábulas, supersticiones ó errores, las verdades y leyes primitivas, ó el dogma y la moral cristiana; aun en estas sociedades corrompidas halla la idea de un Dios criador y los principios de la ley natural: verdades primeras y elementales que, segun Santo Tomás, no es dado al hombre borrar enteramente de su inteligencia y de su corazón. Entonces, mediante razonamientos, cuya aptitud le garantiza la fe en un Dios criador, y cuya exactitud le prueba el sentido comun de aquellos á quienes este mismo Dios los manifiesta, puede desentrañar y eliminar la parte groseramente falsa y absurda de las creencias populares y de las opiniones filosóficas, á menudo mas groseras y ruines que las mismas creencias populares. Puede á lo menos dudar de lo falso, de lo absurdo de estas creencias y estas opiniones, precaverse, y desear llegar á la verdad pura y perfecta. Éste deseo, si es sincero y ardiente, es ya una oracion; y semejante oracion nunca se negará á oír la Dios de bondad, en tan importante negocio. Este mismo Dios de bondad, tambien *por medios extraordinarios* si necesario fuere, le extenderá una mano misericordiosa para ayudarlo á marchar, alumbrará la senda en que camina por divinas luces, suplirá por la gracia á la impotencia de la naturaleza, y le manifestará, por la revelacion evangélica, esas verdades de orden sobrenatural, esos misterios cuya creencia es indispensable para la salvacion, y que no basta á alcanzar la razon del hombre. Este mismo Dios de bondad lo conducirá hasta las puertas de la Iglesia que le serán abiertas con solo llamar, y será recibido como un hijo pródigo que regresa á la casa paterna. Por este proceder vemos tantos millares de hombres, nacidos en el seno de la herejía ó de la supersticion idólatrica, llegar al conocimiento de la verdad católica, al gremio de la Iglesia.

Pero, quitese de su espíritu la creencia en un Dios criador, autor de su razon y de la verdad que es objeto de esta misma razon; y, en este caso, léjos de explicar á Dios, no podrá el hombre siquiera explicarse á sí mismo; léjos de llegar á resultado alguno por la razon, ignorará si tiene una razon y si hay una verdad que le sea correlativa. Léjos de poder explicar uno solo de los enigmas que por do quier le rodean, llegará á ser un enigma insoluble á sus propios ojos, sin acertar á comprenderse á sí mismo, ni saber donde se halla, ni á que ha venido á la tierra, y, por consiguiente, sin saber á donde va; y quedará reducido á esta palabra tan triste como horrible de Sócrates: De nada estoy cierto, nada absolutamente se, nada salvo una cosa, y es que nada se: *Hoc unum scio: me nihil scire*; y el último término de su razon será el escepticismo absoluto y universal, la negacion de su razon y de sí propio.

Pero, del mismo modo que el cuerpo vive de alimento, vive el espíritu de verdad. Una inteligencia que nada sabe, que en nada cree, es una inteligencia muerta que ha exhalado su postrer aliento con la negacion y perdida de la verdad; y esta muerte, que ya comienza en la vida por la negacion de toda verdad criada, se prolongará en la vida futura por la perdida absoluta de la verdad increada.

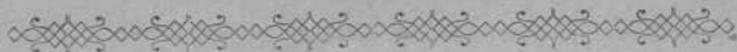
Así todo hombre que comienza sus estudios filosóficos por decir: Creo en mí mismo como ser existente, pues soy un ser que piensa: *Cogito, ergo sum*, solo ase la antorcha macilenta y falaz que llama oscuridad y tinieblas

el Libro que no engaña : *Vide ne lumen quod in te est tenebræ sint* (Luc. XI, 35); se establece en medio de las tinieblas, todo en torno de él se oscurece, todo para él desaparece en el espesor de las tinieblas, y él mismo llega á ser tinieblas : *Eratis aliquando tenebræ* (Ephes. V, 8) ; y, como las tinieblas del tiempo guardan íntima conexión con las de la eternidad, el último artículo de su símbolo es y no puede ser mas que este : Creo en la nada, en la muerte eterna, y á ella me atengo.

Al contrario el hombre que empieza por decir : « Creo en Dios, padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra ; *Credo in Deum, patrem omnipotentem, creatorem cæli et terræ* ; » este hombre, por el hecho mismo, ase con su mano la antorcha de la luz divina, por la cual únicamente es visible toda luz divina : *In lumine tuo videbimus lumen* (Psalm.) ; y, de consecuencia en consecuencia, de luz en luz, llega á conocer, á creer la serie maravillosa de todas las verdades que le importa conocer y creer, hasta la verdad de la vida eterna ; verdades que constituyen para él elegido la vida de la inteligencia en esta tierra, mientras no alcanza la posesion de la verdad infinita que es Dios, la cual constituye la vida de la eternidad ; de modo que : « Creo en la vida eterna : *Credo vitam æternam*, » es el último artículo del símbolo de su inteligencia, como el deseo soberano de su corazón.

Así el primer artículo de la fe del cristiano : « Creo en Dios, padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, » es al mismo tiempo el fundamento de toda religion, y el verdadero principio de toda vida intelectual, de toda razon, de toda filosofia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE DE LAS MATERIAS.

DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.	5
PRIMERA CONFERENCIA. — LA RAZON FILOSÓFICA ENTRE LOS ANTI- GUOS.	15
PRIMERA PARTE. — Origen, fundamento, método de la razon filosófica antigua.	18
SEGUNDA PARTE. — La razon filosófica antigua con relacion á sus re- sultados.	51
TERCERA PARTE. — La filosofia antigua con relacion á sus efectos.	74
SEGUNDA CONFERENCIA. — LA RAZON CATÓLICA DE LOS SIGLOS CRISTIANOS.	88
PRIMERA PARTE. — Fin de la filosofia de la razon católica.	89
SEGUNDA PARTE. — Principio, fundamento y método de la filosofia cristiana.	98
TERCERA PARTE. — Resultados de la filosofia cristiana.	115
TERCERA CONFERENCIA. — LA RAZON FILOSÓFICA EN LOS TIEMPOS MODERNOS.	152
PRIMERA PARTE. — Las dos primeras fases de la filosofia moderna.	154
SEGUNDA PARTE. — Las otras dos fases de la misma filosofia.	155
TERCERA PARTE. — Reflexiones prácticas.	169
CUARTA CONFERENCIA. — NECESIDAD, UNIVERSALIDAD Y FACILIDAD DE LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA.	175

PRIMERA PARTE. — Necesidad de la enseñanza católica.	176
SEGUNDA PARTE. — Universalidad de la enseñanza católica.	184
TERCERA PARTE. — Facilidad de la enseñanza católica.	200
QUINTA CONFERENCIA. — HOMOGENEIDAD, INMUTABILIDAD, INCORRUPTIBILIDAD, PLENITUD, VERACIDAD, CERTIDUMBRE DE LA ENSEÑANZA CATÓLICA.	
PRIMERA PARTE. — Los tres primeros caracteres indicados de la enseñanza católica.	209
SEGUNDA PARTE. — Los tres últimos caracteres de la enseñanza católica.	210
TERCERA PARTE. — Efectos morales de la enseñanza católica.	227
TERCERA PARTE. — Efectos morales de la enseñanza católica.	244
SEXTA CONFERENCIA. — LA TRINIDAD.	
PRIMERA PARTE. — El misterio de la augusta Trinidad, magnifico en su imagen.	255
SEGUNDA PARTE. — El misterio de la Trinidad, muy creible por sus mismas incomprendibilidades.	258
TERCERA PARTE. — Eficacia del misterio de la Trinidad, y medios de honrarle en razon de sus efectos.	280
TERCERA PARTE. — Eficacia del misterio de la Trinidad, y medios de honrarle en razon de sus efectos.	284
SETIMA CONFERENCIA. — EL HOMBRE.	
PRIMERA PARTE. — Por qué Dios ha unido el alma al cuerpo del hombre, ó destino del hombre en el órden natural.	294
PRIMERA PARTE. — Por qué Dios ha unido el alma al cuerpo del hombre, ó destino del hombre en el órden natural.	295
SEGUNDA PARTE. — Consecuencias de la doctrina que se acaba de exponer.	304
TERCERA PARTE. — Destino del hombre en el órden sobrenatural.	315
OCTAVA CONFERENCIA. — LA ENCARNACION.	
PRIMERA PARTE. — El misterio de la Encarnacion considerado en la imagen que le representa.	316
PRIMERA PARTE. — El misterio de la Encarnacion considerado en la imagen que le representa.	318
SEGUNDA PARTE. — Economía del misterio de la Encarnacion, que lo hace mas creible.	329
TERCERA PARTE. — Sentimientos que debe inspirar el misterio de la Encarnacion.	355
NOVENA CONFERENCIA. — RESTAURACION DEL UNIVERSO POR LA ENCARNACION DEL VERBO.	
PRIMERA PARTE. — Restauracion del universo por la Encarnacion, con relacion al culto de Dios.	342
PRIMERA PARTE. — Restauracion del universo por la Encarnacion, con relacion al culto de Dios.	345
SEGUNDA PARTE. — Restauracion universal con relacion á la felicidad de todas las criaturas racionales.	350
TERCERA PARTE. — Conclusion de las Conferencias de 1851.	366
— 1852 —	
DÉCIMA CONFERENCIA. — IMPORTANCIA DEL DOGMA DE LA CREACION, PROCEDENTE DE LOS EXTRAVÍOS DE LA FILOSOFÍA ANTIGUA.	
PRIMERA PARTE. — Errores en que cayeron los filósofos antiguos, al negar el dogma de la Creacion.	371
PRIMERA PARTE. — Errores en que cayeron los filósofos antiguos, al negar el dogma de la Creacion.	375

SEGUNDA PARTE. — Otros sistemas de errores de los antiguos, procedentes de la negacion de la creacion.	386
TERCERA PARTE. — Consecuencias de las reseñas históricas indicadas.	412
NOTA en favor de la revelacion primitiva, sacada de la teología del cardenal Gousset.	419

ENSAYO SOBRE LA FILOSOFIA ANTIGUA

EN SUS RELACIONES CON EL DOGMA DE LA CREACION.

§ I. INTRODUCCION. — Objeto y division de este escrito.	422
§ II. Autoridad de Ciceron en materia de filosofia. Pretension inadmisibile de los racionalistas modernos de conocer mejor que Ciceron á los filósofos antiguos, y resultados de sus investigaciones filosóficas. La movilidad del espíritu de los antiguos filósofos, causa única de la diversidad de los fallos de los autores sobre sus opiniones. Miseria de la filosofia alemana. Genio filosófico de los pueblos del norte y del mediodia.	425

PRIMERA PARTE.

ATEÍSMO DE LOS ANTIGUOS.

§ III. Ateísmo de Ciceron.	426
§ IV. El Dios corporal y el alma del mundo de los estóicos no eran mas que ateísmo.	429
§ V. ¿Incluía tambien el ateísmo la doctrina del mundo Dios de los estóicos?	451
§ VI. Exámen de la precedente doctrina: la mayor parte de los filósofos profesaban el panteísmo y el ateísmo. Como concuerda la profesion de semejante doctrina con las hermosas páginas que nos han dejado sobre Dios estos mismos filósofos. El pueblo creía en Dios mas que los filósofos.	454
§ VII. Conclusion contra los racionalistas.	456

SEGUNDA PARTE.

EPICUREÍSMO DE LOS ANTIGUOS FILÓSOFOS.

§ VIII. La doctrina del ESTADO SALVAJE, consecuencia necesaria de la negacion del dogma de la creacion del hombre por Dios. Esta misma doctrina, causa necesaria del epicureísmo especulativo y práctico de los filósofos antiguos.	457
§ IX. Moral de Ciceron. El vicio contra naturaleza comun entre los filósofos. La moral de los estóicos.	459
§ X. Elogios hechos de esta moral de la filosofia pagana. Pasaje de Plutarco que la confirma.	441

- § XI. Observaciones sobre este pasaje de Plutarco. Cuadro que hace San Pablo de la vida de los antiguos filósofos. Sacrilegio estúpido de alabarlos bajo el punto de vista de la moral. 443

TERCERA PARTE.

EL ESCEPTICISMO DE LOS ANTIGUOS.

- § XII. CUESTIONES ACADÉMICAS de Cicerón. Su primer argumento en favor del escepticismo. El ejemplo de los mas célebres filósofos. 446
- § XIII. Segundo argumento de la razon filosófica antigua en favor del escepticismo : la imposibilidad en que se halla el hombre de asegurarse de la fidelidad del testimonio de los sentidos. 449
- § XIV. Tercer argumento en que establecian los antiguos el escepticismo : la impotencia de la lógica y la discordia de los filósofos relativamente al criterio de la certidumbre. 451
- § XV. Continuacion del argumento de la impotencia de la lógica : Lo vano y arbitrario de sus principios. 453
- § XVI. Cuarto argumento que impelió al escepticismo á la filosofia antigua : La discordia de los filósofos sobre los principales puntos de la filosofia, y su impotencia en definir una sola verdad.
- § XVII. Refutacion de la objecion de los estóicos : Que el PROBABLE ACADÉMICO impedia todas las operaciones de la vida material. Observaciones sobre los resultados funestos de este PROBABLE en el orden moral. 460
- § XVIII. Conclusion de la apologia del escepticismo por Cicerón. Los jefes de las diversas sectas concuerdan en la admision de esta doctrina. Sus consecuencias funestas á la sociedad, Cicerón las confirma por su muerte. El tratado de Cicerón es irrefutable por los estóicos que no admiten la creacion. 463
- § XIX. Nada puede afirmarse sobre el testimonio de la razon, sin admitir á Dios como autor de esta. Los mayores filósofos han tributado homenaje á este principio, sobre todo Descartes. Despues de haber establecido la EVIDENCIA como criterio de la verdad, y el SENTIDO COMUN como criterio de evidencia, Descartes acabó por establecer, en la VERACIDAD DEL DIOS AUTOR DE LA RAZON, el fundamento de la certidumbre, evitando de este modo, á pesar de su duda universal, el escollo del escepticismo. 465
- § XX. La misma doctrina de Descartes sobre la VERACIDAD DE DIOS considerada como último fundamento de la certidumbre, profesada por la FILOSOFÍA DE LEON (en Francia). 470
- § XXI. La misma doctrina conservada hasta nuestros dias por la escuela cartesiana. Incremento dado á esta doctrina en el último curso de filosofia salido de esta escuela. Toda la doctrina de la escuela cartesiana, relativo á la certidumbre, se reduce á este principio : que, sin la fe en un Dios criador, inevitable es el escepticismo. 472

- § XXII. Desarrollo del mismo principio : Que, sin la fe en un Dios criador, inevitable es el escepticismo. La naturaleza, á menos que, por esta voz, se entienda al Dios criador, no ha podido establecer vínculos necesarios entre la percepcion y la verdad de las cosas. 474
- § XXIII. Otro desarrollo del mismo principio. La cuestion relativa á la certidumbre se reduce á la certidumbre OBJETIVA. Los argumentos de los escépticos modernos son insolubles como los de los antiguos, si no se tiene fe en un Dios criador. 476
- § XXIV. Siende admitido universalmente, en materia de certidumbre, que hay que admitir algo como un hecho, y sin demostracion, antes que admitir la relacion ó vínculo de la razon con la verdad, es mucho mas racional comenzar por admitir como un hecho primordial el dogma de la creacion del hombre por Dios, dogma que profundamente se halla grabado en el corazon del hombre, y puede únicamente explicar su razon y destinacion, 480
- § XXV. Plan admirable de la Providencia al establecer que el hombre comience por la fe. Facilidad por la cual puede el hombre, mediante este proceder, llegar á la verdad y aun á la Iglesia. Miseria del hombre que comienza por decir : Creo en mí mismo. El dogma de la creacion, principio de toda filosofia. 483
-

17

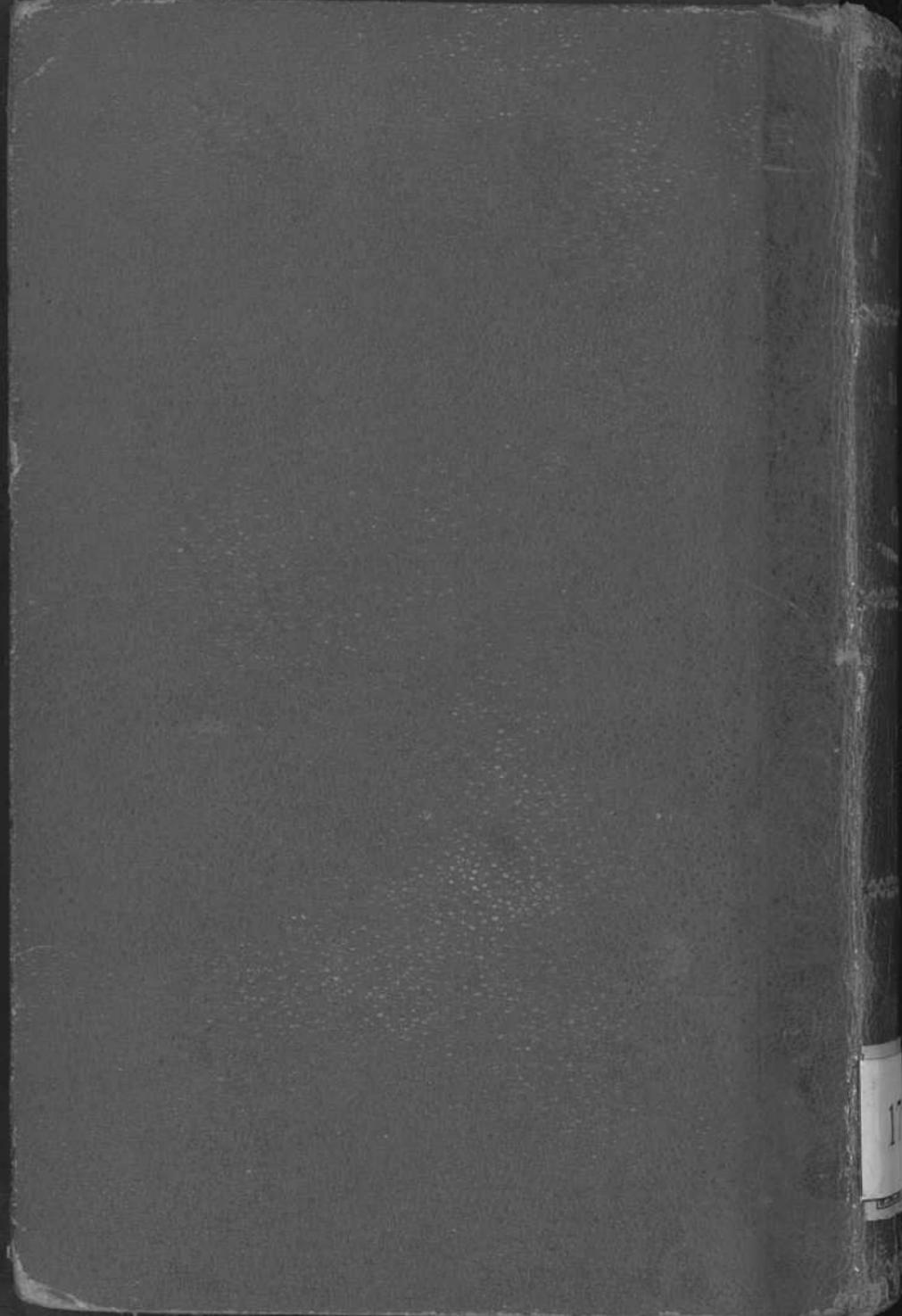
21

ESTANTE 11

Tabla 6.^a

N.º 13

1



17

RAZON

RAZON
CATOLICA

1

17.716